
LLUÍS FANDOS SADURNÍ
DOS AÑOS
EN SAIGÓN

Índice

Índice

Dos años en Saigón

Lluís Fandos Sadurní

A Salvador, el tío de mi madre, que tuvo que hacer frente a demasiadas dificultades en su vida (1916-1998)

Parte uno

Salvador y Ramón

Salvador se despertó de mejor humor que las dos noches anteriores, aún estaba algo aturdido por el *jet lag*, pero al menos no había tenido pesadillas. Antes del mediodía tenía que dejar el hotel y llevar sus cosas a otro más barato que había encontrado el día anterior, pero tenía tiempo de sobra, además estaba muy cerca y solo tenía dos maletas, iba a ser la mudanza más fácil de su vida, si es que a cambiar de hotel se lo podía considerar una mudanza.

Siguiendo su rutina diaria, se afeitó, se duchó y dejó que el pelo negro que siempre llevaba muy corto se secara por sí mismo. Después de acicalarse, fue a buscar una cafetería para desayunar que tuviese café expreso, a la que había ido los dos días anteriores era demasiado cara. Entró en varias, pero en ninguna tenían máquina exprés. Encontró una en la calle De Tham en la que en el menú se ofrecía café expreso, pero no pudo ver nada que se pareciese a una cafetera adecuada para prepararlo, le pareció sospechoso y se fue.

Siguió dando vueltas hasta la calle Tran Hung Dao, pasó por delante de la tienda de electrodomésticos más grande que había visto en Saigón, continuó, y vio una cafetería con panadería, o una panadería con cafetería, era difícil de decir.

Entró y vio con deleite que tenían café expreso por veintitrés mil dongs (menos de un euro). En la planta baja no había sitio para sentarse, el espacio estaba ocupado por la barra con los camareros preparando las bebidas y por la panadería. Las mesas estaban en las dos plantas superiores.

Salvador vio que tenían cruasanes de chocolate. Maravilloso.

Pidió un café expreso y un cruasán de chocolate, pagó y subió a la primera planta con el cruasán, el café se lo llevarían cuando estuviese listo. La primera impresión que tuvo fue que todas las mesas estaban ya ocupadas. Cuando estaba a punto de seguir subiendo por la escalera hacia la segunda planta, se dio cuenta de que había una mesa vacía. Se sentó y vio a un joven extranjero de aspecto amigable que estaba solo. Sus miradas se cruzaron un instante y el otro le saludó en inglés con un acento muy marcado.

—*Hello*.

—Ese *hello* ha sonado muy español —dijo Salvador sintiendo una repentina alegría al haber encontrado a alguien que hablaba el mismo idioma que él.

El joven miró a Salvador sorprendido.

—Anda, eres el primer español que me encuentro en Saigón.

—Lo mismo digo —dijo Salvador.

—¿Estás de vacaciones?

—No, he venido para quedarme.

—¡No me digas! Yo también. No te quedes ahí, siéntate aquí conmigo.

Salvador se levantó y fue a sentarse con él.

—Ramón, de Zaragoza —dijo mientras le tendía la mano.

—Salvador, de Barcelona.

Ramón era bastante más bajo que Salvador, no llegaba al metro setenta de estatura, no estaba gordo, pero le sobraban algunos kilos y se veía que no estaba en buena forma física, en contraste con Salvador, que era de complexión atlética. Ramón era rubio y llevaba una barba bien cuidada, tenía los ojos azules y el rostro pálido y afable.

—¿Y qué haces en Saigón? —preguntó Ramón.

—De momento poca cosa, llegué el lunes casi a medianoche.

—¿Ya habías estado en Vietnam?

—No, qué va, es la primera vez que salgo de España.

—¿La primera vez que sales de España es para venir a vivir a Vietnam? —exclamó Ramón muy sorprendido.

—Sí, supongo que estoy un poco loco —dijo Salvador con una sonrisa.

—¡Eres un loco o un valiente! ¿Por qué Vietnam?

—Todo el mundo me pregunta eso.

—Me imagino. Pero es una pregunta obligada.

—La verdad, ni yo mismo lo sé.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Ramón.

—Cuarenta, ¿y tú?

—Treinta y tres. Así que has decidido empezar una nueva vida a los cuarenta. No está mal.

—Algunos amigos me dijeron que si quería empezar de cero me fuera a Londres.

—¿Por qué?

—Se supone que hay muchas oportunidades para trabajar siendo extranjero y no es difícil integrarse y hacer nuevos amigos.

—Sí, muchos trabajos para extranjeros, los trabajos que los ingleses no quieren hacer, mal pagados y sin proyección de futuro.

—Otros me recomendaron Brasil, no sé muy bien por qué.

—Yo también he oído algo. Parece ser que necesitan profesionales cualificados, especialmente ingenieros.

—Pero yo prefiero el exotismo asiático.

—¡Yo también! —coincidió Ramón.

Uno de los camareros trajo el café expreso y lo dejó en la mesa. Salvador sonrió y le dio las gracias.

—A mí me va el café solo, sin azúcar —explicó a Ramón.

—Yo soy más de cafés con leche con azúcar, pero desde que vine a Vietnam que no paro de beber *ca phe sua da*.

—¿Qué es el *ca phe sua da*?

—Es café vietnamita con leche condensada y hielo. Está buenísimo.

Salvador se quedó mirando el vaso con un líquido marrón claro y hielo que Ramón tenía delante.

—¿Es eso?

—¡Sí! Tienes que probarlo.

—Ya lo probaré —dijo Salvador mientras daba un sorbito a su café expreso—. Leí en internet que no era difícil trabajar de profesor en Vietnam, y aquí estoy, probando suerte.

—Yo he estado toda mi vida viviendo con mis padres en un piso minúsculo en Zaragoza, y desde que dejé el instituto, como no quise ir a la universidad pero siempre me han apasionado los libros, me puse a trabajar en una librería en el centro de la ciudad.

»Ahí pasé casi catorce años, vendiendo libros y leyendo. Pero mucha gente empezó a comprar libros electrónicos o a descargarlos por internet y cada año las ventas de la librería disminuían. Al final tuvimos que cerrar, las únicas librerías que sobrevivieron fueron las más grandes.

—¿Te gustaba trabajar en la librería?

—Me encantaba. El salario no daba para mucho, como te puedes imaginar, pero viviendo con mis padres tampoco tenía demasiados gastos.

—¿Qué hiciste cuándo la librería cerró?

—Me tocaban dos años de paro y decidí disfrutarlos. Tenía dinero ahorrado, así que hice algunos viajes por Europa. Fui a Italia,

Grecia, Portugal, Alemania y Noruega. Le cogí el gustillo a eso de viajar y estuve un par de meses por el sudeste asiático: Camboya, Tailandia y Vietnam. Un día, paseando por Zaragoza cuando ya se me estaba terminando el paro, sufrí un atropello.

—¿Qué pasó?

—Mientras cruzaba un paso de peatones me atropelló un coche y he quedado un poco cojo. La parte buena es que gané el juicio, y la compañía de seguros del conductor que me atropelló me tiene que pagar una pensión de por vida.

—¿Puedes hacer vida normal?

—Sí, pero no puedo correr, solo caminar.

—¿Te puedo preguntar de cuánto es la pensión que te ha quedado?

—Mil quinientos euros al mes.

—Con eso puedes vivir bastante bien.

—Tú lo has dicho, y por eso quiero aprovechar la oportunidad y vivir en Vietnam. Primero estaré unos meses, a ver qué tal va, y si me gusta me quedo.

—¿Y si no te gusta?

—Entonces probaré en Tailandia.

—¡Y si no es en Tailandia, pues en Camboya! —exclamó Salvador.

—No, Camboya no. Estuve unos días y no me gustó mucho.

—¿Qué pasó?—preguntó Salvador terminándose el café.

—Pasar, no pasó nada. No me dio buenas sensaciones, no sé cómo explicarlo. ¿De qué trabajabas en Barcelona?

—Daba clases particulares de matemáticas a niños y a adolescentes.

—¿En tu casa?

—No, en la de los alumnos. Yo vivía en una habitación de alquiler.

—¿Dabas clases en alguna escuela?

—No, solo clases particulares.

—¿Y te daba para vivir? —se sorprendió Ramón.

—Los primeros años sí, porque no estaba dado de alta en la seguridad social y no pagaba la cuota de autónomo, pero me di cuenta de que ser jubilado sin cobrar ninguna pensión es una pesadilla, así que fui a darme de alta. En un mes normal ganaba unos novecientos

euros, pero después de pagar a la seguridad social los casi trescientos de la cuota, me quedaban poco más de seiscientos para el alquiler de la habitación y vivir.

—Barcelona es una ciudad cara.

—Bastante —se lamentó Salvador.

—¿Cómo podías vivir con seiscientos euros al mes?

—Haciendo una vida muy austera, nunca viajaba y apenas compraba nada.

—¿Estudiaste matemáticas en la universidad?

—Sí.

—No me lo digas, por cada mil candidatos a ser profesor de matemáticas solo había unas pocas plazas y era imposible pasar las oposiciones de profesor —aventuró Ramón.

—En realidad no. Eso pasa en la mayoría de carreras universitarias, pero no en la de matemáticas, no hay mucha gente que quiera ser profesor de matemáticas. La verdad es que nunca intenté pasar las oposiciones.

Ramón miró a Salvador sorprendido.

—¿Y eso?

—Prefería tener tiempo para otras cosas. Además, hoy en día ser profe en un instituto es un pequeño infierno. Casi todos mis amigos de la universidad dan clases en colegios o en institutos y aunque pueda parecer que los profesores viven muy bien, no es así.

»El respeto a los docentes se ha perdido completamente, los profesores tienen que tener un comportamiento ejemplar en todo momento, no puede levantar la voz o decir según qué cosas a los estudiantes y por supuesto que no se les ocurra poner la mano encima a un alumno.

»En cambio, los estudiantes pueden hacer lo que les dé la gana, pueden faltar al respeto, insultar o incluso agredir a un profesor sin que eso tenga demasiadas consecuencias. Créeme, conozco a muchos profesores, sé de lo que estoy hablando.

—¿Y aparte de ser profesor, qué otras cosas puede hacer alguien que ha estudiado matemáticas?

—Que yo sepa poco más. Y tú, ¿cuándo llegaste a Saigón? —preguntó Salvador.

—Hace unos días, una semana o así.

—¿Cuál es el plan?

—No sé, de momento explorar la ciudad, conocer gente, vivir la

vida…

—Vivir la vida, suena bien. Has estado catorce años rodeado de libros. ¿No los echas de menos?

—Claro que los echo de menos. Los libros son mi vida.

—¿Escribes?

—Leo desde que era un crío y desde que era un adolescente he querido ser escritor. Quería ser escritor incluso antes de querer ir con una chica.

—Pero…

—Pero soy un cagado y nunca me he puesto a escribir en serio —admitió Ramón.

—¿Por qué?

—No soy lo bastante bueno.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —sentenció Ramón con aire apesadumbrado.

—Si no lo has intentado.

—Sí que lo he intentado.

—¿Intentado cómo? —insistió Salvador.

—Empecé algunos relatos cortos, pero no ha funcionado.

—¿Has terminado alguno?

—No.

—Si no terminas lo que empiezas nunca funcionará.

Ramón insistió en acompañarle cuando le dijo que antes de las doce del mediodía tenía que dejar el hotel en el que estaba. Salvador llevaba una maleta grande y Ramón una pequeña. Todos los taxistas que pasaban por su lado se ofrecían a llevarles, pero desde el Saigon Mini Hotel 5 hasta el Spring House Hotel había apenas quinientos metros de distancia, no necesitaban coger un taxi para un trayecto tan corto.

El verdadero desafío fue subir hasta la habitación en la novena planta con la maleta grande llena de cosas.

—¿Que no hay ascensor? —exclamó Ramón.

—No, por eso es tan barata.

—¿Cuánto pagas?

—Me pedían 315 000 dongs por día, pero les dije que quería estar como mínimo un mes y me dijeron que si pagaba todo un mes

por adelantado el precio sería de solo 275 000 dongs al día, unos 10.5 euros.

—Es una ganga, pero sigue estando en una novena planta sin ascensor.

—Subir escaleras es un extraordinario ejercicio aeróbico.

—No lo dudo, pero…

El mozo del hotel se ofreció a ayudarles y cogió la maleta grande con decisión, pero era demasiado pesada para él. Salvador le ofreció la pequeña, mucho más acorde a las fuerzas del chico, y después de rechazar la ayuda de Ramón para subir la grande entre los dos, la cogió por las dos asas, se la colocó contra el pecho y empezó a subir escalones casi sin esfuerzo. Durante el ascenso a las primeras plantas todo fue bien, pero cuando llegó a la quinta ya tenía todos los músculos en tensión y al llegar a la novena parecía que el corazón le iba a estallar.

Entró en la habitación sin aliento y completamente sudado. Aunque Ramón no llevaba ninguna maleta, el simple hecho de subir nueve pisos sin ascensor ya le dejaron agotado, definitivamente no estaba en forma. El mozo les estaba esperando, había dejado la maleta pequeña al lado de la cama. Salvador le dio las gracias y en cuanto el chico salió de la habitación abrió las maletas y puso todas sus cosas bien ordenadas en el armario.

Mala época para encontrar trabajo

Salvador no tenía nada mejor que hacer y cuando oscureció cruzó Pham Ngu Lao, la calle de su hotel, y fue al parque que había a pocos metros. Algunos paseaban, otros descansaban y los más activos hacían ejercicio físico. Aunque la mayoría eran vietnamitas, también vio a bastantes extranjeros, supuso que debían ser turistas.

Se sentó en un banco para relajarse un rato y envió un mensaje de teléfono a su madre proponiéndole hacer una videollamada ese mismo día. Su madre y su hermana siempre comían pronto, hacia la una. Así que pensó que a las nueve de la noche en Saigón, tres de la tarde en Barcelona, sería una buena hora.

Al poco de estar mirando los árboles, las flores y la gente paseando, un par de chicas jóvenes se pararon a su lado. Al principio supuso que eran vendedores ambulantes, pero no tenían nada para vender. Resultaron ser dos estudiantes vietnamitas que iban al parque a hablar con los extranjeros para practicar inglés.

Las chicas le pidieron que las llamase Pink y Cloud, tenían veinte y diecinueve años respectivamente. Ambas eran bonitas, especialmente la más alta, Cloud, que llevaba un *ao dai* (el vestido tradicional vietnamita) blanco que le sentaba muy bien. Pink vestía una camiseta roja y tejanos, era la que tenía un nivel de inglés más bajo y apenas participó en la conversación, pero escuchaba atentamente todo lo que Salvador y Cloud decían.

—¿Tienes que llevar el *ao dai* para ir a la universidad? —se interesó Salvador.

—No, solo en ocasiones especiales, pero a mí me gusta ir en *ao dai* si no hace demasiado calor.

—Te queda muy bien.

—Gracias. —Los ojos de Cloud se iluminaron de repente.

—¿Cuántos *ao dai* tienes?

—Tengo doce, y en cada mes del año me pongo uno distinto.

—Es una idea muy interesante —reconoció Salvador—, ¿pero qué haces cuando uno se ensucia?

—Es una broma —dijo sonriendo Cloud—. Pero lo de que tengo doce *ao dai* es verdad, me gusta tener doce.

Pink no había entendido la conversación y Cloud le explicó en

vietnamita que Salvador se había pensado que usaba el mismo *ao dai* durante un mes entero. Pink rió con una risa cantarina.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó Salvador.

—He ido a clase y he venido al parque.

—¿Vienes cada día?

—No, vengo cuando puedo, dos o tres veces por semana.

—Dos o tres veces por semana está bien para practicar inglés. ¿Vives con tus padres?

—Por desgracia sí —contestó Cloud con resignación.

—¿Por desgracia? ¿Por qué? —preguntó Salvador, sorprendido.

—Mi padre es un borracho y nos pega a mi madre y a mí.

Era la primera vez que alguien le decía abiertamente a Salvador que su padre le pegaba y durante unos segundos se quedó en silencio sin saber qué decir.

—Ojalá se muriese —estalló Cloud.

—¿Por qué no te vas de casa?

—No puedo, solo soy una estudiante, no tengo dinero y aunque pudiese irme no podría dejar sola a mi madre con mi padre.

—¿Cuándo empezó a beber?

—Hace muchos años, cuando yo era pequeña.

—Tu madre y tú tendríais que marcharos las dos juntas.

—¿A dónde? Él nos seguiría y nos mataría.

Salvador se quedó pensativo.

—Supongo que si pudieseis hacerlo ya lo habríais hecho.

—Exacto. Pero no podemos. Cada noche le pido a Dios que mi padre se muera, pero no se muere.

Un profundo malestar hizo mella en Salvador. Nunca se le había dado bien consolar a la gente. ¿Qué se dice cuando alguien se muere? ¿Qué se puede decir a los que están enfermos? ¿Para qué les sirven las palabras a los que sufren y no pueden escapar de su sufrimiento?

—¿Tu padre es buena persona?

—Mi padre murió cuando yo era muy pequeño. Crecí con mi hermana y mi madre.

—Lo siento.

—No pasa nada. Era tan pequeño que ni siquiera lo recuerdo.

—Seguro que era buena persona.

—Por lo que me ha dicho mi madre sí que lo era.

—¿Lo ves? Este mundo es injusto. Tu padre que era una buena persona murió, y el mío que merece la muerte está vivo.

—Hay muchas cosas injustas en este mundo, pero no podemos hacer nada.

Cloud contó a Pink de lo que habían estado hablando, y esta asintió con semblante serio. Los tres se quedaron callados durante unos instantes. Salvador nunca había sido bueno lidiando con silencios incómodos, se quedó mirando a un grupo de estudiantes vietnamitas que hablaba con una pareja de ancianos occidentales.

—¿Ya has empezado a buscar trabajo? —preguntó Cloud.

—Aún no, la semana que viene buscaré escuelas y les enviaré mi currículum.

—¡No, eso no sirve de nada!

—¿No?

—Nadie contestará a tus correos.

—¿Por qué?

—Nadie hace caso de los currículums que les envían por *email*. Tienes que ir tú a las escuelas y presentarte.

Salvador escuchó a Cloud contrariado.

—Había pensado que lo mejor era enviar primero mi currículum por correo electrónico, dejar pasar unos días y dentro de una o dos semanas, ir a las escuelas que no me hayan contestado a dejarlo en persona —explicó Salvador.

—No te va a contestar nadie, y no puedes esperar porque se acercan las vacaciones del Tet y todas las escuelas estarán cerradas las dos primeras semanas de febrero.

—Vaya. Había leído en internet que en Vietnam se celebra el Festival del Tet, pero no sabía que las escuelas cerrarían durante tantos días. Puedo ir después del Tet.

—¡No, no puedes! —se exasperó Cloud—. Nadie te contratará después del Tet, es la peor época del año para encontrar trabajo.

—¿He venido a vivir a Vietnam en la peor época del año para encontrar trabajo?

—Sí. Lo siento.

Cloud explicó el problema de Salvador a su amiga, estuvieron hablando un rato y después Pink llamó por teléfono a alguien, al colgar le comentó algo a Cloud.

—La hermana de mi amiga trabaja en el departamento de recursos humanos de una academia de inglés, la acaba de llamar y su hermana le ha dicho que vayas a las escuelas lo antes posible, mañana mismo, quizá tengas suerte. Si vas después del Tet tardarás en encontrar trabajo.

—Esto no me lo esperaba —se lamentó Salvador.

Después de un buen rato charlando, Cloud y Pink se levantaron, sonrieron y dijeron que tenían que irse. A Salvador le pasó por la cabeza que podría pedirle el número de teléfono a Cloud, después de todo no tenía ninguna amiga en Vietnam, pero el hecho de que estuviese con su amiga le hizo dudar. Además, solo tenía diecinueve años, no sabía si era una buena idea pedir el número de teléfono a una chica tan joven. Mientras discutía consigo mismo sobre la conveniencia o no de hacerlo, Cloud y Pink se despidieron y se fueron. Salvador y sus elucubraciones se quedaron solos.

Como siempre.

Después de cenar subió a su habitación. Había recibido la confirmación de su madre para hacer la videollamada a la hora que le había propuesto. A las nueve de la noche, hora de Vietnam, estaba preparado con el ordenador encendido. Su madre estaba con Yolanda, su hermana, y pudo conversar con las dos.

Salvador les explicó cómo había ido el viaje, que el *jet lag* era real, afectaba a las personas y tardaba varios días en desaparecer; lo que había hecho desde que llegó el lunes casi a medianoche hasta ese día, que había encontrado un hotel más barato y que se había trasladado hacía apenas unas horas, pero no comentó nada de lo que le había dicho Cloud sobre las dificultades de encontrar trabajo en esa época.

Yolanda le aconsejó que se comprara un *smartphone* porque tendría acceso a internet en cualquier parte, podría chatear gratis y usar aplicaciones muy útiles como mapas, traductores y diccionarios, aunque no estuviese conectado a internet. Salvador nunca había tenido un *smartphone*. Por un lado, porque nunca lo había necesitado, y por otro, porque nunca le había ido bien comprarse uno. Siempre había utilizado teléfonos móviles sencillos y los últimos tres que había tenido eran de segunda mano. Los había recibido de amigos o familiares cuando estos se habían comprado un teléfono nuevo. El *smartphone* tendría que esperar.

Después de hablar con su madre y con su hermana se sentía

estresado, no por la conversación con ellas, sino por la urgencia de tener que ir a las escuelas cuanto antes, y cuanto antes quería decir que tenía que empezar al día siguiente, que era viernes.

El problema era cómo ir. Los taxis en Saigón eran mucho más baratos que en Barcelona, pero aun así eran demasiado caros como medio de transporte para buscar trabajo. Coger el autobús en la ciudad le parecía complicadísimo, además estaba seguro de que los conductores no hablaban inglés. Lo ideal sería ir en moto, pero ni tenía moto ni sabía conducir una. Ir andando era impensable, eso solo se podía hacer en una ciudad pequeña y Saigón era una ciudad enorme.

Se planteó la posibilidad de comprarse una bicicleta barata al día siguiente por la mañana. Había visto a algunas personas yendo en bici por las calles atestadas de motos, coches, camiones y autobuses. Veía posible ir a trabajar en bicicleta a una escuela que no estuviese muy lejos del hotel, no parecía muy agradable, pero era una posibilidad. De todas maneras, no le parecía realista para buscar trabajo. Y la última opción, la que recomendaban los foros de internet, era usar los servicios de un *xe om*. Un *xe om* era como un taxi, pero el vehículo en lugar de ser un coche era una motocicleta y el precio era más barato que el de un taxi.

Salvador había visto a muchos *xe om* ofreciendo sus servicios en las calles de Saigón. Se pasaban las horas sentados en su moto esperando a que alguien les necesitase. Los conductores llevaban una camisa azul para que los clientes pudiesen identificarles, no hablaban inglés y el precio se tenía que negociar cada vez que uno quería hacer un trayecto. A Salvador la parte de tener que negociar le echaba para atrás. Para empezar no le atraía nada la idea de tener que discutir el precio cada vez que tuviese que ir a una escuela, y, por otro lado, ¿cómo iba a hacerlo si los conductores no hablaban inglés? Pero no parecía tener otra alternativa.

«Me estoy estresando», pensó Salvador.

Abrió un refresco que tenía en el diminuto frigorífico y trató de relajarse durante unos minutos. La habitación era un poco pequeña, pero la cama era más grande que una de matrimonio normal (debía ser de esas que en los hoteles llamaban q*ueen-size*), disponía de un sencillo armario ropero, una silla y una mesita en la que había puesto el ordenador. También había aire acondicionado, cuarto de baño con ducha y una pequeña ventana que daba al exterior. Las vistas no eran nada bonitas, pero al fin y al cabo era una ventana que dejaba entrar la luz del día y con eso le bastaba.

Lo que más le había sorprendido del Spring House Hotel, era

que todos los muebles estaban hechos con bambú, tanto los de la recepción como los de las habitaciones. Ese detalle daba al hotel una personalidad propia.

Salvador se terminó el refresco y se puso manos a la obra, antes de acostarse tenía que encontrar tantas escuelas de matemáticas como fuera posible.

A la una de la madrugada se metió en la cama después de dar con nueve, había estado tres horas buscando y tenía la sensación de que esas eran todas las que había en Saigón. Quería dormir, pero no consiguió conciliar el sueño. La idea de que al día siguiente tenía que ir a buscar trabajo le estresaba. Desde que era un estudiante en el instituto, siempre habían sido los compañeros de clase, sus padres, amigos o conocidos, los que habían acudido a él para pedirle que diese clases de matemáticas a alguien. Aunque parecía imposible para un hombre de cuarenta años, Salvador nunca había tenido que ir a buscar trabajo, no había enviado currículums ni cartas de presentación ni había acudido a ninguna entrevista de trabajo, y eso era un problema.

Mientras daba vueltas y más vueltas en la cama, se imaginaba una y otra vez lo que diría al día siguiente a la chica o al chico de recepción con el que tuviese que hablar. Había leído consejos sobre lo que decir en una entrevista de trabajo, recomendaban ser uno mismo, vestir de forma apropiada y hablar con seguridad, entre otras cosas.

Claro que él aún no tenía ninguna entrevista de trabajo.

Cuando se dio cuenta de que iba a tardar mucho en dormirse se levantó de la cama, volvió a encender el ordenador y puso música para intentar relajarse.

La versión de Simon y Garfunkel del tema *Scarborough Fair* era un buen inicio, una melodía agradable para sosegar el espíritu. No había podido entender la letra de la canción original hasta que un día buscó la traducción al español en internet. Algunas versiones intercalaban otras voces con la letra original, ese era el caso de la de Simon y Garfunkel.

En la canción sin otras voces añadidas, un hombre y una mujer que se habían amado en el pasado se piden el uno al otro tareas imposibles de realizar, para recuperar ese amor verdadero. No le quedaba claro si era un texto simplemente humorístico o si el autor de la letra quería expresar la imposibilidad de ese amor. En el caso de Salvador, mucho tendrían que cambiar las cosas para que pudiese encontrar amor, verdadero o no.

En xe om

El viernes, después de desayunar, Salvador fue a imprimir las cartas de presentación y nueve copias de su currículum.

Consciente de sus limitaciones, lo había escrito en castellano y una de sus alumnas de matemáticas, una chica de padres ingleses que vivía en Barcelona, hizo la traducción al inglés, su lengua materna. El currículum y la carta de presentación de Salvador tenían una redacción perfecta. Quizá demasiado perfecta. Quien los leyera se haría una idea completamente errónea de él y pensaría que hablaba inglés con fluidez, lo cual lamentablemente no era cierto.

Por otro lado, enviar un currículum y una carta de presentación llena de faltas de ortografía, errores gramaticales y frases sin sentido, era la mejor manera de asegurarse de que nadie le ofreciera ni siquiera la posibilidad de una entrevista de trabajo.

Volvió al hotel, se duchó, se afeitó y se puso una camisa de manga larga gris, unos pantalones de pinzas de rayas verticales negros y unos zapatos de vestir también negros. Se miró al espejo y se sintió satisfecho con lo que vio. Salvador siempre había tenido muy buena planta.

Cogió la bolsa con los currículums y las cartas, salió a la calle y buscó un *xe om*. Previendo las dificultades de comunicación, llevaba un papel doblado en el bolsillo de la camisa con la dirección de las tres escuelas a las que quería ir: Math School Albert Einstein, Little Genius y Math Gym. A pocos metros vio a un *xe om* sentado en su moto. En cuanto el conductor se percató de que Salvador le miraba, empezó a hacer gestos con la mano y le dijo algo en vietnamita que no entendió. Se acercó al motorista y le enseñó la dirección de la Math School Albert Einstein.

El hombre vestía la camisa azul oscuro característica de los *xe om*, era mayor que Salvador y tenía la tez oscura y arrugada. Miró el papel con atención, como si leer le requiriera mucha concentración. Salvador le señaló con el dedo la primera dirección para evitar malentendidos. El motorista hizo un ruido gutural y levantó la mano mostrando los cinco dedos. Debía querer decir que quería cincuenta mil dongs por ese trayecto. Salvador recordaba que solo había dos kilómetros de distancia desde el hotel hasta la escuela Albert Einstein. Había leído en varias páginas de internet que la tarifa de un *xe om* era aproximadamente de diez mil dongs por cada kilómetro de trayecto,

así que, por dos kilómetros, en teoría tendría que pagar veinte mil dongs, no cincuenta mil.

Salvador negó con la cabeza y levantó su mano derecha mostrando dos dedos. El *xe om* rio y también movió su cabeza de un lado a otro a la vez que levantaba las dos manos separándolas mucho, tratando de comunicar la idea de una gran distancia. Salvador mostró de nuevo los dos dedos al conductor, que hizo un gesto negativo con la mano y después extendió cuatro dedos en lugar de cinco.

Cuarenta mil dongs en lugar de cincuenta mil, una pequeña mejora. Salvador acercó sus dos manos para mostrar una distancia corta y mostró tres dedos al *xe om*, que de nuevo separó los dos brazos mientras hacía una mueca con la boca. El motorista insistió mostrando cuatro dedos. Salvador insistió a su vez mostrando tres dedos al motorista, pero el conductor rio e hizo un gesto negativo con la cabeza.

Salvador esperaba que el *xe om* aceptase los treinta mil dongs, pero no fue así. Pensó en la posibilidad de ir a buscar a otro *xe om*, pero se imaginó que no iba a ser muy diferente y prefirió aceptar la tarifa de cuarenta mil dongs.

Realmente era un negociador pésimo.

El motorista le dejó un casco y Salvador se lo quedó mirando. Era muy pequeño y apenas cubría la parte superior de la cabeza y un poco la parte de atrás y los lados. Además, era muy delgado y se veía francamente frágil. Se subió a la moto pensando que si se caían ese casco iba a proteger poco su cabeza.

La Math School Albert Einstein era simplemente una casa de dos plantas adaptada a las funciones de escuela, se la había imaginado más grande. En la entrada había dos chicas sentadas detrás de un mostrador. Vestían un uniforme verde a juego con los colores del logo de la escuela que no les favorecía demasiado. La decoración de las paredes con el verde como color dominante tampoco se podía decir que fuera muy atractivo. La chica a la derecha de Salvador le sonrió.

—¿En qué puedo ayudarle?

A Salvador se le hizo un nudo en la garganta y no le salieron las palabras.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Volvió a preguntar la chica.

Salvador tragó saliva e hizo un esfuerzo por responder.

—Estoy buscando trabajo.

—¿Es profesor de matemáticas?

La recepcionista hizo un gesto con la mano invitándole a sentarse. Salvador se sentó en una de las sillas que había delante del mostrador.

—Sí, sí, soy profesor de matemáticas.

—Ahora mismo ya tenemos a todos los que necesitamos, pero si me deja su currículum se lo daré a mi mánager. ¿Ha traído su currículum?

—Sí, lo tengo aquí. Y también traigo una carta de presentación.

La chica se quedó mirando las hojas de papel durante unos segundos.

—De España.

—Sí.

—Eres el primer español que conozco.

A Salvador no se le ocurrió nada que decir.

—Gracias por venir a nuestra escuela.

—Gracias. A vosotras. Muchas gracias.

Las chicas de la recepción sonrieron, Salvador se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Adiós. Que tenga un buen día.

—Adiós, gracias. Tú también. Vosotras también —contestó con torpeza.

Salvador salió a la calle bastante decepcionado consigo mismo. Aparte de ser un mal negociador, había mostrado una total incapacidad para decir algo inteligente. Así no iba a encontrar trabajo.

Solo tuvo que caminar unos cuantos metros para encontrar a otro *xe om* que reaccionó en cuanto vio que Salvador se le acercaba. La segunda escuela, Little Genius, estaba en el distrito Binh Tan, era una de las que no había podido localizar con exactitud en el mapa, pero sabía que estaba muy lejos del distrito 1.

Después de lo que le pareció una interminable discusión, el *xe om* accedió a llevarle por ciento veinte mil dongs. Cogió el casco que el motorista le ofreció, era muy parecido al que había usado durante el primer desplazamiento con el otro *xe om,* y se subió en la moto. Salvador esperaba que a medida que se alejaran del distrito 1 el tráfico mejoraría, pero no fue así. Tardaron unos cuarenta y cinco minutos que se le hicieron eternos, circulando por calles abarrotadas de vehículos cuyos conductores hacían sonar constantemente sus bocinas.

Cuando Salvador ya pensaba que no podría soportar más la

incomodidad de ir tras el *xe om* en aquella pequeña motocicleta, y el agobio del tráfico incesante, llegaron; se bajó de la moto y pagó. Tardó unos segundos en reaccionar, tiempo suficiente para que el *xe om* desapareciera. Allí no había ninguna escuela.

Fantástico.

En lugar del esperado centro para el aprendizaje de matemáticas, en la dirección que tenía había una pequeña cafetería. Mientras decidía qué hacer, entró y se tomó un café.

La tercera escuela de su lista, Math Gym, era aún más pequeña que la Albert Einstein. La recepción era minúscula y solo había una joven vietnamita sentada detrás de un escritorio. Delante del mueble había dos sillas de color rojo. Salvador se sentó en una de ellas y esta vez tomó la iniciativa.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó la chica.

—Soy profesor de matemáticas y estoy buscando trabajo.

—En este momento no necesitamos a ningún otro profesor, pero si quiere puede dejar su currículum.

—Lo tengo aquí.

Salvador lo sacó con la carta de presentación dirigida a la escuela Math Gym y se los dio a la chica. La recepcionista era muy joven, llevaba gafas negras y tenía el pelo largo y oscuro como la mayoría de chicas vietnamitas.

—Gracias. Se lo daré a la directora.

Salvador tragó saliva, se notaba tenso e incómodo. Quería decir algo más, o hacer alguna pregunta para mostrar interés, pero de nuevo no se le ocurría nada.

—¿De dónde eres? —le preguntó sonriendo la chica mientras guardaba el currículum y la carta de presentación.

—De España, de Barcelona.

—¡Oh! —exclamó sorprendida—. ¿Te gusta el fútbol?

—No mucho, me gustan más otras cosas.

—¿Qué cosas?

—El cine, las series de televisión, la lectura y… —Salvador se quedó pensativo y dejó de hablar.

—La lectura, ¿y qué más?

—Nada —dijo con cierta incomodidad—. La lectura y cosas así.

Sin saber cómo continuar la conversación, Salvador se levantó y se despidió dando las gracias.

Friends in Vietnam

Después del almuerzo fue a visitar el Mercado Ben Thanh. La guía de Vietnam decía que era una de las visitas ineludibles en Saigón. Había dos horarios y emplazamientos diferentes: El mercado diurno estaba dentro del enorme edificio y abría de seis de la mañana a seis de la tarde, y el nocturno empezaba su actividad en las calles alrededor de dicho edificio después de que cerraran las puertas del diurno.

El Mercado Ben Thanh estaba muy cerca del parque al que los estudiantes iban a practicar inglés con los turistas, tenía forma cuadrada y cuatro entradas, una a cada lado del edificio. Vendían artículos de alimentación, ropa y decoración. Todo estaba abarrotado para poder aprovechar el espacio al máximo, había tantas tiendas y tantos pasillos que era muy fácil perderse. Vio que también vendían mascotas, flores, joyas, complementos y herramientas; para poder ver en detalle todo lo que había en el mercado necesitaría varias horas. Se dio cuenta de que además de para ir a comprar, también se podía ir a comer, servían fideos, sopa, arroz, carne, verduras, pescado y marisco.

Caminar siempre le sentaba bien, ya no notaba los efectos del *jet lag* y era el primer día desde que había llegado a Saigón en que se encontraba perfectamente. Dio vueltas y más vueltas por los pasillos estrechos, mirando con curiosidad aquel pequeño mundo exótico. Había todo tipo de artesanías preciosas, pero lo que le encandilaba eran los *ao dai*, los trajes tradicionales vietnamitas. No recordaba haber visto nunca ropa tradicional tan hermosa como aquella. El corte y los colores mostraban una belleza más allá de las modas y las épocas. Mientras admiraba la elegancia de un *ao dai* negro con motivos dorados, recibió un mensaje de su nuevo amigo preguntándole si quería ir a merendar.

Ramón estaba sentado a la misma mesa que el día anterior y tenía un *ca phe sua da* y dos cruasanes de chocolate delante de sí. Salvador llevaba un cruasán normal y otro cruasán de chocolate en una bandeja pequeña de color marrón. Dejó la bandeja en la mesa y se sentó.

—Tú también has cogido cruasanes —observó el de Zaragoza.

—Uno de cada. ¿Y tú? ¿Los dos de chocolate? —preguntó Salvador.

—Soy un adicto. No puedo evitarlo. ¿Qué estabas haciendo?

—He ido al Mercado Ben Thanh.

—Yo fui hace unos días, es increíble, ¿verdad? ¿Lo has visto por la noche?

—Todavía no —dijo Salvador.

—Vale la pena.

—¿Qué has hecho hoy?

—He estado leyendo y viendo películas —explicó Ramón entre sorbo y sorbo de *ca phe sua da*.

—Yo he ido a tres escuelas a buscar trabajo esta mañana. Bueno, solo he podido encontrar dos de las tres.

Salvador le contó la conversación que había tenido el día anterior con Cloud y Pink, y que había decidido ir a las escuelas de matemáticas lo antes posible.

—Al menos ahora sabes lo que hay. Es mejor estar preparado por si tardas un poco en encontrar trabajo.

—Eso sí, pero no puedo esperar indefinidamente.

—Seguro que encuentras algo.

—Si el inglés fuese mi lengua materna sería más fácil. —Salvador mordisqueó el cruasán de chocolate—. Los cruasanes de aquí están muy buenos. Hemos tenido suerte de encontrar esta cafetería.

—Y que lo digas —le dio la razón Ramón con la boca llena.

Una camarera joven de facciones suaves y tez morena se acercó con un café solo y lo dejó con delicadeza encima de la mesa. Salvador sonrío y le dio las gracias. La camarera le devolvió la sonrisa, inclinó ligeramente la cabeza y continuó con sus tareas.

—¿Has visto qué chica tan guapa?

—Claro que la he visto. Pero es muy joven. ¿Cuántos años debe tener? ¿Veinte?

—Si le vamos a encontrar pegas a todo no vamos a hacer nada.

—No, no pongo pegas —se defendió Salvador—. Solo digo que es muy joven.

—Algunas chicas vietnamitas son preciosas, pero la mayoría no hablan inglés.

—Eso es un problema.

—Un gran problema —sentenció Ramón—. Mira qué cuerpo tiene —dijo mirando a la joven camarera mientras esta limpiaba una mesa—. Es una muñequita.

Salvador dio un sorbo al café solo y se quedó mirando a la chica.

—Parecemos dos viejos verdes.

—¡Eh! Que aún estamos en edad de merecer —se quejó Ramón. ¿Estás casado? ¿O has estado casado o algo?

—No. Soltero y sin compromiso.

—Lo mismo por aquí.

La camarera terminó de limpiar la mesa y se giró. Ramón y Salvador dejaron de mirarla y se concentraron de nuevo en lo que quedaba de sus cafés y sus cruasanes.

—Tendremos que buscarnos a dos jóvenes y atractivas vietnamitas —comentó Ramón.

—Que hablen algo de inglés.

—Que hablen bien inglés.

—¿Has conocido alguna chica en Saigón? —se interesó Salvador.

—Aún no. Pero estoy trabajando en ello.

—¿Cómo?

—Estoy esperando a que se presente la ocasión.

—¿Y si no se presenta?

Ramón se terminó el segundo cruasán, apartó el plató, cogió el vaso con el *ca phe sua da* y bebió parsimoniosamente.

—Oye Salvador, tú no serás un tío de estos cenizos y pesimistas que le encuentran problemas a todo.

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó Salvador—. Es que me gusta plantearme todas las posibilidades.

—Porque te advierto que los tíos negativos no se comen una rosca aquí en Vietnam.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imagino —dijo Ramón con el semblante muy serio.

Salvador y Ramón se pusieron a reír al mismo tiempo.

—¿Y tú? ¿Has hablado con alguna chica vietnamita desde que llegaste a Saigón?

—Solo con las dos estudiantes de ayer en el parque. ¿Sabes a qué parque me refiero? —preguntó Salvador.

—Sí, el que está al lado de las calles de mochileros.

—Ese.

—Se llama parque 23 de Septiembre.

—¿Parque 23 de Septiembre? Qué nombre tan raro.

—Debe ser una fecha importante. Yo también voy a veces cuando me aburro, para hablar con alguien. —Ramón se levantó—. Tengo que ir al cuarto de aseo.

Salvador apuró las últimas gotas de su café y miró a través de la ventana. La cafetería estaba en una esquina y podía ver el tráfico de una de las calles principales de Saigón, parecía que el flujo de vehículos no iba a terminar nunca. En la otra calle, mucho menos concurrida, había algunas personas paseando, y en cualquier parte, mirase donde mirase, había alguien vendiendo algo.

Ramón volvió del aseo y se sentó, parecía excitado.

—Traigo novedades.

—¿Novedades de qué?

—Ya te dije que estaba trabajando en ello.

—Como no te expliques mejor.

—Antes de que tú llegases ya me había fijado en aquel tipo de la mesa del fondo.

—¿Qué tipo? —Salvador buscó con la mirada.

—El extranjero que está solo. El de la camiseta roja.

—Ya le veo. ¿Qué pasa con él?

—Cuando llegué vi que estaba mirando las fotos de unas chicas en su *tablet*, y ahora, al volver del aseo he pasado por detrás. Está usando una aplicación para ligar. Me he parado un segundo para poder ver el nombre. La aplicación se llama Friends in Vietnam.

—Amigos en Vietnam.

—Sí.

—A lo mejor solo es para eso, para hacer amigos.

—No, no, no. Tú no estás al día —dijo Ramón con seguridad—. Una aplicación que se llama Amigos en Vietnam no es para hacer amigos, es para ligar.

—¿Y si es para ligar por qué no se llama Ligar en Vietnam?

—Hay que mantener las apariencias.

—¿Y la gente que solo quiere hacer amigos qué aplicación usa?

—¿Tú quieres conocer chicas solo para hacer amigas o también quieres ligar?

—Bueno, las dos cosas supongo. —Salvador reflexionó durante unos instantes—. ¿Has usado alguna aplicación para ligar? —preguntó

Salvador.

—Solo durante unas semanas.

—¿Y qué pasó? ¿Conociste a alguna chica? —se interesó el de Barcelona.

—Sí y no.

—¿Cómo que sí y no?

—Era una aplicación de pago. Se podía usar de forma gratuita solo para mirar, pero si querías chatear con chicas tenías que pagar.

—¿Qué es lo que podías mirar?

—Los perfiles de las chicas, sus fotos y lo que tenían escrito sobre ellas, la edad, el trabajo, las aficiones, cosas así.

—Pero no podías chatear con ellas si no pagabas.

—Ese era el problema.

—Muy astuto —reconoció Salvador—. Te dejan ver las fotos para que te quedes con las ganas y si quieres continuar tienes que pagar. ¿Pagaste?

—No.

—¿Era caro? ¿Cuánto costaba?

—Treinta euros al mes —contestó el de Zaragoza—. Si te suscribías por varios meses más barato.

—Demasiado caro.

—Por eso no pagué.

—Y no pudiste chatear con ninguna chica.

—Chateé con una —dijo Ramón haciéndose el interesante.

—¿Cómo? Si no pagaste.

—Pero ella sí había pagado. Si pagabas podías enviar mensajes a quien quisieras y todo el mundo te los podía enviar a ti. Como ella había pagado pude escribirle.

—¿Y qué pasó? Cuenta —exigió Salvador—. Era de Zaragoza, supongo.

—No, qué va. Vietnamita.

—¿Vietnamita?

—Fue antes de venir a Vietnam por primera vez. Buscando información sobre Vietnam encontré la aplicación.

—¿Cómo se llama?

—Lily.

—Qué nombre tan raro para una aplicación —se sorprendió el de Barcelona.

—¡No! La chica se llamaba Lily. La aplicación se llama Love in Vietnam.

A Salvador se le escapó la risa.

—¡Love in Vietnam! Ahí sí que no hay posibilidad de malentendidos con el nombre.

—Pero hay que pagar —advirtió Ramón.

—Cuéntame la historia de Lily.

—No hay mucho que contar. Cuando vi su perfil me llamó la atención que era escritora y le envié un mensaje. Me contestó y chateamos durante unos días. Me contó que Lily era un pseudónimo, que era escritora de verdad, que vivía en Saigón y que tenía publicadas dos novelas en Vietnam. Dijo que no era famosa y que poca gente conocía sus novelas. Trabajaba escribiendo artículos para revistas y periódicos *online*, lo que le permitía vivir en cualquier sitio que le apeteciese.

—Qué suerte —exclamó Salvador con cierta envidia.

—Yo en ese momento estaba en casa recuperándome del accidente. Le conté que había trabajado durante muchos años en una librería y que mi sueño era ser escritor. Solo chateamos unas pocas veces. Un buen día dejó de contestar a mis mensajes y ya está. Esa es la historia.

—¿Te dio su número de teléfono?

—Nada, nunca supe su nombre real ni su número de teléfono ni el título de sus dos novelas.

—Y así quedó la cosa.

—Así quedó —se lamentó Ramón.

—A lo mejor te estaba vacilando y solo se hacía la interesante con eso de ser escritora y haber publicado dos novelas.

—A lo mejor. Pero yo la creí.

—Nunca sabremos la verdad.

—No. Pero podemos conocer otras chicas a través de la aplicación que acabo de descubrir, Friends in Vietnam.

—A no ser que sea de pago, como Love in Vietnam.

—No lo es.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó Salvador.

—¿Tú crees que el mochilero ese ha pagado para usar la

aplicación y conocer chicas?

Salvador se quedó mirando el chico de la camiseta roja. Tenía el pelo revuelto, no se había afeitado en varios días, su camiseta se veía vieja y descolorida, y los pantalones tejanos que llevaba estaban hechos polvo.

—No.

Por la noche Salvador se puso cómodo en su habitación, encendió el ordenador y buscó la página web Friends in Vietnam. Ramón le había explicado que para tener acceso a todas las funciones de la aplicación tenía que hacerse miembro vip, aunque sin pagar también podían usarla y conocer chicas. Lo primero era hacerse un perfil, pero nunca lo había hecho y no sabía qué poner. La primera pregunta que le vino a la cabeza fue si debería usar su nombre de verdad o no.

Puso música para relajarse y después de pensárselo durante unos minutos decidió usar un pseudónimo. Sin ningún motivo en especial, eligió Gordon como nombre para su perfil en Friends in Vietnam. Rellenó los datos básicos: edad, idiomas que hablaba, altura y peso, y llegó al apartado en el que tenía que decir algo sobre sí mismo. Escribió una descripción muy corta diciendo que era de Barcelona, profesor de matemáticas y que había ido a vivir a Saigón hacía poco. Subió su mejor foto para el perfil y añadió cinco más. Las fotos que tenía no eran muy buenas, pero las podía cambiar más adelante.

Le llevó un poco de tiempo entender cómo funcionaba la aplicación. En un apartado podía configurar si quería ver perfiles de chicas, de chicos o los dos. Eligió solo chicas. Después tenía que delimitar la edad de los perfiles que quería ver, indicar su localización y la distancia máxima a la que podían estar las chicas. Para no complicarse la vida, eligió todas las edades, dio su localización en Saigón y máximo cincuenta kilómetros de distancia.

Después de introducir esa información, pudo ver las chicas en Saigón cerca de su localización que estaban conectadas a la aplicación en ese momento. Abrió los perfiles de varias chicas, y se pasó un buen rato leyendo lo que habían escrito y mirando las fotos que habían colgado. Mientras se dedicaba a curiosear por los perfiles de Friends in Vietnam, recibió un mensaje en la aplicación.

Huyen:
¡Hola!

Casi no podía creer que una chica le estuviese enviando un mensaje, no había pasado ni una hora desde que se había conectado.

Se preguntó si era algún tipo de mensaje automático de bienvenida o si alguien se había puesto en contacto con él de verdad.

Miró la foto del perfil de la chica. Se llamaba Huyen, de veintiséis años, vivía en Saigón, y tenía varias fotos. En las fotos se podía ver que llevaba gafas y era de complexión media. Sin ser una belleza tenía un rostro agradable, parecía buena persona.

Huyen:
¿Cómo estás? Me llamo Huyen, ¿y tú?

Salvador reaccionó y contestó.

Gordon:
Hola. Estoy bien. Soy Gordon, ¿qué tal?

Huyen:
Muy bien.

Gordon:
¿Dónde vives?

Huyen:
En Saigón. Acabo de terminar de trabajar.

Gordon:
¿Dónde trabajas?

Huyen:
En un hotel cerca de Bui Vien. ¿Sabes dónde está?

Gordon:
Sí. Yo vivo en un hotel que también está cerca de Bui Vien.

Huyen:
¿En serio?

Gordon:
Sí.

Huyen:
¿De qué trabajas?

Gordon:
Soy profesor de matemáticas.

Huyen:
¿En qué escuela das clases?

Gordon:
Aún no tengo trabajo.

Huyen:
Oh. ¿Hace poco que vives en Saigón?

Gordon:
Llegué hace unos días.

Huyen:
¿Tienes algún amigo en Saigón?

Gordon:
Solo un amigo que también es de España.

Huyen:
Oh, debe ser un poco triste.

Gordon:
No pasa nada. Llegué hace muy poco. Es normal.

Huyen:
¿Quieres tomar un café mañana por la mañana? Así ya tendrás dos amigos.

Lo último que Salvador esperaba era que una chica que no conocía y con la que había chateado durante unos pocos minutos le invitara a ir a tomar un café al día siguiente. No podía recordar la última vez que una chica le había preguntado si quería ir a tomar un café. Debía hacer muchos, muchos años. Tenía la sensación de que siempre era él quien daba el primer paso, no le parecía justo. Intentó hacer memoria y recordar alguna ocasión en la que una chica hubiese tomado la iniciativa y le hubiera invitado a ir a tomar un café, o a cenar, o al cine, o a lo que fuera. No podía asegurar que eso nunca hubiese ocurrido, pero en ese momento no le venía ningún recuerdo de esa situación.

Huyen:
¿Estás ahí?

Gordon:
Sí, lo siento, estoy aquí. Mañana por la mañana no puedo. ¿Pasado mañana? El domingo.

Huyen:
El domingo me va bien.

Gordon:
¿Dónde quieres tomar el café?

Huyen:
¿Conoces la cafetería Stella en Bui Vien?

Gordon:
No. No sé cuál es.

Huyen:
Espera, busco la dirección y te la envío.

Salvador esperó delante del ordenador a que Huyen le enviase la dirección de la cafetería. No pudo evitar preguntarse si el domingo la chica iría a la cafetería o si cambiaría de opinión. O quizá no tenía ninguna intención de ir y solo se lo había pedido para divertirse. Había gente que disfrutaba haciendo esas cosas. Le vino a la cabeza una situación que había vivido en Barcelona hacía unos años.

Una chica había puesto un anuncio en internet buscando un profesor de matemáticas y Salvador lo había visto. Se enviaron algunos mensajes a través del teléfono y quedaron para ir a tomar algo, pero en lugar de quedar directamente en una cafetería, ella le dijo que prefería quedar delante de una tienda de la calle Verdaguer y

Callís, cerca del Palacio de la Música Catalana. Eso extrañó un poco a Salvador, pero no le quiso dar importancia.

Fue a la hora a la que habían quedado y ahí no había nadie. Le envió varios mensajes y la llamó, pero la chica no contestó ni a sus mensajes ni a la llamada. En ese momento pensó que quizá se había olvidado el teléfono en casa y esperó pacientemente durante casi una hora. Al final, cansado de esperar, se fue. Nunca recibió un mensaje o una llamada dándole una explicación o pidiendo disculpas.

Había gente que no tenía educación ninguna.

Huyen:
Calle Bui Vien número 119. Cafetería Stella.

Gordon:
¿A qué hora?

Huyen:
A las 10 de la mañana.

Gordon:
OK. Nos vemos pasado mañana a las 10 de la mañana.

Huyen:
¡Hasta el domingo! Me voy a dormir. Buenas noches.

Gordon:
Buenas noches.

Salvador se quedó mirando la pantalla del ordenador, Huyen se había desconectado. No sabía qué pensar, todo había sido muy rápido, quizá demasiado. Se dio cuenta de que ya era casi medianoche. Al menos habían quedado en una cafetería que estaba muy cerca de su hotel, no en medio de una calle estrecha sin nada que ver cerca del Palacio de la Música. Se llevaría el ordenador portátil y si ella no acudía a la cita no pasaría nada, se tomaría un café y leería o escucharía música. Como la vida se había encargado de enseñarle en repetidas ocasiones, era mejor no hacerse muchas ilusiones, el mundo podía ser muy decepcionante.

Definitivamente, se llevaría el portátil.

Más escuelas y mil libros

El sábado por la mañana llamó por teléfono para confirmar la dirección y la existencia de las escuelas antes de ir. Primero fue a Super Mathematicians en el distrito 6. Intentó entablar conversación con las chicas de la recepción con poco éxito y dejó su currículum y la carta de presentación.

Después visitó Super Minds en el distrito 7. Aunque nadie le había cogido el teléfono cuando había llamado, la escuela estaba dónde debía estar. Comentó a una de las recepcionistas que había estado llamando, pero nadie se había puesto al teléfono. La chica, sin darle ninguna importancia, se limitó a decirle que debían estar ocupadas. Les entregó una copia del currículum y la carta de presentación dirigida a esa escuela.

Por último, se presentó en Math's Friends, que también estaba en el distrito 7. Otro breve intercambio de frases y los habituales: ahora mismo no necesitamos a ningún profesor, puede dejar su currículum, ya le llamaremos si necesitamos a alguien.

De todos los distritos que había tenido la oportunidad de ver mientras se desplazaba en *xe om* a través de la ciudad, el distrito 7 fue sin duda el que más le gustó. Se veía nuevo y moderno, con calles anchas y limpias. Salvador pensó que debía tratarse del distrito en el que vivían los ricos. Dio un paseo por el barrio, estaba lleno de tiendas, cafeterías, restaurantes y edificios destinados a la vivienda. La mayor parte de las construcciones se veían de obra nueva y las calles estaban bien asfaltadas. La circulación de los vehículos era mucho más fluida que en los otros distritos por los que había pasado, al menos en la zona donde él estaba en ese momento. Quizá al tratarse de un barrio nuevo había pocas viviendas, o tal vez fuesen muy caras y no muchas familias se podían permitir vivir ahí.

La cafetería Los Ángeles tenía vistas al río y cafetera para hacer café expreso. Buscó un sitio cómodo cerca de la ventana y movió una de las dos butacas para poder ver el río. Pidió un café solo y la contraseña del wifi. Una de las cosas que le encantaba de Saigón, era que en cualquier cafetería o restaurante tenían internet y se podía usar el wifi de forma gratuita. Se le ocurrió que en Barcelona deberían hacer lo mismo.

Saboreó el café y un pensamiento funesto acudió a su mente. Se preguntó cuánto tiempo podría sobrevivir en Saigón si no encontraba

trabajo. No podía decirlo con exactitud, pero solo unos pocos meses, seguro que menos de medio año. Mientras su mente se sumergía en la posibilidad de tener que regresar a Barcelona a su antigua e insatisfactoria vida de tutor de matemáticas soltero viviendo en una habitación pequeña en un piso compartido, una familiar sensación de angustia se apoderó de él. Para apartar esos pensamientos que no llevaban a ningún sitio encendió el ordenador, se conectó a internet y se puso a buscar un gimnasio que estuviese cerca de su hotel. Lo que tenía que hacer era volver a entrenar.

Después de almorzar fue a entregar su currículum a las últimas escuelas de matemáticas de la lista: Math in HCMC, Little Big Numbers y The Calculator. Las tres estaban en el distrito 2 y los *xe om* las encontraron sin dificultad. Todas las conversaciones tuvieron el mismo decepcionante final: Gracias, si necesitamos a alguien ya le llamaremos.

En cuanto volvió del distrito 2, fue a ver los tres gimnasios cuya dirección había encontrado por internet. El primero estaba en un centro comercial y era demasiado caro, el segundo era demasiado pequeño y tenía un equipamiento muy limitado, pero el tercero, que estaba en la calle Nguyen Khac Nhu, le convenció. El surtido de máquinas era bastante amplio, tanto para el trabajo de musculación como para el aeróbico, y el precio le pareció razonable. El encargado le dijo que se pagaba por meses naturales, es decir, que por el mes de febrero tendría que pagar cuatrocientos mil dongs, y si quería ir alguno de los días que quedaban de enero, el precio era de cincuenta mil dongs por cada día que fuese a entrenar. Estaban a sábado 26 de enero, solo quedaban unos pocos días para febrero y a Salvador le pareció bien.

Sin pensárselo dos veces fue a su habitación, se cambió, metió una toalla y una botella de agua en la bolsa y volvió al gimnasio. Ya llevaba varios días sin hacer ejercicio y lo notó, pero lo importante era coger el ritmo de nuevo.

Después de entrenar fue a visitar el Mercado Nocturno de Ben Thanh. Le pareció muy interesante ver cómo lo montaban en las cuatro calles alrededor del edificio del mercado diurno. Donde a lo largo del día no había habido nada, en menos de una hora se llenó de carpas con ropa, complementos, recuerdos y restaurantes. Los vendedores le invitaban a ver su mercancía y eso era lo único que conseguían, que Salvador viese su mercancía. Al igual que el día anterior, se limitó a pasear y a mirar sin comprar nada. En el Mercado Ben Thanh, tanto en el diurno como en el nocturno, se tenía que regatear si no se quería pagar un precio innecesariamente alto, y

Salvador no era de los que disfrutaban regateando.

Era sábado por la noche y la calle Bui Vien estaba llena de turistas y de vietnamitas que habían salido a divertirse: a comer, a beber, a charlar, y algunos, los menos, a bailar. Salvador y Ramón se acercaron a uno de los bares. Dentro, la música estaba demasiado alta y hablar resultaba incómodo, así que se sentaron a una de las mesas que había en la calle y pidieron unas cervezas.

Los vendedores ambulantes recorrían Bui Vien una y otra vez. Cada pocos minutos alguien se paraba delante de ellos para ofrecerles algo de comer: fruta, frutos secos, huevos, calamar seco y cosas que ninguno de los dos sabía lo que era; otros intentaban venderles tabaco, encendedores, pipas, gafas de sol, chicles, colgantes, brazaletes, bastoncillos para las orejas, pañuelos de papel y cosas de este tipo; pero todos recibían la misma respuesta negativa por parte de Ramón y Salvador.

Al cabo de un rato, un niño que no podía tener más de doce años se acercó al bar. Llevaba consigo una botella con queroseno, una antorcha pequeña, un encendedor y un sombrero. El niño encendió la antorcha, se llenó la boca de queroseno y lanzó una llamarada de dos o tres metros de longitud delante de los clientes del bar.

—Pero si es un crío —le dijo a Ramón.

—¿Aún no lo habías visto?

—No.

—Cada noche hay varios niños y adolescentes que vienen a Bui Vien a hacer su actuación para ganarse la vida. La primera vez que lo vi también me impresionó.

El niño se llenó la boca de queroseno de nuevo y lanzó otra llamarada, esta vez hacia el otro lado. En esa ocasión el calor de la llamarada alcanzó a Salvador y Ramón. La actuación duró unos pocos minutos. Cuando terminó, el niño tragafuegos pasó con el sobrero entre los clientes para que los que habían disfrutado con su espectáculo pudiesen darle la voluntad. Tanto Salvador como Ramón le dejaron algo de dinero en el sombrero.

Salvador se quedó mirando a la gente de la calle, Ramón terminó su cerveza y dejó la botella vacía en la mesa.

—Este es el momento —declaró Salvador repentinamente.

—¿El momento de qué?

—Durante catorce años estuviste muy ocupado leyendo y aconsejando a los clientes qué libro comprar. Para vender libros hay

que saber de libros. Para saber de libros, uno tiene que haber leído mucho y tiene que haber hablado con mucha gente sobre libros para realmente entender los distintos gustos y preferencias de los clientes. No se puede recomendar el mismo libro a todo el mundo ni se puede recomendar siempre el mismo tipo de libro a una persona, también hay que saber invitar a un lector asiduo a un género a probar otras cosas.

—Supongo que sí, que eso es lo que hacía.

—A lo que voy es a que tu mente está llena de libros, eres un experto en el tema.

—Hombre, tanto como un experto, no sé. No soy ningún académico.

—No hace falta ser un académico para ser escritor, lo que hace falta es amar la lectura y sentir el deseo de escribir. Tu mente está llena de literatura, tienes el perfil perfecto para ser escritor y este es el momento de ponerte a escribir en serio.

—¿Tú crees?

—¿Cuántos libros has leído?

—No lo sé. Nunca los he contado.

—Ya me lo imagino. Es para hacernos una idea. ¿Diez? ¿Cien? ¿Mil?

Ramón se quedó pensativo por unos momentos.

—Hay libros muy delgaditos, con apenas más de cien páginas y tochos de más de mil.

—Está claro. ¿Cuántos libros al mes acostumbrabas a leer? Más o menos.

—Quizá en un mes me leía entre tres y cinco libros.

—Pongamos un libro por semana de media. Cincuenta libros al año para redondear. Catorce años en la librería. Setecientos libros. Más todos los que te habías leído antes de trabajar en la librería y los que has leído después. Mil libros. ¿Te has leído mil libros?

—Es posible. Creo que sí.

—Una novela tiene una media de noventa mil a ciento diez mil palabras. Digamos que una novela tiene cien mil palabras. Te has leído unos mil libros, eso son unos cien millones de palabras.

—Cien millones de palabras. ¿Es mucho?

—Yo diría que sí. Lees más que la mayoría de personas, te has leído unos cien millones de palabras, eso son varios millones de frases. Cientos de miles de párrafos, unas trescientas cincuenta mil páginas.

—Se nota que eres de mates.

—Pero cuando escribes no te salen las palabras.

—No. Me cuesta mucho.

—Y nunca has terminado ningún relato corto.

—Ni corto ni largo.

—Porque no te salen las palabras cuando escribes.

—Exacto.

—Pero tu mente está llena de palabras.

—Supongo.

—Eres como David cuando terminó la carrera.

—¿Quién es David?

—David estudió matemáticas conmigo, nos graduamos el mismo año, yo con notas bajas, él con excelentes y matrículas de honor. Ahora da clases en la universidad, pero cuando terminó la carrera, aunque tenía una mente brillante, entendía los problemas y podía resolverlos fácilmente y en poco tiempo, era incapaz de explicar matemáticas básicas a un niño o a un adolescente.

—¿Y qué hizo?

—Aprender. No necesitaba saber más de matemáticas, pero tuvo que aprender a enseñar, a comunicar lo que sabía.

—Tengo que aprender a transmitir mis ideas.

—Eso es.

—¿Y cómo lo hago?

—De la misma forma que aprendiste a leer. Aceptando que al principio no podías leer bien y tenías que continuar leyendo aunque lo hicieses mal. ¿Te hacía sentir mal no leer bien cuando eras un niño?

—Para nada. Era lo normal.

—Escribir mal al principio también es algo normal. Date permiso para escribir mal. Termina un relato corto. Y cuando termines escribe otro, y date permiso otra vez para hacerlo mal. Pero termínalo. Y cuando termines el segundo relato corto no pierdas el tiempo pensando en lo malo que es. Empieza el tercer relato, escríbelo y termínalo. Y cuando lleves escritas miles y miles y miles de palabras, un día te darás cuenta de que escribes bien. A lo mejor no será maravilloso, pero seguro que estará bien escrito.

—Nunca lo había pensado así, de una forma tan clara. ¿Por qué has dicho que este es el momento?

—Porque ahora tienes todo el tiempo del mundo, ya no tienes

que preocuparte de vender libros ni de leerlos, ya lo has hecho. Ahora puedes simplemente escribir. No tienes ni que ir a trabajar. Eres un privilegiado.

—Un privilegiado cojo.

—No escribes con las piernas. Sigues siendo un privilegiado.

—Oye Salvador.

—¿Sí?

—Tú escribes, ¿verdad?

—Yo escribo. Pero nunca he conseguido nada.

Salvador apagó la lámpara de la habitación sumiéndola en una agradable penumbra. Por la ventana y a través de la cortina amarilla entraba algo de luz, y el resto venía de la pantalla del ordenador.

Estaba escuchando la canción *Stand By Me* de Ben E. King, la original del 1961.

En el 61, diecisiete años antes de que él hubiese nacido, su madre era joven y su padre, que murió cuando él tenía dos años, aún estaba vivo. No pensaba mucho en su padre, en realidad, Salvador no tenía ningún recuerdo de él en absoluto, simplemente lo había visto en fotografías. Es difícil pensar en alguien que no has conocido, para bien o para mal, no hay recuerdos que rememorar ni situaciones que hayan dejado huella, solo ideas, historias que te han contado, fantasías al fin y al cabo.

Cuando el *Stand By Me* de Ben E. King terminó, Salvador puso la versión cantada por John Lenon. El asesino de John Lenon seguía en la cárcel. ¿Por qué se mataría la gente? Salvador nunca lo había entendido, él no deseaba matar a nadie.

Después le tocó al tráiler de la película *Stand By Me* (*Cuenta conmigo*), dirigida por Rob Reiner, adaptación de la novela corta *The Body*, escrita por Stephen King. Una de las películas más hermosas que Salvador había visto. ¿Por qué no había más películas como *Stand By Me*? ¿Por qué los seres humanos mataban a otros seres humanos? ¿Por qué la vida no era más hermosa?

Huyen y una visita al infierno

La cafetería Stella estaba muy cerca del hotel en el que se había hospedado las primeras tres noches en Saigón, el Saigon Mini Hotel 5. Aunque había pasado muchas veces por delante, nunca le había llamado la atención. Tenía tres mesas pequeñas en la parte exterior para los que quisieran sentarse justo al lado de la calle, pero sabía que si se sentaba ahí los vendedores ambulantes no le dejarían tranquilo. Los pocos clientes que había estaban concentrados en sus móviles y nadie le prestó atención cuando entró.

Aunque el espacio era acogedor, la decoración no le resultó muy atractiva. Vio unas escaleras que llevaban a la planta de arriba, pero decidió sentarse cerca de la entrada, al lado de una de las ventanas. Miró la hora. Aún faltaban unos minutos para las diez de la mañana. Iba a pedir un café expreso como era habitual en él, pero se acordó de que Ramón le había aconsejado probar el *ca phe sua da*, aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para hacerlo, y le pidió uno al camarero que se había acercado a su mesa con timidez.

Salvador se había afeitado a conciencia y se había puesto loción para después del afeitado. Mientras andaba por la calle no se había dado cuenta, pero al sentarse y quedarse quieto el olor de la loción le pareció más fuerte de lo habitual, se había puesto mucha más de la necesaria y le resultaba un poco molesto. Vestía una camisa de color naranja de manga corta, unos tejanos negros y sus zapatos de vestir, que también eran negros. Estaba convencido de que la camisa naranja le hacía parecer más joven.

El camarero le trajo el *ca phe su da* en un vaso de tubo lleno hasta la parte de arriba y un vaso normal con *tra da* (té con hielo). La primera impresión fue que le habían puesto demasiado café, pero cuando cogió el vaso se fijó bien y vio que casi todo era hielo. Un café vietnamita con leche condensada y mucho hielo. Lo probó y le gustó más de lo que esperaba. Acostumbrado al café solo y sin azúcar, le pareció que el sabor no tenía nada que ver con el de un café, pero era una bebida refrescante, dulzona y estimulante por la cafeína.

A las diez, tal y como Salvador se había imaginado, ninguna chica cruzó la puerta del Stella. Había decidido no agobiarse esperando a alguien que posiblemente no se iba a presentar. Dio otro trago al *ca phe sua da* y miró a la gente paseando por la calle. Una pareja se había sentado en la parte de afuera y todos los vendedores ambulantes que pasaban por la calle Bui Vien se acercaban a ellos

para intentar venderles algo, aunque de día no había tantos como por la noche, seguía resultando un poco molesto.

A las diez y cuarto la chica tampoco había aparecido. Salvador se terminó el *ca phe sua da* y lo único que quedó en el vaso fue un montón de cubitos de hielo. «Demasiado hielo», pensó recostándose en la silla. En Saigón las bebidas siempre llegaban en un vaso con demasiado hielo.

Mientras Salvador divagaba sobre la cantidad de hielo que los saigoneses ponían en las bebidas, una chica con gafas negras, media melena, camisa verde a cuadros, tejanos y sandalias, se sentó jadeando delante de él.

—¡Hola! Lo siento. Se me ha hecho tarde. Soy Huyen.

Salvador la miró con cierta sorpresa. No esperaba la llegada de una chica tan vital.

—No pasa nada. Yo me llamo Salvador.

—¡Hueles muy bien!

—Gracias —dijo Salvador sonrojándose.

—¿No te llamas Gordon?

—No, Gordon es el nombre que uso en internet. Hice mi perfil antes de ayer y no sabía si poner mi nombre real.

—¡Ya te has terminado el café!

—Sí, lo siento, he pedido algo para beber mientras te esperaba, pero ponen mucho hielo y si el hielo se deshace el café queda aguado y ya no me gusta.

Huyen escuchó atentamente la explicación de Salvador, como si este estuviese hablando de algo muy importante.

—Yo también quiero un *ca phe sua da* —dijo Huyen alzando la voz con determinación para que el camarero la oyese.

Huyen era de estatura media entre las chicas vietnamitas, mientras que en España se la habría considerado bajita. Salvador confirmó la sensación que había tenido el viernes al ver las fotos de su perfil en la aplicación Friends in Vietnam. Le parecía una chica honesta y bondadosa, de las que dicen lo que piensan y no actúan con malicia o con segundas intenciones. Aunque no era una belleza, tampoco era fea; tenía buen tipo y sus pechos llamaban la atención porque eran más grandes que los de la mayoría de chicas vietnamitas.

—Dijiste que trabajas en un hotel cerca de Bui Vien.

—Sí, trabajo de recepcionista. Está muy cerca, en uno de los callejones entre Bui Vien y Pham Ngu Lao.

—¿Vives cerca del hotel?

—Vivo en el hotel. Nos pagan muy poco, pero nos dejan dormir en el hotel, en una habitación interior pequeña.

—¿Cuándo empezaste?

—Hace unos meses, después de terminar la universidad. Es lo único que he encontrado.

—No debe ser fácil.

—No. Los salarios en Vietnam son muy bajos para los trabajadores vietnamitas.

—¿Cómo de bajos?

—Depende, pero muchos ganamos cuatro millones de dongs.

«Unos ciento cincuenta euros», calculó Salvador.

—¿Cómo puede la gente vivir con tan poco dinero?

—Buena pregunta —suspiró Huyen con fastidio—. Viviendo en habitaciones compartidas o en casa de los padres o de algún familiar y sin poder viajar, solo da para comida, gasolina y poco más.

—Qué vida tan dura.

El camarero trajo el *ca phe sua da* y un vaso de *tra da* y los dejó sobre la mesa.

—Pero también nos divertimos y disfrutamos de la vida —dijo Huyen sonriendo.

—Ya me imagino. ¿Por qué no vives con tus padres?

—Mi padre se fue de casa hace muchos años. Y mi madre no vive en Saigón.

—¿Dónde vive?

—En Long Thanh, en la provincia de Dong Nai.

—Ni idea.

—No está muy lejos de Saigón, a una hora y media en moto.

—Aún no he salido de Saigón.

—¿Estás buscando trabajo?

—Sí, esta semana he ido a ocho escuelas de matemáticas a dejar mi currículum.

—¡Muy bien! ¿A cuántas irás la semana que viene?

—A ninguna. Solo he encontrado ocho escuelas de matemáticas que tengan web en inglés.

Huyen se quedó pensativa.

—No te preocupes, yo te ayudaré a buscar las escuelas de matemáticas que tengan la información en vietnamita.

—Te lo agradezco, pero hay un pequeño problema —advirtió Salvador.

—¿Cuál?

—Las escuelas con información en vietnamita son para estudiar matemáticas en vietnamita. Yo no hablo vietnamita.

—¡Oh! Claro, no se me había ocurrido. Creo que tendrías que aprender vietnamita —dijo Huyen susurrando, como si le estuviese revelando un importante secreto.

—Dame tiempo, acabo de llegar.

En ese momento Salvador recibió un mensaje de Ramón.

—Es un amigo mío, también es español y hace pocos días que está en Saigón. Se acaba de levantar.

—¡Dile que venga!

—¿No te molesta?

—Claro que no. Me gusta conocer gente.

Salvador contestó al mensaje de Ramón, le dijo dónde estaba y le escribió la dirección, pero no dijo nada de Huyen.

Ramón:
Voy para allá. No te comas todos los cruasanes. Deja alguno para mí.

Salvador:
Me temo que aquí no hay cruasanes. Te recomiendo que vayas a comprar y los traigas. ¿Puedes traer dos para mí? Uno normal y otro de chocolate.

—Oye Huyen, ¿te gustan los cruasanes?

—No lo sé. ¿Qué son los cruasanes?

A Salvador le sorprendió que Huyen no supiera lo que eran. Encendió el ordenador y buscó algunas fotos en internet para que pudiese verlos.

—Nunca los he probado.

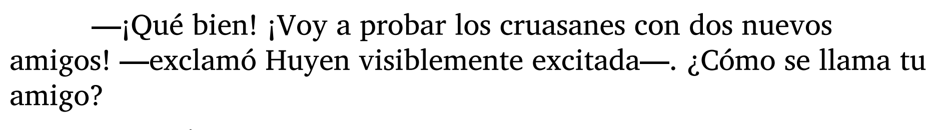
—¿Te apetece?

—¡Sí!

Salvador:
Perdón. Tengo mucha hambre. Por favor tráeme dos normales y dos de chocolate.

Ramón:
¡Qué tío! Comes por dos. OK.

—Mi amigo vendrá dentro de un rato con cruasanes.


—¡Qué bien! ¡Voy a probar los cruasanes con dos nuevos amigos! —exclamó Huyen visiblemente excitada—. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Ramón.

—Salvador y Ramón.

—Eso es.

Mientras esperaban a Ramón, Salvador le explicó lo que había estado haciendo en sus primeros días en Saigón. Huyen le escuchó con visible interés y le preguntó cómo era España. Al cabo de un rato Ramón entró en la cafetería Stella, llevaba una camiseta, unos pantalones cortos y chancletas que contrastaban con la ropa más formal que vestía Salvador. Con la mano derecha sujetaba una bolsa llena de cruasanes.

—No me habías dicho que estabas acompañado —comentó Ramón con cierta admiración.

—Era una sorpresa. Ramón, esta es Huyen, Huyen, este es Ramón.

—Encantado —dijo Ramón.

—Hola Ramón.

El recién llegado se sentó y dejó la bolsa encima de la mesa.

—¡Cuántos cruasanes! —exclamó Huyen.

Miró el contenido de la bolsa y llamó al camarero. Le dijo algo en vietnamita y Ramón pidió un *ca phe sua da*.

—¿Cómo has conocido a Huyen?

—El viernes por la noche cuando llegué al hotel, me hice un perfil en Friends in Vietnam y empezamos a chatear. Me preguntó si quería tomar un café en esta cafetería y le dije que sí.

—¿Así de fácil? —preguntó Ramón con incredulidad.

—Pues sí. Vive y trabaja en un hotel que está muy cerca y esta cafetería nos iba bien a los dos.

—¿Hace mucho que usas Friends in Vietnam? —preguntó Ramón a Huyen.

—Empecé a usarla hace unos días, pero aún no había quedado con nadie. Me gustaron las fotos de Gordon y le escribí.

—¿Quién es Gordon?

—Soy yo —dijo Salvador.

—¿Tú eres Gordon?

—No quería poner mi nombre de verdad en el perfil y puse

Gordon —explicó.

—Gordon. ¿No podías elegir otro nombre?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No sé, Gordon… suena extraño. ¿Te gusta Gordon como nombre? —le preguntó a Huyen.

—No mucho.

—¿Lo ves?

El camarero trajo tres platos pequeños para los cruasanes, y el *ca phe sua da* y *tra da* para Ramón.

—¿Qué tienes en contra de la gente que se llama Gordon?

—Nada, absolutamente nada —se defendió Ramón—. Es que Gordon suena extraño, como a Flash Gordon.

Ramón abrió la bolsa y puso dos cruasanes de chocolate en su plato y uno de cada en los de Salvador y Huyen.

—¿Todo eso es para mí? —se sorprendió Huyen.

—Come, no seas tímida —la animó Salvador.

Huyen probó primero el cruasán normal.

—¡Está buenísimo! —gritó entusiasmada—. ¿Quién es Flash Gordon? —preguntó con la boca llena.

—El hombre más rápido del mundo.

—El superhéroe más rápido del mundo —corrigió Ramón.

—¿Os gustan las películas de superhéroes?

—Solo algunas, prefiero películas más realistas, si son muy fantasiosas no me creo lo que estoy viendo y me aburro —contestó Salvador.

—¿Y a ti? —preguntó a Ramón.

—Yo soy más de libros, me gustan muchos géneros, pero tengo debilidad por la novela histórica y por los libros de suspense. ¿Te gusta leer?

—No mucho. A veces leo cómics japoneses.

—¿Qué cómics? —quiso saber Ramón mientras saboreaba uno de sus cruasanes de chocolate.

—Conan, Doraemon, cosas así. ¿Dónde vives?

—Me hospedo en un hotel en un callejón entre la calle Bui Vien y la calle Pham Ngu Lao, cerca de De Tham, en un *hem*. Me imagino que *hem* significa callejón.

—Sí —confirmó Huyen—. Ya sé dónde dices ¿En cuál estás, en

el *hem* 40 o en el *hem* 28?

—En el 40.

—¿Cuánto pagas por noche?

—400 000 mil dongs.

—¿Y tú? —preguntó a Salvador.

—275 000.

—¡Qué barato! —exclamó Huyen.

—He tenido que pagar un mes por adelantado y la habitación está en una novena planta sin ascensor.

—¿¡Qué!? ¿Una novena planta sin ascensor?

—Sí.

—Increíble.

—Eso no es un problema para un deportista como Salvador —intervino Ramón.

—De momento no lo es, pero no quiero subir y bajar escaleras para siempre. Y aunque como habitación de hotel es barata, tampoco puedo pagar esa cantidad de dinero indefinidamente. Necesito encontrar algo más barato, un apartamento pequeño sería lo suyo.

—Eso sería lo mejor —le dio la razón Ramón.

—¿Sabes dónde podría encontrar un apartamento pequeño? —preguntó a Huyen.

—No, lo siento. Pero puedo preguntar a mis compañeras de trabajo y a mi jefa. A lo mejor ellas lo saben.

—Por favor.

—¿Cuánto puedes pagar?

—Cuanto menos mejor. Cuatro o cinco millones de dongs.

—Se lo preguntaré cuando las vea —aseguró Huyen.

—¿A qué hora tienes que ir a trabajar?

—A la una y media.

Huyen se había terminado el cruasán normal y había empezado el de chocolate.

—¿Te gustan? —preguntó Salvador.

—Mucho, me encantan.

—Yo soy un adicto a los de chocolate —reconoció Ramón.

—Pero creo que comer muchos cruasanes engorda.

—Sí, eso es verdad. Por desgracia —se lamentó el de Zaragoza.

—¿Qué vais a hacer luego?

—No sé. No hemos pensado en nada.

—¿Habéis ido al Museo de la Guerra?

—Yo no.

—Yo tampoco —dijo Salvador.

—Podríais ir esta tarde.

—Es domingo, debe estar cerrado.

—Abren todos los días.

Dando un paseo, Salvador y Ramón fueron al Museo de los Vestigios de la Guerra después de almorzar, para evitar las horas de la tarde con mayor aglomeración de turistas. El museo estaba en la calle Vo Van Tan, en el distrito 1, y tal y como les había dicho Huyen, abría todos los días. La entrada era muy barata, solo costaba quince mil dongs. En un patio amurallado podían verse equipos militares de la época: un helicóptero, un caza, un tanque, dos bombarderos, bombas y municiones.

En la planta baja había una colección de carteles y fotografías que mostraban la oposición a la guerra a nivel internacional. Esa era la zona más amable del museo. En la parte de arriba se acumulaban las salas de los horrores. Una de las colecciones que les pareció más impactante fue la de fotografías de Ishikawa Bunyo, periodista y fotógrafo japonés que cubrió la guerra de Vietnam. En 1998 había donado al museo unas doscientas cincuenta imágenes de soldados y civiles durante el conflicto bélico.

Era la primera vez que Salvador visitaba un museo en el que el motivo principal fuese la guerra, la destrucción, las masacres y las atrocidades que los seres humanos cometen contra otros seres humanos por razones que nunca había entendido. No estaba claro cuánta gente había muerto durante la Guerra de Vietnam, los estudios mostraban resultados diferentes. Lo que sí parecía claro era que habían muerto entre 1 500 000 y 3 500 000 personas. Suponiendo que hubiesen sido 2 500 000, eso supondría toda la población de Barcelona y Valencia, la segunda y tercera ciudad más poblada de España respectivamente, o todos los habitantes de París o casi todos los de Roma.

Las cifras eran espeluznantes, por no hablar de los heridos, lisiados y mutilados que a buen seguro también se contaban por millones. Una de las cosas que Salvador quería saber era el porqué. ¿Por qué empezó la guerra de Vietnam? ¿Quién o qué la originó? ¿Los estadounidenses en su deseo de detener el avance de los comunistas?

¿Los norvietnamitas cuyo objetivo era extender las ideas comunistas? ¿Los rusos que dieron origen al comunismo e hicieron todo lo posible para extenderlo? ¿Los zares rusos que se habían dedicado a gobernar con mano de hierro, hasta que la gente se hartó del absolutismo monárquico y se rebeló contra ellos, dando pie a las ideas comunistas en Rusia?

Parecía que a los seres humanos no se les daba muy bien vivir en paz, respetar las ideas y las vidas de los demás, y compartir. Era más excitante intentar convencer a las otras personas de las ideas propias con amenazas, violencia y matándolas si era necesario.

La visita al museo afectó a ambos. Una parte de Salvador se mostraba enfadada por haber ido. ¿Qué necesidad había de ir a ver fotos de gente quemada, niños mutilados, familias que lo habían perdido todo o huérfanos que habían visto morir a sus padres y sus casas arder hasta los cimientos? Pero, por otra parte, no podía negar la importancia de la advertencia de los historiadores: Dar la espalda al pasado y no conocer la historia era el primer paso a cometer los mismos errores, y vivir los mismos horrores una y otra vez.

Al salir, Salvador tenía un nudo en el estómago. Ramón también parecía traumatizado por la visita.

Salvador no pudo aguantar más y rompió el silencio.

—Necesito ir a dar un paseo

—Yo también —coincidió Ramón.

—Y después una cerveza.

—O varias.

Oscureció pronto y hacía calor, como cada día en la ciudad más grande de Vietnam. Salvador y Ramón bebían en uno de los pequeños locales baratos de la calle turística por excelencia de Saigón, Bui Vien. Después de la primera cerveza, Ramón empezó a hablarle de uno de sus viajes en Asia.

—Cuando fui a Camboya estuve unos días en la capital, Phnom Penh. Me pareció un lugar perturbador.

—¿Por qué? ¿La gente fue desagradable contigo?

—No, no, para nada. Lo desagradable… Es difícil de explicar. —Ramón se quedó pensativo buscando las palabras—. No me sentía a gusto ahí, había una energía extraña, una incomodidad casi palpable en el ambiente. Algo enfermizo.

—¿Enfermizo?

—Sí. Como si los muertos no descansaran en paz. Como si los

vivos no pudiesen sentir alegría. Como si la sangre con que se manchó el país aún estuviese en los suelos de las casas y las escuelas, en los campos, goteando entre las briznas de hierba, salpicando las flores y los troncos de los árboles, envenenándolo todo, la tierra, los ríos, el cielo, las almas de los vivos y los espíritus de los muertos.

Salvador escuchaba en silencio. Bebió un trago de cerveza.

—¿Qué pasó en Camboya?

—¿No conoces la historia?

—No.

—Camboya tenía entre siete y ocho millones de habitantes a principios de los años 70. Entre 1975 y 1979 murieron unos dos millones de personas, un cuarto de la población del país, bajo el régimen de Pol Pot y los Jemeres Rojos.

—No tenía ni idea.

—Mientras estaba en Phnom Penh, aproveché para ir a ver la cárcel de *Toul Sleng.* Es espeluznante. Los Jemeres Rojos convirtieron una escuela francesa en el centro de detención y tortura S-21. La cárcel está casi como la encontraron las tropas vietnamitas en el 79. Entré en las celdas, vi los instrumentos de tortura y paseé entre las fotos de cientos de personas asesinadas.

—¿Asesinadas? ¿No era una cárcel? —preguntó Salvador.

—Una cárcel del infierno, en la que sabes que vas a morir, pero no cuando, en la que cada día te preguntas si ese día te van a dar algo de comer o si te van a torturar. En la que cada día deseas morir, porque morir es menos terrible que vivir en el infierno. —Ramón miró la botella de cerveza durante unos segundos antes de continuar—. Nadie sabe cuánta gente murió en el centro S-21. Dicen que entre 10 000 y 20 000 personas, pero ese solo era uno de los centros, el más famoso, había muchos más.

—La gran historia de la humanidad —agregó Salvador.

—Y que lo digas. Después, para completar mi viaje al abismo, cogí un tuk tuk y fui hasta el *Memorial Choeung Ek*, que está a pocos kilómetros al sur de Phnom Penh. Allí había un jardín y un viñedo, pero lo convirtieron en uno de los principales campos de exterminio. Se han encontrado casi nueve mil cadáveres en el campo, y en el interior de una estupa budista hay expuestos cinco mil cráneos.

—Un paseo por el infierno.

—Es imposible contener las lágrimas en el centro S-21 o en el campo de exterminio. Hay gente que no quiere ir, pero ir es importante. Tenemos que saber lo que hicimos, lo que somos capaces

hacer. Mirar hacia otro lado es fácil, pero no ayuda.

—Supongo que los que no quieren ir piensan que ir tampoco ayuda a nadie ni cambia nada.

—Ir no cambia el pasado, pero puede evitar que eso vuelva a pasar en el futuro.

Por la noche Salvador no pudo contener la curiosidad, y aunque sabía que lo que viera o leyera le perturbaría, se sentó a la pequeña mesita de su habitación y empezó a navegar por internet buscando información sobre el genocidio en Camboya. Después de leer un texto, leyó otro y después otro. Cuando se cansó de leer pasó a los vídeos, primero vídeos cortos y más tarde documentales largos. Como un adicto al sufrimiento, vio y escuchó sobre los horrores vividos en Camboya hasta quedar completamente saturado. Cuando se dio cuenta ya eran altas horas de la madrugada.

Los Jemeres Rojos encontraban válido cualquier motivo para matar a otro ser humano. Al principio, ser rico, funcionario de la administración, militar, profesor, abogado, médico, intelectual o técnico, era una condena a muerte. Después empezaron a asesinar a aquellos que sabían un segundo idioma o llevaban gafas, pues ambos pecados capitales delataban intelectualidad. Finalmente, la locura convirtió a todos en criminales: hombres, mujeres, niños y recién nacidos eran asesinados por igual. No había límite.

Uno de los pocos asesinos que habían reconocido su culpabilidad, aceptó formar parte de un documental. Se había hecho budista y delante de las cámaras se preguntaba cuántos agujeros en el infierno tendría que atravesar antes de poder renacer como ser humano.

«¿Cuántos agujeros en el infierno?», repitió mentalmente Salvador mientras sonaba el tema *The End* del grupo The doors. *The End*, el fin. ¿El fin de qué? ¿El fin de la vida? ¿De una relación amorosa? ¿De la esperanza? ¿De la cordura? La letra de *The End* era perturbadora. Jim Morrison, el cantante de The Doors que murió a los veintisiete años aparentemente por una sobredosis de heroína, escribió la letra de la canción después de romper con su novia, pero la canción evolucionó a lo largo de meses de actuaciones. La banda interpretaba la canción para cerrar sus conciertos. Dos años antes de morir, Morrison dijo que cada vez que oía esa canción significaba algo más para él, que de hecho era tan compleja que podría significar casi cualquier cosa que uno quisiera que fuera.

«¿Cuántos agujeros en el infierno?», volvió a repetir Salvador cuando *The End* llegó a su fin.

La madre, la hermana y las vacaciones del Tet

—¡Ay, hijo!, ¿qué harás si no encuentras trabajo?

Su madre se puso bien las voluminosas gafas bifocales doradas, y se apartó un mechón de pelo. Hacía años que se teñía de color castaño para ocultar las inevitables canas que la mayoría de personas tenían a su edad. Salvador trató de mantener la compostura y hablar con seguridad delante de la cámara del ordenador portátil con el que estaba haciendo la videollamada a su madre y a su hermana.

—Mamá, he trabajado toda mi vida y aquí no va a ser diferente.

—Pero ahí nadie habla español, ¿cómo vas a dar clases a los niños vietnamitas?

—En inglés.

—Pero si en Vietnam casi nadie habla en inglés, que lo he leído en internet.

—No le agobies mamá —dijo Yolanda, la hermana de Salvador, mientras jugaba con su pelo oscuro. Detrás de las gafas con demasiadas dioptrías, sus ojos parecían pequeños y su mirada distante, como si nada de lo que veía fuese importante—. *Ya encontrará la manera.*

—Es que no sé, estás tan lejos que no puedo evitar preocuparme.

La madre de Salvador había engordado bastante y su rostro había adquirido un color pálido un tanto enfermizo desde que se jubiló y dejó de ir a pasear por las mañanas. Año tras año, se la veía más cansada y con menos vitalidad. Todavía no había cumplido los setenta; sin embargo, parecía más mayor.

—De momento he hecho lo que tenía que hacer, he encontrado ocho escuelas de matemáticas, he ido y les he dejado mi currículum. Ahora me toca esperar a que se pongan en contacto contigo.

—¿Y en esas escuelas las clases se dan en inglés? —preguntó su hermana.

—Sí, se ve que en algunas escuelas dan matemáticas y ciencias en vietnamita y en inglés.

—Qué curioso.

—Los tiempos cambian.

—Tendrías que haber estudiado inglés en serio, como te he dicho muchas veces.

—Lo sé. Tenías razón —reconoció Salvador a regañadientes.

—*Ahora no te queda otra opción que mejorarlo* —insistió Yolanda.

Su hermana siempre había tenido problemas para controlar el peso, le gustaba demasiado comer y demasiado poco hacer deporte. Cuando se daba cuenta de que estaba engordando de nuevo, se ponía a hacer dieta durante unos meses y perdía varios kilos que, en cuanto dejaba la dieta, volvía a ganar en pocas semanas. Así una y otra vez. Fuerza de voluntad no le faltaba, y si decía que iba a perder cinco kilos los perdía, lástima que los resultados nunca eran duraderos.

—*¿Ya has hecho algún amigo?* —interrumpió su madre.

—Pues sí, el jueves conocí a un chico muy simpático de Zaragoza, Ramón, y el domingo fuimos a desayunar con una chica vietnamita que se llama Huyen.

Salvador se apartó del tema de las dificultades para encontrar trabajo como profesor de matemáticas, y se recreó hablando de sus dos nuevos amigos, Ramón y Huyen.

—*Me alegro mucho de que ya hayas hecho amigos, hijo, ya sabes lo que siempre me decía mi tío.*

—Tu tío te decía muchas cosas.

—*Eso es verdad* —reconoció su madre—. *Pues una de las cosas que siempre me decía mi tío era que hay que hacer amigos en todas partes, hasta en el infierno. Sobre todo en el infierno, porque en el cielo, como todos son buenas personas y está lleno de ángeles, tampoco pasa nada si no tienes demasiados amigos, ahí todos te tratan bien y te ofrecen ayuda si la necesitas.*

»Pero donde realmente es necesario hacer amigos es en el infierno, porque está lleno de malas personas que si pueden te perjudicarán y se aprovecharán de ti, si no tienes amigos en el infierno estás perdido.

—Pues no le faltaba razón a tu tío —reflexionó Salvador.

—*Mi tío tenía mucha experiencia en la vida.*

—*¿Ya has hecho alguna amiga especial?* —cambió de tema su hermana.

—No, solo llevo aquí una semana.

—*Hay gente que se va de vacaciones una o dos semanas a otro país, se enamora y en un año se casa.*

—Yo no conozco a nadie que se haya ido una o dos semanas de vacaciones, se haya enamorado y casado —replicó Salvador.

—*Pues yo sí.*

—¿Quién? Quiero decir alguien del mundo real, no de las

historias ficticias de las revistas del corazón.

—*¡Basta! No empecéis a pelearos que me pongo nerviosa.*

Su madre siempre encontraba un motivo para preocuparse y su hermana siempre tenía algo que decir. Durante unos segundos nadie dijo nada.

—Pues eso, que ya tengo dos amigos.

—*¿Y ya entiendes algo de vietnamita? También he leído en internet que el vietnamita es muy difícil, pero no tan difícil como el chino porque el vietnamita se escribe como el español.*

—Mamá, ¿cómo quieres que entienda el vietnamita en una semana? Una cosa importante, ya podéis enviarme la cajonera negra de escritorio que os dejé preparada. La que tiene seis cajones pequeños. En el primero hay dinero para el envío.

—*¿Esa que tienes llena de papelotes?* —preguntó la madre.

—No son papelotes, son cosas importantes que quiero tener conmigo.

—*¿Cuándo tenemos que enviártela?*

—Lo antes posible, no creo que llegue en menos de dos o tres semanas.

—*Mañana iremos a correos, no te preocupes hijo.*

Salvador se pasó las dos semanas siguientes inquieto, pendiente del teléfono y del correo electrónico, esperando una llamada o un mensaje de alguna de las escuelas de matemáticas en las que había dejado su currículum, pero nadie se puso en contacto con él. Aunque Cloud ya se lo había advertido, estaba preocupado. ¿Qué pasaría si tal y como su madre se temía no podía encontrar trabajo? No quería pensar en ello, pero la idea le asaltaba una y otra vez.

El sábado 9 de febrero era el último día del año lunar. Cuando Huyen terminó de trabajar a las diez y media, fue a una cafetería a encontrarse con sus amigos. Ramón estaba muy animado y parecía disfrutar su primera experiencia celebrando el Tet, festividad en Vietnam del Año Nuevo lunar.

Huyen les había explicado que la mayoría de vietnamitas tenían fiesta durante el Tet y aprovechaban para volver a sus ciudades natales y reunirse con sus familias. Salvador y Ramón vieron la similitud con la celebración de la Navidad en España, casi todo el mundo tenía fiesta y las familias acostumbraban a reunirse durante los días más señalados, normalmente en Nochebuena y Navidad.

Durante el Tet era habitual que la gente limpiase la casa a fondo

y la decorase, cocinase comida especial y diese sobres rojos con dinero a otras personas, especialmente a ancianos o niños. Los vietnamitas lo llamaban el dinero de la suerte. El color rojo predominaba en la decoración de las casas y las calles, así como en los calendarios y sobres del dinero de la suerte.

Las flores jugaban un papel muy importante en la celebración del Tet, los parques se llenaban de vendedores que exhibían sus coloridos productos. Flores, plantas, arbustos e incluso árboles para decorar las casas, se alineaban como un ejército de paz y amor en parques y espacios reservados para su venta. Casi todas las familias compraban alguna hermosa y fragante planta completamente florida. Los más pudientes gastaban más y llenaban sus casas de flores de durazno (Hoa Dao) y de albaricoque (Hoa Mai), árboles de kumquat (Cay Quat), narcisos blancos (Hoa Thuy Tien Trang) y margaritas (Hoa Cuc).

Recordar a los antepasados y visitar un templo para ir a rezar y hacer ofrendas era casi una obligación en la tradición vietnamita, pero lo que más sorprendió a Ramón y Salvador fue la importancia que daban a la primera persona que entraba en el hogar cuando el Año Nuevo lunar ya había empezado. Se creía que esa persona condicionaba la suerte de la casa durante el año entrante, así que las familias acostumbraban a ser cuidadosas con quién dejaban entrar el primero.

Una de las buenas noticias durante las vacaciones del Tet, era que muchos de los habitantes de Saigón habían vuelto a su ciudad natal para disfrutar de esos días de asueto con sus familias. Eso significaba mucha menos gente en la ciudad y por ende menos vehículos circulando por las calles, lo cual había sido recibido por Salvador, a quién le gustaba salir a pasear, con gran alegría.

Una de las malas era que a medida que se acercaba el Tet cada día había más tiendas, restaurantes y cafeterías cerrados, y los precios eran más altos.

A Huyen le había tocado trabajar durante el Tet, ese era uno de los inconvenientes del sector turístico, pero Huyen se lo tomaba con buen humor e intentaba animar a Salvador.

—No te preocupes, ya verás como después de las vacaciones te llaman de alguna escuela.

—Eso espero —dijo Salvador entro sorbo y sorbo de cerveza.

—¿Has pensado en enviar tu currículum a las escuelas internacionales?

Salvador se rascó la cabeza y dejó el vaso en la mesa.

—No sabía que había escuelas internacionales en Saigón.

Huyen suspiró e hizo un gesto de desaprobación.

—¡No sabes nada de Saigón! Eres un desastre.

—Pero para eso está tu amiga Huyen —rio Ramón.

—Hay bastantes escuelas internacionales, tienes que buscarlas en internet y llevarles tu currículum después del Tet —dijo Hieu cogiendo su botella y dando un trago largo—. ¡Ah! Me encanta esta cerveza.

—Lo haré. ¿Cuántas hay? —preguntó Salvador.

—No sé, nunca las he contado.

—Más o menos, ¿cinco, diez?

—Quién sabe. Tendrás que buscarlas. ¿Y tú, no haces nada? —le preguntó a Ramón.

—¿Nada? ¿A qué te refieres?

—No, él no necesita buscar trabajo. Es un tipo con suerte —intervino Salvador.

—¿Eres rico?

—No, no soy rico, pero Salvador tiene razón, en ese sentido soy un tipo afortunado que no necesita buscar trabajo.

Ramón contó a Huyen brevemente que tenía una paga vitalicia a consecuencia del atropello que había sufrido en Zaragoza.

—Hay gente con suerte —sentenció Huyen—. Yo también quiero una paga vitalicia de esas.

—Pero no puedo correr y cojearé durante toda mi vida. ¿Eso también lo quieres?

Huyen dudó un instante.

—No, gracias, ya estoy bien así. Me gusta poder correr.

—¿Lo ves? Todo tiene su contrapartida.

Antes de la medianoche, Salvador, Ramón y Huyen se acercaron al túnel de Thu Thiem, que unía el distrito 1 y el 2, para ver los fuegos artificiales y dar la bienvenida al Año Nuevo lunar. Los puentes y la orilla del río Saigón estaban abarrotados de gente y a partir de las once y media era casi imposible moverse.

Salvador comprobó que los fuegos artificiales eran muy populares en Saigón. Cuando la gente se amontonó a su alrededor y quedó atrapado entre la masa humana, pensó que quizá eran demasiado populares. A pesar de todo, podía considerarse afortunado,

su cabeza sobresalía entre las de los demás y podía ver los fuegos cómodamente. Huyen se había tenido que subir a un bordillo para poder ver algo, y había puesto a Ramón delante de ella y a Salvador detrás para que no la aplastaran.

Huyen disfrutaba como una cría, gritando y jaleando, Ramón no decía nada, se limitaba a observar la danza de luz en el cielo oscuro y Salvador sonreía embelesado como un niño que ve los fuegos artificiales por primera vez.

Todos los años Salvador se acercaba a la Fuente Mágica de Montjuic en Barcelona para ver el espectáculo que despedía un año y daba la bienvenida al siguiente. Cuando la medianoche del último día se acercaba, sonreía y volvía a ser un niño feliz e inocente, con el corazón lleno de ilusiones, y veía sus sueños, sus anhelos y sus fantasías al alcance de la mano; y cada año, al día siguiente, se levantaba por la mañana para continuar con su vida monótona y gris, en la que los sueños nunca se materializaban, sus anhelos eran engullidos por la realidad y sus fantasías parecían estúpidas e infantiles.

Desde que había conocido a Huyen en la aplicación Friends in Vietnam, todas las noches antes de irse a dormir se conectaba a internet, abría la aplicación, leía lo que las chicas que había conectadas habían escrito en sus perfiles y miraba sus fotos.

Había conseguido varios *matches*, es decir, que tanto Salvador como la chica habían hecho clic a gustar en el perfil del otro; pero aparte de Huyen, ninguna le había enviado un mensaje y él no se había atrevido a dar el primer paso, como si hacerlo fuese a tener consecuencias devastadoras para su vida.

Ramón le había dicho que tenía que hacerlo, que tenía que tener iniciativa y ponerse en contacto con sus *matches*. Él ya lo había hecho y había estado chateado con algunas, pero todavía no había quedado con ninguna de ellas.

A Salvador le hubiera gustado que otra chica le enviase un mensaje, tal y como había hecho Huyen, pero eso no había vuelto a suceder y no sabía cómo empezar la conversación. Ramón insistía en que no se lo pensara tanto, que dijese cualquier cosa, que no era tan complicado.

Para Salvador era complicado.

Aprovechó uno de los días del Tet para hacer una lista con todas las escuelas internacionales de Saigón, encontró veintidós, más de las que esperaba. La mayor parte de ellas se concentraban en el distrito 2

y en el 7, aunque también había algunas repartidas por los otras zonas de la ciudad.

Después de dar por finalizada la búsqueda, abrió la aplicación Friends in Vietnam. Se sentía un poco estúpido sentado delante del ordenador mientras esperaba a que pasara algo. Casi podía ver a su hermana Yolanda suspirando y diciéndole: «Continúa esperando a que pase algo sin hacer nada hermanito. Mientras tú estás sentado mirando perfiles y fotos como un bobo, los hombres de verdad están saliendo con las mujeres de verdad».

Su hermana le había dicho varias veces lo de los hombres y las mujeres de verdad. A Salvador nunca le había quedado claro qué era un hombre o una mujer de verdad, aunque por el tono despectivo con el que a Yolanda le gustaba decírselo, había llegado a la conclusión de que él no formaba parte de la categoría hombre de verdad, si bien sospechaba que ella sí se identificaba a sí misma como una mujer de verdad. Al final se decidió a seguir los consejos de Ramón y saludó a algunas de las chicas con las que tenía un *match*.

Entre una cosa y otra se hizo tarde y ninguna le había contestado. Se metió en la cama y puso el tema *Fly Me to the Moon*, del *Evangelion Symphony* interpretado por la Orquesta Filarmónica de Japón. La versión duraba casi diez minutos y la cantaban Carroll Thompson y Lorrain Briscoe. El título original de la canción era *In Other Words*, escrita en 1954 por Bart Howard. La primera grabación de la canción la hizo Kaye Ballard el mismo año, pero a lo largo de los años la habían interpretado un sinfín de cantantes y había sido grabada literalmente varios cientos de veces.

A Salvador le resultaba difícil decidirse por una versión y decir que esa era la mejor, o su favorita. A veces prefería la interpretación de una voz profunda, como la de Frank Sinatra, Carroll Thompson o Lorrain Briscoe, y en otras ocasiones le apetecía escucharla con voces más suaves, como la de Claire Littley o las de las intérpretes japonesas que habían puesto su voz a las versiones de la serie *Evangelion*.

Cada uno de los veintiséis episodios de la serie *Evangelion* terminaba con una versión diferente del *Fly Me to the Moon*. La idea de mantener el mismo tema musical al final de cada uno de los episodios, pero usando siempre una versión algo distinta le parecía muy interesante, y permitía añadir un detalle sutil y un contraste emocional a las ya dramáticas y complejas historias de la serie de animación japonesa.

Cuando terminó la interpretación de la Orquesta Filarmónica de Japón, pausó la reproducción automática. El silencio lo invadió todo. Durante unos segundos el interminable monólogo interior que le

acompañaba durante todas y cada una de las horas de vigilia quedó eclipsado. Una profunda calma le invadió y por un instante se sintió dichoso. Solo fueron unos pocos segundos de tranquilidad antes de que la secuencia de ruido mental cobrase vida de nuevo, pero después de ese breve tiempo de quietud, un pensamiento nuevo que nunca antes había tenido apareció.

«¿Por qué estamos pensando constantemente? ¿Por qué no podemos dejar de pensar? ¿Qué sentido tiene?».

Ngoc y las escuelas internacionales

Siguiendo los consejos de Ramón, Salvador fue más activo en Friends in Vietnam y pudo chatear con varias chicas. Las primeras conversaciones fueron insustanciales y no fueron a más, hasta que el domingo por la noche recibió un mensaje de una chica llamada Ngoc cuando estaba a punto de apagar el ordenador e irse a dormir.

Ngoc le contó que estaba terminando comunicación audiovisual, se iba a graduar en junio, y para pagarse los estudios trabajaba de canguro en el piso de una familia. El marido era italiano y la mujer vietnamita. Tenían dos hijos pequeños, un niño y una niña, y vivían en el distrito 2. A Salvador le pareció una chica simpática.

Gordon:
¿Siempre te acuestas tan tarde?

Ngoc:
Me gusta acostarme tarde.

Gordon:
¿Por qué?

Ngoc:
Me gusta la noche. Todo es silencio. Hay tanta tranquilidad... Se piensa mejor por la noche, nadie te molesta.

Gordon:
A mí también me gusta la noche. ¿Tienes que levantarte temprano mañana?

Ngoc:
Sí. No importa. Soy una chica fuerte. Bajita, delgadita, pero fuerte.

Gordon:
¿A qué hora tienes que ir a la universidad?

Ngoc:
A las 7.

Gordon:
¿De la mañana?

Ngoc:
Sí.

Gordon:
¡A las siete de la mañana! ¿Es una clase especial o algo así?

Ngoc:
No, la primera clase casi siempre es a las siete de la mañana. Es normal en Vietnam.

Gordon:

Demasiado pronto.
Ngoc:
Estamos acostumbrados. En las fotos pareces fuerte. ¿Vas al gimnasio?
Gordon:
Sí, me gusta estar en forma.
Ngoc:
Un hombre con músculos.
Gordon:
Todos los hombres y mujeres tienen músculos, más grandes o más pequeños, más fuertes o más débiles.
Ngoc:
Un hombre con músculos grandes y fuertes.
Gordon:
¿Te gustan los hombres fuertes?
Ngoc:
Je, je. A lo mejor. ¿Cómo te gustan las chicas?
Gordon:
No sé. Creo que me gustan las chicas listas.
Ngoc:
Crees.
Gordon:
Tú pareces una chica lista.
Ngoc:
¿Vas al gimnasio cada día?
Gordon:
No, tres o cuatro veces por semana es suficiente.
Ngoc:
¿Tienes amigos en Vietnam?
Gordon:
Un amigo y una amiga.
Ngoc:
¿Vietnamitas?
Gordon:
Amigo español y amiga vietnamita.
Ngoc:
Amigo español y novia vietnamita.
Gordon:
¡No! No es mi novia, es mi amiga. Los tres nos hemos hecho amigos.
Ngoc:
Tienes que buscarte una novia vietnamita. Hay muchas vietnamitas guapas, pero pocas son buenas.
Gordon:
¿Qué quieres decir con pocas son buenas?
Ngoc:

La mayoría solo te querrá porque eres extranjero y creen que tienes dinero. Quieren casarse con un extranjero con dinero, para vivir mejor en Vietnam o para ir a vivir a otro país.

Gordon:
Suena bastante decepcionante.

Ngoc:
¡No te pongas triste! También hay vietnamitas buenas, pero no muchas.

Gordon:
¿Cómo sabré si son buenas o malas?

Ngoc:
No lo sabrás, eres extranjero y acabas de llegar. No te preocupes, yo te ayudaré. Cuando tengas una novia me la presentas, después de hablar un rato con ella te diré si es buena o mala.

Gordon:
Vaya, gracias. Lo tendré en cuenta. Y tú, ¿cómo eres, buena o mala chica?

Ngoc:
Yo soy buena. Pobre pero buena.

Gordon:
Y fuerte.

Ngoc:
Y fuerte.

Gordon:
Y lista.

Ngoc:
Quizá.

El lunes 18 de febrero volvía a ser día laborable. Después de ir al gimnasio, ducharse y desayunar, buscó un *xe om* para ir a tres de las escuelas internacionales que tenía en su lista. Por su experiencia previa, sabía que en la zona turística en la que estaba su hotel, el precio era más caro que en cualquier otro sitio. Aun así decidió probar, se acercó a un viejecito menudo y enjuto que estaba sentado en una vieja motocicleta algo destartalada en la esquina de un callejón y la calle Pham Ngu Lao. Este sonreía y le hacía gestos con mucha insistencia para que se acercara.

Salvador fue hasta él y le enseñó un papel con tres direcciones. Había decidido empezar por las más cercanas a su hotel. Una estaba en el distrito 1, otra en el 3 y la tercera en el 11. El hombrecito miró el papel con atención y asintió repetidamente con la cabeza. Salvador señaló el texto en vietnamita en la parte superior del papel que había escrito Huyen: «Tengo que ir a estas escuelas a dejar mi currículum. Solo estaré unos minutos dentro. Necesito que me esperes en la

entrada. ¿Cuánto cuesta ir a estas escuelas y traerme de vuelta?».

El *xe om* lo leyó lentamente en voz alta.

—¡*OK*, *OK*! —dijo viejecito.

Después de una negociación más corta de lo esperada, consiguió un precio que le pareció razonable. El *xe om* parecía conocerse la ciudad como la palma de su mano. Conducía bastante despacio, pero con mucha seguridad, se enfadaba con los otros conductores y les gritaba cosas ininteligibles para Salvador.

En la American International School del distrito 1 no le quisieron coger el currículum. Le dijeron que para hacer una solicitud de trabajo tenía que enviar varios documentos por correo electrónico al departamento de recursos humanos. La recepcionista le escribió la dirección, así como la lista de documentos que tenía que enviar. Salvador le dio las gracias y se fue.

El *xe om* estaba esperándole en la entrada, tal y como habían quedado, y le llevó al siguiente destino.

Salvador entró en la Shining North America International School del distrito 3. Cuando expresó su deseo de entregar su currículum, una de las recepcionistas le preguntó si era norteamericano, a lo que tuvo que responder que no. La chica, con cara de pocos amigos y una sonrisa artificial, le expuso los criterios de la escuela para contratar docentes:

—Lo sentimos mucho, pero esta es una escuela norteamericana y solo aceptamos profesores norteamericanos.

—Oh. ¿Nunca hacéis excepciones?

—No, lo siento —contestó sin mirarle a los ojos.

—La mayoría de los profesores de la escuela deben ser de Estados Unidos o de Canadá.

—No, tampoco contratamos profesores de Canadá, solo norteamericanos.

Salvador se quedó pensativo.

—Si los de Canadá no son norteamericanos, ¿qué son?

—Son canadienses —dijo la chica con condescendencia.

—Toda mi vida había creído que Canadá estaba en Norteamérica.

—Pues no lo está.

Salvador escuchó estupefacto la respuesta de la chica y estuvo a punto de preguntarle dónde estaba Canadá, pero se lo pensó mejor y

se limitó a devolverle la sonrisa.

—Gracias, buenos días.

—Buenos días.

En la tercera escuela internacional, la AIS en el distrito 12, tuvo una conversación parecida a la que había tenido en la del 1. No le cogieron el currículum y le dijeron que tenía que ir a la página web, al apartado para solicitar trabajo y seguir las instrucciones.

—Eso haré, muchas gracias.

—Gracias a ti. Que tengas un buen día.

—Igualmente, que tengáis un buen día.

Por la tarde Salvador aprovechó que Huyen tenía fiesta ese día para ir con ella al Palacio de la Reunificación. Ramón no les acompañó porque ya lo había visto.

Huyen le explicó que primero se llamaba Palacio de la Independencia, pero que en 1975 un tanque norvietnamita derribó la verja de la entrada, dando por acabada la guerra. A partir de entonces le cambiaron el nombre y pasó a ser el Palacio de la Reunificación.

La mayor parte del palacio se había mantenido tal y como era en el año 1975. Pasearon por la sala de teletipos, la de guerra, la de proyecciones de cine, la de conferencias, la de banquetes y la de recreación. En un túnel secreto se podía admirar una reliquia automovilística, un Mercedes de los años 60 utilizado por el presidente Nguyen Van Thieu en ese momento.

A Huyen le sorprendió que Salvador no hiciese fotos.

—Todos los turistas hacen fotos menos tú.

—Es que no tengo cámara de hacer fotos —le explicó.

—Eres muy raro. Haz fotos con el teléfono.

Salvador le enseñó su arcaico y simple teléfono móvil.

—¿Quieres que haga fotos con esto?

—Necesitas un teléfono nuevo para hacer fotos y enseñárselas a tu familia y a tus amigos.

—Es posible.

—¿No te gusta hacer fotos?

—No mucho.

—Pero a tu madre y a tu hermana les gustaría ver las fotos.



—Ya.

—Cuando encuentres trabajo tienes que comprarte un *smartphone*.

—Lo haré —aseguró Salvador para dejar el tema de las fotos y los teléfonos móviles modernos. Qué pesados eran con los malditos *smartphones*.

La chica del vestido negro

Ramón ya había cenado cuando llegó a su local preferido en el número 57 de la calle Bui Vien. Servían tanto comida como bebidas, pero casi siempre iba a tomar algo por la noche. Le gustaba porque la música estaba a un volumen razonable que permitía a la gente tener una conversación sin alzar la voz. A Ramón a veces le apetecía ir solo, sentarse un rato y relajarse.

Escogió una de las mesas pequeñas que estaban en la acera, dando la espalda a la cafetería restaurante en sí. Le encantaba sentarse en primera fila y contemplar el desfile interminable de gente que pasaba por la calle. Leía un rato, escuchaba música otro rato y bebía.

Desde que la librería en la que había trabajado durante catorce años cerró, a su vida le faltaba algo. Echaba de menos la interacción con los clientes, hablar de libros, discutir sobre los autores, comparar sus trabajos y analizar sus historias.

Salvador le había dicho que había llegado el momento de ponerse a escribir en serio. Sin la necesidad de trabajar para tener un salario, tenía todo el tiempo del mundo y ninguna excusa era aceptable. Desde que había hablado con él en la cafetería, le había estado dando vueltas al asunto y había pasado horas navegando por internet leyendo blogs de escritores.

Todos coincidían en que lo peor que podía hacer un aspirante a escritor era empezar varias historias y dejarlas a medias. De eso a dejar de escribir había solo un paso, tenía que terminar lo que había empezado.

Ramón había dado comienzo a once historias, pero no había terminado ninguna. Un verdadero desastre. Después de pensar en ello durante varios días, había tomado la decisión de hacer lo que Salvador le había recomendado. Iba a terminar uno a uno todos los relatos. Claro que decirlo era mucho más fácil que hacerlo, y la primera dificultad con la que se había encontrado era que no sabía por qué relato empezar.

Mientras sonaba la canción *Creep* de Radiohead, el camarero le trajo una botella de cerveza. En ese momento se giró y miró a la derecha, su mirada se cruzó con la de una chica atractiva, delgada, de piel clara y facciones angulosas que estaba cenando. Tenía el cabello oscuro y ondulado, ni muy corto, ni muy largo, y tanto su vestido como sus zapatos eran negros. Resultaba claro que era oriental, pero

no estaba seguro de que fuera vietnamita. La joven se lo quedó mirando con intensidad durante unos segundos y después continuó comiendo.

Ramón dejó de pensar en sus relatos inmediatamente. La chica del vestido negro le había cautivado, no porque fuese muy guapa o tuviese un cuerpo voluptuoso, sino porque había algo especial, algo difícil de describir en ella. Dio un trago a su cerveza y sintió un deseo incontenible de hablarle. Pero el deseo topó con la inseguridad y las dudas.

No se podía decir que Ramón fuese un hombre tímido. Quizá por su trabajo vendiendo libros, se había acostumbrado a empezar a charlar con desconocidas, de hecho había salido con varias chicas a las que había conocido en la librería, pero ese era un ambiente amigable. Iniciar una conversación rodeado de libros cuando una clienta se paseaba entre los estantes no tenía mucho misterio, bastaba con acercarse y preguntarle si podía ayudarla en algo; en cambio, asaltar a una desconocida que estaba cenando y que ni siquiera estaba sentada a la mesa de al lado le parecía mucho más complicado.

Establecer contacto visual con la chica ya era incómodo, porque estaba situada a su derecha, pero dentro del restaurante, y eso le obligaba a girarse y mirar hacia atrás adoptando una postura un poco forzada. Entre trago y trago de cerveza, sus miradas se cruzaron en varias ocasiones, sin embargo, ella no estaba lo bastante cerca como para hacer un comentario casual. Si quería decirle algo tenía que levantarse, pasar entre dos mesas y llegar hasta la de la chica. Esta estaba rodeada de gente que no tendría nada mejor que hacer que prestar atención a la conversación entre ellos.

No se le ocurría ninguna manera que no le pareciese ridícula de romper el hielo. Si la chica estuviese leyendo un libro, le facilitaría mucho las cosas, sería como estar en la librería y bastaría con mostrar curiosidad por el libro. Pero lo único que ella tenía entra las manos en ese momento era un plato casi vacío, y arrancar una conversación mostrando interés por lo que estaba comiendo, no le parecía una posibilidad.

La chica del vestido negro terminó de cenar y pidió la cuenta a una camarera. Pagaría y se iría. No le quedaba mucho tiempo, la situación empezaba a ser desesperada. Movido por un impulso, pidió la cuenta de su cerveza, con un poco de suerte se la traerían antes que a ella.

No fue así, la camarera llevó primero la cuenta a la chica y después a él. Ramón tenía preparado el dinero exacto para que no le tuvieran que devolver nada, pagó y vio que la chica no se levantaba.

Estaría esperando a que le llevaran el cambio. En su experiencia siempre tardaban en hacerlo.

Sus miradas se volvieron a cruzar, quizá por última vez. Mientras la contemplaba durante un par de segundos, le pareció que ella esbozaba una sonrisa muy tenue y tuvo una idea absurda. Se levantó con decisión y entró en el restaurante, fue hasta la chica que estaba detrás de la caja registradora, le pidió un bolígrafo y sacó la cartera. Dentro tenía la última tarjeta de visita que le quedaba de la librería en la que había trabajado en Zaragoza, la había guardado como un recuerdo. Tachó el número de teléfono de España y escribió el que usaba en Vietnam.

La camarera dejó una bandejita con el cambio delante de la chica del vestido negro. Ramón se le acercó, se puso a su lado, y antes de que pudiese recogerlo dejó la tarjeta en la que acababa de escribir su número de teléfono encima del dinero. Ella le miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Ramón le devolvió la mirada, continuó andando y se alejó del restaurante haciendo todo lo posible por disimular su cojera. Llegó hasta la calle De Tham y giró a la izquierda. La chica ya habría pagado y se habría ido de la cafetería restaurante. Si ella no se ponía en contacto con él, no habría nada que pudiese hacer para encontrarla. Había sido una jugada muy arriesgada, pero ya no había marcha atrás.

A Ramón le apetecía tomarse otra cerveza. Hacía poco que habían abierto un *Beer Club* en la parte de arriba de un pequeño centro comercial en la calle Nguyen Trai. Subió hasta la última planta y entró, había bastante gente, pero no se podía decir que estuviese lleno. El local se veía moderno y podía elegir entre quedarse en el interior o salir y sentarse en la terraza. Se decidió por la terraza, buscó una mesa que le permitiera disfrutar de las vistas de la ciudad y miró la carta de bebidas. Como era de esperar, todas las cervezas eran caras. La más barata costaba 55 000 dongs y la más cara, la cerveza belga de importación Chimay, 165 000. Nunca había probado una Chimay y sintió curiosidad. Tenían de tres tipos: la roja, con 7% de alcohol; la blanca, con 8% y la azul, la más fuerte de las tres, con 9% de alcohol. Pidió la azul, dejó el *smartphone* encima de la mesa y esperó en silencio un mensaje que no llegaba.

La música de discoteca del *Beer Club* estaba demasiado alta y no era de su agrado. A su alrededor, varios grupos de personas bebían y reían mientras Ramón miraba una y otra vez el *smartphone*, como si el hecho de mirarlo constantemente fuese a hacer que la chica del vestido negro se pusiese en contacto con él. Pero no lo hizo.

En cuanto se terminó la cerveza se fue, la música era atronadora y le resultaba insoportable. No le apetecía volver al hotel, así que

recorrió las calles del vecindario, dio varias vueltas por el parque 23 de Septiembre y miró el teléfono una y otra vez, a la espera de un mensaje que nunca llegaba.

No estaba tan en forma como Salvador, en realidad no estaba en forma en absoluto, y a las once ya estaba cansado de andar y le dolían las piernas. La fantasía de que algo especial pasase esa noche se había desvanecido casi por completo. Supuso que esperar que una chica que recibía una inesperada tarjeta de visita de un desconocido se pusiese en contacto con él no era muy realista.

Ramón llegó al callejón de su hotel. Entre una cosa y otra, aunque ya había cenado, volvía a tener hambre. En la esquina había un restaurante que cerraba muy tarde, no era caro y la comida estaba bastante buena. Entró y pidió un plato de *mi xao hai san*, fideos fritos con marisco. Terminó de cenar a las once pasadas y su teléfono seguía sin recibir ningún mensaje. Pagó la cuenta, se levantó y se dirigió a su hotel.

Cuando estaba a punto de cruzar la puerta de la entrada sonó el teléfono. Ramón se detuvo en seco. Le estaban llamando de un número desconocido. ¿Sería ella? Se le hizo un nudo en la garganta.

Ramón contestó.

—Hola, ¿con quién hablo?

—*Con la chica a quién has dado tu tarjeta.*

—Ah, sí. ¿Cómo te llamas?

—*Eres un maleducado. ¡Lo primero que tienes que hacer es presentarte tú!*

—Sí, lo siento. Soy Ramón, de Zaragoza, ¿y tú?

—*Za ra go za* —repitió la chica muy despacio separando las sílabas—. *Nada de ¿y tú? ¿Me dices tu nombre y ya está? ¿Qué clase de presentación es esa?* —dijo la chica del vestido negro con autoridad.

«Qué carácter tiene», pensó Ramón.

—Tienes razón, es que no estoy acostumbrado a hacerlo por teléfono. Me llamo Ramón, soy de una ciudad española que se llama Zaragoza, tengo treinta y tres años y vine a vivir a Saigón hace unas semanas. —Ramón se preguntó si la chica estaría satisfecha con esa introducción. Estuvo a punto de volver a preguntar ¿y tú?, pero se contuvo.

—*Za ra go za* —volvió a repetir la chica separando las sílabas—. *Nunca he oído hablar de Zaragoza.*

—No es una ciudad muy popular. Las más conocidas de España son Madrid y Barcelona.

—Esas sí que las conozco. ¿De qué trabajas Ramón de Zaragoza?

—Ahora mismo no trabajo, hace muy poco que llegué.

—¿Cuándo llegaste?

—A finales de enero, hace un mes.

—Es difícil encontrar trabajo en solo un mes. ¿De qué estás buscando?

—La verdad es que aún no he empezado a buscar.

—Llevas un mes en Saigón y aún no has empezado a buscar.

—Eso es.

Se hizo un incómodo silencio que Ramón no se atrevía a romper.

—¿No serás un hombre perezoso? No me gustan los zánganos que no hacen nada y esperan que los otros lo hagan todo por ellos.

—No, claro que no. Yo he trabajado toda mi vida.

—¿De qué?

—De librero. En una librería.

—¿Qué hacías en la librería?

—Vender libros. ¿Qué otra cosa podría hacer en una librería?

—¿Cuántos años has trabajado en librerías?

—Catorce años. Siempre en la misma.

—Un hombre fiel —dijo la chica del vestido negro con retintín—. *A una librería.*

—Aún no me has dicho tu nombre. —Probó Ramón con cautela.

—Ya lo sé. ¿Cuántos libros has vendido?

—No sé, no me acuerdo, ¿cómo voy a saberlo?

—Deberías saberlo. ¿Cuántos? Si no lo sabes es porque no te importaba tu trabajo.

—No, no sé —balbuceó Ramón—. Nunca los conté. Quizá varios miles.

Ramón escuchó una risita a través del teléfono.

—Estaba bromeando. ¿Te gustan los libros?

—Claro —respondió Ramón, aliviado.

—A mí también. ¿Dónde estás?

—En la entrada de mi hotel.

—¿Dónde está tu hotel?

—Cerca de Bui Vien.

—El mío también. Nos vemos en veinte minutos en el restaurante en la que me has dejado tu tarjeta. Veinte minutos. No llegues tarde. No me gustan ni los hombres perezosos ni los que llegan tarde. No te esperaré, si dentro de veinte minutos no estás ahí me iré y nunca volverás a verme.

—¡Espera! Aún no me has dicho tu nombre.

—Ya lo sé. Veinte minutos.

La chica del vestido negro que le había acribillado a preguntas y no le había dicho su nombre, colgó el teléfono. Ramón tragó saliva, la conversación le había dejado descolocado. Miró la hora, eran las once y cuarenta. Solo tenía veinte minutos, a medianoche tenía que estar en el punto de reunión. Podía ir en cinco minutos, pero no estaba seguro de que pudiese subir a su habitación, ducharse, cepillarse los dientes, cambiarse de ropa, e ir en tan poco tiempo. La chica parecía tener un carácter fuerte y le había dicho que si no estaba ahí en veinte minutos se iría. Ramón la creía y no iba a arriesgarse. Subió a la habitación a toda prisa, se cepilló los dientes, se quitó la camiseta, se echó desodorante, se cambió de ropa, se puso colonia y bajó a la calle. Las once y cincuenta, aún le quedaban diez minutos.

A las once y cincuenta y cinco llegó a la cafetería restaurante en la que había empezado todo. La mesa a la que se había sentado la chica hacía unas horas estaba libre. Se sentó ahí, pidió una cerveza y esperó. En cinco minutos llegaría ella y tendría la cita más extraña y excitante de su vida.

A medianoche la chica del vestido negro todavía no había llegado. Estaba claro que no era tan estricta consigo misma como con los demás.

Los minutos pasaban lentamente sin que nadie acudiese a la cita.

Las doce y cinco. Tampoco estaba bien dar un ultimátum diciendo que si en veinte minutos él no estaba ahí, ella se iría. De hecho, a los veinte minutos ella no había llegado, así que si él hubiese llegado un poco tarde, ella tampoco se habría enterado.

Las doce y diez. Lo que más le incomodaba era que no se había podido duchar. Se había puesto desodorante, cambiado de ropa y echado colonia, así que no podía oler mal.

Las doce y quince. Definitivamente, se habría podido duchar. Pero eso ya no tenía remedio.

Las doce y veinte. Esperaba que no le hubiese dado plantón.

Las doce y veinticinco. ¿Le había dado plantón? ¡Qué maleducada!

Las doce y media. La chica del vestido negro, que ya no llevaba un vestido negro, sino uno azul, llegó paseando tranquilamente, le miró con picardía, sonrió y se sentó a su lado.

—¿Hace mucho que me esperas?

—He llegado antes de las doce.

—Buen chico.

La chica que ya no llevaba un vestido negro pidió una cerveza.

—Te has retrasado.

—Tenía que arreglarme. Soy una señorita.

—¿Vas a decirme tu nombre o quieres continuar jugando a la chica misteriosa?

—Me gusta jugar, y tú empezaste el juego cuando dejaste tu tarjeta en la bandeja del cambio. ¿A cuántas desconocidas les has dejado tu tarjeta encima de la mesa?

—Es la primera vez que lo hago.

—¿Normalmente se ponen en contacto contigo o te ignoran?

—No lo sé, nunca lo había hecho hasta hoy, de verdad.

El camarero trajo una cerveza y un vaso para la chica del vestido azul. Como había hecho Ramón anteriormente, bebió directamente de la botella.

—No te creo.

—No me crees, pero es cierto.

—Te daré el beneficio de la duda.

—Qué generosa, gracias.

—No te acostumbres —dijo la chica de piel pálida jugueteando con la cerveza—. Me gusta venir aquí a tomar algo o a comer.

—A mí también, la música no está muy alta y se puede hablar.

—Vengo a menudo, pero hasta hoy no te había visto.

—Lo mismo digo.

Ambos se quedaron callados. Ramón no podía dejar de mirarla.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Eres un chico tímido?

—No soy tímido. No se me ocurría qué decirte.

—Un librero poco imaginativo.

—¿Eres vietnamita?

—Claro que soy vietnamita, ¿de dónde quieres que sea?

—No sé, podrías ser de cualquier sitio. No pareces vietnamita.

—¿No? ¿Qué parezco?

—No sabría decirlo, de otro país asiático, pero no de Vietnam. ¿Tus padres son vietnamitas?

—Sí.

Ramón se quedó pensativo.

—¿Y tus abuelos?

—También.

—Ya veo. Sigues sin parecer vietnamita.

La chica del cabello ondulado rio.

—¿Tienes amigos en Vietnam?

—Dos, un chico de Barcelona y una chica vietnamita.

—Una pareja.

—Oh, no. Los tres somos amigos, ninguno de nosotros tiene pareja. ¿Y tú, tienes?

—Sí, pero cuando no estoy con él me dedico a recoger tarjetas de visita de desconocidos y a quedar con ellos a medianoche —dijo muy seria.

—No parece muy honorable.

La chica del vestido azul golpeó con su botella de cerveza la de Ramón y rio.

—Es broma.

—Antes has dicho que te gusta leer.

—Me encanta.

—¿Qué lees?

Ramón y la chica del vestido azul se embarcaron en una inacabable conversación sobre libros hasta las dos de la madrugada. Los otros clientes se fueron uno tras otro, dejándoles solos. Los camareros limpiaron las mesas y empezaron a recoger, Ramón pagó la cuenta y se levantaron. A la chica no parecía molestarle que la acompañara y fue con ella por Bui Vien, después giraron a la derecha por De Tham, cruzaron Tran Hung Dao y siguieron por De Tham hasta Co Giang, ahí giraron a la derecha y llegaron a un hotel.

—¿Vives aquí?

—Sí, en la planta de arriba. Es barato porque no hay ascensor.

Ramón contó las plantas. Había cinco.

—Mi amigo Salvador vive en un hotel en Pham Ngu Lao, en una novena planta sin ascensor.

—Un atleta.

—Algo así. ¿Puedo ver tu habitación? —preguntó Ramón.

—¿Quieres subir?

—Claro.

—Pero…

—¿Qué?

—No puedes subir a la habitación de una desconocida.

—Ya no somos desconocidos.

—¿Cómo me llamo?

—No me lo has dicho.

—Lo ves, aún somos desconocidos —se regodeó la chica del vestido azul poniendo voz de niña traviesa.

—No es justo, tú sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo.

—No me lo has preguntado.

—¡Te lo he preguntado dos veces!

—No has insistido lo suficiente. No me gustan los hombres que se rinden fácilmente.

—¿Cómo te llamas chica misteriosa vietnamita que no parece vietnamita?

La chica traviesa no contestó enseguida, se miró los zapatos también azules, las uñas de las manos pintadas de negro, hizo una gesto provocador y le dio un beso en la mejilla.

—Vamos, nos queda un largo camino de cinco plantas hasta mi habitación.

Ramón la siguió por las escaleras y pudo ver como sus piernas delgadas pero atléticas, subían con facilidad, tensando y distendiendo los músculos en una cadencia perfecta. Para él suponía un esfuerzo y, aunque se esforzó en no mostrarlo, llegó a la quinta planta con la respiración entrecortada.

—Tienes que hacer más deporte Ramón de Zaragoza —sermoneó mientras le daba unas palmaditas en la barriga.

Ramón tragó saliva y trató de mantener la compostura.

—No me llamo Ramón de Zaragoza, el nombre es Ramón, y Zaragoza es mi ciudad, la ciudad en la que nací.

La chica de los zapatos azules se giró sin hacerle caso, abrió la puerta y entró.

—Ya lo sé, tonto.

Ramón se quedó en la entrada, con la respiración aún agitada.

—¿Qué haces ahí plantado como un pasmarote? Entra y cierra la puerta.

El de Zaragoza reaccionó al fin, y entró. La habitación de la chica con las uñas pintadas de negro era más grande que la suya. Tenía una cama de matrimonio con mesita de noche, armario ropero, una mesa para escribir, un par de estanterías, dos sillas y cuarto de baño con bañera; daba al exterior y desde el amplio ventanal se podían ver las calles Co Giang y de Tham, gracias a que el hotel estaba ubicado casi en la esquina.

—¿Qué te parece?

—Es mejor que la mía —contestó Ramón—. ¿Cuánto pagas por día?

—No pago por días, pago por meses. Cinco millones de dongs al mes.

—Está muy bien. Tendría que buscarme algo así.

—¿Sin ascensor? —se burló la chica.

—Mejor con ascensor.

—El ascensor encarece el precio —le advirtió.

Ramón había recuperado el resuello y se acercó a las estanterías. Todas las baldas estaban a rebosar de libros, excepto una, en la que había fotos de familia y dos libros. Primero miró las fotos. En la del centro, la chica de los zapatos azules estaba entre una pareja de adultos y un par de jóvenes.

—Mis padres, mi hermana, mi hermano y yo.

En otra fotografía había cuatro personas mayores.

—Es la única foto que tengo de mis abuelos y mis abuelas, los cuatro juntos.

Las otras fotos eran de ella sola o de ella con su hermana.

—Mi hermana murió hace unos años.

—Oh, lo siento mucho.

—Ya me he hecho a la idea. Creo.

Ramón se dio cuenta de que los dos libros que había al lado de las fotografías los había escrito la misma persona. Alguien llamado Hien Nguyen Truc Hoang. Dio la vuelta a los libros y vio que ambos tenían sendas fotos de la chica del vestido azul.

—Hien —dijo el de Zaragoza mirándola fijamente.

—Al final has descubierto mi nombre sin que te lo tenga que

decir. Me gustan los chicos listos.

—Eres escritora.

—Salta a la vista.

Ramón no podía leer el texto escrito en vietnamita que había debajo de la foto, pero sí pudo entender el número que debía hacer referencia al año de nacimiento.

—Veintisiete años. Tan joven y ya has publicado dos novelas.

—Soy una chica precoz.

—¡Eres un prodigio!

—Tampoco tanto. Mis novelas no son superventas ni nada parecido.

—¿De qué tratan?

—De la vida.

—Trabajas escribiendo artículos para revistas y periódicos *online*, ¿verdad?.

—¡Sí! ¿Puedes leer en vietnamita?

—Claro que no.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No lo he adivinado. Ya me lo dijiste, Lily.

—Lily… ¿Cómo? —Hien miró a Ramón muy sorprendida y por un momento se quedó sin habla—. No es posible, es la primera vez que nos vemos.

Ramón dejó los libros donde estaban y se sentó en una de las sillas.

—Es la primera vez que nos vemos, pero no es la primera vez que hablamos. Hace unos meses chateamos durante unas semanas, pero dejaste de contestar a mis mensajes y perdimos el contacto.

Hien se quedó pensativa.

—¡Ya me acuerdo! El chico español que quería ser escritor. ¡Eres tú!

—Soy yo.

—¡Es increíble!

—Lo es.

—Pero yo no dejé de escribirte. Fuiste tú el que dejó de escribirme a mí. Yo siempre contesto a los mensajes.

—Pues a mis últimos mensajes no contestaste.

—Imposible. Siempre contesto. —Hien encendió su ordenador

portátil—. ¿En qué aplicación chateamos?

—Love in Vietnam.

La chica hizo una divertida mueca.

—Ya podrían haberle puesto un nombre menos ridículo. —Hien abrió la aplicación—. Tu nombre en… la aplicación, por favor.

—Blackpen.

—Love in Vietnam, Blackpen… A ver si aprendéis a poner nombres normales.

—Me gusta Blackpen.

—Debes ser el único.

Hien buscó la conversación con Blackpen y leyó en silencio los últimos mensajes de Ramón que no había contestado.

—¿Lo ves?

—Si no te contesté es porque me dirías alguna grosería y me enfadé.

—No te dije ninguna grosería.

Hien leyó las últimas conversaciones que habían tenido antes de que dejase de contestar los mensajes. No había ninguna grosería.

—Está bien, está bien, fui yo quien no respondió. Debía estar muy ocupada. ¿Estás escribiendo algo?

—No. Pero lo estoy intentando.

—Intentarlo no sirve de nada. Se escribe o no se escribe —le sermoneó Hien—. Quieres escribir pero no escribes. ¿Por qué?

—No lo sé, a lo mejor me falta motivación, o disciplina, o tener objetivos definidos, o las tres cosas.

—Cuando escribes, o cuando intentas escribir, ¿a quién quieres satisfacer? ¿Para quién escribes?

—No sé. Intento tener buenas ideas y desarrollarlas.

—¿Qué es una buena idea?

—Pues… supongo que lo que a la gente le gusta leer.

—O sea que intentas satisfacer a los demás. A posibles lectores.

—Creo que sí.

—Pero cuando tienes una idea de esas que tú consideras buena, empiezas a escribir, pero la cosa no va a ningún sitio, ¿me equivoco?

—No te equivocas.

—Eso es porque intentas satisfacer a los demás a través de lo que escribes, pero la única persona a quién te debes cuando escribes

es a ti mismo. Deja de pensar en lo que los otros quieren leer, o en lo que crees que desean leer y céntrate en lo que quieres escribir, en lo que quieres contar.

»Tú no puedes hacer feliz a nadie con lo que escribes, al único al que puedes hacer feliz es a ti mismo. Solo cuando te hayas hecho feliz a ti mismo, podrás hacer felices a los demás. Escribe para ti, pero hazlo bien, hazlo de la mejor manera posible, como si fuese lo más importante del universo, porque para ti es lo más importante del universo.

Ramón la escuchó sin decir nada, y cuando Hien terminó de hablar, también se quedó callada.

Había una fuerza inexplicable en aquella joven escritora, quizá la energía de los que aun siendo muy jóvenes ya han cumplido parte de sus objetivos vitales. Desde que la había visto en el restaurante unas horas antes, la había deseado, y en ese momento la tenía delante de sí, a apenas unos centímetros, separados solo por el silencio de la noche.

Hien se levantó de la silla y empezó a pasear por la habitación como una gata inquieta, se le acercó, le acarició el pecho y esbozó una sonrisa traviesa. Ramón la besó.

Escuelas internacionales y silencio

Aunque Salvador había establecido como ruta ir primero a la Japanese School in Ho Chi Minh City y terminar en la Canadian International School, el *xe om* le llevó primero a la escuela canadiense. Esta estaba tan lejos del centro de la ciudad que apenas había tráfico. La conversación que tuvo Salvador en la recepción fue extremadamente breve, a la pregunta de si era canadiense tuvo que contestar que no y eso fue todo. Solo contrataban profesores con esa nacionalidad.

Tuvo más suerte en la Korean International School, en la Taipei School in Ho Chi Minh City y en la Japanese School in Ho Chi Minh City. En las tres pudo entregar su currículum y le dijeron que se lo pasarían al departamento de recursos humanos.

Cada vez que a Salvador le mencionaban el departamento de recursos humanos, se imaginaba una especie de sociedad secreta dentro de las escuelas, formada por un tribunal que decidía con mano de hierro quién podía trabajar para ellos y quién no. En un primer nivel se encontraba el encargado de seleccionar los currículums, en la fantasía de Salvador se trataba de un hombre soltero de edad avanzada y aspecto huraño, que siempre estaba de mal humor y no tenía ningún amigo. Salvador le había bautizado con el nombre de Primer Cribador.

Cada mañana, la recepcionista que había recibido los currículums del día anterior los llevaba al Primer Cribador. Este la recibía con una mueca de desgana y la observaba mientras dejaba los currículums de los nuevos candidatos sobre su mesa. La recepcionista también tenía miedo del Tribunal de Recursos Humanos, que no solo decidía quién podía empezar a trabajar en la empresa, sino también a quién se le permitía continuar y a quién no.

Dependiendo del tamaño de la empresa, el Tribunal de Recursos Humanos tenía autoridades intermedias, así como sucedía en el ejército. Sus miembros sonreían y bromeaban a menudo, pero en realidad desconfiaban los unos de los otros, y si la oportunidad de hacer la zancadilla a uno de sus compañeros aparecía, no la desaprovechaban. Era un departamento hostil y peligroso en el que cualquier palabra o comentario fuera de lugar, podía ser motivo de sanción o incluso de despido.

Invariablemente, el tribunal tenía una autoridad suprema, que

en este caso, en la imaginación de Salvador, tenía que ser una directora de mirada gélida e impenetrable. Esta se paseaba por la escuela con aires de superioridad, buscando algo que no fuese de su agrado, o a alguien que no estuviese haciendo lo que se suponía que tenía que hacer.

Mientras salía de la Japanese School in Ho Chi Minh City, recibió un mensaje de Ramón que interrumpió sus fantasías.

Ramón:
¿Dónde estás? Tenemos que quedar. ¡No te creerás lo que me pasó ayer!

Salvador se apresuró a contestar.

Salvador:
Estoy en el distrito 7 dejando mi currículum en varias escuelas. Cuando vuelva te llamo.

Ramón:
¡OK!

Salvador especuló sobre lo que podría haberle pasado a Ramón el día anterior. Se imaginó que sería algo bueno, si hubiese sido algo malo no tendría prisa por contárselo.

Ramón estaba eufórico y apenas tocó el *ca phe sua da* y los dos cruasanes de chocolate que tenía delante hasta que terminó de contar lo que le había pasado la noche anterior. Salvador escuchó con mucha atención la rocambolesca historia del reencuentro con la chica que Ramón había conocido en el chat como Lily, y que después resultó llamarse Hien.

—¡Llevas cuatro semanas en Vietnam y ya has ligado!

—Nunca me había pasado algo así.

—Ni te volverá a pasar.

—Aún no me lo puedo creer —musitó Ramón prestando atención de nuevo al *ca phe sua da*.

—¿Y ahora qué? —preguntó Salvador que ya se había terminado su expreso y sus cruasanes hacía rato.

—Ahora hay que volver a quedar.

—A no ser que haya sido una aventura de una noche.

—¡No! No fue una aventura de una noche. Fue el inicio de algo mágico, especial. Algo que solo pasa una vez en la vida.

—Qué envidia me das. Ojalá me pasara algo así a mí.

Por la tarde, los dos amigos fueron a visitar la pagoda de Minh Dang Quang en el distrito 2, el taxi tardó casi media hora en llevarlos hasta la entrada del vasto recinto. Mientras paseaban, Salvador explicó a Ramón que había ido a siete escuelas internacionales en dos días, y que tenía planeado ir al resto esa misma semana.

—¿Cuántas has encontrado?

—Veintidós.

—Y ya has ido a siete.

—Sí, en tres me cogieron el currículum en mano, en dos me rechazaron por mi nacionalidad y en dos me dijeron que lo tenía que enviar por correo electrónico.

—Faltan quince.

—La verdad es que no creo que me llamen de ninguna. Incluso las chicas de la recepción hablan inglés mejor que yo.

—¿En serio?

Salvador y Ramón se sentaron en un banco entre los árboles.

—Por desgracia sí.

—Eso sí que es un problema —reconoció Ramón.

—Pues sí.

Ambos se quedaron callados mientras contemplaban la arquitectura de los edificios y a los monjes, que con sus pasos silenciosos y lentos parecían deambular a su alrededor como si viviesen en un lugar que desconocía el paso del tiempo. Tanto los hombres como las mujeres llevaban la cabeza rapada y vestían un tipo de túnica anaranjada que Buda hizo diseñar para los monjes y monjas, hacía unos dos mil quinientos años.

—Lo mejor de los templos y las iglesias es el silencio —dijo Salvador—. A veces pienso que los seres humanos hacemos demasiado ruido.

—Por eso hay gente que se hace monje y viene a vivir a una pagoda.

Un gato se cruzó por delante de ellos. La cadencia de movimientos ágiles, de alguna manera, expresaba paz y perfección.

—El otro día me pasó algo que nunca me había pasado —comentó Salvador.

Ramón dejó de mirar al gato y le prestó atención.

—Estaba en la habitación del hotel tumbado en la cama escuchando música, era tarde, quizá medianoche, o después de medianoche. La canción que sonaba terminó y se hizo un silencio

absoluto.

—A esas horas es normal que haya silencio.

—No, no me refiero a eso. Claro que es normal que haya silencio a esas horas. Lo que quiero decir es que el silencio fue absoluto, no se oía nada y en mi mente tampoco había ningún ruido, ningún pensamiento, ninguna idea, solo silencio fuera de mi mente y en mi mente.

—No había pensamientos en tu mente. ¿Ninguno? —preguntó el de Zaragoza.

—Ninguno en absoluto, como si el tiempo se hubiese detenido.

—Como si estuvieses muerto.

—No. Estaba muy vivo.

—¿Durante cuánto tiempo estuviste sin pensar en nada?

—No mucho, en realidad muy poco. No creo que llegase ni a un minuto. Pero la sensación de paz nunca había sido tan intensa.

Ramón parecía reflexionar sobre lo que Salvador le acababa de decir.

—¿Y qué pasó después?

—Los pensamientos volvieron y empecé a pensar sobre lo que había pasado. Quizá suene estúpido, pero me di cuenta de algo que nunca se me había pasado por la cabeza.

—¿El qué? —preguntó Ramón.

—Que siempre estamos pensando. Desde que nos despertamos por la mañana hasta que nos vamos a dormir por la noche, nuestra mente no deja de pensar.

Ramón se tocó la bien cuidada barba rubia, y sus ojos color zafiro se quedaron mirando al infinito mientras el gato se alejaba de ellos.

—Pues yo tampoco había pensado en ello. Pensar me parece tan natural como respirar.

—La diferencia es que si dejamos de respirar nos morimos después de unos pocos minutos.

—A lo mejor, si hubieses contenido los pensamientos durante varios minutos te habrías muerto —dijo muy serio.

Salvador no pudo evitar reír ante la ocurrencia.

—Espera, lo que has dicho no es cierto, no estamos pensando siempre. Cuando leo un libro, veo una película o escucho música, no pienso, o mientras te escucho a ti, tampoco pienso —reflexionó

Ramón.

—Eso es lo que al principio me pareció a mí también, pero en realidad, cuando lees un libro tu mente está diciendo esas frases que están escritas en el libro, cuando miras una película lo que dicen los personajes en la película ocupa tu mente en forma de pensamientos, no los has creado tú, pero están ahí en forma de pensamientos, y cuando hablamos es lo mismo, mientras me escuchas lo que yo digo ocupa tu mente, es lo mismo que cuando miras una película.

—Y si escucho una canción, también… claro. La letra de la canción ocupa mi mente —reconoció Ramón.

—Eso es, y si solo escuchas un tema musical que no tiene letra y que no te fascina, empiezas a pensar en seguida y pierdes la atención.

—Tienes razón. ¿Y si te fascina?

—Si te fascina no piensas en nada, solo escuchas la música y te sientes muy bien —respondió Salvador.

—¿Cuál es la conclusión?

—No tengo ni idea. Pero quiero volver a experimentar ese silencio absoluto.

—¿Lo has intentado?

—Claro que lo he intentado.

—Pero…

—Pero no puedo dejar de pensar.

Salvador y Ramón se quedaron callados. Los monjes que había en el patio fueron entrando en el edificio principal y en pocos minutos no quedó ninguno a la vista. Alguien hizo sonar un gong tres veces y empezaron a cantar. La canción se le antojó un tanto extraña a Salvador. Le dio la sensación de que estaban diciendo las mismas palabras todo el rato, una, y otra, y otra vez, incansablemente. Pero a pesar de la monotonía, había algo en aquellos sonidos, algo en el canto de los monjes que le atrapó.

Los minutos pasaron sin que ninguno de los dos dijera nada, como si cualquier palabra, cualquier sonido que ellos emitiesen fuera a romper el hechizo que paulatinamente se estaba apoderando del templo. Y por segunda vez, la mente de Salvador se detuvo, y por segunda vez en pocos días, volvió a experimentar algo que le había estado vetado en su vida: Una sensación de profunda paz.

Ramón fue el que interrumpió la magia, se levantó de repente y se desperezó, como si se acabase de despertar de una inesperada siesta en el banco.

—¿Quieres quedarte un rato más o volvemos?

—Creo que ya lo hemos visto todo, vamos a buscar un taxi —propuso Salvador.

Por la noche, Salvador abrió Friends in Vietnam, le apetecía volver a hablar con Ngoc, pero no estaba conectada. Decidió esperar un rato, mientras lo hacía sintió el deseo de escuchar lo que los monjes habían estado cantando en el templo, pero no sabía cómo buscarlo en internet. Intentó con varias combinaciones de palabras: Canción budista, canción monjes budistas y cánticos monjes budistas, sin embargo no consiguió encontrar lo que buscaba ni Ngoc se conectó. Se metió en la cama e intentó detener el flujo de pensamientos, pero por mucho que se esforzó fue completamente en vano y al final desistió.

Dedicó los tres días siguientes, miércoles, jueves y viernes, a ir a las quince escuelas internacionales que le faltaban con su *xe om* de confianza. Algunas fueron bastante difíciles de encontrar: Llegar al Lycée Français International de Ho Chi Minh City en el distrito 9, les llevó más de una hora, no solo porque estaba a veinticinco kilómetros del hotel, sino porque el *xe om* tuvo que pararse a preguntar en varias ocasiones para orientarse; al final, después de dar vueltas y más vueltas lo encontraron. En esa ocasión el problema no fue la nacionalidad, sino los idiomas. En el Lycée Français solo contrataban profesores que hablasen francés.

Una respuesta parecida obtuvo en la International German School in Ho Chi Minh City, uno de los requisitos era hablar alemán. Salvador no hablaba ni francés ni alemán, así que no era elegible en ninguna de las dos.

Otra escuela que fue difícil de encontrar fue la Australian International School, que estaba en el distrito 2, en el barrio de An Phu. El *xe om* tampoco conocía bien esa zona, y tuvo que detenerse varias veces a consultar con la gente que vivía por el vecindario, hasta que al fin pudieron dar con ella.

La Vietnam Australia International School (no confundir con la Australian International School, esa era otra) tenía varios campus, fueron hasta el del distrito Phu Nhuan, pero una vez ahí le dijeron que tenía que ir al del distrito 3. Así lo hizo.

En varias de las escuelas internacionales le cogieron el currículum y en las otras le dijeron que tenía que hacer la solicitud a través de la página web. En la British International School le advirtieron que los candidatos de nacionalidad británica tenían preferencia, en la American School of Vietnam que los candidatos de

nacionalidad estadounidense tenían prioridad, y en la Singapore International School le cogieron el currículum, pero le dejaron claro que sin un grado, posgrado o grado máster universitario en educación era muy, muy difícil que se le considerara elegible.

El viernes por la noche se tumbó en la cama, satisfecho por haber cumplido con sus obligaciones. Estaba de buen humor, pero tanto ir de una escuela a otra le había estresado un poco. Puso algo de música para relajarse, la primera canción que eligió fue el tema principal de la banda sonora de la película *Xanadu* cantado por Olivia Newton John. Esa canción siempre le dejaba buenas sensaciones, aunque la película nunca le había llamado la atención, y no la había visto. Escuchar música le sentó bien y durmió en paz, como no lo había hecho desde que llegara a Saigón, lejos de los terrores nocturnos que a veces le acechaban.

Ramón y Hien

El sábado por la mañana, Ramón fue a que le cortaran el pelo y le arreglaran la barba. Había quedado para cenar con Hien en un restaurante vegetariano cerca de su hotel, y quería estar lo más presentable posible.

Se puso su camisa preferida, una blanca con rayas verticales azules muy finas, unos pantalones azul oscuro y unos zapatos de vestir marrones. Tenía tres corbatas y se las probó una tras otra. «Demasiado formal», pensó. Descartó las corbatas y dejó la camisa por fuera de los pantalones. La inactividad de los últimos años le estaba pasando factura y el sobrepeso que había ido acumulando era significativo. Las camisas por dentro del pantalón destacaban el volumen de su barriga y le hacían parecer aún más gordo de lo que estaba, así que hacía tiempo que se ponía las camisetas y las camisas por encima del pantalón.

Se miró en el espejo: rubio, ojos azules y facciones armónicas. Si no fuera por esos kilos de más y la cojera que le iba a acompañar por el resto de sus días, se le podría considerar un hombre bastante atractivo. Se puso colonia y dio la fase de acicalamiento por terminada.

Como ya pasó la primera vez, Hien se tomó su tiempo y llegó tarde. Apareció con un vestido blanco corto y zapatos de tacón rojos. Pidieron una ensalada variada, arroz con algas y setas, y verduras al vapor. Para beber, agua mineral para él y zumo de tomate para ella.

—Ese vestido te sienta muy bien —la alabó Ramón.

—Gracias. —Hien sonrió coqueta.

—Destaca la esbeltez de tu cuerpo.

—Esa es la idea.

—La ninfa blanca con zapatos rojos.

—Basta, basta, harás que me sonroje.

—No creo que una chica como tú se sonroje con facilidad.

—Solo en ocasiones especiales.

Al cabo de unos veinte minutos, el camarero les llevó lo que habían pedido.

—¿Estás escribiendo tu tercera novela? —preguntó Ramón mientras jugueteaba con las verduras al horno.

—Aún no. Le estoy dando vueltas a varias ideas, pero no hay ninguna que me convenza. Además, ahora tengo menos tiempo, cada vez me hacen más encargos para escribir artículos.

—Una chica ocupada.

—Cenando con un chico perezoso con mucho tiempo libre.

—¡Eh! Yo no soy perezoso.

—No trabajas, no haces deporte y no escribes. Chico malo.

—A ti te gustan los chicos malos —dijo Ramón con buen humor.

—Algunos. Pero no me gustan los perezosos. ¿Cuánto tiempo llevas sin hacer nada?

—Llevo… no estoy seguro. Quizá un año disfrutando de la vida.

—Ya va siendo hora de que te actives chico malo. ¿Cuándo vas a ponerte a escribir?

—Aún no he elegido el primer relato que tengo que terminar.

—Excusas. Piensas demasiado y nunca decides nada. Típico.

Ramón se acordó de la conversación que había tenido con Salvador en el templo budista del distrito 2 sobre pensar constantemente.

—¿Y tú? ¿Piensas demasiado? —preguntó Ramón.

—Eso da igual, estamos lidiando con tus problemas, no con los míos.

—El otro día mi amigo Salvador me dijo que estamos todo el día pensando y que no podemos parar de hacerlo.

—Eso no es verdad. Hay personas que no están todo el día pensando.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Tú puedes dejar de pensar? —se sorprendió Ramón.

—Claro.

—¿Tú no?

—No.

—Perdedor —sentenció Hien y se puso a reír.

—Después de hablar con Salvador intenté dejar de pensar. Lo he estado intentando estos días varias veces, pero no lo consigo.

—Nadie ha dicho que sea fácil. De la misma manera que entrenar el cuerpo lleva tiempo, también lo lleva entrenar la mente. Si la mente ya está llena, no puede recibir nada nuevo. Si estás

constantemente pensando es muy difícil escribir. Para empezar a escribir, la mente tiene que estar en silencio, y después, de forma natural, las ideas vienen y las escribes.

—Nunca había oído algo así.

—Eso no quiere decir que lo que escribas te vaya a hacer rico y famoso, ahora no te imagines cosas. Pero al menos podrás sentirte realizado haciendo algo que te gusta y terminando lo que empiezas. Si perseveras, algún día conseguirás que una editorial te publique algo, aunque poca gente lo lea te sentirás muy bien, como me ha pasado a mí.

—Si lo lee mucha gente aún me sentiré mejor —fantaseó Ramón.

—De momento termina tus relatos inacabados —le riñó.

—Lo haré, lo haré. Oye, ¿tú cuándo empezaste a escribir?

—Cuando tenía diecisiete o dieciocho años. No me acuerdo exactamente.

—Ya llevas nueve o diez años.

—Cómo pasa el tiempo —dijo Hien con cierta nostalgia.

—¿Cuántas horas al día escribes?

—Me paso el día escribiendo porque mi trabajo requiere escribir.

—Muchas horas al día.

—Qué remedio. —Hien pinchó un trozo de berenjena con el tenedor—. Las verduras al horno son lo que está más bueno.

—A mí todo me parece muy bueno.

—Hay que tener un poco de criterio, no puedes ir por ahí diciendo que todo te parece muy bueno.

—Yo tengo criterio —se defendió Ramón un poco molesto.

—Eso dicen todos. —Antes de que Ramón tuviese la oportunidad de contestar, Hien continuó—. Como iba diciendo, escribo muchas horas al día, pero escribo mejor de noche que de día, soy más productiva.

—¿Por qué?

—Me gusta la noche, tiene algo mágico, misterioso, y hay más silencio; mucho más silencio. Se escribe mejor.

—Si escribes por la noche tienes que dormir de día.

—Claro.

—Y si duermes de día vives de noche, como los vampiros.

—No, normalmente me levanto a mediodía, a veces antes, a veces después, depende de a qué hora me haya ido a dormir.

—Entonces no puedes ser un vampiro —razonó Ramón.

Hien sonrió con picardía y continuó comiendo en silencio. El restaurante era pequeño, Ramón contó doce mesas, la mayoría de las cuales estaban ocupadas, debía ser un sitio bastante popular en el barrio.

—Quién sabe. Quizá lo sea.

Ramón escrutó el pálido rostro de Hien. Quizá algún retazo vampírico sí tenía.

—Los vampiros se mueren si les da la luz del día —argumentó Ramón.

—Los de las películas, sí. Los de verdad, no.

—No hay vampiros de verdad. Los vampiros no existen.

—No existen los cinematográficos que se alimentan de sangre y son casi inmortales, pero hay personas que son vampiros psíquicos. ¿Nunca te has encontrado con alguna? —preguntó Hien.

Ramón se quedó pensativo.

—Creo que no, tampoco había oído hablar de vampiros psíquicos, así que no sé.

—Yo trabajé en una editorial durante un par o tres de meses. Era una editorial pequeña que publicaba libros sobre audiovisuales y una revista de cine. En aquel momento no tenía trabajo, hacía poco que había terminado la universidad y estaba entusiasmada, ese iba a ser mi primer trabajo en algo que realmente me gustaba. Se habían acabado los trabajos alimenticios cuidando niños, de camarera o dando clases de matemáticas a los hijos de mis vecinos.

—Tu sueño hecho realidad.

—Eso pensaba yo —continuó Hien—. Los primeros días trabajaba como una loca, doce, catorce, dieciséis horas al día. Era tan excitante que decía que sí a todo y no me importaba estar todo el día bebiendo café para suplir las horas de sueño que había perdido trabajando hasta las tantas de la noche.

»Hacía todo lo que me decían sin rechistar, en esas pocas semanas una vez llegué a trabajar treinta horas seguidas, y otra treinta y tres.

—Qué locura.

—Nunca he vuelto a hacerlo. Después de las primeras semanas, una vez pasada la euforia inicial empecé a preocuparme. ¿Cuánto iban

a pagarme? ¿Me pagaría todas esas horas extra o se limitaría a darme las gracias?

»Me di cuenta de que apenas había hablado de dinero con el jefe. Quería hacerlo, pero nunca era un buen momento, siempre estábamos ocupados, tanto él como nosotros. Siempre había algo que entregar a las pocas horas o a los pocos días.

—¿No sabías cuánto te iba a pagar al mes?

—No, era una joven alocada e impulsiva. —Hien hizo una breve pausa—. Bueno, aún lo soy, pero eso da igual —Hien miró la comida que quedaba en la mesa—. Lo que queda es para ti, yo ya estoy llena.

—Comes como un pajarito —comentó Ramón mientras ponía la comida que ella había dejado en su plato—. ¿Llegaste a hablar de dinero con tu jefe?

—Sí, un día que ya no pude soportarlo más, me limité a levantarme dejando a medias lo que estaba haciendo y entré en su despacho, aunque se le veía ocupado como era habitual. Le dije que quería hablar del salario mensual y de las horas extra. En seguida se puso tenso, estaba visiblemente incómodo.

»Me explicó cuánto pagaba al mes por la jornada completa de trabajo y a cuánto las horas extra de las personas nuevas. Le pregunté si había alguien que se encargara de apuntar las horas extra que hacía cada persona en la editorial. Me dijo que él lo hacía, que no me preocupara.

»Le di las gracias y volví al trabajo. Las cantidades eran mayores de lo que me esperaba, pero eso no me hizo sentir bien, en realidad cuando salí de su despacho estaba más preocupada que cuando entré.

—¿Por qué? ¿Te pareció que no estaba siendo honesto contigo? ¿Que no te pagaría lo que te había dicho?

—No lo sé, fue una sensación extraña, quizá sí, quizá simplemente no me creí lo que me decía. Al día siguiente pregunté a mis compañeros de trabajo. Todos coincidían en que el salario real era mucho menos de lo que me había dicho, no solo para la chica nueva que era yo, sino también para ellos.

»Además, me comentaron que siempre pagaba tarde, en demasiadas ocasiones muy tarde; para cobrar tenían que perseguirle, pagaba a regañadientes y siempre menos de lo que ellos habían calculado.

—Un gran jefe y un futuro poco esperanzador.

—Eso pensé. A mí no me habría importado trabajar mucho y ganar poco los primeros meses. Yo lo veía simplemente como una oportunidad, pero lo que no soportaba era la idea de que me estuviese

engañando.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Ramón terminándose de comer las últimas verduras al horno.

—¿Qué podía hacer? Pues continuar. Continué hasta que encontré otro trabajo en una empresa de contenidos.

—¿Al final te pagó lo que te había prometido o lo que tus compañeros de trabajo te habían dicho?

—Al final no me pagó nada —se quejó Hien.

—Nada.

—Nada en absoluto.

—Pues vaya hijo de puta.

—Le pregunté varias veces cuándo iba a pagarme, y su respuesta invariablemente era que en ese momento le iba mal, pero que en cuanto pudiese me pagaría todas las horas que había trabajado. Lamentablemente, el día no llegó, siempre tenía alguna excusa, nunca le iba bien.

—Lo que no entiendo es cómo podía tener trabajadores si les trataba tan mal.

—Nunca lo supe, yo solo estuve unas cuantas semanas, quizá cuando se cansaban de él se iban y los sustituía, siempre hay gente desesperada por encontrar trabajo.

»Lo que te quería contar es que él era un vampiro psíquico. Nunca había conocido a nadie como él. No parecía feliz, tenía el rostro sombrío como si estuviese eternamente preocupado e insatisfecho, como si la alegría de la vida simplemente no existiese. Se portaba mal con sus empleados; sin embargo, no era el típico jefe explotador que no trabajaba. Él trabajaba más horas que nadie, una de las pocas veces que pude hablar con él me explicó algo.

—¿Qué te contó? —preguntó Ramón, intrigado.

—Me dijo que no le gustaba abusar de ello, pero que podía trabajar varios días seguidos sin dormir en absoluto.

—¿Cuántos?

—Decía que había llegado a trabajar siete días y siete noches.

—Eso es imposible. Nadie puede hacer eso.

—No sé si eso es cierto o si estaba exagerando, pero creo que es posible. Cuando trabajé treinta y tres horas sin descanso no salí de la oficina, esta era pequeña y estábamos todos juntos, aunque el jefe tenía su propio despacho, podíamos verle a través del cristal en todo momento.

»Por la noche yo me fui a mi casa, pero él y otros dos se quedaron. Al volver al día siguiente pregunté al par de compañeros que se habían pasado toda la noche trabajando en la oficina, y aseguraron que el jefe no había parado para dormir. Como mínimo llevaba cuarenta y ocho horas seguidas, pero su rostro mostraba la misma expresión de siempre, como si acabase de llegar al trabajo. En esa oficina todo el mundo estaba exhausto, excepto él.

—No estaba cansado porque era un vampiro psíquico y se nutría de la energía de sus trabajadores —concluyó Ramón.

—Eso creo.

—Pero no era inmortal ni se alimentaba de sangre.

—Era mortal y se alimentaba básicamente de comida basura —dijo con desprecio Hien.

—¿Le has vuelto a ver?

—No, ni ganas.

—La verdad es que era un tipo bien extraño.

Después de cenar, Ramón y Hien fueron a tomar algo a Bui Vien, a la misma cafetería restaurante donde se habían conocido. Se sentaron al lado de la calle para ver a la gente pasar y pidieron dos cervezas. Cuando un camarero alto y espigado les abrió las botellas, empezó a sonar el *Still Loving You* de Scorpions. Ramón ya había empezado a fantasear con la posibilidad de pasar una segunda noche con ella.

Después de beberse la última cerveza, Hien tomó la iniciativa.

—Se ha hecho tarde, vamos, te acompaño a tu hotel.

—Vamos —dijo Ramón con una sonrisa.

En pocos minutos llegaron a la entrada del hotel de Ramón, que abrió la puerta dejando paso a Hien.

—Adelante.

—No voy a subir.

El semblante de Ramón cambió de repente.

—¿No?

—Es tarde y tengo que escribir.

—Pensé que ibas a subir. Has dicho que querías venir a mi hotel.

—He dicho que te iba a acompañar y te he acompañado —soltó Hien con una sonrisa maliciosa, mientras le ofrecía la mejilla para que

le diera un beso.

Ramón dudó un instante antes de besarla en la mejilla. Al hacerlo sintió claramente su perfume, Hien ladeó ligeramente la cabeza y adoptó una pose sensual.

—Buenas noches —se despidió.

—Buenas noches.

Ramón se quedó en la entrada aguantando la puerta y siguió a Hien con la mirada hasta que la perdió de vista.

Como si tuviera

Ngoc:
¡Hola amigo!

Gordon:
Hola Ngoc.

Ngoc:
¿Cómo estás?

Gordon:
Bien, ¿y tú? No te he visto conectada estos días.

Ngoc:
Muy bien. No hace falta que esperes a verme conectada. Si me quieres saludar o decir algo me envías un mensaje, y cuando lo vea y tenga un rato te contestaré.

Gordon:
Eso haré. ¿Estás en casa?

Ngoc:
Estoy trabajando.

Gordon:
En casa de los italianos.

Ngoc:
El marido es italiano, la mujer vietnamita.

Gordon:
Ah, eso, me había olvidado.

Ngoc:
Han salido y yo me he quedado en casa con los niños.

Gordon:
¿Todavía están despiertos?

Ngoc:
No, los acabo de meter en la cama.

Gordon:
Bien hecho, los niños tienen que dormir.

Ngoc:
Y tú, ¿qué estás haciendo?

Gordon:
Estoy enviando currículums.

Ngoc:
¿A dónde?

Gordon:
A las escuelas internacionales. En varias me pidieron que les enviara mis documentos por correo electrónico y los estoy preparando.

Ngoc:
No es fácil trabajar para una escuela internacional.

Gordon:
Eso parece.

Ngoc:
¿Has encontrado algo?

Gordon:
Aún no.

Ngoc:
Sigue insistiendo, el que aguanta gana.

Gordon:
Lo haré.

Ngoc:
¿Y novia?

Gordon:
Tampoco.

Ngoc:
¿Por qué? ¿No has conocido a ninguna chica que te guste?

Gordon:
No salgo mucho.

Ngoc:
Tienes que salir más y hablar con chicas aquí en el chat.

Salvador se decidió a hacerle la pregunta a la que hacía rato le daba vueltas.

Gordon:
¿Tienes novio?

Ngoc:
No, pero como si tuviera.

Gordon:
¿Qué quieres decir?

Ngoc:
Que aunque no salgo con ningún chico, es como si lo estuviera haciendo, así que es como si estuviera saliendo con un chico.

Gordon:
Parece una adivinanza.

Ngoc:
Je, je, no le des muchas vueltas, no es importante.

Gordon:
De acuerdo.

A Salvador no se le ocurría qué más decir o qué podía preguntarle a Ngoc, hablarle a una chica chateando en una aplicación le resultaba extraño. Afortunadamente, ella volvió a tomar la iniciativa.

Ngoc:

¿Has ido al gimnasio esta semana?

Gordon:

Sí. Me gusta estar en forma.

Ngoc:

¿Vas solo?

Gordon:

Sí.

Ngoc:

Pero me dijiste que tienes un amigo español.

Gordon:

Ramón. A él no le gusta ir al gimnasio.

Ngoc:

¿Por qué no?

Gordon:

No lo sé, hay gente a la que le gusta y gente a la que no.

Ngoc:

¿Hace algún deporte?

Gordon:

No, ninguno. La verdad es que debería, porque está un poco fofo.

Ngoc:

Tienes que convencerle para que vaya contigo a ponerse en forma.

Gordon:

Ya se lo he dicho, pero no quiere venir. Y tú, ¿haces deporte?

Ngoc:

No tengo tiempo, pero cuando tengo tiempo sí hago. Me gusta jugar al bádminton y nadar. ¿Has jugado alguna vez al bádminton?

Gordon:

No, nunca.

Ngoc:

Es muy divertido. Tienes que probar.

Gordon:

Ya probaré.

Ngoc:

¿Sabes nadar?

Gordon:

Sí, claro. Casi todo el mundo en España sabe nadar.

Ngoc:

Pues en Vietnam no hay mucha gente que sepa nadar.

Gordon:

Pero tú sí.

Ngoc:

No, yo no sé nadar.

Gordon:

Pero si acabas de decirme que te gusta jugar al bádminton y nadar.

Ngoc:
Sí, pero no sé nadar.

Gordon:
No lo entiendo. ¿Cómo puede gustarte nadar si no sabes nadar?

Ngoc:
Quiero aprender.

Salvador volvió a leer las últimas líneas de la conversación para intentar encontrar un sentido a lo que Ngoc le estaba diciendo.

Gordon:
O sea que quieres aprender a nadar porque te gustaría poder ir a nadar.

Ngoc:
¡Eso es!

Gordon:
Pero al bádminton sí que has jugado.

Ngoc:
Sí, claro, muchas veces, con mi familia y con mis amigos.

Gordon:
¿Se portan bien los niños que cuidas?

Ngoc:
Son niños. A veces se portan bien, a veces mal, pero a mí me encantan.

Gordon:
Seguro que te adoran.

Ngoc:
A lo mejor, ji, ji.

Gordon:
¿Hace mucho que les cuidas?

Ngoc:
No, solo unas semanas.

Gordon:
Pensaba que hacía más.

Ngoc:
Antes había otra chica más joven que yo, pero ya no está.

Gordon:
Se cansó de los niños.

Ngoc:
No, la echaron.

Gordon:
¿Por qué?

Ngoc:
Porque pasó algo.

Gordon:
Algo malo.

Ngoc:
Se ve que sí.

Gordon:
Le hizo algo malo a los niños.

Ngoc:
No, no, a los niños no.

Gordon:
¡Ah! Menos mal.

Ngoc:
Hizo algo malo y la mujer no quiso que viniese más.

Gordon:
No me extraña. Y entonces encontraron a una chica encantadora para cuidar de sus hijos y la contrataron.

Ngoc:
Ji, ji, quizá. ¿Ya has terminado de enviar los correos a las escuelas?

Gordon:
No, porque me he puesto a chatear contigo.

Ngoc:
Hazlo, yo voy a estudiar un rato.

Gordon:
Ahora mismo.

Ngoc:
Y recuerda, si quieres hablar conmigo…

Gordon:
Te envío un mensaje aunque no estés conectada.

Ngoc:
Eso. Buenas noches.

Gordon:
Buenas noches.

Salvador despachó la tarea que le había quedado pendiente y envió los correos electrónicos a las escuelas internacionales.

Después de la conversación con Ngoc le había quedado un sabor agridulce. Por un lado, estaba contento de que se hubiese puesto en contacto con él y de haber chateado con ella, pero le incomodaba lo que le había contestado cuando le había preguntado si tenía novio. Había dicho que no tenía, pero como si lo tuviese. ¿Qué querría decir realmente? Si ya tenía novio era muy simple, bastaba con decir que sí, que tenía novio.

Salvador miró el reloj. Apenas eran las diez y aún no tenía sueño. Le habría apetecido quedar con Ramón e ir a tomar algo, pero su amigo de Zaragoza estaba en una cita con Hien. Se acordó de que Huyen acostumbraba a salir del trabajo a las diez o a las diez y media y le envió un mensaje.

Cuando Salvador llegó, ya había terminado y estaba hablando

con una chica algo mayor que ella. Huyen llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía una camisa amarilla de manga corta muy llamativa y unos tejanos azules. Se despidió de la compañera de trabajo y salió sonriendo.

—¿Ya has cenado? —preguntó—. Me muero de hambre.

—Yo estoy bien. Cené *com chien hai san*.

—¿Cuánto te ha costado?

—Treinta y cinco mil dongs.

—Es muy barato. ¿Dónde?

—No está lejos, en la calle Co Bac.

—¿Y estaba bueno?

—Muy bueno.

—Vamos, no puedo aguantar más —dramatizó Huyen.

Una mujer de cuarenta y tantos preparaba platos baratos de *com chien hai san* en la acera, mientras unos pocos clientes esperaban sentados. Tanto las sillas como las mesas eran de plástico, bastante convenientes para Huyen, pero demasiado pequeñas para Salvador.

—Huele muy bien. ¿Quién te ha hablado de este sitio?

—Nadie. Estaba andando por la calle, he visto a una pareja comiendo y me he quedado mirando como la mujer preparaba el arroz con trocitos de marisco. Lo he probado y me ha gustado.

—¡Qué bien! —Aplaudió Huyen—. ¡Muy observador! Ya conocemos otro sitio bueno para comer.

La mujer terminó de preparar la cena de la chica y mientras esta comía, Salvador recordó algo.

—Huyen, ¿te acuerdas de que el día en que nos conocimos dijiste que me ayudarías a encontrar un sitio más barato para vivir?

La chica dejó de comer inmediatamente e hizo una mueca.

—¡Me había olvidado! Lo siento. Me había olvidado completamente.

—No pasa nada. Si pudieses preguntar a tus compañeras de trabajo si saben de algún sitio, te lo agradecería.

—Mañana se lo preguntaré. Te lo prometo.

—No hay prisa, cuando sea.

—Vendré a comer *com chien hai san* cada semana. ¡Está buenísimo!

La mansión y el hostal

La mansión estaba demasiado oscura, no veía nada en absoluto ni podía recordar cuánto tiempo llevaba dando vueltas. Tenía que salir de ahí como fuera. Subió unas escaleras. ¿Eran las mismas por las que había bajado antes u otras distintas? No lo sabía. Encontró un amplio ventanal e intentó abrirlo en vano. Estaba cerrado como todos los otros que había encontrado. Avanzó a tientas por lo que parecía un pasillo muy largo, abrió una puerta y llegó a un dormitorio con una cama enorme en el centro. Intentó encender la luz, pero como le había sucedido en el resto de la mansión, no lo consiguió.

El silencio era sepulcral. La estancia estaba vacía, pero sentía que en la habitación había algo, una presencia silenciosa y perturbadora, una sombra abismal perdida entre las tinieblas. El corazón le latía cada vez más deprisa. Aunque no podía verla ni oírla, la percibía, sabía que estaba ahí, y tenía la sensación de que aquella presencia, de alguna manera le observaba a pesar de la ausencia de luz. A cada lado de la cama había una mesita de noche con una lámpara encima, pero ninguna de las dos se encendió.

Sintió urgencia por salir del dormitorio. Avanzó hacia la puerta con las manos temblorosas extendidas, pero lo único que tocó fue la pared. Había perdido el sentido de la orientación otra vez, no se había percatado de que esa estancia fuese tan grande. Caminó en paralelo a la pared, pero no consiguió encontrar la puerta que había cruzado hacía unos momentos, chocó con algo, lo tanteó con las manos, parecía un diván.

Notaba la presencia cada vez más cerca de él, le estaba alcanzando. Intentó moverse más deprisa, pero no sabía hacia dónde tenía que hacerlo y cada dos por tres chocaba con algún mueble. Llegó hasta la cama otra vez, se puso al lado de una de las mesitas de noche, tenía que encender alguna luz, pero por muchas veces que pulsó el interruptor, la lámpara no se encendió.

¡Estaba detrás de él!

Era demasiado tarde, no había escapatoria.

—¡¡¡Nooo!!!

Por la pequeña ventana de la habitación del hotel entraba la luz tenue habitual que le hacía compañía todas las noches. Pulsó el interruptor de la mesilla de noche y la lámpara se encendió. Cuando se hubo tranquilizado un poco, Salvador se levantó. Eran las tantas de

la madrugada y tanto la ropa que llevaba como las sábanas estaban empapadas. Se quitó el pijama y se metió en la ducha.

Con el cuerpo limpio, se tumbó en la cama completamente desnudo. En la pared frente a él había colgado un póster que había traído de Barcelona. Dos serpientes entrelazadas se mordían por las colas, y con sus cuerpos rodeaban el texto que decía: «Haz lo que quieras». Se quedó mirando el póster mientras leía las palabras mentalmente una y otra vez:

«Haz lo que quieras. Haz lo que quieras. Haz lo que quieras».

«Ojalá pudiera».

Salvador se sentía profundamente desanimado, llevaba varias semanas esperando una llamada o un correo electrónico de alguna de las escuelas. Confiaba en que después de las vacaciones del Tet alguien se pondría en contacto con él para ofrecerle al menos una entrevista de trabajo, pero nadie lo había hecho.

El sonido del teléfono de la habitación lo despertó. Alguien estaba llamando. ¿Por qué le llamarían? El teléfono seguía sonando. Nunca había recibido una llamada en el hotel.

Se incorporó de golpe. ¿Se estaría incendiando el hotel? Se levantó tan rápido como pudo y cogió el teléfono.

—Diga.

—Buenos días. Su amiga le está esperando en la recepción.

Después de todo, quizá no había ningún incendio.

—¿Qué amiga?

—Su amiga acaba de llegar y le está esperando en la recepción.

—Mi amiga está en la recepción del hotel —dijo Salvador más para sí mismo que para la persona que le había llamado.

—Sí señor. ¿Va a bajar el señor?

—Sí, sí, ahora bajo —contestó Salvador poco convencido.

Cogió su teléfono móvil pensando que quizá podía contener alguna pista. Así era. Tenía un mensaje de Huyen.

Huyen:
Lo prometido es deuda. Te he encontrado un sitio más barato en el que vivir. Está muy cerca. Podemos ir andando. A las 9:30 paso a buscarte.

Salvador se apresuró a contestar.

Salvador:
Lo siento, acabo de ver el mensaje. Me visto y bajo.

«Al menos ya me he duchado», pensó mientras se vestía a toda prisa.

Al cabo de pocos segundos recibió otro mensaje.

Huyen:
¿Estabas durmiendo? ¡Qué perezoso!

Prefirió no contestar y se limitó a bajar los escalones de los nueve pisos de tres en tres. Huyen estaba sentada en el sofá de la recepción jugando con su teléfono.

—Lo siento —se disculpó Salvador—. No sabía que venías.

—¡Si te he enviado un mensaje! —se quejó Huyen levantándose.

—Estaba durmiendo.

—¡Perezoso! —le riñó, y con la mano derecha le golpeó con fuerza en el hombro izquierdo.

—Es que he pasado mala noche, he tenido…

—Nada de excusas —le interrumpió Huyen.

Como le había prometido, el lugar al que iban estaba muy cerca y se podía ir andando. Se trataba de un callejón que empezaba en el número 219 de la calle Tran Hung Dao.

—Una amiga de una amiga había vivido aquí hace tiempo —explicó Huyen.

—¿Dónde es aquí?

—Ahora lo verás.

Salvador la siguió por la callejuela, la mayoría de las casas eran viejas y estaban un poco destartaladas. Vio a unos niños jugando, correteaban arriba y abajo descalzos, medio desnudos y con las plantas de los pies completamente negras.

Huyen se detuvo a pocos metros, señaló un edificio pequeño de unas pocas plantas que contrastaba con el entorno porque era nuevo y se veía limpio y bien cuidado. La puerta principal estaba abierta.

—¿Es aquí?

—Este es uno de los hostales de la zona que alquila habitaciones por meses. Hay varios.

Sin dar más explicaciones, Huyen dejó los zapatos en el escalón de la entrada, fue hacia dentro y se puso a hablar con una atractiva joven y con una mujer un poco obesa de aspecto amigable que debía rondar los cuarenta o los cincuenta años. Salvador no sabía si entrar o no y se limitó a esperar en la calle, se dio cuenta de que de vez en cuando le miraban, supuso que Huyen les había explicado que él era el que estaba buscando habitación.

Unos minutos después, Huyen volvió acompañada de la joven vietnamita, esta sonreía despreocupadamente, llevaba el pelo teñido de color castaño claro y vestía una sencilla camiseta blanca, tejanos y sandalias. Salvador pensó que tenía una sonrisa preciosa.

—Todas las habitaciones están alquiladas, pero nos enseñará dónde están los otros hostales —dijo Huyen haciendo referencia a la jovencita con la que había estado hablando.

La chica de la camiseta blanca se puso en cabeza, y cuando el callejón se bifurcó tomó el camino de la izquierda con paso decidido. Los vecinos que había en la calle charlando o jugando al ajedrez chino, se quedaban mirando a Salvador cuando le veían pasar. A los pocos metros, la chica se detuvo en otra bifurcación.

—Aquí hay uno —dijo la chica que les había guiado señalando un hostal frente a ella—. Y ese es otro —explicó señalando esta vez hacia la izquierda.

—Muchas gracias —le agradeció Huyen.

—Muchas gracias —repitió Salvador.

—De nada.

La joven sonrió y se fue. Salvador la siguió con la mirada y Huyen volvió a golpearle con fuerza en el hombro.

—¡No te distraigas!

—Pero si no hago nada.

—Vamos a entrar primero en este.

Después de una corta conversación con el propietario, este les acompañó hasta el tercer piso y les enseñó la única habitación que le quedaba libre.

—¿Qué te parece? —preguntó Huyen.

—Está bastante bien, lástima que no sea exterior. ¿Cuánto cuesta?

—4 500 000 dongs al mes.

—Unos 165 euros.

—¿Cuánto pagas ahora?

—Unos 8 250 000 dongs al mes. Casi el doble.

—¡Entonces está muy bien de precio!

—Antes de decidirme me gustaría ir a ver el otro hostal, a ver si tienen una habitación exterior.

Huyen dio las gracias, se despidieron y fueron a ver el siguiente, que estaba a apenas veinte metros de distancia.

Antes de entrar, Salvador se dio cuenta de que la habitación exterior del primer piso tenía un amplio balcón.

—Esta sería perfecta para mí.

El dueño se levantó del sofá al verles y les recibió con una sonrisa. Llevaba una camiseta oscura, unos pantalones cortos e iba descalzo. Huyen inició la conversación con él.

—Solo tiene una habitación libre, también es interior, pero es un poco más barata que la otra.

—¿Cuánto cuesta?

—Cuatro millones de dongs.

—Vamos a verla.

Subieron a la primera planta, el corto pasillo daba acceso a tres cuartos. El hombre abrió la primera puerta a la izquierda. La habitación no estaba mal, era un poco más pequeña que la que había visto pocos minutos antes, pero también era más económica. Lástima que las dos eran interiores.

—¿Y la habitación del balcón? La del primer piso que da a la calle.

Huyen preguntó al propietario.

—Cuesta casi lo mismo, pero está ocupada.

—¿Cuánto?

—4 200 000 dongs.

—Poco más de 150 euros. Esa sería perfecta. ¿Puedo verla?

Tras escuchar a Huyen, el propietario hizo un gesto con la mano y bajó las escaleras, habló con una mujer que debía ser su esposa y subió seguido de ella.

—Le parece que ahora no hay nadie —explicó Huyen.

La mujer llamó varias veces con los nudillos para asegurarse de que estaba vacía, y al ver que nadie contestaba abrió la puerta. La habitación era perfecta, más grande que la otra, y con una puerta y una ventana que daban al amplio balcón y dejaban entrar la luz a raudales. Era mucho mejor y más barata que la habitación en la que estaba en ese momento en el hotel, y en lugar de tener que subir andando nueve pisos, solo tendría que subir uno. Si estuviese libre, que no lo estaba.

—Me gustaría alquilar la habitación que tienen libre y estar en ella hasta que les quede libre la del balcón.

—*OK*. ¿Y si tarda mucho en estar libre?

—Iré preguntando por el barrio y esperaré a que quede libre alguna que sea exterior en este o en otro de los hostales de alrededor. ¿Quedan más hostales por ver?

—A lo mejor, pero yo no conozco ninguno más.

—Pues diles que mañana quiero mudarme.

—Esta es la dirección y mi número de teléfono —dijo Salvador sudoroso y con la voz entrecortada después de haber bajado la maleta grande desde el noveno piso del Spring House Hotel por las escaleras.

Salvador le dio un trozo de papel a la recepcionista.

—¿Cuándo llegará el paquete? —preguntó la chica.

—No sé. Es la primera vez que envío una caja a Vietnam. Mi madre la envió el treinta de enero. Pensé que tardaría unas tres semanas, pero ya han pasado cinco.

—No se preocupe señor, en cuanto llegue su paquete nos pondremos en contacto con usted.

—Muchas gracias.

—A usted.

Salvador se paró en la entrada y señaló el balcón de la habitación que quería conseguir para que Ramón lo viera.

—Aquí estarías como un rey. Una calle tranquila en el centro de la ciudad y una habitación luminosa a muy buen precio. ¿Qué más se puede pedir? —dijo el joven rubio de Zaragoza.

—Un buen trabajo.

—Todo llegará.

—Esperemos.

El propietario del hostal salió a recibirles, Salvador cogió la llave que le ofrecía, dejó para su amigo la maleta pequeña y subió la grande.

Ramón le ayudó a sacar el equipaje y entre los dos pusieron las cosas en el armario. Cuando terminaron, Salvador dejó que su amigo se sentara en la única silla que había, él se sentó en la cama y miró a su alrededor. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada.

—Yo también tendría que alquilar una habitación más barata —comentó Ramón.

—Tú no tienes problemas económicos, búscate un apartamento que esté bien.

—He estado mirando en internet, pero todo lo que he podido encontrar en las páginas web en inglés es carísimo.

—Para extranjeros ricos.

—Los alquileres que valen la pena deben estar en vietnamita.

—Pídele a Huyen que te ayude. Ha sido ella la que me ha encontrado esta habitación —recomendó Salvador.

—Lo haré.

Como cada noche, Salvador abrió su correo electrónico para ver si alguna escuela se había puesto en contacto con él. Ninguna lo había hecho.

Se tumbó en la cama vestido y se quedó mirando las manchas de humedad en el techo. No le apetecía ni escuchar música. Se suponía que tendría que estar animado por el cambio de habitación, y estaba contento por ello, pero la idea de que quizá nadie le iba a ofrecer trabajo no dejaba de angustiarle.

Mientras contemplaba su nuevo habitáculo, la imagen de la pequeña habitación de alquiler en la que había vivido durante los últimos ocho años asaltó su mente de improviso. Se trataba de una habitación que daba al patio interior del edificio. Tenía una ventana, pero solo podía abrirla unos diez centímetros porque su enorme cama alta ocupaba casi toda la habitación.

Durante mucho tiempo había vivido en cuartos de alquiler sin ventana y había dormido en camas pequeñas. Cuando cumplió treinta y dos años, cansado de dormir casi sin poder moverse en una cama individual de ochenta o noventa centímetros de ancho, se prometió a sí mismo que encontraría una habitación con una cama grande y con ventana. Pero encontrar una con esas características en Barcelona que fuese barata, era una misión casi imposible.

Fue a ver muchas, pero todas eran demasiado caras, demasiado pequeñas para poner una cama grande o no tenían ventana. Un día, un amigo le dijo que conocía a una chica que acababa de dejar una habitación en el barrio del Eixample, en pleno centro de la ciudad. Al parecer el espacio no era grande, pero cabía una cama de matrimonio y tenía una ventana que daba al patio interior del edificio.

Acudió a ver la habitación esa misma tarde. La propietaria del piso le enseñó el cuarto que alquilaba y Salvador comprobó que lo que le habían dicho era verdad: Había una ventana que dejaba entrar algo de luz y tenía espacio suficiente para poner una cama grande y un armario pequeño. Eso era todo, no podría tener ni mesita de noche ni escritorio ni butaca para leer.

Salvador se quedó pensativo. En unos grandes almacenes especializados en muebles había visto camas de matrimonio altas, es decir, que para meterse en la cama tenía que subir por una escalera de mano. La cama estaba casi a dos metros de altura y hacía dos metros de largo por un metro sesenta de ancho, así que debajo podría poner un escritorio con una silla, un televisor pequeño y su butaca para leer. La ventana solo se podría abrir unos diez centímetros, pero eso sería suficiente para ventilar la habitación y la luz entraría igualmente.

La dueña de la casa quería saber si se la quedaba o no, al parecer había más gente interesada en verla ese mismo día. Salvador tenía que tomar una decisión rápida. Era el mejor cuarto que había visto por aquel precio. Y aquel era el precio máximo que podía permitirse.

—Es una buena habitación y la dejo muy barata. Ya he tenido a varios que la han visto y la querían alquilar, pero les he dicho que no. No me gustaban.

—¿Por qué no le gustaban?

La propietaria enderezó la espalda y sonrió son seguridad.

—Aquí donde me ves, yo tengo un sexto sentido con la gente. No necesito hablar, hablar y hablar para saber cómo son de verdad. Y es que lo de que las apariencias engañan, es verdad, pero no siempre. Hay algunos que son lo que aparentan y hay otros que ni aparentan lo que son ni son lo que aparentan. No sé si me entiendes.

—No estoy seguro.

A Salvador todo eso de los sextos sentidos siempre la había parecido una superchería, él creía en los hechos tangibles, en las demostraciones matemáticas, en la ciencia. La dueña se puso seria y con actitud desafiante replicó.

—No me crees, ¿verdad? No eres el primero, ni serás el último. Desde que he abierto la puerta que te he calado. Ni un segundo me ha hecho falta para verte el plumero.

—¿Qué plumero? No sé de…

La propietaria hizo un gesto con la mano para cortarle.

—Es una forma de hablar. —La señora miró a Salvador fijamente—. Eres un joven alto y fuerte, atlético, de treinta y tantos, con salud de hierro, pero sin un duro. Inteligente, pero un poco cabeza cuadrada. Pocos amigos y aún menos amigas. Sin oficio ni beneficio. Incapaz de combinar bien la poca ropa que tienes ni de conseguir una cita con una chica que te guste, y si mal me lo pones ni con una que no te guste. Nunca has tenido un trabajo de verdad y malvives con lo que sea que hagas que tampoco lo sé porque una cosa es el sexto

sentido y otra leer el pensamiento, que lo primero es un don de Dios y lo segundo del demonio. ¿Qué, qué te parece lo que te he dicho? ¿Verdad o mentira?

Salvador tragó saliva y tardó unos segundos en reaccionar. Todo lo le que le había dicho la señora era cierto. Lamentablemente cierto.

—¿Cómo, cómo puede…?

La señora se relajó y le dio unos golpecitos en el hombro.

—No hay de qué avergonzarse. Tú eres un buen chico y me has gustado en seguida. Cada uno es como es y yo no juzgo a nadie. Si te interesa la habitación es tuya, pero aquí no se fía. Si la quieres ya estás sacando los dos cientos ochenta euros del mes de fianza. Si no los llevas encima, que no lo creo, en la esquina hay un cajero. Por poco que tengas, una tarjeta para sacar dinero tendrás.

—Me la quedo —le dijo a la dueña con decisión—. Voy… tengo que…

Salvador palpó los bolsillos con cierta urgencia mientras intentaba recordar si llevaba la tarjeta de débito encima. A las malas tendría que ir a buscarla.

—Voy ahora mismo al cajero a sacar dinero.

Un mensaje de Ramón le sacó de su ensimismamiento.

Ramón:
Acabo de ver a Hien cogida de la mano con un chico joven, de tez oscura y barba corta, por la calle De Tham. Creo que ella no me ha visto, o ha hecho ver que no me veía. Fin de la historia. Necesito salir a beber. ¿Te apuntas?

A Salvador no le apetecía salir, pero un amigo es un amigo, y de todos modos quedarse solo tampoco le iba a hacer mucho bien.

SALVADOR:
Lo siento tío. Qué putada. Paso a buscarte en 15 minutos.

Hau

—Aún no mamá.

—Pero si ya llevas mucho tiempo ahí.

—No llevo mucho tiempo. ¿Qué día es hoy?

Salvador miró la fecha en la esquina inferior derecha de su ordenador portátil.

—Es viernes 15 de marzo —se adelantó Yolanda, su hermana.

—Eso. Solo llevo aquí un poco más de siete semanas. Además, en febrero fue el Tet.

—¿Qué eso del Tet, hijo?

—El Año Nuevo lunar —dijo su hermana anticipándose a Salvador de nuevo.

—Durante el Tet aquí nadie trabaja, y no hacen caso de los currículums que reciben.

—Ay, no sé, a mí me parece mucho siete semanas sin encontrar trabajo, hijo; si no has podido encontrar algo en tanto tiempo…

—¿Dónde has buscado? —preguntó Yolanda.

—En las escuelas de matemáticas que tienen página web en inglés y en las escuelas internacionales.

—En las escuelas internacionales no vas a poder trabajar con tu nivel de inglés.

Salvador se rascó la cabeza incómodo.

—¿Has llamado a la embajada?

—¿Para qué quieres que llame, mamá?

—A lo mejor te pueden ayudar a buscar trabajo.

—No creo que las embajadas sirvan para eso.

A la madre de Salvador le había crecido el pelo desde la última vez que habían hecho una videollamada, y se le empezaban a ver las canas.

—No has ido a la peluquería.

—No, a lo mejor ya no me volveré a teñir, ya soy vieja.

—Que estés jubilada no quiere decir que seas vieja, ve a teñirte el pelo esta tarde que se te ve mejor y más joven —la animó Salvador.

—*¿Tú crees?*

—*Yo ya le he dicho que vaya, que le queda mejor, pero a mí no me hace caso —se quejó Yolanda.*

—*Qué cosas dices, hija, claro que te hago caso.*

—Esta tarde vas a la peluquería y cuando te hayan arreglado el pelo puedes ir a ver a alguna de tus amigas.

—*Pues a lo mejor sí que iré. ¿Has hecho más amigos?*

—De momento sigo con dos, Ramón y Huyen.

—*Tienes que salir más y conocer a más gente hermanito. Hacer un poco de networking te podría ayudar a encontrar trabajo* —le recomendó Yolanda.

Su hermana se había puesto las lentes de contacto, sin gafas estaba mucho mejor; los cristales tenían tantas dioptrías y eran tan gruesos que hacían que sus ojos se viesen distorsionados y diminutos, pero solo podía usar las lentes de contacto durante unas horas, después, los ojos se le empezaban a irritar y tenía que volver a ponerse las gafas.

—Supongo que tienes razón —suspiró Salvador.

El problema no era que no le gustara hablar con su madre y con su hermana, lo que pasaba era que después de hacerlo siempre le quedaba una sensación de vacío y desilusión. Su madre era una buena persona, pero cuando murió su marido, perdió gran parte del optimismo y la energía que había tenido hasta entonces. Año tras año, la vida se le hizo más y más cuesta arriba, y al jubilarse se convirtió en una pesimista de campeonato. Su hermana pequeña, afortunadamente, no compartía la negatividad de la madre, pero siempre había sido una sabelotodo. No es que no fuera inteligente, en realidad era lista, bastante lista y vivaracha, pero no tanto como ella se imaginaba.

Para animarse puso música y abrió la aplicación Friends in Vietnam. Tenía ganas de hablar con alguien, pero Ngoc no estaba conectada; una lástima, le gustaba chatear con ella.

Gordon:

¿Estás trabajando? Supongo que sí. Yo estoy escuchando música.

Ngoc no contestó, debía estar ocupada cuidando de los niños o estudiando.

Salvador se quedó mirando los perfiles de las chicas que había conectadas en ese momento. Algunas tenían varias fotos y daban bastante información sobre sí mismas: la edad, la altura, el peso, el color del cabello, los idiomas que hablaban, las cosas que les gustaban, su trabajo, el tipo de relación que buscaban, lo que

esperaban de un hombre, su orientación sexual, si fumaban, si bebían… Otras apenas ponían nada, una foto, el nombre, la edad y en el apartado en el que tenían que hablar sobre sí mismas solo escribían: *Hi*. En algunos casos extremos, por no haber no había ni una sola foto, pero eso tampoco era lo habitual.

Como había hecho en otras ocasiones, saludó a varias chicas del chat, por si a alguna le apetecía hablar un rato. Mientras elegía la siguiente canción, recibió una respuesta.

Hau:
Hola Gordon, bien, ¿y tú?

Gordon:
Muy bien. ¿Qué haces?

Hau:
En casa, descansando después de un día agotador.

Gordon:
¿Has ido a correr una maratón? Je, je.

Hau:
No, no me gusta correr. Cansada por el trabajo.

Gordon:
¿De qué trabajas?

Hau:
Lo pone en mi perfil. ¿Me has enviado un mensaje sin leer mi perfil?

Salvador se quedó un poco confundido y no acertó a contestar inmediatamente.

Hau:
Es broma, nadie se lee los perfiles.

Gordon:
Yo sí que los leo. Me he leído tu perfil. Eres contable. Solo lo he preguntado por preguntar algo.

Hau:
Mentiroso, acabas de leerlo ahora mismo para quedar bien.

Gordon:
No, en serio.

Hau:
Y tú, ¿de qué trabajas?

Gordon:
Soy profesor de matemáticas. Pero aún estoy buscando trabajo.

Hau:
¿De dónde eres?

Gordon:
De España.

Hau:
Nunca he estado en España, pero en Italia sí.

Gordon:
¿Cuándo?

Hau:
El verano pasado, pero es un secreto, no se lo digas a nadie, ja, ja.

Gordon:
OK, no te preocupes.

Hau:
¿Has estado en Italia?

Gordon:
No, no he viajado mucho.

Hau:
¿En cuántos países has estado?

Gordon:
En dos.

Hau:
No me los digas, déjame adivinar… A ver… es bastante difícil… España y… ¿Vietnam?

Gordon:
Chica lista.

Hau:
¡Soy brillante!

Gordon:
Lo eres, y muy simpática.

Hau:
Gracias, gracias.

Gordon:
Y atractiva.

Hau:
Pero si nunca me has visto.

Gordon:
He visto tus fotos.

Hau:
No te lees mi perfil, pero miras mis fotos.

Gordon:
Sí leí tu perfil.

Hau:
Todos los hombres sois iguales, ji, ji.

Gordon:
Venga ya.

Hau:
A lo mejor mis fotos son falsas.

Gordon:
¿Lo son?

Hau:

No, soy yo.

Gordon:
Lo que decía, una chica simpática y atractiva.

Hau:
Pero si lo que buscas es ONS, no soy tu chica.

Gordon:
Ni idea, solo sé lo que es una ONG.

Hau:
Qué tío, ¿en serio no sabes lo que es ONS?

Gordon:
No.

Hau:
Hombres.

Gordon:
Lo siento, mi inglés no es tan bueno como el tuyo.

Hau:
One night stand. Es una relación de una sola noche.

Gordon:
Ahhh. Qué chica tan lista.

Hau:
Esa soy yo.

Gordon:
Yo tampoco busco ONS, ya podemos quedar.

Tal y como releyó el mensaje que acaba de enviar a Hau se arrepintió. Ya se había precipitado.

Hau:
No tan deprisa campeón, no soy una chica fácil.

Gordon:
No pretendía decir que eres una chica fácil.

Hau:
Más te vale.

Gordon:
¿Te has enfadado?

Hau:
No me enfado porque un chico quiera quedar conmigo.

Salvador resopló aliviado.

Gordon:
Menos mal.

Hau:
¿Vives solo?

Gordon:
Sí, en la habitación de un hostal.

Hau:
¿Es cara?

Gordon:
No, la habitación está muy bien de precio.

Hau:
¿Cuánto?

Gordon:
4 000 000 al mes.

Hau:
¡Wow! Está muy bien. ¿Cómo la has encontrado?

Gordon:
Con un poco de ayuda.

Salvador continuó contándole cómo su amiga Huyen le había llevado a ver tres hostales y las dificultades que estaba teniendo para encontrar empleo.

Chatear con Hau le había puesto de buen humor y puso el tema *Superstar* del musical *Jesus Christ Superstar*, de Andrew Lloyd Webber y Tim Rice. Siempre le había gustado esa canción, aunque raramente pisaba una iglesia y no estaba interesado en el mundo católico ni en otros parecidos. Los musicales tampoco eran santos de su devoción, eso de que estuviesen todo el rato cantando le aburría, lo que no quería decir que no hubiese grandes temas en algunos musicales; *Superstar* era uno de ellos, tenía un no sé qué que le exaltaba y elevaba su espíritu.

Ngoc bajo la lluvia y el cumpleaños de Ramón

El jueves 21 de marzo tuvo tres buenas noticias. La primera fue que la chica que había estado ocupando la habitación con balcón se había ido el día anterior y Salvador podía mudarse ese mismo día. La segunda, que por fin iba a poder conocer a Ngoc en persona, había quedado con ella al anochecer. Y la tercera, que era el cumpleaños de Ramón y lo iban a celebrar con Huyen cuando esta saliese de trabajar.

Los propietarios habían limpiado la habitación con balcón cuidadosamente. Todo el mobiliario era de madera oscura de buena calidad: la cama, el armario, el mueble encima del cual estaba el televisor, la mesa y la silla. Vació las dos maletas y las puso encima del ropero, este era espacioso y había sitio de sobra para poner todas sus pertenencias.

La cama hacía dos metros de largo por uno sesenta de ancho, como la que había tenido en el Spring House Hotel; era bastante cómoda a pesar de tener el colchón más delgado sobre el que había dormido en su vida, no llegaba a los ocho centímetros de grosor, pero era firme. Delante del lecho había un televisor de esos ya en desuso con tubo de rayos catódicos encima de un mueble con tres cajones. Justo al lado, tenía una mesa maciza bastante grande a modo de escritorio, y una única silla en la que sentarse.

Las paredes de la habitación eran de un color amarillo pálido y del blanco techo colgaba una lámpara clásica, vieja, deslucida y un poco hortera, con cinco bombillas pequeñas alargadas. Las baldosas del suelo tampoco se podía decir que fuesen bonitas, eran de un color poco acogedor, un gris oscuro casi negro, aunque resultaban perfectas para disimular la suciedad.

El cuarto de baño era bastante pequeño, pero tenía lo esencial: lavabo, espejo, inodoro y ducha, sin embargo, esta no estaba separada por una mampara y cada vez que se duchase el suelo quedaría lleno de agua.

Encendió el aire acondicionado, que estaba justo delante de la cama, y lo puso al máximo. El molesto ruido quedó compensado por el aire fresco que llenó el dormitorio.

Tras refrescarse un poco, Salvador descorrió completamente las cortinas color ocre. La habitación rebosaba luz natural que entraba tanto por la puerta de madera que tenía un vidrio transparente en la mitad superior, como por la enorme ventana que había al lado. Salió

al balcón, en ese momento estaba vacío, pero con casi un metro de ancho por unos cuatro de largo, tenía muchas posibilidades; por ejemplo, podía poner plantas, una mesa pequeña y dos sillas o un banco. No tenía vistas bonitas, pero era la habitación más luminosa en la que había vivido jamás, y le encantaba.

Desde que llegó a Saigón en enero no había llovido ni un solo día, algo, le habían dicho, que no era extraordinario durante la época seca, que iba desde diciembre hasta abril. Pero esa tarde después del almuerzo se empezó a nublar, y antes de que oscureciera, la lluvia hizo acto de presencia, obligando a Salvador a ponerse una chaqueta impermeable y sandalias para ir al punto de encuentro, la entrada principal de un centro comercial del distrito 1.

Casi había parado de llover, Ngoc llegó con una sonrisa radiante y un colorido vestido floral, le cogió del brazo y le llevó al parque que había cruzando la calle.

—Ahora hay poca gente porque llueve, pero normalmente este parque está lleno de jóvenes que quedan aquí para tomar algo y hablar. La mayoría son estudiantes que tienen poco dinero y no se pueden permitir ir a cafeterías o sitios caros. Tomar algo aquí, un café, un refresco o un helado es muy barato —explicó Ngoc.

—¿Por qué el nombre del parque es un número?

—30 del 4. 30 de abril, el día de la liberación de Vietnam.

—¡Ah! Ahora lo entiendo. Oye, aún llueve un poco, ¿quieres que vayamos al centro comercial?

—No. Me gusta la lluvia.

Cruzaron la calle Pasteur y llegaron al final del parque. Ngoc señaló el imponente edificio al otro lado de la calle Nam Ky Khoi Nghia.

—El Palacio de la Reunificación. ¿Has ido?

—Sí, vine con mi amiga Huyen, me hizo de guía —comentó Salvador.

—¿Has quedado con chicas guapas?

—Sí, contigo.

—No, yo soy fea.

—A mí no me pareces fea.

—¿Has quedado con alguna chica vietnamita guapa de verdad? —insistió Ngoc.

—No sé qué es una chica vietnamita guapa de verdad.

—Cuando veamos una te lo diré. Vamos a ver la catedral que está en frente del centro comercial.

Volvieron a cruzar el parque, esta vez en sentido inverso. Ngoc tenía el pelo mojado, y las gotitas de lluvia resbalaban por su cara dulce y bien proporcionada, que habría sido bastante hermosa de no ser por la presencia de acné.

—¿Seguro que no te molesta mojarte? —preguntó Salvador.

—Seguro. Esta es la Catedral de Notre Dame. Una copia de la de Francia.

—No sabía que había una copia en Saigón.

—No sé si es una copia exacta o si solo se parece. La construyeron los franceses en el siglo XIX.

—¿Vamos dentro?

—Es tarde, ahora está cerrada. ¡Ya sé adónde podemos ir!

—¿Adónde?

—A la oficina de correos. Está ahí, el edificio es muy bonito. ¿Lo ves?

Ngoc señaló al otro lado de una pequeña plaza con una estatua de la Virgen María en el centro. Detrás se podía ver un edificio de bella arquitectura. Pasaron por delante de la estatua y cruzaron la calle Cong xa Paris.

—Esta es la oficina de correos central de Saigón. También la construyeron los franceses, la diseñó el arquitecto Gustave Eiffel.

—Es preciosa.

En la entrada del edificio colonial había bastante gente esperando a que dejara de llover, al parecer no compartían el gusto de Ngoc por pasear bajo la lluvia. Aunque estaba nublado y llovía, entraba mucha luz gracias a los tragaluces del techo. El interior sorprendió a Salvador porque recordaba a una estación de tren antigua. Al fondo de la sala principal había un gran retrato que parecía vigilar a todos los visitantes de la oficina de correos.

—¿Quién es? —se interesó Salvador.

—Ho Chi Minh.

—El hombre que cambió el nombre de Saigón.

—El nombre lo cambió el partido comunista después de la guerra. Ho Chi Minh ya estaba muerto.

Pasearon por el interior del edificio entre mapas antiguos de Vietnam y Saigón, y viejas cabinas postales con sendos relojes en la parte superior marcando la hora de distintos lugares del mundo. Dos

tiendas, una a cada lado de la entrada, ofrecían gran variedad de artículos a los turistas ávidos de volver a su país con algún recuerdo.

—Mi hermana y mi madre se volverían locas comprando regalos.

—Tienen muchas cosas bonitas.

Había dejado de llover, y los visitantes que habían quedado atrapados en la oficina de correos central de Saigón, debido a la inesperada tarde de lluvia en plena época seca, tuvieron su oportunidad y salieron del edificio.

Salvador y Ngoc volvieron al parque y se sentaron en un banco.

—Me dijiste que estás estudiando comunicación audiovisual.

—Sí.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Quiero trabajar en televisión —explicó Ngoc con entusiasmo.

—¿Por qué?

—Quiero hacer programas de televisión y reportajes, viajar por Vietnam y a otros países, conocer gente y vivir la vida con intensidad.

—Suena bien. ¿Es fácil trabajar en televisión en Vietnam?

—Depende, no es fácil para la mayoría, pero si eres listo puede ser fácil.

—¿Pagan bien?

—No, al principio pagan muy poco, es más bien un trabajo ingrato de esclavos —bromeó Ngoc.

—No parece muy motivador.

—Pero después mejora, si eres mánager o director puedes tener un buen salario y vivir bien.

—Eso suena mejor.

—¿Quieres vivir en Vietnam?

—Sí —contestó lacónicamente Salvador.

—¿Por qué?

—No se puede decir que mi vida en España fuese un éxito precisamente.

—Y decidiste cambiar de vida. Si fueses inglés o estadounidense o de algún país de habla inglesa sería muy fácil, podrías trabajar de profesor de inglés y tener un buen sueldo.

—Ya me lo han dicho. Pero no lo soy.

—Pero no lo eres —reiteró Ngoc que vaciló antes de continuar —. No quiero parecer negativa, pero no creo que vayas a encontrar un trabajo de profesor de matemáticas con facilidad.

—Qué me vas a contar, llevo dos meses aquí y nadie me ha contactado, no he conseguido ni una entrevista de trabajo.

—Va a ser como trabajar en una televisión vietnamita, no es fácil, pero es posible, y tú vas a encontrar trabajo de profesor de matemáticas.

—Gracias por tu apoyo.

—A lo mejor solo me ves como a una cría de veintitrés años que ni siquiera ha terminado la universidad, pero yo soy lista, sé cómo piensan los vietnamitas y qué hacer para conseguir un trabajo en Vietnam.

—No te veo como a una cría. Y estoy seguro de que eres lista.

—Gracias. Ahora cuéntame lo que has hecho para encontrar trabajo. Todo.

Salvador procedió a explicarle en detalle cada paso que había llevado a cabo hasta entonces. Ngoc le interrumpió en varias ocasiones para que le aclarara algo o añadiera alguna información al relato. Después de escucharle se quedó pensativa durante un rato.

—Saber vietnamita te ayudaría a encontrar trabajo. Tienes que aprender. Aunque no sepas mucho, no pasa nada, pero tienes que saber un poco. Es mejor. Mucho mejor. Si puedes hablar algo de vietnamita, todo será más fácil.

—Creo que el vietnamita es muy difícil.

—Yo te ayudaré. Y me dijiste que tienes una amiga que se llama Huyen, seguro que ella también te puede ayudar.

—Es una buena amiga, se lo puedo pedir.

—Eso te llevará tiempo, pero tienes que hacerlo.

—De acuerdo.

—Pero lo más importante que tienes que hacer ahora es volver a las escuelas de matemáticas y hacer todo lo posible por hablar con un mánager, o director o jefe de recursos humanos. Tienes que hablar con alguien con autoridad.

—Si fuera tan fácil, todo el mundo lo haría —se quejó Salvador.

—No pienses eso. Tú inténtalo. Y si no puedes hablar con alguien con autoridad, pregunta a la chica de la recepción si la persona a cargo ha recibido tu currículum, tú insiste, ponte pesado. También te puedes ofrecer a hacer clases gratuitas para ver si les

gustas. Aunque al final te digan que eso no les interesa, con esa excusa a lo mejor consigues hablar con alguien que no sea la recepcionista.

—Eso de ofrecerme a hacer algunas clases gratis parece buena idea. Nunca se me habría ocurrido.

—En las escuelas internacionales será más difícil, mucho más difícil, pero tienes que intentarlo igualmente. Tú ve y pelea. Entra, sonríe y habla, tienes que seducir a la persona con la que hablas para que te ayude a dar el siguiente paso.

»Normalmente en la recepción hay chicas, casi siempre son chicas, tú eres un poco tímido, pero eres alto y fuerte, tienes planta y eso siempre gusta. La mayoría de recepcionistas en las escuelas son simples y te las puedes ganar muy fácilmente diciéndoles algo bonito.

—¿Tú eres simple? —Interrumpió Salvador.

—No, yo no. No soy una chica simple, pero estamos hablando de ti, no de mí.

—Lo siento, continúa.

—Te voy a enseñar dos frases que puedes decir a la recepcionista después de hablar un poco, una es: «Eres muy guapa».

—No puedo ir a buscar trabajo y decirle a la recepcionista: «Eres muy guapa». Eso es acoso sexual, me puedo meter en problemas.

—Olvídate de las costumbres y normas de tu país, a las chicas vietnamitas les encanta que les digas *em dep lam*.

—¿Qué?

—*Em dep lam*. Significa eres muy guapa —explicó Ngoc.

—¿Estás segura de que no me voy a meter en un embrollo?

—Segura, confía en mí. Pero si la chica es fea, ni se te ocurra decirle *em dep lam*. Ella sabrá que no es guapa y pensará que te estás riendo de ella.

—No queremos que eso pase.

—Para nada.

—¿Qué digo si no es guapa?

—Em co duyen lam.

—Qué difícil —se quejó Salvador.

—Tienes que practicar hasta que te salga con fluidez.

—¿Qué significa?

—Eres agraciada.

—Supongo que ser agraciada le gusta a la mayoría de mujeres —reflexionó Salvador—. Espera, espera, ¿qué pasa si está gorda? No le

puedo decir que es agraciada, se enfadará y se pondrá a la defensiva.

—Tienes razón —Ngoc dudó—. No lo había pensado, casi todas las chicas vietnamitas son delgadas, pero puede ser que te encuentres con una que no lo sea. Lo que podrías decir… Si está rellenita le puedes decir *em tron tron de thuong* que significa… es difícil de explicar, bueno más o menos significa eres encantadora con muchas curvas. En vietnamita suena bien, no te preocupes.

—Esto cada vez se complica más.

—Solo son tres frases, quejica.

—Tú lo ves muy fácil —protestó Salvador—. Oye, me dijiste que ibas a venir en autobús. ¿Por qué no has venido en moto?

—No tengo moto.

—En Saigón todo el mundo tiene moto.

—Tenía, pero la perdí.

—¿La perdiste? No se pierde una moto así como así.

—Sí, la perdí… Pero es una historia triste. Te la contaré otro día.

—Como quieras —aceptó Salvador.

—¿Sabes ir en moto?

—No.

—Pues ya puedes espabilar y aprender.

—Sí, ya lo sé… ¿Tienes hambre? —preguntó cambiando de tema.

—Sí.

—Vamos, te invito a cenar.

La llovizna había dejado un agradable frescor en el ambiente y fueron andando hasta uno de los restaurantes que Salvador frecuentaba en la calle Pham Ngu Lao por su buena calidad a un precio razonable. Se sentaron fuera, pidieron y Ngoc no le dio tregua hasta que pudo decir *em dep lam* (eres muy guapa), *em co duyen lam* (eres agraciada) y *em tron tron de thuong* (eres encantadora con muchas curvas -o algo así-) a la perfección.

En la calle Tran Hung Dao cerca de la esquina con De Tham había dos pequeñas pastelerías, literalmente una al lado de la otra. Salvador había dicho que se encargaba de la tarta, y, tras despedirse de Ngoc, fue a ver qué tenían. Después de entrar en ambas, le dio la sensación de que eran muy parecidas, tanto en las dimensiones, como

en la decoración, así como en lo que vendían.

Las tartas que más le llamaron la atención fueron una de tiramisú y otra de chocolate. Las tres dependientas de la pastelería le miraban con expectación. Como no era capaz de decidirse, envió un mensaje a Huyen.

Salvador:

¿Qué prefieres, tarta de chocolate o de tiramisú?

La respuesta llegó en pocos segundos.

Huyen:

Chocolate.

«Eso es eficacia y lo demás son tonterías», pensó Salvador. Cuando ya había pagado y estaba saliendo de la pastelería se dio cuenta de que se había olvidado de las velas. Ninguna de las tres dependientas hablaba inglés y tuvo que hacer ver que soplaba unas velas imaginarias para que le entendieran. Con los dedos les indicó los números que quería: un tres y un cuatro. Una de las dependientas sacó dos velas rojas, una con la forma del número tres y la otra con la forma del número cuatro. Salvador dio el visto bueno y la chica las metió en una bolsita.

—¿Dónde está la tarta?

Fue lo primero que dijo Huyen cuando salió de trabajar y vio que ni Salvador ni Ramón la llevaban.

—La he dejado en el frigorífico de mi habitación para que no se estropease —contestó Salvador—. Después de que hayáis cenado la iré a buscar.

—Menos mal. —Se tranquilizó Huyen—. Pensé que al final no la habías comprado.

Huyen quiso cenar en el puesto callejero en el que hacían arroz con marisco que Salvador había descubierto hacía unos días, y a Ramón le pareció bien. Como Salvador ya había cenado con Ngoc, no comió nada. Después de llenar el estómago fueron a buscar el pastel de cumpleaños y decidieron ir a tomar algo y comérselo en una de las cafeterías de la calle De Tham, en el tramo entre Bui Vien y Pham Ngu Lao.

A pesar de ser su cumpleaños, a Ramón no se le veía especialmente animado y a medianoche ya estaba en la habitación de su hotel viendo una película en el ordenador portátil.

Hacia la una de la madrugada, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Ramón se sobresaltó un poco, abrió y se encontró con la recepcionista del hotel plantada delante de sí. Llevaba un pequeño

muñeco en la mano.

—Hola, lo siento, he vista luz y he llamado.

—No hay problema, ¿qué pasa?

—Ha venido una chica y ha dejado esto para usted.

—¿Una chica? ¿Cuándo? ¿Ahora?

—Sí, hace un minuto. No sabía si estaría durmiendo y le he preguntado si quería esperar, pero ha dicho que no. Me ha pedido por favor que le diera esto, y se ha ido.

Ramón se fijó en el muñeco que la chica le estaba ofreciendo, cabía en la palma de la mano y tenía una nota atada en uno de los brazos. Lo cogió con cuidado.

—Muchas gracias —balbuceó Ramón.

—De nada.

La recepcionista se giró y bajó las escaleras.

Ramón desató la nota y la leyó, estaba escrita con una caligrafía preciosa, perfecta como nunca la había visto en su vida, como si de se tratase de una pequeña obra de arte.

Feliz cumpleaños Ramón. Lo que pasó aquel día entre nosotros fue maravilloso, pero no puedo corresponder a tus sentimientos. Me voy a vivir lejos, no creo que volvamos a vernos. Deséame suerte, un beso. Hien.

Al terminar de leer la nota bajó las escaleras corriendo. Salió a la calle, pero no la vio. Sin ningún objetivo concreto fue paseando hasta el hotel de Hien. Recordaba que su habitación estaba en la última planta y daba a la calle. Miró hacia arriba y vio una silueta que no podía ver bien al lado de la ventana. Tenía que ser ella, en la última planta solo había una habitación que diese a la calle.

Se quedó un par de minutos mirándola. ¿Le estaría viendo? No hizo ningún gesto para saludarla, simplemente la observó durante un rato y después regresó a su habitación.

Al mirar con más detenimiento el muñeco que Hien le había regalado se dio cuenta de que no era realmente un muñeco, era una golosina, un dulce. Se lo comió lentamente tumbado en la cama mientras leía la nota una y otra vez. Al hacerlo le vino a la mente la obra de teatro *La vida es sueño* de Calderón de la Barca y algunos de sus versos más emblemáticos:

«¿Qué es la vida? Un frenesí.

¿Qué es la vida? Una ilusión,

una sombra, una ficción,

y el mayor bien es pequeño;

que toda la vida es sueño,

y los sueños, sueños son».

La decepción inundó el espíritu de Ramón.

«La vida es sueño, y los sueños, sueños son», repitió mentalmente.



Salvador se tomó muy en serio los consejos de Ngoc. Al día siguiente por la mañana, después de la obligada visita al gimnasio para activar la energía y de un buen desayuno, fue a buscar a su *xe om* de confianza, el que le había llevado a casi todas las escuelas. El hombrecito sonrió al verlo y le saludó con las pocas palabras que debía saber en inglés.

—*¡My friend, my friend!*

Se subió en la destartalada moto detrás del conductor, con el portátil y una botella de agua en la bolsa que llevaba a la espalda. El plan era ir en un solo día a las ocho escuelas de matemáticas en las que había solicitado trabajo.

Mientras el *xe om* se quedaba fuera esperándole pacientemente, Salvador entraba y daba lo mejor de sí mismo. En tres, logró hablar con uno de los mánager. Le trataron con amabilidad y todos le dijeron lo que ya sabía, que su currículum era muy débil porque nunca había trabajado para alguna escuela o academia, solo por cuenta propia. Salvador intentaba argumentar que, si bien eso era cierto, tenía muchos años de experiencia dando clases particulares a un estudiante o a un grupo pequeño de alumnos.

Tal y como le había recomendado Ngoc, se ofreció para dar algunas clases gratuitas, y al menos consiguió que los tres mánager le dijeran que considerarían su oferta, que era lo mejor que había conseguido hasta ese momento.

La última escuela que visitó fue la Math Gym en el distrito Phu Nhuan. Cuando ya estaban regresando al hostal, el *xe om* pasó por la calle Phan Xich Long. Salvador le pidió que parara, eran casi las seis, estaba a punto de oscurecer y le pareció un buen momento para explorar esa zona llena de cafeterías y restaurantes que aún no conocía, y tomarse un batido. Pagó al hombrecito sonriente, y este le hizo un gesto claro con las manos para que le enviase un mensaje cuando quisiera que le fuese a recoger.

No podía asegurarlo, pero le dio la sensación de que Phan Xich Long era la calle más popular, transitada y visitada del distrito Phu Nhuan. Las aceras eran anchas, los dos sentidos de la marcha del tráfico estaban separados por medianas y había bastantes semáforos, lo que hacía que pasear fuese más agradable que en muchas de las otras partes de la ciudad que había visto.

Mientras caminaba por una de las calles transversales a Phan Xich Long, vio una casa con un letrero que decía Numbers (números). A través de la puerta de cristal pudo ver que había fotos de niños, adolescentes y elementos decorativos relacionados con números y fórmulas: era una escuela de matemáticas. Sin pensárselo dos veces, entró.

Estaba recién pintada y la decoración tenía mejor gusto que la de las otras que había visitado. Una recepcionista atractiva y elegante, algo más joven que él, le saludó y le invitó a sentarse. Salvador sonrió, se presentó y se hizo el simpático. La mujer era muy agradable y le escuchó con interés. Cuando Salvador consideró que era un buen momento, se arriesgó a usar una de las frases que Ngoc le había enseñado y que no se había atrevido a usar en ninguna de las otras escuelas, para decirle a una chica que era muy guapa.

—*Em dep lam.*

La recepcionista se sonrojó y recibió el piropo con una sonrisa sincera.

—*Cam on anh* —respondió—. Estás aprendiendo vietnamita, ¡muy bien!

—Acabo de empezar. Ni siquiera he entendido lo que tú has dicho.

—Te he dado las gracias.

—De nada.

En un ambiente muy relajado, Salvador se enteró de que la mujer no era la recepcionista, sino la propietaria de la escuela Numbers, se llamaba Ý, sí, Ý era un nombre de persona en vietnamita, quizá el nombre más corto del mundo. Tenía treinta y seis años, aunque aparentaba menos, y también era profesora de matemáticas.

La escuela era muy pequeña, había abierto hacía unas pocas semanas y quería concentrarse en tutorías y en pequeños grupos de estudiantes de primaria y secundaria. Ý se dio cuenta de que Salvador tenía mucha experiencia como profesor, y amplios conocimientos de las matemáticas que los niños y adolescentes tenían que estudiar en el colegio. Le comentó que ya tenía a tres estudiantes de escuelas internacionales en lista de espera, pero que necesitaba a un cuarto para abrir la clase porque sino perdía dinero. Había pensado en dar las clases a ese grupo ella misma, pero al conocer a Salvador decidió ofrecérselas a él en cuanto encontrase al cuarto alumno.

—Una pregunta.

—¿Sí?

—¿No tienes secretaria?

—Se ha puesto enferma.

—Lo siento por ella, pero me alegro de haber podido hablar contigo directamente.

—Yo también.

La escuela internacional, Ramón y Linh

Gordon:
En la habitación de mi hotel, ¿y tú?

Linh:
En casa.

Angel:
¿Has dado clases en alguna escuela internacional?

Gordon:
No, nunca, me especialicé en tutorías.

Angel:
¿Por qué?

Linh:
¿Qué estás haciendo?

Gordon:
Escuchando música, ¿y tú?

Linh:
Yo también.

Gordon:
No sé, me gustaban las tutorías, más relajado, menos presión, ya sabes.

Angel:
Eso es verdad. Yo trabajo en una escuela internacional en el distrito 2, y creo que están buscando un profesor de matemáticas, ¿por qué no te acercas el lunes?

Gordon:
Venga, ¿qué escuela es?

Angel:
NZ International.

Gordon:
No la conozco, ¿seguro que están buscando un profesor de matemáticas?

Linh:
¿Tienes novia?

Gordon:
No, ¿y tú?

Linh:
Yo tampoco tengo novia, me concentro en los chicos, je, je, je.

Gordon:
Ja, ja, y novio, ¿tienes?

Linh:
Nada, ni novia ni novio, un desastre.

Gordon:
Aún eres muy joven.

Linh:
Tampoco tan joven, ya tengo 19.

Gordon:
Eso es muy joven.

Angel:
Eso me han dicho. Siempre están buscando a algún profesor. Es una escuela internacional de las pequeñas y no la conoce mucha gente, pero está muy bien.

Gordon:
¡Genial! ¿Y por quién pregunto?

Angel:
Tienes que hablar con el director, se llama Mr Benjamin Hunter.

Gordon:
Parece peligroso, mejor no hacerle enfadar.

Linh:
¿Y tú?

Gordon:
Yo ya tengo 40, me hago mayor.

Linh:
Ji, ji, en las fotos pareces más joven.

Gordon:
Es que he puesto las fotos buenas.

Linh:
¡Yo también!

Angel:
No pasa nada, tú vas y hablas con él.

Gordon:
Voy a la escuela y pregunto en la recepción por Mr Benjamin Hunter.

Angel:
No, si te paras en la recepción te preguntarán si tienes una cita con él. No te pares.

Gordon:

¿Cómo voy a encontrar el despacho?

Linh:
¿Te puedo invitar a una cerveza?

Angel:
Es muy fácil, yo te lo explico: entras y verás la recepción, puedes ir a la derecha o la izquierda, tienes que ir hacia la izquierda, es donde están los despachos, vas hasta el fondo y en el cruce giras a la derecha, el despacho del director es el último.

Gordon:
Si me equivoco haré el ridículo.

Angel:
Izquierda y derecha hasta el final. Mi sobrino de 5 años podría encontrar el despacho del director.

Gordon:
¿Por qué no? ¿Cuándo?

Linh:
El lunes.

Gordon:
Vale, ¿a qué hora?

Linh:
A las 9.

Gordon:
Supongo que podré hacerlo, llevaré mi currículum y una carta de presentación.

Angel:
Viste elegante, aquí son muy formales.

Gordon:
Lo haré.

Linh:
¿Conoces Bui Vien o De Tham?

Gordon:
Conozco las dos.

Linh:
Pues quedamos en la esquina de Bui Vien con De Tham.

Gordon:
OK, lunes a las 9.

Linh:
A las 9 de la noche, no de la mañana, ¡no te líes!

Angel:
¿Sabrás llegar?

Gordon:
Envíame la dirección. ¿Es difícil?

Angel:
No, si conoces el distrito 2.

Gordon:
Creo que mi xe om conoce todo Saigón.

Angel:
No estés tan seguro.

Gordon:
Sí, sí. ¡¡¡A las 9 de la noche!!!

Linh:
Y no llegues tarde, las chicas vietnamitas siempre llegan tarde, pero yo soy muy puntual, no lo olvides.

Gordon:
No lo olvidaré.

Linh:
Gracias guapo.

Gordon:
De nada guapa.

Gordon:
Es un hombre mayor, con mucha experiencia de xe om.

Angel:
Tú mira bien la localización que te voy a enviar en el mapa en internet.

Gordon:
OKKK.

Linh:
Hasta el lunes Gordon.

Gordon:
Hasta el lunes Linh.

La chica de nombre Angel en Friends in Vietnam le envió la localización exacta de la escuela NZ International. Salvador la buscó en internet y la encontró inmediatamente. Ya había estado por esa zona cuando fue a varias escuelas internacionales del distrito 2.

Gordon:

Ya la tengo. ¡¡¡Allá voy NZ International!!!

Salvador se bajó de la moto delante de la escuela NZ International. El *xe om* sonrió como de costumbre, mientras las gotas de sudor le resbalaban por la piel arrugada curtida por el sol, después de años recorriendo la ciudad de un lado a otro. Señaló al suelo indicando que le esperaba hasta que saliese y Salvador extendió el brazo derecho con el puño cerrado y el pulgar hacia arriba, mostrando entendimiento.

En el momento de cruzar la entrada, el osado plan de plantarse en el despacho del director de la NZ International sin tener una cita previa, le pareció una locura, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Había llegado hasta ahí y no iba a volver al hostal sin intentarlo. Hinchó los pulmones, enderezó la espalda y entró sin vacilar. Tal y como Angel le había dicho, antes de llegar a la recepción se podía girar a la derecha y a la izquierda. Sin mirar a las recepcionistas, giró hacia la izquierda con paso decidido.

—¿A dónde va? —preguntó alguien.

—A ver al director —respondió Salvador sin girarse ni detenerse.

Mientras andaba escuchó que le decían algo más, pero siguió andando. En el siguiente cruce de pasillos giró a la derecha, había varios despachos con paredes hechas de vidrio translúcido que permitían pasar la luz, pero no ver el interior con claridad. Al llegar al último, vio el nombre que estaba buscando escrito con letras doradas y fina caligrafía itálica en la puerta:

Mr Benjamin Hunter

Golpeó con los nudillos.

—Adelante.

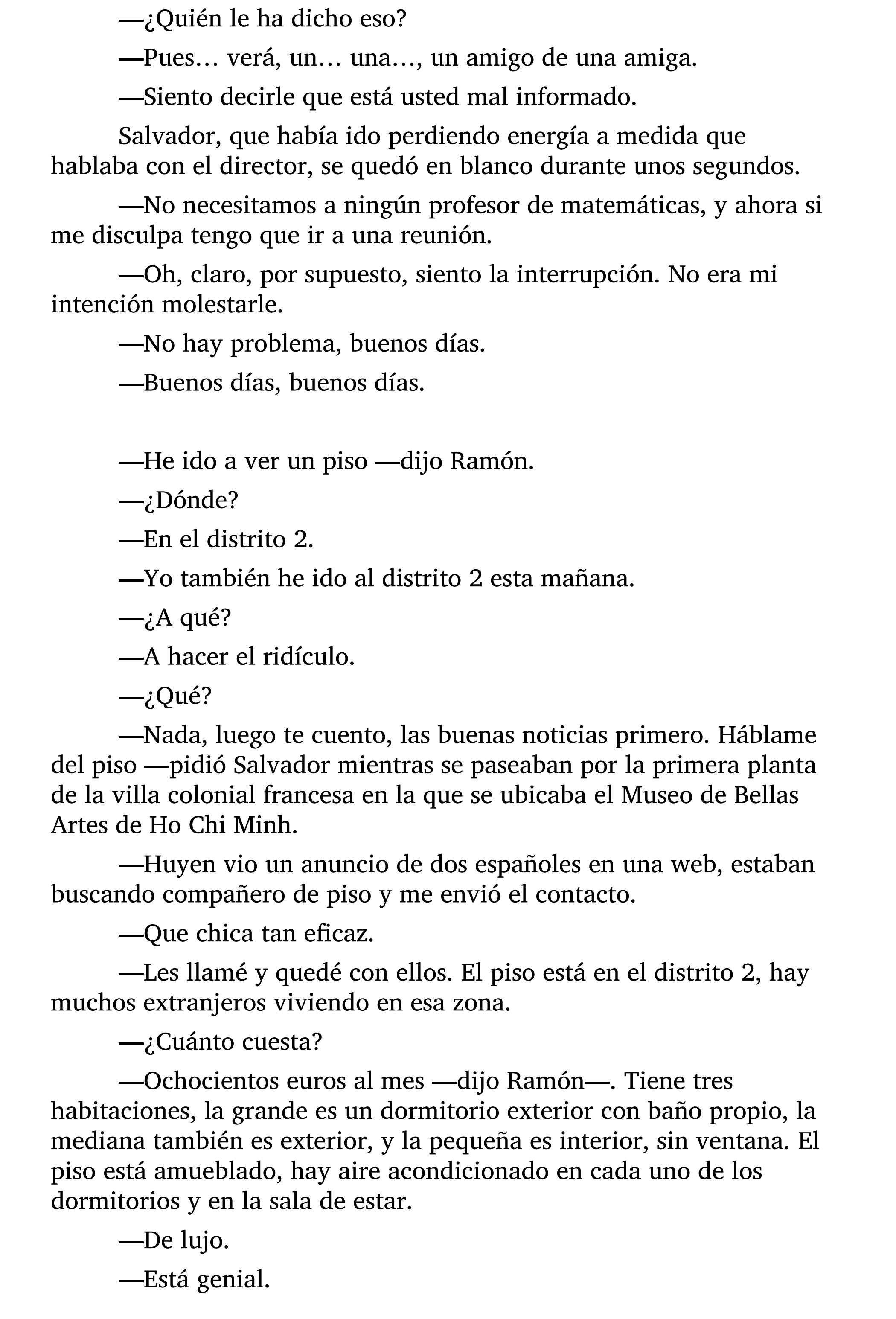
Salvador entró. La mirada de sorpresa de un hombre alto y corpulento de unos cincuenta años, algo calvo y enfundado en un traje hecho a medida, le recibió.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, verá…, soy profesor de matemáticas, hace unas semanas que he llegado a Saigón y estoy buscando trabajo… De profesor. De matemáticas.

—Para hacer una solicitud de trabajo hay que dejar el currículum y una carta de presentación en la recepción.

—Sí, claro, por supuesto. Es que me habían dicho que esta escuela estaba buscando un profesor de matemáticas y… y…, bueno,



decidí tomar la iniciativa y presentarme aquí.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Pues… verá, un… una…, un amigo de una amiga.

—Siento decirle que está usted mal informado.

Salvador, que había ido perdiendo energía a medida que hablaba con el director, se quedó en blanco durante unos segundos.

—No necesitamos a ningún profesor de matemáticas, y ahora si me disculpa tengo que ir a una reunión.

—Oh, claro, por supuesto, siento la interrupción. No era mi intención molestarle.

—No hay problema, buenos días.

—Buenos días, buenos días.

—He ido a ver un piso —dijo Ramón.

—¿Dónde?

—En el distrito 2.

—Yo también he ido al distrito 2 esta mañana.

—¿A qué?

—A hacer el ridículo.

—¿Qué?

—Nada, luego te cuento, las buenas noticias primero. Háblame del piso —pidió Salvador mientras se paseaban por la primera planta de la villa colonial francesa en la que se ubicaba el Museo de Bellas Artes de Ho Chi Minh.

—Huyen vio un anuncio de dos españoles en una web, estaban buscando compañero de piso y me envió el contacto.

—Que chica tan eficaz.

—Les llamé y quedé con ellos. El piso está en el distrito 2, hay muchos extranjeros viviendo en esa zona.

—¿Cuánto cuesta?

—Ochocientos euros al mes —dijo Ramón—. Tiene tres habitaciones, la grande es un dormitorio exterior con baño propio, la mediana también es exterior, y la pequeña es interior, sin ventana. El piso está amueblado, hay aire acondicionado en cada uno de los dormitorios y en la sala de estar.

—De lujo.

—Está genial.

—Ahora hay una familia viviendo, pero se van dentro de unos días y nos darán las llaves para entrar a vivir en el piso el diez de abril.

—Dentro de dos semanas y media —calculó Salvador.

Ramón se paró a contemplar un cuadro con un paisaje que le llamó la atención. En la planta baja había varias exposiciones de pintura de artistas vietnamitas. La mayor parte de los cuadros del Museo de Bellas Artes mostraban aspectos bucólicos de Vietnam: paisajes, pagodas y lugares marítimos, eran los más representados por los pintores.

—Hemos hablado de cómo repartir las habitaciones y de cuánto sería lo justo que cada uno pagase según su habitación.

—¿Ya habéis repartido las habitaciones?

—Sí.

—Qué rápido.

Santiago es el que gana más dinero, se quedará la grande, y pagará cuatrocientos euros, yo tampoco paso penurias económicas, quiero la mediana, que hemos valorado en doscientos cincuenta euros, y Enrique, que gana poco, se queda con la pequeña por ciento cincuenta euros.

—Parece justo. No has conseguido la grande, pero tendrás una habitación exterior.

—Sí, y me hace ilusión vivir con ellos, parecen buena gente. Si tuviese que estar siempre solo en un apartamento, no sé…

—Te sentirías solo.

Salvador y Ramón subieron por una gran escalera hasta la segunda planta. Había cuadros inspirados en las guerras contra Estados Unidos y Francia. Salvador le habló de Hau, y le explicó que llevaba varias noches chateando con ella.

—¿Te gusta?

—No lo sé. Aún no he podido quedar con ella.

—Si quieres quedar con ella es que un poco sí te gusta.

—Supongo.

—¿De qué trabaja?

—Es contable.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete.

—Igual que Hien —comentó Ramón con un deje de tristeza en

la voz.

Continuaron paseando por el Museo de Bellas Artes de Ho Chi Minh, y subieron a la tercera planta, en la que destacaban las tallas en piedra y madera de Buda y Visnú.

—¿Has conocido a alguna chica nueva en el chat? —preguntó Salvador.

—No, no me he conectado estos días.

—¿Y lo de terminar tus historias cortas?

—De momento nada. Supongo que estoy desmotivado —reconoció Ramón.

—No me extraña. Ya volverá.

—¿Quién?

—La motivación.

—Ah, sí. Eso espero. ¿No me vas a contar cómo has hecho el ridículo esta mañana? —le recordó Ramón.

—Ah, sí, me había olvidado. Pues esta mañana he ido…

Una chica bajita, un poco rolliza para los estándares vietnamitas, de pelo muy largo y liso, con un vestido amarillo y zapatos de tacón azul, le estaba mirando fijamente en el cruce entre las calles Bui Vien y De Tham. Debía ser Linh. La chica, de rostro amable y un tanto infantil, empezó a agitar la mano para llamar su atención, parecía muy excitada. Era Linh.

Salvador eligió un local pequeño en la calle De Tham cerca de Tran Hung Dao y pidió dos cervezas.

—¿Cómo has venido? —preguntó Linh.

—Andando, vivo muy cerca, ¿y tú?

—En taxi, no vivo tan cerca —contestó la chica, riendo su propia ocurrencia.

—¿En taxi? ¿No tienes moto?

—Sí tengo, pero no me apetecía cogerla.

—¿Eres estudiante?

—Voy a la universidad, pero también trabajo. Bueno, es un trabajo a tiempo parcial.

—Muy bien. ¿Qué estudias?

—Diseño gráfico.

—A mí el diseño, las cosas artísticas, dibujar y todo eso se me

da fatal —reconoció Salvador

—Yo dibujo bastante bien —aseguró Linh.

Se le hacía un poco extraño estar ahí bebiendo cerveza con una chica de tan solo diecinueve años. No podía evitar pensar que casi podría ser su hija. Ngoc también era muy jovencita, tenía veintitrés, pero se la veía mucho más madura que a Linh.

Salvador le contó el pequeño desastre matinal en la escuela internacional, y a ella le pareció muy divertido. No llegó a entender qué hacía en su trabajo a tiempo parcial, ayudaba a un hombre occidental de más de cuarenta años en algo relacionado con un negocio, recados y cosas así, le había dicho. Era difícil imaginar qué eran «cosas así».

Linh le bombardeó a preguntas relacionadas con su vida amorosa, que si tenía novia, que si estaba casado, que si lo había estado, que si tenía hijos secretos, que si tenía amante, que si ya había salido con alguna chica vietnamita, que qué le parecían las chicas vietnamitas, etc., y no dejó que se marchara hasta que le prometió que volverían a quedar.

21 días

Salvador los había contado. Y después de 21 días seguidos chateando con Hau cada noche antes de irse a acostar, desde el viernes 15 de marzo hasta el jueves 4 de abril, al fin consiguió una cita para ir a cenar con ella el viernes 5 de abril. Si lo de tener que chatear durante tres semanas seguidas era una estrategia de la chica para hacerse desear, lo había conseguido, Salvador ardía en deseos de conocerla en persona.

Puso el aire acondicionado al máximo para no sudar y se acicaló a conciencia: se afeitó, se duchó, se cepilló los dientes, usó el hilo dental y el enjuague bucal, se puso desodorante, masaje para después del afeitado y colonia.

No tenía mucha ropa para elegir, pero después de repasar todas sus opciones, los ganadores fueron una camisa negra con botones blancos, unos pantalones blancos, un cinturón negro (decidirse por el cinturón había sido muy fácil porque solo tenía uno) y los zapatos de vestir negros (sin problemas ahí tampoco, no tenía más zapatos de vestir). Se miró en el espejo del armario y se preguntó si no sería un exceso de blancos y negros, claro que Coco Chanel había dicho: «Las mujeres piensan en todos los colores excepto en la ausencia de color. He dicho que el negro lo tiene todo. El blanco también. Su belleza es absoluta. Es la perfecta armonía». Bueno, Salvador no era una mujer, pero tener a Coco Chanel de su parte le hizo sentir bien.

Hau llegó a las siete de la tarde, puntual como el *gentleman* británico Phileas Fogg, protagonista de *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne, montada en una Vespa de color azul marino que no podía tener más de uno o dos años.

Hau era menuda pero resultona, tenía la piel broncínea y el cuerpo bien proporcionado, una sonrisa fácil y la mirada de una niña traviesa que está siempre esperando a que pase algo para reírse. Sus rasgos eran hermosos, y sus ojos y cabello oscuros como la noche, como era habitual en las chicas vietnamitas. Llevaba el pelo suelto, ni muy largo ni muy corto, y un vestido negro que le quedaba muy bien y le resaltaba el pecho sin que resultara excesivamente provocador.

Salvador salió y la saludó, cogió el casco que le ofrecía y subió tras ella. Al hacerlo, el incremento de peso que la moto tenía que cargar se hizo evidente.

—¡Dios mío! Eres muy grande, ¿cuánto pesas?

—Noventa kilos.

—El doble que yo, ja, ja. Es como si fuésemos tres en la moto.

—Tres como tú o uno y medio como yo.

Hau le llevó a un restaurante popular en el distrito 1, subieron a la planta de arriba y Salvador dejó que ella pidiera.

—¿Has ido a entrenar? —preguntó la chica.

—Hoy no, hoy he descansado.

—¿Y eso? Un atleta como tú, sin ir al gimnasio.

—Ya llevaba cinco días seguidos yendo, saber descansar es tan importante como saber entrenar —sentenció Salvador.

—Estoy de acuerdo, y saber divertirse es tan importante como saber trabajar —completó Hau.

—¿Qué te divierte?

—Muchas cosas, a veces hasta me hago gracia a mí misma —dijo Hau sonriendo con picardía.

—Debes ser una chica divertida.

Lo primero que el camarero llevó a la mesa fue una ensalada con mango que era un poco picante y rollitos de verano, que estaban hechos con carne de cerdo, gambas, fideos y verduras enrollados en papel de arroz, y, a diferencia de los rollitos de primavera, no se freían y se servían fríos. Después les sirvieron un plato de carne de ternera frita con verduras y una cazuelita con un pescado que le pereció delicioso.

Al terminar la cena, Hau le preguntó si quería que pagasen a medias, sin embargo, Salvador insistió en pagar él la cuenta.

—¿Quieres ir a tomar un cóctel? —propuso Hau.

—¡Venga! —Se animó Salvador.

—Conozco un sitio en el distrito 1 que está muy bien, el Cloudsky.

Cogieron la moto, y Hau continuó bromeando y haciendo comentarios referentes al peso y tamaño de Salvador.

—Además, tú eres el hombre, tendrías que llevarme tú a mí, no yo a ti.

—Lo haría encantado si supiese llevar una moto.

—Hombres. ¿Qué has estado haciendo desde los veinte años? ¿Jugar a videojuegos y ver pornografía?

Salvador no contestó a la pregunta.

El Cloudsky no estaba tan cerca del cielo como el nombre daba

a entender, se trataba de un club nocturno con clase, ubicado en una quinta planta cerca de la Catedral de Notre Dame en Saigón. La decoración era moderna y combinaba colores plateados con azules marinos y negro. Aunque las vistas a la ciudad no eran nada del otro mundo, el local era espacioso y acogedor. Había varias parejas, grupos de amigos que habían salido a divertirse y alguna que otra alma solitaria.

Podían elegir entre quedarse dentro o salir a la terraza, pero el frescor de la noche convidaba a estar al aire libre. Buscaron un rincón un poco tranquilo y les llevaron la carta de cócteles. Hau pidió un daiquiri y Salvador un cosmopolitan. Las bebidas eran caras, pero de calidad, la música también le pareció mejor que en los otros locales en los que había estado en Bui Vien.

—Es mi coctelería preferida. Lástima que no sea más barata.

—El precio de lo bueno —razonó Salvador.

—Supongo que sí.

—Al menos estamos a salvo de lo barato.

—¿Qué?

—Mi hermana siempre dice que lo barato sale caro.

—Ja, ja, eso pasa a menudo. ¿Te llevas bien con tu familia? —preguntó Hau.

—Me llevo mejor con mi madre, aunque se ha vuelto muy negativa.

—No te llevas bien con tu hermana.

—No es que no me lleve bien, no me llevo muy bien, pero tampoco me llevo mal.

—Normal entre hermanos, a mí me pasa lo mismo con el mío.

—¿Es mayor o menor?

—Tiene veinticinco años, dos menos que yo y sabe cómo volverme loca.

—Vuelve a las tantas y borracho.

—No es eso, aunque alguna vez lo ha hecho. Es que no trabaja y tengo que mantenerlo.

—¿Vives con tus padres y con tu hermano? —preguntó Salvador.

—Solo con mi hermano.

—¿En una casa?

—En una habitación de alquiler, tengo que librarme de él como

sea.

—Si se acostumbra a vivir de ti, lo tienes claro para que se largue.

—Qué me vas a contar —suspiró Hau—. Pero tengo un plan: Me buscaré otra habitación, un día que él no esté me llevaré mis cosas y le dejaré tirado.

—¿En serio?

—No, qué va, le quiero demasiado y se aprovecha.

—Eso no está bien, aprovechándose del amor de su hermana.

El daiquiri y el cosmopolitan fueron sustituidos por un *bloody mary* para Hau y un *sex on the beach* para Salvador. Después de desgranar los conflictos familiares que cada uno tenía, Hau empezó a hacerle preguntas más personales.

—Ahora que ya no somos dos desconocidos, puedes decirme la verdad.

—¿La verdad de qué?

—¿Por qué estás aquí?

—Ya lo sabes, porque quería quedar contigo.

—No tonto, aquí en Vietnam. ¿Has venido por las chicas?

—¿Por las chicas? Pensé que los hombres iban a Tailandia por las chicas.

—En Tailandia hay mucho turismo sexual, pero a Vietnam vienen muchos hombres occidentales por las chicas vietnamitas, tanto para buscar sexo fácil como para buscar novia o esposa.

—No tenía ni idea —se defendió Salvador.

—No te hagas el tonto —pinchó Hau con una sonrisa maliciosa —. No me digas que no te gustan las chicas vietnamitas.

—Claro que me gustan, no me refería a eso. —Salvador se quedó pensativo por unos instantes—. Las cosas no iban muy bien en Barcelona, supongo que estaba harto de mi vida e inconscientemente hacía tiempo que buscaba una alternativa. Todo empezó con una tontería hace más de un año. Estaba cenando con mis cuatro mejores amigos, celebrábamos que cumplía treinta y nueve años. Uno de ellos preguntó a dónde iríamos a empezar una nueva vida. La primera en contestar eligió Londres.

—¿Qué le gustaba de Londres?

—Decía que Londres es una ciudad muy cosmopolita. Ahí puedes aprender inglés y es como vivir en varios países al mismo tiempo porque hay barrios con poblaciones de distintas partes del

mundo: de China, India, Italia… Otra amiga eligió Brasil por el crecimiento económico que está experimentando desde hace años. Veía Brasil como una tierra de oportunidades.

»Uno de mis amigos no se decidía entre Suiza y Alemania. Decía que cualquiera de los dos era una buena opción porque ambos eran países ricos y desarrollados. Como la idea era elegir solo uno, al final se quedó con Suiza por ser menos conocida que Alemania.

—Demasiado frío para mí —reflexionó Hau.

—Después me tocó a mí decir el país o ciudad en que me gustaría empezar una nueva vida. No tenía ni idea de qué decir. Nunca había salido de España y simplemente dije que algún país asiático, por lo del exotismo, ya sabes. Me llevé una buena bronca, tenía que elegir un país o ciudad, no un continente.

»Como a mucha gente le llaman la atención China y Japón, dije Corea del Sur, aunque apenas sabía nada de Corea del Sur, sonaba bien. Me preguntaron por qué y solo supe decir que porque es un país rico y exótico.

»El último amigo en hablar dijo con mucha seguridad que él iría a Vietnam. En aquel momento ni siquiera habría podido situar el país en el mapa del mundo. Lo único que sabía era que se habían hecho muchas películas sobre la guerra de Vietnam.

—¿Por qué eligió Vietnam?

—Él había estado dos semanas de vacaciones en Vietnam hacía un par de años. Dijo que era un país barato, que la comida estaba muy buena, que en general la gente era amistosa, que las chicas vietnamitas eran atractivas y que era bastante fácil encontrar trabajo de profesor siendo occidental.

»Y cuando dijo eso, que era fácil encontrar trabajo de profesor, sentí algo extraño dentro de mí: Un repentino e incontrolable deseo de ir a Vietnam.

—¿En serio?

—Sí. Esa fue la primera y la única vez que he sentido algo así en mi vida. No dije nada sobre esa sensación a mis amigos durante la cena. Cuando fui a mi habitación por la noche no podía dormir. Una y otra vez la mente se perdía en pensamientos sobre cómo sería vivir en Vietnam. No tenía ningún sentido, no sabía nada de Vietnam, pero mi cabeza no podía parar de pensar en ello.

»Me dije a mí mismo que eso era una tontería, ¿qué podía hacer yo en un país desconocido, sin amigos y lejos de mi familia? Al final conseguí conciliar el sueño a las tantas de la madrugada.

Uno de los camareros se acercó y les preguntó si querían algo

más. Hau le dijo que no con amabilidad.

—¿Qué pasó después de esa noche de cumpleaños inquieta pensando en lo loco que era venir a vivir a Vietnam?

—Pues los días siguientes estaba agitado, inquieto. Intentaba no pensar en ello y concentrarme en la celebración de la Navidad con mi familia. Yo cumplo años en Navidad.

—¿El veinticinco de diciembre?

—Sí. En lugar de Jesús, me pusieron Salvador. Los días pasaron entre comilonas y visitas a parientes y amigos. Llegó el día de Reyes, el 6 de enero, y fui a casa de mi madre. Mi madre vive con mi hermana menor, mi padre murió cuando yo era muy pequeño.

—Lo siento.

—No pasa nada. Normalmente toda mi familia se reúne dos días al año: el 25 de diciembre, día de Navidad; y el 6 de enero, día de Reyes. Mientras estábamos almorzando el día de Reyes, me vino a la cabeza otra vez un pensamiento sobre Vietnam y no sé por qué pregunté en voz alta: «¿Qué os parecería si me fuese a vivir a Vietnam?». La idea no tuvo demasiada buena acogida.

»Empezaron a hacerme preguntas que no podía contestar y en pocos minutos hicieron una lista muy larga de razones por las que ir a vivir a Vietnam era una mala idea. Durante varias semanas intenté no pensar más en ello, pero la idea seguía ahí, imperturbable. Al final desistí y me dejé llevar.

»Me puse a buscar información en internet sobre Vietnam, a leer foros y a preguntar a toda la gente que conocía que había visitado el país. A medida que iba sabiendo más y más cosas, una especie de estado de euforia se apoderó de mí. Sin decir nada a nadie, el verano pasado compré un billete de avión para ir a Saigón, y estas Navidades solté la bomba y les dije que me venía a vivir a Vietnam.

—¿Cómo se lo tomaron?

—No fue fácil. Cada uno se lo toma como se lo toma. —Se llevó el cóctel a los labios. No se había dado cuenta, pero la copa ya estaba vacía. Hau sonrió divertida y le miró con cariño.

Salvador entró en su habitación con la sensación de estar flotando. Se quitó la ropa y se dio una ducha mientras escuchaba a Vanessa Mae tocando el preludio de la *Partita para violín solo n.º 3, BWV 1006* de Johann Sebastian Bach. Un preludio que prometía un mundo mejor, vibrante y lleno de vida, donde los acordes se encabalgaban a un ritmo cada vez más frenético, como si quisieran vencer la gravitación terrestre y abrirse camino más allá, mucho más

allá, hacia las estrellas y el espacio abismal que las contiene.

Salvador se había enamorado.

Tendrá que ser en moto

Ý:
Hola Salvador, buenas noticias, ya tengo el cuarto alumno. Las clases empiezan el lunes 8 de abril (pasado mañana).

Salvador:
¡Genial! ¿A qué hora tengo que estar ahí?

Ý:
Las clases son en la escuela Numbers, los lunes y los miércoles de 17:30 a 19:00. Alumnos: 4 estudiantes de grado 6 (11/12 años).
Salario: 300 000 dongs la hora.

Salvador calculó rápidamente, eso eran 900 000 dongs por semana, en un mes contándolo como si tuviese 4 semanas eran 3 600 000 dongs, casi lo que pagaba de alquiler en el hotel.

Salvador:
¡Ahí estaré! Gracias por confiar en mí, Ý.

Ý:
De nada, Salvador. Te envío el temario por correo electrónico ahora mismo.

Salvador:
Perfecto.

Salvador se quedó mirando los mensajes que Ý le acababa de enviar. Al fin iba a empezar a dar clases; primero Hau y después Ý, su suerte había cambiado en las últimas veinticuatro horas.

—¿Cuánto cuesta?

—Cincuenta dólares al mes —contestó Huyen.

—¿Por qué siempre me dicen el precio en dólares? No soy estadounidense —se quejó Salvador.

—Y tienes que dejarles tu pasaporte como garantía para alquilar la moto.

—No puedo dejarles mi pasaporte, es mi pasaporte. Lo necesito.

—Dice que para qué lo necesitas.

—Dile que para cuando la policía vietnamita me lo pida.

—Sin el pasaporte no te quieren alquilar la moto —le explicó Huyen.

Salvador suspiró contrariado.

—¿Hay alguna otra opción que no sea dejarles mi pasaporte?

Huyen y la mujer que alquilaba motos en la calle Bui Vien estuvieron un rato hablando sin que Salvador entendiera nada.

—¿Tienes la tarjeta de identificación?

—¿La tarjeta de identificación? No sé qué es eso. Pregúntale lo que es. ¿Tú sabes lo que es? Si no lo sabes, pregúntale.

—Es esto, ¿ves? Esta es mi tarjeta de identificación vietnamita. Dice que en tu país también debéis tener una.

Cogió la tarjeta que Huyen le estaba enseñando y la miró con atención.

—¡Ah! Sí, sí. El DNI, esto es tu DNI vietnamita y quiere mi DNI español que aquí no me sirve de nada. Dile que sí, que sí, que voy a buscar mi DNI al hotel y se lo traigo.

—Te acompaño —se ofreció Huyen.

—No, no hace falta, tú espérate aquí con la señora para que no cambie de opinión y al volver me pida más dinero, tardo diez minutos.

—Aquí está. Mi DNI y el dinero.

—Dice que son un 1 100 000 dongs.

—Pero si ha dicho 50 dólares. 1 dólar son 21 000 dongs y 50 dólares son 1 050 000 dongs.

—Dice que no, que le tienes que dar o 50 dólares americanos o 1 100 000 dongs.

—¡Maldita estafadora!

—¿Qué haces? Vas muy despacio. Acelera, acelera.

La moto empezó a hacer un ruido extraño.

—Para acelerar tienes que cambiar de marcha. Aceleras y cambias de marcha al mismo tiempo.

—Es muy difícil —se quejó Salvador.

—Es muy fácil. Acelera más y cambia otra vez de marcha.

—¡Nos vamos a caer!

—¡Pero si solo vamos a veinte por hora!

—No me agobies, hago lo que puedo. De momento quiero practicar más con la marcha número dos.

—Eres un desastre, ¡ve más deprisa que aquí no hay nadie!

—Ahora vamos a practicar el cambio de sentido. Gira para cambiar de sentido y vuelve por donde has venido.

—No sé si sabré hacerlo.

—¡Hazlo! Así, muy bien continúa, sigue acelerando y pon la cuarta marcha.

—La cuarta marcha es peligrosa, la tercera ya está bien.

—Qué paciencia he de tener contigo.

—Frena, frena, ahora sí tienes que frenar. Pero cambia de marcha, pon la segunda para hacer el cambio de sentido. Así, muy bien, muy bien. Acelera otra vez. Pon la tercera, acelera más, pon la cuarta. ¡Al fin!

—¿Cuántas veces tengo que hacer el cambio de sentido?

—Todas las que haga falta, venga, otra vez.

—Ya lo he hecho muchas veces.

—Deja de quejarte y haz otro cambio de sentido.

—No sabía que fuese tan difícil —se quejó Salvador.

—Que no es difícil —le animó Huyen.

El lunes aún no se atrevió a ir en moto por su cuenta a la escuela de matemáticas, no tenía la confianza suficiente y ya estaba bastante nervioso teniendo que enseñar a unos alumnos vietnamitas en inglés. Se había dado cuenta de que las únicas palabras relacionadas con las matemáticas que sabía eran los números y se había pasado todo el domingo aprendiendo a decir operaciones matemáticas en inglés. Esperaba que le entendieran.

Cuatro chicas cruzaron la puerta del aula. Dos eran hermanas mellizas, Thi y Thu, de once años, llevaban la misma ropa, el mismo peinado y sonreían de la misma manera, lo que hacía muy difícil distinguirlas. La mayor de las cuatro se llamaba Thao, tenía doce años, era alta y delgada, y tenía pinta de despistada, y la cuarta, Mai, de diez años, era rolliza y perezosa. Todas sin excepción hablaban perfectamente inglés y si hablaban deprisa entre ellas no podía entender lo que decían.

A las chicas les parecía muy divertido que su profesor a veces no las entendiera, pero no le causaron ningún problema, y darles clase fue muy fácil y agradable. Evidentemente no eran estudiantes brillantes, si lo hubiesen sido no habrían necesitado clases de repaso, pero ninguna tenía un problema de inteligencia, era más bien una

combinación entre que no tenían pasión por las matemáticas y que quizá su profesor no conseguía despertar su interés por la asignatura.

Salvador:
Por la mañana he ayudado a mi amigo Ramón a llevar sus cosas. Se ha ido a vivir con dos españoles al distrito 2.
Ngoc:
Ahora tendrás a tu amigo un poco lejos.
Salvador:
No pasa nada, he alquilado una moto y Huyen me está enseñando a llevarla.
Ngoc:
¿Con marchas o automática?
Salvador:
Automática, es mejor automática.
Ngoc:
No, es peor. Las automáticas consumen más gasolina.
Salvador:
¿Es serio? No tenía ni idea. No sé mucho de motos.
Ngoc:
¡Ya lo veo! Pero si nunca has ido en moto antes, te será más fácil empezar con una automática.
Salvador:
Sí, mucho mejor para mí.
Ngoc:
¿Cuánto pagas por la moto?
Salvador:
Un millón cien mil dongs al mes.
Ngoc:
Está bien, pensé que sería más caro.
Salvador:
Es una moto vieja y casi no frena.
Ngoc:
Si no frena bien es peligroso, diles que te lo arreglen.
Salvador:
Tienes razón, mañana me acercaré a hablar con ellos.
Ngoc:
Ya has aprendido a ir en moto, ¿ves como no era difícil?
Salvador:
Bueno, aún no me atrevo a ir solo, todavía estoy aprendiendo.
Ngoc:
Solo te falta práctica.
Salvador:
Supongo que tengo que dedicarle un rato cada día, pero aprender a ir

en moto aquí en el distrito 1 es una locura.

Ngoc:
¿Dónde te enseña Huyen?

Salvador:
Vamos al distrito 7, a una calle por la que nunca pasa nadie.

Ngoc:
Es un buen sitio para empezar. ¿Has conocido a alguna chica estos días?

Salvador:
La verdad es que sí.

Ngoc:
¡Qué bien, me alegro! ¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene?

Salvador:
Se llama Hau y tiene veintisiete años.

Ngoc:
¿Es atractiva, tiene buen cuerpo?

Salvador:
Sí, a mí me parece atractiva.

El teléfono de Salvador sonó.

Ngoc:
¿Te has acostado con ella?

Cogió el teléfono con una mano para contestar, pero cambió de opinión y lo dejó otra vez en la mesa para responder primero a Ngoc.

Salvador:
¡No! Espera, me llaman por teléfono.

Ngoc:
Si te has acostado con ella quiero saber los detalles. No te hagas el tímido conmigo.

—Diga.

—*¿El señor Salvador?* —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo.

Ngoc:
El sexo es muy importante en una relación.

—*Le llamo de Edumath, una escuela de matemáticas. Usted no nos conoce.*

—Ah, dígame.

Ngoc:
Aunque la chica te diga que el sexo no es importante para ella, créeme, sí lo es.

—*La señorita Ý, del centro de matemáticas Numbers, me ha facilitado su número de teléfono.*

—Sí.

—¿Puede venir a una entrevista de trabajo el lunes por la tarde?

Ngoc:
La primera vez que te acuestes con ella tienes que tener sexo al menos tres veces.

—Sí, por supuesto, ¿a qué hora?

—A las tres de la tarde.

—Oh, a las tres…

Ngoc:
Tienes que impresionarla.

—A las tres no sé si me va a dar tiempo, tengo una clase por la tarde en el distrito Phu Nhuan, en la escuela de Ý. ¿Podría ser otro día? El martes, por ejemplo.

Ngoc:
La primera vez tiene que ser memorable.

—Sí, no hay problema, ¿el martes a las tres de la tarde?

—Perfecto.

Ngoc:
A las chicas vietnamitas les gustan los hombres fuertes.

—La escuela está en el distrito 7. Cuando cuelgue le enviaré el nombre de la escuela y la dirección.

—De acuerdo, muchas gracias.

—Que tenga un buen día.

Ngoc:
Pero si es virgen o ves que le haces daño, tienes que parar, sino se puede asustar.

—Lo mismo digo, usted también, eh, buen día.

Salvador:
¡Para! ¡Estás loca! Estaba hablando por teléfono.

Ngoc:
Je, je, era para que no te aburrieras.

Salvador:
Era una llamada importante.

Ngoc:
¿Era ella?

El teléfono hizo el sonido característico de recepción de mensajes y Salvador pudo ver el nombre del centro y la dirección en la pantalla.

«Edumath, en el distrito 7, calle…», leyó mentalmente.

Salvador:
No, la semana que viene tengo una entrevista de trabajo.

Ngoc:
¡Enhorabuena! Estás lanzado.

Salvador:
Gracias, espero que todo vaya bien.

Ngoc:
Irá bien, tranquilo.

Salvador:
Eso espero.

Ngoc:
¿Te has acostado con ella o no?

Salvador:
¡No! Solo hemos quedado una vez.

Ngoc:
Cuando te acuestes con ella quiero que me lo cuentes.

Salvador:
¿Por qué?

Ngoc:
Me gusta.

La segunda cita con Hau

Mientras conducía despacio por las calles de Saigón, Hau iba explicando a Salvador cosas sobre la ciudad y los sitios por los que iban pasando. Primero le llevó por el distrito 1, que era el que más conocía, pero siempre había ido andando o en la incómoda moto del *xe om*. La de Hau tenía un asiento mucho más grande y era más cómoda para Salvador. Incluso los reposapiés eran mejores, más fuertes y anchos. Por primera vez pudo disfrutar de un verdadero paseo en moto por la noche, cuando el sol ya no estaba ahí para hacerle sudar a los treinta segundos.

Aunque ya había oscurecido aún no era tarde, y la frenética actividad que caracterizaba a Saigón llenaba de vida la ciudad. Pasaron por la zona de los hoteles de cinco estrellas, que estaban situados en su mayoría en el distrito 1, cerca del río, y de la casa de la ópera de Saigón; después siguieron por la calle Ton Duc Thang en la parte que pasaba por el lado del río Saigón, giraron a la derecha por Nguyen Huu Canh, cruzaron dos de los afluentes, y al llegar a una rotonda giraron otra vez a la derecha para ir por el puente Thu Thiem. Salvador pensaba que iban a cruzarlo, pero Hau se detuvo en medio y se bajó de la moto. Había bastante gente que había hecho lo mismo y la mayoría de ellos estaban apoyados en la barandilla contemplando el paisaje nocturno.

—Está prohibido pararse en medio de los puentes. Si viene la policía nos tendremos que ir en seguida, pero quiero enseñarte esto. Es una de las mejores vistas de la ciudad.

Estaba en lo cierto, desde el puente Thu Thiem, que cruzaba el río Saigón, se podía ver toda la parte del distrito 1 que estaba al lado del río. Los edificios iluminados, con el rascacielos más alto de Saigón sobresaliendo por encima de los demás, destacaban sobre el cielo oscuro; era sin duda la mejor vista de la metrópolis que Salvador había tenido el placer de contemplar.

—Si quieres, un día podemos ir al rascacielos más alto de Saigón, hay una cafetería en la planta cincuenta y uno —propuso Hau.

—Me encantaría.

Después de estar unos minutos contemplando el aspecto nocturno del centro de la ciudad, terminaron de cruzar el puente, pero solo para dar la vuelta y volver por donde habían venido. Atravesaron el distrito 1 y el 4, y fueron hasta el 7. Dejaron la moto en el

aparcamiento subterráneo de un imponente centro comercial, el Crescent Mall, y salieron por el acceso que daba a un precioso parque, el Ho Ban Nguyet.

En realidad el parque estaba al otro lado del canal Thay Tieu, y para cruzarlo tuvieron que rodear el lago con el mismo nombre, el Ho Ban Hguyet, y cruzar el puente Anh Sao, que estaba iluminado y en uno de los lados tenía una cascada de agua. En la pared del puente, que se podía ver desde la calle que rodeaba el lago, había un sistema de iluminación con ledes que hacían que al agua que caía pareciera ser de distintos colores que cambiaban constantemente desde un extremo al otro. El espectáculo visual era hipnótico y realmente valía la pena ir hasta ahí, aunque solo fuera para ver ese puente iluminado con cascada durante unos minutos.

—Este es uno de los sitios más tranquilos y agradables para dar un paseo, mucha gente viene aquí desde otros distritos para relajarse.

—Me encanta, es un pequeño paraíso en medio de una ciudad hiperactiva.

Después del obligado paseo por el parque, rodeados de parejas y grupos de jóvenes tumbados en la hierba, Hau propuso ir a un restaurante tailandés.

—Nunca he ido a un tailandés, en Barcelona lo habitual es ver restaurantes chinos y japoneses.

—¿No hay ninguno?

—Alguno habrá, pero yo no fui. No salía mucho.

—Qué poca curiosidad por el exotismo asiático.

El restaurante estaba cerca del centro comercial. Hau le explicó que pertenecía a una cadena, pero que la comida estaba bastante buena.

—Por mí no hay problema —aseguró Salvador—. Como de todo.

—¿Perro también? —le preguntó Hau.

—Nunca lo he probado, ¿coméis perro en Vietnam?

—En el norte sí.

—¿Y en el sur no?

—En el sur no es popular. ¿Podrías comer carne de perro?

—No me llama la atención especialmente, pero por poder podría. ¿Tú la has probado?

—Sí, pero no me gustó mucho. Una vez superado el desafío de probarla no hace falta hacerlo de nuevo.

—Así que era un desafío.

—Uno pequeño entre amigas. ¿Puedes comer picante?

—Sí.

—¿Quieres probar el *pad thai*? Son como unos tallarines con pollo, gambas o tofu.

—Venga.

—¿Lo quieres con pollo, con gambas o con tofu?

—Con gambas —contestó Salvador.

—Buena elección. ¿Ensalada picante de papaya verde?

—Suena bien.

—¿*Tom kha kai*?

—¿Qué es eso?

—Sopa de pollo con leche de coco.

—Adelante.

—Creo que con eso ya es suficiente. Soy una chica presumida y tengo que mantener la línea —dijo Hau riendo y golpeándose el vientre con la palma de la mano.

Acompañaron la comida con dos cervezas tailandesas para cada uno, Hau se había puesto roja y se reía por cualquier tontería, aun con más facilidad que de costumbre.

—Uf, creo que voy a reventar, ¿te has quedado con hambre?

—No, pero puedo comer más.

—Entonces prueba mi postre tailandés preferido. El *khao niao mamuang*.

—Vale.

—Pero si no sabes lo que es.

—Da igual, si es tu postre preferido seguro que me gusta. Ah, y otra ronda de cervezas para animarnos.

—Yo ya estoy animada.

—Yo también, para animarnos más.

—Qué hombre.

—No, no, aún era virgen, tuve dos novios antes, los dos eran vietnamitas, pero no me acosté con ninguno de ellos —aseguró sosteniendo la cuarta botella de cerveza con la mano.

—¿Por qué no?

—La mayoría de mujeres vietnamitas somos muy tradicionales.

—Pues la primera vez fue con una maquilladora, ha sido la única ocasión en que he tenido una relación con una chica con novio.

—Tenía novio y se acostó contigo. Qué bruja.

—No, no, era una buena chica —aseguró Salvador.

—El novio no lo vería así.

—No es lo que te imaginas. Fue más que una noche loca, nos gustábamos, estuvimos saliendo juntos durante varios meses.

—¿Y mientras estaba contigo se acostaba con su novio?

—No lo sé, supongo que sí.

—¿No te molestaba?

—Confiaba en que le dejaría y se quedaría conmigo, yo estaba enamorado de ella, pero…

—¿Pero?

—Un día me dijo que si pudiese dividirse en dos personas, una saldría conmigo y la otra seguiría saliendo con su novio, pero como eso era imposible, tenía que tomar una decisión.

—Y decidió quedarse con él —adivinó Hau.

—Sí.

—Una historia triste.

—Un poco, pero fue hace mucho, no importa. ¿Y tú con el italiano?

—Primero me tienes que contar tu última vez.

—No, no, no. Hemos quedado en que yo empezaba con mi primera chica, después tú con tu primer chico, después yo con mi última chica y tú terminas con tu último chico —argumentó Salvador apurando otra cerveza.

—Ya, pero como mi primer hombre y el último son el mismo y me toca terminar, te vuelve a tocar a ti.

—¡Qué tramposa! ¿Y no hubo otro en medio?

—No, solo me he acostado con un hombre.

—¿Seguro?

—Seguro.

—A lo mejor estabas borracha y no te acuerdas.

—Si no me acuerdo no te lo puedo contar.

—Maldita sea —se quejó Salvador—. Está bien. La última vez fue con una compañera de clase de la universidad.

—De eso hace mucho.

—No, no, eso es la explicación para situarnos. Fue con una compañera de clase, pero muchos años después de que termináramos la universidad.

—Ah, entiendo. ¿Cuántos años después?

—No sé, muchos.

—¿Pero cuántos son muchos?

—No me acuerdo exactamente, muchos son muchos.

—Qué mal narras tus historias. En fin, continúa.

—Qué quejica. Como decía, siempre habíamos tonteado, pero nunca hicimos nada, ella tuvo sus novios y yo tuve mis novias. Un día vino a verme, yo estaba solo en casa, hice la cena, bebimos un poco y acabamos en mi cama.

—Ji, ji, se metió en la boca del lobo.

—Estuvimos juntos durante un tiempo, pero al final nos dimos cuenta de que éramos buenos amigos, eso era todo.

—Y como amigos os quedasteis.

—Amigos nada más.

—¿Aún tienes contacto con ella?

—Es una de mis mejores amigas.

—¿Te has vuelto a acostar con ella?

—No, no.

—Amigos para siempre —rio Hau.

—Y ahora tu italiano.

—Mi italiano. Pues mi italiano vino de vacaciones en Navidad.

—¿Estas Navidades?

—Las anteriores, hace más de un año. Le conocí…

—En Friends in Vietnam —se adelantó Salvador.

—No. En una fiesta que daba una amiga de Singapur que ahora vive en Saigón. ¡No todos los hombres que conozco se dedican a perseguir chicas en Friends in Vietnam!

—Algunos las persiguen en fiestas, las emborrachan y se las…

—Eh, eh, para el carro, ¡y no interrumpas la historia!

—Lo siento.

—Fue una fiesta genial, le conocí y, verás, era imposible no fijarse en él, era el más guapo y encantador de todos los chicos de la

fiesta.

—Ya será menos —replicó Salvador un tanto celoso.

—Yo no creía en el amor a primera vista.

—No me lo digas, hasta que le conociste a él.

—Pues sí. Esa noche me enamoré perdidamente y…

—¿Te acostaste con él? ¿La primera noche? ¿Siendo virgen? —se exaltó Salvador.

—¡No me juzgues! Me había enamorado… ¡Aquello era incontrolable!

—Lo siento, es que me ha llamado la atención. Y sorprendido… un poco. Bueno, bastante.

—Es natural, ji, ji. Cuando lo pienso, ahora que ya ha pasado todo, a mí también me sorprende.

—Continúa, por favor —invitó Salvador, más calmado.

—Estuvimos juntos esos días, mientras él estaba en Saigón.

—¿Cuánto tiempo?

—Estuvo tres semanas, pero cuando yo lo conocí ya llevaba aquí una semana.

—Solo pudiste disfrutarlo dos.

—Quedábamos todos los días después de que yo terminara del trabajo y pasábamos los fines de semana juntos, pero él tenía que volver a Italia. Cuando se fue me puse muy triste. Después de que se fuera chateábamos casi cada día y solo pensaba en volver a verlo y estar con él.

—Ya lo pillo.

—¿El qué?

—Me dijiste que habías estado en Italia. En cuanto tuviste vacaciones fuiste a Italia a verlo.

—Fui en julio, estuve ahí un mes, pero no fue fácil hacer ver que estaba en Saigón durante tanto tiempo.

—Ahora me he perdido. ¿Qué quieres decir?

—Que mentí a mi familia y no les dije que estaba en Italia.

—¿Fuiste a Italia a ver a un hombre, estuviste un mes ahí y tu familia no se enteró? —Salvador no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Sí! ¡Fue bestial!

—¿Y tu hermano? Me dijiste que vive contigo.

—En verano aún no vivía conmigo. Se mudó antes de Navidad.

—¿Y tus padres? ¿No hablaste con ellos durante un mes?

—Habrían sospechado. Para hacerlo creíble tenía que hablar con ellos como si nada, y llamarlos con la frecuencia habitual.

—O sea que estabas en Italia, les llamabas y cuando te preguntaban qué habías hecho, o qué estabas haciendo, ¿qué les decías?

—Cosas que habría hecho en Saigón.

—¿Nunca sospecharon?

—No.

—¿Se lo has contado?

—¡Claro que no! ¡Me matarían!

—Eres un fenómeno. ¿Cómo acaba la historia?

—No nos llevamos tan bien como yo esperaba, le pedí que viniese a vivir a Vietnam, dijo que no podía, le dije que yo podía ir a vivir a Italia, no le pareció una buena idea, empezamos a discutir…

—Y todo se estropeó.

—Amigos nada más. Pero fue muy bonito. No me arrepiento de nada de lo que hice.

—Una buena experiencia.

—Me regaló dos salamis grandes. A mí no me llaman la atención, demasiada grasa, aún los tengo. ¿Te gusta el salami?

—Sí, no es mi comida preferida, pero me gusta.

—Un día podemos comer salami.

—Oye, ¿me vas a llevar al hotel en moto después de beberte cuatro cervezas?

—¿Prefieres pasar la noche en el *parking* del centro comercial?

La tercera cita con Hau

Salvador seguía sin atreverse a ir solo desde el distrito 1 hasta el distrito 7, y el *xe om* que siempre le llevaba no estaba disponible el martes por la tarde, así que tuvo que ir con otro. La entrevista era a las tres, salió con tiempo, y a las dos y media, el *xe om* que había encontrado disponible, le dejó en la dirección que Salvador le había indicado. Se podía tomar un café mientras esperaba.

Se bajó de la moto y se quedó observando al *xe om* alejarse, después miró a su alrededor, pero no vio ninguna escuela de matemáticas. Era la segunda vez que le pasaba. Miró el mensaje que le habían enviado con la dirección de Edumath. Era esa calle y ese número en el distrito 7. ¿Cómo era posible?

Le llevó un tiempo reaccionar, al final decidió entrar en la vieja casa en la que debería haber habido una escuela de matemáticas; una mujer mayor sentada en la sala de estar le recibió. Salvador le enseñó la dirección en la pantalla del teléfono y la señora le sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No hablaba nada de inglés y comunicarse con ella era imposible. Salió a la calle, que era bastante corta, y la recorrió de un extremo a otro completamente, pero no vio ninguna escuela. Iba a llegar tarde.

Llamó por teléfono a Edumath para explicarles lo que le había pasado, que el *xe om* le había llevado a una dirección incorrecta, y no solo eso, sino que no tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo llegar a la escuela. La persona que le atendió fue muy comprensiva, confirmó que la dirección que le habían enviado en el mensaje era correcta, y le explicó que ya había sucedido antes que alguien se perdía la primera vez que intentaba llegar a Edumath porque había muchas direcciones que se parecían en Saigón y era muy fácil confundirse. Para ayudarle, le dijo que se la iba a volver a enviar, pero esta vez en vietnamita y sin abreviaciones, y que se la enseñase a un *xe om* o a un taxista. También le comentó que su entrevistador estaría ahí hasta las seis de la tarde, que llegara cuando pudiese y que no se preocupase.

Al colgar el teléfono se sintió aliviado, recibió la prometida dirección en vietnamita y volvió a enviar un mensaje a su *xe om*, pero en esa ocasión tampoco le contestó. Se dio cuenta de que había un letrero en inglés en una casa nueva de tres plantas y se decidió a llamar al timbre. Se trataba de una empresa de importación y exportación alemana, y en la oficina había un hombre y una mujer que muy amablemente intentaron ayudarle.

Miraron la dirección que Salvador acababa de recibir y le explicaron que estaba en la calle correcta, pero en el barrio erróneo del distrito 7. Desgraciadamente, no sabían dónde estaba esa dirección porque el distrito 7 era muy grande, pero le explicaron cómo llegar a una avenida principal que estaba a apenas cien metros, donde podría encontrar un *xe om* o un taxi.

Les dio las gracias y siguiendo sus instrucciones llegó a la avenida de la que le habían hablado. Vio a un *xe om* y le enseñó la dirección. El *xe om* se quedó pensativo un rato e hizo un gesto negativo con la cabeza. El hecho de que no pudiese hablar con él en el mismo idioma no ayudaba precisamente. Se acercó a una parada de autobús en la que había varias personas con la esperanza de encontrar a alguien que hablara inglés, tuvo bastante suerte porque había un joven estudiante universitario con el que sí pudo comunicarse.

Le explicó lo que le había pasado, pero el chico tampoco sabía dónde estaba la dirección que Salvador estaba buscando. El joven preguntó a una señora que había ahí, y la señora preguntó a un hombre mayor y a una adolescente. Nadie sabía dónde estaba esa escuela. Era desesperante. Salvador no podía hacer otra cosa que contemplar a los cuatro vietnamitas hablando entre ellos sin llegar a ninguna conclusión, cuando se le ocurrió que quizá si el joven que sabía inglés hablaba con el *xe om* eso podría ser de ayuda. El chico accedió y preguntó al motorista, pero tampoco sacó nada en claro. En ese momento ya había cinco personas intentando saber dónde estaba la maldita escuela.

Cuando ya casi había perdido la esperanza, una chica que iba en moto se detuvo al ver al grupito discutiendo; como hablaba inglés, Salvador se lo pudo explicar todo. La chica leyó el mensaje en el teléfono móvil y dijo que conocía esa escuela. Al parecer estaba un poco lejos, a cuatro o cinco kilómetros de distancia, le dijo al *xe om* cómo ir y este pidió cien mil dongs a Salvador por llevarlo.

—Eso es muy caro, cien mil dongs es demasiado por llevarme a una escuela que está a cuatro o cinco kilómetros —se quejó Salvador.

La chica estuvo de acuerdo con él en que el precio no era razonable y se ofreció a llevarle ella misma. Salvador le preguntó cuánto quería por el viaje, pero la jovencita le contestó que no tenía que darle nada.

Se subió detrás de la chica, y esta lo llevó hasta la escuela. Él insistió en darle algo de dinero y ella lo volvió a rechazar.

—Has sido muy amable trayéndome cuando ni siquiera me conoces, pero esto que has hecho es muy peligroso. Nunca lleves a un desconocido en tu moto otra vez, yo solo soy un profesor de

matemáticas buscando trabajo, pero vivimos en un mundo de locos y hay gente indeseable que podría hacerle algo muy malo a una joven como tú.

—Te he traído porque me has parecido buena persona.

—Te lo agradezco, pero no vuelvas a hacerlo por favor —insistió Salvador.

—De acuerdo.

La chica sonrió y se fue.

Entre una cosa y otra, había llegado una hora tarde, ya eran las cuatro cuando cruzó la entrada de Edumath en el barrio de Phu My Hung.

La entrevista fue bien, al parecer Ý les había dado buenas referencias y eso siempre era de ayuda, pero el trabajo no era en la escuela en sí, como Salvador había pensado. Aparte de las clases en el centro, Edumath facilitaba profesores extranjeros a algunas escuelas vietnamitas para enseñar a sus estudiantes matemáticas en inglés.

En ese momento tenían a unos pocos profesores haciéndolo, pero querían ampliar el negocio y estaban promocionando sus servicios en más escuelas. Confiaban en poder ofrecerle un trabajo antes de que el curso académico terminara, y si no era así, estaban casi seguros de que en septiembre ya habrían firmado algún nuevo contrato y podrían contar con él.

Salvador salió de la entrevista satisfecho, pero apenas estaban a mediados de abril y no tenía suficiente dinero para vivir en Vietnam hasta septiembre, ni mucho menos.

Volver de Edumath al hotel fue mucho más fácil que ir del hotel a la escuela de matemáticas. Antes de las seis ya estaba en su habitación, cogió el teléfono y lo sujetó entre sus manos. Solo hacía tres días desde la última vez que había quedado con Hau y no sabía si era una buena idea intentar volver a quedar con ella esa misma noche.

La imagen de Ramón regañándole le vino repentinamente a la mente. «Deja de darle vueltas y llama de una maldita vez», dijo el Ramón imaginario.

—Hau.

—*Hola Salvador.*

—¿Qué haces?

—*Estoy recogiendo mis cosas para ir a casa.*

—No puedes ir a casa.

—*¿No? ¿Por qué?*

—Tienes algo más importante que hacer.

—*Ji, ji, ¿en serio? ¿El qué?*

—Tienes que quedar conmigo.

—*Pero si hoy es martes y nos vimos el sábado.*

—Es que ya te echo de menos.

—*Vaya…*

—¿Pasas a buscarme?

Hau se tomó unos segundos antes de contestar.

—*Vale, pero tengo que ir a casa primero.*

—No hay problema.

—*Y no puedo volver muy tarde, mañana trabajo.*

—Lo sé. ¿A qué hora me recoges?

—*A las… ¿Siete y media?*

—Aquí estaré.

En cuanto la vio llegar se dio cuenta de que algo había cambiado con respecto a las otras dos veces que habían quedado. La energía, la vitalidad que normalmente acompañaba a Hau no estaba ahí, se había desvanecido.

—¿Un día duro? —preguntó Salvador.

—No. Un día normal. ¿A dónde quieres ir?

—No sé, a cenar, ¿no tienes hambre?

—No mucha, la verdad, pero algo tendremos que comer. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa, ya sabes, soy de comer fácil.

—No se me ocurre nada.

Hau le sonrió, pero incluso su dulce sonrisa había perdido brillo e intensidad, como el sol en un día nublado y gris de otoño.

—¿Has probado el *bun oc*?

—No estoy seguro, ¿qué es?

—Sopa de fideos con caracoles.

El *bun oc* le sorprendió gratamente. Hau le había llevado a un restaurante pequeño que conocía. Según ella, era uno de los mejores sitios de Saigón para comer sopa de fideos con caracoles. Salvador había bautizado ese tipo de local con el nombre de restaurante

familiar, porque se trataba de una casa normal, en la que vivía una familia vietnamita, y en la planta baja cocinaban unos pocos platos y tenían unas cuantas mesas y sillas para los comensales. El precio de la comida en un restaurante familiar acostumbraba a ser muy bajo, entre uno y dos euros, y en algunos la comida estaba francamente buena, como era el caso del que Hau había elegido para cenar *bun oc*.

Hau, que, como ella misma aseguraba, podía hablar durante varias horas seguidas, no estaba cumpliendo con su rol de iniciadora y mantenedora de la conversación. Salvador no sabía qué hacer para animar la velada. Era consciente de que él no era un gran conversador y con las chicas la cosa se agravaba ostensiblemente. Pensó en el recurso de ir a beber cerveza, no se le ocurría nada más, pero quizá a ella no le apetecía siendo el día siguiente un día laborable.

—¿Una cerveza?

—¿Otra vez? ¿Estás intentando convertirme en una alcohólica? ¿Quieres que beba hasta que pierda el conocimiento para llevarme a tu habitación? —rio Hau.

Se alegró de que volviese a tomarse las cosas que él le decía con humor.

—¿Has perdido el conocimiento bebiendo alguna vez?

—No. ¿Tú?

—Tampoco. Tendré que descartar hacerte beber hasta que pierdas el conocimiento para llevarte a mi habitación.

—Tendrás que pensar en otra cosa.

La estrategia de beber cerveza funcionó hasta cierto punto, fueron a la calle De Tham y Hau se puso de mejor humor; se acercó a su modo habitual de chica parlanchina, aunque sin llegar a ser tan locuaz como lo había sido los otros días; sin embargo, Salvador seguía teniendo una sensación de cierta incomodidad.

Después de la segunda cerveza, ella le dijo que se estaba haciendo tarde y se ofreció a llevarle de regreso.

Hau paró la moto delante del hostal en el que Salvador se alojaba, el propietario miraba la tele tumbado en una hamaca y no podía verles desde donde estaba. No había casi nadie en el callejón en ese momento, algunas conversaciones y el sonido de otros televisores del vecindario llegaban amortiguados a los oídos de Salvador. Se bajó de la moto y se la quedó mirando fijamente. Un extraño sentido de urgencia se apoderó de él. Hau estaba a punto de marcharse, pero no quería que se fuera, aún no, había algo importante que tenía que hacer. Algo importante que tenía que decir.

—Buenas noches —se despidió Hau.

—Espera. Espera un momento.

—¿Qué pasa?

—Tengo que decirte algo.

—¿El qué?

—Pero así no, baja de la moto por favor, es importante.

—Qué misterioso estás.

Se bajó de la moto y se acercó a él.

Las palabras no le salían, aunque tenía muy claro lo que quería y lo que tenía que decir.

—Dime.

—Conocerte ha sido maravilloso —soltó.

—Vaya, gracias —dijo Hau sonriendo con afabilidad.

—Me gustas mucho.

—A mí también me gustas.

—¿Quieres salir conmigo?

Los segundos de silencio que siguieron a la pregunta fueron la respuesta que Salvador no quería recibir.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —balbuceó Salvador.

—No puedo.

—Pero si acabas de decir que te gusto —gimió.

—Y me gustas. Pero no puedo salir contigo.

—¿Por qué no?

—Creo que lo que sentimos el uno por el otro es diferente.

—Creí que, creí que… tú y yo habíamos conectado, que teníamos una relación especial.

—Lo siento.

A Salvador ya no le venían más palabras. Le había dicho lo que tenía que decirle y el resultado había sido el contrario al esperado. No sabía qué más decir, ni qué hacer, ni qué pensar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hau con pesar.

—No lo sé.

—Yo tampoco —se disculpó Hau acercándose a él y abrazándole.

Salvador la abrazó sin esperanza, sintió su cuerpo joven y tierno entre sus musculosos brazos, mientras una sensación de vacío y angustia penetraba en sus entrañas.

—Es mejor que me vaya a casa —dijo Hau separándose de Salvador.

—Sí. Adiós.

—Adiós.

La siguió con la mirada hasta que desapareció por la esquina y entró en el hostal. El dueño seguía en la hamaca mirando un programa de estos intrascendentes que se emiten en casi todos los países del mundo, en el que famosillos que no tienen nada que enseñar son invitados a hablar de sus frívolas vidas. Subió a su habitación, puso música y se tumbó en la cama.

Aquel había sido un golpe muy duro. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que ella no quisiera salir con él. Bueno, claro que se le había pasado por la cabeza, no era tan estúpido, pero no le había parecido plausible. Estaba convencido, estaba seguro de que ella quería. ¡Pero si incluso había reconocido que le gustaba!

Cuantas más vueltas le daba menos lo entendía, y no podía evitar darle vueltas y más vueltas al asunto. ¿Se había precipitado? ¿Debería haber esperado a quedar más veces con ella? ¿Se había equivocado al hacerle esa pregunta? ¿Debería haber dejado las palabras de lado y besarla apasionadamente? ¿Se habría dejado besar? ¿Cambiaría de opinión en el futuro?

¿Por qué le había rechazado? ¿Había otro hombre? Había dicho que le gustaba, pero quizá le gustaba más otro hombre.

En ese momento se solidarizó con Ramón de una forma distinta. No era que no hubiera empatizado con sus sentimientos antes. Era su mejor amigo en Vietnam y le supo mal cuando le contó que los días pasaban y Hien no quería quedar con él, y le supo aún peor cuando le dijo que la había visto paseando con otro hombre, y por supuesto sintió tristeza cuando Ramón le explicó que Hien había ido al hotel a dejar una nota de despedida, en la que le decía que se iba muy lejos y que quizá no volverían a verse nunca más. Pero en ese momento, después de ser rechazado por Hau sintió lo que sin duda Ramón había experimentado: Esa profunda decepción que se siente cuando uno está convencido de que algo bueno, de que algo muy bueno y especial va a pasar, y finalmente no tiene lugar.

El drama no estaba tanto en el hecho de ser rechazado, Salvador había sido rechazado en otras ocasiones y seguro que Ramón también, sino en ver frustradas las expectativas creadas. Cuanto mayores eran

las expectativas, más grande era la decepción.

Se había dado cuenta de lo excitado que Ramón estaba por la forma en que había conocido a Hien y por lo que había pasado ese día. Lo especial no era que Ramón hubiese conocido a una chica, o que hubiese tenido sexo con ella, eso era algo que podía pasar. Lo especial era cómo había pasado. La forma casi mágica, completamente irracional en que los acontecimientos se habían desarrollado. ¿Cuál era la probabilidad de chatear con una chica que vivía en Vietnam durante unas semanas y después encontrársela por casualidad en una cafetería en Saigón, una ciudad con cerca de diez millones de habitantes? ¿Y cuál era la probabilidad de dejar una tarjeta de visita en su mesa, evidentemente sin saber quién era esa chica, de que la chica te llamase por teléfono, de quedar con ella esa misma noche y de ir a su hotel y hacer el amor con ella?

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que la probabilidad era absolutamente ridícula, esas cosas, simplemente no pasaban. Si otra persona se lo hubiese contado, no se lo habría creído, pero Ramón era su amigo, un hombre sencillo y honesto que no iba por ahí contando bulos. Salvador sabía, porque él habría pensado lo mismo, que Ramón había interpretado lo que le había pasado con Hien como un acontecimiento extraordinario, como algo que solo puede terminar en una historia maravillosa. Pero no había sido así y por eso su amigo estaba devastado, no porque una chica le hubiese rechazado, sino porque el acontecimiento más increíble que le había sucedido en la vida no había llevado a nada. Ese era el drama.

Su historia no tenía nada de extraordinaria: Había enviado mensajes en Friends in Vietnam a varias chicas, una de ellas, Hau, le contestó y durante veintiuna noches seguidas chatearon y se hicieron amigos. Después quedaron tres veces y él se enamoró de ella, pero ella no se enamoró de él, y cuando Salvador le pidió que saliese con él, Hau le rechazó, aunque le había dicho que le gustaba, lo que resultaba difícil de entender para Salvador.

No, la verdad era que no había sido ningún acontecimiento maravilloso, solo la culminación de una vida de fracasos y sueños frustrados. Ese era el problema de hacerse ilusiones y de tener expectativas. Y sí, Salvador se había hecho muchas ilusiones y había puesto grandes expectativas en su relación con Hau.

En su breve relación.

«¿Y ahora qué?», le había preguntado ella.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Salvador.

La lista de reproducción automática del ordenador llegó al *Nocturne, Op. 9, No. 2* de Chopin. La larga noche que durante unos días se había desvanecido, volvía con la promesa de quedarse.

Hacía mucho tiempo que no lloraba, tanto que ni siquiera podía recordar la última vez que lo había hecho, quizá había sido cuando todavía era un adolescente. Quizá no.

La mayoría de sus recuerdos de adolescencia y juventud universitaria eran tan vagos que ni siquiera parecían reales, como un sueño poco importante, de esos que ni siguiera intentamos recordar y que al despertar olvidamos en unos pocos segundos.

¿Por qué había llorado la última vez? La verdad es que no lo recordaba.

No quería llorar, pero no pudo contenerse y lloró.

Santiago, Enrique y la novia de Santiago

El dormitorio estaba demasiado oscuro, no podía ver nada en absoluto. Buscó la ventana con la mirada, pero no la pudo localizar porque en la habitación no entraba luz por ningún sitio. Con movimientos torpes alcanzó la lámpara de la mesita de noche, pero por muchas veces que lo intentó, no se encendió.

Contrariado, se levantó y se dirigió lentamente hacia la puerta, pero lo único que encontró fue la pared. La tanteó con la mano derecha hasta que encontró el interruptor de la luz. Lo pulsó, pero la luz no se encendió. No tenía ningún sentido. Volvió a pulsar el interruptor una y otra vez, y otra, y otra, pero todo continuó igual, la lámpara del dormitorio no se encendió. Un escalofrío le recorrió la espalda y se le hizo un nudo en la garganta.

Volvió a buscar la puerta con las manos sudorosas, pero no la encontró. Una fuerte angustia le invadió, un sudor frío le recorrió el cuerpo y su respiración se volvió entrecortada. Le costaba respirar. Fue hasta la mesita de noche y con manos temblorosas encontró la lámpara. Tenía que encenderla. Pulsó el interruptor. Se oyó un chasquido, pero la luz no se encendió.

La angustia era insoportable. Buscó a tientas una puerta, tenía que salir de allí, pero no había ninguna puerta. Su cuerpo estaba temblando, no pudo contenerse más y empezó a gritar como un loco.

—¡¡¡Nooo!!!

La penumbra habitual de la habitación del hostal por la noche le envolvió. Salvador estaba empapado en sudor, encendió la luz y esperó un rato hasta que los latidos de su corazón se normalizaron, después se levantó y se duchó.

Hasta el amanecer no pudo volver a conciliar el sueño.

—¡Ya está listo, todos a la mesa! —dijo Ramón alzando la voz para que Santiago y Enrique, que estaban en el balcón fumando, le oyeran.

Era viernes y tocaba cena. Después de la cita con Hau del martes, Salvador no tenía ganas de ir a ninguna cena ni de ver a nadie. Ya había resultado bastante difícil mantener la compostura con sus cuatro estudiantes de matemáticas el miércoles, y hacer ver que no pasaba nada, pero Ramón había insistido en que fuera y conociera a

sus compañeros de piso, y tampoco quería quedar mal con su amigo. Al final fue.

Salvador no tenía ni idea de que Ramón tuviese dotes culinarias. Su amigo de Zaragoza había preparado una ensalada con aguacate y pollo con arroz al curri.

—¡Qué bien huele! —exclamó Huyen, que se había puesto un vestido verde oscuro que le quedaba muy bien y zapatos de medio tacón negros. Incluso se había maquillado, lo que no era muy habitual en ella.

—Estás muy elegante —la elogió Ramón quitándose el delantal y sentándose a la mesa.

—Gracias, tú también.

Ramón había decidido estrenar el día de la cena una camisa negra con botones blancos, como la que tenía Salvador, y un chaleco gris claro que combinaba a la perfección con la camisa, que le había hecho un sastre de la calle De Tham recomendado por Santiago.

—Sabía que era una buena idea que vinieses a vivir con nosotros —dijo Enrique contemplando el excelente aspecto de lo que Ramón había preparado.

Enrique era un chico delgado de Bilbao, con la piel pálida, como si nunca hubiese tomado el sol, y el pelo negro muy corto, casi rapado. Era el más bajo de los chicos, también era más bajo que Hà, la novia de Santiago, y solo superaba a Huyen por un par o tres de centímetros, pero lo que pudiera faltarle en altura le sobraba en cuanto a vitalidad y energía. Le gustaba ir cómodo, con camisas llamativas de manga corta, pantalones cortos y sandalias, y su ropa ese día no era una excepción.

—Trabajo en una empresa de *marketing* en el distrito 1, pero pagan una mierda —se lamentó Enrique.

—¿Cuánto? Si se puede saber.

—Ocho millones.

«Dos cientos noventa euros», calculó mentalmente Salvador.

—Ramón me comentó que por tu habitación pagas ciento cincuenta euros. No te queda mucho para vivir.

—No, pero es mejor que nada.

—Eso seguro.

—También doy algunas clases de *marketing* en una universidad.

—¿Las pagan bien?

—Qué va. Pero estoy haciendo contactos —dijo con seguridad

Enrique.

—Contactos, contactos, tú y tus contactos, lo que tienes que hacer es dejar de hacer el marica y buscarte un trabajo de verdad, como el mío —interrumpió Santiago hablando con la boca llena.

—Dame tiempo, dame tiempo —se defendió Enrique.

—El capullo este tiene un máster en *marketing,* pero no le sabe sacar partido.

—No todos tenemos la suerte de poder dar clases de inglés en Universal Home y ganar dos mil euros al mes trabajando veinte horas por semana.

—Son veinte horas lectivas semanales y veinte horas de preparación de las clases.

—Nunca te veo preparar ninguna clase.

—Uno que sabe. —Rio socarronamente Santiago.

—Ya ves, hay algunos que viven bien en Saigón —dijo Enrique a Salvador.

Ramón había definido a Santiago como: «Un madrileño muy alto y fuerte, que bebe y fuma demasiado, bravucón y molesto cuando le acabas de conocer, pero con buen corazón cuando te coge confianza y una profunda sensibilidad que solo demuestra cuando estás a solas con él. Con un trabajo cojonudo y una novia que está muy buena».

Salvador había esperado encontrarse a un coloso, por lo de muy alto y fuerte, pero solo era unos pocos, quizá tres o cuatro, centímetros más alto que él, y aunque era más voluminoso, debía pesar diez o veinte kilos más, no era realmente fuerte, solo grande. Se imaginó que era un problema de puntos de vista, Ramón nunca iba al gimnasio y no estaba acostumbrado a ver a tipos muy fuertes, en cambio, Salvador, que llevaba años en el mundillo, había tenido a verdaderos bestias entrenando a pocos metros de él.

Una de las primeras cosas que pensó que podía ser un problema en la nueva vida de Ramón, fue que tanto Santiago como Enrique fumaban constantemente, pero su amigo de Zaragoza no soportaba el tabaco. Vivir entre fumadores siendo fumador no tenía ningún misterio, pero un no fumador que odiaba el tabaco con dos fumadores empedernidos que no podían estar más de quince minutos sin encender el siguiente cigarrillo, le parecía, en su humilde opinión, bastante problemático.

Lo del buen corazón y la sensibilidad de Santiago no fueron perceptibles durante la cena, pero sí lo fue cierta bravuconería. En cuanto a su novia, preferiría haber mantenido las distancias, la filosofía de Salvador siempre había sido no hablar con las novias o

mujeres de otros hombres, eso no debía malinterpretarse como un acto de mala educación, evidentemente las saludaba y contestaba cuando le hablaban, pero intentaba no buscarse problemas con sus novios y maridos y evitaba el contacto con ellas en la medida de lo posible, pero en esa ocasión fue imposible no hablar con Hà, la novia de Santiago.

—Eres muy sexy —dijo sin tapujos Huyen.

—Oh, gracias.

—¿Cuánto mides?

—Uno sesenta y ocho.

—¿Y cuánto pesas?

—Cincuenta y ocho.

—Se nota que vas al gimnasio.

Y es que no se podía negar que Hà hacía todo lo posible para que se notara que iba al gimnasio. Llevaba unos *leggings* ajustados verdes que resaltaban sus bien formadas caderas y muslos, y un pequeño top negro también ajustado que permitía ver su moldeada cintura sin exceso de grasa y casi toda su espalda firme y musculada. Calzaba unas zapatillas deportivas blancas a la moda y todo el conjunto parecía decir: «Estoy en plena forma». Lo estaba.

—Sí, ¿cómo lo has sabido? —preguntó Hà haciéndose la sorprendida.

—Se te ve fuerte y atlética. Salvador también va al gimnasio.

—Ya me lo había imaginado. Es el único de los chicos que se ve que se cuida. Yo estoy intentando que Santiago venga al gimnasio conmigo, pero no hay manera.

—¿Por qué no quiere ir?

—Dice que el gimnasio es para maricas —dijo Hà en tono despectivo imitando a Santiago.

—¿Para maricas?

—Siempre dice eso, le gusta usar esa palabra. Es un tonto.

Y para inconveniencia de Salvador, en cuanto Huyen confirmó lo que Hà ya había sospechado, es decir, que Salvador frecuentaba el gimnasio, se interesó en él. Demasiado, desde su punto de vista. Empezó a preguntarle sobre sus rutinas de entrenamiento, la duración y frecuencia, las máquinas que usaba, si prefería trabajar con pesos libres, lo a menudo que combinaba ejercicios aeróbicos y anaeróbicos, si tomaba complementos alimenticios, sobre su dieta... Descubrió que Hà no era simplemente una chica atractiva que iba a menudo al

gimnasio para tener un cuerpo bonito, sino una verdadera experta en nutrición y técnicas de entrenamiento tanto para hombres como para mujeres, y resultó ser una ferviente fan de un famoso culturista, actor y político.

—¿Crees que es verdad lo que decía Arnold Schwarzenegger?

—¿Sobre qué? —preguntó Salvador.

—Arnold decía que puedes ordenar a tus músculos que levanten pesos pesados cuando parece que va a ser imposible, y que también puedes ordenarles mentalmente a tus músculos que crezcan, que se hagan más grandes y más fuertes.

—Me imagino que la actitud de la mente es muy importante para conseguir un objetivo, pero no sé si se puede ordenar a los músculos que se hagan más grandes y fuertes.

—Yo le ordeno a mis músculos que se vuelvan más fuertes y bien definidos.

—¿Y funciona?

—Ni idea, pero yo lo hago. Por si acaso —reconoció Hà.

—Los tíos que van al gimnasio son casi todos maricas, eso para empezar, y aunque parecen grandes y fuertes están hinchados a esteroides y no tienen ni media hostia —dijo Santiago en un tono provocador.

—Ya empieza el muy tonto —suspiró Hà.

—Algunos sí que son homosexuales, eso es verdad, pero por lo que he visto la mayoría son heterosexuales —explicó Salvador sin alterarse.

—Bobadas, eso es lo que quieren que creas.

—Y aunque lo fueran, a mí me da igual; yo voy al gimnasio a entrenar, para estar sano y en buena forma física, las tendencias sexuales de los demás no me interesan.

—¡Pues ten cuidado cuando te agaches en la ducha! —rio Santiago.

—A veces eres tan vulgar —le recriminó Hà.

Después de que su novia le llamara la atención, Santiago se controló durante un rato y Hà empezó a explicarle a Huyen lo que tendría que hacer para quemar grasa, definir la musculatura y tener un cuerpo más bonito.

—Si tuviese más dinero iría al gimnasio contigo —se lamentó Huyen.

—Aunque no puedas ir al gimnasio, hay muchas cosas que puedes hacer en tu habitación.

—¿En serio?

Hà se dedicó a enseñarle ejercicios que no requerían otra cosa que su propio cuerpo para hacerlos, y Santiago y Enrique salieron al balcón a fumar por enésima vez.

—¿Qué harás cuando les dé pereza salir a fumar al balcón y llenen el piso de humo?

—No, ya lo hemos hablado, aunque son fumadores, a ellos tampoco les gusta que la casa huela a humo de cigarrillos y siempre salen a fumar fuera —les defendió Ramón—. ¿Has visto qué cuerpo tiene Hà? —dijo susurrando para que nadie más les pudiese escuchar.

—Es impresionante, podría ser modelo.

—Ya te lo dije.

—¿Lo es?

—¿El qué?

—Que si es modelo.

—¿Profesional? Aún no, pero lo está intentando. A veces hace sesiones de fotos, ha salido en algunos anuncios en revistas, pero nunca en la tele.

—¿De qué trabaja? —Quiso saber Salvador.

—Es profesora de *fitness*.

—Ahora entiendo por qué sabe tanto de dietas y rutinas de entrenamiento.

Huyen se acercó a la mesa y empezó a recoger las cosas.

—¿De qué estáis hablando?

—De mujeres —contestó sin pensar Salvador.

—¡Hombres!

Cuando Ramón se levantó para ayudarla, Huyen le dijo que se sentara.

—Tú has preparado la cena, no puede ser que también laves. Nosotras lo haremos. —Empezó a recoger la mesa y Hà se puso con los platos. —Hà quiere tener un hijo —dijo Huyen como si nada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Ramón.

—Veintiséis.

—Aún eres muy joven.

—En Vietnam no —comentó Hà mientras lavaba la vajilla.

En ese momento entraron Santiago y Enrique, que habían escuchado la parte final de la conversación.

—¿Ya estás otra vez con la tontería esa de tener un hijo?

—No es ninguna tontería.

Salvador se levantó de la silla y fue hacia el frigorífico.

—Te lo he dicho muchas veces, quiero tener un hijo —insistió Hà.

—Y yo te he dicho muchas veces que no vamos a tener ningún hijo.

—Pues si tú no quieres, ya encontraré a otro que sí quiera.

—Bueno, bueno, vamos a tener la fiesta en paz —dijo Enrique en tono conciliador—. Creo que Salvador tiene algo que enseñarnos.

Salvador abrió la nevera, sacó una apetitosa tarta de chocolate y la puso en la mesa. Huyen se la quedó mirando sin dar crédito a lo que veía.

—¡Has comprado tarta de chocolate!

—Una pequeña sorpresa para mis amigos golosos. Mi jefa me ha dicho que es la mejor de Saigón.

—Este es mi hombre —exclamó Ramón.

Huyen se puso a aplaudir y a dar pequeños saltitos, y Ramón se levantó y cogió un cuchillo grande para cortar la tarta, seis platos y seis cucharas de postre.

—Mañana sesión doble de entrenamiento —dijo Hà sentándose a la mesa con los ojos fijos en la tarta.

El plan de Linh

Abril llegó a su fin dando clases tres horas por semana, chateando de vez en cuando con Ngoc, que volvía a estar superocupada, quedando con menos asiduidad con Ramón debido a la distancia que les separaba y con la habitual con Huyen, que seguía trabajando de recepcionista por un salario mísero en el mismo hotel a diez minutos del hostal de Salvador.

Desde que había ido al distrito 7 a hacer la entrevista de trabajo en Edumath no había tenido noticias de ellos, y ninguna otra escuela se había puesto en contacto con él. Su nivel de preocupación era inversamente proporcional a la cantidad de dinero que le quedaba, y le quedaba bastante poco.

La aciaga tercera cita con Hau había sido la última. Hacía más de dos semanas que no había vuelto a quedar con ella, se habían limitado a un educado intercambio de mensajes cada dos o tres días. Era como si un extraño y repentino invierno hubiese llegado y se hubiera dedicado a enfriar de forma drástica cualquier calor humano que hubiese habido antes entre ellos.

El miércoles 1 de mayo, después de pagar el alquiler de la habitación, se quedó casi sin blanca. Mientras estaba tumbado en la cama lamentándose y calculando cuánto tiempo podría subsistir con el poco dinero que tenía, recibió una llamada telefónica. Era Linh, la chica de 19 años que le había invitado a ir a tomar cerveza a finales de marzo, hacía más de un mes. Solo habían chateado muy de vez en cuando desde entonces, y a Salvador le sorprendió que le llamase así de improviso. Ella estaba paseando por Bui Vien y le preguntó si quería tomar un café. Como no tenía nada mejor que hacer, le dijo que sí. Ver a otro ser humano al menos le distraería.

Cuando Salvador llegó a la calle Bui Vien, Linh ya había cambiado de opinión y le dijo que le apetecía ir a pasear por el parque 23 de Septiembre. Le sorprendió de nuevo porque hacía mucho calor, pero eso tampoco le importaba y accedió a ir a dar un paseo. Linh seguía con sus clases en la universidad, pero ya no trabajaba para el hombre del que le había hablado, estaba demasiado ocupada y le había tenido que decir que no tenía tiempo para ayudarle.

Salvador no le explicó nada de su aventura con Hau y aunque Linh insistió en que le explicase las citas que había tenido esos días, se limitó a decirle que la única chica con la que había quedado era su

amiga Huyen y el resto eran todo chicos. Para cambiar de tema, Salvador le preguntó si tenía o había tenido novio. Ella contestó que no, que ni había tenido, ni tenía, ni quería tener y que no quería tener sexo. A Salvador le pareció una respuesta un tanto extraña y artificial, pero no quiso insistir en el asunto.

Hacia las tres de la tarde Linh le dijo que estaba cansada, Salvador pensó que se iba a ir a su casa, pero la chica le pidió ir a descansar a su hostal. Era la tercera vez en pocas horas que Linh le sorprendía, pero no se le ocurrió ninguna excusa para decirle que no y fueron a su habitación.

Linh se metió en su cama vestida mientras repetía que estaba muy cansada y que necesitaba dormir un rato. Salvador se la quedó mirando perplejo, no sabía cómo actuar y se limitó a sentarse en la silla, conectar su ordenador portátil y navegar por internet.

Después de unos pocos minutos de incómodo silencio, Salvador escuchó los sonidos característicos de alguien manipulando su *smartphone*. Linh aún estaba despierta, pero prefirió no decirle nada. Al rato, volvió a hablar. Se quejó de que no podía dormirse y le contó que el hombre para el que había estado trabajando era cocinero y les había invitado a cenar. Salvador necesitó unos segundos para procesar la información.

—¿A quién ha invitado a cenar?

—¡A nosotros! —respondió excitada Linh.

—¿Quién es exactamente nosotros?

—Pues a mí, a ti y a tu mujer.

No podía creer lo que estaba pasando, alguien que no conocía de nada, y que al parecer era cocinero, a través de una chica de diecinueve años que a pesar de apenas conocerle se había metido dentro de su cama, les había invitado a cenar, a él… y a su mujer, una mujer que ni siquiera existía. ¿Sería eso una muestra de humor vietnamita?

—Es una broma, ¿verdad?

—No, me acaba de enviar un mensaje, ¡mira! —exclamó señalando su teléfono móvil.

Salvador no se molestó en levantarse para ir a leer ese mensaje.

—¡Pero si no me conoce!

—No pasa nada, le he dicho que eres mi amigo. Un amigo puede invitar al amigo de su amiga a cenar, ¿o no?

—Supongo… que sí —razonó Salvador—. Y me encanta que me inviten a cenar, pero aún hay algo que no entiendo.

—¿El qué?

—La parte en que al parecer también ha invitado a mi mujer.

—Ah, sí, ji, ji, es verdad. Es que le he dicho que estás casado. Tendrás que traer a una chica y hacer ver que es tu mujer o me harás quedar como a una mentirosa.

Salvador suspiró con resignación.

—Linh, ¿por qué le has dicho que estoy casado?

—No sé, a veces hago cosas sin pensar. Ahora ya es demasiado tarde para arreglarlo.

—Dios mío. —Volvió a suspirar—. ¿Y cuándo es la cena?

—Pasado mañana, el viernes. Ya verás, cocina superbién.

Por más vueltas que le daba seguía siendo una situación absurda, pero aunque no tuviese ningún sentido no quería quedar mal con ese cocinero al que no conocía, después de todo había tenido la amabilidad de invitarlo a cenar, a él y a su inexistente mujer, no ir sería de muy mala educación.

—¿Vendréis verdad? —insistió Linh.

—No lo sé, tengo que pensarlo.

—¡Pero está esperando a que contestemos!

—¡Dile que tengo que consultarlo con mi mujer y cuando mi mujer me diga algo te lo diré a ti para que se lo digas a él! —gruñó algo malhumorado.

—¡Gracias! Ahora se lo digo.

Salvador se quedó meditabundo mientras la canción *Moon River* cantada por Audrey Hapburn invadía con suavidad la habitación y Linh seguía metida en su cama jugando con el teléfono móvil. Una idea brotó en su mente, pequeña y frágil, como esas semillas que crecen en sitios en los que parece que la vida no pueda existir, entre dos baldosas en el suelo, en la grieta de una roca en pleno invierno o en medio del desierto. Era una posibilidad remota, pero por remota que fuera lo tenía que intentar.

Lo iba a intentar.

Comida italiana

El primer sorprendido cuando Hau aceptó participar en la farsa y hacerse pasar por su mujer fue Salvador. Este le había explicado la absurda situación que Linh había creado el miércoles diciéndole a su amigo, el cocinero, que Salvador estaba casado, y le había preguntado a Hau si le apetecía ir con él a la cena, haciéndose pasar por su esposa.

—Ji, ji, *OK*, será divertido —había dicho Hau.

«¿Ya está? ¿Así de fácil?», había pensado Salvador.

Hau pasó a buscarle, a Salvador le preocupaba que viviesen algún tipo de situación incómoda o que no tuviesen nada de lo que hablar. Había olvidado que lo de quedarse sin cosas que decir era un problema suyo, no de ella. Por fortuna, no hubo ninguna tensión ni incomodidad, se subió a la moto y Hau condujo sin dejar de hablar, como acostumbraba a hacer.

—Pensé que ya sabías ir en moto.

—Es que me gusta que una chica guapa me lleve.

—Ja, ja, chico listo. Me dijiste que ya habías empezado a ir al trabajo en una moto de alquiler.

—Ya me he aprendido el camino, me costó lo mío. Pero si me equivoco de calle me pierdo y me cuesta mucho volver a encontrar la ruta.

—Las calles de Saigón son caóticas, tardarás en acostumbrarte.

—Me he dado cuenta.

—Y mientras tengas a una chica guapa que te lleve no hay problema.

—No, no hay problema.

El amigo de Linh vivía en un imponente bloque de casi treinta plantas en el barrio de Thao Dien, en el distrito 2. El piso era nuevo, estaba amueblado con gusto y decorado con motivos culinarios italianos.

—Supongo que eres italiano —adivinó Salvador mientras daba la mano al hombre que le había abierto la puerta.

—Andrea, encantado, italiano nacido en Caserta, la ciudad con

las mejores *pizzas* del mundo.

—Salvador, de Barcelona, el gusto es mío. Pues si tienen las mejores *pizzas* del mundo tendré que ir. Me encantan las *pizzas*.

Linh ya estaba sentada a la mesa cuando Salvador y Hau llegaron. Andrea era un hombre alto y moreno, casi de la misma altura que Salvador, pero mucho más gordo, una abundante barriga delataba su amor por la comida y la bebida. Tenía una amplia sonrisa, cejas gruesas y nariz prominente, y las canas ya habían hecho acto de presencia en su pelo, que era un poco largo y estaba algo descuidado.

Hau se presentó y sacó una botella de vino tinto de una bolsa. Mientras los recién llegados se sentaban a la mesa, Andrea les trajo unas cervezas frescas y abrió la botella de vino que Hau había llevado.

—Hay que abrirla un poco antes de beber el vino, para que se oxigene —explicó.

Les preguntó si les apetecía comer pasta italiana, la auténtica, a lo que todos contestaron que sí.

Mientras Andrea empezaba a preparar la cena, una mujer vietnamita apareció con un niño y una niña que debían tener cuatro o cinco años. Eran su exmujer y sus hijos. A Salvador le pareció extraño que estuviesen viviendo juntos si estaban divorciados, pero se guardó sus pensamientos para sí. Preguntó a Andrea si cenarían con ellos, pero al parecer los niños y la madre ya habían cenado.

Andrea era un hombre de conversación fácil y como le había dicho Linh, un gran cocinero; preparó los mejores espaguetis a la carbonara imaginables, eran sencillamente deliciosos. A él le puso delante un plato enorme, el doble que el de Hau o Linh. Se pusieron manos a la obra con los espaguetis, y después de terminarse las cervezas se bebieron el vino que Hau había llevado. Cuando vaciaron la botella de vino tinto, Andrea fue a buscar otra y la abrió.

—No pensé en abrirla antes, lo siento.

—No pasa nada. —Le quitó importancia Salvador.

Aunque el plato de Hau era pequeño, no pudo terminarse toda la comida y Salvador tuvo que ayudarla. El ambiente era muy amigable, pero volver a ver a Hau le había entristecido e intentaba compensarlo bebiendo vino y cerveza.

Salvador comentó que Andrea en España era un nombre de chica, y que el de chico era Andrés. A Andrea eso le pareció muy gracioso y les explicó una anécdota que había sucedido hacía unos años en Italia. Al parecer una pareja quiso poner a su hija de nombre Andrea, pero no les dejaron. La pareja hizo una queja formal a las autoridades, pero estas no le dieron la razón y le denegaron el permiso

para bautizarla como Andrea, se limitaron a recomendar a la pareja que llamaran a su hija Andreina, que era la forma femenina de Andrea en italiano.

—¿Qué nombre le pusieron a la niña al final? —preguntó Linh.

—No sé cómo acabó la historia, la noticia salió en los periódicos y no decían nada del nombre que los padres finalmente pusieron a su hija —respondió Andrea.

—Me gusta saber cómo acaban las historias —se quejó la jovencita.

—Lo siento.

Esa fue una de las pocas intervenciones de Linh en la conversación, la que más hablaba era Hau, cómo no, aunque Andrea también resultó ser bastante parlanchín. Salvador no tenía muchas ganas de charlar, pero después de beber cerveza y vino tinto, su humor mejoró.

Andrea era un buen cocinero y durante más de un año había regentado un restaurante italiano en el distrito 2, pero el precio del alquiler era tan alto que casi no le quedaba ningún beneficio para él, y hacía unos meses había decidido dejarlo correr. Estaba pensando en una idea nueva de negocio, algo así como un cocinero *online*, la gente le encargaría la comida, él la cocinaría en su casa y se la llevaría a los clientes a domicilio.

—Y cuando digo la gente no me refiero solo a personas particulares como nosotros, sino a cafeterías, restaurantes y hoteles. Si un restaurante quiere ofrecer lasaña, pero les parece demasiado complicado cocinarla, no hay ningún problema, Andrea les prepara las lasañas, las congela y se las vende, y cuando un cliente de ese restaurante les pide una buena lasaña italiana solo tienen que descongelarla y ponerla al horno durante veinticinco minutos.

—Me parece una idea estupenda —le apoyó Hau—. No tienes que pagar alquiler y si les preparas buena comida cada vez te harán más comandas.

—¿Qué otras cosas podrías preparar? —se interesó Salvador.

—La lasaña, las salsas para acompañar la pasta, masa para las *pizzas*, postres, auténtica pasta italiana que es difícil de encontrar en Vietnam, este tipo de cosas. Sería sobre todo para gente pudiente, buenos restaurantes y hoteles de cuatro o cinco estrellas.

Hau habló de su viaje a Italia, pero sin hacer ninguna referencia al chico italiano del que se había enamorado ni al hecho de que no se lo había contado a su familia; se limitó a decir que habían sido unas vacaciones en las que aprovechó para visitar a unos amigos que vivían

en Italia. Destacó la comida, el vino y la amabilidad de los italianos.

—¿Qué platos te gustaron más? —le preguntó Andrea.

—Todo me encantó, la pasta, las *pizzas*, los helados, los postres… Mis postres preferidos, aparte de los helados fueron, el tiramisú y el *cannolo siciliano*.

—Ah, sí, el *cannolo siciliano*, ¡me encanta!

—¡En solo un mes engordé tres kilos! En cuanto volví me tuve que poner a dieta.

—Estas chicas siempre pensando en la línea.

—Traje dos salamis grandes, pero yo sola no me voy a comer los dos. Si te gusta el salami, te traeré uno —le ofreció Hau.

—¿Cómo son de grandes?

Andrea le dijo que el salami era caro y que si le llevaba uno de los dos salamis él le daría a cambio tres paquetes de lasaña.

Hasta ese momento todo había sido normal, una cena entre amigos, nada más. Era cierto que Linh no decía gran cosa, pero siempre hay alguien que es el que menos habla de entre todos los que se reúnen alrededor de una mesa para cenar.

De repente, algo inesperado tuvo lugar. Andrea se levantó para retirar cosas de la mesa, fue al baño y se acercó a la habitación en la que estaban la exmujer y sus dos hijos. Los invitados escucharon como empezaba una discusión que en lugar de atenuarse fue a más. Andrea volvió al comedor, pero su exmujer le siguió y continuó recriminándole algo. En pocos minutos los dos estaban gritándose el uno al otro. Para sorpresa de Salvador, la discusión no fue ni en inglés ni en vietnamita, sino en italiano. Ni Hau ni Linh sabían de lo que estaban hablando, pero aunque él no hablaba italiano, podía entender algunas palabras debido a la similitud con el castellano; aunque evitaban usar el nombre, se dio cuenta de que la pelea tenía algo que ver con Linh y su presencia en la casa.

Cuando parecía que la cosa no podía ir a peor, la exmujer cogió un cuchillo grande de cocina y amenazó a Andrea con clavárselo. Ni Salvador, ni Hau, ni Linh podían creerse lo que estaban viendo. Andrea empezó a hablar en inglés para que todo el mundo pudiera entender lo que decía.

—¿Qué vas a hacer, qué quieres hacer? ¿Matarme? ¡Mátame, venga, mátame! ¡Mátame delante de todo el mundo!

Cuando Andrea se puso a hablar en inglés, su exmujer empezó a gritarle en vietnamita, Salvador no entendía lo que decía, pero no podía ser nada bueno.

Al final la exmujer le tiró el cuchillo contra el pecho y se fue a la habitación. Afortunadamente, no le mató, el cuchillo se limitó a golpearle en el cuerpo, y a caer al suelo sin mayores consecuencias. Mientras lo recogía, Andrea dijo varias palabrotas en italiano, lo guardó y se acercó a sus invitados para disculparse.

Se sentó, todavía algo alterado, y les explicó que su ex a veces se volvía loca de celos si había otras mujeres cerca y actuaba como si aún estuviesen casados, pero estaban divorciados y él podía invitar a cenar a quien quisiera.

—Además, ¿qué mal estamos haciendo aquí, cenando y hablando? Ninguno.

Después de la espectacular discusión y cuando los ánimos ya se habían calmado, le tocó el turno a Linh. Empezó a hacerse la ofendida, sacó el teléfono móvil y se puso a contestar mensajes y a chatear, pero los otros tres no le hicieron mucho caso y eso aún le sentó peor; al ver que nadie le decía nada, se levantó y dijo que tenía que irse. Eran casi las once de la noche y a Salvador le dio la sensación de que si Linh se iba, Hau también se iría. Andrea le había caído bien, pero no le apetecía quedarse en el piso con él y su exmujer. En cuanto vio que Hau se levantaba, él también se incorporó.

Andrea intentó retenerlos y les pidió que no se fueran aún, que se quedaran un rato más, pero Linh estaba decidida a irse y Hau y Salvador la acompañaron. Mientras cruzaban el umbral de la puerta, Andrea se disculpó por el espectáculo con su exmujer y les dijo que otro día que no estuviesen ni ella ni los niños podían volver a quedar.

Una lluvia suave y agradable como la del día en el que Salvador había quedado con Ngoc les dio la bienvenida cuando salieron del edificio. Linh se había distanciado unos metros de ellos y se sentó en un banco sin hacer ningún esfuerzo por no mojarse. Salvador se acercó e intentó hablar con ella, pero no parecía muy interesada en lo que él tuviese que decirle y continuó impertérrita mojándose en el banco.

Salvador volvió con Hau y le dijo que no sabía lo que le pasaba a Linh. Hau le pidió que se esperase un momento y en esa ocasión fue ella la que se acercó a la chica enfadada, se sentó a su lado y habló un rato con ella. Finalmente, la convenció para que fuese con ellos y llamó a un taxi. Mientras Salvador se subía, recordó que habían dejado la moto de Hau aparcada en el subterráneo del edificio.

—¿Y tu moto?

—Mañana vendré a recogerla.

A Salvador no le gustaban las discusiones ni las peleas, se había alarmado al ver a la exmujer de Andrea amenazándole con un

cuchillo, pero los problemas que pudieran tener esa pareja o expareja no tenían nada que ver con él y no le interesaban.

En cuanto a que Linh después de la cena hubiese empezado a interpretar un rol de drama adolescente, tampoco era algo que a él le hiciera disfrutar, pero Linh no era una amiga como podía serlo Huyen, ni estaba enamorado de ella, como sí lo estaba de Hau, y aunque le supiera mal que Linh no se lo hubiese pasado muy bien en la cena, no había nada que Salvador pudiese hacer. Además, había sido idea suya, o sea que si no le gustaba lo que había pasado la culpa era de ella y de nadie más.

El taxista conducía y ni Salvador, ni Hau, ni Linh decían nada. ¿Por qué Hau no había dejado que Linh volviese a su casa por sus propios medios? No podría volver en moto a su casa y tendría que coger otro taxi al día siguiente para ir a buscar su Vespa. No tenía sentido.

Después de veinte minutos, Hau rompió el silencio.

—¿Hay alguna habitación libre para nosotras en tu hotel?

—No, solo alquilan las habitaciones por meses y están todas llenas.

Salvador no tenía claro cuál era el plan de Hau, pero algo le decía que lo mejor era seguirle la corriente.

—¿Y el hotel en el que estuviste antes durante varias semanas?

—El Spring House Hotel. Está en la calle Pham Ngu Lao, casi al lado de De Tham.

—¿Está bien de precio?

—Sí, limpio y precio razonable.

Hau dio la dirección al conductor y al cabo de cinco minutos el taxi se detuvo delante del Spring House Hotel. El taxímetro marcaba ciento sesenta mil dongs que pagaron a medias entre Hau y Salvador. La lluvia era casi imperceptible, el suelo estaba mojado y la gente iba hacia la calle Bui Vien a beber y a divertirse.

La recepcionista reconoció a Salvador y le saludó.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Queremos dos habitaciones.

Había dos libres en la tercera planta, la 3.1 que tenía cama de matrimonio, y la 3.3 con dos camas individuales.

Salvador entró en la 3.1, encendió la luz y dejó la puerta abierta. Hau y Linh se metieron en la 3.3 y tampoco cerraron la puerta.

Mientras Hau iba a la habitación de Salvador y se sentaba en la cama al lado de él, Linh salió de la suya y se sentó en la escalera.

—¿Qué le pasa? —preguntó Salvador.

—Nada, aún es una cría, la reina del drama. Solo quiere llamar la atención.

—¿Entendiste por qué discutían Andrea y su exmujer?

—No estoy segura, creo que tenía que ver con Linh —dijo Hau susurrando para que Linh, que estaba a pocos metros, no la oyera.

—A mí también me lo pareció. A lo mejor se ha acostado con él y a la exmujer no le gusta que vaya a su casa. Lo que no entiendo es por qué aún viven juntos —comentó Salvador con un hilo de voz.

—Por los niños.

—¿Para que la separación no les afecte?

—Me imagino.

—Pues con esas discusiones a gritos, seguro que les traumatizan más que si estuviesen separados —sentenció Salvador.

Hau miró los muebles de la habitación: la cama, la mesita de noche, el armario, la mesa y la silla.

—Todo está hecho de bambú.

—Tiene su encanto.

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí?

—Varias semanas, casi dos meses.

Los dos se quedaron callados durante unos minutos.

—Voy a meter a Linh en la cama, espérame —dijo Hau en voz baja.

Salió y se sentó en la escalera al lado de Linh, que no se había movido. Habló con ella y la convenció para que entrase en la habitación. Salvador escuchó como Hau cerraba la puerta, le había dicho que la esperara y eso iba a hacer. Se levantó para entornar la puerta, no quería dejarla completamente abierta, pero tampoco quería que cuando Hau volviese se encontrase la puerta cerrada y pensara que él estaba durmiendo.

Una pesada somnolencia se apoderó de él. Decidió darse una ducha para refrescarse y despejarse, se cepilló los dientes, se secó cuidadosamente y se sentó en la cama con la toalla alrededor de la cintura. Le habría gustado tener ropa limpia para ponerse, pero solo tenía la que había llevado en la cena. No le gustaba la idea de que Hau entrara en la habitación y le encontrara desnudo, solo con la toalla enrollada. Si supiera que iba a tener tiempo suficiente iría hasta

su hostal y se cambiaría, no le llevaría más de veinte o treinta minutos entre ir, ponerse ropa limpia y volver, pero no era una buena idea. Estaba convencido de que si se iba, Hau entraría en la habitación y al ver que no estaba ahí se iría a dormir con Linh. No podía irse.

La luz era demasiado intensa y le molestaba, apagó la lámpara de techo y encendió la de la mesita de noche. Su luz suave y tenue era mucho más agradable y conveniente para recibir a una chica.

El tiempo pasaba, Hau no iba y no se oía nada, solo el ruido monótono del aire acondicionado. Se acercó a la habitación de las chicas y puso la cabeza contra la puerta para intentar escuchar lo que estaban haciendo, las oyó hablando en vietnamita, pero no pudo entender nada. Regresó a la suya, dejó la puerta abierta unos centímetros y se tumbó en la cama. Lo único que podía hacer era esperar.

Hau seguía sin aparecer. Después de todo, a lo mejor no iba a ir. Quizá nunca tuvo intención de volver a su habitación.

Mientras el sueño se apoderaba de Salvador, los pensamientos se sucedían uno tras otro. Se había vuelto a hacer ilusiones con Hau, durante un instante, cuando la tuvo sentada a su lado, había estado a punto de besarla, pero no se había atrevido. Quizá esa había sido su oportunidad, la última oportunidad de besarla. Con esas ideas dando vueltas en su cabeza, Salvador cerró los ojos. Había estado intentando mantenerse despierto, pero cuando se dio cuenta de que Hau no iba a ir, se dejó llevar, el sueño le venció y se durmió.

La puerta seguía entornada, el aire acondicionado funcionaba haciendo su característico ruido molesto, y la lámpara que había en la mesita de noche hecha de bambú continuaba encendida, iluminando tenuemente a un hombre alto y fuerte, pero tímido y apocado con las chicas.

Le despertó la puerta al cerrarse, pero no abrió los ojos. Tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba y de lo que había pasado. Hau había entrado en la habitación y había cerrado la puerta. La chica se acercó a la cama, se sentó y apagó la luz de la mesita de noche. Salvador abrió los ojos, vio la silueta de Hau en la penumbra y se hizo a un lado para que ella también pudiese meterse en la cama. Sin decir nada, la abrazó y la besó.

Un pequeño malentendido

Por la mañana, cuando Salvador y Hau se levantaron, Linh ya se había ido. Le pareció perfecto porque no le apetecía ver otra escena de enfado por parte de Linh. A Hau le habían quedado algunas cosas pendientes por hacer y tenía que trabajar. Salvador pensó en ir al gimnasio, pero en cuanto Hau se fue cambió de parecer. Era el primer día de una nueva vida y no pensaba hacer nada que sonase a obligación. Ya iba muy a menudo a entrenar, y no hacía falta hacerlo todos los días.

Aquel era un día para no hacer nada, solo pasear y recrearse con lo que había sucedido la noche anterior. El estado de júbilo que sentía mientras volvía a su hostal era indescriptible. El sol brillaba más de lo habitual, el azul del cielo era más intenso y el mundo estaba mucho más vivo de lo que nunca había estado. Tenía la sensación de estar flotando, y no podía evitar sonreír constantemente.

Le hubiera gustado compartir ese momento con Ramón, pero desde que su amigo de Zaragoza se había mudado a vivir con Santiago y Enrique al distrito 2, quedar con él era más difícil. Decidió ir a desayunar a la cafetería en la que se habían conocido.

Bebió el café dando pequeños sorbos y después se deleitó con los cruasanes, uno normal y otro de chocolate, como a él le gustaba. Se notaba que era sábado, había mucha más gente de la habitual y la cafetería estaba casi llena. Repasó lo que había sucedido la noche anterior una y otra vez.

Todo había empezado con esa estúpida y maravillosa idea de Linh de decirle a Andrea que Salvador estaba casado. La vida a veces era extraña e imprevisible. ¿Quién habría pensado que tendría que estarle agradecido a aquella jovencita por su loca ocurrencia? En apenas un par de días había pasado de estar enfadado con ella a sentir una infinita gratitud. No, claro que eso no era lo que Linh había planeado, pero lo que hubiese planeado o dejado de planear no importaba, no importaba en absoluto; lo único que tenía valor en ese momento era el resultado. Y el resultado era que Salvador había pasado de no ver a Hau, a verla; y de hacer ver que era su mujer, a que fuese su chica. Porque Hau era su chica, ¿verdad?

La noche anterior había ido a su habitación, se había acostado con él y habían dormido juntos. Claro que era su chica, ¿qué otra cosa podía ser? Sí, había gente que se metía en la cama con cualquiera, pero Salvador tenía muy claro que ella no era de esas.

Hau era su chica.

Cuando terminó de desayunar, aún en pleno estado de éxtasis emocional y de pensamientos eufóricos desbocados, recibió un mensaje de un número que no tenía en la agenda del teléfono.
Número desconocido:
La cena de ayer fue una locura. Esta noche estoy libre y no habrá nadie en casa. ¿Quieres venir y cenamos más tranquilamente? ¿A las 19:30?

Salvador leyó el mensaje de Hau enviado desde otro teléfono móvil y contestó inmediatamente.

Salvador:
Sí que fue un poco de locos. Te veo hoy a las 19:30.

Salvador suspiró. Otra velada con Hau, ya estaba impaciente por verla.

La verdad, no sabía qué hacer hasta la hora de la cena, después de desayunar dio un largo paseo por el distrito 1 y sin darse cuenta llegó a la Catedral de Notre Dame en Saigón. Cuando había querido visitarla con Ngoc era de noche, ya estaba cerrada y no había tenido la oportunidad de verla por dentro. Se acercó a la entrada, vio la puerta abierta y entró.

Tras la visita turística invitó a Ramón a almorzar. Se le ocurrió un desafío: Iría a buscarle en moto. Como no tenía un *smartphone* se tuvo que preparar cuidadosamente, cogió el portátil e hizo varias capturas de pantalla mostrando la ruta a seguir y el nombre de las calles por las que tenía que pasar. Confiaba en que si iba despacio y miraba de vez en cuando los fragmentos de mapa en el ordenador, podría llegar sin muchas dificultades.

Le llevó más tiempo del esperado, pero al final encontró el apartamento de Ramón, que cogió prestado uno de los dos cascos de Enrique, y guio a Salvador hasta un pequeño restaurante.

Mientras comían y Salvador le explicaba el motivo de su extrema felicidad, recibió otro mensaje, en esa ocasión Hau se lo envió desde su número habitual.
Hau:
Linh me ha enviado un SMS, Andrea nos ha invitado a cenar con ellos otra vez esta noche, dice que su exmujer y sus hijos no estarán. ¿Quieres ir?

Salvador descartó la idea inmediatamente, lo que quería era estar con Hau a solas.

Salvador:
No, no me apetece cenar con ellos otra vez, ayer ya tuve suficiente.
Hau:
OK. Si tú no vas, yo tampoco quiero ir.

Sin darle mucha importancia a la invitación de Andrea, continuó explicándole la historia a Ramón, que escuchaba con interés

y pedía más detalles sobre todo lo que le había pasado a su amigo la noche anterior.

Después de almorzar, qué mejor que otro café. Fueron en moto hasta una cafetería con aire acondicionado y sillas cómodas. Salvador estaba a punto de saborear su expreso, pero el tono de llamada del teléfono le interrumpió. Dejó la tacita en el plato y descolgó. Era Linh.

—*Andrea está muy enfadado.*

—¿Por qué? —contestó sorprendido.

—*Porque primero le has dicho que ibas a venir a la cena y después has dicho que no* —le recriminó Linh.

Salvador tardó un rato en ordenar sus ideas.

—Pero si no he hablado con Andrea.

—*Por la mañana te ha enviado un mensaje preguntándote si querías ir a cenar a su casa y le has dicho que sí, pero Hau me ha dicho hace un rato que ya no quieres ir y que ella no viene si tú no vienes.*

Una profunda incomodidad se apoderó de Salvador. En un instante lo entendió todo. Había sido un malentendido, un estúpido malentendido. El mensaje que había recibido por la mañana no se lo había enviado Hau desde otro teléfono, era Andrea invitándole a ir a su casa a cenar, pero estaba tan abstraído, tan fuera de sí que no se había dado cuenta y había dado por hecho que era Hau quien le había enviado ese mensaje.

Salvador estaba muerto de vergüenza.

—Linh, lo siento, no me di cuenta… No era mi intención, espera un momento, te llamo dentro de un rato y hablamos.

—*Vale, pero no tardes, Andrea está muy enfadado.*

—¡Mierda! —gritó Salvador después de colgar.

En un momento de confusión como ese, le fue muy bien estar con Ramón. Siguiendo su consejo, llamó primero a Hau y le explicó el malentendido. Hay que decir que Hau ni siquiera se enfadó y la situación le pareció muy divertida. Una chica con sentido del humor.

Después llamó a Linh y aceptó la invitación a la cena, pero entonces Linh le dijo por enésima vez que Andrea estaba muy enfadado y que ya no quería que fuesen.

Colgó y consultó de nuevo con Ramón.

—Ha sido culpa tuya, aunque lo hayas hecho sin querer. Tienes que ir a disculparte en persona, con Hau o sin Hau, con cena en casa de Andrea o sin cena.

Salvador sabía que su amigo tenía razón. Tenía que ir e iba a ir. Nueva llamada a Hau:

—Voy a ir, voy a ir. Todo esto es culpa mía y voy a ir a casa de Andrea a disculparme. El problema es que no sé dónde es, ¿tú te acuerdas? ¿Sabes cómo llegar?

—*Claro que lo sé.* —Rio Hau—. *Es mi ciudad.*

—Perfecto. ¿Me puedes dar la dirección? No me la digas, mejor que me envíes un mensaje.

—No hace falta.

—¿No?

—No, te iré a buscar en moto e iré contigo.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias, muchas gracias. ¿Eres consciente de que está muy enfadado y quizá no nos abra la puerta y vayamos para nada?

—No pasa nada, si no nos abre la puerta iremos a cenar a cualquier sitio y ya está.

—Esta es mi chica —la alabó Salvador.

Ramón, que no se había perdido detalle de la conversación, sonrió y levantó el pulgar en signo de aprobación.

—Ahora solo falta una cosa.

—¿El qué?

—Tienes que llevarle una botella de vino.

—No sé qué haría sin ti —dijo Salvador haciendo un gesto de aprobación con la cabeza.

Cogió la taza de café y bebió. Entre una cosa y otra se había olvidado de su expreso y se le había enfriado.

Salvador llamó al timbre con un nudo en el estómago. Llevaba una botella de vino en la mano derecha y Hau uno de los salamis de los que había hablado la noche anterior. Salvador estaba preparado para cualquier cosa. Andrea abrió la puerta, Linh estaba sentada a la mesa y antes de que nadie pudiese decir nada, Salvador empezó a decir que todo había sido culpa suya y a disculparse una y otra vez.

Andrea les invitó a pasar y Salvador le explicó, era la cuarta vez que lo hacía en el mismo día, cómo había malinterpretado la procedencia del mensaje matinal, dando así origen a un cúmulo de sinsentidos. El hombre italiano pareció relajarse al escuchar a Salvador pidiendo perdón y sacó unas cervezas que ayudaron a normalizar la situación. Después de varias horas de angustia y ansiedad, Salvador pudo volver a sentirse relajado.

Andrea recibió con alegría el salami que Hau le había llevado, era más grande de lo que había pensado.

—Esto no se puede encontrar en Vietnam —dijo mientras lo contemplaba como si se tratase de una obra de arte.

A cambio del salami, Andrea dio tres paquetes de lasaña.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias a ti, este salami es magnífico.

Ya de mejor humor, Andrea les preguntó si querían comer lasaña. Como el día anterior, todos estuvieron de acuerdo.

—Además, la lasaña ya está preparada, solo tengo que ponerla en el horno durante veinticinco minutos. Pero…

Los tres se quedaron mirando a Andrea.

—Pero primero hay que calentar el horno, no se puede poner la lasaña hasta que el horno esté a unos ciento ochenta o dos cientos grados. No lo olvides Hau, o no te quedará bien.

—Lo tendré en cuenta.

La lasaña satisfizo a los invitados completamente. Después de beberse la botella de vino tinto que Salvador había traído, Andrea abrió otra más.

—¿Dónde están tu exmujer y los niños? —preguntó Hau.

—Se han ido a pasar el fin de semana con los padres de mi exmujer. Así me dejan tranquilo un rato.

—Y tú puedes quedar con chicas, bribón.

—¿Por qué no? Vuelvo a estar soltero. Soltero y sin compromiso.

A medida que avanzaba la conversación hablando de chicos, chicas, solteros, solteras y bribones, se acabó descubriendo que Andrea había conocido a Linh en Friends in Vietnam, que Linh también había conocido a Salvador en Friends in Vietnam y que Salvador y Hau se habían conocido en… ¡Friends in Vietnam!

De alguna forma, esa cena y la del día anterior habían sido gentileza de una aplicación informática para conocer gente, o más específicamente para ligar. Al final se destapó que Salvador y Hau no estaban casados.

—Pensé que estaban casados. —Se limitó a decir Linh a Andrea con una sonrisa ladina.

Andrea se puso a hablar de algunas de las chicas que había conocido gracias a Friends in Vietnam, después de contar tres historias, Linh, tal y como sucediera la noche anterior, dejó de participar en la conversación, se empezó a sentir aislada, se puso a jugar otra vez con su teléfono móvil e interpretó de nuevo el papel de enfadada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Andrea.

—Nada, no me pasa nada —respondió Linh sin levantar la mirada del teléfono móvil.

—No sé qué voy a hacer con esta chica —suspiró.

Salvador no pudo evitar relacionar los dos hechos, las historias de chicas que estaba contando Andrea y el incómodo silencio de Linh. Quizá Linh y Andrea se habían liado, la cosa no había ido más allá y habían quedado como amigos, pero a Linh aún le gustaba Andrea y se sentía celosa cuando él hablaba de otras chicas.

La cena terminó con solo un poquito de drama, no hubo gritos ni cuchillos, simplemente Linh haciéndose la ofendida, pero la cosa no

fue a más. Salvador, Hau y Linh se despidieron de Andrea, Linh cogió un taxi y Salvador se subió a la moto de Hau.

—¿De dónde saca el dinero para pagar los taxis? —preguntó Salvador.

—Sus padres deben tener dinero.

—Una niña rica.

—Una niña con padres ricos —corrigió Hau.

—No se me ocurre otra explicación.

Aparcaron la moto en el hostal de Salvador y subieron a su habitación. Se sentaron en la cama y hablaron un rato.

—¿Si no hacemos nada te enfadarás? —preguntó Hau de repente.

—No. No me enfadaré —contestó Salvador disimulando su decepción al escuchar las palabras de la chica—. Voy a darme una ducha.

—Después iré yo.

Mientras Salvador se enjabonaba, se preguntó a qué se debía lo que ella le había dicho. ¿Estaría cansada? Quizá no le apetecía tener sexo, o a lo mejor no se encontraba bien, o tal vez le había venido la menstruación.

Salió envuelto en una toalla, y mientras Hau se duchaba se puso una camiseta y unos calzoncillos limpios, se tumbó y se quedó mirando el techo.

Cuando Hau hubo terminado, apagó las luces y se metió en la cama en ropa interior. Salvador no sabía qué hacer, deseaba abrazarla y besarla, pero ella le había preguntado si se enfadaría si no hacían nada. Una imagen de su hermana Yolanda mirándolo con una sonrisa burlona acudió a su mente. «¿Te vas a quedar ahí parado teniendo a la chica de la que estás enamorado en ropa interior en tu cama?», dijo Yolanda. «Cállate, este no es momento», contestó mentalmente Salvador. «Perdedor», sentenció con desprecio la hermana imaginaria.

Salvador se puso tenso por unos momentos, y alargó el brazo derecho para atraerla hacia sí. Hau se acercó a él y respondió a su abrazo.

Otra extraña coincidencia

Salvador encontró el cinturón de Hau entre su ropa, al irse por la mañana se lo había olvidado. Lo enrolló y lo puso dentro del armario.

Sentía la misma alegría incontenible que había experimentado el día anterior, hasta que el malentendido con Andrea había perturbado su estado de ánimo. Se quedó un rato tumbado boca arriba en la cama con los ojos abiertos. Estaba muy relajado y en calma, como si todas las preocupaciones y los problemas del mundo se hubiesen disuelto. Se dejó llevar por ese estado, podía sentir el interior de su cuerpo lleno de vida, sin tensión, pero vibrante. Tomó conciencia de que los pensamientos de la mente habían sucumbido y ya no estaban ahí, simplemente habían desaparecido.

Disfrutó de esa quietud mientras duró, como un equilibrista haciendo una maniobra de máxima dificultad, que, aunque sabe que en cualquier momento perderá el control y se caerá, hace todo lo posible por aguantar unos segundos más. La mente se agitó de nuevo, los pensamientos despertaron y el silencio cesó.

Era la tercera vez que se veía sumido en ese extraño estado de paz desde que había ido a vivir a Vietnam. En esa ocasión la experiencia tampoco fue muy larga, quizá solo uno o dos minutos, pero uno o dos minutos maravillosos. Se preguntó cómo sería vivir sin pensamientos innecesarios, sintiendo esa profunda serenidad, no durante unos breves instantes, sino siempre. Le daba la sensación de que eso no debía ser posible. Una lástima, una verdadera lástima.

Un mensaje de Ngoc le interrumpió, estaba libre y quería saber si le apetecía ir a tomar un café. Le pareció una gran idea y contestó de inmediato.

—¿Qué has hecho estos días?

—Estudiar y hacer trabajos. Tengo una montaña de trabajos por hacer. Me parece una completa pérdida de tiempo, pero son obligatorios y si no los hago me suspenderán y no podré graduarme —se lamentó Ngoc.

—Eso sería malo.

—Sería un maldito desastre.

—Ya te debe faltar poco para acabar.

—Si todo va bien, seis semanas, este mes de mayo y las dos primeras de junio. No te imaginas las ganas que tengo de terminar.

—Sí que me lo imagino.

Habían quedado en el distrito 1, en una cafetería con un pequeño jardín que Ngoc había recomendado. Estaba en una calle corta y poco transitada, la parte exterior tenía plantas y flores coloridas que hacía muy agradable sentarse ahí para tomar algo, y la interior estaba dividida en dos zonas, una con aire acondicionado y otra sin, pero con una pequeña cascada artificial encantadora. A ambos les apetecía estar al aire libre y se habían sentado en medio del jardín, en una parte en la que no daba el sol y se estaba más fresquito.

—Y tú, ¿has hecho algo interesante?

—La verdad es que sí. He vuelto a quedar con la chica de la que te hablé —dijo Salvador haciéndose el interesante.

—¡Qué bien! Has vuelto a quedar con Hau, la contable de veintisiete años.

—Qué buena memoria tienes.

—Ja, ja, no para todo. ¿Te has acostado con ella?

—Tendrás que escuchar toda la historia si quieres saberlo.

—Vale, vale —se interesó Ngoc.

Salvador ya le había contado en el chat las tres primeras citas con Hau y cómo las cosas se torcieron, pero a petición de Ngoc, se lo volvió a explicar todo desde el principio, con más detalles y recreándose en la historia. Cuando Salvador estaba narrando la primera cena en casa de Andrea, Ngoc se lo quedó mirando fijamente.

—No me lo puedo creer —le interrumpió.

—¿El qué?

—Fuiste a cenar al piso de Andrea, el cocinero italiano.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Qué mala memoria tienes. Te dije varias veces que cuidaba a un niño y a una niña, que el padre era italiano y la madre vietnamita.

Salvador no se había dado cuenta.

—Pero… Andrea está divorciado.

—Ya lo sé, están divorciados, pero siguen viviendo juntos porque creen que es mejor para los niños.

—Eso no me lo contaste.

—No me pareció importante —se defendió Ngoc.

—¿Seguro que son los mismos?

—Seguro, el piso está decorado con motivos culinarios y él es de Caserta.

—¡Sí, es ese! ¡Buenísimo! He estado en el piso en el que trabajaste.

—Y también has conocido a Linh.

—Sí.

—Linh es la chica que estaba antes que yo, creo que se acostó con Andrea y la exmujer la despidió.

—¡Eso tiene sentido! —exclamó Salvador—, pero déjame

continuar.

Le contó todo lo que había pasado durante los dos días anteriores, el viernes, y el sábado. Cuando terminó la historia en la que se había limitado a decirle que se había acostado con Hau, Ngoc sonrió con complicidad.

—¿Genial, no?

—Estoy encantado.

—Ahora vamos a por la versión para adultos —dijo Ngoc poniéndose seria de repente—. ¿Cómo fue en la cama?

Bella Donna

El lunes, sus cuatro alumnas querían saber el porqué de su buen humor. Se limitó a decir que estaba contento, eso era todo, pero Thao, la más alta, no satisfecha con la respuesta, insistió y le preguntó si había encontrado novia. Salvador se quedó un poco desconcertado ante la ocurrencia de la niña, que por cierto había acertado de pleno, y algo incómodo empezó escribir en la pizarra unos ejercicios sobre lo que habían aprendido la semana anterior para ver si se acordaban.

Al salir de clase, cuando ya pensaba que las chicas se habrían olvidado del tema, una de las gemelas, Thi, volvió a la carga.

—¿Has encontrado novia o no?

—Eso es privado.

—Somos tus alumnas.

Salvador sopesó sus siguientes palabras.

—Por eso mismo —dijo sonriendo.

—Tiene novia —sentenció Thao como quien sabe de lo que está hablando.

Por la noche quedó con Ramón en el Bella Donna, un restaurante familiar de tres plantas situado en el distrito 1, con muy buena valoración en una prestigiosa web sobre hostelería.

Mientras el camarero abría la botella de vino tinto que Salvador había pedido, el *Ti Amo* de Umberto Tozzi, sonaba en el restaurante italiano.

—¿Qué celebramos? —preguntó Ramón.

—La consumación con Hau.

—Por la consumación con Hau.

Levantaron las copas y brindaron.

Salvador sentía curiosidad por saber si su amigo había vuelto a hablar con Hien, pero le daba reparo preguntárselo.

—Y tenemos que celebrar algo más, no tan importante, pero bueno —añadió Ramón.

—¿El qué?

Salvador esperaba algo como: «He vuelto a ver a Hien». Pero era otro tipo de buena noticia.

—He terminado mi primera historia corta.

—¡Cojonudo!

Los dos amigos levantaron las copas de nuevo.

—Por la consumación del primer relato corto de Ramón —enunció Salvador con voz alta y clara.

—Por mi primer relato.
—Qué guardado te lo tenías, has estado escribiendo en secreto.
—Es lo mejor, para evitar presiones innecesarias.
—Has hecho bien, has hecho bien. ¿Y de qué va?
—Tendrás que leértelo.
—Lo estoy deseando. Envíamelo.

El elenco de canciones italianas era del agrado tanto de Salvador como de Ramón, la mayoría eran temas románticos, ya fueran clásicos de los años setenta y ochenta o canciones de autores más contemporáneos, tales como Eros Ramazzotti y Laura Pausini.
—¿Te acuerdas de cómo era Eros Ramazzotti al principio? —preguntó Ramón mientras esperaban la comida cuando sonó una de sus canciones más famosas.
—¿En qué sentido?
—Al empezar su carrera.
—La verdad es que no —reconoció Salvador.
—En sus primeras actuaciones apenas se movía, se situaba delante del micrófono y se limitaba a cantar, pero años después, en pleno auge de su carrera, sus actuaciones eran un verdadero espectáculo, bailaba, saltaba y corría de un lado a otro del escenario.
—Sí, de eso sí que me acuerdo.
—A lo que voy es a que no importa si uno es tímido y no sabe o no se atreve a bailar, con dinero se paga todo. Un buen coreógrafo y suficientes horas de práctica, y un tipo soso que parece que tenga los pies soldados en el suelo se convierte en el tío más marchoso del mundo.
—¿Quieres decir que la mayoría de estrellas del espectáculo no lo serían si no se rodeasen de los asesores adecuados?
—Eso mismo —afirmó Ramón.
—¿Y qué clase de asesores necesita un escritor para convertirse en una estrella de las librerías?
—Un buen agente, por supuesto, y un buen editor.
—Tiene sentido. Porque bailar, lo que se dice bailar, al escritor no le hará falta.
—Mientras no publique libros de danza.
—Cierto.

—Enrique me ha explicado cómo hacerlo —dijo Ramón—. Mañana por la mañana cogeré un autobús que me llevará hasta la frontera con Camboya. Ahí me harán un nuevo visado para poder entrar en Vietnam otra vez.
—Parece fácil.
—Lo hace mucha gente, cuando ya no es posible extender el

visado hay que salir del país y volver a entrar para que te hagan un visado nuevo, y como Saigón está muy cerca de la frontera con Camboya, la mayoría va hasta ahí en autobús. Es la opción más barata.

—Pero para entrar en Camboya necesitas un visado.

—Sí, son dos visados, uno para entrar en Camboya y otro para volver a Vietnam.

—Y Enrique ya lo ha hecho.

—Lo tuvo que hacer el mes pasado.

—¿Y Santiago? —preguntó Salvador.

—No, él no lo necesita.

—¿Por qué?

—Tiene permiso de trabajo por dos años y con eso le hacen una tarjeta de residencia temporal también por dos años.

—¿Puede entrar y salir de Vietnam cuando quiera?

—Por eso lo llaman residencia temporal.

—O sea que sí.

—Sí.

—Qué bribón con suerte está hecho. Un buen sueldo, permiso de trabajo, residencia temporal, una novia que cualquiera querría…

—Tampoco te creas. No es lo que parece.

—¿No?

—Las apariencias engañan amigo —afirmó Ramón con un halo de misterio.

Salvador pinchó lentamente un ravioli relleno de queso de cabra con el tenedor y asintió con la cabeza, esperando con expectación a que Ramón desvelase los secretos ocultos de Santiago.

—Parece la vida perfecta para un madrileño en busca de fortuna en Saigón, como a él mismo le gusta denominarse. Gana dos mil euros al mes trabajando solo veinte horas por semana, porque como se vanagloria en decir, pasa de preparar una puta clase. Además, la academia esa para ricos en la que da clases está tan cerca de nuestro piso que si quisiera podría ir andando, y no tendría ni que gastar gasolina, pero no lo hace porque es un perezoso y porque le gusta fardar con su reluciente moto nueva.

—Así que tiene una reluciente moto nueva.

—Le ha costado más de cinco mil euros.

—No se está de nada —comentó Salvador.

—Ese es uno de los problemas, no el único. Es un despilfarrador, si algo le gusta no se pregunta cuánto dinero cuesta o si le va bien comprárselo en ese momento, simplemente se lo compra. Eso en sí no sería tan grave porque con su salario se lo podría permitir, sino fuera por los gastos fijos extra.

Salvador había terminado con todos los raviolis y seguía

teniendo hambre, hizo un gesto a uno de los camareros para que le trajera la carta. Ramón tenía unos espaguetis a la carbonara enrollados en el tenedor y parecía no decidirse a comérselos de tan concentrado como estaba en los chismes sobre Santiago.

—Gastos fijos siempre hay, el alquiler, la comida…

Ramón aprovechó la intervención de Salvador para continuar con sus espaguetis.

—No, no, eso son gastos fijos normales, me refiero a gastos fijos extra.

—¿Gasolina? ¿Mantenimiento de la moto? —aventuró Salvador.

—Cervezas y Hà.

—Cervezas y Hà —repitió lentamente saboreando las palabras.

—Sí. Aunque no lo quiera reconocer, Santiago es alcohólico, cada día se bebe al menos 5 o 6 cervezas.

—¿Las has contado?

Ramón asintió con la cabeza mientras comía sus espaguetis. El camarero trajo la carta a Salvador.

—¿Nos partimos una *pizza*?

—Venga —aceptó Ramón.

—¿Alguna preferencia?

—La que quieras, me gustan todas.

—Pues… Una *pizza capricciosa*.

—Tardará unos quince minutos —les informó el camarero.

—No hay problema —dijo Salvador.

—Las cervezas… —Intentó continuar Ramón.

—Santiago se bebe cada día cinco o seis cervezas de las normales, las de trescientos treinta mililitros —interrumpió Salvador.

—Sí, de las normales.

—Unos dos litros de cerveza al día.

—Como mínimo. Pueden ser más, pero nunca menos, y a veces las complementa con otras bebidas.

—¿Por ejemplo?

—Vino tinto y *whisky*.

—No está mal. ¿Cuántos años hace que bebe?

—No estoy seguro, pero debe hacer varios.

—¿Bebe por la mañana?

—Cada mañana.

—¿Si no bebe por la mañana se encuentra mal?

—Sí, se pone de mal humor, agresivo y le tiemblan las manos.

—Ya veo. —Salvador quedó sumido en una profunda reflexión —. Es alcohólico —concluyó.

—Pero lo niega.

—La mayoría de alcohólicos no reconocen que tienen un problema. El alcohol es el gasto fijo extra número uno. ¿Y el número

dos?

—Hà.

—Hà.

—Su novia Hà.

—Eso he dicho. La profesora de *fitness* que atrae las miradas lascivas de los hombres del gimnasio.

—Y de fuera del gimnasio —completó Ramón.

—Al menos de los heterosexuales.

—Se sobreentiende.

—Y de las lesbianas.

—Sí, claro —reconoció Ramón.

—¿Y el gasto extra fijo que supone Hà es mayor o menor que el del gasto extra fijo de las bebidas alcohólicas?

—A tanto no llego, pero Hà es definitivamente una chica cara de mantener.

—Y exige ser mantenida.

—No sé si mantenida, porque creo que su salario de profesora de *fitness* está bastante bien, pero Hà es de gustos caros, cada vez que salen a cenar o a tomar algo paga Santiago y si van de vacaciones se lo tiene que pagar todo.

—¿Todo, todo? Hotel, vuelo…

—Absolutamente todo, y el hotel como mínimo tiene que ser de tres estrellas, de cuatro si es posible. El vuelo no puede ser el más barato que sale a las cinco de la madrugada o a medianoche, tiene que ser un vuelo a una hora razonable, ni muy pronto ni muy tarde.

—Y esos vuelos son más caros.

—Normalmente sí.

—Resumiendo, ¿cuánto dinero le queda a fin de mes a Santiago?

—¿A fin de mes? A fin de mes nada, y a principios de mes tampoco.

—¿Nada a principios de mes? —se sorprendió Salvador.

—Entramos en el piso el 10 de abril, hoy es 7 de mayo, tenemos que pagar el alquiler en tres días, el 10 de mayo y le he tenido que dejar dinero para pagar el alquiler.

—Pero él ya ha cobrado de la escuela.

—Le pagan el día cinco —explicó Ramón.

—¿Se ha gastado dos mil euros en dos días?

—Sí y no. Los ha tenido que usar para saldar la cuenta de su tarjeta de crédito.

—¿De dónde saldrá el dinero para este mes, la comida, y los gastos fijos extra, bebida y Hà?

—De la tarjeta de crédito.

—Y el mes que viene volverá a estar en las mismas, porque este

mes tampoco se va a estar de nada —aventuró Salvador.

—¡Eso es!

—Es un desastre, vive al filo de la navaja. —En ese momento sonó el teléfono. Era Hau. Salvador salió del restaurante para poder hablar con comodidad porque dentro había demasiado ruido.

—*Hola, ¿cómo estás?* —le saludó Hau con voz apagada.

—Muy bien, ¿y tú?

—*Bien.*

Ni el tono de voz de Hau, ni el silencio que prosiguió presagiaban nada bueno.

—¿Pasa algo?

—*Te llamo para despedirme.*

—¿Te vas de viaje? —preguntó Salvador sin entender.

—*No, no me voy a ninguna parte.*

—¿Entonces?

—*Llamo para decirte adiós.*

—¿Adiós? ¿De qué estás hablando?

—*No volveré a quedar contigo.*

—¿Qué? Por… por… ¿por qué no?

—*Estoy enamorada de otro hombre.*

La mente de Salvador se esforzaba por asimilar lo que acababa de oír y trató sin éxito de decir algo con sentido.

—*¿Estás ahí?*

—Sí. —Se obligó a decir Salvador.

—*Lo siento. De veras.*

Aunque continuar con la conversación no parecía tener mucho sentido, había algo que necesitaba saber antes de colgar.

—¿De quién?

—*Del chico italiano.*

—¿De Andrea?

—*No, hombre no. Del chico italiano que fui a ver a Italia el verano pasado.*

Así que era eso, seguía enamorada de aquel tipo, fuera quien fuese.

—Sigues enamorada de él.

—*Sí.*

De repente, Salvador recordó algo y se obligó a hacer otra pregunta.

—La tercera vez que quedamos. ¿Te acuerdas?

—*Claro que me acuerdo.*

—Antes de que nos viésemos, ¿habías hablado con él?

—*Sí.*

—Por eso me dijiste que no querías salir conmigo.

—*Fue uno de los motivos* —reconoció Hau.

Un embarazoso silencio los separó.

—*¿Hay algo más que quieras preguntarme?*

—No, creo que no.

—*Lo siento.*

—Yo también.

—*Qué tengas suerte, adiós.*

—Adiós.

Una angustia y decepción insoportables se apoderaron de Salvador, empezó a marearse y tuvo que andar y respirar profundamente durante unos minutos para evitar el ataque de pánico que le estaba viniendo. Cuando se sintió mejor, entró en el restaurante y se sentó a la mesa con una expresión completamente cambiada a la que tenía cuando se había levantado. La *pizza capricciosa* le estaba esperando.

—Si que has tardado. ¿Y esa cara? ¿Qué ha pasado?

—Se ha acabado —suspiró Salvador.

La cajonera negra

No sabía si tenía algo que ver con la despedida de Hau o no, pero Salvador pasó una mala noche. Volvió a tener la repetitiva pesadilla en la que no podía salir de una casa ni encender las luces, y de nuevo se despertó gritando, asustado y con el cuerpo chorreando de sudor. Ese sueño era una de las cosas que más odiaba en el mundo. Una vez despierto le parecía sencillamente estúpido, pero mientras estaba atrapado en él, era realmente aterrador. Muchas personas tenían pesadillas, y a veces soñaban que les perseguían para matarlos. Al menos en una situación así el miedo estaba justificado, pero en la suya ni siquiera había algo o alguien amenazándole o persiguiéndole, solo oscuridad.

Le daba miedo la oscuridad en esas pesadillas, pero en su vida real no le tenía ningún miedo, siempre dormía con la luz apagada, y si había alguna luz encendida cuando quería dormir le molestaba.

En su sueño recurrente, a medida que intentaba encender la luz y no lo conseguía, pasaba de la intranquilidad al temor, del temor al miedo, y del miedo al terror. Estar sumido en una oscuridad absoluta era aterrador, y el hecho de no poder salir de la casa para encontrar algún sitio iluminado le llevaba a un estado de pánico incontrolable.

La casa siempre era distinta y desconocida para él, no había vivido ni estado en ninguna de ellas. A veces era tan pequeña como un piso con un solo dormitorio, en otras ocasiones se trataba de una mansión enorme llena de salas y habitaciones de todo tipo. Grande o pequeña, la situación siempre era la misma, estaba solo y a oscuras, no podía oír ni ver nada, y moverse por la casa requería bastante esfuerzo, como si su cuerpo fuese muy pesado, y nunca, nunca había conseguido ni salir de la casa ni encender alguna luz. Una de las variantes del sueño era que a veces sentía una presencia que le aterraba cerca de él, pero jamás había llegado a ver ni a escuchar ni a tocar a nadie. Al final, con presencia aterradora o sin ella, siempre se despertaba presa del pánico y la desesperación.

Por la tarde tuvo que ir a dar la clase de matemáticas. Hizo todo lo posible por disimular su estado de ánimo, pero nada escapaba al ojo escrutador de sus cuatro niñas. Esta vez fue la chica rolliza, Mai, la más perezosa de todas, la que se interesó por él.

—¿Qué te pasa Salvador? ¿Por qué estás triste?

—Nada, no me pasa nada, no estoy triste, quizá un poco cansado, eso es todo.

Las chicas, que no parecían haberse dado por satisfechas con la respuesta de Salvador, empezaron a cuchichear entre ellas, daba la impresión que estaban discutiendo algo de vital importancia, pero lo hacían en vietnamita para que no las entendiera. Se intentó concentrar en la clase y no pensar en Hau, pero solo tuvo éxito a medias.

Al terminar, Thao, la más alta de sus alumnas que parecía haberse convertido en la líder, se acercó a Salvador.

—Mañana será otro día —le dijo con sentimiento, se puso de puntillas, le dio un beso en la mejilla y salió del aula.

Dejó que las niñas se fueran y encendió el teléfono móvil. Tenía un mensaje del Spring House Hotel. La caja que le habían enviado desde España al fin había llegado.

Fue a recoger el paquete, regresó a su habitación, lo abrió y puso su contenido encima de la mesa. Se trataba de una pesada cajonera negra de escritorio. Tenía seis cajones y medía casi cuarenta centímetros de altura. Sus dimensiones eran perfectas para guardar hojas de papel de tamaño DIN A4 y estaba llena con todo lo que Salvador había escrito a lo largo de muchos años.

Conocía a la perfección el contenido de cada cajón, pero a veces le gustaba abrirlos uno por uno y mirar lo que había dentro, sacar las carpetas con los guiones que había escrito y que prácticamente nadie, salvo algunos amigos muy allegados, habían leído. Disfrutaba con el tacto del papel y su olor, contemplaba el texto impreso en monótona tinta negra y pasaba las hojas sin ningún objetivo. Cuando se cansaba, volvía a guardar el guion dentro de su carpeta y la carpeta en el cajón que le correspondía.

No tenía nada mejor que hacer y se recreó contemplando su creación que tantos años de esfuerzo le había requerido y que tan pocos resultados había dado. Salvador no tenía el mismo problema que Ramón, a él no le costaba ponerse a escribir ni terminar lo que había empezado, que en su mayoría eran guiones. La dificultad en su caso consistía en saber qué hacer una vez había acabado. No es que hubiese finalizado todos los proyectos que tenía, pero como mínimo había escrito el tratamiento cinematográfico, que era la historia contada escena por escena sin demasiados detalles de la acción ni los diálogos. Terminar el tratamiento cinematográfico de un proyecto de guion requería muchas horas de trabajo y el nivel de compleción de la historia era significativo. Tener claras todas las escenas ya era de alguna manera como tener terminada la historia, pero faltaba desarrollarla del todo, dándole vida con los diálogos y completando todos los acontecimientos que tenían lugar en el guion.

Casi todos los guiones o tratamientos cinematográficos que había escrito eran para hacer películas de cine, solo tenía dos proyectos que no encajaban en esa categoría, uno era para hacer una

serie de televisión y el otro para hacer un *reality show*.

Cuando se cansó de mirar el contenido de la cajonera negra, la metió en uno de los estantes dentro del armario y dejó el cinturón de Hau encima.

Puso *Rhapsody in Blue* de George Gershwin, una composición de principios del siglo XX que siempre le hacía pensar en el amanecer del mundo, cuando los primeros rayos de sol quiebran la oscuridad de la noche, al principio con cierta timidez, pero a medida que pasan los minutos, la luz se extiende majestuosa por todos partes. Finalmente, el rey Sol aparece en el horizonte, calentado la Tierra después de la fría y larga noche, ahuyentando las sombras tenebrosas.

Pero en esa ocasión, aunque puso el tema *Rhapsody in Blue* una y otra vez, la angustia que se había apoderado de su corazón y la sensación de fracaso no se diluyeron.

Una historia triste

Salvador bebió más de la cuenta el miércoles por la noche, lo mismo sucedió el jueves y también el viernes. De hecho, el sábado no fue muy distinto a los tres días anteriores y el domingo se levantó con resaca, como no podría ser de otra manera. No tenía ganas de hacer nada y eso fue básicamente lo que hizo, nada. Pasó el tiempo en su habitación, ora sentado en la silla viendo vídeos tontos en internet, ora tumbado en la cama viendo más vídeos tontos en internet. Se podría argumentar que eso ya era hacer algo, pero desde el punto de vista de Salvador no había mucha diferencia entre no hacer nada y ver los estúpidos vídeos que estaba viendo.

Por no apetecerle no le apetecía leer ni ver películas ni series de televisión, ni siquiera escuchar música. Tampoco tenía ganas de salir o de quedar con alguien, pero al estar todo el día solo en la habitación terminó por agobiarse.

El teléfono sonó. Era un mensaje de Ngoc. Le preguntaba si quería quedar. La verdad, no le apetecía quedar, pero tampoco le apetecía no quedar. Sonaba absurdo, pero era la verdad. Finalmente, decidió que salir de su habitación y ver a alguien sería un progreso, e invitó a Ngoc a ir a beber cerveza a Bui Vien.

No debería despilfarrar el poco, muy poco dinero que le quedaba en beber cerveza, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Y sigue enamorada de ese italiano.

—Qué mala suerte, parecía buena chica, me gustaba esa tal Hau.

—Pero si no llegaste a conocerla.

—No hace falta, con todo lo que me has contado es suficiente.

—¿Crees que Hau vale la pena?

—Creo que sí, que es una buena chica, el tipo de chica que quiero para ti.

—Pues aún peor.

—¿Por qué?

—Porque si no valiese la pena, eso ayudaría a olvidarla.

—A lo mejor —dudó la chica.

Ngoc se quedó pensativa. Como siempre, llevaba un vestido sencillo, pero que le quedaba bien. Salvador se dio cuenta de que aunque era pobre sabía usar su dinero para comprar ropa barata, pero resultona. Una virtud, a todas luces.

—Lo peor de todo es que ha sido tan rápido que ni siquiera he

podido disfrutarlo —se lamentó Salvador.

—Tal y como empezó, terminó.

Salvador apuró otra cerveza. Las botellas vacías empezaban a acumularse delante de él. Ngoc seguía con su zumo de naranja.

—¿Seguro que no quieres una cerveza? Yo invito.

—Seguro —respondió Ngoc.

La calle Bui Vien estaba tan concurrida como siempre, Salvador sabía que en menos de una hora resultaría difícil ir de un extremo a otro por lo congestionada de gente que estaría. Los que peor lo tenían eran los taxistas que tenían que llevar a algún turista a un hotel en Bui Vien, se veían obligados a esperar a que la masa humana se fuese separando, para muy lentamente poder pasar con el taxi.

—Nunca te he hablado de mi novio.

—¡Ajá! Lo sabía, tienes novio.

—Está muerto —explicó Ngoc con pesar.

—Vaya. Lo siento —se disculpó Salvador—. ¿Qué pasó?

—Solo he tenido un novio, era arquitecto, alemán, pero trabajaba en Saigón. Era muy listo, hablaba vietnamita con fluidez.

Salvador sujetaba la botella de cerveza que acababan de traerle con fuerza, como si tuviese miedo de que si la soltaba, la botella fuese a salir volando.

—La primera vez que nos vimos yo tenía diecisiete años, y en cuanto nos conocimos, nos enamoramos. Fuimos muy felices juntos, estábamos locos el uno por el otro, no podíamos controlar el deseo sexual, la pasión. Hacíamos el amor a todas horas, en cualquier parte, en el parque a escondidas, en los aseos de los restaurantes, en la parte de atrás del cine, en cualquier sitio en el que pudiésemos. Íbamos a casarnos, estábamos hechos el uno para el otro, nos entendíamos perfectamente. Vivimos un cuento de hadas que duró cinco años.

Salvador seguía sujetando la botella sin beber.

—Un día tuvo un accidente de tráfico y se mató. Una parte de mí también murió. Fue hace dos años. Hace dos años y no pasa ningún día sin que le recuerde y piense en él. Le echo tanto de menos… Desde que murió a mi vida le falta algo. Cada día le recuerdo, cada día pienso en él, cada día… Pero nunca hablo de él, hacía muchos meses que no lo hacía. No me gusta hablar de él, pero… Tú eres mi amigo, eres un buen hombre y me apetecía contarte mi historia.

Ngoc se lo quedó mirando y sonrió con dulzura; Salvador se llevó la cerveza a la boca y bebió un trago largo.

—Me has dejado sin palabras. Al lado del drama que has vivido, mi situación parece casi infantil.

—No seas tonto, no tiene nada de infantil.

Después de un incómodo silencio en el que Salvador se devanaba los sesos para decir algo que tuviese sentido, Ngoc continuó.

—Mi familia tenía dinero, vivíamos bien, en una casa grande con una chica que se encargaba de las tareas domésticas, limpiar, cocinar y todas estas cosas. Pero después de la muerte de mi novio, fue como si nos hubiesen echado una maldición, las cosas empezaron a ir mal y en pocos meses lo perdimos todo, tuvimos que malvender la casa e ir a vivir de alquiler en un sitio horrible en el que no te atreverías ni a entrar. Al final mis padres tuvieron que volver a su ciudad natal y yo me quedé en Saigón con mi hermano en la casa de alquiler. Digo casa, pero no es más que una habitación con una cocina diminuta y un aseo minúsculo. Un tiempo después, perdí mi moto y mi ordenador.

—¿Qué pasó con tu moto? —preguntó Salvador.

—Un día fui a la farmacia, tenía que comprar algo, no recuerdo el qué. Dejé la moto en la entrada, solo estuve en la farmacia dos minutos, pero al salir la moto ya había desaparecido.

—Qué hijos de puta. Te robaron la moto. Odio a los ladrones.

Ngoc asintió con pesar.

—El año pasado mi hermano me regaló un ordenador portátil, hace unos meses, un día que no había nadie en casa, forzaron la cerradura, entraron y me lo robaron. Apenas pude usarlo.

—Y ahora no tienes ni moto ni ordenador.

—No.

—La historia de tu vida es muy triste. Todo te va en contra.

—Mi vida no es fácil, pero no todo está en mi contra. Aún tengo una familia que me quiere y tengo a mis amigos, te tengo a ti. Puedo estudiar y estoy a punto de terminar la universidad, muy pronto tendré un trabajo, y las cosas cada vez me irán mejor.

—Te admiro —manifestó Salvador—. Eres admirable. Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida. Ojalá yo fuera fuerte y optimista como tú y no un… un… un maldito perdedor.

—Tú no eres un perdedor, a tu manera también eres muy fuerte y valiente, has dejado a tu familia y a tus amigos para irte a vivir a un país lejano llamado Vietnam. Has venido solo, sin trabajo, sin amigos ni contactos. Seguro que no ha sido fácil.

—No lo ha sido. Ni lo es. En realidad, es posible que no me pueda quedar a vivir en Saigón. No quiero hacerme la víctima, pero me queda poco dinero y si no encuentro más trabajo pronto, tendré que volver a España.

—No te desanimes, lo estabas haciendo bien. ¿Te acuerdas de cuando fuimos al parque y llovía?

—Sí.

—Te dije que no sería fácil encontrar trabajo de profesor de matemáticas, pero que al final lo conseguirías. Ya tienes una clase. La primera clase es la más difícil, ya has hecho lo más complicado, en

cualquier momento te volverán a llamar para ofrecerte más clases, lo presiento, no te rindas ahora en la penumbra del desamor. Haz como yo, sonríe. Sonríe cuando llueva y cuando haga sol, sonríe al amor y al desamor, sonríe cuando tengas dinero y cuando no tengas.

Haciendo un gran esfuerzo, Salvador pudo contener las lágrimas que nublaron sus ojos al escuchar las palabras de aliento de Ngoc.

La duda y el último intento

Cuando compró los billetes de avión tuvo que coger ida y vuelta, sin un billete para volver de Saigón a Barcelona no le permitían volar. El visado que le hicieron en la embajada de Vietnam en Madrid era por tres meses, así que la fecha de regreso era el 20 de abril, un día antes de que expirara el visado.

Como tenía un trabajo a tiempo parcial, le habían hecho una extensión del visado de tres meses, y no tuvo que salir de Vietnam y volver a entrar como le había pasado a Ramón. El 18 de abril, dos días antes de que tuviese que en teoría volver a España y dos días después de que Hau le hubiese dicho que no quería salir con él, había cambiado el vuelo para el lunes 20 de mayo porque en ese momento no se sentía muy optimista. Estaba deprimido por el rechazo de Hau, encontrar más trabajo en Saigón le parecía casi imposible, y el dinero que le quedaba no le permitiría vivir en Vietnam mucho más tiempo.

El lunes 13 de mayo, Salvador seguía muy desanimado. Faltaba una semana para el día del vuelo y no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Fue hasta la oficina de la aerolínea en el distrito 1 para preguntar con qué antelación podía cambiar el billete. Para su sorpresa le dijeron que podía hacerlo incluso el mismo día, pero como muy tarde tres horas antes de despegar. Eso le daba varios días de margen para podérselo pensar con calma, a la vez que esperaba una llamada milagrosa de alguna escuela ofreciéndole trabajo.

«Podrías pedir algo de dinero prestado a Ramón, es tu amigo, de hecho, hace unos pocos días le ha dejado dinero a Santiago para pagar el alquiler».

«No, no me parece correcto. Nunca en mi vida he tenido que pedir dinero a nadie y no voy a empezar a hacerlo ahora. Es algo avergonzante».

«Pues a Santiago no parece que le haya dado mucha vergüenza pedir dinero a Ramón».

«Pero Santiago tiene un buen trabajo. Una cosa es que sea un despilfarrador, o que, como me ha explicado Ramón, tenga dos gastos fijos extra, la bebida y Hà, y otra que no pueda devolver el dinero por no tener trabajo, o por casi no tener trabajo, que es el problema que yo tengo. A Santiago no le costará devolver ese dinero, pero a mí podría costarme mucho devolverlo. No, no le voy a pedir dinero prestado a Ramón».

«¿Para qué está la familia? ¿Para qué tienes una madre y una hermana? No se puede decir que sean ricas ni que vivan en la

abundancia, pero algo de dinero tienen».

«Ni hablar, pedir dinero a mi madre, eso es… es… No, que no, que no puedo pedirle dinero a mi madre. Empezaría con sus pensamientos funestos: "¿Y si después no me lo puedes devolver? Y que conste que si no me lo puedes devolver me da igual porque eres mi hijo, pero imagínate que no me lo puedes devolver y en España se acaba el dinero para las pensiones y necesito ese dinero". Este es el tipo de discurso de mi madre. No vale la pena ni plantear la posibilidad».

«¿Y a tu hermana?».

«Imposible, pero no porque no me lo fuera a prestar, seguro que me dejaría el dinero, pero si le pidiese dinero a ella tendría que escuchar por el resto de mis días a mi hermana recordándome cómo me había salvado la vida cuando estaba en Vietnam sin un duro, solo y desesperado. No, eso sí que no, es mejor volver a Barcelona».

«¿Es mejor volver a Barcelona como un perdedor y escuchar a tu hermana durante el resto de tus días contar la historia de cómo fracasaste en tu intento de vivir en Vietnam?».

Salvador se levantó de golpe para detener las conversaciones imaginarias que se habían originado en su mente inquieta.

—¡Basta! Necesito una cerveza —dijo en voz alta.

Una de las conclusiones a las que había llegado a lo largo de los días anteriores, el lunes y el martes, fue que si Hau fuese su novia se quedaría y si hiciera falta le pediría el dinero al mismísimo diablo.

Solo había dos inconvenientes a tener en cuenta: Hau no era su novia, y como nunca había visto al diablo, el dinero tendría que pedírselo a seres humanos con los que tendría que seguir conviviendo, como Ramón, su madre o su hermana.

No teniendo sentido preocuparse por lo segundo si lo primero no tenía lugar, se le ocurrió que quizá podría hacer un último intento con Hau.

Después de estar casi todo el miércoles dándole vueltas y discutiendo consigo mismo si debía enviar un mensaje a Hau o no, llegó a la conclusión de que, perder, lo que se dice perder no perdía nada por intentarlo. Hacía pocas semanas, después de las tres primeras citas con Hau, la idea de volver a verla y acostarse con ella era una quimera, pero sin saber muy bien cómo, había pasado. Quizá, y solo quizá, un nuevo milagro podía tener lugar. Una chispa de esperanza le hizo coger el teléfono móvil.

Salvador:
Hola Hau.

Hau:

¡Hola! ¿Cómo estás?

Salvador:
Bien. ¿Tú?

Hau:
Fatal.

Salvador:
¿Qué pasa?

Hau:
Me han robado la moto.

Salvador:
¿La Vespa?

Hau:
Sí.

Salvador:
¡No! Es una moto cara.

Hau:
No me lo recuerdes.

Salvador:
¿Qué ha pasado?

Hau:
El otro día dejé la moto en la calle, subí a mi habitación pensando que bajaría en seguida, pero estaba muy cansada y me olvidé. Me fui a dormir sin dejar la moto en el parking. Al día siguiente mi moto había desaparecido.

Salvador:
Qué desastre. Lo siento Hau, el mundo está lleno de hijos de puta.

Hau:
Ya me he dado cuenta. ¡Y la maldita moto tenía poco más de un año! En fin, ¿qué me cuentas? ¿Alguna buena noticia? ¿Te han contratado en otra escuela?

Salvador:
No, ninguna. Ya casi no me queda dinero. Si no hay un milagro esta semana, el lunes que viene me vuelvo a España.

Hau:
Siento oír eso.

Salvador:
He pensado que quizá podríamos quedar para cenar y vernos una última vez antes de que me vaya. Como la última cena, ya sabes. Además, al final nunca fuimos a tomar algo a la cafetería de la que me hablaste, la que está en la planta cincuenta y uno del rascacielos más alto de Saigón.

Hau:
No creo que sea una buena idea. Lo siento.

Salvador:

Aún tengo tu cinturón. Así te lo devuelvo.

Hau:

¡Ese cinturón es una prueba del delito! Ja, ja. No te preocupes, tengo muchos. Quédatelo, será un recuerdo de mí.

Salvador:

¿Seguro que no podemos vernos por última vez?

Hau:

Lo siento, no insistas, por favor.

Salvador:

Como quieras, pues nada. Buena suerte. Adiós.

Hau:

Lo mismo digo. Que tengas mucha suerte, buen viaje.

«Los milagros escasean», pensó con resignación Salvador dejando el móvil otra vez en la mesa. Encendió el ordenador y puso la canción *The End* del grupo The Doors. Su música le acompañó como en tantas otras noches solitarias.

This is the end
Beautiful friend
This is the end
My only friend
(…)

—*This is the end* —repitió Salvador después de escuchar la última frase de la canción.

La decisión

Después de la frustración del último intento fallido con Hau, el jueves pasó con más pena que gloria sin que nadie le ofreciese trabajo. Lo único que el día aportó, fue que antes de dormirse se prometió a sí mismo que al día siguiente iba a tomar una decisión, no quería esperar hasta el último momento.

El viernes 17 de mayo amaneció nublado, la estación seca había llegado a su fin y, casi sin darse cuenta, la época de lluvias había tomado el relevo hasta aproximadamente mediados de noviembre. Unos seis meses y medio de lluvia casi a diario.

No hizo nada especial, dejó que las horas pasaran lentamente y se prohibió beber alcohol ese día. Pensó en ir al gimnasio, pero no se sentía con fuerzas. Hacía más de una semana que no iba, y la falta de actividad física no le ayudaba precisamente. Había decido esperar hasta la noche para tomar una decisión porque era viernes, y, aunque remota, todavía existía la posibilidad de que le llamasen de alguna escuela. Si no se ponían en contacto con él siendo viernes, difícilmente lo harían el fin de semana.

No recibió ninguna llamada.

Cenó sin disfrutar la comida. Después de la cena no sabía a dónde ir, estaba lloviendo, pero la lluvia era suave y resultaba muy agradable. Desde principios de mayo, casi cada día había habido alguna que otra tormenta que refrescaba la ciudad. Se puso la chaqueta impermeable y las chancletas y fue dando un paseo hasta el centro comercial Diamond Plaza. La primera vez que quedó con Ngoc la había esperado en la entrada, pero nunca había estado dentro.

Eran las ocho pasadas, ya había oscurecido hacía rato y Salvador recordaba bien el camino para ir hasta el centro comercial. Andaba como un autómata, sin prestar demasiada atención a su entorno, solo la suficiente para que no le atropellaran.

Entró en el Diamond Plaza y recorrió todas las plantas. Realmente vivía en un mundo globalizado, la mayoría de tiendas de ropa y calzado eran las mismas que podía encontrar en Barcelona. Tuvo la sensación de que los seres humanos se estaban deshumanizando, con las grandes corporaciones enriqueciendo a unos pocos, aprovechándose de las leyes que habían acordado con sus amigos, los gobernantes de algunos países, o que habían obligado a firmar a los escasos gobernantes que no estaban de acuerdo con ellos, aprovechando que esas corporaciones eran más poderosas que muchos

países, para seguir explotando a los trabajadores mientras sus rostros hipócritas sonreían, y sus mentes ambiciosas, retorcidas y tramposas, hablaban de sí mismos como los grandes benefactores de la humanidad, los salvadores del mundo, que en su generosidad infinita daban trabajo a mucha gente.

Eso decían los ladrones del mundo.

Las mentiras y los trucos de los ricos y poderosos habían formado parte de todas las sociedades, y las habían podrido desde los albores de la civilización, creando un mundo perverso y polarizado en el que era natural, satisfactorio y deseable tener dos o tres mil billonarios controlando el planeta, mientras más de mil millones de seres humanos sufrían hambruna y no tenían acceso a agua potable.

Los ladrones, amos de la Tierra.

Una Tierra regentada por reyes, tiranos y especuladores. Le habría gustado decir que el mundo estaba controlado por el demonio, pero Salvador no creía en el demonio, así que tenía que contentarse con cargar contra entidades tangibles, los seres humanos de egoísmo y ambición ilimitados que habían traído el infierno a la Tierra.

Solo para evitar malentendidos, lo del infierno era una forma de hablar. Salvador tampoco creía en el infierno. No hacía falta ser un genio de las matemáticas para saber que solo podía haber gente muy rica, económicamente hablando, si había muchísima gente pobre o muy pobre.

Asqueado de ver las tiendas de algunas multinacionales, salió al parque. Había dejado de llover, y tal y como le había dicho Ngoc el primer día que quedaron, el parque estaba lleno de estudiantes sentados en el suelo, hablando y bebiendo refrescos. Todos parecían estar pasándoselo bien, se les veía alegres y dicharacheros, en contraste con Salvador, que estaba triste y disgustado.

El banco en el que se había sentado con Ngoc estaba un poco apartado y no había nadie. Aprovechó para sentarse y observar a los estudiantes. Unos reían, otros jugaban a cartas, algunos se reunían alrededor de un chico que pretendía saber tocar la guitarra, pero que lo único que quería era llamar la atención de las chicas, y las parejas intimaban con discreción y pudor. Comían y bebían, disfrutaban de sus sencillas vidas, como tenía que ser.

Recordó lo que le había contado Ngoc sobre su vida y la de su familia. En los últimos dos años había visto desaparecer al amor de su vida, el bienestar económico, su moto e incluso el ordenador portátil que le había regalado su hermano. Del éxtasis de la pasión a la ausencia, la soledad y la nostalgia. Del bienestar al malestar, de la comodidad a la incomodidad, de la zona de confort a la zona de sufrimiento.

Pero Ngoc era una joven radiante y feliz, sus ojos estaban más

vivos que los de la mayoría de la gente, su sonrisa transmitía esperanza, sus palabras, madurez, fuerza y determinación.

¿Qué transmitía Salvador? Pesadumbre, derrota, insatisfacción, frustración, decepción, soledad, vacío, abatimiento, confusión, lamento, desasosiego…

Cobardía. Su hermana Yolanda siempre le había considerado un cobarde. «Eres tan cobarde que ni siquiera intentas pasar las oposiciones de profesor de matemáticas», le había dicho una vez. «No quiero dar clases en una escuela o en el instituto, eso es todo», había contestado Salvador.

Esa era su respuesta. Cuando le preguntaban por qué no trabajaba para una escuela o un instituto, siempre decía lo mismo, que a él lo que le gustaba era trabajar individualmente o con un grupo pequeño de estudiantes. Y esa parte era cierta, le encantaba dar clases particulares, pero nunca hablaba de la otra parte, del miedo, del pánico que sentía con solo pensar en la posibilidad de entrar en un aula con treinta o cuarenta alumnos y tener que empezar a hablar. Eso le superaba totalmente, no podía hacerlo. Solo con pensarlo se angustiaba. Salvador estaba seguro de que si realmente tuviese que hacerlo le daría un ataque de pánico.

Yolanda tenía razón, era un cobarde. Un cobarde lo bastante loco como para dejarlo todo y viajar a una ciudad a diez mil kilómetros de distancia para empezar de cero, lejos de la familia y de los amigos, lejos de la zona de confort, muy lejos. Ngoc le había dicho que hacer eso requería valor, pero no estaba muy seguro, a lo mejor lo único que hacía falta era ser lo suficientemente estúpido.

Cobarde, loco y estúpido.

Si al menos Hau fuese su novia, si al menos hubiese tenido suerte en eso, tendría algo a lo que agarrarse, algo por lo que luchar. Si estuviese con ella haría cualquier cosa, le pediría dinero a su madre, a su hermana, a Ramón o alguno de sus amigos de Barcelona, le daría igual, se tragaría su orgullo y lo haría, pero en su situación actual, no tenía sentido, no valía la pena.

Empezó a llover otra vez. Salvador se puso la capucha de la chaqueta impermeable. Mientras la mayoría de estudiantes se levantaban y se iban del parque para no mojarse, le vino a la cabeza un recuerdo, una conversación que tuvo hacía muchos años con dos conocidos en un bar de Barcelona, comiendo unas tapas y bebiendo vino tinto.

Los dos eran bastante mayores que Salvador, ambos divorciados, uno con un hijo adolescente y el otro con una hija de veintitantos años. El que tenía el hijo le comentó que tener hijos daba mucha energía. Al principio no entendió a qué se refería, y el otro, el que tenía una hija, se lo explicó: «Hay días en que no tengo ganas de hacer

nada, pero tengo que ir a trabajar aunque no me apetezca. Si yo estuviese solo, no iría, ¡que les den por el culo! Me da igual, no voy, y ya está. Pero no estoy solo, hay alguien que depende de mí. "No lo hagas por ti", pienso, "hazlo por ella, hazlo por tu hija", y entonces me levanto, me doy una ducha y voy. No voy por mí, voy por ella, voy por ella».

«A mí me pasa lo mismo», había dicho el otro conocido. «Muchas cosas las hago por él, si no fuese por mi hijo, no las haría».

Los dos estaban divorciados y por eso su fuerza vital ya no estaba en su pareja, o mejor dicho, expareja, ni en sí mismos. La fuente más poderosa de energía y motivación eran sus hijos.

Salvador no tenía ninguna fuente de motivación especial. ¿Qué fuente de motivación tenía Ngoc? ¿Por qué luchaba? Tenía que luchar por algo, de no ser así no tendría sentido. O quizá sí lo tendría. ¿Por qué luchaba la gente?

Pensó en enviar un mensaje a Ngoc para preguntarle qué haría ella en su lugar, si se quedaría en Vietnam y seguiría luchando, o si volvería a Barcelona. Pero no había ninguna necesidad. Sabía perfectamente la respuesta. Ngoc sonreiría y le contestaría que ella se quedaría porque tenía una energía vital, un optimismo y una fuerza increíble.

«Pero yo no soy tan fuerte como tú, ni de lejos. Tú te quedarías, lo sé, porque tú, eres tú, eres una luchadora; pero si tú fueses yo, no te quedarías, porque ser yo significa debilidad y temor, y si tú tuvieses mi energía, volverías a Barcelona».

«Te equivocas, si yo fuese tú, también me quedaría».

«¿Estás segura? ¿Y qué haría que te quedases si fueses yo?».

«Si fuese tú, sería una persona que se preocupa por las cosas, una persona que piensa demasiado, que se preocupa demasiado y da demasiada importancia a todos esos pensamientos y preocupaciones».

«No te falta razón, pero aún no me has aclarado qué haría que te quedases».

«De todas las cosas que te preocupan, que son muchas, y de todos los pensamientos que tienes, que son incontables, hay una idea, una cuestión que sería simplemente insoportable, y si te vas ahora de Vietnam, esa pregunta te perseguirá hasta el fin de tus días».

«¿Cuál es esa pregunta?».

«Esa pregunta es: ¿Qué habría pasado si me hubiese quedado en Saigón?».

La lluvia había refrescado el ambiente, el aire estaba limpio y los estudiantes habían abandonado el parque, un espacio diáfano se extendía ante él.

«Si yo fuese tú, Salvador, con todos tus pensamientos y preocupaciones, y me marchase ahora de Vietnam me pasaría el resto

de la vida preguntándome qué habría pasado si me hubiese quedado. Y eso sería, como te decía, absolutamente insoportable, mucho peor que escuchar a tu madre, a tu hermana, a tus amigos o quien sea que tuviese algo que decir».

«¿Qué habría pasado si me hubiese quedado en Saigón?».

Y ese pensamiento, producto de una de sus incontables conversaciones imaginarias, sacudió a Salvador como si una pequeña descarga eléctrica le hubiese despertado del aturdimiento en el que estaba sumido desde hacía varios días.

Esa pregunta era la respuesta.

No podía irse de Vietnam porque si lo hacía el arrepentimiento y las preguntas recurrentes le torturarían sin cesar. ¿Qué habría sucedido en caso de haberse quedado unos meses más? ¿Habría encontrado suficiente trabajo para poder vivir? ¿Se habría enamorado de otra chica que le correspondiese? ¿Habría sido feliz?

¿Habría encontrado a otra Hau?

¿Habría tenido una relación satisfactoria con esa otra Hau?

Quizá las cosas no eran como Salvador deseaba, pero ya había ido demasiado lejos, no podía tirar la toalla, necesitaba quedarse para saber cómo acababa la historia, para saber si le deparaba un final feliz, o no.

«Necesito saber la respuesta».

Parte dos

Buscando trabajo desesperadamente

El sábado 18 de mayo amaneció despejado. La habitación de Salvador no tenía muy buen aspecto, había ropa tirada por el suelo y latas de cerveza vacías por todas partes. En cuanto se levantó por la mañana se puso a limpiar y a ordenar con esmero. No paró hasta que todo estuvo despejado y en su sitio. Se bebió dos vasos de agua, se duchó y se afeitó a conciencia.

La noche anterior había tomado una determinación, pero para que su decisión tuviese sentido tenía que actuar, no podía limitarse a esperar a que pasara algo por sí mismo.

Encendió el ordenador y repasó todas sus notas sobre las escuelas con las que se había puesto en contacto, y la respuesta que había obtenido de ellas, si es que había obtenido alguna.

Se dio cuenta de que había tres escuelas de matemáticas en las que nunca había conseguido ni una entrevista de trabajo, ni hablar con el mánager. Actualizó su experiencia laboral en el currículum y en la carta de presentación, y salió a la calle a imprimir unas cuantas copias. Después, envió un mensaje a su *xe om* de confianza, era hora de volver a moverse.

En la primera escuela tuvo éxito, pudo hablar con la mánager y le dio la sensación de que le había caído bien. En la segunda, aunque se puso pesado, tuvo que dejar el currículum actualizado a una de las chicas de la recepción, y en la tercera le dijeron que la mánager había salido y que no sabían cuánto iba a tardar en volver. Salvador le indicó por señas al *xe om* que se iba a quedar en la escuela, sacó un libro de la bolsa y se puso a leer.

A pesar de la advertencia de la joven sentada detrás del mostrador de que su jefa quizá ni siquiera fuera a ir a la academia de matemáticas ese día, Salvador decidió esperar. En realidad no tenía nada mejor que hacer y pudiendo leer no se iba a aburrir.

Después de casi dos horas, la mánager hizo acto de presencia, Salvador la saludó con cordialidad y le preguntó si disponía de unos pocos minutos para poder presentarse. A pesar de una cierta reticencia inicial por parte de la recién llegada, esta al final aceptó. Le invitó a ir a un aula que estaba vacía, escuchó lo que Salvador tenía que decirle, cogió el currículum y la carta de presentación y le dio su tarjeta personal.

En ese momento no necesitaban a nadie, pero había hecho lo que tenía que hacer y salió de la escuela con la frente alta, satisfecho

de sí mismo.

Durante los siguientes días se dedicó plenamente a buscar trabajo. Volvió a ir a las otras cinco escuelas de matemáticas que tenía en la lista. Habló con el personal de la recepción y se hizo el simpático, como la mayoría eran chicas, usó las frases que Ngoc le había enseñado: *Em dep lam* (eres muy guapa), *em co duyen lam* (eres agraciada) y *em tron tron de thuong* (eres encantadora con muchas curvas). Para su sorpresa ninguna reaccionó mal, todo lo contrario, le sonrieron, le dieron las gracias y le siguieron la conversación. En algunas ocasiones pudo hablar con el mánager y en otras se tuvo que conformar con charlar con las recepcionistas y dejarles a ellas sus documentos.

Después de las escuelas de matemáticas, repitió la operación con las internacionales, le llevó varios días ir a las veintidós y el resultado no fue muy esperanzador. Siendo honesto consigo mismo, no le parecía que en ninguna le fuesen a dar una oportunidad. Su nivel de inglés no era lo bastante bueno, como le había dicho a Ramón cuando fueron a visitar la pagoda de Minh Dang Quang en el distrito 2, las recepcionistas de las escuelas internacionales hablaban inglés mejor que él. Para más inri, tampoco cumplía con uno de los requisitos esenciales, no tenía un grado universitario o un máster en educación.

No tuvo valor para acudir a la escuela internacional número veintitrés, la NZ International School, en la que se había colado en el despacho del director sin cita previa. Probablemente le habían puesto en la lista negra de indeseables.

Le preguntó a Ý, su jefa en la escuela de matemáticas Numbers, si tenía alguna otra clase para él, aunque ya sabía la respuesta de antemano. No la tenía, en el centro de matemáticas para el que trabajaba aún había muy pocos alumnos. Ý le caía bien, le parecía buena persona, pero le daba la sensación de que no sabía nada de *marketing*.

El viernes por la tarde fue a tomar algo con Ramón, Huyen y Ngoc. Era la primera vez que Ngoc se unía a los tres amigos y tanto Ramón como Huyen tuvieron muy buena impresión de ella.

Salvador les explicó lo que había estado haciendo los últimos días y que tenía la sensación de que ya no había nada más que pudiese hacer.

—¿Has buscado en las redes sociales? —le preguntó Ramón.

—No uso ninguna.

—Deberías. Estoy seguro de que hay alguna escuela de matemáticas pequeña que tiene colgada su información en las redes sociales, pero que no tiene página web propia.

—¿Tú crees?

Huyen y Ngoc estuvieron de acuerdo con Ramón. Como se encontraban en una cafetería cercana a la habitación de Salvador, sus amigos le obligaron a ir a buscar el portátil. Mientras Huyen y Ngoc buscaban en vietnamita con el ordenador de Salvador, Ramón hacía lo mismo en inglés con su *smartphone* ante la atenta mirada de su amigo. Entre todos encontraron dos academias de matemáticas que daban las clases en inglés, pero no tenían página web, y varios grupos para encontrar trabajo siendo extranjero en Saigón en algunas de las redes sociales más utilizadas en Vietnam. Casi todos los grupos se centraban en los profesores de inglés, y la mayoría de ofertas de trabajo eran para ellos; sin embargo, también encontraron algún colectivo en el que había profesores de otros idiomas y de otras asignaturas. Salvador creó un perfil en esas redes sociales y se agregó a todos los grupos que habían encontrado en los que la gente buscaba y ofrecía trabajos relacionados con la enseñanza.

El sábado por la mañana visitó las dos escuelas de matemáticas que sus amigos habían encontrado el día anterior, no necesitaban a otro profesor en ese momento, pero habló con el mánager de una de ellas, y en la otra dejó su currículum con una sonrisa y ofreció sus servicios.

Por la tarde se acercó a Edumath, la academia en el distrito 7 que proporcionaba profesores extranjeros a algunas escuelas públicas vietnamitas para enseñar a sus estudiantes matemáticas en inglés. Al parecer, el coordinador de estudios que le había entrevistado había dejado el trabajo repentinamente, y en ese momento su posición la ocupaba una chica diminuta que podría haber pasado perfectamente por una estudiante de bachillerato.

—El curso académico ya se está terminando y hasta septiembre no creo que podamos ofrecerte nada —se disculpó la nueva coordinadora.

—Vaya, ¿y aquí en el centro no dais algunas clases?

—Tenemos muy pocas clases y ya están todas cubiertas.

—Entiendo —se lamentó Salvador.

—Una pregunta, solo por si acaso.

—Dime.

—¿Tienes experiencias en cursos de verano?

—En cursos de verano… ¿De qué tipo?

—Algunas escuelas ofrecen cursos de verano a sus estudiantes durante cuatro o cinco semanas, normalmente entre junio y julio, con clases de repaso y actividades extraescolares.

—La verdad es que en escuelas no, pero mientras iba a la universidad cada verano hacía de voluntario para un centro cívico del

barrio. Por las mañanas dábamos clases de repaso de varias asignaturas a los niños, y por las tardes hacíamos diferentes actividades lúdicas, íbamos a la playa, jugábamos al fútbol o al baloncesto, íbamos al parque a merendar, hacíamos excursiones y cosas por el estilo.

—Ah, muy bien, es bueno saberlo. Si tenemos alguna cosa me pondré en contacto contigo.

—Muchas gracias.

La posibilidad de no encontrar más clases hasta septiembre le estremeció, pero no tenía alternativa, debía seguir adelante. Intentó no pensar demasiado, pero a pesar del esfuerzo de los últimos días nada había cambiado y se sentía apesadumbrado.

Durante la cena recibió una llamada, un hombre australiano había visto uno de los anuncios que había puesto en las redes sociales ofreciendo clases de matemáticas en inglés y se había interesado. La alegría inicial de Salvador duró muy poco, le costaba mucho entender lo que el australiano le estaba diciendo, no estaba acostumbrado a hablar en inglés con nativos y mucho menos por teléfono, después de pedirle tres veces seguidas que repitiera lo que le estaba diciendo, la voz al otro lado del teléfono desapareció. El hombre había colgado. Unos segundos después recibió un mensaje que sí pudo entender:

Número desconocido:

Para dar clases de matemáticas en inglés hay que saber inglés. Tú ni siquiera puedes tener una sencilla conversación telefónica. Deberías quitar el anuncio.

Al leer el mensaje de texto que acababa de recibir se le hizo un nudo en el estómago. Salvador era consciente de sus limitaciones, pero aquello le parecía insultante. Aunque lo detestaba, no pudo evitar leer el mensaje una y otra vez. ¿Estaría en lo cierto ese hombre? ¿Realmente no tenía el nivel suficiente para enseñar matemáticas en inglés?

Nuevas amistades

Se despertó a las tres y media de la madrugada, se sentía inquieto. Intentó conciliar el sueño de nuevo, dio vueltas y más vueltas en la cama, pero no lo consiguió. Cuando se cansó de esperar, encendió el ordenador y buscó el precio de los vuelos para volver a Barcelona. Había subido en unos pocos días, como ya le advirtieron que iba a suceder.

Genial.

A lo largo de varios días, las palabras del mensaje del hombre australiano le retumbaron en la cabeza. Había decidido no decir nada a sus amigos, no quería hacerse la víctima. No sabía si quitar los anuncios que había puesto ofreciéndose para dar clases de matemáticas en inglés, pero al final quitarlos o dejarlos no supuso ninguna diferencia porque no recibió más llamadas. Casi mejor.

Las tres primeras semanas de junio pasaron, la época de lluvias había vuelto a tomar el control de la climatología de Saigón, como hacía todos los años, y solo los turistas desprevenidos salían a la calle sin impermeable ni sandalias. Los paraguas servían de poco porque la lluvia llegaba acompañada de ráfagas fuertes de viento, las tormentas acostumbraban a ser cortas pero intensas, y tal y como habían aparecido se desvanecían. Normalmente hacía sol por la mañana, después del mediodía las nubes hacían acto de presencia y cuando negros nubarrones tapaban la ciudad por la tarde era mejor estar preparado, la advertencia de que estaba a punto de llover se daba en forma de viento, si empezaba a soplar, quería decir que quedaban unos pocos minutos hasta que empezase a llover. En cuanto oscurecía se producía una tregua, dejaba de llover y pasear era más agradable después del aguacero.

Cada día estaba un poco más angustiado y taciturno, no le apetecía salir ni quedar con sus amigos. Gastaba lo mínimo, solo en lo esencial para sobrevivir, en comida, en el alquiler de la habitación y de la moto, y en gasolina. La cuota mensual del gimnasio la consideraba otro gasto esencial. Había calculado que tenía lo justo para llegar a mediados del mes siguiente, el día uno de julio, día de pago del alquiler de la habitación, apenas le quedaría dinero y estaría casi en bancarrota.

El penúltimo sábado de junio, después de ir al gimnasio fue a

desayunar. Mientras esperaba que le trajeran la comida, leyó un artículo de una guía turística *online*. Esta recomendaba visitar el jardín botánico de Saigón localizado dentro del zoo, pero evitar el zoo en sí. A Salvador se le ocurrió que quien hubiese escrito el texto debía ser un defensor de los derechos de los animales y no le gustaba que estuviesen encerrados en jaulas y expuestos a los visitantes como si fuesen una atracción de feria.

Fue paseando hasta el parque zoológico de Saigón, que estaba a apenas tres kilómetros de distancia, para intentar aclarar sus ideas. Entró en el recinto y se dirigió en primer lugar al jardín botánico, tal y como la guía recomendaba. Rodeado de cientos de árboles y plantas en pleno esplendor que incluían hermosas orquídeas y bonsáis, se sintió un poco mejor. Quizá la época de lluvias no era del agrado de los habitantes de Saigón que tenían que desplazarse en moto por la ciudad, pero sin duda lo era del mundo vegetal que se concentraba en ese recinto.

Animado por el frescor matinal de la naturaleza, se paseó por el zoo, desoyendo el consejo de la guía. Podía entender que a algunos ecologistas y amantes de los animales no les gustase ver a estos encerrados en jaulas o pequeños recintos, pero también era cierto que los zoos podían ayudar a proteger a especies en peligro de extinción. Se sentó en un banco desde el que podía ver a los elefantes, que siempre le habían parecido elegantes y majestuosos, y se enfrentó al asunto con el que había decidido lidiar, ¿a quién le iba a pedir dinero?

¿A su madre, a su hermana, a Ramón o alguno de sus amigos de Barcelona? Esa era la primera pregunta, y la segunda y no menos problemática: ¿Cuánto dinero debía pedir? Lo que no podía hacer era solicitar una cantidad pequeña y al cabo de unas pocas semanas tener que reconocer que necesitaba más. Si se apretaba el cinturón, podía pasar el mes con poco dinero, porque con la clase que tenía casi le daba para pagar el alquiler de la habitación. Salvador nunca había tenido problemas con la alimentación, si no podía permitirse una cosa, comía otra, y afortunadamente, en Saigón había sitios muy baratos para comer. El alquiler de la moto no era muy caro, un millón cien mil dongs (poco más de cuarenta euros), y la gasolina en Vietnam era bastante asequible. El último gasto fijo era la mensualidad del gimnasio, que solo era de cuatrocientos mil dongs (unos quince euros).

¿Por qué le resultaba tan difícil pedir dinero o cualquier tipo de favor? La idea de deber algo a alguien no era atractiva, pero de eso a pensar que era un acto humillante había un trecho. A él le habían pedido favores muchas veces, y cuando le había sido posible había ayudado tanto a sus familiares como a sus amigos. Siempre había ido escaso de dinero, llegar a fin de mes le había costado a lo largo de su

vida, y la gente que le conocía lo sabía, así que nunca se había producido la incómoda situación de que le solicitasen un préstamo y que Salvador tuviese que negarse, no porque no quisiera hacerlo, sino simplemente porque nunca había tenido dinero para prestar.

Pero los favores eran una cosa, y pedir dinero otra muy distinta. La gente perdía el control por dinero. Las clases privilegiadas explotaban a las menos afortunadas por dinero. Se habían hecho, y muy posiblemente aún se seguirían haciendo por mucho tiempo, guerras por dinero. Las familias discutían por dinero. Había parejas que se divorciaban por dinero y algunas personas no se querían divorciar para no tener que dar dinero a su pareja. Se habían perdido amistades por dinero. Dinero, dinero, dinero…

Ya lo había dicho Francisco de Quevedo en un poema titulado «Poderoso caballero es don Dinero».

Muy poderoso. Demasiado.

Después de horas de pensamiento circular, ora paseando entre árboles y plantas en el jardín botánico, o animales en el parque zoológico, ora sentándose en un banco contemplando flores perfumadas o animales con olores menos afortunados, al final Salvador decidió que, por cercanía y comodidad, al día siguiente iría al distrito 2 y le pediría dinero a Ramón. Lo de la cantidad seguía sin conseguir resolverlo. Había momentos en los que pensaba que cuatrocientos euros serían suficientes para pasar un par de meses, otros en los que esos mismos cuatrocientos euros le parecían insuficientes, lo ideal sería que le dejara mil euros, con eso estaba seguro de que podría aguantar unos tres meses, lo que era mucho más recomendable. Al rato, los mil euros le resultaban una cantidad desmesurada, era cierto que con cuatrocientos no hacía gran cosa, pero mil… mil era demasiado, no podía pedirle mil euros… No…, definitivamente no. Quizá seiscientos. Claro que con solo seiscientos si había algún imprevisto…

También podía plantearle el problema y dejar que fuese él quien, en primer lugar, le dijera si le podía prestar dinero, y en caso afirmativo, Salvador le preguntaría qué cantidad podría ser razonable.

Al final quedó más o menos satisfecho con la idea de dejar que fuese Ramón quien decidiese la cantidad. Tanto pensar, tanto pensar, y cuando se dio cuenta había empezado a llover y se le había pasado la hora del almuerzo.

Saber que al día siguiente le tenía que ir a pedir dinero a su amigo, fue suficiente para estresar a Salvador y dar al traste con su descanso nocturno. Aunque se puso música relajante, no se relajó en absoluto. Después de escuchar la canción *Aquarius* del musical *Hair*, se

rindió. No era capaz de conciliar el sueño y le pareció que lo mejor que podía hacer era ver una película para distraerse. *El día de la marmota (Groundhog Day)*, una de sus comedias preferidas que había visto muchas veces, fue la elegida.

Concilió el sueño muy tarde, durmió poco y mal, y se despertó en varias ocasiones a lo largo de la noche. Lo único bueno fue que no tuvo su peor pesadilla, en la que estaba atrapado en una casa a oscuras y no podía encender la luz. Un pequeño consuelo.

Se despertó de mal humor y no fue al gimnasio. Se limitó a esperar a que fuera la hora de salir. Condujo la moto apesadumbrado y sin energía, cual reo que se dirigiese al cadalso para la ejecución de la pena capital.

Entró en la cafetería en la que habían quedado y trató de mantener la compostura, como si pedir dinero fuese algo tan natural como pedir un café, pero Ramón le conocía demasiado bien y al verle reaccionó de inmediato.

—¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma.

—Sí, sí, estoy bien, perfectamente.

—¿Seguro?

—Claro, es que no he dormido mucho.

—¡No me lo digas! Una noche loca de sexo.

—¿Qué? No, no. Ojalá, qué más quisiera.

—Estás como yo, de abstinencia.

—Sí, algo así. Bueno, ya estoy acostumbrado.

Salvador pidió el tercer café solo del día y buscó la mejor manera de sacar a colación el tema del dinero.

—Pues al final vas a tener razón —dijo Ramón, que parecía de buen humor.

—¿En qué? —preguntó Salvador.

—En lo del fumar.

—¿Has empezado a fumar?

—No, ya sabes que odio el tabaco.

—Lo sé, era broma.

—¿Te acuerdas de la cena con Huyen, Enrique, Santiago, y la novia de Santiago?

—Sí.

—Me dijiste que tarde o temprano Enrique y Santiago fumarían dentro del piso.

—Y ya lo han hecho.

—Sí. Es asqueroso —se quejó Ramón.

—Era inevitable. Supongo que el primero en romper la tregua fue Santiago.

—¿Cómo lo sabes?

—Va con su carácter.

Trajeron el café solo y Salvador se acercó la tacita a los labios. Debía ser su propio malestar, pero el café no le pareció tan bueno como en otras ocasiones.

—Sí, tú lo has dicho, va con su carácter. No lo hace siempre, nunca delante de mí, pero…

—Con que se fumen dos o tres cigarrillos al día dentro del piso ya olerá a humo. ¿Y Enrique también fuma dentro del piso?

—Creo que solo lo ha hecho alguna vez, pero muy pocas. El problema es Santiago.

—El problema tiene mala solución —advirtió Salvador.

—Ya me he dado cuenta. Por cierto, ¿qué tenías que decirme?

—Ah, sí, tenía que hablar contigo, verás…

El teléfono de Salvador sonó en ese preciso momento.

—¿Diga?

—¿El señor Salvador?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de Edumates, el centro de matemáticas en el distrito 7. ¿Se acuerda de nosotros?

—Sí, sí, claro que me acuerdo. —Salvador fue presa de una súbita excitación.

—Tenemos una emergencia, necesitamos un profesor de matemáticas para mañana por la mañana.

—Mañana lunes.

—Sí, mañana lunes.

—¿A qué hora?

—Las clases empiezan a las ocho de la mañana.

—¿Clases? ¿Cuántas clases?

—Las clases son de ocho a doce de la mañana y de dos a cinco de la tarde.

—¡Siete horas!

—Sí, siete horas de clase y una pausa de dos horas de descanso de doce a dos de la tarde para el almuerzo.

—¿Solo mañana?

—No, no. Es para un curso de verano en una escuela internacional, la Bright International School. El curso de verano dura cinco semanas.

—¿Me necesita durante cinco semanas, de lunes a viernes, de ocho a doce de la mañana y de dos a cinco de la tarde?

—Sí, ¿puede hacerlo?

Una inmensa sonrisa apareció en el rostro de Salvador.

—Por supuesto. Ahí estaré, mañana lunes, a las ocho de la mañana.

—¡Genial! Me ha sacado usted de un buen apuro, el profesor que se había comprometido ha llamado hace un rato, y me ha dicho que lo sentía mucho, pero que no podría hacerlo. En fin, nos vemos mañana a las ocho.

—¿Dónde?

—*En el distrito Nha Be. Ahora le envió un mensaje con la dirección.*

—Muchas gracias.

—*Gracias a usted.*

Salvador colgó el teléfono y miró a Ramón como un ave fénix renacida.

—Acabo de conseguir trabajo en un curso de verano.

—¡Lo he oído, lo he oído! No me he perdido ni un detalle. ¡Felicidades!

—Gracias. —Salvador, muy aliviado, cogió el café. Aún estaba tibio y lo saboreó. Sabía mucho mejor que hacía apenas un par de minutos.

—¿Bueno, pero qué querías comentarme? Dijiste que era importante.

—Sí, lo que tenía que comentarte. —Salvador se quedó pensativo unos segundos—. Muy importante, de hecho. ¿Estás escribiendo? ¿Ya has terminado la segunda historia?

Ramón sonrió complacido.

—Me gusta que me hagas esa pregunta. No he terminado, pero casi.

—¡Ese es mi chico! Te propongo un desafío.

—¿Cuál?

—Antes de que termine junio tienes que acabar la segunda historia corta.

—Eso está hecho —dijo Ramón con seguridad.

—Pero el desafío no es ese.

—¿No?

—El desafío es que cada mes tienes que terminar una historia y así, en mayo del año que viene ya tendrás las once terminadas y podrás buscar una editorial que te las publique, o publicarlas por ti mismo.

—Un buen plan. ¡Acepto el desafío! —exclamó Ramón con entusiasmo.

A las 7:30 de la mañana, Salvador ya había llegado a la Bright International School. No había oído hablar de ella hasta que le llamaron el día anterior. La escuela estaba situada en el distrito Nha Be, en el que nunca había estado antes, a catorce kilómetros de su hotel. Tal y como le habían dicho por teléfono, se trataba de un curso de verano de 5 semanas, desde el lunes 24 de junio hasta el viernes 26 de julio. Había tanto clases de repaso de inglés y matemáticas como actividades extraescolares, juegos y deportes.

A Salvador le correspondían clases de matemáticas y, quizá por ser español, la actividad del fútbol. De doce a dos tenían tiempo libre

y el comedor de la escuela servía el almuerzo tanto para los alumnos, como para los que trabajaban en la Bright International School.

La comida estaba bastante buena y después de almorzar le apeteció tomarse un café, pero en el comedor no servían. Fue a la cafetería de la escuela, en la que se tenía que pagar lo que uno comiese o bebiese, a diferencia del comedor, que era gratuito.

Vio a dos profesores charlando jovialmente y se acercó con cierta timidez. El más joven le saludó con afabilidad y le invitó a sentarse con ellos. Se llamaba Larry y ya llevaba más de ocho años en Vietnam dando clases de inglés. Era irlandés, gay, y tenía treinta y ocho años. Hablaba sin tapujos y desde el principio del hecho de tener novio, quizá para evitar malentendidos, quizá porque se sentía orgulloso de su homosexualidad y de la seguridad con la que la vivía. Rubio, atractivo, y más alto que Salvador, no le debía faltar mucho para los dos metros, aunque más delgado, llevaba el pelo muy corto, y era de trato amable, pero un tanto orgulloso.

El otro profesor, Donovan, era estadounidense. De cincuenta y cinco años y estatura media, tenía el pelo castaño y lo llevaba algo más largo de lo habitual para un hombre, era algo tímido e introvertido, con ideas de artista. Tocaba la guitarra y le gustaba pensar en sí mismo como músico, aunque no se dedicaba profesionalmente a la música. Había llegado a Saigón hacía unas pocas semanas en busca de una oportunidad para tener una vida mejor, como tantos occidentales que decidían probar suerte en Asia.

Tanto Larry como Donovan se ganaban la vida en Vietnam dando clases de inglés. Salvador les explicó las dificultades que había tenido hasta ese momento para encontrar trabajo, y ambos coincidieron en que si mejorara su inglés podría dedicarse a la enseñanza de ese idioma, como ellos, y le sería mucho más fácil encontrar un buen empleo.

Al principio Salvador pensó que tanto Larry como Donovan trabajaban para la escuela internacional, pero no era así. Ambos estaban contratados por una agencia que se dedicaba a proporcionar profesores de inglés occidentales a escuelas vietnamitas, o a empresas que querían que sus trabajadores aprendieran o mejoraran su nivel de inglés. Casi todos esos profesores eran de países en los que el inglés era la lengua materna, Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda o Sudáfrica, pero también contrataban a algunos de otras nacionalidades si su inglés era muy bueno.

Por la noche hizo una videollamada a su madre y a su hermana Yolanda, y les explicó en detalle que había encontrado trabajo en un curso de verano en una escuela internacional. A su hermana le sorprendió mucho, daba por hecho que solo si la lengua materna del profesor era el inglés, podía este trabajar en una escuela internacional.

Salvador les contó que en general eso era cierto, pero que podía haber excepciones, es su caso lo que había sucedido era que uno de los profesores que tenía que dar las clases de matemáticas había fallado en el último momento.

Los primeros cinco días fueron bastante duros para Salvador, que tenía que dar clases de matemáticas en inglés a alumnos entre seis y diecisiete o dieciocho años que hablaban ese idioma mejor que él. Sí, incluso la mayoría de los niños pequeños. Por fortuna había hecho amistad con Larry y Donovan, que le ayudaban en lo que podían. Las clases tenían un máximo de veinte alumnos, y esa era la mayor cantidad de estudiantes con la que se veía capaz de lidiar. En realidad, con diez ya se estresaba, pero aún le resultaba posible controlarlos. Para Salvador veinte eran multitud.

En las clases con estudiantes de primaria tenía una asistente vietnamita en el aula que le ayudaba, pero en las de secundaria y bachillerato estaba solo. Se dio cuenta de que algunos de los alumnos, en su mayoría adolescentes, se reían de él cuando decía algo mal en inglés, lo que ocurría bastante a menudo. Eso le hacía sentirse extremadamente incómodo, pero hizo de tripas corazón y dio lo mejor de sí mismo. No tenía alternativa, era eso o volver a Barcelona.

Ngoc necesita un ordenador

El viernes por la mañana, Ngoc le envió un mensaje, quería saber si estaba libre por la noche. Salvador no tenía planes y quedó con ella después de cenar. Hacía varias semanas que no la veía, y tampoco habían chateado a menudo ese mes de junio porque ella había estado muy ocupada y él demasiado agobiado.

Como Ngoc no tenía moto y era tarde para ir en autobús, Salvador se ofreció a ir a una cafetería que estuviese cerca de su casa para que ella pudiese ir andando. Le costó un poco, pero al final encontró la dirección que la chica le había dado. No le pareció una buena idea tomarse un café a esas horas, así que imitó a Ngoc, que, como había hecho casi todas las veces que habían quedado, pidió un zumo de naranja. Al parecer ambos tenían buenas noticias que compartir. Salvador le explicó lo del curso de verano, y ella le contó que había terminado la universidad y ya había encontrado trabajo de asistente en una cadena de televisión.

—¿Tan rápido? —Se sorprendió Salvador.

—¡Sí!

—Eres extraordinaria.

—Tampoco tanto. Es el puesto más bajo. Mucho trabajo y muy poco dinero.

—Lo importante es empezar. ¿Y en qué consiste el trabajo?

—Soy asistente de producción para un programa de televisión. Tengo que ayudar a la jefa de producción a preparar todo lo que haga falta para la grabación y editar algunos de los vídeos que grabemos —explicó Ngoc.

—¿También tienes que editar vídeos?

—A la nueva le toca hacer muchas cosas. Pero estoy muy contenta y no me importa.

—Seguro que te irá todo bien, tienes mucha energía y don de gentes. Estás hecha para ese trabajo.

—Eso espero.

—¿De qué va el programa? —Quiso saber Salvador que se había terminado en unos segundos el decepcionante zumo de naranja con poco zumo y mucho hielo que le habían servido.

—Sobre extranjeros en Vietnam. Cada programa es un reportaje sobre alguien que un buen día decidió venir a vivir aquí.

—Es interesante. Lo que a ti te gusta, conocer gente de otras culturas.

—¡Sí! Me encanta. Esta semana hemos grabado a un argentino

que vino a vivir a Saigón hace un par de años.

—Argentino, no debe haber muchos argentinos en Saigón.

—No creo.

—¿Qué hace en Saigón?

—Se dedica a la importación de vinos de su país. ¿Te gusta el vino argentino? —preguntó Ngoc.

—No lo sé, nunca lo he probado.

—Tiene una tienda en el distrito 1. Nos dejó probar varios de los vinos que vende. ¡Todos estaban buenísimos! Me emborraché un poco, ja, ja.

—Si tiene una tienda de vinos en Saigón, debe estar encantado de que le hagáis un reportaje que va a salir en televisión.

—Sí. Está muy contento.

—¿Le pagáis algo?

—No, no. No se paga nada a las personas que salen en el reportaje.

—Que su tienda salga por la tele es el mejor pago que puede recibir.

—Hay un pequeño problema.

—¿Qué pasa?

—Tengo que editar el vídeo de este reportaje, pero no tengo ordenador porque el año pasado entraron en casa y me robaron el que me había regalado mi hermano.

—Sí, recuerdo que me lo contaste. ¿No puedes ir a la productora a montarlo?

—No.

—¿Y no te pueden prestar ellos uno?

—No, todos los ordenadores de la productora están ocupados. Me han dicho que tengo que usar el mío.

—Eso no es muy profesional que digamos.

—Ya… pero es así.

—¿No puedes usar el de alguna de tus amigas de la universidad?

—Ya lo he intentado, pero nada.

—¡Qué putada! —exclamó con sentimiento Salvador—. ¿Y qué vas a hacer?

—¿Podrías ayudarme, por favor?

—Me encantaría, pero no sé cómo.

—Tú tienes un ordenador portátil…

—Oh, sí, claro. Pero no puedes usarlo para editar la grabación del reportaje. Quiero decir que a mí no me importa dejártelo, pero ya lo viste, es muy pequeño y tiene poca potencia, solo sirve para navegar por internet y usar programas de ofimática.

—Déjame probarlo, se veía muy nuevo, a lo mejor aunque sea pequeño sirve.

—No creo que puedas, la verdad —reflexionó Salvador dubitativo—. Pero inténtalo de todos modos. No pierdes nada.

—¡Gracias!

—Pero el domingo por la noche me lo tienes que devolver, de lunes a viernes lo necesito para preparar mis clases.

Ngoc le dijo que podía ir a buscar el ordenador al día siguiente por la mañana en autobús, pero Salvador, en un acto de gentileza, fue hasta su habitación a buscarlo y se lo llevó esa misma noche. Entre ir y volver tardó una hora y media.

Más tarde, mientras se estaba duchando, recibió un mensaje muy entusiasta de Ngoc, para sorpresa de Salvador, su portátil era lo bastante potente como para editar el vídeo.

El sábado tocaba celebrar el fin de la primera semana del curso de verano y Salvador fue a cenar con sus nuevos amigos, Larry, el irlandés; Donovan, el estadounidense; y dos de las jóvenes vietnamitas que habitualmente les habían hecho de asistentes en las clases con los niños de seis a diez años de la Bright International School.

Una de las dos chicas, la más habladora, les explicó que ellos ganaban mucho dinero y las directoras (al parecer había tres directoras, una para primaria, otra para secundaria y otra para bachillerato) les trataban con mucha deferencia, pero a ellas les pagaban muy poco y las trataban muy mal.

Larry, que era el que más tiempo llevaba en Saigón, no recibió esa información con sorpresa, y confirmó a Salvador y a Donovan lo que acababan de oír. Salvador sentía curiosidad por saber cuán poco era poco, pero no se atrevía a preguntar. Larry aventuró una cifra en voz alta y estuvo a punto de acertar, las chicas les dijeron que por trabajar cuarenta horas semanales solo cobraran 5 000 000 de dongs, unos 185 euros. Salvador recordó que su amiga Huyen, trabajando de recepcionista en el hotel, recibía casi lo mismo, 4 000 000 de dongs. ¿Cómo era posible que en una escuela internacional les pagaran tan poco?

La chica que había sacado el tema comentó que ya llevaba 2 años trabajando para la Bright International School, y que estaba intentando que le subieran el sueldo a 5 500 000 dongs, pero la directora le había dicho que no. A Donovan y Salvador les parecía increíble lo que estaban escuchando, a ellos les pagaban 2 200 000 dongs por cada día trabajado, es decir que en una semana se sacaban 11 000 000 de dongs, más del doble de lo que las chicas ganaban en un mes.

El domingo por la tarde Ngoc se puso en contacto con Salvador, no había podido terminar de editar el vídeo del argentino que vendía

vino en Saigón, y le pidió si podía continuar trabajando en su habitación. A Salvador le sorprendió un poco la petición, pero entendía la complicada situación en la que su amiga se encontraba, así que accedió.

Ngoc cogió el último autobús, que pasaba cerca de su casa un poco después de las siete de la tarde, y llegó al hotel de Salvador casi a las ocho. Estaba visiblemente estresada.

—¿Cuánto te falta para terminar?

—Mucho, tendré que trabajar toda la noche y no creo que sea suficiente.

—¿Toda la noche? —Salvador intentó asimilar la idea de tener a Ngoc en su habitación editando un vídeo sobre un tipo argentino que se dedicaba a la importación de vinos en su ordenador portátil durante toda la noche—. ¿Tienes que entregarlo acabado mañana por la mañana?

—Sí, pero sé que no va a estar. No he hecho ni la cuarta parte.

—En dos días no has podido hacer ni la cuarta parte y esta noche tendrías que hacer más de tres cuartas partes.

—Es imposible —suspiró con resignación Ngoc.

—Lo es —musitó Salvador—. ¿Es la primera vez que editas un vídeo, verdad?

—Sí, la primera. Por eso voy tan despacio. He tenido que ir aprendiendo este fin de semana sobre la marcha.

—Qué desastre. ¿Prefieres que te deje sola?

—Te lo agradecería, si estoy sola me podré concentrar más.

Salvador se dio cuenta de que Ngoc había traído un pequeño disco duro externo en el que debía estar la grabación de vídeo que estaba editando. Se fue a dar una vuelta e hizo tiempo hasta que Huyen salió del trabajo. Había llovido bastante por la tarde, como casi todos los días, y la temperatura había bajado un poco. Como el cielo se veía despejado no había cogido el impermeable, aunque sabía que un cielo despejado en julio en Saigón no significaba nada, el clima era impredecible.

Fueron juntos a cenar *com chien hai san* en el sitio que había descubierto hacía varias semanas y se refugiaron en una cafetería restaurante de la zona turística cuando empezó a llover. «Tendría que haber cogido el impermeable», pensó Salvador.

Huyen estaba de muy buen humor, como casi siempre, y quiso que Salvador le explicara todo sobre el trabajo en el curso de verano. También le dijo que echaba de menos a Ramón, y que tenía ganas de que quedaran los tres, o los cuatro si Ngoc quería ir. Fue en ese momento cuando Salvador le comentó que Ngoc pensaba pasarse toda la noche editando un vídeo en su habitación.

—¿Qué? ¿Va a dormir contigo?

—No lo sé. Ella dice que va a estar despierta toda la noche trabajando.

—Tendrá que dormir, aunque sea poco.

—Supongo.

—¿Y qué harás si se mete en tu cama? —preguntó con intención Huyen.

—Nada, ¿qué quieres que haga?, seguiré durmiendo.

—Ngoc es guapa.

—No te diré que no.

—¿Te gusta?

—Ni me gusta ni me disgusta, somos amigos, eso es todo.

—A lo mejor lo del vídeo es una excusa para dormir contigo, ji, ji.

—No, no creo.

—Si pasa algo que valga la pena ya me lo contarás.

—No pasará nada, ha venido a trabajar.

—Yo creo que sí pasará algo.

Era casi medianoche cuando Salvador volvió a su habitación. Ngoc seguía trabajando con su ordenador y no quería molestarla, así que se dio una ducha, se puso el pijama y se metió en la cama. Se dio cuenta de que no podría dormir con la lámpara encendida.

—Ngoc.

—¿Sí?

—¿Necesitas la luz para editar el vídeo?

—No, la pantalla del ordenador está iluminada y con la luz que entra por la ventana puedo ver el teclado. Apaga la luz y duerme, intentaré no molestarte.

—Gracias.

Salvador se levantó, apagó la luz y se volvió a meter en la cama. Aunque le costó un poco más de lo habitual, no tardó en conciliar el sueño. Ngoc seguía trabajando.

Algo le despertó. La habitación estaba completamente a oscuras. Ngoc se acababa de meter en la cama. Era la segunda vez en su vida que una chica se metía en su cama de forma inesperada, la primera vez había sido Linh, la chica de diecinueve años que, sin quererlo, tuvo un papel esencial en el hecho de que se acabara acostando con Hau. En esa ocasión era su amiga Ngoc, que debía haber intentado permanecer despierta toda la noche, pero al final el sueño la había vencido y se había tenido que acostar. Normal. No sabía qué hora era, probablemente fuera muy tarde. Podía sentir el calor del menudo cuerpo de la chica muy cerca del suyo. En unos minutos su respiración cambió, era suave, pero se hizo audible. Se había dormido.

Intentó no moverse hacia Ngoc. Desde que vivía en Vietnam se había acostumbrado a dormir en el centro de la cama, y no quería acercarse demasiado a ella por accidente, no fuera que se despertase y malinterpretara la cercanía de Salvador.

Hacía menos de dos meses desde que se había acostado con Hau, pero tenía la sensación de que había pasado una eternidad. Intentaba no pensar en ella, pero su recuerdo se limitaba a hacer acto de presencia tanto si él quería, como si no. La verdad era que aún la echaba de menos, pero no había nada que pudiese hacer salvo lamentarse.

La alarma del reloj despertador sonó a las seis de la mañana. No tenía que estar en la Bright International School hasta las ocho, pero quería salir antes de las siete para asegurarse de que iba a llegar a tiempo para tomar café con Larry y Donovan. Necesitaba poco más de treinta minutos para ir hasta la escuela, como la cita con sus colegas era a las siete treinta, tenía que salir antes de las siete.

El café matinal se había convertido en una agradable costumbre, todos los días de lunes a viernes disfrutaba de la compañía del joven irlandés y del maduro estadounidense antes de que empezaran las clases.

Antes de irse despertó a Ngoc, estaba convencido de que había dormido muy poco, y le preocupaba que durmiese más de la cuenta. Ya iba a tener bastantes problemas por no haber terminado de montar el vídeo a tiempo, solo le faltaba además llegar tarde al trabajo.

Larry invitó a Salvador y a Donovan a ir a tomar unas cervezas por la noche en la calle turística por excelencia, Bui Vien. Donovan agradeció la invitación, sin embargo, les dijo que tenía cosas que hacer y que se uniría a ellos otro día.

Por la noche Larry le presentó a Duong, su novio, un vietnamita de tez bronceada bastante amanerado, muy joven, alto y guapo. El contraste con el irlandés le llamó la atención porque Larry no era amanerado en absoluto, de hecho, si no le hubiera dicho que tenía novio, no se le habría pasado por la cabeza que pudiera ser homosexual, en cambio, Duong tenía un aspecto, comportamiento y movimientos bastante femeninos. Era peluquero, pero no tenía trabajo en ese momento, su sueño era trabajar en cine y televisión, pero reconocía que era muy difícil y que se conformaría con tener su propia peluquería.

Larry comentó bromeando que cuando su novio consiguiese ser el dueño de una exitosa peluquería de moda en Saigón, le mantendría, y ya no tendría que dar clases de inglés a niños ruidosos y malcriados. Duong, adoptando una pose muy femenina y seria, aseguró que estaría

encantado de mantenerlo. El irlandés rio y dijo que solo era una broma, que no necesitaba ni quería que nadie lo mantuviese.

A Salvador se le había pasado por la cabeza que él era el único que tenía problemas para controlar a sus alumnos, y se sintió un poco mejor cuando Larry le expuso las mismas situaciones conflictivas con las que se veía obligado a enfrentarse cada día. Al parecer Larry había dado clases tanto en escuelas internacionales como en escuelas públicas vietnamitas, y en cierto sentido prefería las públicas porque al menos ahí había un cierto respeto por los profesores. En cambio, en las escuelas internacionales los padres de los estudiantes pagaban mucho dinero, y eso creaba una situación de debilidad para disciplinar a los alumnos, algunos de los cuales se creían, por ser sus padres relativamente ricos, que estaban más allá del bien y del mal, y que eran algo así como intocables y podían hacer lo que quisieran.

Salvador y Larry coincidieron en que en cada clase del curso de verano había sí o sí, dos, tres o cuatro alumnos con un comportamiento simplemente inaceptable. Y lo peor era que esos niños problemáticos no solo no respetaban a sus profesores, sino tampoco a sus compañeros, haciendo muy difícil para los que querían aprender poder hacerlo.

Después de sacar todo lo que se había estado guardando dentro de sí mismo desde el principio del curso de verano, Salvador compartió con ellos su sueño de ser guionista y pasaron el resto de la velada hablando de sus películas, directores y actores preferidos.

A lo largo de la semana, Salvador se dio cuenta de que a Donovan, el profesor estadounidense, siempre se le veía muy somnoliento y un tanto demacrado por las mañanas, y si coincidía con que no se había afeitado en los últimos tres o cuatro días, parecía que tuviera sesenta y cinco años en lugar de cincuenta y cinco. Un día se decidió a preguntarle el motivo.

Al parecer a Donovan se le hacía tarde. Después de cenar iba a su habitación y se entregaba a sus pequeños placeres, se ponía a ver vídeos en internet, leía, escuchaba música, tocaba la guitarra, y cuando se daba cuenta ya eran las dos o las tres de la madrugada, lo que le dejaba muy pocas horas para dormir si tenía que estar en la escuela a las siete y media de la mañana para tomar el café con Larry y Salvador, quien, con un tono un tanto paternal, le aconsejó que se fuese a dormir más pronto. Donovan se limitó a sonreír como un niño pícaro al que han pillado haciendo alguna travesura.

Salvador le contó los problemas que tanto él como Larry tenían en sus clases para disciplinar a algunos de sus alumnos. No era diferente para el otro, que se quejó de prácticamente las mismas cosas que hacían difícil la vida de Salvador cada día en el curso de verano.

Donovan había trabajado de profesor en los Estados Unidos, así que aquello no le venía de nuevo, de hecho tenía bastantes años de experiencia como docente. Lo que le había motivado a abandonar su tierra natal y probar suerte en Asia fue la imposibilidad de ahorrar en su país de origen. Todo el dinero que ganaba se lo tenía que gastar en vivir, pagar el alquiler, la gasolina, comprar comida y algo de ropa. El estadounidense confiaba en que eso cambiara y pudiese tener un nivel de vida más alto y una situación económica más confortable en Vietnam.

Ambos compartían la sensación de que demasiados padres pudientes tenían serios problemas para enseñar disciplina a sus hijos. Quejándose de una cosa tras otra, a Salvador se le escapó que se moría de ganas de que el curso de verano terminase. En cuanto lo dijo se arrepintió, pero no fue poca su sorpresa cuando escuchó decir a Donovan con pesar, que él sentía lo mismo.

Dos proyectos

Como era previsible, Ngoc no había terminado de editar el vídeo la madrugada del lunes, ni tampoco a lo largo de la semana, y el viernes por la noche se presentó empapada y sin avisar en la habitación de Salvador, a quién sorprendió escuchar a alguien golpear la puerta con los nudillos. Se levantó y abrió, dejando a la vista a su joven amiga, que parecía que se hubiese tirado vestida a una piscina.

—Realmente te gusta la lluvia.

—Me he dejado el impermeable en casa —se lamentó Ngoc.

—Eres un desastre. ¿Por qué no me has enviado un mensaje si ibas a venir?

—No me queda saldo en el teléfono.

—Estás completamente empapada.

Salvador la miró de arriba a abajo y se dio cuenta de que en el suelo, delante de la puerta había un charco de agua. Ngoc entró y dejó la bolsa que llevaba al lado de la mesa.

—Mejor que te des una ducha, pero toda tu ropa está mojada.

—¿Me puedes dejar una camiseta?

—Sí, claro.

Ngoc se duchó, se puso una camiseta de Salvador que le llegaba casi hasta las rodillas y salió con una toalla enrollada en el pelo.

—¿Tienes un secador?

—Lo siento, no uso —Salvador se llevó la mano al pelo, lo llevaba tan corto como siempre.

—Tú no le vas a sacar mucho partido, pero lo necesitas para cuando tengas una invitada.

—No se me había ocurrido. ¿Quieres que le pida uno a los propietarios? Seguro que tienen.

—No importa, ya se irá secando.

—Como quieras. —Salvador se la quedó mirando mientras se secaba el pelo con la toalla. —Supongo que necesitas trabajar con mi ordenador.

—Supones bien —dijo Ngoc sonriendo con picardía.

—¿Está muy enfadado tu jefe? —preguntó Salvador mientras cerraba los programas que había estado utilizando en el ordenador.

—Un poco, pero tengo licencia de novata y aún no ha amenazado con echarme. Solo me ha dicho que termine lo antes posible.

—Menos mal.

Salvador dejó libre la única silla que había en la habitación y se sentó en la cama. Ngoc sacó el disco duro de la bolsa que había traído, estaba dentro de una funda protectora, pero aun así daba muestras de haberse mojado un poco.

—Espero que no haya entrado agua dentro del dispositivo —dijo Salvador mientras se levantaba para ir a buscar una toalla seca. Cogió el disco duro, lo secó con cuidado y lo conectó—. Funciona. Parece que todo está bien.

Ngoc se puso a trabajar de inmediato. Salvador prefirió no molestarla, le parecía divertido verla vistiendo una de sus camisetas y no pudo evitar preguntarse si llevaba algo debajo, toda su ropa se había calado y se la había tenido que quitar. Pensó en ofrecerle unos calzoncillos para ponerse a modo de ropa interior, pero le pareció una conversación incómoda y no dijo nada, si necesitaba algo ella se lo haría saber.

Fuera, seguía lloviendo y no le apetecía salir a pasear con el impermeable, Ngoc estaba usando su ordenador, o sea que no le era posible ver una película o ponerse música, y tampoco podía ponerse a hablar con ella porque estaba trabajando, así que no le quedaban muchas opciones para distraerse. Después de unos minutos buscando algo por hacer para matar el tiempo, cogió la cajonera negra en la que guardaba sus escritos. Tenía seis cajoncitos, y en cada cajoncito había dos carpetas con sendos proyectos dentro. Cada carpeta contenía muchos recuerdos, horas de trabajo e ilusiones frustradas.

En el último cajón descansaban los dos guiones más antiguos. Como no tenía nada mejor que hacer, se puso a hojear el de debajo, el primero que había escrito, o mejor dicho, el primero que había empezado a escribir, pero que nunca llegó a terminar. Pasó las primeras páginas muy lentamente y recuerdos lejanos le envolvieron.

Los primeros borradores los había hecho hacía unos quince años. A lo largo de muchos, muchos meses, trabajó en esa historia un tanto surrealista, avanzando a trompicones y sin llegar a buen puerto. Hizo descripciones de personajes, sinopsis cortas y largas y completó el tratamiento cinematográfico que explicaba toda la acción escena a escena. Llegó a empezar el guion, pero no pasó de la página dieciséis.

El principal motivo que le hizo abandonar fue que la historia nunca llegó a convencerlo. Al final se dio cuenta de que era mejor empezar otra desde cero y no intentar arreglar algo que nunca tuvo arreglo. Era extraño, porque al releer parte de ese proyecto se dio cuenta de que había cosas que había olvidado haber escrito y a veces encontraba fragmentos que parecían haber sido redactados por otra persona, aunque sabía que eso era imposible.

Repasó sus proyectos uno por uno, como había hecho tantas veces, ora prestando atención a pequeños fragmentos, ora leyendo

decenas de páginas seguidas de un mismo texto. Sumergido en un mundo de fantasías y escenas del pasado, perdió la noción del tiempo. Pasaron varias horas y cuando el silencio se adueñó definitivamente del vecindario y no se escuchaba ni el televisor de los dueños del pequeño hostal, levantó la vista de sus papeles y se quedó mirando a Ngoc, que continuaba montando el vídeo sin descanso. La silla era demasiado grande para ella, o ella era demasiado menuda para esa silla. Salvador se preguntó si se le habría secado ya el pelo, era casi medianoche y hacía mucho que se había duchado. A él se le secaba el pelo en unos minutos, pero con una melena larga como la de Ngoc, quizá el proceso llevaba horas si no se disponía de un secador.

Mientras la observaba en un sereno silencio, un pensamiento afloró a su mente. Volvió su atención inmediatamente a sus proyectos, quizá, solo quizá…

—Ngoc, ¿sabes si es muy caro traducir algo del español al vietnamita?

Ngoc apartó la mirada del ordenador y se quedó mirando fijamente a Salvador, que estaba sentado en la cama rodeado de papeles.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, estaba revisando algunas cosas que escribí.

—Si quieres traducir todo eso, seguro que te costará una fortuna. —Ngoc se levantó y se acercó a la cama para ver mejor la cantidad de material del que le estaba hablando.

—No, no. No es eso, no quiero traducir todo lo que tengo escrito, solo dos cosas cortas, dos proyectos que… dos proyectos que tengo.

—¿Tienes proyectos para televisión? —El rostro de la chica se iluminó de repente.

—Sí. Tengo dos.

—¿Y los otros? —Los ojos de Ngoc recorrieron los otros escritos que había encima de la cama.

—Son guiones o proyectos de guion para hacer películas de cine.

—¿De qué van?

—Mejor no pensar en ellos ahora. Lo que quiero saber es si sería posible producir alguno de los que están pensados para televisión.

—Cuéntamelos.

—No puedo, es un secreto —susurró con comicidad Salvador, como si pudiera haber alguien al acecho intentando escuchar lo que decía.

—Si no me lo cuentas, no podré ayudarte y si me los dejas para que te los lleve a traducir, lo sabré de todas formas cuando el texto esté en vietnamita —dijo Ngoc imitando divertida el tono de voz de

Salvador.

—Eso es verdad.

—Venga, cuenta.

—Uno es para hacer un *reality show,* y el otro una serie de ficción para televisión.

—Enséñame lo que quieres traducir exactamente.

—Del *reality show* solo hay unas pocas páginas, que explican cómo sería el programa de televisión, en cambio, de la serie tengo bastante escrito, pero solo quiero traducir la presentación del proyecto, sino saldría demasiado caro.

Le mostró los dos documentos que quería traducir, y le explicó en líneas generales de qué iba cada uno. Ngoc le pidió que le enviara los archivos por correo electrónico para poder pedir presupuesto para la traducción, y continuó trabajando en la edición del vídeo.

Salvador se despertó cuando Ngoc se metió en la cama, aunque las lámparas estaban apagadas, había algo de luz que entraba por la ventana y a través del cristal de la puerta. Tanto la ventana como la puerta daban al balcón, y las farolas de la calle dejaban la habitación en una penumbra muy agradable durante la noche, suficiente para levantarse e ir al baño sin tropezar, pero sin que hubiese tanta luz como para que le molestase para dormir.

Ngoc debía estar agotada. Antes de que Salvador pudiese conciliar el sueño de nuevo, supo por la respiración que ella ya se había dormido, apenas había tardado uno o dos minutos. Mientras se preguntaba si realmente tenía alguna posibilidad de que sus proyectos se produjesen en Vietnam, sus ojos se cerraron y se sumergió en las profundidades de la inconsciencia sin que hubiese tenido la oportunidad de contestar a la pregunta de forma satisfactoria.

Un cuerpo pequeño y frágil chocó con Salvador y le volvió a despertar, Ngoc se había girado hacia él y ocupaba el centro de la cama. Intentó apartarse sin despertarla, pero se dio cuenta de que casi no le quedaba espacio para maniobrar. Si se iba más hacia la derecha acabaría en el suelo e inmediatamente a su izquierda estaba ella. Ngoc se había arrimado tanto que era capaz de sentir la respiración de la chica en su rostro. Le pareció que casi podía escuchar los latidos de su corazón. Arriesgándose a despertarla, se giró hacia el otro lado e intentó separarse un poco de ella, pero no tenía espacio para hacerlo.

El curso de verano llega a su fin

El túnel era bastante estrecho, pero no tanto como para que le asaltase una sensación de claustrofobia. Huyen y Ngoc lo tenían fácil, las dos eran bajitas y ninguna tenía sobrepeso, Salvador era el más alto y corpulento, pero todo lo que requiriese actividad física se le daba bien. El que pasaba más apuros era Ramón, que nunca había aceptado ninguna de las reiteradas invitaciones de Salvador para apuntarse con él a un gimnasio o de hacer cualquier tipo de deporte juntos. De hecho, desde su llegada a Vietnam había engordado varios kilos y ninguno de los pantalones que había traído de España le iban bien.

Las chicas ya habían estado en los túneles de Cu Chi, así que les hacían de guías. Algunos de los pasadizos habían sido ensanchados para que los turistas pudiesen pasar por ellos sin apuros, y solo alguien realmente voluminoso tendría dificultades para hacerlo, pero otros seguían teniendo el tamaño original. No todo el mundo tenía las dimensiones adecuadas para pasar por ahí, ni a todos los que podían les resultaba una experiencia agradable, en ocasiones tenían que avanzar a cuatro patas, o incluso arrastrarse, y podía resultar bastante agobiante. No apto para gente grande o claustrofóbica.

Los túneles jugaron un papel muy importante en la guerra de Vietnam contra los Estados Unidos, y no se limitaban a lo que los turistas podían visitar en Cu Chi, ni mucho menos, sino que estaban en gran parte del país. Las vías subterráneas habían servido no solo como rutas de comunicación que pasaban inadvertidas para los estadounidenses, sino también como escondite tanto de los soldados como de recursos tales como medicinas, armas y alimentos.

Cuando se cansaron de la exploración subterránea salieron a la superficie y fueron a una pequeña cafetería con aire acondicionado que habían visto al llegar. Aún hacía sol, pero la previsión meteorológica para la tarde era de lluvia, y alguna que otra tormenta, lo habitual durante esos meses. Ir había sido idea de Ngoc. El día anterior había terminado de montar el programa de televisión en el ordenador de Salvador, el día siguiente era sábado y no tenía que trabajar porque su jefe le había dado el día libre, y se le ocurrió que podían ir a Cu Chi por la mañana si amanecía despejado, como así había sido.

Ramón seguía con su vida fácil y disfrutaba de toda la disponibilidad del mundo, los sábados Salvador no tenía ninguna clase, y aunque a Huyen en principio le tocaba trabajar, no había sido

difícil convencerla. Huyen siempre tenía un sí en la boca cuando se trataba de hacer cosas con sus amigos, había hablado con una compañera del trabajo para que le hiciera el turno y su jefa no había puesto ninguna objeción.

La logística tampoco había sido un problema, Salvador había llevado a Ngoc, a quién le habían robado la moto y no tenía dinero para comprar una, por barata que fuera, y Huyen se había encargado de llevar a Ramón, que aunque también disponía de una moto de alquiler, como Salvador, prefería ir detrás de alguien con más experiencia conduciendo en Vietnam, sobre todo si iban lejos. Habían tardado más de dos horas en ir desde el distrito 1 hasta los túneles de Cu Chi, que estaban a unos sesenta kilómetros de distancia, pero con la climatología a favor el trayecto se les había hecho agradable.

La camarera sirvió cuatro *ca phe sua da* (café con leche condensada y hielo), y el habitual *tra da* (té con hielo), que acostumbraban a ofrecer de forma gratuita en la mayoría de cafeterías vietnamitas, para todos. Salvador hubiese preferido un café expreso, pero no tenían, así que pidió lo mismo que los demás. Los últimos días había notado que Huyen se mostraba un tanto misteriosa con respecto a un tema del que no quería hablar, y como no quería hablar de él, Salvador no sabía de qué tema se trataba. Cada vez que había intentado sonsacarla, ella se había cerrado en banda claramente alterada, deseosa de hablar de ello, pero a la vez mostrando una firme determinación de no hacerlo. Conociéndola como la conocía, estaba seguro de que se moría de ganas de soltar la lengua, pero por algún motivo, aún no podía o no quería hacerlo.

Salvador les contó que el día anterior, el 17 de julio, había sido el último día del curso de verano, y por la noche había ido a cenar con Larry, Donovan y las asistentes vietnamitas que les habían ayudado en clase a lo largo del curso. Sabedores de lo mísero de los sueldos de ellas, los tres amigos habían decidido de mutuo acuerdo invitarlas a un festín en un buen restaurante.

—Pensaba que ibas a trabajar hasta fin de mes —dijo Huyen con cierta sorpresa.

—No, el curso de verano solo dura cinco semanas.

—¿Y ya está, ya no vas a trabajar más en la escuela internacional? —preguntó Ramón.

—Ya está, se acabó.

—¿No puedes pedir trabajo ahí?

—Por pedir, puedo pedir lo que quiera, pero ya tienen a todos los profesores para el siguiente curso.

—Ya lo has preguntado.

—Sí, los tres, Larry, Donovan y yo lo hemos preguntado cada uno por nuestra cuenta y la respuesta ha sido la misma para todos.

—¡Vaya! Yo quería que trabajases en esa escuela internacional y ganases mucho dinero —soltó algo decepcionada y con su sinceridad habitual Huyen.

—Yo también, te lo aseguro —dijo sonriendo Salvador.

—Todos los profesores quieren trabajar en una escuela internacional, pagan muy bien y hay mucha competencia —añadió Ngoc.

—Demasiada —suspiró Salvador, que se había quedado pensativo con el vaso de *ca phe sua da* en la mano.

Ngoc se quedó observando a Huyen, que miraba constantemente el teléfono móvil y jugueteaba nerviosa con la cucharilla y el hielo del café.

—¡Tengo que daros una sorpresa! —gritó Huyen de repente, dejando tranquilos de una vez los trozos de hielo y mirando la pantalla de su teléfono. Ramón se sobresaltó un poco al escucharla y casi derramó el contenido del vaso por la mesa.

—¿Qué sorpresa? —se interesó Ngoc—. ¿Qué nos has estado ocultando?

—Tengo novio —dijo Huyen con orgullo dejando el móvil a un lado.

Un silencio indeciso se adueñó de todos. Los tres clavaron los ojos en Huyen, sin saber si lo decía en serio o si estaba bromeando.

—Tienes un novio —dijo muy despacio Salvador, que todavía sujetaba el vaso con firmeza— ¿Desde cuándo?

—Le conocí hace unos dos meses en Friends in Vietnam y hemos estado chateando desde entonces en secreto. Es francés.

—Espera, espera. Es francés y habéis estado chateando. ¿Has quedado con él?

—Aún no.

—¿Aún no? Dos meses es más que suficiente para una primera cita.

—Es que vive lejos.

—Pues se coge la moto y ya está.

—Vive en Francia.

—Ah, en Francia —murmuró Salvador quedándose pensativo.

—Buen motivo para no poder quedar —reflexionó Ramón.

—Si aún no habéis quedado, no puedes decir que es tu novio —comentó con cariño Salvador.

—Sí que puedo, va a venir a verme —dijo Huyen muy excitada.

—¿Te ha dicho que va a venir a verte? —preguntó con malicia Ngoc.

—Viene seguro.

—¿Cómo puedes estar segura? —insistió Ngoc con retintín.

—Porque ya ha comprado el billete, lo he visto, me lo acaba de

enviar.

—¿Y qué fecha pone el billete? —quiso saber Ramón, que tampoco lo veía claro.

—El 10 de agosto. Se va a quedar aquí tres semanas conmigo.

—¡El 10 de agosto! Pero si eso es dentro de nada —se sorprendió Salvador.

—¡Sí! ¿A que es genial?

Huyen enseñó la foto del billete de avión que su supuesto novio francés le había enviado, e inmediatamente después recibió un torrente de preguntas por parte de los tres, Salvador, Ramón y Ngoc. En resumen, se llamaba Sylvain, tenía cuarenta y siete años y era profesor de ciencias en el instituto de la pequeña ciudad francesa en la que vivía, había conocido a Huyen en la página web Friends in Vietnam y había comprado un billete de avión de ida y vuelta para estar en Vietnam durante tres semanas.

—Esta chica es una caja de sorpresas —reconoció Salvador reclinándose en la silla y apurando su *ca phe sua da.*

Por la tarde, después de que hubiera oscurecido, la tormenta que había inundado casi todas las calles de Saigón amainó. Salvador estaba en su habitación tumbado en la cama descansando. El cansancio no había venido tanto por los túneles de Cu Chi, sino por las más de cuatro horas que había pasado ese día encima de una motocicleta con Ngoc detrás de él.

Mientras decidía dónde ir a cenar, recibió un mensaje inesperado. Se lo había enviado el jefe de estudios de la Bright International School, quería que ese lunes se presentase en su despacho para hablar con él. Salvador leyó y releyó el mensaje. No podía creérselo. ¿Le iba a ofrecer trabajo en la escuela durante el curso regular? No quería hacerse ilusiones, pero el curso de verano ya había terminado, ¿qué otro motivo podía haber para que le citase en su despacho el lunes? Profesor de matemáticas en la Bright International School, eso sí que sonaba bien. ¿Cuánto ganaría al mes? La verdad es que no sabía cuál era el salario de los profesores del curso regular. Seguro que como mínimo dos mil euros mensuales, quizá más. ¿Tres mil? Qué vida tendría con tres mil euros al mes, sería…

Antes de que pudiese entregarse por completo a un sinfín de fantasías y elucubraciones, recibió otro mensaje, esta vez de Huyen. Como era muy poco habitual que Huyen y Ngoc tuviesen libre el mismo día, esta había pensado que podrían cenar todos juntos. A Salvador le pareció una buena idea y llamó a Ramón, pero las más de cuatro horas en moto le habían pasado factura, dijo que no podía con su alma y prefería quedarse en su habitación esa noche, lo que

Salvador aprovechó para recordarle que había muchos gimnasios en Saigón y que no le vendría nada mal ponerse en forma, perder los kilos que había ganado en Vietnam y poder volver a subir del todo la cremallera y abotonar los pantalones.

Ngoc les llevó a cenar a Co Giang, una de las calles por excelencia de comida callejera en Saigón. El pequeño restaurante estaba cerca de la habitación de Salvador, quien aunque había pasado muchas veces por delante, nunca había comido ahí. Como era habitual en puestos así, no había sillas, sino taburetes muy pequeños, y las mesas, de plástico como los taburetes, eran muy bajas, definitivamente demasiado bajas para Salvador. En contrapartida, la comida era sabrosa y barata. La especialidad del lugar era el *banh cuon*, un plato muy popular en Saigón que provenía del norte, que Salvador todavía no había probado.

El *banh cuon* eran una especie de rollos de color blanco hechos de pasta de arroz rellenos con carne de cerdo picada y algún tipo de hongos o setas. Para disfrutarlos en todo su esplendor se tenían que mojar en una salsa de pescado llamada *nuoc mam*. La verdad era que sin la salsa el *banh cuon* le pareció un poco insípido, pero añadiendo algo de *nuoc mam* mejoraba bastante. Para eso existían los condimentos, para mejorar la experiencia gastronómica.

Después de deleitarse con aquel nuevo plato vietnamita, decidieron trasladarse a otro restaurante callejero que estaba a pocos metros. Tenían varios tipos de caracoles, almejas y cerveza. Se le podría considerar casi de lujo comparado con el anterior, porque los taburetes y las mesas, en lugar de estar fabricados con plástico estaban hechos de aluminio, siendo los taburetes casi el doble de altos que los del otro restaurante, lo que llenó de gozo al pobre Salvador, que estaba cansado de tener que adoptar posturas extrañas mientras comía, y las mesas eran casi de tamaño normal, no lo suficientemente altas como para que pudiese poner las piernas debajo con comodidad, pero poco faltaba.

Al parecer en ese restaurante estaba muy mal visto no remojar los manjares que ofrecían con tantas cervezas como uno pudiese beberse. Salvador llegó a esa conclusión cuando vio las incontables latas vacías que había delante de los clientes. Se sentaron donde pudieron, a una mesa apartada en un rincón, la única que quedaba vacía, y Ngoc y Huyen pidieron la comida. Mientras esperaban empezaron a beber cerveza, las chicas estaban más animadas de lo habitual, posiblemente Huyen por poder decir que tenía novio, y Ngoc porque había superado la primera prueba seria laboral y había terminado de montar el dichoso reportaje que tantos quebraderos de cabeza le había dado.

Como habían sido los últimos en llegar y el restaurante estaba

lleno, tardaron un poco en llevarles la comida, que consistía en almejas al vapor con hierba de limón (*ngheu hap sa*), vieiras salteadas con cebollas verdes y cacahuetes (*so diep nuong mo hanh*) y berberechos (un tipo de berberechos que nunca había visto) salteados con pimienta y ajo (so huyet xao sa te). Una camarera enfundada en un vestido corto y ajustado para promocionar una conocida marca de cerveza se acercó y les ofreció, cómo no, más cerveza.

Cuando se levantaron, todos estaban un poco tocados por el alcohol, sobre todo las chicas, algo muy comprensible teniendo en cuenta que pesaban más o menos la mitad que Salvador. Este pensó que ya querrían irse a dormir, pero se le pusieron una a cada lado y le llevaron a otra parte de la calle a comer algo de postre. Claro, no podían terminar la velada sin un buen postre. Sillas y mesas de plástico enanas de nuevo, qué se le va a hacer.

Che, sopa dulce, el postre (o conjunto de postres), vietnamita por excelencia. Lo normal es comerlo frío y con hielo, aunque algunas variantes se comen calientes. Salvador eligió el *che ba mau*, que llevaba crema de coco, judías negras, blancas y rojas, y hielo; Huyen optó por un *che hat sen*, quizá el más simple de todos, pues los ingredientes se limitaban a semillas de loto, azúcar y hielo, y Ngoc cogió uno colorido como un arco iris, el *suong sa hat luu*. La crema de coco le daba el blanco, el pudin de judía mungo el naranja, y la gelatina y las castañas de agua convenientemente tratadas con colorantes varios, añadían rojo, verde, azul, púrpura y negro.

Después del *Che* y las últimas cervezas que se tomaron en la calle *Bui Vien*, Salvador ya sentía los efectos del alcohol, y Huyen y Ngoc mostraban signos evidentes de embriaguez. Fue al levantarse para irse cuando Salvador se dio cuenta de que era muy tarde para que Ngoc volviese a casa en autobús, tendría que ir en *xe om*, pero siendo plenamente consciente de su limitada situación económica no quería que gastase más dinero. Si no hubiese bebido la habría podido llevar a su casa en moto, no le importaba en absoluto, pero no quería tener un accidente y menos con ella detrás. Mientras pensaba en cuál sería la mejor solución, la chica, como si le hubiese leído el pensamiento, sacó el tema.

—Es tarde y estoy un poco borracha, ¿te importa que duerma en tu habitación? —preguntó Ngoc.

¿Y qué mejor opción que hospedarla en su humilde morada para que no tuviese que gastar dinero en el *xe om,* ni poner su integridad física en peligro viajando en una moto detrás de un conductor bajo los efectos del alcohol?

—Claro que no me importa, es mejor que te quedes conmigo.

—¡Yo también vengo! —soltó Huyen.

—Pero si el hotel en el que trabajas está muy cerca.

—¡Quiero que durmamos los tres juntos! Será muy divertido —rio Huyen.

—Solo tengo una cama —argumentó Salvador—, es demasiado pequeña para los tres.

—Somos pequeñitas, no necesitamos mucho espacio —dijo Ngoc poniéndose de parte de Huyen.

—Como queráis —se rindió Salvador.

Salvador se colocó en el lado en el que le gustaba dormir, la parte derecha de la cama, Huyen quiso ponerse en medio y a Ngoc le tocó el lado izquierdo. La primera en dormirse fue Ngoc, que llevaba muchas horas de sueño atrasado. Huyen dijo que al tumbarse en la cama el techo había empezado a dar vueltas, y que si cerraba los ojos se mareaba y era peor. Como no podía dormir, le dio por hablar y estuvo hablando de su novio durante más de una hora, hasta que al final el techo dejó de moverse y pudo conciliar el sueño, para alegría de Salvador.

Era la primera vez que dormía con dos chicas, lo que no dejaba de parecerle divertido, aunque en sus fantasías lo que sucedía en una cama con dos chicas era diferente. Podía escuchar la respiración de ambas, pero apenas podía moverse, como ya había anticipado, esa cama no estaba hecha para dar cabida a tres personas, aunque dos de ellas fuese más bien pequeñitas. Acostumbrado a moverse con libertad en el lecho desde que se había mudado a Saigón, casi había olvidado lo que era pasar las noches con un espacio limitado, como le había sucedido durante muchos años durmiendo en camas individuales de noventa centímetros de ancho en Barcelona.

El alcohol hizo que estuviese desvelado durante bastante rato y que se durmiese tarde. A veces le pasaba cuando bebía, no se encontraba mal, simplemente le costaba dormirse, no entendía muy bien el porqué. A la mayoría de sus amigos les pasaba lo contrario, bebían y al volver a casa se quedaban fritos en unos minutos.

La primera en levantarse fue Huyen, despertó a Salvador, le dijo que se encontraba fatal, pero que tenía que ir a trabajar y se fue. La ausencia de su amiga fue bien recibida, pasó a tener mucho más espacio en la cama, se puso cómodo y continuó durmiendo.

Cuando volvió a despertarse, Ngoc estaba completamente arrimada a él, podía sentir el calor de su cuerpo contra el suyo. Aunque las cortinas estaban cerradas, entraba algo de luz en la habitación, la suficiente para ver que llevaba una camiseta sin ropa interior debajo. Al ver que nada tapaba la parte superior de sus piernas empezó a excitarse. Ngoc apoyó la cabeza contra su pecho, puso la mano izquierda sobre su cadera y arrimó sus piernas aún más

a las de él. Salvador, cada vez más excitado, respondió a su vez acariciándole las pequeñas y suaves caderas. Ngoc le ayudó a desnudarse con parsimonia, después se quitó la única prenda de ropa que llevaba y muy lentamente se puso encima de Salvador.

La conversación

—Los comentarios de los alumnos del curso de verano han sido muy buenos y quería hablar contigo para hacerte una propuesta.

—Me halaga que hayan hablado bien de mí —dijo Salvador algo nervioso.

—Me gustaría que trabajases para nosotros como profesor de matemáticas en la Bright International School… —Salvador escuchó con deleite las palabras del jefe de estudios, un hombre calvo, menudo y enjuto, al que no podía faltarle mucho para jubilarse, y le interrumpió sin pensárselo dos veces.

—Estaría encantado.

—Por desgracia —continuó con rostro serio su interlocutor— no puedo ofrecerte un trabajo a tiempo completo por varios motivos. En primer lugar, porque ya tenemos cubiertas todas las plazas de profesor de matemáticas. En segundo lugar, solo contratamos a profesores que sean nativos de habla inglesa, o excepcionalmente a alguien que tenga un nivel de inglés muy alto. Y el último obstáculo es que no tienes un grado universitario en educación, o un máster en educación.

Salvador asentía en silencio y esperaba con ansias la buena noticia.

—A pesar de todo, como te decía, me gustaría que trabajases para nosotros, pero lo único que puedo ofrecerte es un puesto de profesor sustituto. —Un rayo de esperanza brilló en el horizonte y Salvador se sintió excitado otra vez. —No te voy a engañar, no es un gran trabajo, tiene pocas ventajas y bastantes inconvenientes, así que si no te interesa, lo entenderé.

—¿En qué consiste?

—Como te puedes imaginar por el nombre, te encargarías de sustituir a profesores que por un motivo u otro, normalmente por enfermedad, no puedan dar sus clases.

—Supongo que solo en caso de que se ponga enfermo o falte uno de los profesores de matemáticas.

—No, no, la sustitución es para cualquier profesor de cualquier asignatura. Si se diera la circunstancia de que tienes que sustituir a un profesor de matemáticas, tú te encargarías de dar la clase, pero si se tratara de cualquier otra asignatura, el profesor que necesita un sustituto tiene la obligación de preparar tareas para los estudiantes durante esa clase, tú solo tienes que estar ahí y asegurarte de que hacen lo que tienen que hacer, ya sea estudiar para un examen, hacer deberes, o algún trabajo.

—Me imagino que en los años anteriores ya han tenido profesores sustitutos.

—Sí, por supuesto —confirmó el responsable de encontrar cada año a alguien que quisiera ese trabajo, con un suspiro.

—¿Tienen alguna estadística de cuántas horas o días al mes han necesitado al profesor sustituto en los años anteriores?

—Cada mes es diferente.

—Me lo imagino, me refería a un promedio.

—La verdad, nunca lo he calculado —dijo el jefe de estudios pensativo recostándose en la silla—, quizá unos…

—Solo es para hacerme una idea.

—Creo que tres o cuatro veces al mes es lo habitual —concluyó después de reflexionar unos segundos.

—¿Y cuánto cobraría por cada día que haga de sustituto?

—Cien dólares por día trabajado.

—Unos noventa euros —rumió Salvador quedándose pensativo.

Calculó rápidamente, con la clase que tenía en Numbers, la escuela de Ý, ganaba unos ciento cuarenta euros al mes, si le llamaban una media de tres o cuatro veces por mes recibiría entre dos cientos setenta y trescientos sesenta euros de la escuela internacional. No era para tirar cohetes, pero sería suficiente para sobrevivir, y de todos modos no tenía ninguna otra oferta.

—Sé que es muy poco dinero al mes, pero antes de que digas que no, corrígeme si me equivoco, pero tengo entendido que no tienes permiso de trabajo.

—No, no tengo.

—Si aceptas el puesto de profesor sustituto te haremos un contrato a tiempo parcial, y te facilitaremos un permiso de trabajo por uno o dos años, lo que a ti te convenga, teniendo permiso de trabajo es posible conseguir la tarjeta de residencia temporal que tendría la misma duración que el permiso de trabajo.

—Perdone mi ignorancia, pero no sé lo que es una tarjeta de residencia temporal.

—Es digamos como un DNI o pasaporte temporal que te permitiría entrar y salir de Vietnam tantas veces como quisieras durante la vigencia de la tarjeta.

—Durante uno o dos años.

—Exactamente.

El jefe de estudios, que interpretó el silencio de Salvador como resistencia a aceptar, hizo un gesto con la mano, levantó un dedo, y desplazó el cuerpo hacia adelante, como si lo que fuese a decir a continuación fuese clave para conseguir el ansiado profesor sustituto, una verdadera pesadilla para él, porque nadie serio y cualificado quería el trabajo, y con los que lo aceptaban, tarde o temprano había

algún problema.

—Es cierto que el salario del sustituto es muy limitado, por decirlo finamente, sin embargo, no es menos cierto que tendrías otra fuente de ingresos al alcance de la mano.

—¿Cuál?

—A muchos de nuestros estudiantes se les atascan las matemáticas y necesitan clases particulares. Nuestros profesores a tiempo completo tienen mucho trabajo y un salario nada despreciable, así que no les motiva hacer de tutor en su tiempo libre. Lo que te deja a ti vía libre para dar clases de repaso a algunos alumnos en dificultades en el maravilloso mundo de los números.

—Eso suena bien. —La sincera sonrisa de Salvador produjo un efecto estimulante en el jefe de estudios, que viendo la presa tan cerca se acercó un poco más al candidato y continuó su discurso seductor.

—Además, como te puedes imaginar, las familias que pueden permitirse traer a sus hijos a una escuela internacional son digamos… pudientes. —Salvador escuchaba cada vez con más interés—. Lo que supone que pueden pagar bastante dinero por las mencionadas clases particulares.

—¿Cuándo empiezan las clases en la escuela?

—Dentro de tres semanas, el lunes 12 de agosto.

—Cuente conmigo.

El novio de Huyen y Ngoc

Durante tres semanas Salvador estuvo de muy buen humor, la perspectiva de trabajar como profesor sustituto y de tener permiso de trabajo y tarjeta de residencia temporal era lo mejor que le podría haber pasado en ese momento. Tanto su madre como Yolanda, su hermana, se pusieron muy contentas de que le hubiesen ofrecido trabajo en la Bright International School aunque no fuese a tiempo completo, y le bombardearon con sugerencias sobre lo que podría o debería hacer para mejorar su vida en Saigón.

Ambas coincidían en la mayoría de tareas, pero no se acabaron de poner de acuerdo en cuáles eran prioritarias y deberían hacerse antes.

Según Yolanda, su hermana:

—*El pasaporte no va a cambiar, nunca vas a ser ciudadano británico o estadounidense, pero lo que sí tienes que hacer es mejorar tu inglés y sacarte el nivel de inglés C2, el más avanzado, como te dijo el jefe de estudios.*

—No dijo exactamente eso. —Salvador había sentido un escalofrío cuando Yolanda había mencionado el C2—. Lo que dijo es que excepcionalmente contratan a profesores que tengan un nivel de inglés muy alto. Me llevaría años mejorar tanto mi inglés.

—*Cuanto antes empieces, antes acabarás* —sentenció Yolanda.

La madre, por su lado, daba prioridad a otros aspectos.

—*Hijo, todo eso del inglés está muy bien, pero, ¿no tendrías que aprender vietnamita primero? Vives en Vietnam.*

—Aprenderé, aprenderé, es que es muy difícil.

—*Pues si es muy difícil, cuanto antes empieces mejor.* —A su madre le resultaba fácil asimilar las argumentaciones de Yolanda.

La hermana:

—*Tienes que estudiar un máster en educación, con la carrera de matemáticas, cuando hables muy bien inglés, el máster en educación supondrá la diferencia para que te contraten a ti.*

—Viviendo aquí tendría que estudiarlo por internet, no sé si existe alguno que pueda hacer a distancia.

—*Pues averígualo, que tienes mucho tiempo libre.*

—Tampoco tengo dinero ahora mismo.

—*¡Trabaja duro, ahorra!*

—¡Ya lo intento!

La madre:

—*¿Y un máster de matemáticas? Aparte del que dice tu hermana,*

que también está muy bien. Yo creo que si haces un máster de matemáticas te contratan seguro.

—Primero tengo que hablar muy bien inglés para que me contraten.

—*Pues aprende, hijo, aprende, que tú eres muy inteligente.*

La hermana:

—*Y búscate una novia. Hay muchos estudios que demuestran que los hombres sin vida sexual rinden menos en el trabajo y en los estudios. Las mujeres somos diferentes.* —Hacía tiempo que su hermana no le decía lo de que las mujeres somos diferentes, que por supuesto quería decir mejores.

—*¡Ay hija!* —Le llamó la atención la madre entre risitas—. *Qué cosas le dices a tu hermano.*

—*Nada que no sea verdad. Y cuando encuentres novia, tampoco abuses, a los hombres de tu edad no les conviene tener sexo a diario, se cansan y también rinden menos. Las mujeres somos diferentes* —se repitió Yolanda.

—Cuando encuentre novia ya me preocuparé de la frecuencia.

—¿Cada día? ¿Durante tres semanas seguidas? —preguntó con envidia Ramón.

—No hemos fallado ni uno desde que empezamos.

—Yo nunca he tenido sexo diario durante tres semanas con ninguna de mis novias, siempre hay algún día que no se puede.

—Supongo que cuando le venga la menstruación se interrumpirá la serie.

—Normal.

—Aunque con Ngoc no estoy seguro, ella es la que siempre quiere.

—¿Siempre?

—Es una fiera, si no tenemos sexo dos veces al día, antes de acostarnos y cuando nos despertamos, no está satisfecha —explicó Salvador.

—¿Cada día?

—Cada día.

—Suerte que eres deportista.

—A ver cuánto aguanto.

—A ver si encuentro una así —suspiró Ramón.

—A ver si empiezas a hacer deporte.

La Bright International School pagaba ceremoniosamente el día 8 de cada mes, y el jueves 8 de agosto, en cuanto recibió el salario de julio, Salvador fue con Ngoc a una empresa que ella había encontrado en la que hacían traducciones del español al vietnamita. Les dijeron

que lo tendrían en una semana y el precio no fue tan caro como él se había temido.

Tres días después, Sylvain, el novio francés de Huyen, aterrizó en Saigón. Tanto Salvador, como Ramón y Ngoc se morían de ganas de conocerlo en persona, pero Huyen y Sylvain resultaron estar bastante ocupados durante varios días.

—No sé por qué aún no podemos quedar con él. ¿Qué estarán haciendo todo el día? —se preguntó Ngoc.

—Es natural, después de meses chateando, ahora quieren aprovechar estas tres semanas para estar juntos, hablar, hacer turismo, conocerse mejor, esas cosas.

—Y para tener sexo.

—Me imagino —dijo Salvador.

—¿Crees que tienen más sexo que nosotros?

—No sé, ¿quién sabe?

—Si solo va a estar aquí tres semanas tienen que aprovechar el tiempo.

—Tiene sentido.

—Es lo que haría yo —dijo con picardía Ngoc.

—No me cabe la menor duda.

Tal y como se había comprometido la empresa de traducción, en una semana tuvieron los dos proyectos de Salvador traducidos al vietnamita. Fueron a recogerlos antes de que cerraran y Ngoc se los leyó con atención por la noche después de cenar.

—Se los pasaré al Cartero.

—¿Al Cartero? Quién es el Cartero?

—Mi jefe.

—¿Por qué le llaman el Cartero?

—No sé, supongo que solo es un mote, mucha gente tiene motes.

—Yo no.

—Yo tampoco. Pero hay gente que tiene.

—¿Es el propietario de una empresa de mensajería? —preguntó intrigado Salvador.

—Es el propietario de una productora de televisión.

—¿Hace series de televisión?

—No, pero conoce a todo el mundo que hace televisión en Saigón.

—Eso es bueno. ¿Crees que alguno de los dos proyectos tiene posibilidades?

—La verdad, no lo sé —se sinceró Ngoc—. ¿Te acuerdas del vídeo que hicimos y que tardé tanto en montar?

—El del argentino que se dedica a la importación de vinos y

tiene una tienda en Saigón.

—El mismo. Mi jefe quiere que me encargue de hacer un programa de esos por semana.

—¿Tú sola?

—Sola no, con dos personas más —explicó Ngoc.

—¿Tres personas para un vídeo semanal?

—Es una locura, no sé si voy a ser capaz de hacerlo. Estoy un poco asustada.

—Al menos ahora has aprendido a editar vídeo, y cada vez que lo hagas tardarás menos.

—Pero una semana no es suficiente.

—¿Se lo has dicho al Cartero?

—Sí, pero él dice que tiene que ser suficiente.

—Jefes —suspiró Salvador—. Supongo que necesitarás mi ordenador.

—Sí, pero ahora lo voy a necesitar a lo largo del día también,

—¿Durante el día?

—Sí.

—¿Cuántos días?

—Todos los días —dijo Ngoc en un susurro—. Por favor, lo necesito de verdad, si no puedo hacer lo que me pide me echará.

—¿Cuándo empieza la maratón de programas semanales?

—Mañana.

—No te preocupes, de momento solo trabajo dos días por semana, puedes llevártelo mañana por la mañana, y cuando lo necesite, bueno, ya pensaremos en algo.

—Gracias. ¿Cuándo empiezan las clases en la escuela internacional?

—Empezaron hace tres días, el lunes, pero no creo que me llamen esta semana ni la siguiente. Normalmente, la gente deja pasar un tiempo antes de ponerse enferma.

—A no ser que se pongan enfermos de verdad.

—También puede pasar —reconoció Salvador.

A partir del día siguiente, Ngoc pasó a trabajar el doble de horas y a dormir la mitad. Le había dejado el ordenador, y, ante la ausencia de un *smartphone*, no tenía ninguna distracción mientras ella se pasaba el día trabajando y la mayor parte de la noche editando con el portátil de Salvador lo que habían grabado durante el día. Durante seis días seguidos, Ngoc durmió una media de tres o cuatro horas, el estrés y la falta de suficientes horas de sueño empezó a afectar su alegría y buen humor natural.

Hacía diez días desde que Sylvain, el novio francés de Huyen, había llegado a Saigón cuando se organizó la cena para presentarlo a

sus amigos. Ngoc estaba ocupada, pero Salvador insistió para que al menos cenase con ellos y después podía continuar trabajando. Aceptó a regañadientes, y Huyen, Sylvain, Salvador, Ramón y Ngoc fueron a cenar a un popular restaurante japonés en el distrito 1, en un barrio con abundantes locales en los que degustar la gastronomía japonesa. Salvador había estado de suerte, porque hacía pocos días que Ramón se había comprado un *smartphone* nuevo, y cuando le explicó que le había tenido que dejar el ordenador a Ngoc, a su amigo le faltó tiempo para ofrecerle el *smartphone* viejo que ya no necesitaba.

Llegaron al restaurante japonés a la mejor hora, o a la peor según se mire. La mejor para el propietario del restaurante porque estaba lleno y había gente esperando para tener mesa y eso era bueno para el negocio, la peor para los trabajadores poco competentes porque cuando hay tanta gente es fácil quedar desbordado, cometer algún error y llevarse una buena bronca, la mejor para los camareros simpáticos que hacen propinas con facilidad, pues pocos clientes suponen pocas propinas, y muchos clientes muchas propinas para ellos, y la peor para Huyen y sus amigos, porque tuvieron que esperar casi una hora hasta que quedó una mesa vacía a la que sentarse.

A Salvador y a Ramón les gustó Sylvain, como ya les había dicho Huyen cuando fueron a Cu Chi, tenía cuarenta y siete años y trabajaba de profesor de ciencias en el instituto de una ciudad francesa de la que nunca habían oído hablar. De estatura media y aspecto bonachón, tenía la mirada serena y una sonrisa algo tristona. Ya presentaba problemas de alopecia y compartía con Ramón el interés por el deporte. Ambos lo disfrutaban a través del televisor, cómodamente sentados en el sofá, comiéndose una hamburguesa y bebiendo cerveza, lo que se había traducido en los dos por igual en un sobrepeso que, sin ser dramático, empezaba a ser peligroso.

Quien más quien menos estaba acostumbrado a beber cerveza, pero no sake, y Sylvain resultó no solo ser un amante de la comida japonesa, sino también de la bebida. Decidido a hacer de aquella cena algo especial, pidió sake y en cuanto se terminaron una botella pidió otra, y así sucesivamente, hasta que todos menos él, que debía llevar muchos años entrenando, estuvieron mucho más borrachos de lo que creían y de lo que habrían reconocido.

El primero en soltarse fue Ramón, que normalmente solo hablaba de escritura con Salvador, pero que decidió contar, no sin cierto orgullo, que ya estaba a punto de terminar su cuarta historia corta, que seguía el plan que su buen amigo Salvador le había sugerido de terminar una al mes, y que estaba decidido, costase lo que costase, a publicar un libro de relatos cortos cuando terminara los once que tenía empezados, lo que sería a mediados del año siguiente si todo iba bien. El siguiente asunto que trató ya fue más turbulento.

Tenía que ver con Hà, la novia de Santiago, el bravucón compañero de piso de Ramón.

—¿Hà? ¿Esa chica tan guapa que conocimos cuando fuimos a cenar a tu apartamento hace unos meses? —preguntó Huyen.

—La misma, la profesora de *fitness*. A lo que iba, Hà está embarazada.

—¡Qué rápido han ido!

—Pues no me extrañaría que no fuese de Santiago —soltó Ramón.

—¿Y eso? —reaccionó Salvador.

—Yo no tengo nada en contra de Hà, pero esa chica no es lo que parece, la he visto muchas veces de fiesta tonteando con otros tíos, y hay rumores.

—¿Qué tipo de rumores?

—Que de vez en cuando ofrece sus servicios íntimos a hombres de buena condición económica —dijo Ramón en voz baja.

—¡No jodas!

—Me lo han dicho varias personas.

—¿Lo sabe Santiago?

—No tengo ni idea, pero yo no pienso decirle nada, no es cosa mía.

—Aunque eso sea verdad, el padre debe de ser Santiago —intervino Huyen.

—Yo no estoy tan seguro, es más una sensación que tengo, por algunas historias que me han contado por ahí, por muchos detalles y algunas cosas que se le han escapado a Santiago estando muy borracho.

—Hà quería tener un hijo, pero Santiago no —recordó Salvador.

—Exactamente. Ese es uno de los puntos.

—¿Cuánto dinero? —preguntó Ngoc.

—¿Qué?

—¿Cuánto se supone que esos hombres con dinero le pagan a Hà por sus servicios?

—No sé si está bien decir eso.

—Has sido tú el que ha sacado el tema —le recriminó Salvador—, ahora no te cortes.

—Es verdad —aceptó sumiso Ramón—. He oído que mil dólares.

—¡Mil dólares!

—¿Y qué servicios incluyen esos mil dólares? —se interesó Ngoc.

—Ni idea —reconoció Ramón incómodo.

—Solo son rumores —dijo Salvador quitándole importancia a todo el asunto de Hà y Santiago.

La conversación y el sake también desinhibieron a Huyen, que se había puesto muy roja y expresó en voz alta su deseo de casarse y tener hijos con Sylvain, quien hasta ese momento había estado escuchando divertido la narración de Ramón, pero su sonrisa se truncó cuando su novia, Huyen, habló claramente de sus anhelos.

—Quiero casarme el año que viene, ir a vivir a Francia y tener hijos.

—Más claro imposible —dijo Ngoc con una sonrisa algo malévola.

—Es mejor que hablemos de eso con calma cuando estemos solos —comentó con prudencia y en un hilo de voz Sylvain.

—¡Quiero hablar ahora! —gritó Huyen.

El pobre Sylvain capeó el temporal como pudo, arrepentido de haber pedido tantas botellas de la popular bebida japonesa, hasta que Ngoc también se perdió a sí misma y empezó a meter cizaña.

—El sexo es muy importante en una pareja, especialmente si tiene intención de casarse. ¿Cuántas veces habéis tenido sexo desde que Sylvain llegó? —preguntó Ngoc a Huyen ante la sorpresa de todos menos de Salvador, que se temía algo así.

—¡Cada día! —contestó Huyen una vez se recuperó ante la inesperada pregunta.

—¿Cuántas veces al día?

—No creo que sea asunto nuestro cuántas veces hayan tenido sexo Huyen y Sylvain —dijo Salvador intentando apartar el asunto de la conversación.

—Nosotros lo hacemos dos veces al día como algo normal —comentó con aire desafiante Ngoc —a veces más, claro.

Salvador suspiró consciente de que aquello no podía acabar bien.

Y no acabó bien. Ngoc continuó haciendo preguntas y comentarios fuera de lugar hasta el punto de hacer enfadar a Huyen y Sylvain, lo que, todo sea dicho, fue una suerte para Sylvain, que vio como Huyen dejaba de lado temporalmente la idea de casarse, ir a vivir a Francia y tener hijos, ya tendrían tiempo de hablar de ello con más calma y en un momento mejor.

Ramón tampoco salió indemne, Ngoc le dijo que cómo esperaba encontrar una chica si no dejaba de engordar y cómo no, Ramón también se enfadó. A Salvador le tocó el turno cuando intentó calmar las cosas y recriminó a Ngoc su actitud con sus amigos y con el novio de Huyen. En definitiva, de una forma u otra, todos se fueron enfadados.

Por primera vez en muchos días, Salvador estaba solo en su

habitación por la noche. La discusión con Ngoc le había angustiado y puesto de muy mal humor. ¿A qué había venido todo aquello? Ella no era así, al menos nunca la había visto comportarse de aquella manera. O quizá sí era así, y simplemente esa era la primera ocasión en que salía a relucir esa parte de ella que no le había gustado nada.

Se duchó y se metió en la cama, aunque sabía que no iba a poder dormir. Había bebido, lo que normalmente le dificultaba conciliar el sueño y ni siquiera era tarde, el vecindario aún estaba lleno de actividad, podía escuchar las motos pasando por el estrecho callejón, gente hablando en la calle, la tele de los dueños del hostal y los vecinos de la habitación de al lado que al parecer lo estaban pasando en grande. Mientras discutía consigo mismo si le convenía ir a dar una vuelta para despejarse, empezó a llover y descartó la idea de salir. No le gustaba pasear cuando llovía.

Mentalmente volvió a dar las gracias a su amigo por haberle dado su *smartphone* viejo. Ramón le había advertido que no descargase muchas aplicaciones porque el teléfono tenía poca capacidad de almacenamiento, y que iba lento, por eso se había comprado uno nuevo. Abrió una aplicación para escuchar música y buscó algo relajante, lo primero que le vino a la cabeza fue el *Bridge over Troubled Water* de Simon y Garfunkel. A su madre le gustaba escuchar esa canción cuando él era pequeño, ella no hablaba inglés y estaba convencida de que era una canción de amor. Un día, mucho tiempo después, su madre le pidió que buscara información sobre esa canción en internet, entonces supieron que se trataba de una canción sobre la amistad. Al parecer, cuando Paul Simon la escribió ya había tensiones entre él y Art Garfunkel, y al terminar la promoción del álbum se separaron. Garfunkel continuó con su carrera cinematográfica y Simon inició una carrera muy exitosa como solista.

Después de escuchar la canción y recordar la historia de Simon y Garfunkel, no pudo evitar preguntarse si aquella discusión iba a suponer el fin de su breve, pero intensa relación con Ngoc, esperaba que no, tampoco había habido para tanto.

De un tema musical pasó a otro, y a otro, y a otro. Mientras las horas pasaban se dio cuenta de que la aplicación Friends in Vietnam estaba instalada en el teléfono. Hacía mucho que no la abría y sintió curiosidad. No había nada de malo en abrirla, no iba a hacer nada, solo quería echar un vistazo, para distraerse. Como hacía varios meses que no la utilizaba, no había estado activo y no había recibido ningún mensaje, pero eso no impedía que pudiese ver los perfiles de las chicas que estaban conectadas. Se limitó a ver las fotos y a leer la información que habían escrito. Mientras navegaba por Friends in Vietnam, vio el perfil de una jovencita de diecinueve años que le llamó la atención por el nombre que se había puesto, Meo. Meo era

una de la pocas palabras vietnamitas que conocía, significaba gato. Tenía cinco fotos, lo máximo que la aplicación permitía tener. En el apartado en el que se suponía que tenía que decir algo de sí misma, solo había escrito:

¡Gracias!

A Salvador le pareció curioso, gracias… ¿Gracias por qué? ¿Y qué clase de nombre para un avatar era Meo? Supuso que simplemente le gustaban los gatos. Miró las cinco fotos otra vez, su rostro era hermoso y gentil. Le habría gustado saber algo sobre ella, pero no había nada para leer, solo el: «gracias», y la edad, tenía diecinueve años, aún era una chiquilla. Posiblemente se tratase de una jovencita alocada, como Linh, con la que había quedado en unas pocas ocasiones, la que le dijo a su amigo italiano que Salvador estaba casado. Linh también tenía diecinueve años. Durante un instante se sintió tentado de enviarle un mensaje, pero solo porque hubiesen tenido una discusión no iba a actuar como si no tuviese una relación con Ngoc. Desestimó la idea y se desconectó de Friends in Vietnam.

A pesar de haber estado varias horas escuchando música supuestamente relajante, el mal cuerpo que le había quedado después de la discusión con Ngoc seguía en sus entrañas. No fue hasta que el silencio se apoderó por completo de su pequeño mundo cuando por fin consiguió dormirse.

Problemas nocturnos

Se despertó con taquicardia, dolor de cabeza y completamente desorientado. Tardó unos segundos en tomar conciencia, primero, de que estaba fuera del castillo, y segundo, de que se encontraba tumbado en la cama, en su habitación en Saigón. Era la primera vez en su vida que en su pesadilla recurrente había estado en un castillo.

En el sueño estaba a oscuras, era incapaz de encender ni que fuera una sola luz y salir resultaba imposible, no había escapatoria, como sucedía siempre en ese sueño infernal. Se preguntó a sí mismo cómo sabía dentro del sueño que estaba en un castillo si no había luz. Era una buena pregunta. Aunque durante toda la pesadilla la oscuridad era absoluta, tenía percepción sensorial. Dentro del sueño tenía consciencia de sí mismo, de su cuerpo y de su entorno, podía tocar cosas y en algunas ocasiones sentir presencias más allá de la suya propia. Le resultaba posible explorar, recorrer habitaciones, pasillos y escaleras, tocar puertas y ventanas, abrirlas y cerrarlas, aunque ninguna de ellas llevaba al exterior, solo a otra habitación, a otro pasillo, a otra escalera.

Había estado en un castillo, uno enorme del que había intentado salir sin éxito a pesar de haber pasado una eternidad en él. Al menos esa era la sensación que tenía. Recordaba haber quedado agotado corriendo por pasillos y escaleras que subían y bajaban. En muchas ocasiones, en el sueño recurrente le costaba moverse con normalidad, desplazarse suponía un esfuerzo, y a medida que el tiempo pasaba le resultaba más y más difícil, en cambio, dentro del castillo había corrido como un loco, hasta la extenuación, buscando una salida que no existía.

Se sentó en la cama intentando calmarse, aún era de noche. Estaba agotado y la cabeza le martilleaba sin parar. Cuando su ritmo cardíaco recuperó la normalidad, se levantó y se tomó un par de pastillas para el dolor de cabeza. Vaya nochecita, primero Ngoc, y después la maldita pesadilla.

Salvador esperaba tener la oportunidad de hablar en persona con Ngoc ese día, o al día siguiente, pero pasaron cuatro días sin que pudiese quedar con ella, se limitó a contestar a sus mensajes con monosílabos y la frase más larga que le escribió fue:

Ngoc:

Ahora no tengo tiempo, estoy trabajando, ya te llamaré.

Pero no llamó.

Durante esos cuatro días, Salvador trató de repetir la experiencia de silencio y paz que había experimentado en unas pocas ocasiones desde que llegara a Saigón. Intentó detener sus pensamientos voluntariamente para dejar de agobiarse y conseguir algo de sosiego, pero sus esfuerzos fueron en vano y lo único que consiguió fue frustrarse.

Para más inri, tal y como se había imaginado, las dos primeras semanas de clase en la escuela internacional pasaron y no le llamaron ningún día para hacer una sustitución, lo que no ayudó a mejorar su estado anímico.

El lunes fue a dar la clase de matemáticas de muy mal humor, tanto su jefa Ý, como sus cuatro alumnas, Thao, Thi, Thu y Mai, le preguntaron si se encontraba bien, a lo que tuvo que responder mintiendo. Achacó su condición a un mal dolor de cabeza que se resistía a irse.

Por la tarde, Ngoc le envió un mensaje preguntándole si podía ir a su habitación a trabajar por la noche. Salvador le dijo que sí, y Ngoc se presentó en su hostal pasadas las diez. Hablaron un poco, pero ninguno de los dos quiso o se atrevió a sacar a colación los acontecimientos de la noche del miércoles. Después, Ngoc encendió el ordenador y se puso a editar el reportaje que habían grabado esa semana. Salvador se sentía incómodo y prefirió no hacer muchas preguntas, se limitó a tumbarse en la cama y ver vídeos en internet mientras ella trabajaba.

Cansado de pensar, al final se durmió. Unas horas después se despertó cuando Ngoc se estaba metiendo en la cama. Intentó acercarse a ella, pero le apartó, le dijo que era muy tarde, que estaba muy cansada y que tenía que dormir un poco.

Era la primera vez que Ngoc no quería tener sexo con él, ella siempre tenía ganas, aunque estuviese cansada y hubiese dormido poco. Salvador tuvo la sensación de que aquello no podía ser bueno.

Una situación complicada

Salvador estaba solo en la cama. No se había despertado cuando Ngoc se fue. Entró en el cuarto de baño y se miró al espejo. No tenía buena cara y le volvía a tocar cortarse el pelo. Durante más de dos décadas había tenido prácticamente el mismo aspecto, a diferencia de sus primos, que a los cuarenta ya estaban casi todos medio calvos y con canas. Como siempre le decía su madre, él había tenido más suerte, había heredado los genes de su abuelo paterno y no tenía entradas ni canas.

Llevaba más de veinte años cortándose el pelo una vez al mes. Solo lo había llevado más largo durante unos meses, cuando era un adolescente, pero después de escuchar una y otra vez que no le quedaba bien, que con el pelo corto estaba mucho mejor, decidió volver a ir al barbero asiduamente y mantenerlo muy corto, tal y como le había aconsejado su hermana. La verdad es que ella sabía más de cortes de pelo, estética y todos esos asuntos que a Salvador siempre le habían parecido banales.

Había tres peluquerías en la calle De Tham, a apenas dos o tres cientos metros de su hostal, pero no en la parte cercana a Bui Vien, sino entre las calles Co Giang y Tran Hung Dao. No tenía un peluquero preferido, a veces iba a uno, y otras a otro. El precio por cortarse el pelo rondaba entre los treinta mil y los cincuenta mil dongs, entre uno y dos euros. Ridículamente barato. En Barcelona costaba entre seis y diez euros y al final había decidido comprarse una máquina para cortárselo a sí mismo y ahorrarse el dinero de ir al barbero. Las primeras veces no le había salido muy bien, pero poco a poco fue depurando la técnica y al final le quedaba perfecto.

Mientras el peluquero que había elegido para ese día estaba ocupándose de su cabello, sonó el teléfono. Era Ngoc. Le dijo, muy alterada, que el extranjero que se había comprometido para una grabación que tenían que hacer ese día le había enviado un mensaje diciéndole que lo sentía, pero que no podía ir. Estaba desesperada porque necesitaba a alguien para empezar a grabar a las diez de la mañana y no tenía a nadie. Salvador miró el reloj de pared que había encima del espejo de la pequeña peluquería, marcaba las ocho y veintisiete. Había tiempo.

La tranquilizó y le preguntó cómo tenía que vestir durante la grabación. El programa trataba sobre turistas en Vietnam, así que como un turista. Ngoc le dijo que era muy fácil, que serían dos horas y que no tendría ni que hablar. Le recordó lo que ya sabía, que no

pagaban nada a la persona que grababan, lo que dificultaba en gran medida el trabajo de Ngoc, que no solo se veía obligada a trabajar como una esclava por un salario mísero, sino que además tenía que enfrentarse al desafío de encontrar a extranjeros que aceptasen participar sin recibir ningún dinero a cambio. Todo por el arte…, o para que alguien mezquino se enriqueciera.

Si se lo hubiese pedido cualquier otra persona, Salvador se habría negado a participar de forma gratuita en un programa de televisión en el que los productores iban a recibir un beneficio económico, y el primo que les ayudaba una palmadita en la espalda y un bocadillo barato, si había suerte. No quería formar parte del sistema injusto que imperaba en el mundo cuando lo podía evitar, lo que no siempre era posible. Lo hacía por Ngoc, solo por Ngoc.

Tal y como le había dicho, la grabación fue muy fácil y solo duró dos horas, de diez de la mañana hasta el mediodía. Su rol era bien simple, se tenía que hacer pasar por un turista haciendo un paseo montado en un *cyclo* vietnamita alrededor de la Catedral de Notre Dame en Saigón. El *cyclo* era una especie de bicicleta con tres ruedas con un sillín para el conductor y una silla en la parte delantera para que el cliente o turista se pudiese sentar. Ngoc le contó que había sido muy popular en Saigón hacía unas décadas y que tanto los ricos como los pobres lo usaban como medio de transporte para moverse por la ciudad. Su uso fue decreciendo a medida que las motocicletas proliferaron en Saigón, pero aún lo utilizaban algunos turistas que querían dar un paseo tranquilo sin cansarse.

Después de la grabación, Salvador se fue a almorzar y Ngoc continuó trabajando. Le había gustado la experiencia de ir en *cyclo*, le sirvió para relajarse y se le ocurrió que era un buen día para hacer un poco de turismo. Mientras comía buscó algún lugar para visitar, pero se dio cuenta de que ya había ido a la mayoría de sitios que las guías recomendaban y a los que aún no había visitado no le apetecía ir. Volvió a leer la lista de descartados para darles una segunda oportunidad, y el que más gracia le hizo fue el espectáculo de marionetas sobre el agua. La actuación duraba cuarenta y cinco minutos y había dos pases, uno a las cinco y otro a las seis y media de la tarde.

Optó por ir al pase que empezaba más tarde. El espectáculo tenía lugar en el parque Tao Dan, en el distrito 1. Como estaba cerca y no llovía, fue andando. Al entrar le dieron un folleto en inglés que ofrecía una breve descripción de lo que iba a presenciar y de la historia. Leyó que se interpretaba folclore tradicional, leyendas y cuentos históricos de cientos de años de antigüedad. Como se había imaginado, siendo un espectáculo de marionetas sobre el agua, la

actuación tenía lugar en el agua. Los diálogos eran en vietnamita, pero con la ayuda del folleto en inglés y los gestos y movimientos de las marionetas, pudo seguir la historia, que iba acompañada de música y canciones tradicionales vietnamitas, con bastante facilidad.

Por la noche Ngoc volvió a ir a la habitación de Salvador, le dio las gracias por haberla sacado del apuro y se puso a trabajar.

Cómo no.

Viendo que estaba ocupada, prefirió dejarla tranquila. Hacía una semana que no veía a Ramón y fue a hacerle una visita al distrito 2. Ramón había terminado la historia corta número cuatro hacía unas horas y quería ir a celebrarlo tomando unas cervezas. Como comprobaría más tarde Salvador cuando les llevaron la cuenta, ir a beber al distrito 2 era bastante más caro que hacerlo en la calle Bui Vien. Ramón le llevó a un garito frecuentado por extranjeros, en su mayoría europeos o americanos, en el que tenían todo tipo de cervezas artesanales y vino procedente de varios países. El local no era grande, y en lugar de mesas normales y sillas, tenía mesas redondas pequeñas, pero muy altas, rodeadas de taburetes también muy altos, para poder acceder a las bebidas que había en la mesa sin tener que dar saltitos. La decoración estaba muy cuidada, todo estaba hecho de madera y tenía un aspecto rústico entrañable en el que daba gusto degustar una cerveza artesanal. Solo faltaban los monjes preparando el dorado elixir para los comensales.

—¿Te has fijado que aquí los occidentales nunca usan la palabra inmigrante? —preguntó Ramón a su amigo.

—No me había fijado.

—Los occidentales que viven en Vietnam se llaman a sí mismos *expats*, pero en sus países no se refieren a los extranjeros como *expats*, les llaman inmigrantes.

—Pues ahora que lo dices…

—Es decir, que si eres de raza caucásica y vives en otro país, eres un *expat*, que suena mucho mejor que inmigrante, eres *cool*, pero si perteneces a cualquier otra raza y tienes que abandonar tu país, allí a donde vayas serás simple y llanamente…

—Un inmigrante —terminó la frase Salvador—. Curioso.

El camarero se acercó a ellos, les saludó con una sonrisa y les dejó la carta sobre la mesa con delicadeza, como si se pudiese romper.

—¿Has probado la Chimay? —preguntó Ramón.

—No, ¿qué es eso?

—Mi cerveza preferida, es belga. La elaboran los monjes de la Abadía de Scourmont, en una pequeña población de apenas diez mil habitantes llamada Chimay, en Bélgica, muy cerca de la frontera con Francia. Hay tres tipos. La roja es la más suave, dulce y afrutada, pero

de hecho ya es más fuerte que la mayoría de cervezas, tiene un 7% de alcohol. La blanca tiene un 8%, y es la más seca de las tres, y la azul, que es la mejor en mi opinión, es la más fuerte, con un 9% de alcohol, afrutada y con un punto picante. —Ramón había cautivado a Salvador con sus conocimientos sobre la cerveza Chimay.

—Me has convencido. ¿Cuál me recomiendas de las tres?

—La azul.

—Venga, ¡una Chimay azul!

Ngoc seguía trabajando y casi ni reaccionó cuando Salvador entró en la habitación. Este se dio una ducha y se acostó.

El abrazo de ella le despertó, respondió a su abrazo y le acarició las piernas, pero cuando intentó ir a más le detuvo.

—Para.

—¿Qué pasa?

—No quiero.

—¿Qué?

—No quiero tener sexo.

—¿Por qué no?

—No soy tu novia, aunque hayamos tenido sexo unas cuantas veces no soy tu novia. Aún no estoy preparada para tener novio.

Salvador no esperaba ese discurso y se quedó momentáneamente sin saber qué decir.

—Pensaba que estabas a gusto conmigo.

—Lo estoy, pero no puedo ser tu novia. Es mejor que vayas con otras chicas. Puedes tener sexo con todas las que quieras, y cuando vayas con ellas y tengáis sexo quiero que me lo cuentes.

—Eso es un poco loco, no puedo estar en la cama contigo mientras tú me abrazas en camiseta y sin ropa interior, y quedarme como una piedra sin hacer nada, creo que es algo fácil de entender —dijo algo enfadado Salvador.

—Lo sé, lo siento.

—Y no voy a ir por ahí acostándome con chicas para después contarte a ti cómo fue el sexo con ellas.

—¿Por qué no? Me gusta que me lo cuenten.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—No es normal.

—A mí me excita mucho —dijo Ngoc con una sonrisa de diablillo—. ¿Estás enfadado? —preguntó con ternura.

—No estoy enfadado, estoy, estoy… no sé, incómodo.

—Te esperabas otra cosa, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Salvador haciéndose a un lado.

Ambos se quedaron en silencio, sin saber qué decir.

—Ya te dije que yo no soy una chica simple.

—Empiezo a darme cuenta.

Ngoc se quedó contemplando el musculoso cuerpo de Salvador, que se había quedado desnudo a su lado, mirando la lámpara que colgaba del techo.

—Aún estás excitado.

—Claro que estoy excitado.

Y por algún motivo que escapaba a la comprensión de Salvador, Ngoc, después de haberle rechazado cuando había intentado tener sexo con ella, comenzó a masturbarle lentamente. Incapaz de predecir sus pensamientos o su comportamiento, se limitó a no hacer nada, y no intentó tocarla de nuevo, pues sospechaba que si lo hacía entonces ella pararía y se apartaría de él.

Salvador pensaba que se limitaría a masturbarle con la mano hasta que él terminase, pero Ngoc cambió de posición y usó su boca para darle placer. De nuevo la dejó hacer, cerró los ojos y se limitó a degustar aquellos extraños momentos de placer, que quizá iban a ser los últimos con Ngoc, hasta el final.

Hora de aprender vietnamita

Llegó el último día de agosto, sábado. Tres semanas sin hacer una sola sustitución en la Bright International School y tres días intercambiando escuetos mensajes con Ngoc, pero sin quedar con ella.

Desde el día de la discusión, Salvador no había vuelto a ver a Huyen, que seguía enfadada. Lo que no podía entender era que estuviese a malas con él, que se había limitado a intentar poner paz. Días más tarde se enteraría de que ese sábado a mediodía, Sylvain se había despedido de Huyen y había cogido un vuelo para volver a Francia.

Por la tarde se acercó a una de las universidades más conocidas de la ciudad, estaba en el distrito 1, a unos cuatro kilómetros de su hostal, cerca del parque zoológico de Saigón. Ý, su jefa en la pequeña escuela de matemáticas Numbers, le había dicho que en dicha universidad tenían un departamento que, independientemente de las clases para los estudiantes que querían obtener un grado universitario, ofrecía clases de vietnamita para extranjeros y era un buen sitio para aprender. Los cursos empezaban normalmente a principios de septiembre, así que decidió acercarse antes de que agosto llegase a su fin.

Estuvo de suerte, porque el miércoles 4 de septiembre ya empezaban los nuevos cursos. Había varios horarios disponibles para los que aún no sabían nada de vietnamita, uno de ellos era los lunes, miércoles y viernes de 17:30 a 19:15, pero él estaba ocupado a esa hora los lunes y los miércoles. Otro era los martes, jueves y sábados a la misma hora, pero si conseguía algún alumno que quisiera clases particulares querría estudiar en esa franja horaria, antes de la hora de cenar. La tercera opción era estudiar por las mañanas, los días eran los mismos y el horario de 10:15 a 12:00. Le pareció perfecto, si algún día no podía ir porque tenía que hacer una sustitución en la escuela internacional, tampoco pasaba nada.

Se decidió por ir a clase los lunes, miércoles y viernes de 10:15 a 12:00. No se había fijado en el precio, era más caro de lo que se esperaba, y eso le hizo dudar, pero Ý le había recomendado estudiar en el centro de vietnamita de esa universidad, le dio un voto de confianza y se apuntó. Ya que estaba ahí, aprovechó para comprar el libro del primer curso, el del nivel A1, para principiantes. En la recepción le explicaron que el nivel A1 se daba en 5 meses, de septiembre a enero, y si después quería continuar, el nivel A2 se haría de febrero a junio.

El domingo Salvador propuso a Ramón desayunar en la cafetería de los cruasanes, para rememorar viejos tiempos. No era muy conveniente para su amigo, que vivía en el distrito 2; sin embargo, Ramón ya se estaba acostumbrando a moverse entre el caos de Saigón, todavía conducía bastante despacio, pero al menos era capaz de ir de un sitio a otro sin depender de nadie.

Fueron pronto y encontraron libre la misma mesa a la que se sentaron cuando se habían conocido. Salvador recordaba la fecha exacta.

—El jueves 24 de enero, hace poco más de 7 meses.

—Qué memoria tienes.

—Todo lo que incluya números se me queda.

—De esos detalles nunca me acuerdo.

Cada uno tenía ante sí dos cruasanes de chocolate, Ramón un *ca phe sua da* y Salvador un expreso. Después de hablar de las cosas de la vida, la conversación llegó al tema candente.

—No sé qué hacer con Ngoc, no la entiendo, no sé lo que quiere.

—A lo mejor ella tampoco lo sabe.

—Creo que sería mejor dejarlo estar.

—¿Por qué?

Salvador le narró los últimos acontecimientos que habían tenido lugar con Ngoc.

—Pero si dijiste que era ella la que siempre quería.

—Pues ahora ya no quiere.

—Qué pena.

—Ya te digo. ¿Y tú? —preguntó Salvador.

—Nada.

—¿Nada, nada?

—Nada de nada.

—¿Y Friends in Vietnam?

—Me da pereza.

—¿Y eso?

—No sé.

—Me dijiste que habías tomado algún café con alguna.

—Sí, pero la cosa no fue a más —se quejó Ramón—. Hace tiempo de eso.

—Inténtalo otra vez. Huyen se ha echado un novio que ha venido desde Francia a verla.

—Sí tío. Si no lo hubiese visto en persona, no me lo hubiera creído.

—Me alegro por ella, es una buena chica.

—Es muy maja. Supongo que tendría que darle otra oportunidad a Friends in Vietnam —suspiró Ramón—. ¿Y los dos proyectos que le

habías pasado a Ngoc?

—Me dijo que se los iba a dar a su jefe, pero no hemos vuelto a hablar de eso.

—Tal y como están las cosas con ella, mejor que se lo preguntes pronto, a ver si vas a dejar de verla y, ¿cómo dijiste que se llamaba ese tipo?

—Le llaman el Cartero.

—Eso, a ver si la puerta con el Cartero ese se va a cerrar definitivamente por culpa de la situación con Ngoc.

Por la noche envió un mensaje a Ngoc preguntando por sus dos proyectos de televisión. La respuesta fue la más decepcionante posible, decía que estaba esperando el momento adecuado para dárselos a su jefe porque llevaba varias semanas muy estresado y de mal humor, y se temía que si le enseñaba los proyectos de Salvador en ese momento igual los tiraba a la papelera directamente.

Más buenas noticias.

El miércoles tuvo su primera lección formal de vietnamita, en la recepción le dijeron dónde tenía que ir, y después de preguntar a varios alumnos de la universidad consiguió encontrar la clase. Fue el primero en llegar, la puerta ya estaba abierta y se limitó a entrar y a esperar dentro. El aula era pequeña y bastante austera, paredes y techo blancos, quince pupitres, una silla y una mesa para el profesor, dos pizarras blancas de esas que requieren unos rotuladores especiales para que se pueda borrar con facilidad lo que se haya escrito, un aparato de aire acondicionado y dos ventiladores. Lo más importante era que había aire acondicionado.

Uno tras otro sus compañeros de clase hicieron acto de presencia. Aparte de él, acudieron diez alumnos más, cinco japoneses, cuatro coreanos y una chica holandesa llamada Liselot. En total once alumnos. Sus edades debían estar comprendidas entre los treinta y los cuarenta y cinco o cincuenta años, excepto la de la chica holandesa, a la que Salvador ponía entre veintiséis y veintiocho.

Los ojos de cualquier persona que entrara en el aula irían inmediatamente a parar a Liselot. Alta, atractiva, pelo largo y negro, cuidada piel broncínea, maquillada, pero no en exceso, mirada penetrante, un tanto altiva, pero no arrogante, gestos seguros y precisos, vestido rojo oscuro que le quedaba perfecto, ni demasiado corto, ni demasiado largo, ni demasiado formal, ni demasiado provocativo, y zapatos tipo sandalia alta a juego con el vestido. El blanco de todas las miradas.

Los compañeros de clase asiáticos, tanto japoneses como coreanos, no parecían muy habladores, al menos durante el primer

contacto. Se limitaron a decirle que trabajaban en Saigón y que para ellos era importante aprender vietnamita por motivos laborales. Liselot, en cambio, tenía serios problemas para dejar de hablar. En cinco minutos le contó que hasta entonces había vivido en Ámsterdam con su madre, que era holandesa, que había decidido mudarse a Vietnam porque creía que el futuro estaba en el sudeste asiático y tenía a su padre y su abuela paterna, ambos vietnamitas, en Saigón; que quería quedarse a vivir en Saigón, que quería aprender vietnamita para poder hablar con su familia de parte de padre porque había vivido casi siempre con la madre, que como ya le había dicho, era holandesa, y por eso no había podido aprender vietnamita, bueno y para poder hablar en vietnamita con todos los vietnamitas, lo que parecía importante, si tenía planeado vivir en Saigón. Liselot interrumpió sus explicaciones para hacer una pregunta a Salvador.

—¿Cuántos años crees que tengo?

—Veintiséis —probó Salvador.

—Casi. Dieciséis.

—¿Dieciséis? —preguntó dubitativo Salvador para asegurarse de que había entendido bien.

—Sí, dieciséis. Me gusta jugar a que intenten adivinar mi edad.

Y Liselot continuó. Que si trabajaba de modelo, que si todo el mundo creía que era mucho mayor de lo que realmente era, porque era alta, por su forma de vestir y porque era mucho más madura que las chicas de su edad…

Al parecer a Liselot le divertía ver como todo el mundo se equivocaba cuando intentaban adivinar su edad, y disfrutaba haciéndose la interesante cuando decía su edad real. El detalle que dejó estupefacto a Salvador fue que mientras la profesora de vietnamita estaba entrando en el aula, Liselot soltó de repente que su padre era de la mafia. Lo de tener un padre que era de la mafia, le pareció un tanto extraño, no porque no pudiese ser verdad, sino porque se lo había dicho a los pocos minutos de conocerle. Distraído con ese pensamiento, no se dio cuenta de que la profesora le estaba haciendo una pregunta.

A Salvador el horario le había parecido curioso, nunca había visto clases que duraran una hora y cuarenta y cinco minutos, pero cuando llevaban tres cuartos de hora, la profesora les dijo que iban a hacer una pausa de quince minutos. O sea que las clases eran de noventa minutos, a los que se tenía que añadir una pausa de quince en medio. No le veía mucho sentido a interrumpir una clase de una hora y media para hacer una pausa tratándose de estudiantes adultos, pero ese era el horario de la clase, y aprovechó la oportunidad para intentar aclarar el tema del padre mafioso.

Con semblante serio, y como si fuese el tema de conversación

más normal del mundo, Salvador le dijo que le había parecido entender que su padre pertenecía a la mafia. Con completa naturalidad, Liselot se limitó a confirmar que lo que le había parecido entender era un hecho, pero no se extendió en dar más explicaciones, sino que siguió hablando de los temas que no había podido continuar desarrollando anteriormente.

La docente, por motivos que escapaban a la comprensión de Salvador, no solo no acudió después de los correspondientes quince minutos de pausa, sino que ni siquiera se disculpó cuando apareció con una sonrisa de complicidad después de una ausencia de casi media hora. Qué poca formalidad.

Una vez finalizada la clase, no pudo evitar volver a pensar en lo que le había dicho Liselot. Había oído todo tipo de cosas a lo largo de su vida, pero era la primera vez que alguien le decía que un familiar suyo pertenecía a la mafia. ¿Sería verdad? Recordó la historia de una chica que había conocido superficialmente hacía muchos años, era muy, muy guapa, el tipo de chica ante la que todos los hombres se intentaban hacer el héroe para llamar su atención.

Cuando cualquier chico se acercaba a hablar con ella, a los pocos segundos aparecía en la conversación su novio de dos metros que trabaja para el GEO, el grupo especial de operaciones de la policía nacional en España. Salvador lo sabía porque también lo hizo con él. Años después, cuando ya ni se acordaba de ella, un amigo suyo le dijo que no era más que un bulo, que esa chica nunca había tenido un novio policía ni nada que se le pareciese, solo lo decía porque se sentía acosada a diario y era una manera de asustar y mantener a raya a sus incontables pretendientes. Un buen truco, había pensado Salvador en su momento.

Quizá Liselot vivía una situación parecida, era una chica muy atractiva, y además no hacía nada por ocultarlo, así que hacer aparecer a un padre mafioso a los pocos minutos de conversación con los hombres era una forma educada de decir cuidado con lo que dices y lo que haces, o dicho de otra manera, se mira, pero no se toca. Y aún tenía más sentido porque su locuacidad y simpatía podían ser interpretadas como un deseo por su parte de ligar. Y Salvador sabía muy bien lo que la sonrisa de una chica como Liselot despertaba en los hombres de cualquier edad.

La cruda realidad

El mes de septiembre fue esperanzador para Salvador, al menos laboralmente, le llamaron cinco días para hacer sustituciones en la Bright International School, lo que le supondría quinientos dólares, según le habían dicho. Menos esperanzador fue en su relación con Ngoc a la que no había visto en las últimas cuatro semanas. Los mensajes que se enviaban eran cada vez menos numerosos y más cortos, y el espacio de tiempo entre ellos mayor. Salvador ya daba por hecho que su historia con Ngoc había terminado. A todo esto, ella aún tenía su ordenador, y quizá en el fondo no quería pedirle que se lo devolviera, porque eso podría acabar con la poca esperanza que le quedaba de que las cosas se arreglasen.

El último miércoles de septiembre sus cuatro alumnas, Thao, Thi, Thu y Mai, le hicieron saber que estaban preocupadas por él porque últimamente siempre le veían desanimado. Al salir de clase sintió desprecio por sí mismo, ¿qué clase de patético hombre era que sus estudiantes se preocupaban y sentían lástima por él?

Mientras conducía hacia el hostal sumergido en un sinfín de pensamientos negativos, recibió un mensaje de Ngoc. Decía que estaba en el distrito 1 y que si quería ir a tomar algo. Aceptó con poco humor, y fue a encontrarse con ella en una cafetería que no conocía.

Aunque se esforzaba por sonreír y mostrarse animada, Ngoc se parecía cada vez menos a aquella chica cándida y dulce que había conocido una tarde lluviosa a finales de marzo. Seis meses atrás, el estado de ánimo y la energía de Ngoc afloraban y se comunicaban con el mundo exterior a través del brillo de sus ojos. Sin embargo, esa chispa de luz había desaparecido, y su otrora viva y radiante sonrisa resultaba ahora un tanto forzada y artificial.

Ngoc se esforzó en todo momento por mantener las apariencias y mostrarse como había sido antes, una chica alegre y jovial, pero cada vez tenía peor aspecto y el acné le había empeorado ostensiblemente. Al final reconoció que apenas dormía y que estaba siempre ocupada y estresada, como Salvador se había imaginado.

—¿Has conocido a alguna chica estas semanas?

—No, a ninguna.

—Tienes que salir más y buscarte a una buena chica.

—Tú me dijiste que eras una buena chica.

Ngoc, avergonzada, bajó la mirada durante unos instantes.

—Ya no lo soy.

Salvador no estaba seguro de querer saber lo que venía tras ese:

«Ya no lo soy». Aunque su relación parecía haber terminado, no pudo evitar continuar con la conversación.

—¿Y eso?

—He tenido sexo con otros hombres.

No le supuso ninguna sorpresa, en todo caso, conociendo como conocía su apetito sexual, le habría extrañado que no hubiese tenido sexo con nadie.

—¿Con varios?

—Con dos.

—¿Mientras tenías sexo conmigo?

—No, ha sido este mes.

—Quizá es mejor así —suspiró Salvador con resignación.

No se le ocurría qué más decir y durante un rato hubo un incómodo silencio.

—¿Le diste mis proyectos al Cartero?

—Sí, se los di a principios de mes —contestó Ngoc con un hilo de voz.

—¿Y?

—Dijo que no los veía viables.

—¿Que no veía viable hacerlos él, o que no los veía viables en absoluto?

—Dice que no se pueden hacer en Vietnam.

—Al menos lo he intentado.

—Es solo su opinión, no significa nada, puedes llevarlos a otras productoras, quizá tengas más suerte.

—Lo haré —dijo Salvador con poca convicción—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No encontré el momento para darte la mala noticia.

Otro incómodo silencio sacó a relucir lo lejos que estaban el uno del otro en ese momento.

—Por cierto, aún tienes mi ordenador, lo necesito.

—Mañana te lo traeré.

—¿Has conseguido otro?

—No, pero ya me las apañaré.

Por la noche, Salvador se conectó a Friends in Vietnam mientras escuchaba música, pero no pudo chatear con ninguna chica y la música no mejoró su estado de ánimo.

A las tres de la madrugada se despertó de golpe, había vuelto a soñar, y no había sido bonito. La pesadilla que llevaba años torturándole se repetía cada vez con más frecuencia.

La chica embarazada

Al día siguiente por la noche, Ngoc le devolvió el ordenador, tal y como se había comprometido a hacer, y el viernes, después de la clase de vietnamita y de almorzar, Salvador se acercó al estudio en el que vivían Larry, uno de los profesores que había conocido en el curso de verano, y Duong, su joven novio. Hacía tiempo que no les veía y le habían invitado a tomar café.

Le preguntaron por sus clases de vietnamita, Salvador ya llevaba cuatro semanas estudiando y tenía la sensación de que no había aprendido casi nada. Larry le dijo que el vietnamita era muy difícil, sobre todo por sus seis tonos. Esa era la razón por la que había decidido no aprender, conocía a muchos extranjeros que lo habían intentado y que al final se habían rendido. Salvador argumentó que alguno habría que hubiese aprendido.

Larry tuvo que reconocer que alguno habría, pero pocos. Duong, su pareja, rio; al parecer, el motivo real por el que Larry nunca había aprendido vietnamita, a pesar de llevar en Saigón más de ocho años, era que no le gustaba. De hecho, nunca había estudiado ni aprendido ningún otro idioma, pensaba que siendo irlandés y hablando inglés como lengua materna ya era suficiente. Hasta ese momento lo había sido, ¿por qué tendría que ser diferente en el futuro?

El novio de Larry, Duong, que seguía sin encontrar trabajo básicamente porque no se esforzaba mucho en buscarlo, era muy alto comparado con los otros vietnamitas que había conocido, y tenía la piel bastante más morena que sus coetáneos. A Salvador se le ocurrió que sus antepasados podían ser de Camboya, en general los camboyanos tenían la piel bastante oscura.

—Salvador, Larry ha perdido el trabajo. —Duong siempre se dirigía a Salvador poniendo su nombre al principio de la frase, quizá para evitar malentendidos sobre a quién estaba hablando, aunque siendo solo tres, parecía innecesario.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Salvador sorprendido.

—Esta semana los hijos de puta de la agencia me han echado del trabajo —dijo el irlandés mientras terminaba de preparar el café.

Larry trabajaba con Donovan, el otro profesor con el que había hecho amistad durante el curso de verano en la Bright International School, en una agencia que se encargaba de suministrar profesores de inglés nativos a escuelas públicas vietnamitas.

—¿Pero por qué?

Larry dejó la cafetera en la mesa baja que había delante del sofá

en el que estaban Duong y Salvador, y tomó asiento entre ambos.

—A principios de mes me enviaron un mensaje para que fuese a la oficina a recoger el dinero al día siguiente. El dinero del salario de agosto. Fui por la tarde, después de comer, y el dinero no estaba allí. Me dijeron que tendría que haber ido por la mañana, pero por la mañana había estado trabajando, y le dije a la contable: «¿Cómo quieres que venga a recoger el dinero si estoy en clase?».

—No podías ir si estabas en clase —le dio la razón Salvador.

—Además, el mensaje tampoco decía que tuviese que ir por la mañana, decía: «Ven mañana a la oficina». Ven mañana a la oficina quiere decir: Ven a cualquier hora mientras la oficina esté abierta.

—Exacto.

—Y si solo se puede recoger el dinero por las mañanas, tienen que decirlo en el mensaje, y entonces yo voy en algún momento en el que esté libre. Si no puedo ir al día siguiente, pues voy al otro, no pasa nada, pero me lo tienen que decir.

—¿Qué hiciste?

—Le dije a la contable que me había dicho que fuese a recoger mi salario ese día y había ido, y que no me iba a volver a casa habiendo hecho el viaje en vano, que de ahí no me iba hasta que me pagasen. Empezamos a discutir hasta que vino el director de la agencia, y le dije lo mismo, que de ahí no me movía hasta que me diesen mi dinero.

—Qué situación tan incómoda —reflexionó Salvador.

—Me senté en una silla, saqué el móvil y me puse a chatear con mis amigos.

—¿Te pagaron?

—Tuve que esperar casi tres horas, pero al final el dinero llegó, como tenía que ser. —Salvador, que escuchaba con atención, se quedó pensativo—. ¿Y el despido?

—El lunes me enviaron un correo electrónico notificándome que iban a prescindir de mis servicios. —Larry dijo las últimas palabras con cierta comicidad—. Prescindir de mis servicios. Qué asco de gente. Después de todas las veces que les he ayudado a cubrir a un profesor supuestamente enfermo, o que no había podido ir a clase por lo que fuera. ¡Yo nunca me he puesto enfermo! O si me he puesto, he ido a dar la clase. ¡He ido a dar la clase estando enfermo muchas veces! —dijo Larry casi gritando.

—Cariño, cálmate —imploró Duong haciendo un gesto muy femenino.

—Lo siento, es que me caliento, me caliento en seguida. Soy irlandés, los irlandeses somos gente noble, no soportamos las injusticias. Eso es lo que nos pone enfermos, las injusticias.

Su novio le puso más café en la taza y se la acercó sonriendo.

Salvador no veía claro que darle más café fuese a tranquilizar mucho a Larry.

—Gracias. —Cogió el café y dio un sorbito—. Nada, lo dicho, que esos cabrones me han echado por exigir que cumpliesen con lo que ellos mismos se habían comprometido a hacer.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué puedo hacer? Buscar otro trabajo, a ver si encuentro a gente más seria para la que trabajar —dijo resignado Larry.

—Salvador, ya verás como encuentra un trabajo nuevo enseguida.

—¿Y tú qué? ¿Qué te cuentas? ¿Alguna novia? ¿Sexo salvaje? —le interrogó Larry haciendo un gesto obsceno.

Salvador se puso más café y suspiró.

Durante una semana, se pasó las noches conectado a Friends in Vietnam, como no era un usuario VIP, es decir, como no pagaba, el número de perfiles a los que podía hacer clic en «me gusta» por día estaba limitado a cincuenta. Hasta entonces no se había dado cuenta porque nunca había usado la aplicación durante mucho rato, pero esa semana lo hizo.

Cada día gastó los cincuenta «me gusta» que le estaban permitidos y vio varios cientos de perfiles. Chateó con varias chicas, pero las conversaciones fueron bastante limitadas y ninguna le llamó la atención como en su momento lo habían hecho Hau o Ngoc. Después de todo, conocer a alguien interesante a través de internet no era fácil.

El sábado por la mañana, después de ir al gimnasio y de un buen desayuno, decidió ir a visitar un templo para relajarse. En internet recomendaban varios y optó por ir al de Thien Hau, en Chinatown porque no estaba muy lejos y la ruta era fácil de memorizar. Otro día podía enfrentarse a un desafío mayor.

Salió de su callejón y tomó una de las arterias principales de Saigón, la calle Tran Hung Dao, que comunicaba el distrito 1 con el distrito 5, donde se concentraban la mayoría de los restaurantes chinos de la ciudad. Al llegar a la calle Chau Van Lien giró a la derecha, y después otra vez a la derecha por la calle Nguyen Trai, hasta llegar al número 710.

El templo original databa de 1760, fue erigido por la comunidad cantonesa de la ciudad y estaba dedicado a la diosa china del mar, Mazu. Por ende, la construcción seguía el estilo arquitectónico tradicional chino. La pagoda estaba diseñada en forma de sello con un espacio abierto en el centro para facilitar la ventilación y dejar salir el humo del incienso. El techo estaba decorado con dioramas de

porcelana que representaban escenas de una antigua ciudad china. Salvador se paseó sin prisa por el interior del templo, contemplando los detalles decorativos ricos en elementos naturales como flores y animales, que creaban una sensación de calidez y recogimiento.

Los devotos que habían acudido al templo quemaban incienso, hacían sus peticiones y oraban. En el templo había quemadores de incienso por todas partes y el olor era tan fuerte que Salvador se sentía un poco embriagado. El aroma tenía un efecto sedante y transportador, y después de más de una hora dentro de la pagoda de Thien Hau empezó a tener la sensación de estar flotando, o más que flotando, dentro de una burbuja cálida y protectora en la que se sentía a salvo tanto del agresivo mundo exterior, como de sus propios pensamientos autodestructivos.

Su mente se había aquietado y si bien no había dejado de pensar por completo como le había sucedido en alguna otra ocasión, la actividad mental era pausada, y los pocos pensamientos que cruzaban su mente eran amables, mucho más positivos y esperanzadores de lo habitual. ¿Estarían teniendo las otras personas que habían ido al templo la misma experiencia? Era imposible saberlo.

Se quedó hasta que las once y media, hora a la que los responsables de la pagoda cerraron para ir a almorzar, les dio las gracias, y se despidió en silencio del templo de Thien Hau. Salió a la calle, donde en pocos minutos la actividad frenética de la ciudad deshizo la burbuja de paz que le había envuelto mientras estaba en el interior del recinto sagrado.

Por la noche, Salvador, Ramón, Huyen, Enrique, Santiago y Hà, la novia de Santiago, fueron a cenar marisco al distrito Phu Nhuan, a un restaurante que conocía Enrique, uno de los dos compañeros de piso de Ramón, el que era menudo y vivaracho. Huyen ya no estaba enfadada, pero Salvador sabía que cualquier mención sobre Ngoc la haría saltar, claro que a Salvador tampoco le apetecía mucho hablar de ella. Lo que más le preocupaba era que alguien se emborrachase y dijese alguna inconveniencia sobre Santiago y Hà, Ramón había compartido sus sospechas con Huyen y con Salvador, ¿lo había hecho también con Enrique?

Hà, la atractiva novia de Santiago que trabajaba de profesora de *fitness,* llevaba casi cinco meses de embarazo y su barriga ya había empezado a crecer, pero ella decía que se encontraba bien y que podía seguir trabajando sin problemas. Su embarazo fue el tema de conversación que monopolizó la primera parte del festín. Después, cómo no, vino el asunto de la inminente boda, que fue aprovechado por Enrique para hacer unas cuantas bromas que tenían como víctima a Santiago, el grandullón y altanero compañero de piso de Ramón y

Enrique, que se ganaba la vida como profesor de inglés en una de las academias más conocidas de Saigón.

A Salvador le parecía divertido ver a Enrique, que debía rondar el metro sesenta y los cuarenta y cinco o cincuenta kilos de peso, chinchando a Santiago, que media más de metro noventa y pesaba más de cien kilos.

—Pero si decías que no te ibas a casar —recordó Enrique.

—Es que me ha puesto entre la espada y la pared —se defendió un tanto irritado Santiago.

—¿Cuándo es la boda? —Quiso saber Huyen.

—El jueves 31 de octubre —respondió Hà.

—Menos de 4 semanas, hoy es sábado 5 —intervino Salvador.

—¡Qué estrés Santiago, qué estrés! —Enrique a la carga de nuevo.

—Estáis todos invitados —dijo Hà.

El enlace suscitó el interés de todos, muchas preguntas y algunas discusiones.

—¿En Saigón?

—No, en Giang Vang.

—¡Me encantan las bodas!

—¿Dónde está eso?

—Pensaba que sería en Saigón.

—A unos trescientos cincuenta kilómetros de Saigón.

—Un poco lejos.

—¿Un poco? ¡Está muy lejos!

—¿Y cómo vamos a ir?

—¿En tren?

—En moto.

—¿En moto? ¡Ni de coña! Está demasiado lejos.

—Es broma.

—Ah, pensaba.

—¿Ya tienes el vestido?

—¿Entonces cómo vamos?

—Aún no.

—¿Hay tren?

—¿En tren? No, hombre, no, iremos en autocar.

—¿Cuántas horas?

—No lo sé.

—Creo que tres o cuatro.

—Eso es para ir a Vung Tau.

—Siete u ocho más bien.

—Está muy lejos.

—Eso ya lo has dicho. Deja de decir que está lejos.

—En *sleeping bus*.

—¿Qué es un *sleeping bus*?

—Un autocar en el que se puede dormir.

—No sabía que hubiese autocares en los que se puede dormir.

—Así da gusto.

—¿Dormiremos ahí?

—No, puedes dormir en el *sleeping bus*.

—Yo quiero quedarme a pasar la noche en el sitio ese al que vamos.

—Giang Vang.

—¿Es bonito?

—No lo sé.

—¿Tú has estado?

—No, ¿y tú?

—Yo tampoco.

—Nadie ha estado.

—Yo sí, soy de Giang Vang.

—¿Cómo es?

—Ni idea, aún no he ido.

—¿Te casas en Giang Vang y aún no has ido, qué clase de novio eres tú?

—A ver si me dejas tranquilo de una vez, Enrique —explotó Santiago.

—Tengamos la fiesta en paz —suspiró Salvador.

—Giang Vang es muy bonito —prometió Hà.

Después de la cena, que se había alargado casi hasta medianoche, Salvador regresó a su habitación bastante animado. Aún no tenía sueño, se conectó a Friends in Vietnam y vio que había recibido un mensaje de una tal Meo.

Meo:
Hola Gordon.

Se fijó en el avatar, era la misma chica cuyas fotos le habían llamado la atención días atrás.

Gordon:
Hola Meo. ¿Estás conectada?

Al cabo de un par o tres de minutos, Meo contestó.

Meo:
Hola, estoy aquí.

Gordon:
¿Estabas a punto de acostarte?

Meo:
No, aún no tengo sueño, a veces me acuesto tarde.

Gordon:
Yo también.

Meo:
¿Qué estás haciendo?

Gordon:
Nada en particular. Descansando en mi habitación.

Meo:
¿Dónde vives?

Gordon:
En un pequeño hostal en el distrito 1.

Meo:
Muy cerca de mí, yo vivo en el distrito 4.

Gordon:
¿Con tu familia?

Meo:
Sí. ¿Y tú?

Gordon:
Yo vivo solo.

Meo:
¿Eres profesor?

Gordon:
¿Cómo lo has sabido?

Meo:
Hay muchos occidentales que trabajan de profesores de inglés en Saigón.

Gordon:
Yo soy profesor de matemáticas.

Meo:
Oh. Eso no me lo esperaba, ji, ji. ¡Un matemático!

Gordon:
Tanto como un matemático… Profesor y gracias. Y tú, ¿qué haces?

Meo:
Soy actriz.

Gordon:
¿Actriz de qué?

Meo:
De cine y televisión.

En pocos días había conocido a una chica de dieciséis años que aseguraba tener un padre mafioso, y a otra de diecinueve que decía ser actriz de cine y televisión. Impresionante.

Gordon:
Eres la primera actriz que conozco.

Meo:
No te hagas muchas ilusiones, no soy famosa, rica, ni nada de eso.

Gordon:
¿Qué haces más, cine o televisión?

Meo:
Televisión, pero he hecho de figurante, de actriz de reparto y de secundaria en películas de cine.

Gordon:
Ya te falta poco para que te cojan como protagonista.

Meo:
No te creas, es muy difícil.

Gordon:
Hay que perseverar, es como correr una maratón, si consigues terminarla ya te puedes considerar una ganadora.

Meo:
Ja, Ja. Muy positivo. Aunque no se me ocurre qué puede tener en común con ser actriz.

Gordon:
La maratón es una carrera de fondo de cuarenta y dos kilómetros, para poder terminarla hay que entrenar mucho, quizá durante años, y a pesar de todos esos años de esfuerzo, la probabilidad de ganar o de ser uno de los primeros en una maratón es muy baja, solo unos pocos van a poder ganar una maratón, el resto de corredores se tendrán que conformar con no ganarla.
Pero la mayoría de personas ni siguiera podrían terminar esa carrera porque es demasiado dura. Tener éxito y hacerse famoso en cualquier campo artístico es como ganar una maratón, muy pocos van a conseguirlo, pero si uno consigue ganarse la vida haciendo algo que realmente le gusta, como por ejemplo cantando, bailando, actuando o escribiendo, ya puede sentirse un ganador aunque no sea famoso, como las personas que después de años entrenando son capaces de correr los cuarenta y dos kilómetros de la maratón, solo el mero hecho de poder terminar la carrera ya les convierte en ganadores.
Aunque nunca llegues a ser la actriz principal, no por eso vas a ser una perdedora, si te ganas la vida de actriz, cuando te mires al espejo verás a una triunfadora, independientemente de cuantas personas te conozcan o de si te has hecho rica o no.

Meo:
¡Ahora entiendo lo de la maratón! ¿Y tú, has conseguido terminar alguna?

Gordon:
Por desgracia no, ni corriendo, ni en el ámbito artístico.

Meo:
Aún puedes conseguirlo.

Gordon:
Eso espero.

Meo:
¿Qué maratón te gustaría terminar?

Gordon:
Una de cine.

Meo:
¿Trabajas en cine?

Gordon:
No, ojalá.

Meo:
¿Qué te gustaría hacer exactamente?

Gordon:
Me gustaría ser guionista.

Meo:
¿En serio?

Gordon:
Sí.

Meo:
¿Has escrito algo?

Gordon:
Sí, pero ninguna productora se interesó por mis guiones.

Meo:
Qué lástima. ¿Sigues escribiendo?

Gordon:
No, ya no.

Meo:
¿Por qué no?

Gordon:
Supongo que me desanimé.

Meo:
Vaya, lo siento. ¿Cuántos años tienes?

Gordon:
40. ¿Tú?

Meo:
19.

Gordon:
Eres muy joven.

Meo:
Je, je, lo soy.

Gordon:
¿Estudias o solo trabajas de actriz?

Meo:
Estudio y trabajo, tengo una vida muy ocupada.

Gordon:
¿Qué carrera universitaria estás estudiando?

Meo:
Ninguna.

Gordon:
¿Estudias otra cosa?

Meo:
Sí.

Gordon:
¿El qué?

Meo:
Me da un poco de vergüenza decirlo.

Gordon:
¿Por qué? ¿Es algo malo?

Meo:
No, malo no.

Gordon:
Entonces no hay nada de lo que avergonzarse.

Meo:
Es que no quiero que pienses que soy una cría.

Gordon:
¿Tienes menos de 19 años? ¿Eres menor de edad?

Meo:
Te he dicho la edad real, 19.

Gordon:
Eres joven, pero ya no eres ninguna cría.

Meo:
Gracias. Está bien, te lo diré. Aún voy al instituto, estoy en grado 11, y este año tampoco podré terminar, hasta el año que viene no haré el último curso de bachillerato, grado 12.

Gordon:
No pudiste seguir estudiando con tus antiguos compañeros de clase.

Meo:
No. Mi familia es muy pobre y tuve que ponerme a trabajar cuando terminé la enseñanza secundaria, yo quería seguir estudiando y hacer el bachillerato, pero mi familia no se lo podía permitir.

Gordon:
Eso le pasa a muchas personas, sus familias sufren dificultades económicas y tienen que dejar de estudiar para ponerse a trabajar.

Meo:
O no les gusta estudiar y lo dejan.

Gordon:
También. Pero ahora trabajas y puedes pagarte los estudios y terminar bachillerato.

Meo:
¡Sí!

Gordon:
E ir a la universidad después, si te apetece.

Meo:
Claro que me apetece, me gusta estudiar, me gusta aprender cosas.

Gordon:
¿Qué te gustaría estudiar en la universidad?

Meo:
Arte dramático e inglés. Para ser mejor actriz y poder actuar en películas de otros países, no solo en Vietnam.

Gordon:
Me parece una gran idea.

Meo:
¿En serio?

Gordon:
Totalmente.

Meo:
Mis amigos creen que es una mala idea.

Gordon:
¿Por qué?

Meo:
Sobre lo de estudiar arte dramático dicen que hay muy pocas actrices que se ganen bien la vida en Vietnam, la mayoría ganan muy poco y no vale la pena. Y de lo de estudiar inglés para trabajar en otros países dicen que es otra mala idea, porque en los otros países ya tienen a sus actores y actrices, y a una actriz vietnamita solo la querrán como figurante para hacer bulto o como actriz de reparto para decir unas pocas frases.

Gordon:
Tus amigos son unos optimistas natos.

Meo:
¡Ya lo puedes decir! Son muy negativos, siempre se están quejando por todo. ¡Les odio!

Gordon:
No digas eso, son tus amigos.

Meo:
Es broma, no les odio, les quiero mucho, pero no soporto cuando se hacen la víctima o se quejan por cualquier tontería.

Gordon:
Supongo que todos nos quejamos a veces.

Meo:
Quejarse es muy negativo, da mal karma.

Gordon:
¿Qué quieres decir?

Meo:
¿Crees en el karma?

Gordon:

No estoy seguro.

Meo:
¿Eres budista?

Gordon:
No.

Meo:
Entonces supongo que no crees en el karma.

Gordon:
¿Tú eres budista?

Meo:
Más o menos, pero sí creo en el karma.

Gordon:
¿Y qué dice el karma?

Meo:
Es un poco complicado de explicar.

Gordon:
Inténtalo.

Meo:
Vale. Es algo así como que lo que transmites hacia el exterior a nivel energético es lo que recibes de la vida de una forma u otra.

Gordon:
Es un poco difícil de entender.

Meo:
Ya, es que no sé cómo explicarlo mejor. Por ejemplo, con lo de quejarse, el karma dice que cada vez que te quejas produces energía negativa, y lo único que vas a recibir de la vida son más cosas de las que quejarte, la energía negativa que has experimentado y transmitido hacia el exterior al quejarte, volverá a ti en forma de acontecimientos futuros que te darán más motivos para quejarte.

Gordon:
No parece una idea muy optimista.

Meo:
Ya. Pero eso solo son las malas noticias.

Gordon:
Háblame de las buenas.

Meo:
Las buenas son exactamente lo contrario, cada vez que sentimos gratitud, experimentamos y transmitimos energía positiva hacia el exterior, y la vida creará nuevos acontecimientos en el futuro que nos harán experimentar gratitud otra vez, nos traerá más experiencias que nos harán sentir lo mismo que ya habíamos sentido.

Gordon:
Eso suena mucho mejor. Nunca se me habría ocurrido pensar así.

Meo:

Mucha gente se va a dormir lamentándose y quejándose de las cosas que les pasan en la vida, y cuando se levantan, solo encuentran más acontecimientos parecidos a los que han estado viviendo hasta ese momento en su vida de los que quejarse y lamentarse.

Salvador se vio retratado en esas palabras.

Gordon:

¿Y cómo es la vida de los que se van a dormir dando las gracias por las cosas que les pasan?

Meo:

Les pasan más cosas de las que sentirse agradecido.

Gordon:

Eso es imposible.

Meo:

A mí me sucede.

Gordon:

¿Solo te pasan cosas buenas?

Meo:

Claro que no, a nadie le pasan solo cosas buenas, pero como siento gratitud, me pasan cosas más positivas que a mis amigos. Esto, aunque tú no te lo creas, lo tengo comprobado.

Gordon:

Ahora me ha venido algo a la cabeza. Creo que tiene que ver con eso del karma y de lo que estás hablando. Hace tiempo conocí a una familia, no estoy seguro de si eran budistas, pero creían en algo parecido. Ellos decían que si haces cosas buenas te pasan cosas buenas, y si haces cosas malas te pasan cosas malas. En mi experiencia personal eso no es así.

Meo:

En eso te doy la razón. Mucha gente cree que haciendo cosas buenas te pasan cosas buenas, pero no funciona así. Lo que hacemos es importante, sí, pero lo más importante no es el acto, no es lo que hacemos, sino lo que sentimos, lo que experimentamos al hacerlo, y nuestra intención real al hacerlo.

Gordon:

Oye, ¿estás segura de que tienes 19 años?

Meo:

Ja, ja. Sí, ¿por qué?

Gordon:

No conozco a nadie de 19 años que hable como tú.

Meo:

Yo tampoco, ji, ji. A lo mejor soy única, ja, ja.

Gordon:

En realidad eres la primera persona que me ha hablado así.

Meo:

Te parezco muy rara, ¿verdad? Lo siento.

Gordon:

No, no rara. Bueno, quizá un poco. Un poco rara por las cosas que dices, pero muy interesante.

Meo:

Vaya, gracias.

Gordon:

De nada.

Meo:

Tienes que probarlo.

Gordon:

¿El qué?

Meo:

Prueba a dar las gracias cada día antes de irte a dormir y cuando te levantes por la mañana.

Gordon:

¿Y si no tengo ningún motivo para dar las gracias?

Meo:

Con la misma facilidad con la que aprendiste a sentirte insatisfecho, a quejarte y a querer siempre más de lo que tienes, puedes aprender a sentirte satisfecho, a sentir gratitud por lo que tienes y a ser feliz con ello.

Gordon:

Definitivamente, tú no tienes 19 años.

Meo:

Ja, ja, que sí que los tengo. Esa frase no es mía, la leí en un libro.

Gordon:

Es una buena frase, me ha gustado. Pero dame ejemplos concretos, ¿de qué has sentido gratitud esta mañana?

Meo:

Esta mañana di las gracias… Para empezar, por estar viva, esta es la más importante, la gratitud por estar viva. Di las gracias por tener una familia que me quiere y me apoya, por tener amigos que se preocupan por mí y con los que puedo compartir, por tener un trabajo que me da suficiente dinero para poderme pagar los estudios, por poder estudiar, por la luz del sol que nos permite vivir en este planeta, por las plantas y los árboles que enriquecen el aire con oxígeno y eso nos permite respirar, por la belleza de las flores que hacen que el mundo sea más bonito… por muchas cosas.

Gordon:

Me hago a la idea. ¿Durante cuánto tiempo hay que hacerlo para empezar a tener resultados?

Meo:

Hay que tener gratitud siempre. Y si dejas de tenerla y vuelves al

hábito de la queja constante, en poco tiempo las cosas vuelven a ser como antes.

Gordon:

Hay que tener gratitud siempre. Pero qué pasa con las personas que tienen una vida difícil, sin familia, sin amigos, sin trabajo…

Meo:

Ese es el desafío. Cada vida es distinta y cada uno de nosotros tiene que encontrar esas cosas por las que estar agradecido. En realidad depende mucho del punto de vista. Por ejemplo, yo podría enfadarme porque tengo que trabajar para pagarme los estudios, podría quejarme porque es injusto que haya gente que no tenga que hacerlo y que yo tenga que esforzarme el doble para poder estudiar.

O puedo sentir gratitud por ser capaz de hacer ambas cosas, por poder valerme por mí misma, por tener la posibilidad y la fuerza de voluntad de trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Gordon:

Es verdad, dependiendo del punto de vista las cosas pueden parecer diferentes.

Después de hablar con Meo, se quedó reflexionando sobre lo que ella le había dicho. Sin ser realmente consciente de ello, había estado cultivando la queja durante casi toda su vida. Quejarse era tan fácil… Cada día podía encontrar varias cosas sobre las que quejarse. Una práctica, un hábito, que nunca le había proporcionado felicidad alguna, solo malestar e insatisfacción.

Tenía que probar lo que ella le había dicho, pero era difícil sentir gratitud, su mente tendía al pensamiento negativo, a darle vueltas a las cosas que le preocupaban o le hacían infeliz. Quizá el truco era concentrarse en las cosas hermosas de la vida, en lo que uno tenía, en lugar de en lo que no tenía, en lo bueno, no en lo malo, y recrearse pensando en las cosas positivas en lugar de hacerlo en las negativas. Fácil de decir, pero difícil de hacer.

Otra vez Ngoc

Durante varios días Salvador intentó hacer lo que Meo le había dicho, antes de irse a dormir y al despertarse por la mañana dedicaba un rato a pensar en cosas buenas o positivas que le hubiesen pasado, o que ya tuviese en su vida, y se esforzaba tanto como le era posible por evitar quejarse y pensar en cosas negativas. Los primeros días no fue fácil, siempre había ideas deprimentes que afloraban en su mente, como lo habían estado haciendo durante muchos años, pero progresivamente mejoró y empezó a prestar más atención a ideas y pensamientos felices, y menos a los que le hacían infeliz.

A mediados de octubre recibió un inesperado mensaje de Ngoc, con quien apenas había tenido contacto desde hacía unas tres semanas. Ya no tenía más voluntarios extranjeros que quisieran participar de forma gratuita en las grabaciones del programa de televisión en el que estaba trabajando y necesitaba ayuda. Salvador ya la había ayudado una vez, y no le apetecía hacerlo de nuevo, pero sintió pena por ella y le facilitó el número de teléfono de algunos amigos y conocidos, quizá a alguno de ellos les hiciera gracia salir en un programa de televisión. Ngoc le dio las gracias y no supo más de ella durante varios días.

Después de casi una semana sin saber nada de Ngoc, esta le envió un mensaje, decía que hasta entonces había podido trabajar con el ordenador de una amiga, pero esa noche no podía usarlo y tenía que terminar de editar un vídeo. Le pidió si podía ir a su habitación y usar su ordenador portátil. Salvador no sabía qué hacer, por un lado, no le apetecía que se repitiera la historia de la última vez, por otro, le hacía gracia verla y saber qué era de su vida. Al final decidió aceptar, tampoco había para tanto, y ahora que él tenía un *smartphone,* estaría distraído mientras ella trabaja.

Ngoc cogió el último autobús y llegó al hostal antes de las ocho, Salvador aún no había cenado, no terminaba de acostumbrarse a cenar a las seis de la tarde como hacían los vietnamitas. Todo continuaba igual desde la última vez que habían quedado, se la seguía viendo cansada, aunque ella hacía todo lo posible por ocultarlo. Después de un corto intercambio de frases, Ngoc se puso a trabajar y Salvador aprovechó para ir a cenar y a pasear un rato. La calle Bui Vien estaba atestada de gente, todos los días era lo mismo, de lunes a domingo,

aunque los fines de semana eran los peores y pasar por la calle era un verdadero engorro. Le dio pereza ir por Bui Vien y continuó por De Tham hasta el parque, caminó un rato y se sentó en un banco disfrutando de la brisa nocturna.

Cuando se cansó de estar en el parque, volvió a su habitación, se tumbó en la cama y se puso a escuchar música. Ngoc estaba sentada en la única silla que había. Quizá debería pedir a los propietarios que le trajeran otra. La mayor parte del tiempo no la necesitaba porque vivía solo, pero bastaba con que tuviese un invitado para que tener solo una silla se convirtiese en un inconveniente.

Le sorprendía la capacidad de trabajo de Ngoc, estaba seguro de que él no podría estar montando hasta las tantas de la noche, dormir tres o cuatro horas e irse a trabajar, un día tras otro. Pero seguro que hacer eso tenía un precio a pagar en cuanto a salud, quizá durante unos días no fuese evidente, pero ella llevaba haciéndolo unas semanas y se veía que le estaba afectando tanto física como psicológicamente. Antes de empezar a trabajar era distinta, en unos pocos meses había cambiado para peor. Se durmió con sus últimos pensamientos centrados en Ngoc.

Como era habitual, se despertó cuando ella se metió en la cama con él, solo para volver a dormirse de nuevo en pocos minutos.

El contacto físico le volvió a despertar. No sabía cuanto rato había pasado, pero seguía siendo de noche. Le pareció que ella también estaba despierta, se había arrimado a él, pero dándole la espalda, es decir, que la parte frontal del cuerpo de Salvador estaba en contacto con la parte posterior del de ella. Ngoc solo llevaba una camiseta y la ropa interior, y podía sentir el contacto no solo de su espalda, sino también de sus nalgas. Un creciente y evidente, debido a la posición de ambos, deseo se apoderó de él. Ngoc debió percibirlo y se movió un poco, incrementando el contacto entre los dos y haciendo aún más obvia la excitación de él.

Salvador recordó con nostalgia las semanas de pasión con Ngoc cuando se entregaba a él cada día sin ningún tipo de timidez y fantaseó con la idea de que las cosas volviesen a ser como antes. Acercó la mano a sus piernas y acarició su tersa piel hasta que ella se giró, se sentó a horcajadas encima de él, le ayudó a quitarse la camiseta e hizo lo propio con la suya, como tantas veces había hecho antes.

Y cuando los dos parecían estar a punto y Salvador en su plenitud se disponía a empezar el acto, Ngoc se apartó.

—No me gusta.

Salvador no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Qué? ¿Cómo que no te gusta?

—Lo siento, no me gusta.

—Pero si durante semanas te gustaba. Tú adoras el sexo.

—Ya lo sé —se quejó Ngoc—. No sé qué me pasa. Creo que no estoy bien.

—Trabajas demasiado y duermes demasiado poco. Eso es lo que te pasa.

—Creía que podría hacerlo.

—Todo el mundo tiene un límite.

Salvador se quedó mirando el pequeño cuerpo desnudo encima de la sábana arrugada.

—¿Me odias? —le preguntó inesperadamente Ngoc.

—No, claro que no.

—No me odies, no soy tan mala.

—Ya lo sé.

Ngoc se acercó de nuevo y se acurrucó contra su pecho como si fuera una niña pequeña.

—Creía que podría hacerlo, pero no puedo hacerlo.

—Si no puedes con el trabajo, es mejor que lo dejes y busques otra cosa.

—No hablo del trabajo. Creía que podría tener una relación con un hombre, pero no puedo.

—Eso es más complicado.

—También quise probar tener sexo con otros hombres, pero no ha funcionado.

—¿Qué ha pasado?

—Cuanto más sexo tengo, más sexo quiero tener, y al probar con otros hombres aún quiero tener sexo con más hombres.

—Nunca es suficiente.

—Nunca.

A Salvador raramente se le había dado bien dar consejos y esa ocasión no fue una excepción, intentó decir algo inteligente, pero no se le ocurrió nada y prefirió quedarse callado.

—Eres un buen hombre —dijo Ngoc un rato después—, búscate a una buena chica.

—Como si fuera tan fácil.

—Nadie ha dicho que sea fácil, tampoco fue fácil encontrar trabajo y al final encontraste.

—No creo que sea lo mismo buscar trabajo que buscar a una chica.

—Tú inténtalo.

Ngoc se movió y Salvador dio por hecho que se apartaría, se pondría cómoda en el otro lado de la cama y se dormiría, pero en lugar de eso se sentó a su lado como había hecho la última vez y empezó a tocarlo. Se le ocurrió que quizá se sentía un poco culpable y al menos quería satisfacerlo, pero eso aún le parecía más extraño que

si no hubiese hecho nada y se hubiera limitado a dormirse a su lado. Tal y como hiciera la última vez que habían dormido juntos, Ngoc primero le acarició con su pequeña, pero firme mano y después aplicó sus labios en su hombría. Salvador se limitó a dejarse hacer y a mirar a aquella chica en la que se dijo iba a ser la última ocasión en que iban a tener un contacto íntimo.

Por la mañana, Ngoc se disponía a irse a trabajar, abrió la puerta, dudó un instante y se giró hacia Salvador, que aún estaba en la cama.

—¿Por qué te portas bien conmigo, aunque yo no me porto bien contigo?

—No debo ser muy listo.

Ngoc cerró la puerta y bajó las escaleras.

Ramón y una visita inesperada

El piso olía a humo. Otra vez, sí. No, nadie había sido, lo de siempre.

—Yo lo único que sé es que no he fumado dentro, cada vez que fumo lo hago en el balcón —había dicho Enrique—, habrá sido Santiago.

—Siempre fumo en el balcón, eso es cosa de Enrique, ya sabes como es, a veces se comporta como un crío —había dicho Santiago.

La novia de Santiago, Hà, que a veces iba al piso, estaba fuera de toda duda, como Ramón, no fumaba. Esa era posiblemente la única cosa que tenían en común, porque Hà era un ejemplo de vida sana, ni fumaba ni probaba el alcohol, hacía mucho deporte y siempre estaba leyendo sobre dietética y nutrición, intentando encontrar la mejor dieta posible. Por su lado, Ramón seguía engordando, se había tenido que comprar pantalones nuevos, no hacía deporte, no se privaba de nada cuando comía, es decir, comía demasiado, y su lema cuando salía a beber con sus amigos era: «Solo se vive una vez».

Ramón abrió las puertas del balcón y puso un taburete al lado de cada una de ellas para que el viento no las cerrara.

Ese día tocaba fútbol. No se trataba de un partido televisado, sino de un campeonato virtual entre los tres compañeros de piso, Ramón, Santiago y Enrique. En cuanto descubrieron que Ramón se había traído la consola de videojuegos a Vietnam, le obligaron a ponerla en el mueble del televisor del comedor para disfrute de todos. Delante de la tele había un sofá de tres plazas y una butaca individual, que era donde Hà, o quien fuera que tuviese el rol de invitado en esa ocasión, acostumbraba a sentarse.

El piso era nuevo, de aspecto un tanto frío e impersonal por la decoración minimalista, pero estaba completamente amueblado y tenía todos los electrodomésticos necesarios para la vida moderna. Todos excepto una consola para jugar a videojuegos. Desde que Ramón aceptó poner la suya en el comedor habían tenido diversión extra. Los mejores juegos para hacer competiciones entre ellos eran los de carreras de coches y motos, y los de fútbol, aunque entre todos habían hecho un banco común con todo tipo de juegos.

Santiago, que en ese momento jugaba contra Enrique, estaba maldiciendo porque perdía. De nuevo. Enrique era el mejor de los tres jugando a videojuegos y eso sentaba mal a Santiago, que cada vez que sufría una derrota se enfadaba. Ramón, después de abrir las puertas del balcón se sentó, quería fijarse en las jugadas que hacía Enrique

para ver si así conseguía ganarle en el siguiente partido.

El familiar sonido que emitía su nuevo teléfono móvil le hizo saber que había recibido un menaje. Era de Hien. Hacía meses que no sabía nada de ella.

Hien:

Hola Ramón, espero que estés bien. He venido a visitar a mi familia y voy a estar unos días en Saigón. Saludos.

Ramón contestó inmediatamente.

Ramón:

Hola Hien, estoy bien, ¿y tú? Si quieres podemos tomar un café uno de estos días mientras estés en Saigón.

Controló el impulso de escribir: «Te he echado de menos», o algo parecido, y envió el mensaje tal y como estaba.

—¡Este marica me ha vuelto a ganar! No sé cómo coño lo hace —gruñó Santiago.

Hien:

Mañana voy a estar muy ocupada y los otros días aún no sé lo que voy a hacer. ¿Qué estás haciendo? Yo estoy en una cafetería en la esquina de De Tham con Tran Hung Dao. Voy a estar aquí un rato, vente si quieres verme.

—Deja de jugar con el teléfono que te toca —le increpó Enrique.

Ramón:

En 30 minutos estoy ahí. ¡No te vayas!

—Me tengo que ir —dijo Ramón.

—¿Ir? ¿A dónde? No te puedes ir en medio del campeonato —se quejó Enrique.

—Lo siento chicos, ya jugaremos otro día. —Ramón ya estaba en el lavabo sujetando el cepillo de dientes con una mano y estrujando la pasta dentífrica con la otra.

—¿Una cita inesperada? —preguntó Santiago.

—Algo así.

—Venga, coge el mando que te voy a pegar otra paliza —desafió Enrique a Santiago.

—Estoy hasta los huevos de que me ganes al fútbol. Vamos a jugar a otra cosa.

—¿A qué quieres jugar?

—Algo a lo que podamos jugar los dos en modo cooperativo.

—¿Al Halo?

—Venga.

Después de cepillarse los dientes, Ramón se cambió de ropa y salió corriendo del piso.

—Hasta luego Don Juan —se burló Santiago.

—¿Te has casado? —preguntó a la vez sorprendido y

decepcionado Ramón.

—Sí, me casé hace unos meses, en mayo. Todo fue muy rápido e inesperado.

—No me digas que te has ido a vivir con él.

—Sí, ¿por qué no?

—Oh, no, por nada. Me sorprende un poco, eso es todo. ¿Te gusta vivir ahí? —preguntó Ramón extrañado.

Hien cogió aire, miró al techo recién pintado, suspiró, bajó la mirada hacia la copa de vino blanco que tenía delante de sí y dio un sorbito. La cafetería había abierto hacía poco, o al menos eso se podía concluir por la decoración moderna, lo limpio que estaba el local y lo nuevas que se veían las mesas, las sillas y la barra. Desde que vivía en el distrito 2 con Santiago y con Enrique iba menos por el distrito 1, y no estaba al día de los restaurantes y cafeterías que habían hecho su aparición recientemente en el barrio de Salvador, la turística zona alrededor de la calle Bui Vien.

—No —contestó Hien con desgana.

—¿Por qué?

—Por muchos motivos.

—¿Por ejemplo?

—Vivimos con su padre. Como dos adolescentes que no tienen a donde ir.

—¿No tiene dinero? Tu marido.

—No es por el dinero. No es rico, pero tiene un buen trabajo y se gana bien la vida.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Su padre es rico, y no quiere que se vaya de su casa, si se va lo desheredará.

—Pero si está casado.

—Eso es lo que siempre le digo yo.

—A lo mejor le gusta vivir con su padre —dijo con cierta ironía Ramón, que no habiendo tenido tiempo para ducharse estaba preocupado por si olía mal.

—Odia vivir con su padre.

—Que plante cara.

—Tiene miedo a su padre, no quiere perder la herencia.

—Pero a ti tampoco te gusta vivir con el padre.

—¿Cómo va a gustarme?

—Tendrá que tomar una decisión, o el padre o tú.

—No quiere.

—¿Y qué piensas hacer?

—Le he dicho que me voy a ir, que él puede quedarse con su padre o venir conmigo, es cosa suya.

—¿Y qué ha dicho?

—Que tenga un poco de paciencia, que está intentando convencerlo —respondió Hien.

—¿Crees que podrá convencerlo?

—Claro que no.

—¿Qué otras cosas te molestan?

—La higiene, o mejor dicho la falta de higiene.

—¿Dónde?

—En muchos restaurantes cuando vamos a comer fuera de casa. Aquí en Vietnam a veces también hay problemas de higiene en algunos sitios, pero normalmente hay un cierto de grado de limpieza.

—Eso es peligroso para la salud.

—Mucho.

—¿Por qué no le dijiste que preferías vivir en Vietnam antes de casarte?

—Me engañó. Me dijo que nos iríamos a vivir los dos juntos al mejor barrio de la capital, que según él es la mejor ciudad del país, pero seguimos en su pequeña ciudad natal, en la que no hay nada que valga la pena —dijo Hien con desdén.

—Decepcionante —reconoció Ramón, que había decidido imitar a su amiga y pidió una copa de vino, pero a diferencia de ella, se había decidido por el vino tinto, solo bebía vino blanco cuando comía pescado.

—Además, ahí me enfrento a todo tipo de problemas —continuó Hien—, aparte del de la falta de higiene.

—¿Por ejemplo?

—Vivo en una ciudad pequeña y aburrida, y no tengo ningún amigo.

—Bueno, eso es un problema, seguro. Si hubieseis ido a vivir a ese barrio prometido en la capital, a lo mejor te gustaría.

—No sé, no lo creo. Allí todo es distinto y no hay la misma libertad que aquí. Yo soy vietnamita, y no, Vietnam no es el país maravilloso y perfecto que algunos pretenden, pero hay bastante más libertad que en otros países.

—Más que en el país de tu marido.

—Mucha más. Aquí hago lo que quiero y voy a donde me place cuando me apetece.

—¿Ahí no? —preguntó Ramón algo decepcionado después de probar su vino tinto de mala calidad.

—Para nada. Y tampoco puedo vestir como a mí me gusta porque se creerían que soy una mala mujer y avergonzaría a mi marido y a su familia.

—Supongo que no están acostumbrados a ver chicas ligeras de ropa.

—No te pongas de su parte.

—No, si yo no me pongo de parte de nadie.

—Tendrías que ponerte de mi parte —le increpó Hien.

—Y estoy de tu parte.

—Eso no es lo que has dicho.

Ramón, visiblemente embarazado, dio un trago de vino tinto. Estaba bastante malo.

—¿Has empezado a escribir tu tercera novela?

—¡No cambies de tema!

—Lo siento —se disculpó Ramón.

—¡Cómo quieres que escriba viviendo en un lugar que no me gusta!

—Ya… difícil para inspirarse.

—Difícil no, imposible. Esa fue una de las razones que me llevaron a aceptar e ir a vivir con él. Pensé que un ambiente exótico despertaría a las musas. —Hien se terminó la copa de vino blanco y pidió otra—. Además, la puta esa me engañó.

—¿Qué puta? —se escandalizó un poco Ramón.

—Leí un blog de una jovencita hablando de las excelencias del país, de sus experiencias inolvidables, de como la trataban como a una reina allá a donde iba y de su sensación de alegría y libertad.

—Quizá ella visitó solo los mejores sitios del país, no es lo mismo hacer turismo que vivir ahí. Yo fui de vacaciones a varios países en Europa que me gustaron para estar unos días, pero nunca viviría en ellos.

—Solo estuvo en un par de ciudades y en la capital, y ya tenía algunos amigos ahí que le hacían de guía.

—Todo fueron ventajas para ella.

—Y desventajas para mí.

—Me imagino que muchos países no son ni buenos ni malos para vivir, depende de la situación individual de cada uno.

—Supongo —reconoció con desgana—. ¿Te gusta?

—¿El qué?

—El vino tinto.

—No está mal.

—Está malísimo. Lo probé ayer.

—Ya, no vale nada. —Ramón apartó la copa a un lado y cogió el menú que había encima de la mesa para pedir otra cosa—. Si sabías que el vino no me gustaría, me lo tendrías que haber dicho.

—No sabía si te gustaría o no. Solo sabía que a mí no me gustó.

—Pero te lo imaginabas.

—Quizá —dijo con una sonrisa burlona en los labios—. Pero la única manera de saber si algo te gusta o no es probándolo.

—Como vivir en ese país exótico. Has tenido que ir para saber que no te gusta estar ahí. Al menos en esa ciudad viviendo con el

padre de tu marido.

—Cuando visto la ropa con la que me siento cómoda me miran mal. No me conocen, no saben nada de mí, pero me juzgan por mi forma de vestir, como si las prendas que llevamos nos hiciesen mejores o peores personas.

—Y eso te enerva y hace que aún vistas de forma más provocativa.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

Ramón aprovechó que el camarero estaba cerca para pedirle un batido de mango.

—Porque eres una rebelde. Si alguien te dice que no se puede ir a un sitio, tú vas, si te dicen que hay que llevar falda larga, tú te pones la más corta que tienes, si hay algo que no se puede comer, te lo comes y si te prohíben beber alcohol, tú bebes alcohol.

—Esa soy yo —confirmó Hien.

—No creo que ese sea el país adecuado para ti —reflexionó Ramón—. Tú eres un alma libre, no puedes establecerte en un lugar donde la forma de pensar es opuesta a la tuya, necesitas libertad de movimientos para poder seguir desarrollándote tanto a nivel personal, como a nivel artístico y creativo.

—Tienes razón, pero no sé qué hacer. Antes de casarme todo era muy fácil, hacía lo que quería, ahora estoy atada, como una prisionera.

—Un pájaro en una jaula de oro.

—De oro nada, la casa en la que vivo tampoco vale la pena, es normal y corriente. Una jaula de mierda —dijo Hien con desprecio.

Ramón no recordaba haber escuchado a Hien usar ese tipo de lenguaje un tanto soez anteriormente. Era una chica culta, una escritora, debía estar muy enfadada y decepcionada para decir esas cosas.

—Basta de hablar de mi desastrosa vida. Háblame de todo lo que has estado escribiendo desde la última vez que nos vimos. Porque has estado escribiendo, ¿verdad? —Hien le miró con intensidad, como una profesora que está a punto de regañar a un alumno del que sospecha no ha hecho sus deberes del día anterior.

—Pues sí he escrito, y continúo escribiendo —dijo Ramón lleno de orgullo—. No sé si te acordarás, pero tenía once relatos cortos empezados.

—Y ninguno terminado, me acuerdo.

—Ya he terminado cinco. Me he propuesto terminar uno cada mes. Bueno, en realidad me lo propuso mi amigo Salvador, del que ya te he hablado.

—El que va al gimnasio casi cada día y nunca ha conseguido convencerte para que vayas con él.

—Ese. ¿Lo ves? Yo también soy un rebelde, como tú.

—Ya te gustaría. Tú no eres ningún rebelde, eres un perezoso y cada vez estás más gordo. Y que conste que te lo digo con amor porque te aprecio.

—Lo sé, es que no me gusta ir al gimnasio.

—Empieza a hacer algo. Más deporte y menos comida. Eres bastante guapo, con tu cabello rubio y tu barba de intelectual, pero si sigues así pronto serás invisible para las chicas.

—Te agradezco la sinceridad. Tú, en cambio, te ves muy bien.

—Una que se cuida.

Una cena peculiar

Salvador miró el calendario. Lunes 21 de octubre. Si la Bright International School no le hubiese hecho el permiso de trabajo por dos años que le había permitido recibir una tarjeta de residencia temporal con la misma duración, antes del 21 de octubre habría tenido que salir de Vietnam y volver a entrar, para poder tener un visado nuevo. Como le había explicado con anterioridad el jefe de estudios, con la tarjeta de residencia temporal era posible permanecer en Vietnam hasta que esta caducase, y podía entrar y salir del país tantas veces como quisiera durante su período de validez.

La escuela internacional había preguntado a Salvador si prefería un permiso de trabajo de un año o de dos años, previa advertencia de que dicho documento estaba ligado al contrato con la escuela, si dejaba de trabajar para ellos, a las dos semanas le cancelarían el permiso de trabajo y la tarjeta de residencia temporal. A pesar de esta restricción, a Salvador le pareció mejor lo de los dos años, si dejaba de trabajar para ellos, ya vería lo que hacía.

Por la noche habló un rato con su madre y con Yolanda, su hermana. Ellas estaban bien, la vida de ambas transcurría con normalidad y la conversación se centró en Salvador, como era habitual. Les explicó que seguía estudiando vietnamita, que de tanto en tanto le llamaban para hacer sustituciones en la escuela internacional, que seguía con sus buenos hábitos y vida sana yendo al gimnasio regularmente, que aún no había encontrado novia, y que tenía un *smartphone*.

Les enseñó el teléfono que Ramón le había dado, pero no consiguió impresionar a Yolanda, que se limitó a decir que era muy amable por parte de Ramón habérselo dado, pero que con esa reliquia no podía hacer gran cosa, y que cuando pudiese se comprase uno de verdad.

Mientras hablaba con ellas recibió un mensaje en una de las aplicaciones que usaba para chatear con sus amigos. La había instalado tanto en el teléfono como en el ordenador, tal y como le había aconsejado Ramón, y la verdad era que le resultaba muy útil, porque durante la videollamada con su madre y con su hermana pudo ver el mensaje sin tener que dejar de hablar con ellas. Era de Larry.
Larry:
Cena de gais. Día: Viernes 25 de octubre. Lugar: Garden Towers. Tower A. Apartamento 15.5. Dirección: Calle Nguyen Thuong Hien, número 412, distrito Phu Nhuan. Recomendación: Ven con chica para

que mis amigos gais no te acosen. No es una broma. Trae algo para beber. Comida habrá de sobra.

El inesperado mensaje de Larry hizo reír a Salvador, que se vio obligado a leérselo a su madre y a su hermana.

Era muy fácil hacer la recomendación de ir con una chica, pero Salvador no tenía precisamente una larga lista de amigas a las que poder invitar. A Ngoc, por descontado, no se lo pensaba decir. Para él todo había terminado con Ngoc.

Envió un mensaje a Huyen preguntando si estaba libre el viernes a la hora de cenar, pero como se había imaginado, trabajaba hasta las diez de la noche. No, definitivamente no le iba a pedir que hiciese un sacrificio y pidiese un día de fiesta o un cambio de turno para ir con él, no sería justo. No se le ocurría nadie más de género femenino que le pudiese acompañar. ¿Y Meo? Hacía días que no chateaban, porque siempre estaba ocupada, debía ser la adolescente con menos tiempo libre del mundo.

Se preguntó si a los diecinueve años aún se consideraba a una persona adolescente, y recordó haber leído un artículo que decía que según Unicef son adolescentes las personas que tienen entre diez y diecinueve años. O sea que siguiendo ese criterio, Meo, que todavía no le había dicho su nombre de verdad, aún era una adolescente.

No perdía nada por preguntárselo, pero uno de los problemas con Meo era que no acostumbraba a contestar a los mensajes inmediatamente. A pesar de eso le escribió. La respuesta llegó casi a medianoche, que debía ser la hora a la que se dedicaba a contestar los mensajes que le habían enviado durante el día. Le dijo que el viernes estaba ocupada.

Llegó el día de la cena y no tenía con quien ir. Mientras esperaba a que sus compañeros de clase llegaran, se le ocurrió que se lo podía comentar a Ramón, a lo mejor le hacía gracia estar en una cena en la que la mayoría de invitados eran homosexuales y la minoría heterosexuales. Dos de los japoneses entraron en el aula, se puso a hablar con ellos y se olvidó de enviar el mensaje a Ramón.

Durante la clase de vietnamita se quedó mirando a Liselot, la jovencita holandesa de dieciséis años. No era la primera vez, ni iba a ser la última que sus ojos acaban en ella. Ese día vestía un precioso vestido azul, uno de los más sensuales que había llevado en clase, no era especialmente provocativo en cuanto a ser corto o escotado, como otros que le había visto en algunas ocasiones, pero la tela era tan fina que dejaba entrever de forma bastante explícita lo que había debajo.

Liselot estaba enredando distraídamente el bolígrafo con su pelo mientras escuchaba a la profesora de vietnamita y miraba el libro de

texto. Salvador, que sin darse cuenta la había estado mirando fijamente durante un buen rato, desvió la vista hacia un lado y se dio cuenta de que uno de los coreanos más jóvenes de la clase se había percatado de la minuciosa observación a la que Salvador había sometido a Liselot. El coreano sonrió con complicidad e hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Sin poderlo evitar, Salvador se puso rojo como un tomate, y centró la atención de nuevo en el libro de texto.

—¿Qué vas a hacer por la tarde? —le preguntó a Liselot durante el tiempo de descanso, que siempre era superior a los supuestos quince minutos que tenían.

—No tengo ningún plan, a lo mejor voy a una cafetería a leer un rato.

Salvador había descubierto que una de las mayores aficiones de Liselot era ir a leer a una cafetería tranquila, pero no a leer con un libro electrónico o con una *tablet*, para ella leer era algo un tanto romántico, que requería el espacio adecuado y un libro de verdad, hecho de papel y tinta, y a ser posible encuadernado en tapa dura. Otro de los requisitos era que la cafetería fuese silenciosa, algo que no era fácil de encontrar en Saigón, pues casi siempre había música que la mayoría de los clientes disfrutaba, pero que Liselot odiaba profundamente. No es que estuviese en contra de que hubiese música en las cafeterías, para ella el problema era, por un lado, el tipo de música, y por otro, el volumen. Según Liselot, el ambiente debería ser relajante y tranquilo, para facilitar una agradable conversación entre amigos, o la gratificante lectura de un buen libro mientras se degustaba un té o un café cuanto más exótico mejor.

Otra de las aficiones de la jovencita era comprar ropa, no es que ella se lo hubiese dicho, pero ese viernes era la sesión de vietnamita número veintitrés y casi siempre había llevado un vestido diferente. Además, ninguno parecía viejo, demasiado usado o barato. No sabía si su padre pertenecía a la mafia o no, pero su familia tenía dinero, de eso no había ninguna duda.

Sin embargo, la actividad que despertaba el interés y la pasión de la jovencísima modelo que más había sorprendido a Salvador, incluso más que ir a cafeterías a leer libros en papel, era la de jugar al go. Liselot le había contado que había sido una de las mejores jugadoras de Ámsterdam y que había ganado varios campeonatos entre estudiantes.

Salvador no sabía que en Holanda había afición por el go, él no había jugado nunca, solo sabía jugar al ajedrez y no se podía decir que se le diera bien. La facultad de matemáticas en la que había estudiado era famosa por los campeonatos de ajedrez que organizaba, sus compañeros de clase siempre habían intentado hacerle jugar, pero a él nunca le había parecido especialmente divertido, y después de sufrir

varias derrotas en uno de los campeonatos, decidió que el ajedrez no era lo suyo.

—¿Y tú, qué vas a hacer? —se interesó Liselot.

—Tengo una cena.

—¿Con una amiga especial?

—No, no tengo ninguna amiga especial. Con un amigo, su novio y… y más amigos de mi amigo.

—¿Les conoces a todos?

—No, solo a mi amigo Larry y a Duong, su pareja.

—¿Restaurante o comida casera?

—No estoy seguro de si vamos a pedir comida o de si alguien va a cocinar, Larry me ha dicho que lleve algo para beber y que no me preocupe por la comida.

—Muy conveniente, compras una botella de vino tinto y ya está.

—Eso haré.

—También me ha dicho que lleve a una chica. Para protegerme —dijo Salvador con cierto misterio.

—¿Para protegerte de qué? —preguntó sin entender Liselot.

—De los gais.

—¿De qué gais?

—Es una cena de gais, todos son gais menos yo, y mi amigo me ha recomendado que lleve a una amiga.

—Para que no se piensen que eres gay y malinterpreten tu simpatía.

—Algo así.

—¿Y quién será la afortunada?

—Nadie, no tengo a ninguna afortunada a quien llevar —dijo Salvador haciéndose la víctima.

—Un hombre grande y fuerte, pero en el fondo tímido.

—Algo así. Y no solo en el fondo.

—Parece divertido, una cena de gais y tú —comentó con malicia Liselot.

—Para desternillarse.

—Me apunto.

—¿De verdad?

—¿Es lo que quieres, no?

—Bueno, no había pensado que tú…, pero…, sí, claro, claro que quiero —balbuceó Salvador.

—¿A qué hora?

Quedaron a las siete de la tarde delante de la universidad y fueron juntos hasta las Garden Towers en el distrito Phu Nhuan. Había un espacio para dejar las motos y un guardia de seguridad que se ocupaba de vigilarlas. El vigilante anotó las matrículas de las motos de

Salvador y Liselot en sendos comprobantes de estacionamiento.

Salvador se guardó el suyo en la cartera sin siquiera mirarlo ante la desaprobadora mirada de Liselot.

—Tienes que asegurarte de que el número que ha apuntado coincide con el de la matrícula de la moto. Si se equivoca, cuando vengas a por la moto tendrás un problema.

—Nunca lo miro.

—Pues deberías.

Salvador le hizo caso, se paró y sacó la cartera del bolsillo, cogió el comprobante y se fijó en los números. El vigilante había escrito uno mal.

—Pues se ha equivocado. Suerte que me lo has dicho.

Salvador se dirigió al guardia de seguridad y le enseñó el papel que le había dado. El chico se disculpó y le dio otro resguardo, esta vez con la matrícula correcta.

—¿Y si no lo llego a mirar no me habría podido llevar la moto? —preguntó Salvador.

—No. ¿Es una moto de alquiler?

—Sí.

—Tendrías que volver con el contrato de alquiler y con tu pasaporte para demostrar que realmente eres tú el que ha alquilado esta moto y poder llevártela.

—Suerte que eres una chica precavida.

—Siendo chica más me vale serlo.

El apartamento lo tenía alquilado un tal Joe, era australiano y llevaba treinta años dando clases de inglés académico. A la cena acudieron tres parejas gais, dos hombres que no eran pareja, también homosexuales, Salvador y Liselot. Diez comensales en total. Varios de ellos habían llevado comida y otros, como Salvador, se habían limitado a las bebidas. Liselot había decidido presentarse con un postre holandés.

—No sabía que cocinabas —se sorprendió Salvador.

—Estoy aprendiendo.

—¿Cómo lo has hecho?

—No ha sido fácil, primero mi madre me ha enviado la lista de los ingredientes y entre las dos lo hemos traducido al vietnamita. Luego le he dado la lista a mi abuela, que ha ido a comprar todo lo necesario. Después mi madre me ha ido guiando paso a paso para prepararlo. ¡He tardado horas! Espero que esté bueno.

—Tienen buena pinta, y huelen bien. ¿Qué son?

—*Poffertjes*.

—Es la primera vez que escucho esa palabra.

—Las *poffertjes* son quizá el postre más típico de holanda, se

parecen un poco a las crepes francesas.

—¿De qué están hechas?

—De harina de trigo y harina de trigo sarraceno a partes iguales, huevos, leche, mantequilla y azúcar glas. Pero lo más complicado ha sido encontrar la sartén para hacerlas, al final he usado una con la que mi abuela hace los *banh beo*. ¿Sabes lo que son?

—Sí, me encantan los *banh beo*.

La cena fue un auténtico festín, una de las parejas de invitados, un chico mexicano y su pareja vietnamita, habían cocinado un montón de comida mexicana: tacos, quesadillas, burritos, guacamole, nachos, y otros platos de nombre desconocido para Salvador. Otra pareja, Joe (el australiano que era profesor de inglés académico), y un hombre norteamericano, habían hecho un excelente pastel de carne. Larry y su novio habían preparado unas ensaladas, y los dos invitados que no tenían pareja habían llevado dos botellas de vino y muchas de cerveza.

Como era habitual en ella, Liselot desafió a todos los allí reunidos a adivinar su edad. Ninguno acertó, todos dijeron algo entre los veinte y los treinta. Salvador, que descubrió en sí mismo a un amante de la comida mexicana, fue el que más comió de todos, el tema del beber estuvo mucho más equilibrado. Liselot demostró tener un apetito voraz que sorprendió a Salvador, que se esperaba que comiese y bebiese poco para mantener la línea.

—Tengo suerte. Como mucho y no engordo —manifestó con autocomplacencia.

La velada fue muy agradable, se hizo tarde y Salvador empezó a preocuparse por Liselot, que por muy madura, inteligente e independiente que fuera no dejaba de ser una adolescente de dieciséis años.

—Tu familia debe estar preocupada.

—No pasa nada, saben que estoy contigo y con tus amigos.

—Si quieres nos vamos.

—No, no, me lo estoy pasando bien —aseguró Liselot.

—Tengo una pregunta.

—¿Sí?

—En cuanto me conociste, apenas tardaste unos pocos minutos en decirme que tu padre es de la mafia, pero hoy no se lo has dicho a nadie.

—Ja, ja, te fijas en todos los detalles.

—A veces.

—Es la costumbre.

—¿Es la costumbre decirlo o no decirlo?

—La costumbre es decírselo a todos los hombres.

—Excepto hoy.
—Hoy no hace falta.
—Porque todos son gay —concluyó Salvador.
—Tú lo has dicho.
En un momento dado, Larry se acercó a Salvador y le dijo que había estado hablando con su amigo Joe, el anfitrión de la cena. Le comentó que era un verdadero experto en la enseñanza del inglés, no solo del inglés académico, que conocía a mucha gente y muchas escuelas en Saigón, que le podía ayudar a mejorar sus opciones de trabajo en Vietnam y le recomendó que hablase con él.
—Haz lo que te diga. Sabe de lo que habla —sentenció Larry, que se llevó a Liselot para que Salvador pudiese hablar con su amigo en privado.
—Quería comentarte algo —dijo Joe, que ya rondaba los sesenta y cada año pasaba los tres meses de verano en Saigón. Estaba esperando a jubilarse para trasladarse definitivamente a vivir en la ciudad más grande de Vietnam, y disfrutar de sus encantos sin límite.
—Dime.
—Larry me ha hablado de ti, dice que eres profesor sustituto en la Bright International School.
—Sí, he empezado en agosto.
—Mira, ahora no quiero que pienses que soy un entrometido o algo así, en realidad es todo lo contrario, nunca digo nada, pero por mi amistad con Larry quería darte algún consejo sobre vivir en Saigón si a ti te apetece escucharlo.
—Sí, por supuesto.
—Yo no vivo aquí, pero hace muchos años que vengo y conozco a decenas de profesores extranjeros que se ganan muy bien la vida en Saigón, no solo a profesores, también a directores y propietarios de escuelas. Lo que quiero decir es que sé como funciona esto, lo que quieren y lo que no quieren.
—Algo de eso me ha comentado Larry.
—Para vivir bien aquí, y me refiero a tu caso en concreto, lo que tienes que hacer es hablar muy bien inglés.
—Me he dado cuenta —dijo Salvador.
—Si hablases muy bien inglés y te sacases un máster en educación, tarde o temprano, podrías tener un trabajo envidiable en una buena escuela internacional en Saigón.
—Sé que tengo que estudiar mucho para mejorar mi inglés.
—Eso es lo que quería decirte. Por mucho que estudies, aunque llegues a creer que lo hablas y escribes muy bien, no bastará. Tienes un problema de pronunciación, un acento español muy fuerte y ya no eres joven, ¿cuántos años tienes?
—Treinta y nueve.

—Mira, si fueses un adolescente viviendo en un país de habla inglesa y estuvieses rodeado de gente cuya lengua materna fuese el inglés, progresivamente tu pronunciación y acento mejorarían, pero aquí no van a mejorar, y aunque te apuntes a una academia de inglés no será suficiente. Créeme, llevo más de treinta años en este negocio, sé de lo que hablo.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Has oído hablar de las clases de reducción de acento?

—No —reconoció Salvador.

—Son clases cuyo objetivo es precisamente cambiar la forma en la que los estudiantes hablan inglés utilizando diversas técnicas. La idea es volver a aprender cómo se articulan los sonidos en inglés, la entonación y el ritmo —explicó Joe.

—No tenía ni idea de que eso existiese, pero me parece una gran idea.

—Lo es, pero tienes que tener paciencia e invertir dinero en ello, no vas a cambiar en unas semanas los hábitos que se han fosilizado a lo largo de años.

—Entiendo.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿cómo andas de dinero?

—Lo suficiente para vivir, nada más.

—Entonces tendrás que buscar un curso barato y complementarlo con mucho material para trabajar por ti mismo con *podcast*, vídeos de internet y libros que incluyan material multimedia. Concéntrate completamente en mejorar tu pronunciación durante al menos un año. Después, cuando tu pronunciación haya mejorado, te puedes poner a aprender más inglés, pero no antes.

—Eso haré. Muchas gracias por el consejo Joe.

La boda

La boda de Santiago y Hà iba a tener lugar el sábado 2 de noviembre a mediodía, en la pequeña cuidad costanera de Giang Vang. El plan era que todos los invitados que iban a ir desde Saigón viajaran la noche del viernes al sábado en un *sleeping bus*, un autocar con literas en las que se podía dormir, llegaran por la mañana a su destino y pudiesen descansar unas horas antes de la boda. Después, por la tarde, podrían relajarse y disfrutar de la playa, y pernoctarían del sábado al domingo en un hotel en Giang Vang. El domingo a las diez de la mañana el *sleeping bus* les llevaría de regreso y llegarían a Saigón entre las cinco y las seis de la tarde. Un plan perfecto.

Faltaba una semana para la boda, Salvador no tenía ninguna corbata y fue al apartamento de Ramón porque este le había dicho que tenía tres, pero cuando las vio no le gustaron. Tampoco le pareció que ninguno de los dos tuviesen ropa realmente apropiada para una boda.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ramón más a sí mismo que a Salvador.

—Podríamos comprarnos unos buenos trajes.

—Algo digno de nuestra alcurnia.

—¡Eso! Aquí en Vietnam son más baratos que en España.

—Mucho más baratos —subrayó Ramón.

—Podríamos aprovechar para comprar un par de trajes, ya que vamos, en lugar de uno solo. Uno para la boda de Santiago y otro para lo que venga, y así ya los tendremos para ir a fiestas o celebraciones, o lo que sea.

—U otras bodas.

—Exacto.

—¿Por qué no? —A Ramón no parecía disgustarle la idea.

—Uno podría ser más clásico y elegante y el otro más llamativo, algo especial, rompedor.

—¿Especial cómo?

—Siempre he querido tener un traje rojo.

—¿Rojo? Querrás decir granate.

—Quiero decir rojo —afirmó Salvador.

—Algo extremo, que atraiga todas las miradas, pero no por su ridiculez, sino por ser…

—Especial, diferente, atrevido.

—Ya veo por dónde vas. Me gusta. Un traje rojo que capte la atención de todas las chicas de la fiesta.

—Suena bien.

—Pero si tú eres tímido —cuestionó Ramón.
—Esa es la clave, hacerse notar sin tener que decir nada.
—Puede ser arriesgado, pero no es un mal plan. Yo como traje especial creo que optaría por un color morado. Una vez vi a un verdadero galán vistiendo uno en una boda en Zaragoza y era el centro de atención, casi más que el novio. Claro que él tenía mejor planta que yo —dijo Ramón mirándose la barriga.
—La chaqueta del traje ayuda a disimular la tripa.
—Has pensado en todo.
—Así que morado, interesante... Pero antes de ponernos a fantasear con los colores y los complementos tendríamos que ir a alguna tienda a ver qué tienen.
—¡Eh, que yo también quiero ir! —Enrique, que había estado escuchándoles sin que se dieran cuenta mientras fumaba en el balcón, entró en la sala de estar y se unió a la conversación—. Pero nada de tienda, hay que ir a una sastrería y hacerlos a medida. Si lo hacemos, lo hacemos bien.
—Tienes razón, pero ¿dónde? —preguntó Salvador.
—Podemos ir a la sastrería en la que me hice la camisa negra y el chaleco gris. La que me recomendó Santiago, donde va a hacerse las camisas —dijo Ramón.
—Ya sé cuál es, no está mal, pero es muy pequeña y no tienen colores estridentes para hacer un traje rojo o morado —advirtió Enrique.
—Vaya.
—Creo que sé de alguien que nos podría ayudar. Lo que no sé es si querrá.
Liselot, la atractiva compañera de clase de Salvador, no tuvo ningún problema en acompañar a los tres amigos. Les llevó de sastrería en sastrería, primero fueron a las de las calles De Tham y Bui Vien, y después a otras que ella conocía en el distrito 1, hasta que encontraron las telas de los colores y tonos que querían. Ella se hacía a medida camisas, blusas, pantalones, faldas, vestidos y *ao dai* constantemente, como Salvador sospechaba.
—Liselot, ¿cuántos vestidos tienes? —preguntó Salvador.
—Muchos.
—¿Cuántos son muchos?
—Muchos son muchos, no los cuento.
Tuvieron que recorrer ocho sastrerías hasta que encontraron exactamente lo que querían. Fue una suerte que Liselot les hubiese acompañado, porque ninguno de los tres tenía buen ojo para combinar colores.
—Todo no puede ser rojo Salvador, no es como un vestido para una chica, si la chaqueta, el chaleco y los pantalones son rojos, la

camisa tiene ser blanca o negra para que quede bien, y el cinturón y los zapatos negros.

—Prefiero la camisa negra. ¿Y la corbata?

—Puede ser negra, o roja, pero si es roja tiene que ser exactamente del mismo tono rojo que el traje.

—Quizá negra.

—Entonces un negro brillante para que destaque un poco sobre la camisa que también es negra, pero mate —aclaró Liselot.

—El marrón es un color difícil de combinar.

—Es que me gusta el marrón —dijo Ramón.

—Si lo quieres marrón, que sea muy claro o muy oscuro.

—Muy oscuro.

—Será mejor con una camisa azul celeste claro. ¡No, esa corbata no! ¡Es horrible y no pega con el traje! —se desesperó Liselot.

—¿Y esa marrón?

—No, la morada, esta. Queda perfecta con la camisa y el traje.

—Eres una experta.

—Una que sabe.

—¿Estás seguro de que quieres un traje verde? El verde aún es más difícil de combinar que el marrón —advirtió Liselot a Enrique.

—Me gustan los desafíos.

—Como quieras. Este está bien, es un verde bastante oscuro y combinará bien con una camisa blanca.

—Quiero una camisa negra, como la que se hará Salvador.

—Blanca quedaría mejor.

—Negra.

—Allá tú —suspiró Liselot.

—¿Y la corbata?

—Negra brillante.

Salvador encargó su deseado traje rojo con camisa y corbata negras, y otro de color gris oscuro con camisa blanca y corbata gris claro. Ramón se decidió por uno marrón oscuro que le quedaba muy bien, con una camisa de color azul claro y una corbata morada, y por un traje morado con camisa blanca y corbata negra. Enrique eligió uno verde, con camisa y corbata negra como las de Salvador, y otro traje negro con camisa roja y corbata blanca. En cuatro días, el miércoles por la tarde, estarían hechos los seis trajes y camisas a medida.

El primer contratiempo tuvo lugar el viernes por la noche, cuando en lugar del *sleeping bus* que estaban esperando, en el que los

invitados iban a poder dormir durante las más de siete horas de trayecto desde Saigón hasta Giang Vang, apareció un autocar normal, en el que difícilmente podrían descansar durante la noche. Las quejas, llamadas y discusiones no sirvieron de nada y fue imposible encontrar un *sleeping bus* a esas horas.

Casi todos los invitados por parte de Santiago eran españoles o de habla hispana, de Argentina, México y Cuba. El resto eran un par de estadounidenses, tres vietnamitas y un portugués. Aunque la hora de salida prevista eran las diez de la noche, para llegar a Giang Vang antes de las seis de la mañana, entre el tiempo que habían pasado discutiendo y las llamadas tratando de alquilar otro vehículo, se les había hecho casi medianoche cuando todos los invitados subieron a regañadientes al autocar.

A poco más de las siete de la mañana, cansados, somnolientos, malhumorados y hambrientos, llegaron a Giang Vang. Lo primero que hicieron los tres amigos fue buscar un sitio en el que comer algo. Unos tazones de *pho* ayudaron a mejorar los ánimos, sobre todo el de Ramón, que no había podido dormir ni un minuto y cuando bajó del autocar estaba que se subía por las paredes. El siguiente objetivo fue buscar una cafetería en la que tuviesen hamacas para poder dormir un poco. En Vietnam no era raro ver cafeterías en las que además de tener taburetes o sillas para sentarse, tuviesen hamacas en las que tumbarse a descansar, o echarse una buena siesta.

Como no tenían ni idea de dónde podían encontrar una, pararon un taxi, y Enrique, que era el que hablaba vietnamita mejor, con ayuda del traductor de su teléfono móvil, le explicó lo que estaban buscando. El taxista les llevó a una de esas cafeterías, y en pocos minutos estuvieron apalancados en unas hamacas, que sin ser muy cómodas si se las comparaba con una cama normal, eran un lecho de un hotel de cinco estrellas al lado de los asientos del autocar.

Pudieron dormir un poco, pero Ramón, que era el menos aventurero de los tres, cogió dolor de cabeza. El dueño del café, un viejito muy amable, les indicó dónde había una farmacia y Ramón pudo comprar analgésicos para el dolor de cabeza.

Habían decidido ponerse los llamativos trajes que se había hecho hacer a medida apenas unos días antes. Salvador el rojo, Ramón el morado y Enrique el verde. Para que no se arrugaran ni se manchasen antes de la boda, los habían puesto en unas bolsas de tintorería que habían comprado, y unos minutos antes de la boda fueron al cuarto de baño del restaurante donde el acontecimiento iba a tener lugar y se cambiaron.

Si lo que querían era llamar la atención lo habían conseguido, y estando los tres juntos el efecto era realmente impactante. La verdad era que estaban muy elegantes y guapos, y todo gracias a Liselot, que

había resultado ser una experta en moda. Salvador contó quince mesas, a una media de diez invitados por mesa, unos ciento cincuenta invitados. Por lo que oyó, ese era un número bastante habitual en una boda vietnamita.

Hà, la prometida, estaba preciosa. Llevaba el *ao dai* más elegante que Salvador había visto desde que había llegado a Vietnam. Era de color rojo con bordados dorados y cola larga. Muchas novias vietnamitas elegían casarse vistiendo un *ao dai* rojo con bordados dorados, símbolos de buena suerte y felicidad. Al ser el que vestía Hà un poco holgado por delante, le disimulaba bastante la barriga de embarazada de casi seis meses. Uno tenía que fijarse para darse cuenta de que se trataba de una boda de emergencia.

Sin embargo, al lado de Santiago el encanto se perdía. El primer problema era de compatibilidad, Hà llevaba un vestido tradicional vietnamita, y Santiago un traje tipo occidental, y cuando se ponían los dos juntos, visualmente no quedaba bien, no había armonía entre sus trajes de novio.

El segundo problema eran los colores, que tampoco combinaban: rojo y dorado para ella y azul y blanco para él. El tono de azul del traje de Santiago ni siquiera era bonito, en lugar de corbata, había optado por una pajarita con un azul distinto al del traje y se veía extraño, la camisa blanca tenía un cuello que pretendía ser original, pero era demasiado grande y se veía feo con la pajarita, pero lo peor de todo era que el traje, que también estaba hecho a medida como los de Salvador, Ramón y Enrique, le venía demasiado justo, y de tan apretado como se veía a Santiago, parecía que fuese a explotar.

Lo mejor de la boda fue cuando Hà y Santiago llegaron al restaurante y fueron a sentarse a la mesa principal con el tema musical *Dawn*, de la banda sonora original de la película *Orgullo y prejuicio* de fondo. Mientras sonaba la pieza para piano, que era una de sus preferidas, Salvador tuvo una epifanía, esa era la música que sonaría cuando se casase. La idea, que cruzó su mente como un relámpago, desapareció tal y como había venido.

Él nunca pensaba en el matrimonio, ni en tener hijos o cosas así, posiblemente porque nunca había estado cerca de casarse, y le sorprendió que los acordes de *Dawn* hubiesen hecho aparecer ese pensamiento en su mente. Ni siquiera estaba seguro de que casarse fuese una buena idea. Bastaba ver la cantidad de divorcios y familias desestructuradas que había, y el número iba en aumento. En España, solo por poner un ejemplo, más del 50% de los matrimonios terminaban en divorcio.

Después del tema para piano *Dawn*, todo fue a peor.

La comida estaba buena, aunque no le pareció nada especial,

como se suponía que tenía que ser en una boda, pero Salvador prefirió guardarse esa opinión para sí mismo. Durante todo el convite, hubo música a un volumen tan alto que hablar resultaba casi imposible. Tampoco se podía decir que fuese muy agradable, era música moderna, que Enrique, divertido, calificó de ruidosa y Ramón, agobiado, como simplemente insoportable.

Aun así, la calidad de la comida y lo poco afortunada que era la música no habrían supuesto un gran contratiempo, el verdadero problema fue que, cerca del final del banquete, se armó una buena. Un exnovio de Hà, de piel bastante más oscura que la de la mayoría de los vietnamitas, se presentó al convite con toda su familia, padres, abuelos, tíos, tías, hermanos, hermanas, primos y primas tanto cercanos como lejanos, y con lo que debían ser todos sus amigos, que eran legión, sin que ninguno de los recién llegados hubiese sido invitado al evento.

El joven vietnamita que lideraba la comitiva, que por cierto tenía muy buena planta, e hizo que Salvador se acordara de Duong, el novio de Larry, que también era alto, guapo y de piel morena, se plantó delante de la mesa de los novios y empezó a increpar a Hà con un tono de voz cuanto menos agresivo. El portugués, que estaba sentado a la izquierda de Enrique y hablaba muy bien vietnamita, les fue traduciendo a trompicones. Estaba diciendo que Hà era una puta, que el hijo era suyo y que iba a matar a alguien. Al portugués no le quedó claro si a Hà, a Santiago o a los dos.

La secuencia de insultos degradantes, improperios y amenazas fue a más, y se extendió entre los padres y familia cercana de Hà y los allegados del iniciador del conflicto. Salvador, a pesar de su talante pacífico y su rechazo de todo tipo de violencia, se levantó, se quitó la chaqueta y se abrió paso a empujones en dirección a los novios. Mientras hacía el servicio militar, de eso hacía muchos años, había tenido la oportunidad de vivir varias situaciones parecidas, no durante una boda, pero sí en garitos, salas de fiestas y discotecas a los que había acudido para divertirse con los otros reclutas, que habían acabado en verdaderas batallas campales, y tenía la sensación de que eso era lo que iba a pasar ahí.

Y así fue. Aún no había llegado a la mesa de los novios y los empujones y las tortas ya habían empezado. En unos segundos, dos chicas, quizá hermanas del exnovio ofendido, estaban abofeteando a Hà, y el joven y varios parientes o amigos ya tenían rodeado a Santiago, que estaba recibiendo patadas y puñetazos por todas partes.

Santiago no le caía bien, era un gilipollas, hablando claro, pero aun siéndolo, Salvador dudaba que hubiese hecho algo conscientemente para merecer que le pegasen una paliza. La adrenalina se le había disparado y se metió de lleno en el tumulto,

como había tenido que hacer en varias ocasiones en el pasado, rodeado de bravucones y borrachos a simple vista mucho más peligrosos que los recién llegados.

Llegó hasta el grupo que tenía rodeado a Santiago y empezó a soltar puñetazos y guantazos como si no hubiese mañana. Los atacantes, que habían podido someter fácilmente al grandullón madrileño por su superioridad numérica, en realidad eran de complexión delgada y no sabían pelear, así que no le costó llegar hasta Santiago, que ya estaba en el suelo algo conmocionado porque le habían dado varias patadas en la cabeza, y le ayudó a sentarse en una silla.

Salvador miró a su alrededor durante unos segundos, el espectáculo era dantesco: patadas, tirones de pelo, bofetadas, puñetazos, botellas volando por los aires, gritos e insultos, gente corriendo, perseguidos y perseguidores, unos pocos intentando poner paz, y algunas chicas llorando. Los recién llegados eran menos numerosos que los invitados a la boda, pero mucho más violentos y agresivos que los familiares y amigos de Hà, y estaban ganando la partida a pesar de la puntual intervención de Salvador, que vio como los amigos del magullado recién casado venían hacia él y se ponían entre el exnovio de Hà y sus colegas, y Santiago, que tenía un corte en la cabeza.

Dando por hecho que los otros podrían proteger al madrileño, apartó de mala manera a todos los que se ponían en su camino para llegar hasta Hà, a la que una mujer estaba arrastrando por el suelo tirándola del pelo mientras otras chicas le daban patadas. Salvador se las quedó mirando, ¿qué clase de animales daban patadas a una embarazada? Alrededor de ellas había varios chicos que se limitaban a evitar que la familia de Hà o sus amigos pudiesen ayudarla. Salvador se fijó en que un adolescente de mente retorcida estaba grabando el humillante y deleznable acto con su teléfono móvil.

Lo que más le preocupaba era que alguien le rompiese una botella de cristal o una silla en la cabeza, o que empezasen a aparecer navajas o algo peor en la contienda, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás, y si el futuro retoño de Hà no llegaba a nacer por culpa de esas locas no lo quería en su conciencia. Fuera lo que fuese lo que ella había hecho, si es que había hecho algo, no era culpa de la criatura que estaba luchando por abrirse paso a la vida.

Salvador empujó con todas sus fuerzas a dos chicos que salieron casi literalmente volando, y se abrió paso dando sopapos a diestro y siniestro a los hombres y empujando a las mujeres entre golpes y patadas que le llegaban por todas partes intentando detenerle en vano, hasta que pudo alcanzar a Hà, que estaba en el suelo llorando y sangrando, y que en cuanto se vio libre de sus furiosas atacantes se

escondió debajo de mesa a la que había estado sentada hasta la llegada de aquella jauría humana.

Ante la exitosa maniobra de Salvador, varios de los familiares de Hà pudieron abrirse paso hasta su posición y se pusieron a su lado, ayudándole a evitar que la novia sufriese más vejaciones.

Afortunadamente, la policía no tardó en llegar, varios de los atacantes se dieron a la fuga al ver los coches patrulla, pero la mayoría tardó en reaccionar y continuaron con sus actividades violentas. Hubo más caos, acusaciones y detenidos. Un rato después de la aparición de los vehículos policiales acudieron varias ambulancias. Había heridos por ambas partes, pero aparentemente no peligraba la vida de nadie, a Santiago, Hà, y a unos cuantos más que también iban a necesitar asistencia médica, se los llevaron al hospital para curarles las heridas.

Cuando los ánimos ya se habían calmado un poco y la gente había dejado de insultarse y pegarse, a muchos de los invitados, incluidos los tres amigos, así como al encargado del restaurante y a varios camareros, les pidieron que fueran a comisaría a declarar. El proceso fue lento y engorroso, sobre todo por la barrera del lenguaje, Salvador, Ramón y Enrique tuvieron que estar ahí varias horas, pero les trataron con mucha amabilidad. Lo que más les preocupaba era el estado físico de Santiago y Hà, de los que no sabían nada desde que se los habían llevado al hospital.

Al terminar de firmar sus declaraciones ya había oscurecido. El jefe de policía, con la ayuda del invitado portugués que hizo de traductor improvisado, les dijo que le preocupaba que pudiese haber más altercados y que lo mejor era que regresaran lo antes posible a Saigón para evitar más problemas. El autocar que les había llevado hasta Giang Vang les recogería a las ocho.

Tuvieron que insistir mucho para que antes de irse les dejaran ir al hospital a ver a su amigo. Santiago estaba despierto, aunque algo aturdido porque le habían dado un tranquilizante. No estaba tan mal como se habían temido. Tenía moratones y magulladuras por todas partes, y un vendaje sobre el corte superficial que le habían hecho al patearle la cabeza, pero ninguna herida de gravedad. A Hà la habían sometido a varias pruebas y todo parecía indicar que el feto no había sufrido daños durante el ataque. Al igual que a Santiago, le habían curado las heridas, y le habían dado una pastilla sedante, más suave que a él, por el hecho de estar embarazada.

Tal y como había dicho el jefe de policía, a las ocho de la tarde el autocar se detuvo delante de la comisaría y todos los invitados que habían ido a Giang Vang desde Saigón se subieron y emprendieron el largo y penoso camino de regreso. Salvador se sentó al lado de Enrique, y dejaron a Ramón que se sentase solo para que estuviese

más cómodo.

—Vaya día —resopló Enrique.

—Y que lo digas —respondió Salvador, que hasta ese momento no se había fijado en que el de Bilbao tenía un ojo morado—. A ti también te han cazado.

—Y eso que soy pequeñito —bromeó—. En cambio, a ti ni te han tocado.

—Me han tocado muchas veces, pero no en la cara.

—Recuérdame que nunca me pelee contigo.

—No me gustan las peleas.

—Pues nadie lo diría.

—No me han dado opción, era eso o dejar que nos machacasen a la parejita —argumentó Salvador.

—Al menos el bebé está bien.

—Eso parece. —Salvador se giró hacia Ramón, que llevaba horas en silencio—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, es que me cuesta recuperarme de lo que ha pasado. Aún tengo el susto en el cuerpo y me tiemblan las manos.

—Es normal, la primera vez que me metí en una pelea me pasó lo mismo, se te irá pasando. Mañana estarás bien.

—Eso espero.

Chateando con Meo

Santiago y Hà no fueron a trabajar durante unos días. Al principio no llevaron nada bien lo que les había pasado, pero una semana después de la boda maldita, casi todas las heridas cicatrizaron y progresivamente empezaron a recuperarse del trauma.

Joe, el profesor de inglés australiano que había conocido en la cena con Larry y sus amigos, se puso en contacto con Salvador, le facilitó la información de un curso de reducción de acento por internet que estaba bien de precio y decidió apuntarse. Era barato porque solo había una clase semanal, los sábados a mediodía, pero el profesor les daba muchos ejercicios para hacer. Tenían que ver vídeos en los que la principal tarea consistía en escuchar y repetir en voz alta fonemas, sílabas, palabras y frases muy cortas. Después se tenían que grabar a sí mismos y comparar su pronunciación con la del profesor. Era un trabajo lento, arduo y bastante decepcionante. Hasta que no escuchó las grabaciones de su propia voz, no fue consciente de lo mal que pronunciaba las palabras en inglés.

El segundo sábado de noviembre Salvador almorzó con Donovan, el profesor de cincuenta y tantos años con el que había coincidido trabajando en el curso de verano. Llevaba varias semanas sin verlo y cada vez que quedaban, el estadounidense tenía el cabello más largo, no se lo debía haber cortado desde que le vio por primera vez a finales de junio. Donovan seguía trabajando en la agencia que había echado a Larry, y le sorprendió mucho cuando Salvador le contó lo que le había pasado a su amigo irlandés. El estadounidense dijo que él personalmente nunca había tenido ningún problema con ellos, y que hasta el momento se habían comportado con profesionalidad.

Donovan tenía un amigo vietnamita que estaba planeando montar una agencia que se dedicara a proporcionar profesores de inglés nativos a las escuelas vietnamitas, exactamente a lo que la empresa que tenía contratado a Donovan y hasta hacía unas semanas a Larry, se dedicaba.

Ese amigo, que le había ofrecido un puesto como profesor jefe con un salario de dos mil dólares al mes, le había pedido que hiciese espacio en su agenda para tener tiempo libre y trabajar para él, pero Donovan le había tenido que decir que no podía dejar el único trabajo que tenía por una mera posibilidad, por muy atractiva que esta pareciera; cuando efectivamente el proyecto cobrase vida, dejaría algunas clases para poder hacer de profesor jefe.

A Salvador le pareció una buena oportunidad, pero entendía

perfectamente la posición de Donovan, más valía pájaro en mano que ciento volando.

Durante algunas noches chateó con Meo, aunque sus esfuerzos para conseguir una cita fueron baldíos. Se le ocurrió que a lo mejor no quería quedar con él por la diferencia de edad, veintiún años eran veintiún años, pero a Salvador le apetecía tomar un café con ella y conocerla en persona.

El clima era favorable para salir a pasear, durante las dos primeras semanas de noviembre apenas llovió y todo parecía indicar que la época de lluvias había llegado a su fin y les esperaban varios meses de sol y calor, hasta mayo del año siguiente.

A mediados de noviembre fue a tomar café con Huyen, que se puso celosa al saber que Liselot había acompañado a Salvador, Ramón y Enrique a comprar trajes para las bodas. Salvador intentó defenderse alegando que ella estaba trabajando, pero eso no pareció satisfacer a Huyen. Tuvo más éxito cambiando de tema y narrando las desventuras acaecidas durante la boda de Santiago y Hà.

—Suerte que no me invitaron —se alegró Huyen—. Pero tú me hubieses defendido de esos salvajes, ¿verdad?

—Claro, eso es lo que hacen los amigos.

El domingo siguiente tocó cena con Larry, Duong, su apolíneo novio vietnamita, y Donovan, que debía haber decidido no volverse a cortar el pelo hasta parecerse a Jim Morrison, el cantante de la mítica banda de *rock* The Doors. El restaurante elegido lo habían recomendado Larry y su pareja, se trataba de una pequeña pizzería con decoración sencilla, pero resultona que invitaba a entrar a probar algo de comida italiana lejos del país mediterráneo. Estaba en la calle De Tham, en el número 197, muy cerca de la esquina con Bui Vien. En el letrero de la entrada se podía leer:

Good Morning Vietnam
Italian Chef

—Como la película.

—¿Qué película? —preguntó Duong.

—*Good Morning, Vietnam* es el título de una película de los años ochenta. El protagonista es Robin Williams —explicó Salvador.

—¿Es buena?

—A mí me gustó, está bien. ¿Sabes quién es Robin Williams?

—Sí, es un actor de comedias americanas muy famoso. Me encanta.

Siguiendo los colores de la bandera de Vietnam, las mesas

tenían dos manteles, uno de color entre amarillo y dorado en la parte de abajo y encima otro más pequeño de color rojo. El menú ofrecía una amplia variedad de *pizzas* de masa fina, pasta y platos variados, así como una nada despreciable selección de vinos italianos. El comedor tenía pocas mesas en la planta baja, pero en la parte de arriba había unas cuantas más para cuando la parte de abajo se llenaba.

—He pasado infinidad de veces por delante de esta pizzería, pero nunca había entrado, pensé que lo del chef italiano era publicidad engañosa y que la comida era cara y mala, para turistas —reconoció Salvador.

—Yo pensaba lo mismo hasta que un amigo me dijo que conocía al chef y que era italiano de verdad —le explicó Larry.

—Salvador, Larry y yo hemos venido muchas veces, la comida no es cara y está muy buena —explicó Duong.

La situación de Donovan seguía igual, después de todo, apenas habían pasado unos días desde el último almuerzo con él. El novio de Larry seguía sin encontrar trabajo, y Larry entre risas comentó que poco estaba haciendo su guapo novio vietnamita para que eso cambiase. Este se defendió argumentando que todo lo que había encontrado estaba muy mal pagado, el salario era mísero, solo cuatro millones de dongs, unos ciento cincuenta euros, lo que normalmente cobraba un camarero o un cocinero en Saigón.

—Salvador, ¿cómo puede ser que paguen lo mismo a una persona que no tiene estudios y trabaja en hostelería que a un maquillador, que ha tenido que invertir tiempo y dinero estudiando, y que se dedica a una tarea artística? —Salvador y Donovan tuvieron que reconocer que al joven vietnamita no le faltaba razón.

Larry tampoco había encontrado trabajo, decía que no tenía sentido aceptar cualquier trabajo temporal de pocas horas y poco dinero. Quería como mínimo diez horas semanales y que no estuviese muy lejos de su estudio.

—Tampoco pido tanto, soy un nativo de habla inglesa, irlandés, culto, con un grado universitario en psicología y más de ocho años de experiencia dando clases de inglés en Vietnam. Yo no tendría que estar recorriendo la ciudad buscando un trabajo de mierda, las escuelas son las que tendrían que pelearse por un profesor como yo. Cuando llegué aquí podía trabajar en cualquier sitio, y me pagaban veinticinco dólares la hora. Esto ya no es lo que era.

—Hay más competencia —dijo el estadounidense sonriendo.

—Ahora lo que hay son mochileros que ni son profesores ni son nada, que vienen aquí a follar y a emborracharse, y como están de vacaciones les da igual trabajar por quince dólares la hora.

Las *pizzas* llegaron justo a tiempo para distraer la atención del enfadado Larry.

—Salvador, tu *pizza* es diferente, ¿por qué? —preguntó con curiosidad Duong.

—Parece un cruasán gigante —espetó Donovan.

—Es una *pizza calzone*, la masa es la misma que la de las otras *pizzas*, pero los ingredientes están dentro en lugar de encima.

Cuando ya parecía que Larry se había olvidado del tema de las academias de inglés y los mochileros, sacó una tarjeta de visita de la cartera y se la enseñó a Salvador y a Donovan.

—Ayer estaba en el parque 23 de Septiembre, el que está aquí al lado, y se me acercó una chica. Trabaja para una academia de inglés y estaba buscando profesores de inglés en el parque. Me dio esta tarjeta, que como podéis ver se ha imprimido de forma casera y no parece nada profesional. A saber si es un centro de inglés de verdad.

—Por probar —le animó Salvador.

—Pagan quince dólares la hora. ¿Tú crees que yo voy a trabajar por quince dólares la hora habiendo cobrado veinticinco?

—Visto así…

—Salvador, yo creo que Larry tendría que ir y dar algunas clases ahí, mejor quince dólares que nada. Quince tampoco está mal, ¿verdad?

—Quince es una mierda. No sé por qué cogí la tarjeta. Cuando me dijo que solo pagaban quince se la tendría que haber devuelto —dijo Larry mientras se guardaba la tarjeta de la academia de inglés en la cartera—. Necesito más cerveza, me estoy poniendo de mal humor.

Salvador no se dio cuenta de que Meo le había enviado un mensaje hasta que se tumbó en la cama y abrió la aplicación Friends in Vietnam.

Meo:

Mañana lunes podemos cenar juntos si quieres. Estoy libre por la noche. ¿A las 19 h? Te llevaré a un sitio especial, está en la calle Pasteur, entre las calles Huynh Thuc Khang y Ham Hghi. Se llama Moon. Te gustará.

Salvador se apresuró a contestar.

Gordon:
Ahí estaré, a las 19 h. Hasta mañana.

Buscó información acerca del restaurante en internet, casi todas las opiniones sobre el local eran buenas, y las fotos le encantaron. Leyó algunos de los comentarios en voz alta.

—«Moderno, elegante y con estilo. Toque romántico sutil, para nada cursi. Buen servicio. Buena comida. Recomendable. Ideal parejas».

—«Espacio intimista, colores oscuros y luz tenue, gran variedad de platos vietnamitas con alguna incursión a la cocina internacional en el centro de la ciudad. Precios razonables para la calidad que ofrecen».

—«Buena selección de vinos y cócteles. Servicio un poco lento».

Meo:
Pensé que no ibas a contestar nunca.

Gordon:
No he visto el mensaje hasta ahora. Estaba cenando con unos amigos. Estoy mirando las fotos del restaurante, tiene buena pinta.

Meo:
¡Sí! Te encantará, ya lo verás. Oye, me voy a acostar, ha sido un día largo. Nos vemos mañana.

Gordon:
Que descanses, buenas noches.

Meo:
Buenas noches.

Se acerca la Navidad

Ngoc:
¡¡¡Por favor, coge el teléfono, estoy desesperada, si no me ayudas me echarán del trabajo!!!

Salvador leyó el mensaje con disimulo, pero en un aula con solo once alumnos no era fácil hacer algo y que pasara inadvertido. Tenía el teléfono silenciado, y habían sido los repetidos destellos luminosos lo que le había hecho percatarse de que le estaban llamando.

Hizo ver que tenía que ir al cuarto de aseo y respondió a la llamada. Ngoc estaba llorando, no tenía a nadie para la grabación de ese día, y si no conseguía a alguien, su jefe la despediría. Le suplicó que la ayudase una última vez. Salvador no sabía qué hacer, ya no le apetecía saber nada de ella, pero tampoco quería que la echasen del trabajo.

—Te ayudaré, pero esta será la última vez. Después de hoy no quiero que me llames para hacer una grabación, ni para pedirme el número de teléfono de mis amigos, ni para usar mi ordenador, ni para nada de nada. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo —dijo Ngoc entre sollozos.

—¿Cuándo es la grabación?

—Ahora, ya tendríamos que haber empezado.

—¿Ahora?

—Sí, por favor, por favor, ven ahora.

—Maldita sea. Está bien, envíame un mensaje con la dirección.

Salvador volvió al aula, se disculpó, le dijo a la profesora que un profesor se había puesto enfermo y que tenía que ir a la escuela a sustituirle, cogió su bolsa y se fue.

La grabación no fue corta y fácil como lo había sido a finales de agosto, cuando se había tenido que hacer pasar por un turista paseando en *cyclo* cerca de la Catedral de Notre Dame en Saigón. En aquella ocasión fueron apenas dos horas, pero en esta se tenía que hacer pasar por un artista marcial que iba a vivir a Vietnam para aprender Vovinam, el arte marcial vietnamita por excelencia. La grabación tendría que haber empezado a las nueve de la mañana y terminar a las cinco de la tarde, pero como Ngoc no había encontrado a nadie, tuvieron que esperar a que Salvador llegara, y entre una cosa y otra se les hicieron más de las once.

A las seis de la tarde aún no habían terminado, y a las siete tenía una cita con Meo, no le apetecía nada llegar tarde la primera vez

que quedaba con ella. Ngoc no estaba segura de si a las siete ya habrían terminado y a las seis y quince Salvador decidió enviar un mensaje a Meo, preguntándole si podían quedar más tarde, a las ocho o a las ocho y media. La impaciencia de Salvador crecía a medida que pasaban los minutos, hasta que hacia las seis y media la joven actriz dio señales de vida.

Meo:
¡Lo siento mucho Gordon! Aún estamos grabando, el director dice que vamos a terminar muy tarde, tendremos que dejarlo para otro día.

Una mueca de decepción apareció en la cara de Salvador.

Gordon:
Dijiste que hoy ibas a estar libre por la noche.

Meo:
Tenía que estarlo, pero los planos de una escena han quedado mal y tenemos que repetirlos.

Gordon:
¿A qué hora vais a terminar?

Meo:
No lo sé, creo que muy tarde.

Gordon:
Si no terminas muy tarde envíame un mensaje.

Meo:
OK!!! Te dejo, tengo que seguir trabajando.

La grabación sobre el supuesto artista marcial se alargó hasta las diez de la noche. Al terminar, Ngoc le dio las gracias de nuevo y Salvador le recordó que la baza de ponerse en contacto con él ya no existía, que tendría que encontrar a otras personas que la ayudasen.

Estuvo hambriento y esperando un mensaje de Meo hasta las once, hora a la que decidió que lo mejor que podía hacer era comer algo con o sin ella. Fue al mismo restaurante de la calle Phan Ngu Lao cerca de De Tham en el que había cenado por primera vez con Ngoc, cerraban tarde, la comida estaba buena y no era caro. Comió con el teléfono al lado con la esperanza puesta en recibir un mensaje tardío. Aún había tiempo para una cita a medianoche, podían ir a tomar algo y hablar un rato.

Se cansó de esperar un mensaje que nunca llegó, volvió al hostal y se metió en la cama decepcionado, aunque al final hubiese estado ocupada, al menos le podría haber escrito.

Los soleados y luminosos días de diciembre pasaron uno detrás de otro sin muchas novedades, de vez en cuando quedaba con Ramón y Huyen, o con Larry y Duong, con menos frecuencia con Donovan, y con ninguna con Ngoc, que un día le envió un mensaje preguntándole

cómo estaba y qué estaba haciendo, al que contestó brevemente, con poco entusiasmo y sin explicar gran cosa.

Algunas noches chateó un poco con Meo, que se disculpó por no haber podido ir a cenar con él al Moon tal y como habían planeado, e intentó volver a quedar con ella, pero siempre estaba ocupada. Empezó a preguntarse si no sería una cría estúpida que se dedicaba a hacer perder el tiempo a los demás. Tal vez todo lo de ser actriz no era más que una historia que contaba en Friends in Vietnam para hacerse la interesante.

El 24 de diciembre, víspera de Navidad y de su cumpleaños, cayó en martes, ese día no tenía ninguna obligación, pero en Vietnam la Navidad no era una festividad en la que los comercios y las escuelas estuviesen cerrados como sucedía en muchos países occidentales, así que al día siguiente, como era miércoles, tenía que ir a clase de vietnamita de 10:15 a 12:00, y por la tarde de 17:30 a 19:00 a dar la clase de matemáticas a la escuela Numbers. Sin embargo, Salvador no tenía ninguna intención de ir, había cosas mejores por hacer.

Lo de la mañana pensaba arreglarlo rápido. Simplemente, no iría a clase. Le envió un mensaje a Liselot, su jovencísima compañera de vietnamita, para decirle que no iba a asistir al día siguiente por dos motivos, por ser Navidad y por ser su cumpleaños. Liselot contestó que ella tampoco pensaba ir a clase el día de Navidad. Tendrían que preguntar a alguno de los japoneses o coreanos lo que habían aprendido ese día.

El siguiente mensaje fue para Ý, la propietaria de la escuela Numbers. Le pidió cambiar el día de la clase de matemáticas y ella le dijo que no había ningún problema. Ý era una buena mujer, le caía muy bien, si no fuese porque era su jefa le habría tirado los tejos.

En España había dos maneras de enfocar la celebración de la Navidad. Por un lado, estaban los que organizaban una opípara cena con toda la familia la noche de la víspera del día de la natividad, y por otro los que no hacían nada especial el 24 y se congregaban el día de Navidad, el 25 de diciembre. Ni que decir tiene que en todas partes existen ese tipo de personas a los que Salvador llamaba los celebradores, que no desaprovechaban ninguna ocasión para festejar y divertirse, independientemente de la tradición a la que pertenecían, y en ese caso hacía dos festines, uno para la cena del 24, y otro para el almuerzo del 25. Salvador pertenecía al grupo dos, al de la comida familiar el día de Navidad, durante el cual se celebraba la fecha señalada, así como su cumpleaños.

Fue al gimnasio y a cortarse el pelo, y ultimó los preparativos para el día siguiente, recogió el traje rojo en la tintorería, se acercó a reservar mesa en uno de sus restaurantes preferidos, el Bella Donna, encargó el pastel de chocolate para el día siguiente en su pastelería de

confianza, y se aseguró de que tenían las velas con los números que necesitaba, un 4 y un 1.

Satisfecho por el trabajo bien hecho, después de cenar se puso la película *Love Actually,* escrita y dirigida por Richard Curtis. Salvador no era precisamente un fan de las comedias románticas, pero en todo hay excepciones, y esa lo era para él. La historia tenía lugar en Londres, durante los dos meses previos a la Navidad, y concluía en Nochebuena, lo que la hacía perfecta para esa fecha. Uno de los mejores momentos de la película era cuando la jovencita Olivia Olson cantaba el tema *All I Want For Christmas Is You* de Mariah Carey.

Cada vez que escuchaba esa canción se sentía inspirado a soñar con un mundo mejor donde la intención de la mayoría de los seres humanos dejaba de ser intentar por todos los medios tener más que los demás, aprovecharse de otras personas y enriquecerse a costa de ellas. Esa actitud de ciega competitividad se veía estimulada a partir de la más tierna infancia, desde casi todos los estamentos de una sociedad profundamente enferma, con la ayuda de los medios de comunicación, que aseguraban un sistema de vida basado en consumir tanto como fuera posible, desear tener cosas innecesarias y vivir una larga y penosa vida de insatisfacción y sensación de carencia constante, que hacían que la felicidad fuera una quimera reservada a personajes de novelas o películas.

Al terminar *Love Actually* se sintió animado, puso el *All I Want For Christmas Is You* cantado por Mariah Carey varias veces y fantaseó con la idea de que la solución a la mayor parte de los problemas del mundo requería cambiar los valores y la enseñanza. Hasta entonces la humanidad había probado dos sistemas que se habían demostrado viciosos, uno enseñaba a competir sin límites y defendía que si el 1% de la población mundial poseía el 99% de la riqueza era porque se lo había ganado y se lo merecía. Una idea con la que muy posiblemente el 99% de la población no estaba demasiado de acuerdo. El otro sistema pretendía que todos los habitantes debían poseer lo mismo, lo que en la práctica se había traducido siempre en que todos eran pobres, excepto los gobernantes de esos países, que se aprovechaban de su situación de poder para violar las normas que ellos mismos pregonaban.

Permitir, y fomentar la competencia sin límites había creado un mundo perverso, y cuando se había intentado obligar a la gente a compartir no había funcionado. La única solución era enseñar a los niños a entenderse unos a otros, a convivir en paz, a ayudarse, y sobre todo, crear un sistema que fomentase la idea de compartir, pero no por obligación, sino de forma voluntaria. Vivir feliz cuando te obligaban a hacer algo era imposible, y la respuesta inmediata de la mente era buscar una manera de saltarse esas obligaciones.

La clave era llegar a un mundo en el que los seres humanos no se despreciasen y odiasen entre ellos, sino que sintiesen empatía los unos por los otros y voluntariamente desasen vivir compartiendo.

Pero esto claro, no eran más que fantasías.

Tomó una decisión con respecto a Meo, le iba a enviar un último mensaje para intentar quedar con ella al día siguiente. Si no lo conseguía, ya no se volvería a poner en contacto con ella y borraría su número de teléfono. La primera vez que habían chateado había sido a principios de octubre, y estaban a finales de diciembre, no se le podía acusar de ser impaciente.

Gordon:

Mañana es Navidad y cumplo 41 años, ¿te apetece celebrarlo conmigo? Podemos ir al Moon a cenar, como dijiste el otro día, o a tomar algo, aunque sea muy tarde, a mí no me importa. Hace mucho que intento quedar contigo, pero siempre estás ocupada, no sé, quizá no te apetece que quedemos, si es así, por favor dímelo y nadie pierde el tiempo. Tú dirás. Buenas noches.

Se acostó sin que su mensaje hubiese recibido una respuesta. Recordó lo que Meo le había dicho la primera vez que chateó con ella sobre la gratitud, desde entonces se había esforzado por sentir gratitud y dar las gracias mentalmente a la vida cada día cuando se levantaba y antes de acostarse y evaluó mentalmente cómo había sido su vida desde entonces, ¿le habían pasado más cosas buenas o más cosas malas? El primer pensamiento que le vino fue que no le había pasado nada bueno, pero se enfadó consigo mismo inmediatamente. ¿Qué esperaba que pasase? ¿Que le tocase la lotería? Si ni siquiera compraba boletos.

«Mantener las cosas buenas que tengo en la vida ya es algo bueno que está pasando. Gozo de una salud casi perfecta, que a mucha gente le gustaría tener, soy independiente, vivo solo en una habitación que no está nada mal, con mucha luz, una cama y un balcón grandes, y aire acondicionado, incluso me limpian la habitación una vez por semana.

»Aunque me ha costado mucho, al final he conseguido suficiente trabajo para subsistir, y es bastante gratificante. Gracias a la escuela internacional he recibido el permiso de trabajo y la tarjeta de residencia temporal, y puedo entrar y salir del país cuando quiera. Dentro de lo que cabe, disfruto de una buena relación con mi familia, y sé que me apoyan.

»Tengo algunos buenos amigos aquí en Saigón, Ramón y Huyen, y otros no tan cercanos como Larry y Donovan, o Liselot, que nos ayudó a comprar los trajes. Cada mes me llaman varios días para hacer sustituciones en la escuela internacional, estoy aprendiendo vietnamita y haciendo el curso de reducción de acento para mejorar

mi inglés y tener acceso a trabajos mejores en el futuro», pensó Salvador.

En realidad, la vida le iba bien, aunque los pensamientos negativos que habían dominado gran parte de su vida viesen las cosas de otra manera:

«Vives en una habitación pequeña en la que no puedes ni cocinar, tienes que usar una moto de alquiler porque no tienes bastante dinero para comprarte una nueva. Tardas mucho tiempo en ir al trabajo porque tanto la escuela Numbers, como la Bright International School están lejos.

»Ganas poco dinero. Con lo que ganas no puedes ahorrar. No tienes novia, las dos relaciones que has tenido desde que llegaste a Vietnam han sido decepcionantes cada una a su manera. Llevas casi un año en Vietnam y apenas puedes decir y entender unas pocas frases en vietnamita.

»Con tu nivel de inglés no puedes trabajar en una escuela internacional si no es como profesor sustituto. Tardarás años en poderte comunicar en vietnamita y en hablar inglés muy bien».

La misma realidad vista desde dos puntos de vista diferentes. Decepcionado o no por no poder quedar con Meo, la verdad era que la chica tenía toda la razón, la visión positiva era mucho más recomendable que la negativa. Y también tuvo que dar la razón a la supuesta actriz en que, después de hacer lo que ella le había recomendado durante casi tres meses, empezaba a sentir gratitud de verdad.

25 de diciembre

El día de Navidad amaneció radiante en Saigón, Salvador se levantó a las siete, se dio una ducha, abrió las cortinas para que la luz del sol entrase en la habitación y salió al balcón en ropa interior, respiró profundamente y se quedó un rato ahí, medio desnudo, viendo la gente pasar por el diminuto callejón que serpenteaba entre las calles Tran Hung Dao y Co Bac. El olor del desayuno de los vecinos le recordó que tenía hambre. Cuando se levantaba siempre tenía hambre. El cielo estaba despejado y unos pocos jirones de nubes añadían algo de blanco al alegre azul matinal. Iba a ser un día espléndido, lo presentía.

Se puso el llamativo traje rojo que se había hecho hacer para la boda de Santiago y Hà, y fue a comprar el desayuno. Qué mejor manera de empezar el día de su cumpleaños que con unos riquísimos cruasanes y un par de amigos.

Duong, sonriente como siempre, y el aroma del café recién hecho, le dieron la bienvenida al acogedor estudio. Salvador entró lleno de vitalidad, vio a Larry, y el mundo se le vino abajo. El irlandés estaba sentado en el sofá, con su cuerpo maltrecho, lleno de heridas y magulladuras por todas partes, la cabeza vendada y un collarín de esos que se usan para proteger las vértebras cervicales. Larry trató de sonreír, pero solo consiguió hacer una mueca grotesca.

—¿Qué te ha pasado?

—Un accidente en moto.

—Te han destrozado.

—Sí, amigo, tú lo has dicho. Me han destrozado.

—Salvador, mira cómo se ha quedado el pobre —dijo con sentimiento la joven pareja vietnamita de Larry.

—Ya lo veo. ¿Cómo pasó?

—Fue hace una semana, volvía a casa después de almorzar con unos amigos. Hacía sol y no llovía, o sea que el asfalto no estaba resbaladizo. Me metí en una rotonda y mientras aún estaba dentro me di cuenta de que una moto iba en sentido contrario y en dirección hacia mí, intenté apartarme de su camino, pero era imposible, ya sabes como es el tráfico en Saigón, muchas veces no puedes ir ni a la derecha ni a la izquierda.

»El tipo de la moto vio que iba a chocar conmigo y en lugar de frenar, no te lo creerás, pero el maldito hijo de puta aceleró. ¡Aceleró! No pude hacer nada, fue directo hacia mí, chocó con mi moto y yo salí volando, me di un golpe muy fuerte en la cabeza —Larry señaló el

aparatoso vendaje que llevaba y que le tapaba un lado de la cara y la frente—, y me quedé en medio de la rotonda sin poder moverme.

—Qué desastre.

—Lo peor de todo es que a aquel cabrón que me hizo esto no le pasó nada, los que lo habían visto me contaron que se cayó, pero se levantó enseguida, se subió otra vez a la moto y se largó.

—Supongo que te llevaron al hospital.

—Sí, me curaron las heridas y me tuvieron ahí en observación dos días.

—Salvador, ahora ya está mucho mejor, si hubieses visto cómo estaba después del accidente…, yo no podía parar de llorar —explicó Duong.

—Me hago una idea.

Los cruasanes y el café animaron la reunión y Larry le contó que al final se había puesto en contacto con la academia de inglés que le había ofrecido quince dólares por hora y había decidido aceptar la oferta.

—Trabajé para ellos unos días, eran unos impresentables sin ningún tipo de organización, las clases las daba en una casa en la que habían amontonado tantos pupitres como habían podido y me llamaban a última hora para pedirme que fuese a dar las clases sin poder preparar nada.

—Un desastre.

—Tú los has dicho. Me cansé y les dije que no contasen conmigo.

—¿Cuántas clases tienes ahora?

—Una clase particular.

—¿Cuántas horas por semana?

—Una.

—Con eso no haces nada.

—Cuando esté mejor ya encontraré algo. ¿Quedan más cruasanes?

—Sí, he traído muchos.

—Nunca había comido cruasanes tan buenos en Saigón.

—Después te enviaré la dirección.

—Sí, por favor. Estos días he tenido tiempo para pensar, llevo más de ocho años en Saigón y en lugar de mejorar, mi trabajo solo empeora.

—Eso es lo que no entiendo —reconoció Salvador—. Con el tiempo que hace que estás aquí, seguro que conoces muchas escuelas. Además, eres irlandés, el inglés es tu lengua materna.

—Amigo, he quemado muchos puentes durante estos años, ahora casi no me quedan opciones —reconoció Larry con pesar.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Cuando no fue por un motivo, fue por otro. Rechacé muchas ofertas porque el salario me parecía una mierda, o porque la escuela estaba muy lejos, y dejé trabajos que ya tenía porque el jefe era un gilipollas insoportable que me caía fatal, o porque los críos a los que tenía que dar clase eran unos perezosos maleducados. —Larry se quedó pensativo—. Y por otros motivos, promesas incumplidas, discusiones, un poco de todo.

—¿Y no puedes recuperar el contacto de algunas escuelas en la que la despedida fuera amistosa?

—Siempre me he ido con orgullo y diciendo lo que pienso.

—No puedes volver.

—No.

—¿Y las ofertas que rechazaste? Con ellos no te peleaste.

—Las rechacé con orgullo.

—Así no se puede hacer nada —suspiró Salvador.

El almuerzo era en el Bella Donna, uno de los restaurantes favoritos de Salvador. Había reservado su mesa preferida en la primera planta, al lado de la ventana. Ramón, Huyen, Enrique, Santiago, Hà y Liselot, acudieron a celebrar su cumpleaños.

El Bella Donna era más caro que el recientemente descubierto Good Morning Vietnam de la calle De Tham, pero para celebraciones era mejor, el servicio era más profesional, el restaurante estaba decorado con un gusto exquisito, y platos, vasos, copas y cubiertos eran de mejor calidad, llevando la experiencia culinaria a un nivel superior. También había más variedad donde elegir, tanto de *pizza* y pasta como de carnes y pescados. Tenían un vino de la casa muy bueno, se hacían su propio pan y lo ofrecían gratis como acompañamiento de los platos, incluso la selección musical estaba más lograda que en la mayoría de restaurantes que Salvador había visitado.

Ramón ya había terminado la octava historia corta y solo le faltaban tres para cumplir con su objetivo de completar once y publicarlas. Santiago se había ido a vivir con la que ya era oficialmente su mujer, Hà. A esta solo le faltaban dos meses para dar a luz.

Como Santiago se había ido, Ramón y Enrique tenían una habitación libre en el piso, intentaron convencer a Salvador para que fuese a vivir con ellos, pero este declinó amablemente el ofrecimiento, prefería estar solo y ni molestar ni ser molestado.

Huyen se sentó al lado de Liselot, no podía creerse que solo tuviese dieciséis años. La chica holandesa, como era habitual en ella, no dejó de hablar durante todo el almuerzo.

Todos comieron tanto que les resultó imposible terminarse el

enorme pastel de chocolate que Salvador había comprado, así que una de las camareras puso lo que había sobrado en una cajita para que se lo pudiese llevar. Después de todo, el chocolate no se estropeaba.

Santiago y Hà insistieron en hacerse cargo de la cuenta, a modo de agradecimiento por la impagable intervención de Salvador el día de la nefasta boda.

A las cuatro de la tarde, diez de la mañana en Barcelona, hizo una videollamada desde su habitación para hablar con su madre y con Yolanda, su hermana. Las dos tenían buen aspecto, se felicitaron la Navidad y ellas le felicitaron por su cumpleaños. Salvador se puso de pie para que pudiesen ver bien el traje rojo del que estaba tan orgulloso.

—¿Has ido con eso por la calle? —preguntó Yolanda.

—Claro, todo el mundo me miraba.

—No me extraña, hay que tener valor. ¿Ya te has comprado un teléfono nuevo?

—No, he invertido el dinero que tenía en un curso de inglés para mejorar mi pronunciación.

—¿Solo para mejorar la pronunciación?

—Sí, se llama reducción de acento, o algo así.

—¿Funciona?

—Sí, pero todo lleva tiempo.

—Hijo, nunca he oído hablar de la reducción esa, ¿no será una estafa?

—No mamá, me dio la información un amigo y ya llevo varias semanas haciéndolo.

Mientras entraba en detalles sobre las clases de reducción de acento, recibió un larguísimo mensaje. Salvador abrió la aplicación en el portátil para poder leerlo mientras conversaba con su madre y su hermana.

Meo:

Hola Gordon. ¡Feliz cumpleaños, y feliz Navidad! Me encantaría poder celebrarlo contigo, sé que hace mucho que intentas quedar conmigo, y te agradezco la atención, también sé que estás enfadado, pero no te miento, de verdad, de verdad que estoy muy ocupada, no me gusta que me hagan perder el tiempo ni hacer perder el tiempo a nadie. Tendrías que ver cómo es mi vida, tengo que estudiar, tengo que trabajar y tengo que ayudar en casa, me levanto muy pronto por la mañana y me acuesto muy tarde. No quiero que pienses que soy una mala persona, o una mentirosa. Hoy es Navidad, pero, como quizá sabes, aquí en Vietnam no es un día festivo. He ido a clase por la mañana y por la tarde.

Acabo de salir del instituto y tengo que ir corriendo al rodaje. Estamos

grabando una película para televisión. No sé a qué hora terminaremos hoy, podría ser a las 9, a las 10, a las 11, a las 12… A veces terminamos después de medianoche. Hoy quedamos cuando termine, te lo prometo, en cuanto acabe el rodaje te envío un mensaje y quedamos, aunque sea muy tarde.
Sé que el otro día te dije lo mismo y no lo hice, lo sé, es que estaba agotada y necesitaba dormir, perdóname por favor, hoy será diferente. Si tú dices que me esperas, sea la hora que sea quedamos, claro que es posible que termine después de medianoche, y técnicamente ya no será ni tu cumpleaños ni Navidad, ja, ja, ja, pero eso no importa.

En cuanto Salvador terminó de hablar con su madre y con su hermana, contestó.

Gordon:

Te creo, sé que eres una buena chica que tiene muchas obligaciones. Escríbeme cuando termines, estaré esperando.

Meo:

¡¡¡No te fallaré!!!

Salvador y Yoko, la primera cita

Para matar el tiempo, Salvador se había puesto a ver películas en su ordenador portátil, hubiese preferido verlas en un televisor de pantalla plana de esos grandes, como el que había visto que tenían Ramón y Enrique en su piso, creía recordar que era de 50 pulgadas, pero no estaba seguro.

En la habitación de Salvador había un televisor antiguo, de esos de tubo de rayos catódicos, era más grande que su portátil, pero no le servía de nada porque solo recibía la emisión de canales vietnamitas, y tampoco podía conectarlo para ver las películas desde el ordenador porque era muy viejo y no tenía las conexiones adecuadas.

La primera elegida fue su adaptación preferida de *Cuento de Navidad,* la novela de Charles Dickens, a película, la del 1984, que aun siendo para televisión era una de las que mejor había captado la esencia y el mensaje de la historia de Dickens.

Para la segunda sesión puso *Solo en casa*, una comedia entretenida que siempre le hacía reír. A media película se preguntó si ir a cenar o esperar a Meo. Si tal y como le había dicho estaba trabajando, no tendría tiempo para cenar y cuando saliese estaría hambrienta, así que era mejor esperarla, pero, si por lo que fuera ella ya había cenado y él no, sería un poco incómodo. Decidió aceptar el riesgo, sacrificarse y esperar.

A pocos minutos para que *Solo en casa* llegase a su fin, recibió un mensaje.

Meo:
¡Hemos terminado de grabar! ¿Ya has cenado?

Gordon:
Todavía no.

Meo:
Espérame y cenamos juntos.

Gordon:
¡OK! ¿Dónde estás?

Meo:
Cerca de Saigón, ahora nos están llevando de vuelta. Llegaremos en media hora. Dame tu dirección y te paso a buscar.

Gordon:
Es un callejón estrecho, quedemos en 219 Tran Hung Dao. En el distrito 1.

Meo:
Ahí estaré.

Terminó de ver *Solo en casa* y se tumbó en la cama. Después de todo parecía que iba a conocer a Meo. ¿Sería verdad que era actriz? Le había pedido varias veces que le enviara fotos de las grabaciones, pero nunca lo había hecho, siempre había una excusa para no hacerlo. ¿Habría algo de verdad en ello y estaba exagerando para impresionar a los demás? Quizá no era más que una fantasía de adolescente, una ilusión maravillosa de esas que cuando nos dejamos llevar por ella, nos embriaga y durante un instante, encandilados por nuestra propia creación, nos hace felices.

Si de verdad fuese actriz le podría presentar a directores y productores. Él podría escribir los guiones y Meo podría ser su musa, la protagonista que daría vida a las historias que durante tantos años había plasmado en papel.

Otro mensaje devolvió a Salvador a la realidad.

Meo:

¡Ya estoy aquí! He venido en moto, no hace falta que cojas la tuya, pero trae un casco para ti.

Gordon:

OK. ¡Ya voy!

Salvador salió del callejón, una chica alta y hermosa como el amanecer le estaba esperando subida en una motocicleta roja. Al verle, sus labios esbozaron una sonrisa dulce. Su faz era amable y algo infantil, como si todo el mal que sometía al mundo no hubiese podido hacer mella en ella. Antes de que dijera nada, sintió que una profunda bondad emanaba de Meo.

—¡Hola! Sube.

—¡Hola!

Salvador se puso el casco y se subió detrás de la chica.

—¿Tienes hambre? —preguntó Meo.

—¡Me muero de hambre! ¿Y tú?

—Yo también. Vamos a cenar.

—Vamos. ¿Al Moon?

—¡Al Moon!

Desde detrás de Meo podía percibir la fragancia fresca y juvenil que la chica se había puesto, no era uno de esos olores contundentes que algunas mujeres dejaban al pasar, sino algo mucho más sutil. El vestido que llevaba era de color azul oscuro y le recordaba a uno que le había visto a Liselot, su compañera de vietnamita. A esa hora apenas había tráfico y en poco más de cinco minutos llegaron a la calle Pasteur.

—¡No! Pensé que cerraba más tarde —se quejó Meo—. Quería cenar aquí. ¿Qué hora es?

—Pasadas las once.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a De Tham, ahí hay restaurantes que cierran muy tarde por los turistas.

—¡Buena idea!

—Ve hasta el número 242 o el 244.

Meo paró la moto en la acera, justo entre los números que Salvador le había dicho. En el 242 de la calle De Tham había un restaurante llamado Sasa Cafe, y en el 244 otro de apariencia muy similar, el Gon Cafe. A pesar de incluir la palabra Cafe en el nombre, ambos locales se centraban en ofrecer una amplia variedad de platos tanto vietnamitas como occidentales y cerveza barata a los turistas; quien quisiera ir a una cafetería tenía opciones mucho más atractivas a poca distancia.

Al bajarse de la moto, Salvador se dio cuenta de que Meo era la chica vietnamita más alta que había conocido, era más alta que Ramón.

—La mayoría de chicos vietnamitas son demasiado bajos para ti.

—Sí, es un fastidio —reconoció Meo.

—¿Cuánto mides?

—Un metro setenta y seis, ¿y tú?

—Uno noventa.

—La mayoría de chicas vietnamitas son demasiado bajas para ti —se burló Meo.

—No te creas, no me importa que la chica sea bajita.

—Pero si es muy bajita a veces es difícil escuchar lo que dice, a mí pasa con algunas de mis amigas que miden menos de metro cuarenta y además hablan como susurrando todo el rato. No me entero de lo que me dicen. ¿Es el mismo restaurante? —preguntó Meo mirando el interior del Sasa Cafe y del Gon Cafe.

—No, son diferentes, aunque es gracioso porque de aspecto son muy parecidos e incluso la carta tiene muchos platos que son los mismos.

—Competencia directa justo al lado. ¿Cuál es mejor? —preguntó Meo.

—¿Mejor? No sé, la verdad, los dos son bastante…

—¿Parecidos?

—Sí, muy parecidos. Pero vamos al Gon, aparte de las mesas con sillas hay varias mesas con butacas para sentarse, ¿lo ves?

—Sí.

—En cambio, en el Sasa solo hay sillas.

—Bien pensado —reconoció Meo entrando en el Gon Cafe.

El restaurante era estrecho y alargado, no tenía aire acondicionado, pero había suficientes ventiladores en el techo y en las

paredes de ambos lados para garantizar una buena circulación del aire y un cierto frescor. Incluso para los turistas era demasiado tarde para cenar, solo había un par de extranjeros bebiendo cerveza barata mientras miraban a la gente pasar por la calle.

Salvador y Meo se sentaron en dos de las butacas cerca de la barra, sin ser una maravilla, resultaban más cómodas que las sillas. El mayor atractivo de ese restaurante y de su vecino, el Sasa Cafe, no era precisamente una decoración moderna y atractiva, o antigua y evocadora de tiempos pasados, pues a nivel estético dejaban mucho de desear, sino la posibilidad de comer y beber desde la mañana hasta bien entrada la madrugada.

La camarera, aburrida por la escasez de clientes, dejó una carta delante de Meo y otra delante de Salvador.

—Quizá antes de pedir deberíamos intercambiar nombres. Los verdaderos, quiero decir.

—Me parece bien. Empieza tú.

—Me llamo Salvador.

—Salvador, es un nombre muy bonito, suena romántico.

—Es la primera vez que mi nombre le parece romántico a alguien.

—¿Qué quiere decir?

—Es un nombre cristiano.

—¿Eres cristiano?

—No, pero mi nombre sí. En realidad debe de ser uno de los nombres más cristianos que existen porque a Jesús, en la tradición cristiana, se le considera el salvador de la humanidad.

—¡*Wow*! El salvador de la humanidad —dijo la chica con pasión —. Es maravilloso.

El entusiasmo de Meo sorprendió a Salvador.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Lo siento, mi nombre no es tan impresionante como el tuyo.

—Eso no importa.

—Me llamo Yoko.

—Yoko, como Yoko Ono.

—Sí.

—Pero tú eres vietnamita.

—Sí y no.

—¿Cómo que sí y no?

—Luego te lo cuento, vamos a pedir, me muero de hambre — dijo abriendo la carta.

—Yo también.

Los ojos de Yoko brillaban con inteligencia y él no podía apartar la vista de sus suaves facciones de muñeca.

—¿Qué te apetece? —preguntó Salvador.

—¿Y a ti?
—Lasaña.
—A mí también —dijo Yoko con seguridad dejando la carta a un lado.
—Me encanta la comida italiana.
—Y a mí.
La camarera se acercó a la pareja.
—¿Qué queréis comer?
—Dos lasañas —contestó Yoko.
—¿Y para beber?
—Una cerveza Sapporo para mí —dijo Salvador.
—Y otra para mí.
La camarera cogió las cartas y se alejó.
—¿Cómo ha ido la grabación?
—Bien. Un poco cansada. Pero contenta de haberte conocido.
—Yo también estoy contento de haberte conocido. Ha pasado mucho tiempo.
—Lo sé, lo siento… ¿Te gusta Vietnam?
—Sí.
—¿No echas de menos a tu familia y a tus amigos?
—Un poco.
—Es natural.
La camarera les llevó las dos cervezas, y las dejó encima de la mesa.
—¿Te gusta la cerveza? –preguntó Salvador.
—A veces. ¿Y ti?
—Cuando estoy con una chica guapa.
Yoko sonrió con candidez.
—¿Te gusto? —preguntó coqueta Yoko.
—Sí —respondió Salvador con una seguridad inusual en él.
—Me acabas de conocer.
—Me gusta la chica de diecinueve años que acabo de conocer.
—Veinte.
—Me dijiste que tenías diecinueve.
—Ya ves, me he hecho mayor. El veinticinco de octubre hice veinte —explicó Yoko.
—El veinticinco de octubre hiciste veinte y yo hoy, el veinticinco de diciembre, hago cuarenta y uno.
—Tú también te has hecho mayor.
—¿Cuándo termina la grabación de la película?
—El viernes. La grabación dura tres semanas.
—¿Te gusta trabajar de actriz?
—Más o menos.
—¿Cómo que más o menos? Se supone que eres actriz porque te

gusta.

—Me gusta actuar, pero no me gusta… el trabajo.

—¿Qué quieres decir? ¿No te gusta el trabajo porque son muchas horas? ¿Porque termináis tarde?

—No, no es eso, yo puedo descansar a ratos durante la grabación. Es por la gente.

—No te gusta la gente con quien trabajas.

—No. Algunos son malas personas —dijo Yoko visiblemente incómoda.

—¿Qué te hacen?

—No quiero decirlo.

—Quieren aprovecharse de ti.

—Sí —reconoció Yoko con pesar.

—Y tú, ¿qué haces cuando se intentan aprovechar de ti?

—Les digo que no. Y ellos se enfadan conmigo.

—¿No tienes a nadie que te proteja?

—No.

—Necesitas un protector.

—¿Tú?

—Yo no estoy ahí durante la grabación. Pero si estuviese te protegería.

—¡Gracias!

Yoko acarició el brazo de Salvador espontáneamente y Salvador respondió acariciando la mano de Yoko que estaba sobre su antebrazo. Durante un instante sus miradas se cruzaron y ambos se quedaron en silencio sin necesidad de decir nada.

La camarera les llevó dos lasañas humeantes y rompió el hechizo. Yoko apartó la mano del brazo de Salvador.

—Esta vez intentaré no quemarme la lengua, cada vez que como lasaña me la acabo quemando —explicó él.

—Tienes que esperarte a que se enfríe un poco, glotón.

Salvador se sentía muy cómodo con Yoko, una comodidad que no recordaba haber sentido nunca estando con una chica. Mientras comían, la contemplaba con una alegría casi infantil, miraba su largo cabello liso, sus oscuros ojos almendrados, su cara, su piel, su vestido. Yoko levantó la mirada de repente.

—¿Qué miras?

—Me gusta mirarte, me gusta estar contigo.

—A mí también.

Levantaron las cervezas a la vez y brindaron.

Las lasañas del Gon Cafe no podían competir con las del Bella Donna, pero eran dignas en un restaurante para turistas y desparecieron completamente.

—¿Te has quemado la lengua?

—Un poco. Siempre igual. Ven, siéntate a mi lado.

Las palabras se escaparon de la boca de Salvador antes de que tuviese oportunidad de darse cuenta de lo osadas que eran, y por ende, de que pudiese detenerlas. Yoko no mostró sorpresa o embarazo alguno por la invitación, se limitó a sonreír y fue a sentarse a su derecha. Salvador rodeó su cintura con delicadeza, como si fuese una flor que se pudiese romper.

—Todavía no me has explicado lo de ser o no ser vietnamita.

—No acostumbro a hacerlo.

—Hoy es Navidad, un buen día para abrir nuestro corazón.

—Tú no eres cristiano.

—No soy de ir a la iglesia los domingos, no creo en la Iglesia católica como institución, pero siempre me ha gustado la Navidad, más allá de su aspecto superficial está el significado profundo, y en eso sí creo.

—Entonces yo también creeré y abriré mi corazón.

Yoko se acercó a Salvador y se recostó en él.

—Yo era muy pequeña y no recuerdo nada, mis padres vietnamitas me han contado la historia. Mi padre era japonés, trabajaba para una importante empresa de exportación. Un día le pidieron que se mudase a Vietnam, el negocio estaba creciendo y necesitaban a alguien de confianza en Saigón. Después de varios años trabajando aquí, conoció a una mujer china y tuvieron una hija.

—Te tuvieron a ti.

—Sí. Al poco tiempo de nacer yo mi padre se puso muy enfermo. Fueron a muchos médicos, pero no pudieron hacer nada, cuando yo tenía dos años mi padre murió. Mi madre no quería quedarse en Vietnam, no tenía dinero para mantenerme y no quería volver a China conmigo porque ser madre soltera era una vergüenza, y le cerraría todas las puertas.

—Tu madre te abandonó —dijo Salvador con pesar.

—Mi madre me abandonó y una familia vietnamita que les conocía me adoptó. Ahora ellos son mi verdadera familia.

—Tenías dos años, por eso no puedes recordar a tu madre china ni a tu padre japonés.

—Mis primeros recuerdos de infancia ya son de mis padres adoptivos y de mis hermanos.

Mientras escuchaba la triste historia, Salvador sintió un vacío en su interior y le embargó un profundo pesar. Con el brazo que rodeaba la cintura de Yoko la acercó aún más hacia él. Podía sentir el delicado calor del cuerpo de aquella adorable chica mitad japonesa, mitad china, pero vietnamita al fin y al cabo, que seguía sonriendo a su lado.

—Un verdadero drama.

—Quizá, pero yo estoy bien, tengo una familia que me quiere y soy feliz con ellos, no siento rencor por lo que hizo mi madre, a lo mejor si me hubiese llevado con ella no sería tan feliz como soy ahora.

Salvador, en un arrebato, tocó delicadamente los labios de Yoko con los suyos durante un segundo. Se cogieron de las manos y se quedaron en silencio durante unos minutos.

—Es tarde, tengo que volver a casa, mi familia me está esperando.

—Sí, vamos. ¿Quedamos mañana?

—Si termino de grabar pronto te envío un mensaje.

—Y si terminas tarde me envías el mensaje igual.

—Vale.

Pagaron la cuenta y salieron a la calle.

—Sube, te llevo.

—No hace falta, vivo muy cerca y me apetece dar un paseo.

—Como quieras, buenas noches.

—Buenas noches.

Yoko arrancó la moto y se alejó de Salvador.

—Espera, ¡aún no me has dicho tu nombre vietnamita! —gritó para que Yoko le pudiese oír.

—¡Hoa!

—¿Qué significa?

—¡Significa flor!

—¡Buenas noches, flor!

—¡Ja, ja, buenas noches, salvador del mundo!

Salvador se quedó contemplando como Yoko desaparecía al girar a la izquierda por la calle Tran Hung Dao. Era más de medianoche, pero desestimó la idea de ir al hostal y acostarse, no había estado tan despierto en toda su vida.

Flotando en una burbuja de irrealidad, paseó sin rumbo por las calles alrededor de Bui Vien, la sensación era parecida a la que había tenido cuando visitó la pagoda de Thien Hau en Chinatown, pero aquel día aún le asaltaron algunos pensamientos, aunque en menor número de lo habitual. Sin embargo, en esa ocasión parecía que estuviese flotando, su mente se había quedado en blanco, y ningún pensamiento afloraba porque no había necesidad de pensar en nada.

Sin usar palabras o frases con la mente, Salvador era plenamente consciente de que los pensamientos podían volver en cualquier momento, y una vez empezasen ya no los podría detener, sabía bien que intentar detenerlos era como intentar aplacar un huracán. Decidió hacer todo lo posible por mantenerse en ese estado, caminaba despacio y estaba muy atento a sus percepciones sensoriales, tanto internas como externas.

Se dedicó a pasear dejándose llevar. Percibía el olor del barrio

con una intensidad que solo había experimentado la primera semana que había pasado en Saigón, observaba a la gente y escuchaba los ruidos de la calle y las conversaciones que se producían a su alrededor. La realidad parecía más vívida que de costumbre, todo tenía otro nivel de intensidad, él mismo se sentía vivo, muy vivo, podía percibir su ser con claridad, era consciente de todas las partes de su cuerpo al mismo tiempo y de su respiración tranquila y sosegada.

Estaba en paz, sin ningún ruido mental que le molestase, completamente despierto, completamente vivo. Sentía un manantial de energía fluir desde su interior y recorrer todo el cuerpo, como los ríos recorrían incansablemente los continentes del planeta Tierra hasta desembocar en los océanos y transformarse en las corrientes oceánicas que, de alguna manera, mantenían el mundo con vida.

A las dos de la mañana, una seductora somnolencia se apoderó de él, volvió a su habitación y se metió en la cama. Durmió plácida y profundamente. En sueños, se vio a sí mismo en verdes y soleadas praderas, rodeado de aromáticas flores blancas cuyo aroma no podía reconocer, por ser la primera vez que percibía esa fragancia. El musical ruido de un arroyo cercano llegaba hasta él, sin embargo, no era capaz de identificar de dónde venía. Le habría gustado bañarse en sus aguas cantarinas, pero no podía verlo, quizá no estaba tan cerca como Salvador pensaba.

El capitán y la boda

Al día siguiente, como Salvador se había temido que pasaría, los pensamientos acudieron a su mente en cuanto despertó. Se quedó tumbado en la cama durante unos minutos rememorando el pacífico sueño bucólico que había tenido, tenía la sensación de que aún podía sentir el aroma de las flores blancas, aunque sabía que eso solo podía ser fruto de su imaginación, en su cuarto no había flores ni plantas.

Como el día anterior había sido Navidad y había pedido a Ý, la jefa de Numbers, que le cambiase la clase a otro día, tuvo que ir al distrito Phu Nhuan a darla. Sus cuatro alumnas, Thao, las mellizas Thi y Thu, y Mai, ya sabían que Salvador estaba estudiando vietnamita, así que cuando hablaban entre ellas tenían más cuidado, pues ninguna sabía en qué punto de aprendizaje se encontraba. Pocas veces le habían visto de tan buen humor y no paraban de cuchichear entre ellas en cuanto su profesor se giraba para escribir algo en la pizarra.

Tras la clase de matemáticas volvió a su habitación y pasó el resto del día haciendo ejercicios de reducción de acento por su cuenta y esperando un mensaje de Yoko que llegó mientras estaba cenando, pero con un contenido distinto al que deseaba.

Yoko:
Esto va para largo, no sé a qué hora terminaremos, pero seguro que será tarde, mejor quedamos otro día.

Salvador:
No hay problema, yo ya estoy cenando. ¿Has podido comer algo?

Yoko:
Tenemos catering, pero no me gusta mucho lo que han traído y la tripa me hace ruidos.

Salvador:
El estómago reclama alimentos.

Yoko:
Ya cenaré más tarde algo decente.

El viernes por la mañana se despertó sobresaltado, pero en esa ocasión la causa no fue ninguna pesadilla, sino el teléfono, que sonó unos minutos antes de las siete de la mañana. El jefe de estudios de la Bright International School le necesitaba. Uno de los profesores de matemáticas tenía vómitos y diarrea, el marisco de la noche anterior había causado estragos, y le resultaba imposible ir a trabajar. Las clases empezaban a las ocho de la mañana, pero a partir de las seis y media, el tráfico ya se ponía horrible y en el distrito siete, camino a la

escuela, había unos atascos importantes y ninguna ruta alternativa para evitarlos.

A pesar de la congestión de vehículos matinal, solo llegó unos minutos tarde. Estuvo dando clases todo el día, y cuando ya estaba a punto de irse se le acercó un alumno de grado 6. Debía tener 11 años y era un verdadero zoquete que no acertaba una respuesta ni por azar, su padre quería que le diese clases particulares.

La casa estaba en el barrio de Tan Phu, en el distrito 7, muy cerca de la Taipei School in Ho Chi Minh City, una de las escuelas internacionales en las que infructuosamente había intentado que le contratasen. Era una buena zona para vivir, pertenecían al área urbana del distrito 7 llamada Phu My Hung, en la que en los últimos años se habían construido bastantes edificios, tanto para oficinas como para apartamentos, y casas adosadas. Para muchos, ese era el mejor barrio de Saigón.

Al entrar en la casa lo que más le sorprendió fue la presencia de todo tipo de elementos decorativos militares y de fotos del ejército. El padre del estudiante, que debía tener cuarenta y tantos, resultó ser un capitán del ejército del aire vietnamita. Su rostro no era precisamente amable, hablaba con educación, pero no era el tipo de persona con el que alguien sensato quisiera tener problemas. Su hijo, Tien, o Tom, nombre inglés por el que Salvador le conocía, distaba mucho de ser un estudiante modélico. A pesar de la disciplina militar que se respiraba en esa casa, sus resultados académicos eran pobres, y lo que peor se le daba eran las matemáticas.

Fracaso no era una palabra bienvenida en ese hogar, y Tom tenía que aprobar las matemáticas, costase lo que costase. El capitán se había dado cuenta demasiado tarde de que, curso tras curso, los profesores le habían ido aprobando sin que su hijo hubiese hecho nada para merecerlo, y a partir de grado seis, la asignatura se había convertido en un desafío imposible para Tom.

—Mi hijo necesita mucha ayuda.

—¿Ha recibido anteriormente clases particulares de matemáticas?

—No, nunca. Tendría que haberme dado cuenta de la situación antes. Me preocupa que ya sea demasiado tarde.

—Normalmente en casos así hay un problema de base, si no se ha aprendido correctamente lo de los cursos anteriores es imposible enfrentarse a las matemáticas de grado 6. Por mucho que se les explique cómo se resuelve un problema, no pueden entenderlo porque no conocen la lógica básica en que se basan los números.

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Hay que empezar desde el principio. Tiene que practicar lo más básico, sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, hasta que

pueda hacerlas sin pensar, cuando estas operaciones básicas se vuelven mecánicas, es posible empezar a tener éxito en tareas más complejas. Un alumno que comete errores restando o dividiendo nunca podrá resolver adecuadamente ecuaciones.

—Entiendo.

A Salvador le preocupaba el tema del dinero, no sabía cuánto tenía que pedir, y no quería pedir ni demasiado ni demasiado poco. Por suerte, el capitán era un hombre con mucha iniciativa y en la negociación bastó con ir diciendo que sí, pues todo le pareció bien. Daría clases a Tom los martes y los jueves de 17:30 a 19:00, tres horas por semana, y cobraría 25 dólares por hora, lo que suponían unos 300 dólares cada 4 semanas. Si hacía una media de 4 sustituciones mensuales en la Bright International School eran 400 dólares. Y añadiendo lo que ganaba en la escuela de matemáticas Numbers, podía ganar en total unos 820 dólares o 720 euros al mes, lo que le iba a permitir continuar tanto con el curso de vietnamita como con el de reducción de acento.

Tenía ganas de ver a Yoko, que le había dicho que la grabación terminaría el viernes, y confiaba en poder verla el sábado, pero no fue así, las cosas se habían complicado y tendría que trabajar todo el fin de semana. A falta de un plan mejor, el sábado por la mañana propuso a Huyen ir al Museo de Historia de Vietnam, pero su amiga no era muy de museos y le dijo que cuando él terminase con su visita cultural, podían ir a tomar un café que era algo más de su agrado. Así que Salvador tuvo que ir solo.

Estaba en el número 2 de la calle Nguyen Binh Khiem, en el distrito 1, literalmente al lado del parque zoológico de Saigón. La entrada, como en la mayoría de museos, era muy barata, solo le costó treinta mil dongs, poco más de un euro. El Museo de Historia de Vietnam no era muy grande, pero el edificio de arquitectura colonial francesa estaba bien conservado, y había explicaciones en inglés para los turistas que le permitieron entender las diecinueve exhibiciones que recorrían la historia de Vietnam desde la prehistoria hasta la modernidad.

En unos noventa minutos se hizo una idea aproximada de los acontecimientos más relevantes que había vivido el país, incluyendo los conflictos bélicos con China, los Cham, Mongolia, Francia, Estados Unidos y Camboya. El museo de historia le sorprendió gratamente y salió al encuentro de Huyen con un buen sabor de boca.

—¿Cómo que te casas? ¿Qué quieres decir con que te casas?

—Eso, que me caso.

—¿Pero cómo vas a casarte? Si apenas le conoces.

—Le conocí hace seis meses.
—Seis meses, seis meses. Eso no es nada. ¿Y cuánto tiempo has pasado con él? Tres semanas. No puedes casarte con alguien con quien has estado tres semanas.
—No seas antiguo.
—No soy antiguo, soy muy moderno, pero una cosa es ser moderno y la otra hacer cosas que no tienen ningún sentido.
—Cada día hablamos.
—Me parece muy bien, pero no es suficiente —se enfadó Salvador.
—Ya está decidido —sentenció Huyen con determinación.
—¡No, no lo hagas! ¡Es una locura!
—La boda será durante las vacaciones del Tet, a principios de febrero. Sylvain vendrá con sus padres a finales de enero y la boda será el domingo dos de febrero, poco después del Año Nuevo lunar.
—Te estás precipitando, te estás precipitando —advirtió Salvador.
—Ya está todo planeado. La boda será en mi pueblo, en la casa donde vive mi madre, está a una hora y media de Saigón.
—Al menos no está muy lejos —suspiró Salvador—. ¿Se puede ir en autobús?
—Se puede, pero yo siempre voy en moto.
—En moto está bien.
—Hay un hotel pequeño cerca de la casa, es nuevo y se ve muy limpio y bonito, os podéis quedar a dormir ahí. ¿Con quién vas a venir a la boda?
—Con Ramón, a él también le invitarás, ¿verdad?
—Sí, a él también, pero quiero decir de chica. Tienes que traer a una chica.
—¿Por qué?
—¡Porque quiero que vengas con una chica! —gritó Huyen—. ¿Traerás a esa chica tan guapa que vino el día de tu cumpleaños?
—¿Liselot? No, no, solo tiene dieciséis años.
—Ya me acuerdo. ¿Y qué?
—Es menor de edad.
—Que le pida permiso a sus padres.
Salvador pensó en la posibilidad de que el padre de Liselot fuese mafioso de verdad.
—No creo que sea una buena idea.
—¿Por qué no?
—Ya te lo he dicho, es demasiado joven.
—Entonces ven con otra. ¿Tienes alguna otra amiga que pueda venir?
—No lo sé. Conozco muy pocas chicas.

—Aún te quedan unas semanas para encontrar una chica. Pero espabila que tú eres muy lento.

—No soy lento.

—Cuarenta y un años y aún soltero. Lentísimo.

—No todo el mundo se casa.

—Mejor que te cases.

—¿Por qué?

—¿Quién te cuidará cuando seas viejo?

Salvador no pudo contestar con rapidez.

—Porque tú también serás viejo —insistió Huyen.

—Si no me muero antes.

—Si no te mueres antes, serás viejo. ¿Qué harás cuando seas viejo y estés enfermo? ¿Quién cuidará de ti?

—Nunca me lo había planteado de esa manera, pero mucha gente mayor está sola, supongo que hay servicios sociales que se ocupan de ellos.

—¿Estás seguro? ¿Esos servicios sociales se ocupan de todo y de todos?

—Quizá no de todo y de todos —aceptó Salvador.

—¿Entonces quien cuidará de ti cuando seas viejo y estés enfermo?

—Necesitaría dinero para pagar a alguien.

—¿Y si no tienes bastante dinero?

—Tendré problemas —se rindió Salvador.

—En Vietnam pocas personas tienen dinero para pagar a alguien que les cuide cuando se hacen mayores. Los padres cuidan de sus hijos mientras son pequeños, y cuando los padres se hacen mayores y son viejos, los hijos tiene que cuidar de ellos.

—Es una buena filosofía —reconoció Salvador.

—¿Cuándo te vas a casar?

—Si ni siquiera tengo novia.

—A ver si espabilas —bromeó Huyen.

La grabación de la serie de televisión en la que estaba trabajando Yoko no terminó el domingo, ni el lunes, sino el martes treinta y uno de diciembre, el último día del calendario occidental. Salvador ya se había imaginado que ese día tampoco podría quedar con Yoko, y así fue, era el último día de grabación de la serie y había una fiesta con todo el equipo de rodaje. Por la noche, salió con Ramón y con Huyen para celebrar la llegada de un nuevo año.

Primero fueron a cenar *pizza* al Good Morning Vietnam, por su buena relación calidad precio, y después a la cafetería que en la opinión de todos ofrecía los mejores batidos de chocolate de la ciudad. Encontrar buenos batidos de frutas tropicales en Saigón era fácil, pero

encontrarlos de chocolate era un verdadero desafío. La cafetería cerró a las once, y cuando los echaron fueron hasta el túnel Thu Thiem, tal y como habían hecho hacía casi un año, el último día del Año Nuevo lunar. Y, como en aquella ocasión, los puentes y la orilla del río Saigón estaban llenos de gente que esperaba pacientemente a que diera comienzo el espectáculo pirotécnico.

Tras los fuegos artificiales tocaba ir a beber unas cervezas en la calle Bui Vien, la más ruidosa de Saigón, en la que, por ser el día que era, aún se había congregado más gente de lo habitual. La celebración duró hasta las tres de la mañana, cuando el sueño natural y el sopor del alcohol se mezclaron, y de mutuo acuerdo decidieron que era un buen momento para irse a dormir.

Salvador volvió a su habitación, pero como le había pasado tantas y tantas veces, no se podía dormir porque había estado bebiendo. Primero vio una película, y después puso música. Uno de los temas fue la *Balada para Adelina*, interpretada por Richard Clayderman y compuesta por Paul de Senneville y Olivier Toussaint. Paul de Senneville había compuesto la pieza como un homenaje a su hija recién nacida, Adeline. Al igual que pasaba con *Bridge over Troubled Water* de Simon y Garfunkel, mucha gente creía que era un tema inspirado, o que trataba del amor entre un hombre y una mujer, sin embargo, *Bridge over Troubled Water* hablaba sobre la amistad, y la *Balada para Adelina* era un homenaje a una hija recién nacida.

Al escucharlo, y lo escuchó varias veces como hacía con todos los temas musicales que le gustaban, la imagen de Yoko acudió a su mente. A Salvador se le ocurrió en ese momento que era un tema perfecto para ella, en apariencia sencillo, pero profundo y con una melodía que por muchas veces que se escuchase no cansaba, o que gustaba inmediatamente, tal y como le pasó con Yoko cuando al fin pudo quedar con ella. En cuanto la vio, le gustó.

Consiguió conciliar el sueño al alba, no sin antes dar gracias y sentir gratitud por las cosas buenas de su vida y del último día que había vivido, como había estado haciendo desde que tuvo la primera conversación con Yoko en el chat el sábado cinco de octubre, hacía casi tres meses, sin fallar ni una sola vez.

Salvador y Yoko, la segunda cita

El uno de enero era una de las fiestas nacionales decretadas por el gobierno vietnamita, las escuelas y centros de idiomas no abrían, y la mayoría de empresas cerraban ese día. Como era habitual, muchos de los que trabajaban de cara al público en cafeterías, restaurantes y hoteles, no podían disfrutar del día libre.

Yoko tenía un aspecto más juvenil que la vez anterior, quizá por el vestido corto estampado con motivos florales sobre fondo blanco que llevaba. Salvador quiso introducirla en la degustación de los batidos de chocolate, al principio ella no lo veía claro, le dijo que no era muy de batidos de chocolate, pero al final aceptó.

La cafetería era la misma a la que había ido la noche anterior con Ramón y Huyen después de cenar. Resultaba un poco difícil de encontrar porque no daba directamente a la calle, sino que estaba en la quinta planta de un edificio sin ascensor, viejo y húmedo, en un callejón casi invisible al que se accedía desde la calle Le Loi, en el distrito 1.

Aparentemente, no había muchos motivos para ir hasta ahí. La vieja cafetería no tenía ni terraza ni balcón, solo una ventana mugrienta con vistas al sucio y mohoso callejón. Las sillas de madera eran alimento de las carcomas y no destacaban por su comodidad. La última vez que el suelo había estado limpio debía haber sido hacía treinta o cuarenta años. Los elementos decorativos que pretendían ser un homenaje al pasado, no eran más que trastos viejos apilados unos sobre otros sin ton ni son, el cuarto de aseo era mejor evitarlo a no ser que uno tuviese una emergencia incontrolable, y como ya se ha mencionado, el edificio no disponía de ascensor y los clientes tenían que subir cinco plantas por sus propios medios. Hasta aquí las malas noticias.

En el lado positivo estaba el dueño de la cafetería, un enjuto vietnamita de no menos de setenta años, amante del café, el cacao y el chocolate, que había viajado por todo el mundo y hablaba inglés y francés. Su pasión era proveer a sus clientes con verdaderos *delicatessen,* algunos de los cuales venían del otro extremo del planeta. No disponía de mucha oferta, pero lo que ofrecía era excelente. Tenía tres tipos de café, de Jamaica, Kenia y Tanzania, a cuál mejor, y tres tipos de cacao, de Colombia, Venezuela y Perú, que con solo olerlos uno ya se sentía más vivo.

En la carta no había refrescos, ni tés, ni ningún tipo de infusiones, solo café, batidos de chocolate, y tartas y pasteles de

chocolate que el propietario de la cafetería horneaba. Eso sí, tenía una amplia oferta de batidos de chocolate divididos en dos grupos principales, con helado y sin helado, y a partir de ahí existían una miríada de posibilidades a elegir y combinar: canela, hojas de menta, plátano, frutos secos, nata montada, sirope de chocolate, Nutella, chispas de chocolate, vainilla, leche de vaca, bebida de almendras, de nueces, de soja y de avellanas.

Salvador le recomendó probar su batido de chocolate preferido, que llevaba el doble de cacao y por ende menos leche, con frutos secos picados, un poco de plátano, nata montada con chispas de chocolate, y canela y café en polvo sobre la nata.

—La verdad es que huele muy bien —reconoció Yoko.

—No, no. No mezcles la nata montada con el resto del batido. Primero nos comemos la nata montada con las chispas de chocolate, el café y la canela en polvo con una cuchara, después, cuando ya nos hemos terminado la nata, nos bebemos el batido.

Yoko decidió hacerle caso y siguió las instrucciones de Salvador paso a paso. Tras dar buena cuenta de la nata y dar el segundo sorbo al batido, su rostro se iluminó.

—¿Qué, qué te parece?

—¡Está buenísimo! No me extraña que vengas hasta aquí con tus amigos. No tengo palabras.

—El dueño es un artista.

—Y que lo digas.

—Otro día, si quieres, podemos pedir el chocolate caliente.

—Sí quiero —afirmó Yoko sin pensárselo.

Salvador, expectante como estaba por ver la reacción de Yoko, aún no había atendido a su batido, cogió la cucharilla y la hundió con delicadeza en la nata montada.

—La primera vez que hablamos me dijiste que querías ser guionista, pero que habías dejado de escribir.

—Sí, supongo que es normal, mucha gente lo intenta y pocos los consiguen. Yo estoy en el segundo grupo.

—No hables así.

—Es la verdad.

—Por ahora. ¿Durante cuántos años lo intentaste? —quiso saber Yoko.

—Bastantes, es difícil ponerle un número, había años en los que escribía más que en otros.

—Ponle un número.

—No sé. Diez, doce —reflexionó Salvador—, quizá más.

—Demasiados años para rendirse, ¿no crees?

—En realidad no me he rendido, bueno, no del todo.

Salvador dudó, no sabía hasta qué punto podía ser conveniente

explicarle que había traducido dos de sus proyectos para televisión al vietnamita, se los había dado a Ngoc para que se los pasase a su jefe, el tipo al que llamaban el Cartero, y que este los había desestimado. No le apetecía hablar de Ngoc, pero no podía contar la historia de forma adecuada si no lo hacía.

—Explícate.

Pensó que perder no perdía nada, y evitando los detalles de su relación personal con Ngoc le narró lo acontecido con relación a esos dos proyectos, pero Yoko era demasiado lista y enseguida vio que algo había pasado con Ngoc, que no quería sacar a la luz.

—¿Si Ngoc es tu amiga, por qué no te ha ayudado llevando tus historias a otras productoras? Nadie va solo a una, hay que ir a todas, quizá no al mismo tiempo, hay que tener una estrategia e ir paso a paso, pero hay que llamar a todas las puertas.

—No es eso, es que… es que ya no tenemos contacto.

—Es una ex.

—Sí —dijo Salvador un tanto incómodo y con resignación.

—Haber empezado por ahí.

—No quería darle mayor importancia.

—Pero es importante. Si es una ex y la cosa no terminó bien, lo que escribiste está muerto, ella no va a ayudarte más.

—Ese es el problema. Es la única persona que conozco con alguna relación con el mundo audiovisual vietnamita.

—Ya no. Ahora me conoces a mí —expuso muy seria Yoko.

—Lo sé, es que nos acabamos de conocer y no quiero molestarte.

—Te doy permiso. Cuenta.

Salvador se percató de que el batido de chocolate de Yoko ya había desaparecido y le escuchaba con atención.

—El primero es para hacer un *reality show,* y el otro una serie de ficción para televisión.

—¿Qué tipo de *reality show?*

—Uno en el que los espectadores decidirán cada semana quién muere en pantalla.

—¿Muere? ¿Es algo de terror?

—No, no. Es comedia, como en la película *Murder by death* de Robert Moore —explicó Salvador.

—No sé cuál es.

—Es antigua, de los años setenta.

—Muy antigua —remarcó Yoko.

—No tanto, no es blanco y negro —matizó Salvador—. Es una parodia de las películas en las que varias personas son invitadas por alguien misterioso a pasar una velada o un fin de semana en una mansión aislada, como en *Diez Negritos* de Agatha Christie.

—Esa sí que me suena —dijo Yoko.

—La diferencia es que *Diez Negritos* es un libro de misterio, y las películas que ha inspirado mantienen ese tono de intriga, pero *Murder by death* es una comedia hilarante.

—Y tú quieres inspirarte en *Murder by death*, no en *Diez Negritos*.

—Sí, el tono es comedia, los concursantes mueren, pero todo es en broma. Si ves la película entenderás a lo que me refiero.

—La miraré. Y los espectadores deciden quién muere.

—Cada semana muere uno en la ficción, y, por tanto, es eliminado del concurso.

—¿Y en qué consiste el concurso?

—Ahí es donde todo se complica.

Salvador intentó explicar de una forma fácil de entender lo que tenía en mente, aunque sabía que de fácil no tenía nada.

—Es bastante complicado —reflexionó Yoko.

—Pero no se ha hecho nunca, que yo sepa, y si se ha hecho no ha trascendido.

—Ese es el punto a favor. Ahora explícame el segundo proyecto.

—El otro es para hacer una serie de ficción para televisión.

—Una serie, no una película.

—Una serie de varias temporadas. Es una historia de mujeres, las protagonistas son una adolescente de dieciocho años, su madre y su abuela. Bueno, la chica tiene esa edad al principio de la serie, si se hiciese, cada temporada tendría que envejecer un año para que la historia tuviese sentido y credibilidad.

—Entiendo. ¿Y cuál es la trama principal de la historia?

—Las tres tienen un don, una habilidad especial que las personas normales no tienen, eso las hace diferentes y condiciona su experiencia vital y su relación con las otras personas.

—Y todas tienen la misma habilidad o don.

—Sí, pero cada una lo vive de una manera distinta, para empezar por la diferencia de edad. Sus expectativas vitales son distintas, la adolescente no ve la vida de la misma manera que su madre o que su abuela.

—Entiendo. ¿En qué consiste ese don?

Contestar a esa pregunta de forma satisfactoria le llevó un buen rato. Yoko era rápida en entender lo que le contaba, pero también muy inquisitiva, y cada explicación llevaba a nuevas cuestiones.

—Quizá Vietnam no es el mejor país para este tipo de historia —reflexionó Yoko—. Pero lo vamos a intentar de todos modos.

—¿Lo vamos a intentar?

—Yo podría interpretar a una de las protagonistas, la adolescente de dieciocho años.

—Sería genial.

—Para vender un proyecto, cuantas más personas haya

interesadas en él mejor.

—¿Interesadas en qué sentido?

—Interesadas en participar. Si no tienes a nadie que quiera participar es muy difícil que te hagan caso.

—No lo acabo de entender, ¿participar de qué manera?

—Por ejemplo, para la serie de televisión, si hay tres protagonistas, la adolescente, la madre y la abuela, y tienes a tres actrices conocidas que quieran esos papeles, eso ayuda a despertar el interés de los productores. Si consigues a un buen realizador que quiera dirigir la serie, otro punto a favor del proyecto —explicó Yoko.

—¡Ya lo pillo! ¿Tengo el interés de una actriz para uno de los papeles principales?

—Ya lo tienes.

—¡Fantástico! —se excitó Salvador, que casi derramó el resto del batido de chocolate que quedaba en el vaso—. En realidad, las tres no son protagonistas al mismo nivel. La protagonista principal es la adolescente.

—Lo sé, pero ahora no te hagas demasiadas ilusiones, a mí la historia me gusta mucho, lo que no quiere decir que vaya a gustar a los productores.

—Ya, ya me lo imagino, no soy tonto.

—Esta noche me envías lo que tengas en vietnamita por correo electrónico.

—Perfecto.

A la visita a la cafetería le siguió un paseo por el parque Tao Dan, que estaba a poco más de un kilómetro. A Salvador le sorprendió que Yoko, cuyo tono de piel no era ni muy oscuro ni muy claro, no compartiera el pánico al sol que la mayoría de chicas vietnamitas tenían, porque pensaban que la piel clara era más bonita, y querían tener una piel lo más blanca posible.

Desde un banco rodeado de niños corriendo y gritando, vieron el sol descender por el horizonte y desaparecer, dejando tras de sí el agradable frescor que sigue al atardecer. Yoko le estuvo hablando de su infancia y de lo difícil que era para una humilde familia vietnamita hacerse cargo de cinco hijos, cuatro chicos y una chica.

—Cuando dijiste algo de tus hermanos pensé que tenías dos.

—No, tengo cuatro.

—Ha de ser extraño vivir rodeada de tantos chicos.

—Creo que por eso no soy la más femenina de las chicas.

—A mí me pareces muy femenina.

—Bueno, ya me irás conociendo —rio Yoko.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada. ¿Tienes hambre? —preguntó a Salvador cuando aún quedaban residuos de luz crepuscular en el parque.

—Sí. ¿Tú?

—Yo también, y quiero estar ahí a las seis y media, no me gusta llegar tarde.

—¿Llegar tarde a dónde?

—Es una sorpresa.

Después de disfrutar del parque, Yoko le llevó al puerto del distrito 4 en la calle Nguyen Tat Thanh. A esa hora, el tráfico era desesperante, especialmente en esa calle, una de las más odiadas de Saigón por ese motivo, pero al ser festivo la circulación era mucho más fluida. Yoko aparcó la moto en el área destinada a tal efecto, y Salvador vio un crucero pequeño acondicionado como restaurante.

—¿Vamos a cenar aquí?

—¡Sí! ¿Te gusta mi sorpresa?

—¡Me encanta! ¡Es genial! Nunca he comido en un barco, supongo que tú sí.

—No, yo tampoco.

—¿Es tu primera vez? —preguntó Salvador.

—Sí.

—Me alegro de que tu primera vez sea conmigo.

—Yo también.

De seis y media a siete estaba previsto que todos los pasajeros embarcaran. Subieron al crucero los primeros, Yoko quería ir a la terraza para disfrutar del ambiente nocturno y Salvador se dio cuenta de que no solo no quería llegar tarde, sino que quería ser la primera en llegar. De día, Saigón no era una ciudad con un gran atractivo visual, salvo en algunas partes muy concretas de la misma, pero por la noche, cuando el sol ya faltaba y la oscuridad engullía el mundo, las luces de la urbe le daban un encanto especial, y el mejor lugar para disfrutar de esas vistas nocturnas de la ciudad, como recordaba Salvador, era el río Saigón.

A las siete y cuarto el barco abandonó el puerto y empezó la cena. Había varios platos que intentaban dar una visión general de lo que era la cocina local a los turistas, que eran la mayor parte de los asistentes, aunque también había vietnamitas disfrutando de la cena en el río. Salvador ya había probado casi todo lo que el menú ofrecía, pero eso no disminuyó en absoluto el placer y la alegría que sentía compartiendo esos momentos con Yoko.

Durante el crucero pudieron disfrutar de un espectáculo de danza tradicional con instrumentos étnicos y de la actuación de un mago que hizo las delicias de los niños. A las nueve y cuarto volvieron al puerto y los invitados desembarcaron. A Salvador aún no le apetecía despedirse de Yoko, pero no era lo mismo tener 20 años y vivir con la familia que tener 41 y vivir solo, así que Yoko le dejó en su hostal y volvió al distrito 4. Tal y como habían quedado, en cuanto



estuvo en su habitación le envió sus dos proyectos por correo electrónico.

Santiago, Kim y Tom

Yoko tenía exámenes a principios de enero, y por culpa de la grabación de la película de televisión, que además había terminado cuatro días más tarde de lo previsto, no había podido estudiar. Estando más ocupada con sus estudios de lo que Salvador habría querido durante toda la semana, no le fue posible quedar con él.

El lunes 6 de enero nació la hija de Santiago y Hà, a la que habían decidido poner Kim por nombre, que en vietnamita significa oro o dorado. La pequeña Kim resultó ser una niña juguetona, saludable y de sonrisa fácil, pero con un tono de piel sospechosamente oscuro. La evidencia estaba ante los ojos de todos, sin embargo, nadie dijo nada, es decir, nadie dijo nada delante de ellos.

—¿Venga hombre, pero cómo va a ser suya? Ya te dije que no era suya —recordó Ramón.

—No lo sabemos, no podemos saberlo. Los genes se transmiten durante cinco generaciones —argumentó Enrique.

—Santiago no quería tener hijos, me dijo que siempre se ponía un condón cuando tenía sexo con Hà, para evitar sorpresas.

—A mí también me lo dijo, pero el condón no es fiable al 100%.

—Tú viste tan bien como yo al chiflado que empezó a repartir estopa en la boda y a su familia. Tiene el mismo color de piel que ellos.

—La verdad es que dijo que él era el padre, lo dijo delante de todo el mundo —intervino Salvador.

—Eso no quiere decir nada. ¿Cómo puede estar seguro? —replicó Enrique.

—Si lo dijo por algo será.

—La gente dice muchas cosas.

—Ya, pero si no lo es, ¿para qué ir a la boda a buscar bronca? ¿Para acabar en la cárcel? —argumentó Salvador.

—Una cosa es creer saber y otra tener la certeza —insistió Enrique.

—¿Le han metido en la cárcel? —preguntó Ramón.

—Claro que le han metido en la cárcel, a él y a varios de la familia, el tío de Hà es abogado, les ha acusado de un montón de delitos, alteración del orden público, daños materiales, amenazas, lesiones físicas y psicológicas a personas indefensas, e intento de homicidio con premeditación y alevosía.

—¿Intento de homicidio?

—A partir de las veinticuatro semanas el feto puede vivir fuera de la madre si se produjera un parto prematuro con la adecuada asistencia tecnológica, es decir que se le puede tratar como a una personita, además, el bebé de hecho ha nacido, pero esa vida fue puesta en peligro por varias mujeres cuando atacaron, golpearon y patearon a Hà en el suelo, poniendo en riesgo la vida de su actual hija —explicó Enrique.

—¿Cuántos años van a pasar en la cárcel?

—Ni idea, pero varios, seguro.

—Pero el supuesto exnovio no participó directamente en el ataque a Hà —reflexionó Ramón.

—No, pero dijo delante de todo el mundo que la mataría, y sus actos posteriores no le ayudaron el día del juicio. Atacó a Santiago y ayudó a las mujeres que sí atacaron a Hà. Eso le hace cómplice. Además, todos los que estaban alrededor de Hà y de esas mujeres impidieron que los amigos y familiares de Hà que querían ayudarla y protegerla pudieran hacerlo. Eso también es un delito.

—La verdad es que liaron una buena. Yo pasé miedo.

—Yo también —reconoció Enrique—, no todos somos modelos de combate como Salvador.

—Alguien tendría que decirle a Santiago que pida una prueba de ADN para saber seguro si es el padre o no —comentó Salvador.

—Yo no me atrevo a decirle nada —dijo inmediatamente Enrique.

—No es cosa mía, ya es mayorcito —se excusó Ramón.

—Pues anda que mía, yo no me considero ni su amigo —se desentendió Salvador.

—Oye, ¿cómo van las clases de vietnamita? ¿Valen la pena? —preguntó el de Zaragoza.

—Poco a poco, pero sí que valen la pena.

—¿Me recomiendas que me apunte?

—Apúntate, es una escuela seria, no es barata, pero al final recibimos según lo que hemos pagado —le animó Salvador.

—Claro, aprende vietnamita, te ayudará a conocer chicas, cuando un extranjero les habla en vietnamita, les encanta —explicó Enrique.

—Todo son ventajas —sonrió Ramón.

El jueves tuvo la cuarta clase con Tom, el hijo del capitán. Como Salvador sospechaba, el niño no tenía ningún tipo de base, se podía decir que durante los últimos cinco años apenas había aprendido nada en las clases de matemáticas. No queriendo problemas con un oficial del ejército vietnamita, le explicó claramente lo que quería hacer para intentar ayudar a su hijo. Al capitán, amante del orden y la disciplina,

le pareció bien. Salvador empezó por lo más básico y obligó a su estudiante a hacer sumas y restas de números de dos dígitos mentalmente, hasta que las respuestas le salían de forma automática.

Tom, que muy listo no era, pero sí tenía claro que su padre siempre se pondría del lado del profesor, preguntó a Salvador con mucha educación por qué no podía usar la cara calculadora que le habían comprado para hacer esas sumas y restas, a lo que Salvador le contestó con firmeza militar que la calculadora servía para hacer los cálculos que uno no era capaz de hacer con la cabeza, no para fomentar la holgazanería de los estudiantes.

La segunda pregunta fue si podía usar papel y bolígrafo para ayudarse cuando la suma o la resta fuese difícil, a lo que Salvador respondió que no existían sumas y restas de dos dígitos difíciles.

El hijo del capitán se dio cuenta de que no ganaría nada haciendo más preguntas y se enfrentó a los desafíos mentales de Salvador con la sumisión de un cadete temeroso del capitán.

El sábado, Salvador estaba inquieto. El día anterior Yoko había terminado los exámenes y habían quedado para ir a cenar al día siguiente, el domingo. Por un lado, estaba impaciente por volver a verla, y por otro, no podía dejar de pensar en la funesta tercera cita que había tenido con Hau hacía unos meses. Decidió que no forzaría la situación con Yoko como había hecho con Hau, aunque Ramón siempre le advertía de los peligros de ir demasiado despacio.

—Como te empiece a ver como un amigo, se acabó —siempre le decía su cómplice de Zaragoza.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—La tienes que besar.

—El otro día le di un beso.

—¿Dónde?

—En la mejilla.

—¡No, no, no! En la mejilla no —se exasperó Ramón—. ¡En la mejilla es donde dan los besos los amigos! Tiene que ser un beso apasionado.

—¿Y si no le gusta?

—¡Haz que le guste!

—A ver si te crees que soy Don Juan.

Temiendo una noche inquieta, Salvador quiso ver algo para calmarse, necesitaba que fuese divertido, relajado e intrascendente. Después de darle vueltas al asunto durante un buen rato, escogió la película musical *Annie*, la de 1982. Cuando terminó, escuchó varias veces la canción de la película que más le gustaba, *It's The Hard Knock Life.* Mientras lo hacía, reflexionó sobre los valores del largometraje que acababa de ver.

Annie, la protagonista, era una niña huérfana, y quien al final la adoptaba, era un multimillonario de raza blanca que se tuteaba con el presidente de los Estados Unidos, poseía una mansión que cortaba la respiración y tenía a su servicio a una legión de criados, entre los que había uno de raza india y uno de raza asiática. Detrás de una historia que pretendía ensalzar valores como la amistad, la empatía y el amor, se ocultaba un enaltecimiento de la supremacía blanca por encima de las otras razas, cuyo valor se limitaba a lo útiles que sus miembros pudiesen ser a sus señores caucásicos.

No podía negar que la película le gustaba, pero como en tantas otras historias que había visto o leído, se defendían subliminalmente valores pútridos que condenaban a la humanidad a un mundo de señores y vasallos, con todo lo que ello implicaba.

Salvador y Yoko, la tercera cita

Los ruidos habituales del vecindario le despertaron, el televisor de los dueños del hostal, los motoristas que tocaban el claxon al llegar a cada esquina y los vendedores ambulantes que pasaban por el callejón. Ninguna pesadilla enturbió el sueño de Salvador, que se dio cuenta de que llevaba varios meses sin soñar que estaba encerrado en una casa a oscuras de la que era imposible salir. Sintió curiosidad por saber cuanto tiempo había pasado exactamente. Se sentó en la cama y miró el calendario del teléfono.

La última vez que la pesadilla le había atormentado había sido el miércoles 25 de septiembre, se acordaba porque fue el día que quedó con Ngoc, y ella le dijo que se había acostado con dos hombres y que el Cartero había desestimado sus proyectos para hacer dos programas de televisión, algo difícil de olvidar. Ese día era domingo 12 de enero, así que llevaba 108 días seguidos, no estaba nada mal, era una buena marca. Se preguntó si tendría algo que ver con el hecho de dar las gracias y sentir gratitud cada noche al acostarse y cada mañana al despertar. Quizá una de las consecuencias de esa práctica fuese poder dormir mejor. De ser así, resultaría mucho más saludable y barato que las pastillas que vendían en la farmacia.

Como había hecho anteriormente, Yoko fue a buscarle en moto, pero en esa ocasión no quedaron en el número 219 de la calle Tran Hung Dao, que era donde empezaba el callejón en el que vivía él, sino que fue hasta el hostal para recogerlo. Salvador bajó de su habitación con el casco en la mano y al llegar a la entrada vio a una mujer que vestía un *ao dai* negro y rojo sosteniendo un ramo de rosas blancas con las dos manos.

En un primer momento, no la había reconocido.

—Te he traído un regalo —dijo Yoko ofreciéndole las flores con dulzura.

Era la primera vez en su vida que una chica le regalaba flores. A Salvador se le hizo un nudo en la garganta, se la quedó mirando sin saber qué decir mientras las lágrimas asomaban a sus ojos, a pesar de todos sus esfuerzos por contenerlas.

—¿No te gustan?

—Claro que me gustan —pudo decir al fin—, ¡me encantan! Es que me he emocionado y no sé qué decir.

—Puedes decir gracias —sugirió con sencillez.

—Gracias, muchas gracias Yoko, es el regalo más bonito que me

han hecho en mi vida —se liberó Salvador cogiendo las flores.

—¿Tienes un jarrón para ponerlas? No podemos ir por Saigón con un ramo de rosas.

—Sí, no, no tengo, pero seguro que los dueños tienen. Pero no me entenderán, ellos no hablan inglés.

Yoko se acercó a hablar con la pareja vietnamita, que estaba viendo la tele, como acostumbraba a hacer a esa hora, y la mujer fue a buscar un jarrón para Salvador. Este puso el ramo dentro, subió a su habitación y lo llenó de agua. Después de dejar las flores encima de la mesa, fue al cuarto de baño a lavarse la cara para hacer desaparecer las lágrimas que se le habían escapado.

Bajó de nuevo, aún algo aturdido por la emoción del momento, y se fijó en la vestimenta de la chica, a la que, deslumbrado por las rosas blancas, no había podido prestar la debida atención. Yoko se había puesto el *ao dai* más elegante y delicado que había visto nunca, era precioso, más hermoso incluso que el que Hà había llevado el día de su boda. Estaba hecho a medida con una tela negra muy fina y tenía bordados detalles decorativos rojos. Se ajustaba perfectamente al cuerpo, enfatizando el busto y las caderas.

El *ao dai*, aunque cubría todo el cuerpo de Yoko, de alguna manera era provocativo. Los elementos rojos dibujaban figuras geométricas que sutilmente atraían la atención hacia el pecho, la cintura y las caderas. La parte superior del *ao dai* ocultaba los pantalones, que eran rojos, por delante y por detrás, pero permitía ver la parte lateral de los mismos, lo que hacía que al andar, atrajera la mirada hacia las piernas de ella.

El Moon estaba en la calle Pasteur, entre Huynh Thuc Khang y Ham Hghi, en una zona en la que había varios restaurantes, bares y coctelerías. Yoko, para evitar sorpresas no deseadas, había reservado mesa para dos a las siete de la tarde.

Como había leído en internet, se trataba de un restaurante ideal para ir con una chica, al ser bastante pequeño no había ni espacio ni mesas lo bastante grandes para dar cabida a un grupo muy numeroso de personas. Las paredes y el techo eran oscuros y encima de las mesas, dispuestas de forma irregular, había lámparas de varios colores hechas a mano que producían una íntima luz cálida.

—Son de Hoi An —le explicó Yoko al ver que se las quedaba mirando—, están hechas con bambú y seda o satén de colores.

—¿De dónde?

—De una ciudad en el centro de Vietnam que se llama Hoi An. Las hacen desde hace cuatrocientos años.

—Son preciosas.

—Sí que lo son. ¿Qué te apetece comer?

—Sorpréndeme —se dejó llevar Salvador.

—¿Estás seguro de que no quieres ver la carta?

—No hace falta. Confío en tu criterio.

—Como quieras.

Yoko se quedó mirando la carta con atención y pasó las hojas lentamente.

—¿Un plato vegetariano? —preguntó Yoko.

—Sin problema.

—Voy a pedir *hu tieu chay*, sopa de fideos con verduras. Es una comida típica del delta del Mekong, muy popular en dos ciudades, Ben Tre y My Tho. Si pedimos dos cosas que se parecen en apariencia, pero con un gusto distinto, te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Pues voy a pedir un plato de Hai Phong, una ciudad del Norte. Se llama *banh da cua*, también es una sopa de fideos, pero con cangrejo, y los fideos son marrones porque cuando los hacen añaden un poco de caramelo líquido para oscurecerlos. Pediré el *banh da cua* con pescado, es más sabroso. Y… algo con arroz, *chao ca*, que es como un *porridge* hecho con arroz y pescado. ¿Te gusta el marisco?

—Me encanta —respondió Salvador.

—*Chao ca* con marisco. ¿Hay algo que no te guste?

—Una vez probé una cosa pequeña de color rosáceo que era asquerosa, estaba envuelta en una hoja verde.

—¿Te acuerdas del nombre? —Quiso saber Yoko.

—No, ni idea.

—Pues eso, *hu tieu chay, banh da cua* con pescado y *chao ca* con marisco. Y si te quedas con hambre ya pediremos algo más, que tú tienes pinta de glotón.

—Un poco glotón sí que soy.

Yoko hizo un gesto y uno de los camareros se acercó a tomar nota.

—¡Una boda! —se exaltó Yoko que estuvo a punto de atragantarse con los fideos de color marrón.

—Sí, mi amiga Huyen se casa dentro de poco, durante el Tet y… ya sé que apenas nos conocemos, pero se me ha ocurrido que a lo mejor te apetecía ir conmigo a la boda de mi amiga. Mi amiga Huyen.

—Quieres que te acompañe a la boda de tu amiga —dijo Yoko recuperando la compostura y suspirando.

Salvador se la quedó mirando con cierta preocupación, quizá no tendría que haberla invitado, ya cometió un error en la tercera cita con Hau y acababa de hacer lo mismo con Yoko.

—Si no te apetece, no tienes por qué venir —dijo Salvador, intentando arreglarlo.

—No, no es eso, claro que iré a la boda contigo. Es que me has

pillado por sorpresa. Normalmente, no voy a bodas.

—¿No? ¿Por qué no?

—No deja de ser un negocio, uno de tantos. Una oportunidad para algunos de ganar mucho dinero, y para otros de gastarlo e intentar aparentar. Mi idea de cómo tendría que ser una boda es la opuesta a cómo es una boda normalmente.

—¿Cómo te gustaría que fuese tu boda? —Salvador degustaba los fideos de color marrón con entusiasmo mientras la escuchaba.

—No se trata de cómo me gustaría que fuese mi boda, sino de cómo tendría que ser una boda —aclaró Yoko.

—Soy todo oídos.

—El primer problema de las bodas es la multitud, mucha gente cree que cuanta más gente vaya a una boda mejor, pero para mí es cuanta más gente vaya a una boda peor. Tendría que ser algo íntimo, especial, solo con los más allegados, familiares cercanos y unos pocos amigos de toda la vida o quizá ni eso. ¿Qué sentido tiene ir a bodas en las que apenas conoces a nadie? ¿O invitar a los compañeros del trabajo, o los jefes, a los que solo se les invita para quedar bien? ¿O a conocidos que no son ni amigos de verdad, o a las parejas de los amigos?

—Para quedar bien, supongo.

—Cuantos más van a la boda, más superficial es todo. El verdadero valor no lo da la muchedumbre y el ruido que esta hace, sino la cercanía y complicidad entre los que están verdaderamente allegados al novio y a la novia.

—¿Cuánta gente crees que tendría que ir a una boda para que cumpliese con lo que dices?

—Treinta.

—Treinta invitados por parte de la novia y otros treinta por parte del novio?

—No, treinta personas máximo, incluyendo a los novios.

—¡Pero si eso es poquísimo!

—Treinta es un número perfecto.

—¿Perfecto para qué?

—Para poder hacer una ceremonia que sea realmente especial, para poder hablar con todo el mundo un poco, para poder compartir algo íntimo y bello.

—Supongo que tienes razón en lo de poder hablar un poco con todos los asistentes a la boda, es un buen número en ese sentido —razonó Salvador.

—Esa solo es una de las cosas que me molestan de las bodas, el sin sentido de la multitud, las apariencias y el quedar bien.

—¿Qué más te molesta?

—El despilfarro. Gastar mucho dinero en un traje de novia que

solo se va a usar una vez.

—Me imagino que esa es la idea, es un día especial y hace falta tener algo único e irrepetible.

—¿Para qué?

—Para que esté claro quién es el novio y quién la novia —aventuró Salvador sin convicción.

—No tiene ningún sentido.

—La verdad es que nunca me había preguntado por qué los trajes de boda solo se usan una vez.

—El traje de un novio o de una novia tiene que ser lo más bonito posible, seguro, pero es absurdo gastar un montón de dinero en algo que solo se va a usar una vez. A los únicos a los que beneficia es a los fabricantes y vendedores de esos trajes, al negocio del despilfarro.

Salvador seguía dándole vueltas al asunto de que los trajes de boda solo se pudiesen usar una vez en la vida cuando Yoko volvió a la carga.

—Después está el tema de la música, que quizá sea diferente en tu país, eso espero, pero aquí en Vietnam, la selección musical en las bodas, el volumen al que la ponen y el momento en el que la ponen, dejan mucho que desear.

—En eso te doy la razón —Salvador recordó la boda de Santiago y Hà, y lo molesta que les había resultado la música a todo volumen mientras comían.

—La música tendría que ser melódica y agradable durante el banquete, sin que interfiriese en ningún momento en las conversaciones de los invitados que están charlando.

—Lo de la música, en otros países no tengo ni idea, pero en las bodas en España es mucho mejor, al menos en las que he estado. La gente no tiene que hablar a gritos como en la boda a la que fui en Giang Vang. No sabía que siempre fuese así.

—¡Siempre es así!

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! —se quejó con resignación Yoko—. Si algún día me caso, tendré que tomar el control de todo. Y después de comer la gente se va, como si la boda en sí no tuviese ninguna importancia.

Salvador, que pensaba que la lista de quejas sobre las bodas había terminado y estaba concentrando en el *hu tieu chay*, la sopa de fideos con verduras, volvió a levantar la mirada mostrando la debida atención al discurso de Yoko.

—¿También se va la gente después de comer en las bodas en España?

—No, en las bodas a las que he ido en España, después del banquete hay música, la gente baila o se queda tomando café y licores

y conversando tranquilamente durante un buen rato.

—Ves, eso está bien, es como tendría que ser en todas partes. Aquí la gente llega, se saluda, dan el sobre con dinero, se sientan, comen bombardeados por una música, digo música por llamarlo de alguna manera, a un volumen brutal, y cuando terminan de comer se van.

—Parece un poco frío.

—Exacto. Y además está lo de los sobres.

—Pero yo tenía entendido que en una boda vietnamita había varias partes, en casa del novio, en casa de la novia, después el convite… Bueno, al menos eso me contó Huyen.

—Las hay, pero yo estoy hablando del convite, de la celebración con los invitados —dijo Yoko un tanto molesta por la interrupción.

Salvador jugueteó con los palillos y una bolita blanca que flotaba entre los finos fideos del plato vegetariano. Como Yoko se había quedado callada, intentó cambiar de tema.

—Me encanta el *hu tieu chay*, no esperaba que una sopa de fideos con verduras fuese tan sabrosa.

—¿Te gusta? —preguntó Yoko sonriendo de nuevo—. Es mi *hu tieu chay* preferido en Saigón. Me encanta, siempre que quiero comer *hu tieu chay* vengo aquí. Pero no cambiemos de tema, te iba a hablar de lo de los sobres.

—Lo siento, háblame de los sobres.

—Antes del convite, la norma es dar un sobre con dinero a los novios.

—En España también se da dinero a los novios.

—No me interrumpas —le cortó Yoko.

—Lo siento.

—Decía que los invitados tienen que dar un sobre con dinero a los novios. Y los novios, bueno, los novios o quien sea, apunta en una lista el nombre de la persona y el dinero que ha dado.

Salvador había conseguido al fin cazar la bolita blanca con los palillos de madera y cuando estaba a punto de introducirla en la boca para comérsela, al escuchar las últimas palabras de Yoko, se le escapó y cayó en la sopa salpicando parte de la mesa. No se atrevió a hacer ningún comentario al respecto, y Yoko le lanzó una mirada desaprobadora.

—¿Qué haces? Eres un desastre. Usa la cuchara y no hagas cosas raras.

—Lo siento —dijo Salvador, que se había puesto colorado como un tomate.

—¿No me vas a preguntar por qué apuntan la cantidad de dinero que cada invitado da a los novios el día de la boda?

—Lo siento. ¿Por qué apuntan la cantidad de dinero?

—Deja de decir lo siento. Porque cuando los novios tengan que ir a la boda de esa persona, esa es la cantidad de dinero que les van a dar.

La pregunta de qué pasaba si los que daban dinero a los novios ya estaban casados, y otras relacionadas con el tema, cruzaron por la mente de Salvador, pero le pareció más sensato no decir nada y dejar que Yoko hablara.

—¿Qué te parece?

—Muy… matemático —acertó a responder Salvador, que no sabía qué decir.

—¡Es terrible! —Se exasperó Yoko, que, sin darse cuenta, había alzado la voz atrayendo las miradas de las personas sentadas cerca de ellos—. Es como un negocio. ¿A ver cuánto me ha dado este? ¿Solo esto? ¿A ver cuanto me ha dado el otro? ¿Hacen lo mismo en España?

—Que yo sepa no.

—Lo sabía.

Yoko, que se había sulfurado hablando de los convites de boda, continuó comiendo en silencio. Salvador, firmemente decidido a no hacer enfadar a Yoko, usó la cuchara para evitar otro incidente como el de la bolita blanca escurridiza, y se enfrentó a la tesitura de si debía sacar a colación el tema de la boda de Huyen otra vez o no. Mientras se devanaba los sesos decidiendo qué debía hacer, ella resolvió el problema.

—Aunque no lo parezca, tengo un carácter fuerte, pero no me malinterpretes, me alegra que me hayas invitado a ir contigo, y estaré encantada de ser tu acompañante en la boda de tu amiga.

—Muchas gracias —dijo Salvador aliviado.

—Pero no más bodas, al menos este año. Con una al año es más que suficiente.

—No más bodas este año.

Después de cenar les apeteció ir a tomar algo. Buscaron una cafetería cerca del Moon, pero solo encontraron una que estaba en el sótano de un hotel. Entraron y pidieron un par de cervezas, pero dentro había un grupo de personas muy ruidosas, y la música estaba demasiado alta.

—Lo que te decía del ruido —dijo Yoko agobiada—. ¿Por qué es tan difícil encontrar sitios tranquilos en Saigón?

—No solo en las bodas hay ruido.

Yoko tomó la iniciativa, se levantó y fue a hablar con el camarero. Tras una corta conversación volvió con una sonrisa triunfal en los labios.

—Deja la cerveza y ven.

—¿A dónde vamos?

Subieron las escaleras y se sentaron en dos de las cómodas butacas de la entrada del hotel, el camarero les dejó las cervezas en una mesa baja que había delante de ellos. Desde donde estaban podía ver la calle a través de una amplia cristalera, y no tenían que soportar el ruido de los clientes ni la música marchosa de la cafetería.

Las cervezas que se había bebido durante la cena hicieron efecto y Salvador tuvo que ir al cuarto de baño. Al volver había un hombre de pie delante de Yoko hablando con ella. Al verle y darse cuenta de que no se trataba de nadie que trabajase en el hotel sintió una punzada de celos, era la primera vez en su vida que sentía algo así y se sintió incómodo.

No sabía muy bien cómo debía comportarse en esa situación, así que se limitó a sentarse sin mirar a aquel hombre y sin darle importancia, pero no pudo evitar entender lo que estaba sucediendo, el intruso estaba pidiéndole el número de teléfono a Yoko, y esta le repitió tres veces que lo sentía, pero que no se lo iba a dar, y finalmente tuvo que alzar un poco la voz y pedirle que se fuera. El hombre se hizo un poco el remolón y se fue, pero la sensación de incomodidad permaneció en Salvador.

—Solo me estaba preguntando algo, no pasa nada.

—Claro, no hay problema.

Salvador se moría de ganas de preguntarle a Yoko cuándo podrían ir a alguna productora a presentar sus proyectos para televisión, pero temía que, habiendo estado ocupada como había estado, eso la agobiase o la pusiese de mal humor. Como si le hubiese leído el pensamiento, ella reaccionó a su malestar.

—¿Te preocupa algo?

—¿Preocupar? No, no, no me preocupa nada, solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Bueno, sé que estos días has estado muy ocupada con los exámenes.

—Ya los he terminado. Menos mal. Estaba muy agobiada. Pero ahora estoy bien, así que suelta lo que tengas que decirme.

—Nada, me preguntaba cuando iríamos, cuándo tendrías tiempo y sería posible ir a alguna productora.

—¡Ah, era eso! Me habías preocupado. Iremos mañana.

—¿Mañana?

—Dijiste que querías ir lo antes posible.

—Y quiero ir lo antes posible. Es que como no me habías dicho nada…

—Era una sorpresa.

A las diez, Yoko le dejó delante del hostal. Salvador quería sellar

el momento de una forma especial, pero se acordaba de la tercera cita con Hau y no se atrevió a provocar otro desastre, así que se limitó a darle un beso en la mejilla. Ella sonrió y le besó apasionadamente.

Subió las escaleras que llevaban a su habitación, aún aturdido por la reacción inesperada de Yoko, entró, se sentó en la cama y contempló las rosas blancas dentro del jarrón durante un buen rato. Mientras lo hacía, recordó que después de la primera cita había tenido una profunda experiencia de silencio, y que, mientras estaba en ese estado, había podido sentir claramente la respiración y una sensación difícil de describir, como un agradable cosquilleo o vibración que le recorría por todas partes.

Se dio cuenta de que si llevaba la atención al cuerpo en ese momento, podía notar el ritmo regular de la respiración, y que si concentraba más el foco de la atención, podía sentir ese cosquilleo o vibración que había experimentado aquel día, aunque con una intensidad menor. Se preguntó si prestando atención a la respiración y al cuerpo podría volver a alcanzar aquella paz y silencio mental que había sentido en algunas ocasiones.

Apagó la luz dejando la habitación en penumbra, se puso cómodo y se tumbó en la cama. Se percató enseguida de que con los ojos cerrados le resultaba mucho más fácil tomar conciencia tanto de la respiración como del cuerpo. A medida que se concentraba en ambos, el flujo de pensamientos normalmente torrenciales e incontrolables se diluía, y, aunque no llegó a desaparecer por completo, se convirtió en un manso río de aguas tranquilas.

Un mensaje le interrumpió.

Yoko:
Gracias por esta noche maravillosa.

Parte tres

De productora en productora

El director de proyectos se quedó mirando a Yoko y a Salvador durante unos segundos.

—Estoy muy ocupado, pero por deferencia a ella os concedo dos minutos.

Yoko usó el tiempo que le habían dado sin malgastar ni un solo segundo, y dedicó un minuto a explicar cada uno de los dos proyectos. Al terminar le dio una copia impresa de los mismos y se despidió con educación.

Ya en el ascensor, Salvador recuperó el habla.

—Nos ha dado dos minutos de tiempo, literalmente. Increíble.

—Es como funciona, esta es la productora más grande en la que tengo algún contacto, normalmente es imposible hablar con alguien como él a no ser que le conozcas. Yo le conozco poco, por eso nos ha dado dos minutos. Si le conociese más nos habría dedicado más tiempo —explicó Yoko.

—Y si no le conocieses, no habría hablado con nosotros.

—Así es.

—No me esperaba algo así.

—Bienvenido al maravilloso mundo audiovisual.

—¿Todas las reuniones van a ser así?

—No, a los de las otras productoras les conozco más. He empezado por esta a propósito. Ni siquiera estaba segura de que nos recibiría.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—REC Studio.

—La productora más grande de Vietnam.

—No la más grande de Vietnam, la más grande en la que tengo algún contacto.

—¿A dónde vamos ahora?

Yoko conocía a Trinh, la dueña de Magic Media, una pequeña productora con una minúscula oficina que luchaba por sobrevivir en el difícil mercado audiovisual vietnamita. El trato fue mucho más familiar, Trinh les invitó a sentarse y le pidió a la secretaria que les preparara té, habló largo y tendido con Yoko y la escuchó con atención mientras esta le explicaba lo que Salvador se traía entre manos.

Magic Media no se podía permitir implicarse en proyectos externos, desarrollar los suyos propios ya era bastante difícil, y no

tenía la capacidad económica para embarcarse en los de otras personas, pero Trinh le dio un contacto a Yoko, y le dijo que yendo de su parte les recibiría o el jefe de proyectos o su ayudante.

—Mejor que nada —suspiró Salvador.

—No te desanimes, nadie dijo que fuese a ser fácil.

Skyfilms debía ser una productora mediana, o eso le pareció a Salvador cuando entraron. Sus oficinas eran mucho más humildes que las de REC Studio, pero al menos se les podía llamar oficinas, Magic Media solo tenía un cuarto pequeño en las afueras de la ciudad.

Phuoc, el jefe, era un hombre de apariencia divertida, bajito, regordete y con unas gafas enormes que parecía que se iban a caer al suelo en cualquier momento. Saludó a Yoko con jovialidad y no dudó en atenderles en su despacho y prepararles té él mismo. Phuoc bromeaba, creando un ambiente muy relajado, y hacía preguntas no solo a Yoko, sino también a Salvador, que tardó un poco en reaccionar porque en las otras dos productoras solo ella había hablado de los proyectos.

No tardó en darse cuenta de que tras el manto de cordialidad y el aspecto gracioso de Phuoc, se ocultaba una mente perspicaz que le hacía preguntas capciosas, y le ponía a prueba una y otra vez, para ver si Salvador sabía lo que se hacía o no.

Como en un partido de tenis, fue devolviendo pelotas cada vez más envenenadas, hasta que tan repentinamente como Phuoc había empezado a lanzarlas, dejó de hacerlo, y se dirigió a Yoko en vietnamita, se guardó los proyectos, se despidió de ellos y les acompañó hasta la salida.

—¿Qué ha dicho al final?

—Que eres un hombre muy inteligente.

—¿En serio?

—Le has gustado.

—Me siento alagado, pero no me has ayudado cuando ha empezado a hacerme preguntas difíciles.

—No ha hecho falta.

—¿Y si hubiera hecho falta?

—¿Ha hecho falta?

—No, pero…

—Nada de peros. Son tus creaciones y tienes que ser capaz de defenderlas.

—Un poco de ayuda no me habría venido mal.

—Quejica.

—¿Les ve posibilidades?

—Se lo tiene que estudiar con calma.

—¿Tenemos más reuniones?

—Una más. La última.
—¿Cuánto conoces a la persona a cargo?
—Nada, mi amiga Trinh, la de Magic Media, me ha dado el contacto.
—No he visto que hablases con nadie.
—Le he enviado un mensaje.
—¿Y qué ha dicho?
—Que está muy ocupado, pero podemos hablar con su ayudante.
—Como no le conocemos personalmente, no va a hablar con nosotros.
—Es como funciona.
—Es como funciona —repitió Salvador.

Vy, la ayudante del jefe de desarrollo de proyectos de Asia Studio, había hecho los deberes y se había leído lo que Yoko le había enviado por correo electrónico un par de horas antes.

Como no se conocían previamente, Yoko se presentó con su verdadero nombre vietnamita, Hoa. Los tres entraron en una sala de reuniones en la que había una enorme mesa de madera rodeada de diez sillas. Se sentaron, y después de unos minutos de charla intrascendente, Vy les explicó que su política de producción no incluía *reality shows*, así que uno de los dos proyectos había sido descartado de inmediato. Salvador lidió con la inevitable desilusión en silencio.

Vy era una jovencita rolliza y apasionada a la que en más de una ocasión la sinceridad y sus buenas intenciones la habían metido en problemas. Intentaba ocultar su jovialidad tras una camisa azul y una falda corta gris que le daban un aspecto muy formal, pero el brillo de sus ojos y una sonrisa espontánea la delataban.

Tenía muchas preguntas para ambos, tanto para Yoko como para Salvador, pero a diferencia de en la última reunión, no hubo ninguna que estuviese envenenada, todo tuvo lugar con la más exquisita profesionalidad. Cuando la curiosidad de Vy fue saciada por completo, hizo su propia valoración personal.

—El proyecto me ha gustado mucho, creo que el mercado necesita más historias de mujeres que no caigan en tópicos y estereotipos, y el hecho de que las tres protagonistas posean esta habilidad especial de la que me habéis hablado, abre un amplio abanico de posibilidades para hacer varias temporadas sin aburrir al espectador.

»Además, me parece muy ventajoso que Hoa quiera interpretar el papel de la chica adolescente. Tener una cara conocida siempre ayuda a levantar un proyecto.

Salvador se había quedado sin habla y Yoko acudió en su ayuda.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Se lo pasaré a mi superior, el jefe de desarrollo de proyectos, e intentaré organizar una reunión con él.

De café en café

Las reuniones y la distancia entre las productoras habían hecho que Salvador no hubiese podido ir a clase de vietnamita, pero poco le importaba en ese momento. No podía quitarse de la cabeza lo que Vy, la chica con la que habían hablado en Asia Studio, les había dicho, que le había gustado mucho su historia y se la pasaría a su superior para intentar organizar una reunión con él. ¿Estaría a punto de producirse un cambio crucial en su vida?

Después de almorzar con Yoko, esta tuvo que ir a clase y Salvador volvió al hostal. Al ver las rosas, recordó que a su madre también le gustaban las flores blancas. Se dio cuenta de que hacía varios días que no hablaba con ella ni con su hermana y les envió un mensaje para que lo vieran cuando se despertasen y hacer una videollamada antes de que su hermana fuese a trabajar. En esa época del año había seis horas de diferencia, a mediodía en Vietnam eran las seis de la mañana en España.

Su familia siempre se había caracterizado por madrugar, y a la una en Saigón (las siete en Barcelona) los tres estaban delante de sus respectivas cámaras. Salvador se moría de ganas de contarles en detalle la reunión con la cuarta productora, pero prefirió ser prudente y se limitó a decir que la ayudante iba a intentar organizar una reunión con su jefe y no dijo nada de que le había gustado mucho el proyecto.

Por la noche quedó con Ramón y Enrique, Huyen estaba ocupada con los preparativos para la boda. Fueron a *Ho Con Rua*, el lago de la Tortuga, nombre con el que se conocía la rotonda que conectaba las calles Vo Van Tan, Pham Ngoc Thach y Tran Cao Van en el distrito 1, a apenas quinientos metros de la Catedral de Notre Dame en Saigón.

A pesar de lo que el nombre hiciera pensar, en el lago de unos cien metros de diámetro no había ninguna tortuga, aunque sí muchos peces. A su alrededor se congregaban jóvenes vietnamitas para tomar algo y charlar, sobre todo cuando oscurecía y la temperatura se hacía más soportable.

Alrededor del popular lago de la Tortuga, varios cafés se disputaban los posibles clientes y los tres amigos optaron por uno que no pertenecía a ninguna de las grandes y conocidas cadenas que proliferaban en Saigón. El elegido tenía buenas vistas al lago, y se veía limpio y luminoso. Era lo que ellos llamaban una cafetería de verdad, con identidad propia.

—La conocí el otro día —explicó excitado Ramón.
—¿Dónde? —preguntó Salvador.
—En un chat.
—¿Friends in Vietnam?
—No, otro que encontró Enrique hace unas semanas.
—Hay que descubrir nuevos horizontes. —Enrique, el menudo compañero de piso bilbaíno de Ramón, sonrió con picardía.
—¿Cómo se llama? —preguntó Salvador.
—Fishing.
—Pescando, un nombre oportuno.
—¿Has quedado con alguna?
—Con varias.
—Tú no pierdes el tiempo —dijo Salvador—. ¿Cómo se llama la chica que conociste el otro día en Fishing? —preguntó a Ramón.
—Quy.
—¿Ya has quedado con ella?
—Dos veces.
—¿Y…?
—Es una leona.
—¿En la cama?
—¡Sí!
—¡Has quedado dos veces y ya te has acostado con ella! —se sorprendió Salvador.
—La primera vez ya nos acostamos.
—¿La primera? Tímida no es.
—Al principio creí que sí lo era, quedamos en De Tham, en la cafetería que tiene un balcón que da a la calle. ¿Sabes cuál digo?
—Sí, creo que se llama Cafe De Tham.
—Quedamos ahí, en el balcón, y apareció con un vestido blanco ajustado, pero no muy provocativo, sin escote, y la falda no era muy corta. Se había maquillado usando un poco de brillantina o purpurina, no sé exactamente qué era, pero parecía una muñeca, estaba guapísima.
—¿Cuántos años tiene? —quiso saber Enrique, que había estado bastante callado, pero no se perdía ningún detalle de lo que Ramón contaba.
—Veintitrés.
—Un yogurcito. ¿De qué trabaja?
—Es peluquera. Al principio no hablaba mucho y pensé que o era tímida o se estaba aburriendo. Dijo que le gustaba más escuchar que hablar, así que le seguí contando mi vida hasta medianoche y como no parecía querer irse le pregunté si tenía sueño.
»Dijo que no, y aunque yo no tenía intención de hacer nada, cuando me preguntó si vivía lejos pensé que quizá no era la chica

tímida por la que la había tomado. Le dije que vivía en el distrito 2 con un amigo en un apartamento con vistas al río, y aunque no las tenía todas conmigo, le pregunté si quería ver dónde vivía, ¡y dijo que sí!

Salvador supuso que aún no habían encontrado a un nuevo compañero de piso para sustituir a Santiago, que hacía más de dos meses que se había ido a vivir con Hà, su mujer. Estuvo a punto de preguntar, pero Ramón estaba demasiado excitado hablando de Quy, la chica a la que había conocido en la aplicación Fishing y prefirió no interrumpirle.

—¡La trajiste a casa y yo ni me enteré! ¿Cuándo? —preguntó Enrique.

—El viernes.

—El viernes la trajiste por primera vez. ¡Qué cabrón! ¿Cómo fue?

—Increíble. Me hizo cosas que no me habían hecho en mi vida.

—¿Como qué?

—No sabía lo que era, pero lo busqué por internet. Se llama *pompoir*.

—Es la primera vez que escucho eso.

—Yo también —reconoció Salvador.

Enrique buscó la palabra con su teléfono y miró alrededor, todos los clientes eran, o al menos parecían vietnamitas.

—Supongo que esta cafetería no está precisamente llena de gente que entienda el español.

—Y si lo entienden da igual, lee —exigió Salvador. Enrique leyó en voz alta.

—Técnica milenaria de Oriente. Nació en India y se desarrolló durante siglos en Tailandia.

—En Tailandia, eso explica muchas cosas —observó Salvador.

—La técnica pasa de madres a hijas para potenciar las habilidades sexuales de la futura esposa.

—¿Pero en qué consiste?

—Espera. Aquí. Consiste en la contracción y relajación secuenciada de los músculos pubocoxígeos durante el coito.

—No parece nada especial.

—No te lo parece porque nunca te lo han hecho —se rio Ramón.

—Ya, es verdad —reconoció Salvador.

—Quy es una experta, no solo por lo del *pompoir*, es… es todo, es la amante perfecta.

—Si querías que nos pusiésemos celosos lo has conseguido —dijo Enrique—. ¿Y tú qué, Salvador? Que me ha dicho un pajarito que tienes una jovencísima novia que es actriz.

—No, no, de novia, nada. Hemos quedado cuatro veces, pero lo

de hoy no cuenta, ha sido por trabajo, da igual, que aún no ha pasado nada.

—¿Seguro que no ha pasado nada? —pinchó Ramón.

—Bueno, ayer me dio un beso.

—¿Te dio un beso o le diste un beso?

—Yo le di un besito de despedida en la mejilla para no violentarla y ella, ella…

—¿Ella qué?

—Me besó.

—¿Apasionadamente? —preguntó Enrique.

—Supongo.

—¿Cómo que supongo? Te besó apasionadamente o no te besó apasionadamente —insistió Enrique.

—Sí, fue un beso apasionado —reconoció Salvador.

—No veas cómo os ponéis los dos, uno con la experta en *pompoir*, tú con la actriz y yo haciéndome solitarios, día sí, día también.

—Pero si has dicho que ya has quedado con varias —dijo Ramón.

—Una cosa es quedar y otra consumar.

—¿Cuánto hace que no toca?

—Demasiado.

—Siempre es demasiado.

—No lo dirás por ti, cabroncete, que el viernes fue hace solo tres días.

—El viernes por la noche fue la primera vez, ayer domingo la segunda —soltó Ramón, no sin cierto orgullo.

—¡Qué cabrón! —se quejó Enrique.

Larry y Donovan

Antes de acostarse, decidió hacer lo mismo que había hecho la noche anterior después de su tercera cita con Yoko. Se dio una ducha, apagó las luces y abrió un poco la cortina para dejar entrar algo de luz en la habitación. Se sentó en la cama con la espalda recta y se quedó mirando las rosas blancas que ella le había regalado. Intentó no alimentar sus pensamientos y se limitó a contemplar la belleza de las flores durante unos minutos.

Mientras lo hacía, llevó la atención a la acción de inspirar y espirar. Lo único que importaba eran las flores y el flujo de aire entrando y saliendo de sus pulmones. A medida que se centraba en la respiración, empezó a tomar más y más conciencia de su cuerpo y de la sutil energía que existía y fluía en su interior.

Una vez se sintió relajado, cerró la cortina, sumiendo la habitación en la habitual penumbra nocturna y se tumbó en la cama boca arriba, con las piernas ligeramente separadas y los brazos al lado del cuerpo, con las palmas mirando hacia arriba. Cerró los ojos y llevó toda la atención a la respiración y a la sutil vibración del cuerpo.

Tal y como había sucedido el día anterior, los pensamientos no desaparecieron por completo, pero su número e intensidad se fueron debilitando paulatinamente, siendo cada vez menos importantes y molestos.

Al cabo de un rato se sentía muy bien y pasó a dar gracias por todo lo bueno que le había sucedido en la vida y en aquel día en concreto. Ya no se limitaba a repetir mentalmente meras palabras vacías, sino que sentía gratitud de verdad, era la primera época en su vida adulta en la que sentía verdadera gratitud.

Feliz por las sensaciones que había experimentado, decidió aplicar esa nueva rutina a diario antes de irse a dormir y al despertar. Lo hizo cada día, con disciplina de hierro, por las noches dormía mejor, y durante el día se sentía más alegre, vital y tranquilo.

Hasta fin de mes quedó varias veces con Yoko, fueron a pasear por el parque, a cafeterías y a restaurantes. Salvador se moría de ganas de llevarla a su habitación y acostarse con ella, pero se controló y dejó que los días pasasen sin forzar la situación, en un par de semanas tendría lugar la boda de Huyen con su prometido francés, y dormiría con ella en el pueblo de su amiga. Además, habían decidido viajar juntos unos días aprovechando las vacaciones del Tet, y eso le daría la oportunidad que estaba esperando de intimar más con ella.

El martes 21 de enero quedó para almorzar con Donovan, el estadounidense nostálgico al que se le hacían las tantas por la noche leyendo, escuchando música y tocando la guitarra. Uno de sus objetivos era ganar dos mil dólares al mes, pero por mucho que lo había intentado, raramente pasaba de los mil quinientos.

—Con mil quinientos se puede vivir bien en Vietnam. Yo gano mucho menos —comentó Salvador.

—No te diré que no, pero todo cuesta, los visados o tarjetas de residencia temporal y los permisos de trabajo son caros. Los alquileres en Saigón, si no vives en un lugar infecto, no son precisamente baratos.

»Si quiero volver a mi país una vez al año para ver a mis familiares y amigos, tengo que comprar un billete de avión que cuesta más de mil dólares y costearme una habitación ahí, eso son mínimo treinta dólares al día, más comida, que también cuesta dinero.

»Mientras tanto, el alquiler en Vietnam se tiene que seguir pagando, no te van a guardar la habitación o el apartamento por tu cara bonita. Además, hay que hacerse con un buen seguro médico, como tengas un accidente grave y te hospitalicen durante varias semanas… Por cierto, ¿tienes seguro médico?

—No, ir al médico en Vietnam debe ser barato.

—Ja, ja, barato, quizá para los vietnamitas, no para ti. Ve a un hospital que acepte extranjeros y pregúntales cuánto tendrías que pagar cada día si tuvieses que estar ingresado en el hospital, y cuánto cuestan los análisis de sangre, radiografías, resonancias magnéticas, transfusiones de sangre u operaciones.

—¿Cuánto cuesta estar hospitalizado?

—Depende del hospital, pero fácilmente varios cientos de dólares al día solo por estar ingresado. Otros gastos aparte.

—¡Al día! —Se estremeció Salvador.

—Lo que oyes. Hazme caso y contrata un seguro médico lo antes posible.

—¿Cuál me aconsejas?

—Hay baratos, pero no te los recomiendo, uno bueno son más de mil dólares al año.

—Me has dejado acojonado con eso de los gastos médicos. En cuanto pueda me hago uno.

—Otra cosa que nos afecta a los profesores que como yo trabajamos en las escuelas públicas vietnamitas, es que cierran en verano, y eso son tres meses sin trabajar, que se dice pronto. Sí, hay academias de inglés que están abiertas todo el año, pero hay muchos profesores trabajando en las escuelas vietnamitas, y todos tienen el mismo problema en verano.

—No es tan bonito como parece.

—No.

—¿Y el proyecto del que me hablaste?

Su amigo le había vuelto a pedir que dejase las clases en la agencia que proporcionaba profesores extranjeros a escuelas vietnamitas para convertirse en su profesor jefe, pero Donovan se seguía resistiendo a dejar su trabajo para embarcarse en el proyecto. La sospecha de un desenlace fatal le echaba atrás, y le había tenido que decir que no podía abandonar la agencia sin más, hasta que hubiese algo tangible y seguro. Salvador le preguntó si estaba saliendo con alguien, Donovan rio y le dijo que los bohemios nunca habían destacado por su fortuna con las mujeres.

—Yo pensaba que a las mujeres románticas les gustan los hombres bohemios.

—Eso es lo que a los hombres bohemios nos gusta pensar.

Al día siguiente tuvo la quinta clase con Tom, a quien continuaba obligando a hacer sumas y restas de números de dos dígitos mentalmente. Al parecer, este había estado practicando el fin de semana y su agilidad sorprendió a Salvador, que decidió introducirlo en un nuevo desafío.

—¿Qué desafío? —preguntó con cautela Tom.

—Vamos a trabajar en profundidad las tablas de multiplicar.

—¡Eso ya lo he hecho! —exclamó el chico con orgullo.

—Te enseñaré las tablas del uno al veinte.

—¿Del uno al veinte? Nadie sabe las tablas del uno al veinte.

—Hay gente que se las sabe. Yo me las sé, pero no te preocupes, no quiero que memorices números como un loro, eso no sirve de nada. Te enseñaré a hacer el cálculo para que tu mente se vuelva ágil y se acostumbre a obtener respuestas a problemas matemáticos cada vez más rápido. Es como ir al gimnasio, pero para tu cerebro.

Después de la clase particular a Tom, el capitán le invitó a cenar con su familia. Su esposa resultó ser una gran cocinera y Salvador disfrutó de una verdadera comida casera vietnamita, mientras les explicaba cómo era su sencilla vida en Barcelona antes de ir a vivir a Vietnam.

El viernes después de cenar quedó con su amigo irlandés, que en esa ocasión acudió a la cita sin Duong, su novio vietnamita. El punto de encuentro, un local con cerveza barata y la música no demasiado alta en la esquina de las calles Do Quang Dau y Bui Vien.

—Ese holgazán lleva un año y medio sin trabajar, ¡un año y medio! —bramó Larry.

—¿No ha encontrado nada?

—El que no busca no encuentra. Lo que pasa es que no quiere

trabajar. Pero no toda la culpa es suya, le he malacostumbrado. Le dije que no se preocupase, que ya encontraría algo y le he estado manteniendo durante todo este tiempo.

—¿Ha ido a vivir con algún amigo? —preguntó Salvador.

—No, ha vuelto a casa de sus padres. No puede ir a ningún sitio que no sea con sus papás, porque no tiene dinero ni hace nada para ganar dinero.

—Sí que está mal el tema. ¿Es una ruptura definitiva?

—No lo sé, ya veremos. Y encima ha tenido la desfachatez de pedirme que le siga dando «su dinero».

—¿Su dinero?

—Sí, su dinero.

—Has dicho que no tiene dinero.

—Exacto. Ahora cree que mi dinero es su dinero. Ha estado viviendo a mi costa un año y medio con todos los gastos pagados. Yo lo pagaba todo, todo, el alquiler, los gastos del estudio, la comida, la gasolina… Hasta le permitía algunos caprichos como ropa que le gustaba y otras cosas, y además le daba algo de dinero por si quería ir a tomar un café o a comer con sus amigos.

—¿Cuánto le dabas?

—Al principio dos millones de dongs, unos cien dólares, pero el pequeño ingrato se quejó, dos millones de dongs eran muy poco, no podía hacer nada con dos millones de dongs, así que acepté darle tres, tres millones de dongs al mes, y le seguía pareciendo insuficiente. Es un desagradecido, eso es lo que es.

—Tú lo has dicho, se ha malacostumbrado.

—¿Sabes lo que gana un camarero o un cocinero en Saigón?

—Muy poco.

—Cuatro millones de dongs. ¡Cuatro millones de dongs! —repitió en voz muy alta y clara Larry—. Y eso no incluye un lugar en el que vivir, o comida, o ropa. Él vivía con todos los gastos pagados, pero los tres millones que le daba por no hacer nada no eran suficientes. El mundo está lleno de desagradecidos —sentenció Larry.

Después de que el alto y espigado irlandés se desahogara, bebieron un rato en silencio. El local estaba frecuentado en su mayoría por turistas y extranjeros que vivían en Saigón y querían bebida barata. Aparte del precio, pocos motivos había para ir ahí, todo era viejo y estaba descuidado, las sillas eran incómodas y la música no seguía ningún criterio coherente.

—¿Cómo va el trabajo? —rompió el silencio Salvador.

—No me hables, encontré algo hace tres semanas, aún no estaba del todo bien después de que aquel hijo de puta casi me matara con su moto, pero me obligué a buscar algunas clases. Estaba muy lejos de casa, pero lejos de verdad, en el distrito 7, una de estas escuelas

pequeñas, ya sabes. Al principio todo eran ventajas y simpatía, me dijeron que me pagarían cada semana con dinero en efectivo. No eran muchas horas, pero mejor que nada.

—¿Qué pasó?

—La primera semana todo bien, la segunda fui a buscar el dinero y el dinero no estaba.

—La segunda vez que te pasa lo mismo.

—Sí, primero aquellos hijos de puta, y ahora estos. Todos son la misma mierda. Total, que el dinero no está, empezamos a discutir, cojo un montón de libros nuevos que había en la vitrina de la entrada y les digo que me los llevo hasta que me paguen. Empezamos a gritar, al final la mujer fue a buscar el dinero y ya no me han vuelto a llamar para trabajar.

—No veas cómo está el tema —dijo Salvador consternado.

—Y ahora en muchos sitios piden esa mierda, ¿cómo se llama? TESOL, eso, TESOL o CELTA para poder trabajar. Es ridículo, soy nativo, con muchos años de experiencia y me piden no sé qué certificado para poder dar clases.

—Es una putada, pero a lo mejor te lo podrías sacar —comentó con precaución Salvador.

—Iba a hacer el CELTA con Donovan, porque si lo hago, hago el que vale la pena, el CELTA es como un máster.

—¿Como un máster? No lo sabía, pensaba que era un curso intensivo de un mes.

—Dura un mes, pero los profesores son dos expertos que observan a los candidatos y se dedican a buscarle tres pies al gato hasta que todo es perfecto.

—Suena bien.

—Hablé con Donovan para hacerlo juntos, primero dijo que sí, después que no, que era demasiado caro, total, que al final no lo hicimos.

—¿Cuánto cuesta?

—Casi dos mil dólares.

—¡Qué caro! Pensaba que en Vietnam sería más barato —reconoció Salvador.

—Es caro de la hostia.

—¿No lo quieres hacer solo?

—No, me da pereza, si alguien lo hace conmigo lo hago, sino no. ¿Otra?

—Otra.

Larry pidió otro par de cervezas, los cascos de las botellas vacías se iban acumulando en la mesa.

—¿Cómo llevas el vietnamita? —preguntó el irlandés.

—Poco a poco, es muy difícil y aprendo muy despacio —explicó

con resignación Salvador.

—Yo no pienso aprender, ya lo he decidido. Lo decidí hace años. No me gusta y ya está.

—A mí ni me gusta ni me disgusta, pero creo que me puede abrir puertas.

—Seguro, tú aprende vietnamita, no sigas mi mal ejemplo. Oye, ¿y el otro curso que estabas haciendo? Ese que mi amigo Joe, el profe de inglés académico, te recomendó.

—Las clases de reducción de acento.

—Eso.

—Sigo con ello, es como lo de aprender vietnamita, lento, laborioso, a veces pesado.

—Ahora pronuncias mejor que antes, se nota.

—¿En serio?

—Sí, pero no te emociones, que aún falta mucho camino por recorrer.

—Ya, ya me lo imagino.

—Tú insiste, sigue con ello, mejora tu acento inglés y aprende vietnamita, y cada año tu vida aquí en Vietnam será mejor.

Dos días después, el último domingo de enero, Salvador fue a la Jade Emperor Pagoda, también conocida como la Tortoise Pagoda, un templo taoísta recomendado por varias guías que leyó en internet. Al parecer era uno de los cinco santuarios más importantes en Saigón, y aprovechó para visitarlo por la mañana, después de ir al gimnasio y a cortarse el pelo.

La Jade Emperor Pagoda estaba en el distrito 1, en el 73 de la calle Mai Thi Luu, a un kilómetro de distancia del parque zoológico y el jardín botánico de Saigón. Una de sus peculiaridades era que albergaba unas cien estatuas hechas de cartón que representaban una reunión de genios con el Emperador de Jade. Para crearlas, los artesanos solo habían usado papel y listones de bambú.

En el salón principal, ayudado por dos asistentes, dicho emperador decidía quién podía ingresar en el reino superior y quién se enfrentaría al dios del infierno, encargado de enviar a los pecadores a uno de los diez niveles del infierno. La vida en ese submundo no era precisamente agradable.

A Salvador siempre le habían parecido ridículas todas aquellas ideas de ángeles, cielos, infiernos y demonios. Infantil era la palabra que le gustaba usar cuando pensaba en ello. Sin embargo, con el tiempo se había dado cuenta de que a pesar de que todas las tradiciones eran diferentes, presentaban ideas y conceptos perturbadoramente parecidos, como el del castigo o sufrimiento en una vida o existencia posterior como resultado y consecuencia de los

actos viles perpetrados durante la vida terrenal.

A veces se cuestionaba si no andarían equivocados los mecanicistas nihilistas y los espiritualistas estarían en lo cierto. Después de todo, las explicaciones que del mundo daban los escépticos, si es que llegaban a dar alguna, no tenían ningún sentido. De hecho, había una idea o pensamiento que le había perseguido desde que había ido al instituto, cuando uno de sus profesores de filosofía le preguntó:

«¿Cómo puede haber aparecido una especie como la humana, que tiene ideas espirituales, en un universo material y mecánico en el que las cosas suceden por mero azar?» La respuesta que Salvador había dado: «Todo es posible por mero azar si hay tiempo suficiente», nunca le había resultado convincente.

Antes de entrar en el templo había visto a un hombre tullido de nacimiento arrastrándose por la calle, porque su cuerpo deforme ni siquiera le permitía andar. En la mano derecha llevaba unos boletos de lotería que vendía para poder subsistir.

Salvador había visto a muchas personas haciendo eso, pues la mendicidad en Vietnam estaba prohibida. Lo que la ley les permitía para poder subsistir era vender algo por la calle. Muchas personas pobres vendían boletos de lotería suministrados por el estado, pero lo que no podían hacer era limitarse a pedir dinero a los demás.

Después de ver a aquel hombre, mientras miraba las ilustraciones que describían las supuestas consecuencias kármicas, no pudo evitar preguntarse por qué esa persona experimentaba una vida terrible, ¿por azar, como defendían los que negaban una realidad espiritual, o como consecuencia de actos destructivos o malvados que había cometido en vidas anteriores, tal y como pretendían los que creían en el karma?

Después de la visita turística a la Jade Emperor Pagoda quedó con Donovan, su amigo estadounidense, y fueron a almorzar juntos. La vida de este continuaba como siempre, pero tenía el pelo cada vez más largo. Salvador le contó las últimas desventuras de Larry y que se había quejado porque Donovan no había querido hacer el CELTA con él.

La versión del estadounidense fue completamente opuesta a la de Larry.

—Yo quería sacarme el TESOL, que es un certificado para dar clases de inglés como segunda lengua, que aquí en Vietnam cuesta diez millones de dongs. Menos de quinientos dólares. Y Larry empezó a decir que el TESOL ese no valía para nada, que teníamos que sacarnos el CELTA, que es mucho más caro.

—Casi dos mil dólares.

—Tú lo has dicho. No paraba de decir que el CELTA es como un máster, lo que no es cierto, pero eso da igual. Al final accedí a estudiar el CELTA con él, pero cuando llegó el momento de la verdad, de ir a apuntarnos y pagar, se puso como un loco y no quiso ir —explicó Donovan.

—Dijo que es un nativo de habla inglesa con un grado universitario y muchos años de experiencia y que no necesita esa mierda para encontrar trabajo.

—Eso dijo. Veo que a ti también te ha soltado la misma monserga.

—Varias veces —comentó Salvador.

—Vi que no iba a poder hacer nada con él y me estoy sacando el TESOL, aquí en Vietnam sirve igual y es mucho más barato que el CELTA.

—Has hecho bien, Larry es un amigo, pero tiene facilidad para meterse en líos, al menos en el trabajo.

—Quiere que las cosas sean como él cree que tienen que ser, pero la vida no funciona así.

Donovan le explicó que unos días atrás tuvo una contractura en la espalda y no pudo levantarse del suelo durante varias horas. Salvador le recriminó que no le hubiese llamado ni a él ni a otro amigo.

—No me gusta molestar —se defendió Donovan.

—Vaya par, uno la lía en todos los trabajos y el otro por no llamar por teléfono y pedir ayuda a sus amigos, se queda en el suelo varias horas sin poder levantarse.

—Al final conseguí ponerme en pie solo —dijo el profesor estadounidense con orgullo.

—Vaya par —suspiró Salvador.

Rumbo a Long Phuoc

—Es aquí —dijo Yoko, que era la encargada de mirar la ruta con su teléfono móvil y de dar las instrucciones pertinentes a Salvador, que conducía la moto de la chica, habiendo sido la de ella la elegida para el viaje, por tener más espacio para poner cosas debajo del asiento.

—¿Estás segura?

—Eso dice el mapa.

—¿Es aquí? —preguntó Ramón parándose a su lado en su moto de alquiler.

—Eso creemos.

Salvador esperaba ver una ciudad pequeña o un pueblo, pero lo único que había era la carretera QL51 por la que habían estado circulando durante más de una hora, con tres carriles para cada sentido de la marcha y casas a ambos lados.

La boda iba a tener lugar en una pequeña población llamada Long Phuoc, en la que vivían la madre y el hermano pequeño de Huyen. Long Phuoc estaba en el distrito Long Thanh, en la provincia de Dong Nai, a una hora y media en moto o en coche de Saigón. La casa estaba muy cerca de la carretera interprovincial y no tuvieron problemas para encontrarla. Se trataba de una planta baja con jardín, y lo más interesante de este eran los mangos, árboles que daban el delicioso fruto tropical con el mismo nombre. En la parte más cercana a la calle estaban montando una carpa, que, supuso Salvador, debía ser donde el convite iba a tener lugar.

Entraron a saludar a Huyen y Sylvain, su prometido francés. Ambos estaban muy ocupados con los preparativos de la boda, les presentaron a los padres del novio y estos, muy amablemente, se prestaron a acompañarlos al pequeño, pero acogedor hotel que habían construido hacía poco más de un año, a poca distancia de la casa. Los padres de Sylvain habían llegado hacía unos días, se hospedaban en dicho hotel y ya conocían el camino.

Ramón cogió una habitación para él, y Salvador y Yoko una para ellos. No teniendo mucho por hacer, ni habiendo demasiado por ver en aquel pueblo, los padres de Sylvain les llevaron a la que se podría considerar la única atracción turística cercana, la pagoda de Quoc An Khai Tuong, que, para sorpresa de todos, albergaba la estatua de Buda construida con jade más grande del mundo, de 3,62 metros de alto.

Almorzaron, tomaron café, pasearon, descansaron, pasearon

más, cenaron y fueron a tomar algo hasta que fue la hora de acostarse. La pareja francesa se fue a su habitación y Ramón a la suya.

Salvador apagó las luces del techo y dejó encendida la diminuta lámpara que había sobre una mesa redonda ubicada entre dos sencillas butacas. La luz que desprendía era amarillenta y tenue, más útil para ocultar entre sombras que para ver. Se tumbó en la cama y escuchó el ruido de la ducha, se imaginó el agua recorriendo el sensual cuerpo de Yoko y se empezó a excitar. La chica cerró el grifo y se secó parsimoniosamente durante lo que a Salvador le pareció una eternidad.

Salió de la ducha vistiendo ropa interior roja de encaje, se acercó con cierta timidez a la cama y se tumbó al lado de él, ambos se quedaron unos instantes en silencio y finalmente Yoko se entregó a Salvador.

Viaje a Vung Tau

Huyen y Sylvain estaban muy guapos el día de la boda, ella vestía un *ao dai* de color rojo y él, uno de color azul. Era la primera vez que veía a un hombre vistiendo un *ao dai*, y lo curioso era que no se trataba de un hombre vietnamita, sino de uno francés. Lo primero que le vino a la cabeza cuando les vio fue lo mismo que pensó al ver a Santiago y Hà en su boda, que los trajes no combinaban bien. Para él, eso era un error, las vestimentas del novio y de la novia deberían tener una estética de colores y tonos que resultasen armónicos cuando estaban uno al lado del otro.

Por su parte, Salvador vistió el traje gris oscuro con una camisa blanca y una corbata gris claro, Ramón el marrón oscuro con una camisa azul claro y una corbata morada, y Yoko el *ao dai* del que Salvador estaba enamorado, el negro con motivos decorativos rojos.

Como era habitual antes del banquete, hubo fotos para todos y dinero dentro de sobres para los novios. El espectáculo acústico de música estridente dio comienzo antes de lo esperado, contrariando a Yoko, que respondió mirando a su pareja con cara de circunstancias.

—Ahí vamos. —Salvador la cogió de la mano en señal de comprensión y apoyo.

Los invitados fueron haciendo acto de presencia y se sentaron a la mesa que les tocaba. Salvador y Yoko se sentaron con Ramón y varios de los amigos de Huyen. Se abrieron las primeras cervezas, y alguno que otro ya mostraba signos de cierta embriaguez incluso antes de empezar a comer. Los camareros sirvieron un plato tras otro, y más cervezas llegaron a las mesas. La música aún estaba más alta que al principio, los comensales bebían, comían y hablaban a gritos.

Yoko apenas habló, bebió lo justo para hacer algún que otro brindis y se concentró en su comida. Salvador y Ramón no se estuvieron de nada y comieron y bebieron hasta que apenas podían moverse. Los invitados, saciados y con esa alegría temporal que facilitan las bebidas alcohólicas, fueron abandonando la carpa en la que se había servido el banquete nupcial, y uno tras otro desfilaron hacia sus hogares a continuar con las celebraciones del Tet, festividad en Vietnam del Año Nuevo lunar. De acuerdo con el ciclo de doce años del zodíaco chino, el año del Caballo había tenido su inicio hacía dos días, el viernes 31 de enero.

Después de que todos los invitados desapareciesen, la música paró. Yoko no se encontraba bien, comer con todo ese estruendo a su alrededor la había indispuesto y se fue al hotel a descansar. Tanto

Salvador como Ramón se sentían pesados y abotargados después del festín, se quedaron sentados un buen rato y después dieron un corto paseo para bajar la comida.

Sin ánimos para viajar ese día, los tres decidieron pernoctar otra noche en el tranquilo hotel que Huyen les había recomendado. Yoko y Salvador dejaron sus respectivos *ao dai* y traje en la casa de la madre de su amiga, cargar con ellos durante los siguientes días hubiera sido un engorro, la idea era viajar con ropa cómoda y ligeros de equipaje.

Al día siguiente, Ramón regresó a Saigón, y Salvador y Yoko tomaron la misma carretera que él, pero en sentido opuesto, para ir a una ciudad llamada Long Hai, primera parada antes de alcanzar su objetivo final, Vung Tau. Decidieron salir después de almorzar y Salvador se encaprichó con la idea de beber un café expreso.

—No creo que podamos encontrar un sitio que tenga cafetera exprés por aquí —le advirtió Yoko.

—Ya, es la costumbre.

—¿Tienes sueño?

—La somnolencia de después de almorzar —aclaró Salvador.

—Yo también me tomaría un expreso.

Salvador iba mirando a su alrededor, por si veía una cafetería grande en la que tuviese alguna posibilidad de encontrar la deseada bebida amarga, pero ninguna tenía pinta de servir otra cosa más allá del habitual café vietnamita.

Después de unos veinte minutos conduciendo, vio un edificio que destacaba entre las casas que había a su alrededor.

—¿Qué es eso? —preguntó Salvador

—Parece un hotel.

—¿Un hotel aquí?

A medida que se acercaban pudieron ver que se trataba de un hotel de cuatro estrellas, el Nemo Hotel.

—¿Qué hace un hotel de cuatro estrellas aquí? Está lejos de Saigón y de Vung Tau. —Se sorprendió Yoko.

—Ni idea, pero si es un buen hotel quizá tenga cafetera exprés.

El hotel Nemo estaba abierto, pero no vieron a ningún cliente cuando entraron. Yoko preguntó si tenían cafetería, la recepcionista les dijo que sí y llamó a alguien para que les acompañara. Una joven camarera apareció en seguida y les invitó a seguirla. En la cafetería no había nadie y estaba a oscuras, pero la chica abrió las cortinas, encendió las luces y el aire acondicionado, y les llevó la carta, en la que para gran alegría de Salvador ponía que tenían café expreso. A Yoko también le apetecía, así que pidieron dos.

La camarera volvió antes de lo esperado con las manos vacías, se quedó mirando a la pareja sin acabar de decidirse a hablar, y sin

llegar a decir nada se fue. Al cabo de un par de minutos regresó acompañada de un hombre que parecía su supervisor.

—Lo sentimos, la cafetera está estropeada —dijo el recién llegado mientras les ofrecía la carta otra vez.

—¿Estropeada? ¿Cómo que está estropeada? Si la puedo ver desde aquí y parece nueva —se lamentó Salvador.

—Lo sentimos mucho.

—No me lo puedo creer.

Yoko puso la palma de la mano sobre la pierna de Salvador para consolarlo.

—Pide un café normal.

—Para mí un café expreso es un café normal.

—No seas gruñón, ya sabes a lo que me refiero —dijo Yoko con tono apaciguador.

—Lo sé. ¿Tú también quieres café?

—Sí.

—Dos cafés solos. —Cuando la chica y el hombre estaban a punto de irse, añadió—: Sin hielo. ¡Y sin azúcar!

Llegaron a Long Hai cuando ya estaba oscureciendo. El hotel que habían reservado no tenía nada de especial, de hecho, era mucho peor que el de Long Phuoc en el que habían pasado las dos últimas noches.

Salieron a pasear por la playa y no vieron ni a un solo extranjero, no parecía que Long Hai fuese precisamente un destino turístico. Cuando se les abrió el apetito fueron a cenar marisco en un restaurante que estaba al lado del océano. Después de la cena, otro agradable paseo y un batido de zapote, una fruta tropical dulce que Salvador no había visto nunca.

El martes por la mañana, después de desayunar, se dedicaron a explorar la ciudad. La playa y un par de pagodas eran lo más interesante para ver. Al visitar uno de los templos, el de Dinh Co, unos monjes les explicaron que cada año, el 10 de febrero según el calendario lunar, miles de personas se reunían ahí para celebrar el Festival de Dinh Co, muy popular entre los pescadores del sur de Vietnam, que acudían con sus barcos bellamente decorados a Long Hai para participar en la festividad. Lámparas y flores alegraban la ciudad y la llenaban de coloridas luces.

A mediodía, dejaron el hotel de Long Hai y fueron al de Vung Tau, que era mucho mejor en todos los sentidos, excepto en el precio, pues costaba bastante más que el otro. Dejaron las cosas en el hotel y salieron a almorzar. Encontraron un restaurante que tenía *banh khot* (pastel de arroz con gambas), y se decidieron a probar la especialidad de la casa, *banh khot* pero con calamares en vez de con gambas.

Delicioso.

La ciudad de Vung Tau distaba unos cien kilómetros de Saigón y era uno de los destinos por excelencia tanto para los turistas, como para los saigoneses que querían disfrutar de la playa. Situada en el extremo de una península, estaba casi completamente rodeada por el océano.

Hacia las seis de la tarde el sol despareció por el horizonte y las luces de Vung Tau iluminaron la noche, hileras de motocicletas recorrían la ciudad portuaria en busca de un restaurante o cafetería, un parque, la playa o simplemente para sentir la brisa marina y pasear al lado del océano.

A Yoko se le antojó comer *pizza* para cenar y después de consultar los comentarios de varios restaurantes que ofrecían el italiano manjar, se decantaron por uno con muy buenas referencias situado en la calle Ha Long.

No les apetecía andar con el sopor de la opípara cena y el vino que habían tomado, y prefirieron recorrer todo el perímetro de la ciudad, unos veinte kilómetros, en moto. Pasadas las nueve de la noche, la temperatura era perfecta, no hacía ni frío ni calor. El ambiente de la festividad del Tet se respiraba por todas partes, muchos lo celebraban es sus casas, con familiares o amigos, y otros aprovechan para ir a las cafeterías, bares y restaurantes que tenían abierto para poder atender a los turistas que habían viajado a Vung Tau durante esos días.

El jueves a mediodía abandonaron el hotel. Yoko conocía un sitio para almorzar marisco en Long Son, una zona de pescadores al otro lado de Vung Tau muy popular por sus ostras. El restaurante estaba literalmente flotando en el río, y para llegar tuvieron que ir en barca.

Después de comer tantas ostras y gambas como pudieron, les apetecía tomar algo. El ya conocido por ellos hotel Nemo estaba solo a veinte kilómetros y les venía de paso. Sabiendo de antemano que la cafetera exprés estaba estropeada, Salvador ya no se iba a sentir decepcionado. Pararon, fueron a la cafetería, pidieron un café vietnamita y un refrescante batido de mango cada uno, y descansaron un rato en las cómodas butacas del hotel de cuatro estrellas.

—¿Se ha puesto en contacto contigo Vy, la chica con la que hablamos en Asia Studio? —preguntó Salvador.

—No, ya me imaginaba que hasta después del Tet nadie nos diría nada.

—A esperar.

—Sí. Ojalá le guste a su jefe, me encantaría ser la protagonista de una de tus historias —dijo con cariño Yoko mientras se cogía del

brazo de Salvador—. ¿Cuándo empiezas las clases?

—El lunes 10.

—¿Y tú?

—Yo también. ¿Tienes algún rodaje este mes?

—De momento no. Mi mánager me dijo que alguien se había interesado en mí. Pero no es ningún rodaje —explicó Yoko.

—¿Qué es?

—Algo para televisión, un *reality show* creo. Le dije que no me interesa salir en un *reality*, pero ella dijo que será algo especial, que necesitan actores y actrices jóvenes, y que puede ser bueno para mi carrera.

—A lo mejor vale la pena. ¿De qué va?

—No me lo ha dicho. A veces la información llega en cuentagotas. Todos tienen miedo de que les roben las ideas.

—¿Pero si no te explican de qué va, cómo vas a saber si te interesa?

—Eso digo yo —le dio la razón Yoko—. Normalmente, hasta que firmamos el contrato no nos dejan leer el guion entero si es para una película, y si es para una serie para televisión no sabemos como termina hasta que grabamos el último capítulo.

—Sí que lo guardan en secreto.

—Es para que no se filtre el final de la serie en internet antes de que se emita. No es nada raro, ha pasado varias veces y los productores están escarmentados.

—¿Qué pasa si alguien filtra información?

—Si le pillan, le denuncian por violación del contrato de confidencialidad y se mete en un buen lío.

—¿Puede ir a la cárcel?

—No lo sé. Quizá. Es un asunto muy serio. Por eso los actores necesitamos tener un agente, para que se encargue de los contratos y temas legales. Si incumpliera o rompiera un contrato con una productora, podría arruinar mi vida y ser el fin de mi carrera de actriz.

—Mejor que cumplas tus contratos.

Ramón y Quy

—No me lo esperaba —se lamentó Ramón.
—¿Cuándo te lo ha dicho?
—Ayer.
—¿Estás seguro de que no es una broma?
—Claro que no es una broma.
—O sea que de maquilladora, nada.
—Quy no es maquilladora.
—¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo?
—No me lo ha dicho, pero seguro que varios años.
—Con razón tiene tanta destreza.
—Una profesional, nunca mejor dicho.

Salvador mordisqueó su cruasán de chocolate, dio un sorbito al café y se quedó pensativo.

—Al menos ha tenido la honestidad de decírtelo al poco de estar contigo.

—Hemos estado quedando unas cuatro semanas. Sí, la verdad es que se lo agradezco.

—¿Cuántas veces te has acostado con ella?
—Varias veces por semana —contestó Ramón.
—¿Lo has hecho alguna vez sin preservativo?
—No.
—Menos mal —suspiró Salvador aliviado.

—Pero es posible contagiar enfermedades venéreas con sexo oral.

—Ya.

—Le pregunté si siempre usa condón con sus clientes. Dijo que siempre, tanto en la penetración como en el sexo oral.

—Que diga que siempre lo usa no quiere decir que lo use siempre —advirtió Salvador.

—Es lo que me preocupa.

—¿Te confesó que se dedica a la prostitución sin más?

—Dijo que teníamos que hablar, que quería ser mi novia, pero que había algo que tenía que saber de ella.

—¿Trabaja para alguien o por sí misma?

—Por sí misma —contestó Ramón—, lo hace porque quiere. Dice que no puede evitarlo.

—¿Que no puede evitarlo?

—Quy es ninfómana y lo reconoció abiertamente. Piensa en el sexo constantemente desde que es adolescente y necesita tener

relaciones sexuales varias veces al día.

—¡Varias veces al día! —Se sorprendió Salvador.

—Lo que oyes.

—¿Cuántas son varias veces al día?

—No lo sé, creo que depende del día.

—Y decidió que lo más inteligente era sacarle partido económico a su condición.

—Sí. Como es joven, atractiva y muy buena en la cama, es más cara que la mayoría de chicas que se dedican a la prostitución en Saigón.

—¿Cuánto?

—Me dijo que por una hora la mayoría de chicas piden cincuenta o sesenta dólares.

—¿Y ella?

—Cien dólares.

—No está mal. Y estas cuatro semanas que ha estado saliendo contigo ha continuado trabajando.

—Sí.

—A saber con cuantos hombres se ha acostado.

—Prefiero no pensarlo —admitió Ramón.

—¿Qué dijiste cuando confesó que es prostituta?

—Me quedé sin palabras. Ella dijo que no tenía que contestar en ese momento, que me lo pensara, y cuando lo tuviese claro se lo dijese.

—¿Qué vas a hacer?

—Desde que me lo dijo ayer no puedo dejar de pensar en ello, pero es una situación imposible. ¿Cómo voy a salir con una chica que se dedica a la prostitución?

—Es un problema —reconoció Salvador.

—Y aunque llegase a aceptar que ha elegido ese camino, es muy peligroso por las enfermedades de infección sexual.

—Lo es.

—Ella me aseguró que no, que siempre toma todas las precauciones, pero yo creo que siempre hay riesgo.

—Tratándose de una trabajadora sexual siempre lo hay.

—Llegó a decirme que yo puedo tener sexo con todas las chicas que quiera, que a ella le da igual, pero que siempre tendría que usar un preservativo para protegerla a ella —explicó Ramón mientras se terminaba el segundo cruasán de chocolate.

—¿Para protegerla a ella? Eso no lo entiendo.

—Quiere que tengamos sexo sin condón —confesó Ramón.

—¡No!

—Sí.

—No lo hagas, eso podría ser tu fin.

—Lo sé.
—Búscate a otra —recomendó Salvador.
—Qué vida, encuentro a una chica extraordinaria en la cama, pero resulta ser una prostituta ninfómana.
—Ya encontrarás a otra —le animó Salvador.
—Ahora que me había apuntado al gimnasio.
—¿Te has apuntado al gimnasio? ¿Por qué no me has dicho nada?
—Sí, quería impresionarla a ella y darte una sorpresa a ti.
—¿Cuánto hace que vas?
—Dos semanas. Aún tengo agujetas por todo el cuerpo.
—Ya había notado que te movías de una forma un poco extraña. Ahora no lo dejes, lo más difícil es empezar y las dos primeras semanas son las peores.
—No me gusta mucho —reconoció Ramón.
—Eso da igual, a tu salud sí le gusta.
—Supongo que tienes razón.
—Claro que tengo razón. ¿Hay alguien que te diga lo que tienes que hacer?
—No, solo me han explicado cómo utilizar las máquinas.
—Yo te ayudaré con la rutina de entrenamiento —se ofreció Salvador.
—Gracias. También quiero apuntarme a clase de vietnamita.
—¿Donde yo voy? —preguntó Salvador.
—Sí.
—No estaremos en la misma clase, ya terminé el primer nivel, el A1, y el lunes empiezan los nuevos cursos. Yo pasaré al A2. A ti te meterán en el A1.
—Lo que sea. Quiero ponerme en serio con el vietnamita. Si voy a vivir aquí durante varios años es mejor que aprenda.
—Claro que sí, me alegro de que te hayas animado tanto a aprender vietnamita como a ir al gimnasio. Pero si lo que quieres es perder peso, te recomiendo que minimices la ingesta de cruasanes —recomendó Salvador.
—Ya, ya, es que la conversación de ayer con Quy me ha trastocado. Por cierto, ya he empezado a trabajar en mi relato número diez.
—Vas a tope.
—Gracias.
Salvador se quedó mirando las migajas de los cruasanes y el poso de café en la tacita, discutió consigo mismo si tomarse otro café o no.
—Creo que voy a pedirme otro expreso —dijo mientras se levantaba.

—Ya que vas, pídeme otro *ca phe sua da* para mí.

—Vale, pero te digo lo mismo que con los cruasanes, el *ca phe sua da* lleva mucha leche condensada…

—Y la leche condensada lleva mucho azúcar —Ramón terminó la frase.

—Pues eso. —Salvador se levantó con intención de ir a la planta baja a pedir otra ronda de cafés.

—¿Y qué le digo a Quy?

—Que lo sientes mucho, pero no puedes ser su novio.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo Salvador con autoridad.

—Se acabó el *pompoir*.

El Cartero y Vy

—Esta mañana hemos firmado el contrato —explicó sin demasiado entusiasmo Yoko.

—Enhorabuena.

—No me ha hecho mucha gracia porque no nos han dicho casi nada del programa.

—Algo os habrán contado.

—Poca cosa, yo no quería firmarlo, pero mi mánager ha insistido, ha dicho que es una productora bastante importante y que me conviene que me conozca más gente, cuanto más popular sea, mejores contratos conseguiremos.

—A tu mánager le conviene que tu estatus mejore, ella gana más si tú ganas más.

—Esa es la idea.

—¿Cuánto le pagas? —se interesó Salvador.

—Lo normal en este trabajo. Ella se lleva un 10% de lo que yo gano.

—Si confías en ella no tienes por qué preocuparte. ¿Cuánto hace que es tu mánager?

—Cuatro años.

—Empezaste a actuar a los dieciséis.

—Sí, al principio no hacía gran cosa, pero cada año me consigue papeles mejores.

—¿Genial, no?

—Supongo —murmuró Yoko.

—¿Qué te preocupa?

—Es la productora de aquel tipo del que me hablaste, al que llaman el Cartero. Me dijiste que era el jefe de aquella chica a la que estuviste viendo durante unos meses.

—Sí, Ngoc. Su jefe es ese, el Cartero —explicó Salvador con pocas ganas de hablar de Ngoc.

—Hemos ido a su productora y cuando hemos hablado con él…

—¿Qué?

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—No quiero que parezca que le estoy juzgando sin conocerlo.

—No estás juzgando a nadie, me estás explicando lo que has sentido al conocerlo.

—Gracias. —Yoko dudó durante unos segundos antes de continuar hablando—. No me he sentido bien mientras hablaba con él.

No me ha inspirado confianza.

—No confías en él.

—No, no me parece una buena persona.

—¿Has leído el contrato detenidamente? ¿Había algo raro? —preguntó Salvador.

—No, el contrato es bastante estándar.

—Si es un contrato normal, no hay por qué preocuparse.

—Supongo que no. Me he ido con un poco de mal cuerpo, eso es todo.

—¿Cuándo empieza el programa?

—Ha dicho que serán 11 programas. Un programa por semana. El primero se emitirá el domingo 23 de marzo y el último el domingo 1 de junio. Empieza con 14 concursantes, y cada semana el público eliminará a uno hasta que queden solo 5 finalistas, lo normal en un *reality show*.

—¿Y todos los concursantes son actores?

—La idea es que todos somos jóvenes promesas, y por eso mi mánager ha insistido tanto en que participe, aunque no gane, tengo que intentar ser una de las cinco finalistas.

—Tiene sentido. Puede ser muy bueno para hacerte más popular.

—También es peligroso, si el público me elimina enseguida, no será precisamente bueno para mi popularidad.

—¿Qué ha dicho tu mánager sobre eso?

—Que no es importante, no afectaría al ámbito profesional, si no llego a la final todo será igual para mí, y si llego a la final será, dice ella, muy bueno.

—Creo que entiendo por dónde va. Si no llegas a la final te seguirán llamando para trabajar porque ya te conocen, pero lo que tu mánager está buscando es que llegues a la final para que te ofrezcan un papel de protagonista en una película.

—Suena bien.

El día de San Valentín cayó en viernes y Salvador invitó a Yoko a cenar.

—¿A dónde quieres ir? ¿Moon, Bella Donna? ¿Ninguno de las anteriores?

—¿Y si probamos algo nuevo?

—Lo que quieras.

—¿Te apetece comer en un indio?

—Claro.

—Mis amigas me han recomendado uno en la calle Hai Ba Trung, cerca del teatro de la ópera.

Salvador no era un amante de la comida india, pero le gustaba

variar, y raramente se le ocurría por sí mismo ir a un restaurante indio. El principal motivo era que cuando iba no sabía qué pedir, confiaba en que Yoko tuviese más experiencia que él.

—Ni idea, es la primera vez que vengo —reconoció la chica.

—Pues vamos apañados.

—Me dijiste que ya habías ido a un restaurante indio alguna vez.

—Sí, con Ramón, a él le gusta la comida india y a veces voy con él.

—¿Qué pediste?

—No me acuerdo. Siempre pide él —dijo Salvador.

—Eres un desastre.

—Je, je, eso me dice a veces Huyen.

—La carta es enorme, tiene un montón de páginas y no hay fotos.

—Tendremos que pedir consejo. Voy a llamar a Ramón.

El único indio en el restaurante era el mánager, el resto del personal era cien por cien vietnamita. La decoración era bastante impersonal y nadie habría dicho que se trataba de un restaurante indio, pero las mesas eran grandes y las sillas cómodas, algo importante para Salvador.

Yoko estaba menos habladora que de costumbre y eso le preocupó, el lunes había firmado el contrato para el *reality show* y quizá aún le quedaba algo del malestar que había sentido aquel día.

—Esta mañana me ha enviado un correo Vy, la de Asia Studio.

Por el tono de voz ya se imaginó lo que venía a continuación.

—El jefe de Vy ha rechazado tu proyecto para hacer una serie de televisión. Al parecer Yoko no había querido estropear la cena y le dio las malas noticias más tarde, mientras paseaban por un parque.

—Vaya, lástima, parecía que gustándole a ella podríamos dar el siguiente paso.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Alguna noticia de las otras productoras? —quiso saber Salvador.

—No.

—¿Y ahora qué?

—Ahora a esperar unas semanas a que digan algo, si en un par o tres de meses no se ponen en contacto con nosotros querrá decir que no están interesados, y tendremos que ir a más productoras.

—A productoras en las que no tienes ningún contacto.

—A esas —confirmó Yoko.

—Hay que luchar hasta el final.

—Así me gusta, que te lo tomes bien.

—Es la única manera. El jefe de proyectos de Asia Studio es un hombre, ¿verdad?

—Sí.

—Me lo imaginaba, es una historia de mujeres y despertará el interés de pocos hombres.

—La mayoría de personas con capacidad de decisión en la industria audiovisual en Vietnam son hombres.

—Aún podemos tener suerte con alguna que sea mujer.

El primer sorprendido en habérselo tomado tan bien fue el propio Salvador. En las pocas ocasiones en el pasado en que se había decidido a enviar alguno de sus guiones a una productora, y esta lo había rechazado, había tardado meses en recuperar la energía para volver a escribir.

No podía negar que estaba decepcionado, cualquier persona normal lo habría estado, pero en esa ocasión lo primero que le pasó por la mente no fue la secuencia de quejas y lamentos habitual, sino que se limitó a preguntarse a cuántas productoras aún podían contactar para presentar sus proyectos.

La pelea

El último sábado de febrero, Salvador, Ramón, Enrique y Santiago quedaron para celebrar que este último había sido padre. A Santiago le había gustado el Bella Donna, el restaurante en el que habían celebrado el cumpleaños de Salvador a finales de diciembre, y había reservado una mesa.

Después de un verdadero banquete de comida italiana remojado con un buen par de botellas de vino tinto, se desplazaron a la calle Bui Vien a tomar cerveza. Salvador propuso ir al local en el que había quedado con Larry por última vez, pero no tuvo mucho éxito.

—En esta mierda de sitio no entro —dejó claro Santiago.

—Yo lo decía porque la cerveza aquí es barata —se excusó Salvador.

—Sin que sirva de precedente, me voy a poner del lado de Santiago, no está a la altura de la celebración —comentó Enrique.

—Vale, vale, pues elige tú Santiago.

—Vamos al Safari, que ahí ponen buena música y no está lleno de viejos verdes borrachuzos que babean mirando a las tías.

El Safari había abierto hacía poco en el centro de la calle Bui Vien, tenía un buen equipo de sonido y una amplia selección de cervezas, vinos y licores. Las paredes y techos negros, y las luces de neón le daban al local un aire misterioso, pero no recordaban ni que fuera remotamente a un safari.

—Las bebidas aquí son muy caras —se quejó Enrique.

—No seas marica, un día es un día. —Enrique hizo una mueca y no insistió en el tema económico.

—Vamos a sentarnos a una mesa en la acera, dentro la música está muy alta y no se puede hablar —propuso Salvador.

—Buena idea —le apoyó Santiago.

La primera ronda de cervezas no tardó en llegar.

—Ya he terminado el relato que hace diez, solo me falta uno y habré terminado mi libro de historias cortas —dijo Ramón con orgullo.

—¡Enhorabuena! —le felicitó Enrique.

—Todo eso de los relatos está muy bien, pero lo que tienes que hacer es escribir novelas, que es donde está el dinero —dijo Santiago con condescendencia.

—No todo es dinero, y para escribir novelas hay que empezar primero con relatos cortos, para practicar, mejorar la técnica y estar preparado para enfrentarse a un texto mucho más largo.

—¿Desde cuándo sabes tú algo de escritura?

—Algo sé, y es de sentido común. ¿Cuándo tendrás terminados los dos que te faltan? —preguntó Enrique.

La tercera ronda de cervezas hizo acto de presencia.

—Fui con Yoko a una productora a presentarles un proyecto que tengo para hacer una serie de televisión, hablamos con la ayudante del jefe de desarrollo de proyectos, una tal Vy, pero cuando se lo pasó a su jefe, este no mostró ningún interés.

—¿Cómo se llama la productora? —preguntó Enrique.

—Asia Studio.

—¿Qué importa cómo se llame la productora? Han pasado de él y ya está —se metió Santiago.

—Produce series de ficción para televisión.

—¿Es una productora que opera en toda Asia, o solo en Vietnam? —siguió mostrando interés Enrique.

—En Vietnam, lo de Asia Studio solo es un nombre.

—¿Qué más da si opera aquí o allá? —interrumpió de nuevo Santiago.

—Si fuese una productora internacional, podrías enviar el proyecto a las sedes de otros países, aunque aquí en Vietnam lo hayan rechazado, podría ser que en Corea, o en Japón les pudiese interesar —razonó Enrique.

—No lo sabía, esta es solo una productora vietnamita, pero es bueno saber lo que me has contado.

—Este Enrique es un listillo —se burló Santiago—. Pero estamos aquí para celebrar que soy padre y no para deprimirnos escuchando las historias tristes de Salvador.

—Cada uno celebra lo que tiene que celebrar y Salvador es nuestro amigo y nos puede contar lo que le apetezca —le defendió Ramón.

El camarero que estaba a cargo de su mesa, un jovencito con sonrisa de hiena y cicatrices de acné, les llevó la quinta ronda de cervezas.

—¿Por qué nos sirve este gilipollas? Con todas las camareras guapas y cachondas con vestidos cortos y ajustados que hay en el bar, y nos toca el maricón pajillero con acné —se quejó Santiago.

—No es acné, son cicatrices del acné —comentó Enrique.

—Son cicatrices de pajillero.

—Terminé un curso de asertividad, liderazgo y dirección de equipos hace un par de semanas y estoy buscando trabajo de mánager de *marketing*, ahora ya tengo más de un año de experiencia trabajando en *marketing*, y con el máster y este curso creo que puedo encontrar un buen trabajo —explicó Enrique.

—¿Sigues trabajando en el mismo sitio? —preguntó Salvador.

—En la misma empresa de *marketing* en el distrito 1.

—¿Mismo salario?

—Sí, ocho millones de dongs.

—¿Cuánto es eso? ¿Trescientos euros? —se burló Santiago.

—Casi, no llega.

—Otro llorón, deja de llorar y encuentra un trabajo de verdad, no esa mierda que tienes.

—Es lo que estoy intentando —se defendió el pálido y menudo bilbaíno.

—¿Tienes un máster en *marketing*? —preguntó Salvador.

—Sí.

—No estaba seguro.

—Tiene un máster y no gana ni trescientos euros —murmuró Santiago, el grandullón de Madrid, que continuó haciendo amigos. Cuando el camarero se acercó de nuevo para ver si querían otra ronda, le echó de malas maneras e hizo una señal a una chica que atendía otras mesas. La camarera miró a su supervisor, que hizo un leve gesto con la cabeza, dándole permiso para atender la mesa de los cuatro españoles.

La diversión empezó cuando ya habían perdido la cuenta de las cervezas que se habían bebido.

—¿Me lo parece a mí, o la música está cada vez más alta? —comentó Enrique.

—Al final acabaremos hablando a gritos —dijo Ramón—. ¿Sabéis? El otro día Hien me envió un mensaje. ¿Os acordáis de Hien? La chica que conocí casualmente en Bui Vien, pero la cosa no cuajó, al final se casó y se fue a vivir a otro país.

—Claro que nos acordamos, la joven escritora que con menos de treinta años ya ha publicado dos novelas.

—Esa. Me ha enviado un mensaje, siguen viviendo con el padre de su marido, dice que no lo soporta y que está harta de estar allí.

—¿Ya no quedas con la puta? —preguntó Santiago.

—No, ya no —dijo con cierta incomodidad Ramón.

—Mejor, pero tienes que dejar de hacerte pajas y de enviar mensajes a mujeres casadas, que eso es de maricas y perdedores. Sé hombre y búscate una mujer de verdad. —A Salvador le pareció gracioso que Santiago hiciera referencia a las mujeres de verdad, era una de las frases que a su hermana Yolanda le gustaba usar.

—A lo mejor soy un perdedor, pero hay más perdedores en esta mesa. Hay algunos que son alcohólicos y no lo quieren reconocer —se defendió Ramón.

—¿A quién llamas tú alcohólico? Lo que pasa es que soy el único hombre de verdad en esta mesa —vociferó Santiago.

—Yo creo que todos somos hombres de verdad, cada uno hace lo que puede con su vida —intervino Salvador tratando de apaciguar los ánimos.

—Tú alardeas mucho de tu mujer, pero si yo fuera tú haría la prueba del ADN, porque a ti, mucho, mucho, no se te parece —hizo notar Ramón.

—Estás insultando a mi mujer y eso no te lo permito —gritó Santiago levantándose de la silla.

—Yo te lo digo como amigo, si no quieres hacer caso, es tu problema, pero todo el mundo lo piensa, aunque nadie te diga nada —dijo Ramón, que también se levantó.

—Mi mujer es una santa, no como las putejas que vosotros os folláis. —Miró a Enrique durante un instante—. Bueno, los que folláis.

—Siéntate Santiago, que te están sentando mal las cervezas —dijo el aludido.

—¡A mí no me sientan mal las cervezas, gilipollas, en esta mesa no hay nadie que pueda beberse más cervezas que yo! Y estoy hasta los cojones de las sospechas hacia mi mujer. Mi mujer nunca se ha acostado con otro hombre ni se acostaría con medio hombres como vosotros.

—¿Medio hombre? ¿Quién es un medio hombre? Tú lo que eres es un idiota y un borracho y no te enteras de nada —explotó Ramón—. Tu mujer es famosa por haberse follado a un montón de tíos en las discotecas de Saigón antes de que fuese tu novia. He conocido a varios que me lo han dicho y viendo el color de piel de la niña, si fuese tú, lo primero que haría sería asegurarme de que es mía, por si acaso.

—¿Qué has dicho de mi mujer, desgraciado? —dijo Santiago agarrando a Ramón por la camisa.

—Y no te lo quería decir para no joderte, pero como veo que eres más gilipollas de lo que pensaba te lo voy a decir. Un día que tú no estabas y nos fuimos de fiesta la vi con el vietnamita que vino con su familia a partiros la cara el día de la boda.

Santiago empujó a Ramón con fuerza y lo tiró al suelo, Salvador reaccionó de inmediato, se interpuso entre ambos y apartó a Santiago con contundencia hacia la calle. Enrique ayudó a Ramón a incorporarse.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no ha sido nada.

Santiago intentó alcanzar otra vez a Ramón, pero no pudo deshacerse de Salvador, que le apartaba a empujones una y otra vez. Cuando desistió, empezó a insultar a Ramón a gritos, atrayendo la atención de todos los clientes del Safari y de la muchedumbre que pasaba por la calle en ese momento. Ramón, ya en pie, respondió a los improperios de Santiago verbalmente, pero no intentó acercarse a él,

borracho o no, seguía siendo consciente de que en una pelea tenía las de perder.

Al final Santiago se cansó de gritar y se fue con una multitud de miradas fijas en él. Salvador volvió con sus amigos y los tres se sentaron.

—Nos hace venir aquí, la lía, me tira al suelo y se va sin pagar el hijo de puta —se lamentó Ramón.

—Pues has tenido suerte de que Salvador estuviese aquí, porque si tengo que parar yo a Santiago estamos listos. No nos habías dicho que habías visto a Hà con el tipo que vino a la boda a liarla.

—Nunca vi el momento. Tampoco sabía qué decir.

—Que los vieses juntos no significa nada, es como si alguien me ve con Huyen, que es una buena amiga y va y le dice a Yoko que me ha visto con otra chica —razonó Salvador.

—Los vi en el privado del Hare Burrow pegándose el lote.

—Ah. Ya.

Salvador llevaba un mes y diez días, desde la tercera cita con Yoko el 12 de enero, haciendo la misma rutina antes de acostarse, excepto en las ocasiones en las que había dormido con ella. Aquel día, el de la tercera cita, Yoko le había regalado un ramo de rosas, cuando las rosas se marchitaron, Salvador fue a comprar más, desde entonces siempre había flores blancas en la mesa de su habitación.

Incluso el día en que Yoko le había dicho que Asia Studio había rechazado su proyecto, no tuvo problemas para llevar la atención a la respiración y al cuerpo, y sentir gratitud antes de irse a dormir, pero la pelea con Santiago le había sobreexcitado, le resultaba imposible concentrarse y silenciar la mente, debía ser por la adrenalina de la discusión.

Lo que necesitaba era algo de música relajante que le ayudase a dejar de pensar en lo que había pasado esa noche. Echó un vistazo a lo que tenía guardado en el disco duro de su ordenador y vio el largo tema que le convenía: El *Concierto de Aranjuez*, de Joaquín Rodrigo, interpretado por el mítico Paco de Lucía, uno de los guitarristas de flamenco más virtuosos del mundo.

Había algo inusual, quizá incluso excepcional, en el trabajo de Rodrigo, la orquestación del solo de guitarra confrontado con toda una orquesta, una combinación muy poco habitual resuelta con maestría.

Joaquín Rodrigo había descrito el concierto como la captura de «la fragancia de magnolias, el canto de los pájaros y el chorro de las fuentes» de los jardines de Aranjuez. Fue ahí, en Aranjuez, donde pasó la luna de miel con su esposa, que estuvo a punto de morir y perdió al que debería haber sido su primer hijo, que nació muerto.

El golpe

Febrero se acercaba a su fin, y Yoko había organizado una cita con tres productoras, TV Factory, Vietnam TV y Saigon Shotting, porque por los productos con los que normalmente trabajaban, podrían estar interesadas en alguno de los proyectos de Salvador.

Había estado hablando con su mánager, una mujer mayor de casi sesenta años que empezaba a pensar en la jubilación y gustaba de encontrar y representar a jóvenes promesas, especialmente chicas, a las que hacía a la vez de mentora y protectora.

En opinión de la mánager, ninguna productora vietnamita se iba a arriesgar a llevar a cabo el proyecto de un extranjero desconocido en el mundo audiovisual, por muy interesante que les pareciera lo que este les presentase. La única posibilidad era pretender que lo habían desarrollado los dos juntos, aunque en realidad no fuese así, y decir que Salvador se centraba en la escritura de los guiones y Yoko en la vertiente artística e interpretativa de los personajes. Tenían que ir a las productoras los dos, dejar claro que eran un tándem y que o los dos participaban o ninguno lo hacía.

Otro de los consejos de la representante de la joven actriz fue que no vistiesen de forma informal, sino como si fuesen a una gala a recibir un premio. Tenían que elegir ropa elegante que les quedase bien y que combinase a la perfección, con solo verles, antes de que empezasen a hablar, tenían que dar la sensación de que eran un equipo. La idea era dar tan buena impresión, que todos, desde la recepcionista hasta la junta directiva, se preguntasen quienes eran ellos dos.

Salvador ya tenía preparadas más copias del material que había hecho traducir al vietnamita, se afeitó y se puso el traje rojo que había llevado en la boda de Santiago y Hà, estaba contento de poderle sacar partido. Yoko, por su parte, se maquilló a conciencia, y eligió para tan importantes visitas un precioso vestido largo amarillo que dejaba los brazos y la espalda al descubierto.

Como Yoko le había advertido, no pudo conseguir citas con nadie importante con capacidad de decisión, solo con ayudantes del departamento de desarrollo, pero el aspecto imponente de ambos y la capacidad de seducción de Yoko, les dio la oportunidad de hablar con el jefe de proyectos de las dos primeras que visitaron, TV Factory y Vietnam TV. Solo en Saigon Shotting, la más grande de todas, eso no fue posible.

La parte más importante de las conversaciones fue en

vietnamita, y Salvador se dio cuenta de que aún le faltaba mucho para poder entender un diálogo entre nativos.

—¿Han dicho algo positivo sobre alguno de los dos proyectos?

—Todos han sido muy educados y nadie quiere descartar nada ni dar falsas esperanzas. Ninguno de los dos es fácil ni barato de producir, lo que dificulta la viabilidad, pero, por otro lado, ninguno de ellos es una estupidez o una idea absurda, lo que hace que cuando se los explico pueda despertar su interés.

—¿Hay más productoras a las que podamos ir?

—Sí, pero son demasiado pequeñas para tus proyectos, aunque quisieran no podrían llevarlos a cabo sin un inversor externo.

—¿Es posible encontrar un inversor de esos?

—No estoy segura.

—¿Cómo lo ves tú, personalmente, tenemos posibilidades?

—Yo siempre soy optimista y espero buenas noticias —manifestó Yoko.

—Esa es la actitud.

Lo primero que le extrañó fue el repentino malestar que Yoko sintió, y que les hizo cancelar la cita del viernes por la noche, que se había convertido en una tradición entre ellos, como ella no tenía clase al día siguiente, sus padres le permitían llegar más tarde a casa que los días entre semana, y era una especie de recompensa para ambos después de haber cumplido con sus obligaciones de lunes a viernes.

Salvador no quiso darle mucha importancia, si no se encontraba bien, no se encontraba bien, no había que darle más vueltas. No todo el mundo tenía una salud como la suya, que le permitía eludir a los médicos durante largos períodos de tiempo.

El mensaje de Yoko le hizo recordar la conversación con su amigo estadounidense, Donovan, que le había recomendado encarecidamente hacerse con un seguro médico lo antes posible. Su situación laboral había mejorado desde que le habían contratado de profesor sustituto, y había conseguido las tres horas semanales con Tom, el hijo del capitán, pero aún no podía permitirse gastar unos mil euros en un seguro. Si pudiese encontrar uno más barato ni que fuese durante el primer año, le sería de gran ayuda, ya vendrían tiempos mejores.

Como esa noche del viernes había pasado a quedar libre inesperadamente, pensó en ir a ver a Ramón y a Enrique, de paso podía plantearles el tema del seguro médico, quizá alguno de ellos supiera algo. Sus amigos le dijeron que estaban a punto de ir al distrito Phu Nhuan a cenar marisco a un sitio barato que conocían y decidió ir con ellos.

El inevitable tema de la pelea apareció. El que estaba más

enfadado de todos era Ramón, a quién Santiago había tirado al suelo de un empujón y aún le debía dinero, más de mil euros. Ramón ya no quería saber nada de él. Enrique era el más cercano a Santiago y reconoció que nunca le había visto así y que su comportamiento había sido inaceptable. Salvador se limitó a decir que siempre le había parecido un gilipollas, y que lo único que había hecho era confirmar sus sospechas.

Una de las cosas que no entendía era por qué aún no habían encontrado sustituto para Santiago, pero Ramón le explicó que en el mismo edificio iba a quedar libre un apartamento con dos dormitorios, y que Enrique y él habían decidido alquilarlo juntos. Se llevaban bien, y desde que Santiago se había ido, la sala de estar no olía a humo porque Enrique cumplía con el acuerdo de salir a fumar al balcón.

Ramón ya llevaba tres semanas asistiendo a las clases de vietnamita y aunque le parecía muy difícil, al igual que a Salvador, estaba animado con la posibilidad de algún día poder hablar la lengua local. Este último sacó a colación el tema del seguro médico, y Enrique les contó que él tenía el más barato que había encontrado para extranjeros, porque era lo único que podía permitirse con su sueldo. Costaba unos ciento sesenta euros al año, pero la compañía tenía cinco niveles de cobertura, y cinco precios, siendo el suyo el más barato y el más limitado. A partir de ahí, el precio y las prestaciones iban a más.

Enrique les enseñó las tarifas con el teléfono móvil mientras gambas, calamares, ostras y otras delicias del océano hacían acto de presencia, y eran depositadas en la mesa baja de plástico característica de los restaurantes baratos de Saigón. El precio estaba en dongs y Salvador calculó la equivalencia en euros, ciento sesenta, dos cientos, dos cientos ochenta, tres cientos cuarenta, y cuatro cientos euros al año, respectivamente. Tendría que ver las prestaciones de cada servicio, pero pensó que la segunda o tercera tarifa era un buen plan inicial para él. Como Ramón no pasaba dificultades económicas, podía coger el más caro de los cinco, o uno de los buenos, que según Donovan costaban mil euros.

El sábado 1 de marzo no fue una fecha que Salvador fuese a olvidar, aún estaba en la cama cuando recibió un mensaje de Yoko.
Yoko:
Tenemos que hablar. Es importante.

Recibir un mensaje que decía: «Tenemos que hablar», no le parecía una buena manera de empezar el día, pero prefirió no hacer muchas preguntas chateando, y se limitó a quedar con ella para desayunar al cabo de una hora. Fueron a una de las cafeterías a la que acostumbraba a ir con Ramón por la calidad y oferta de la bollería del

establecimiento, oferta que aprovechaban poco porque casi siempre pedían lo mismo.

—Dos cruasanes, uno normal y otro de chocolate. ¿No quieres nada?

—No tengo apetito.

—Pero un cafecito sí, para animarte.

—Sí, por favor, me sentará bien.

—Si después te apetece ya iré a pedir algo para comer.

—Gracias, eres un sol.

—Y dos cafés solos. Dos expresos. Calientes, sí, calientes. Si no están calientes, ya no son expresos —explicó con amabilidad Salvador al chico que le atendía—. Aquí en Saigón le ponen hielo a todo —comentó a Yoko.

—Es su costumbre —dijo ella con apatía.

Yoko no tenía buen aspecto, era la primera vez que la veía tan desangelada, pero tampoco parecía que estuviese enferma. Como si temiese que la comida le fuese a sentar mal a Salvador, no empezó a hablar hasta que los dos cruasanes que él había pedido desaparecieron del plato. Yoko no sabía todavía que las malas noticias afectaban a Salvador de muchas maneras y a diferentes niveles, pero jamás le habían quitado el apetito ni habían hecho que la comida le sentara mal.

—¿Tan malo es que no te atreves a decirlo?

—Es malo, muy malo. Es terrible.

—Sea lo que sea, dímelo ya. No creo que esperar vaya a cambiar nada.

—No sé por dónde empezar. Antes que nada me quiero disculpar por decirte ayer que me encontraba mal. No era ninguna mentira, me encontraba fatal, pero no estaba enferma.

—No pasa nada, tus razones tendrías —la tranquilizó Salvador.

—Y necesitaba tiempo para hablar con mi mánager.

—¿Hablaste con tu mánager?

—Sí, quedé con ella, tenía que hablar con ella para intentar encontrar una solución, estuvimos más de tres horas discutiendo, pero no hay nada que hacer. No hay solución.

—¿Solución para qué?

—Me da miedo decírtelo, sé que te pondrás furioso y te enfadarás mucho conmigo, pero mi mánager me ha dicho que no podemos hacer nada —dijo Yoko con un hilo de voz.

—¿Qué puedo decir? Sea lo que sea prometo controlarme.

—¿Te acuerdas del *reality show* en el que voy a empezar a trabajar a finales de mes?

—Me acuerdo.

—Ya he firmado el contrato. Te lo dije.

—Sí, sí, me lo dijiste. —Salvador la invitó a continuar.

—Y sabes que no puedo romper el contrato, que hacerlo podría acabar con mi carrera profesional y arruinarme completamente.

—Lo sé.

—Ayer vi el primer guion y la explicación detallada de en qué consiste el *reality show*. —Yoko se quedó callada, sin saber cómo continuar.

—¿Y?

—El Cartero es el productor del programa. Aquella chica que trabaja para él, Ngoc, le enseñó tu proyecto para hacer un *reality*.

—Dijo que no lo veía viable, que no se podía hacer en Vietnam.

La sombra de lo inevitable se cernió sobre Salvador, súbitamente entendió lo que Yoko estaba tratando de decirle. Tenía razón. Era terrible. La angustia que no le había asaltado durante meses hizo acto de presencia.

—Me ha robado la idea —balbuceó Salvador.

—Sí.

—Pero eso es ilegal. No puede hacerlo.

—Ya lo ha hecho.

—Habrá algo que yo pueda hacer, iré a la policía y se lo explicaré todo.

—Ir a la policía no cambiará nada.

—¿Por qué?

—Es de lo que estuvimos hablando con mi mánager durante más de tres horas. Todo está a su favor y en tu contra.

—Nunca imaginé que esto pudiese pasarme a mí —dijo Salvador con resignación. ¿Estás segura de que no puedo denunciarlo?

—Claro que puedes denunciarlo, pero ¿qué crees que pasará si lo haces, tienes el dinero y los contactos para enfrentarte a alguien que sí los tiene? Los juicios se pueden recurrir, por ambas partes, y el proceso podría durar años. Los abogados son caros, y si después de años de litigio perdieses, te acusaría de haber perjudicado su imagen pública, tendrías que compensarle por daños y perjuicios.

—Sería mi fin —se lamentó Salvador.

—Sí.

—¿Y si ganase?

—Si llegases a ganar, y no creo que pudieses ganar, pero si ganases, te crearías enemigos. Nadie querría trabajar contigo en la industria audiovisual. Él tiene una productora, conoce a los propietarios de las otras productoras, aunque no sean amigos, tienen una relación profesional. El Cartero te difamaría, es posible que tenga conexiones que no nos podemos imaginar, quizá conseguiría que te echaran del país.

—¿Puede hacer eso?

—Quién sabe lo que una persona rica y con contactos en posiciones de cierto poder puede hacer —hizo notar Yoko.

—Pondría a todo el mundo en mi contra.

—Y sus conexiones podrían estar no ya en posiciones de poder en el gobierno, sino con mafiosos que podrían hacerte daño. Se han dado casos.

Al escuchar a Yoko hablar de la mafia le vino a la cabeza Liselot, la sensual modelo de dieciséis años que estudiaba vietnamita con él, y que decía tener un padre que formaba parte de la mafia.

—Enfrentarse a alguien con dinero y estatus social supone ponerme en un peligro real.

—Sí, es así —suspiró Yoko—. Yo estoy tan afectada como tú. Ojalá pudiésemos hacer algo.

—Los ricos y poderos llevan aprovechándose de los que carecen de esos privilegios desde los albores de la historia —filosofó Salvador.

—Por desgracia. Mira, si tuviese cuarenta años y fuese la actriz más famosa de Vietnam, puedes estar seguro de que le aplastaríamos como a una cucaracha. Yo conocería a todo el mundo en la industria audiovisual, esta noche iría al canal más visto de Vietnam y le expondría públicamente en directo.

»En pocos días, los mejores abogados del país estarían haciendo cola para representarnos, arruinarle y meterle en la cárcel, cuanto mayor el escándalo mejor. La producción del programa se cancelaría en pocos días, la opinión pública se pondría de nuestra parte inmediatamente y los espectadores boicotearían sus programas.

»No habría ningún lugar en el que se pudiese esconder, los que cree que son sus amigos y contactos en el poder desaparecerían por completo, y se enfrentaría solo y desvalido ante un juicio que nunca podría ganar, y apelar, solo prolongaría su agonía.

—Pero no eres la actriz más famosa de Vietnam.

—No, solo soy una jovencita intentándose abrir camino en la complicada industria audiovisual.

—¿Hay algo aparte de lamentarnos que podamos hacer?

—No, y no podemos enviar tu proyecto del *reality show* a ninguna otra productora.

—¿Y los que ya hemos enviado?

—No te preocupes por eso, nadie dirá nada ni sacará el tema.

—Nadie hará nada ni dirá nada, aunque sepan que el Cartero me ha robado el proyecto —suspiró Salvador.

—No es su guerra.

—Estoy en *shock*.

—Yo llevo en *shock* desde ayer —reconoció Yoko.

Una batalla perdida

Aunque Salvador había encajado la funesta noticia con sobriedad, a medida que las horas pasaban su entereza se fue debilitando. Por la noche intentó llevar a cabo el ritual nocturno que llevaba meses haciendo antes de acostarse, y que tan buenos resultados le estaba dando. Hizo lo posible por dar las gracias por las cosas buenas de la vida y de aquel día, pero el torbellino mental y las emociones negativas hacían acto de presencia una y otra vez.

Las quejas mentales ante tal injusticia adquirieron la fuerza de un huracán, y no hubo nada que pudiese hacer para aplacarlas. Al final, dándolo por imposible, desistió y trató en vano de conciliar el sueño, la rabia y la ira no le dejaron dormir hasta las tantas de la madrugada.

El domingo se despertó tarde y con dolor de cabeza. La única buena noticia fue que no tuvo la pesadilla recurrente. Llevaba más de cinco meses libre de ella, y estaba decidido a que las cosas siguiesen de la misma manera, no podía bajar la guardia.

Con la llegada del mes de marzo, días soleados y temperaturas cada vez más altas se habían convertido en lo habitual en Saigón. Recordaba que abril era el mes más caluroso, así que lo peor aún estaba por llegar, por suerte tenía aire acondicionado en la habitación del hostal en el que vivía y en todos los sitios en los que trabajaba, la pequeña escuela de matemáticas Numbers, de la señorita Ý, en el distrito Phu Nhuan; la Bright International School, en el distrito Nha Be, y la casa del capitán en el distrito 7.

El que lo llevaba peor era su amigo de Zaragoza, Ramón, que exigió almorzar en un restaurante con aire acondicionado, y el menos afectado por las altas temperaturas era el de Bilbao, Enrique, quizá por su complexión enjuta. Desde el día de la pelea, ninguno de los tres se había puesto en contacto con Santiago y este había tenido la misma actitud con respecto a ellos.

—Yo iría a la policía —dijo Ramón.

—Pues yo le partiría la cara. Bueno, si fuera grande y fuerte como tú, quiero decir —expuso Enrique con vehemencia.

Ninguno de los dos pudo argumentar de forma satisfactoria contra los temores reales que Yoko había planteado, y finalmente tuvieron que reconocer que hiciera lo que hiciese, no tenía muchas posibilidades de éxito, además poco ayudaba que le hubiese pasado en otro país, quizá lo mejor era olvidarlo y centrarse en el proyecto que

no le habían robado.

El martes tenía clase con Tom, el hijo del capitán. El jovencito estaba de un inusual buen humor, al parecer el día anterior habían hecho una competición en la clase de matemáticas en la que tenían que calcular mentalmente, había habido sumas, restas y multiplicaciones, y según le dijo, les había machacado a todos y el profe no podía creérselo.

El capitán, hombre perspicaz donde los hubiera, viendo el sombrío aspecto de Salvador, no paró hasta convencerle de que cenara con ellos. Después de la cena, se lo llevó a uno de esos locales que ya hacía años se habían puesto de moda en Saigón en los que se podía comer, beber y ver deportes.

El elegido para la ocasión estaba cerca del apartamento del capitán, tenían varios televisores grandes y en cada uno de ellos se podía seguir alguna actividad deportiva. El primero estaba emitiendo un partido de la liga inglesa de fútbol, el segundo un campeonato de boxeo, el tercero un partido de tenis, y el cuarto carreras de motos. Ni era fin de semana ni había ninguna final de fútbol en pantalla, en consecuencia el número de clientes era escaso, la música estaba baja y se podía hablar con tranquilidad.

A medida que llegaban las cervezas, Salvador se volvió más y más locuaz, y las cervezas, todas a cargo del capitán, no dejaron de llegar hasta que aquel le explicó la historia al completo, desde que hizo traducir sus dos proyectos y Ngoc se los pasó a su jefe, el Cartero, pasando por su relación con Yoko y la firma del contrato para el programa de televisión, y terminando con Yoko dándose cuenta de que el Cartero había robado el proyecto de Salvador para hacer el *reality show* en que ella iba a tener que participar.

El militar escuchó la historia con atención, y le hizo algunas preguntas para entender todos los detalles de lo acontecido. El aspecto sombrío del capitán dejaba muy claro lo que pensaba, incluso antes de que hiciera algún comentario.

—Me entristece que te haya pasado algo así, es vergonzoso que aún haya personas que se dediquen a sacar ventaja del trabajo, las ideas y el esfuerzo de otros para su propio beneficio.

Salvador se terminó la última cerveza mientras el capitán reflexionaba sobre lo que iba a decir.

—Por desgracia, la mánager de tu chica tiene razón, enfrentarse a ese hombre es una batalla perdida, él lo sabe, y por eso ha hecho lo que ha hecho. Yoko es muy joven y no creo que sepa realmente quién es ese tipo, pero su mánager sí lo sabe. El Cartero lleva toda su vida trabajando en televisión y ahora es el propietario de una de las productoras más importantes de Vietnam, solo por eso ya tiene mucha

influencia, tienes que tener en cuenta que las productoras y los medios de comunicación están muy relacionados.

—¿Ese hombre controla los medios de comunicación en Vietnam?

—No, no, sus manos no llegan tan lejos, la mayoría de los medios de comunicación los controla el gobierno. Lo que iba a decirte es que hace años se hizo bastante famoso como presentador de televisión, le conoce mucha gente, y está bien conectado en el mundo audiovisual.

—Tiene muchos amigos.

—Algo así. Esto la mánager de Yoko lo sabe muy bien, y por eso le dijo que cualquier intento de enfrentarse a él acabaría en fracaso —explicó el capitán.

—¿Cualquier intento de cualquier persona?

—Cualquier intento por tu parte, o por parte de Yoko, o incluso de su mánager. —Salvador suspiró con resignación—. No de cualquier persona. Lo que te dijo Yoko también es cierto, si ella fuese la actriz más famosa de Vietnam, sería el Cartero el que acabaría mal.

—Una lástima que no lo es.

—O si tú fueses el hijo de alguien de cierta importancia, no sé, por poner un ejemplo, quizá si fueses el hijo del embajador de España, también podría ser diferente, no tendrías la fuerza de contar con el apoyo de por ejemplo la actriz más famosa de Vietnam, pero si fueses su hijo, él hablaría con las personas adecuadas.

»Estas, posiblemente, intentarían llegar a una solución civilizada que fuese beneficiosa para ambos. Tal vez el Cartero se vería obligado a llegar a un acuerdo contigo, o a compensarte de alguna manera.

—Entiendo. Todo depende de si uno conoce a las personas adecuadas —se lamentó Salvador.

—El mundo en que vivimos es así —reconoció el capitán.

El partido de fútbol de la liga inglesa terminó y a continuación pasaron a emitir un partido de baloncesto de la NBA.

—Piensa también en todo lo que una persona con su dinero y contactos podría hacer para perjudicarte a ti, o incluso a Yoko si decidieseis enfrentaros a él. Una persona que roba sin escrúpulos y que cuando se mira en el espejo no ve a un ladrón, sino a alguien muy inteligente, no tendría ningún problema en hacer la vida imposible de cualquiera que osara cuestionarle.

—¿De qué manera? —preguntó Salvador.

—Podría contratar a alguien para investigarte y ver si tienes todos los papeles en regla, si estuvieses trabajando sin permiso de trabajo, te podría denunciar.

—Tengo permiso de trabajo.

—Solo era un ejemplo.

—Ya.

—Podría usar la información que ha obtenido de ti para difamarte, humillarte o meterte en problemas legales, pagando a alguien para que dijera que has hecho algo que en realidad no has hecho.

—Eso suena fatal.

—Lo mismo con Yoko, podría perjudicarla muy fácilmente.

—No es la actriz más famosa de Vietnam —recordó Salvador.

—No. Y en un escenario aún peor podría pagar a la mafia para asustarte o hacerte daño.

—¿Sería capaz de hacer cualquier cosa?

—No te quepa la menor duda.

—Hablas como si le conocieses bien.

—Conozco bien a la gente de su calaña —sentenció el capitán.

Salvador miró con desinterés las botellas de cerveza que se habían acumulado delante de él.

—¿Qué harías si fueses yo? —preguntó Salvador.

—¿Has leído *El arte de la guerra* de Sun Tzu?

—No.

—Deberías —le recomendó el capitán.

—No me gusta la guerra.

—La guerra no le gusta a casi nadie, pero en la vida tenemos que aprender a pelear para sobrevivir, nos guste o no.

—Todos me recomendáis que no pelee.

—Yo no te estoy recomendando que no pelees, te recomiendo que no vayas a una batalla que no puedes ganar. Dejarse llevar por las emociones es fácil y las consecuencias pueden ser nefastas. Hay guerras que se pueden ganar y guerras que no, y hay guerras que para ganarlas hay que asumir tantas pérdidas que quizá no valga la pena ganarlas.

»Te he dicho que enfrentarse a ese hombre es una batalla perdida, porque es lo que creo, pero si decidieses vengarte de él, y dedicases todos los esfuerzos del resto de tu vida en el empeño, no me cabe la menor duda de que podrías hacerle daño. La pregunta es, ¿vale la pena? Yo no puedo contestar a la pregunta, solo tú puedes.

—No, no vale la pena —contestó Salvador.

—Yo, con mi experiencia en la vida, si fuese tú no haría nada, quizá algún día la oportunidad de vengarme de ese tipo apareciera, quizá no. Si un día en el futuro las cosas fuesen distintas y pudiese vengarme de alguien que me ha robado, no te quepa la menor duda de que lo haría. Pero solo si la situación me resultara favorable, si la situación continuase siendo desfavorable para mí, continuaría con mi vida.

»Incluso las peores pérdidas mejoran con el tiempo, aún eres

bastante joven y puedes hacer muchas cosas en la vida. Relativiza la pérdida. Sí, has perdido esta batalla. En la vida se pierden muchas batallas. Pero no has perdido la guerra. Conserva la cabeza fría, y reserva tu tiempo y energía para las siguientes batallas.

»Tanto en el ejército como en política se citan muchos pasajes del libro que te he comentado, *El arte de la guerra*. Quizá una de las más famosas sea: «El arte de la guerra se basa en el engaño».

—Dice mucho de militares y políticos —replicó Salvador, el capitán se limitó a encogerse de hombros.

—La mayoría de las citas de ese libro hablan de cuándo atacar y de cuándo no, de conocer a los adversarios, de la importancia de la rapidez y cosas por el estilo, pero hay una frase en el libro mucho menos citada que dice: «Las ruedas de la justicia giran lentamente, pero giran bien».

—No me parece que vivamos en un mundo justo, o que se haga justicia a menudo.

—A un nivel superficial, tienes razón, vivimos en un mundo injusto, pero yo creo que Sun Tzu no se refería a la limitada justicia de los hombres, sino a una justicia invisible que no podemos ver.

Al día siguiente, mientras paseaba por el amplio recinto de la pagoda de Giac Lam, uno de los templos más antiguos de la ciudad, que databa de 1744, Salvador reflexionó sobre lo que le había dicho el capitán. Había batallas que se podían ganar y batallas que no se podían ganar, lo sabio era no perder el tiempo y la energía con las que no se podían ganar, y reservarlos para las primeras.

La pagoda de Giac Lam estaba en el 565 de la calle Lac Long Quan, en el distrito Tan Binh, a unos 7 kilómetros de su hostal. A su alrededor se extendían una miríada de laberínticos callejones por los que solo los vecinos podían transitar sin perderse. El templo era una especie de isla, rodeada por muros, en la que era posible encontrar cierta paz entre el ruido incesante de la metrópolis.

Se detuvo delante de la estatua del *bodhisattva* Avalokiteshvara, que estaba bajo un árbol bodhi en el jardín, a poca distancia de la entrada. Las leyendas budistas contaban que el príncipe Siddhartha se sentó bajo un árbol bodhi, mientras obtenía la iluminación para convertirse en Buda. Salvador le había cogido el gusto a ir a las pagodas en busca de sosiego. El silencio y la tranquilidad eran difíciles de encontrar en Saigón.

Lo último que el capitán le había dicho era que sin esa justicia invisible en la que los budistas creían, a la vida le faltaría algo. La incapacidad de percibir esa justicia sutil e invisible era debida a la limitada percepción de la realidad que los seres humanos tenían, y que solo unos pocos maestros iluminados, como Buda, habían conseguido

transcender esa percepción limitada.

Salvador nunca había entendido qué querían decir realmente los budistas cuando afirmaban que Buda había alcanzado la iluminación. Un día se le había ocurrido que quizá era como los problemas de matemáticas avanzadas, para una persona normal eran incomprensibles y no tenían ningún sentido, y solo después de muchos años estudiando y de muchos fundamentos matemáticos asimilados, esos problemas adquirían no solo sentido, sino que era posible resolverlos.

Se sentó en un banco y se dedicó a contemplar a la gente que había ido a visitar la pagoda de Giac Lam.

«Las ruedas de la justicia giran lentamente, pero giran bien».

Cualquier persona que sufriese renegaría contra esa afirmación con vehemencia, pero en ausencia de sufrimiento las cosas se veían de otra manera. Pensó en lo bien que se había sentido cuando durante breves períodos de tiempo sus pensamientos se habían detenido, y un pacífico silencio los había sustituido. No había habido sufrimiento alguno, sino paz y serenidad, y en alguno de los episodios, también recordaba haber sentido alegría, una alegría sin causa concreta.

¿Tendría algo que ver ese silencio mental, esa ausencia de pensamientos con la iluminación de Buda? Quizá Buda había llegado a un nivel tan profundo y extenso en el tiempo de silencio, que había ido más allá de los pensamientos. Así como los animales habían transcendido el mundo vegetal adquiriendo la posibilidad de moverse libremente, y los seres humanos habían transcendido el mundo animal tomando consciencia de sí mismos y de su entorno, y gracias a la mente habían aprendido a comunicarse a través de elaborados lenguajes, y de construir herramientas con las que dar forma a infinidad de cosas que no existían previamente, Buda podría haber sido uno de los pocos que habían dado el siguiente paso en la evolución humana.

Quizá cuando los budistas hablaban de la iluminación del príncipe Siddhartha, lo que querían decir era que había transcendido la necesidad de pensar continuamente, alcanzando otro nivel de consciencia y de existencia, más allá del sufrimiento. Así, Buda era capaz de ver una justicia invisible en el mundo degenerado y cruel que los seres humanos habían establecido a lo largo de milenios. Lo mismo sucedería con cualquiera que alcanzase ese estado llamado de iluminación, podría ver una justicia invisible, incluso en el mundo insostenible creado por los seres humanos.

«Las ruedas de la justicia giran lentamente, pero giran bien».

«Ojalá la humanidad diese el siguiente paso evolutivo, y este la llevase a una forma de existencia pacífica, en la que los seres humanos dejasen de crear sufrimiento para sí mismos y para los demás, y se

dedicasen a cuidar del planeta que había posibilitado su existencia, en lugar de destruirlo, envenenando la tierra, el agua y el aire», pensó Salvador mientras contemplaba plácidamente un árbol bodhi en el jardín de la pagoda de Giac Lam, parecido a aquel bajo el cual, según las leyendas budistas, se había sentado el príncipe Siddhartha mientras alcanzaba la iluminación para convertirse en Buda.

Una situación insoportable

A medida que los días de marzo pasaban, la temperatura subía, y la energía positiva y la gratitud que Salvador había ido acumulando a lo largo de los últimos meses se desvanecía inexorablemente, día tras día, noche tras noche, como un ejército que, enfrentado a un inesperado enemigo mucho más numeroso, se batía en retirada a pesar de todos los esfuerzos de los oficiales por mantener la disciplina.

Yoko tenía razón, su mánager tenía razón, el capitán tenía razón. No podía ganar esa batalla. Recordó a Liselot y a su supuesto padre mafioso. La mafia. Aunque fuese verdad, a él no le ayudaría. Los señores acaudalados podían usar su dinero para contratar a los mejores abogados, o para pagar a los mafiosos más peligrosos, dependiendo de lo que más les interesara hacer. O a ambos, ¿por qué no? Los seres humanos con pocos recursos podían darse por satisfechos si al llegar a fin de mes habían pagado el alquiler, todas las facturas y tenían la nevera llena.

Cada noche intentaba detener sus pensamientos compulsivos y sentir gratitud, y cada noche fracasaba; por la mañana, la historia se repetía, hasta que al cabo de unos días dejó de intentarlo.

Las últimas flores blancas que había comprado se habían marchitado, y con ello, su belleza y su esplendor se habían perdido por completo, como la gratitud de Salvador. Los pensamientos amables habían dejado paso al odio, que afloraba cada vez que acudía a su mente la idea de que aquel que le había robado vivía con impunidad, y no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

Para Yoko cada vez era más difícil sobrellevar la situación, por un lado, tenía que trabajar para alguien que no dejaba de ser un ladrón de guante blanco enfundado en sus caros trajes italianos, que ni siquiera le quedaban bien porque había un límite al sobrepeso que un buen traje podía ocultar; y por otro, Salvador se estaba alejando peligrosamente de ella, apenas hablaba cuando quedaban, e incluso su deseo sexual se había resentido, hasta el extremo de que había dejado de pedirle que subiese a su habitación.

Las tres primeras semanas de marzo pasaron, Salvador había olvidado que el domingo 23 era la primera emisión del programa en directo por televisión. Lo había olvidado, entre otras cosas, porque desde el día en que Yoko le dijo que el Cartero le había robado el proyecto, y que ella no podía romper el contrato que había firmado

para participar en ese *reality show*, Salvador no le había vuelto a preguntar nada referente al programa de televisión.

Así, cuando el sábado le preguntó si quería que fuesen a cenar juntos el domingo, le pilló por sorpresa que al día siguiente ya tuviese lugar la primera gala, que se emitiría por la noche y haría que su chica terminase tarde.

—Lo siento —susurró Yoko.

—Olvídalo —se limitó a decir Salvador, que ya no hizo ninguna otra mención al domingo, al programa, ni de hecho a nada de nada.

No sabiendo qué decir, o de qué hablar, cuando el silencio que les separaba ya se hizo insoportable, Yoko apostó por el último recurso que había funcionado durante esa semana.

—¿Quieres que vayamos a tu habitación?

—No me apetece. Otro día —contestó sin ánimo alguno Salvador.

—Como quieras.

Los minutos pasaban a medida que la noche de Saigón traía algo de brisa al parque, para deleite de los que habían estado esperando a que el bochorno fuese más soportable.

—Si estás cansado, te puedo dar un masaje, y… y hacer que te sientas mejor. Tú no tienes que hacer nada, yo me ocupo de todo.

—Lo siento, no me apetece.

—No pasa nada.

Yoko intentó decir algo para animar la deprimente cita, pero si ni la oferta de tener sexo había funcionado, no sabía qué podía hacerlo.

El domingo fue una verdadera pesadilla para Salvador. Ser consciente de que Yoko iba a estar trabajando todo el día para salir en pantalla por la noche en un programa que había nacido de su mente, pero por el que nunca iba a recibir ningún reconocimiento, y que iba a enriquecer aún más a alguien ya de por sí rico, le desquiciaba. Si al menos Yoko hubiese tenido la posibilidad de dejar el programa, se hubiese sentido algo mejor, pero ella estaba subyugada por el contrato, y cada vez que pensaba en ella, o la veía, acudía a su mente el Cartero.

Los primeros días, solo había sido una idea abstracta, había intentado no buscarlo en internet, pero al final no pudo soportarlo, abrió el navegador e introdujo su apodo en vietnamita. En un instante sus fotos, biografía e información relevante aparecieron en pantalla. Su aspecto era decepcionante, de corta estatura, obeso, sonrisa de hiena y mirada vacía, bien podría haber formado parte del elenco de una película de terror.

Con el vietnamita que había ido aprendiendo y la ayuda de un

traductor en línea, pudo leer sobre las grandes gestas de su vida. Asqueado de leer hermosas palabras sobre un ser tan despreciable, cerró el navegador en pocos minutos.

Buscar información de él y ver sus fotos había sido un error, a partir de ese día la imagen de su sonrisa de hiena y su mirada muerta le habían perseguido. Cuando miraba a Yoko le veía a él, y cuando hacía el amor con Yoko, podía sentir la mirada muerta y el desprecio de ese ser que se había aprovechado de él, y se reía de él sin ni siquiera haber tenido que conocerlo.

Por la noche deambuló sin rumbo fijo por el distrito 1. Sin darse cuenta pasó por delante de uno de sus restaurantes preferidos, el Moon, con sus lámparas artesanales colgando del techo dando tenues colores que se mezclaban con delicadeza. Las había de todos los colores, rojas, azules, amarillas, violetas, naranjas, marrones e incluso negras. Salvador pensó que tendría que estar dentro, sentado con Yoko, esperando a que les trajeran algo delicioso para comer, y no paseando por las calles grises de una ciudad demasiado grande y demasiado ruidosa en la que habitaban seres del averno como el Cartero. Seres que no deberían existir.

Bien pensado, había sido culpa suya, si no hubiese hecho traducir esos proyectos al vietnamita para que Ngoc se los hiciese llegar al Cartero, no habría pasado nada. Nunca los tendría que haber traducido. Al menos esa rata de cloaca, el Cartero, no habría tenido la oportunidad de leerlos y de apropiarse de uno de ellos, y él podría haber estado dentro del restaurante disfrutando de Yoko, y al mirarla, en su mente no aparecería inmediatamente la imagen de una hiena sin alma.

Siguió caminando y pasó por delante de una tienda de electrodomésticos, detrás del cristal del escaparate había varios televisores, cada uno de ellos mostraba un programa de televisión distinto, y en el de la izquierda se podía ver la emisión de la primera gala, en la que Yoko estaba participando. En ese momento, los dos presentadores, un hombre y una mujer jóvenes, atractivos y supuestamente carismáticos, estaban presentando a los concursantes uno por uno.

Yoko le había dicho que todos los que participaban en el *reality show* eran actores y actrices prometedores. Lo último que Salvador quería era ver ese programa, pero no podía apartar la mirada, ninguno de los concursantes tenía más de treinta años, y algunos quizá eran incluso menores de edad. Todos ellos, vestidos con sus mejores galas, intentaban impresionar tanto a los presentadores como a los otros concursantes y al público. Sus rostros maquillados en exceso y sus sonrisas artificiales le resultaban insoportables.

Tras unos minutos de hipnosis la vio, le había llegado el turno a

Yoko, y los presentadores le hacían preguntas y bromeaban con ella, como habían hecho con el resto de participantes. Los televisores no tenían sonido, y aunque hubiese tenido la oportunidad de oír lo que decían, no lo habría podido entender más allá de quizá unas pocas palabras, pero estaba seguro de que se trataba de las características chanzas, y bromas estúpidas y frívolas de la mayoría de los programas de televisión, independientemente del país en el que se emitiesen.

Verla en pantalla fue demasiado para él. Un profundo malestar se apoderó de Salvador, una sensación parecida a la náusea se hizo cada vez más perceptible. Las emociones negativas le asaltaron y se encadenaron una tras otra, frustración, ira, odio y desesperación nublaron su juicio. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el control, todo su cuerpo empezó a sudar y el pulso se le aceleró de forma descontrolada.

Hacía años que no tenía un ataque de pánico, al notar que se empezaba a marear se sentó en el suelo apoyando la espalda contra el cristal. Durante unos minutos la percepción de la realidad se nubló. Cuando volvió a tomar consciencia de sus propios pensamientos, no estaba seguro de si había llegado a desmayarse o no. Hizo respiraciones conscientes cada vez más profundas, hasta que sintió que se le pasaba la taquicardia.

En cuanto pudo se levantó. Se sentía completamente agotado, estaba sudado y le costaba mantener el equilibrio. Paso a paso, se encaminó a su hostal, se dio una ducha con agua fría y se tumbó en la cama. Miró las flores marchitas encima de la mesa. Las tendría que haber tirado hacía días. Se seguía sintiendo mal, y para distraerse puso música. Sin saber por qué, una situación en la que no había vuelto a pensar acudió a su mente. Había sucedido un día que estaba tomando unas cervezas con Larry y Duong, su novio, o quizá debiera decir su exnovio.

El caso es que a la mesa de al lado había una pareja, ella vietnamita, él de algún lugar del Reino Unido que no conseguía recordar, Irlanda, o quizá Gales. Este había tomado unas cervezas de más, y sin venir a cuento de nada, se giró hacia él y le contó que había vivido en Taiwán durante siete años, que había sido muy feliz ahí hasta que cortó con su novia, y no pudiendo soportar la tristeza se había marchado de Taiwán y había ido a vivir a Vietnam.

La novia del chico, que al parecer ya había escuchado esa historia en demasiadas ocasiones, le recriminó que cada vez que bebía se ponía a hablar con extraños, y les contaba lo maravillosa que había sido su vida en Taiwán con su exnovia, y cómo se había ido con el corazón roto.

Salvador, que no conocía a nadie que hubiese vivido ahí, le preguntó cómo era Taiwán. El joven le dijo que era el mejor lugar del

mundo, el paraíso en la Tierra. Al escucharlo, la novia vietnamita se enfadó con él, y le preguntó por qué no volvía a Taiwán si era el mejor lugar del mundo para vivir. Una infinita tristeza afloró espontáneamente en el rostro del joven.

«Ella no lo entiende», se había limitado a decirle sin perder la sonrisa.

Aquel chico seguía enamorado de su exnovia y de Taiwán. Salvador había querido saber por qué se había separado de su exnovia taiwanesa, pero la discusión que empezó después entre él y la chica vietnamita lo hizo imposible.

Tumbado en la cama, al rememorar aquella historia, se le ocurrió que quizá a aquel chico le había pasado algo parecido a lo que le había sucedido a él. Algo imprevisible e insoportable que lo había destruido todo sin remedio.

Salvador lo había estado pensando durante días, había estado a punto de hacerlo en varias ocasiones, pero no se había atrevido, o quizá había pensado, muy ingenuamente, que las cosas se arreglarían y volverían a ser como antes, pero ¿cómo iban a arreglarse, cómo iban a ser como antes? Era imposible, igual que había sido imposible para aquel joven irlandés, o galés, o de donde fuera. Si hubiese podido, habría vuelto a Taiwán con su exnovia, pero no podía, simplemente no podía, al igual que él no podía volver a ver a Yoko, ver a Yoko había pasado de ser una visita al reino de los cielos, a cruzar las puertas del infierno.

Sintiéndose algo mejor después de estar tumbado un buen rato, fue a Bui Vien a beber cervezas, se sentó en el primer sitio que vio y vació una botella de cerveza tras otra, hasta que se vio capaz de enviar el mensaje que había escrito hacía días, y que aún no había sido capaz de enviar.

Salvador:

Querida Yoko, no sé cómo decirte esto, pero esta situación me ha superado completamente. Cada vez que estoy contigo un sufrimiento insoportable me embarga, no puedo seguir viéndote. No es culpa tuya ni mía. Sé que eres una chica madura y que lo entenderás. Hasta siempre flor. Un Salvador que no puede salvarse a sí mismo.

La noche no fue amable, se acostó borracho y tuvo la pesadilla recurrente que le había perseguido desde que era un adolescente. Como siempre había sucedido, la casa era distinta a todas las otras con las que había soñado anteriormente, y de las que había intentado escapar en vano. El tormento había tenido lugar en una mansión de amplios espacios, planta baja y primer piso comunicados por varias largas escalinatas. Una mansión oscura como la muerte, sin sonidos, sin olores, y sin salida.

En esa ocasión tuvo la pesadilla tres veces durante la misma

noche, algo que nunca le había sucedido antes. Tres veces soñó con la mansión, y tres veces se despertó gritando aterrorizado, buscando una salida que no existía, al menos en el mundo de los sueños.

Se levantó a la hora de almorzar destrozado, el dolor de cabeza era insoportable y se sentía agotado, como si hubiese estado en el gimnasio todo el día entrenando.

Cogió el teléfono, temeroso de la respuesta de Yoko al mensaje de despedida que le había enviado la noche anterior. ¿Cómo habría reaccionado al leer su mensaje? ¿Le respondería llena de ira, le insultaría, le llamaría medio hombre, como Santiago les había llamado a Ramón, a Enrique y a él el día de la pelea hacía unas semanas? Afortunadamente, Yoko todavía no había contestado. Mejor. Sin pensárselo dos veces se puso en contacto con Ý, su jefa en la escuela de matemáticas Numbers, le dijo que se había puesto enfermo y que no podía ir a dar la clase ese día.

Yoko, acoso

Yoko estuvo estresada todo el día por culpa de *Café envenenado*, el *reality show* en el que estaba participando. Uno de los pequeños cambios que había hecho el Cartero al proyecto de Salvador era el título, que en opinión de Yoko era horrible, ¿quién querría ver un programa llamado *Café envenenado*? El cambio más significativo que había hecho el Cartero era que, en lugar de dieciséis concursantes y trece semanas de duración, tal y como Salvador había planeado, solo tenía catorce concursantes y se iba a emitir a lo largo de once semanas.

La preparación de la gala inicial del programa de televisión en directo era una locura. Los técnicos montaban y probaban cámaras, trípodes, focos, micrófonos y todo tipo de artilugios que no siempre sabía para lo que servían, pero que eran necesarios para la grabación; los equipos artísticos de vestuario, y maquillaje y peluquería, ultimaban los detalles para que los concursantes lucieran como estrellas de cine; y los asistentes y ayudantes de producción corrían de un lado para otro intentando que todo y todos estuviesen preparados y en su sitio.

Aunque la productora del Cartero tenía su propio plató de televisión, este, en un momento de grandilocuencia, había alquilado el estudio de televisión más grande de Saigón para la grabación del *reality show*. Algo en su retorcida mente le decía que aquel iba a ser el programa del año, y que su productora pasaría a convertirse en la más importante de todo Vietnam.

El Cartero se paseaba por el plató como un señor feudal, comprobando que todo fuese de su agrado y mirando con aire de superioridad a sus súbditos, a pesar de su corta estatura, era más bajo de lo que le había parecido la primera vez que le vio, apenas debía pasar del metro y medio. Yoko hacía todo lo posible por evitarlo, pero no importaba dónde estuviera, él siempre estaba cerca de ella.

Había catorce jóvenes actores concursando, siete chicas, entre ellas Yoko, y siete chicos; todos ellos con edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años. Por suerte conocía a un par de actrices con las que había coincidido en una película para televisión, fue a hablar con ellas para distraerse un poco y librarse del Cartero.

Después de la grabación, más agobiante de lo que había previsto, cuando ya pensaba que todo había terminado y podía ir a casa a relajarse, el Cartero se plantó delante de ella con la determinación de un toro dispuesto a embestir.

—¿Qué te parece si te invito a cenar? —dijo sin preámbulos—. Debes estar cansada después de tanto ajetreo, conozco el sitio perfecto para relajarnos.

Yoko forzó una sonrisa poco natural y buscó una excusa rápida que sirviese hasta que el programa terminase.

—Lo siento mucho, pero ya he quedado con mi novio para cenar.

—No me habías dicho que tienes novio.

—No es lo primero que digo cuando conozco a alguien.

—Comprendo. Entonces mejor otro día.

—No sé si es muy oportuno ir a cenar con otros hombres teniendo una relación.

—Tonterías, claro que es oportuno, ya no eres una niña —respondió el Cartero.

—Bueno, me voy, mi novio me está esperando —dijo Yoko fingiendo prisa y alejándose de él.

Ya en su habitación, libre del estrés del programa de televisión, encendió el teléfono móvil y leyó el mensaje de Salvador.

Salvador:

Querida Yoko, no sé cómo decirte esto, pero esta situación me ha superado completamente. Cada vez que estoy contigo un sufrimiento insoportable me embarga, no puedo seguir viéndote. No es culpa tuya ni mía. Sé que eres una chica madura y que lo entenderás. Hasta siempre flor. Un Salvador que no puede salvarse a sí mismo.

Una sensación de desolación se adueñó de ella y una miríada de pensamientos la asolaron. A pesar del distanciamiento de los últimos días, no se esperaba recibir un mensaje de despedida, pensaba que era cuestión de tiempo y que en unas semanas, o quizá cuando la grabación del programa terminase, todo iba a volver a la normalidad. Controló el impulso de responder inmediatamente. Era demasiado fácil agravar la situación con un mensaje erróneo. Necesitaba tiempo para pensar.

Tardó dos días en decidirse a escribir a Salvador, pero a pesar de todos sus esfuerzos no consiguió quedar con él para intentar encontrar una solución a una situación que ninguno de los dos había creado, y que no podían deshacer. Rendida ante las circunstancias, se centró en el trabajo para disimular la tristeza que sentía y se limitó a dejar que pasase el tiempo, de este se decía que tenía el poder de curarlo todo.

El que no perdía el tiempo era el Cartero, que no solo no se vio afectado en absoluto por la negativa de Yoko de ir a cenar con él, sino que de hecho empezó a acosar a varias de las otras concursantes del

programa, a la vez que continuó insistiendo con Yoko, no fuera que se diese la feliz circunstancia de la que la esbelta y atractiva jovencita cambiase de opinión.

De cara a la galería, Yoko seguía teniendo novio, pero no se limitaba a usar a Salvador como excusa para no quedar con el Cartero, sino que también lo utilizaba para evitar las cada vez más frecuentes cenas y reuniones nocturnas entre los concursantes del *reality show*, que por lo fogoso de la edad produjo algún que otro encuentro caliente en pocos días. Sin humor para ese tipo de actividades, Yoko les daba largas tanto como le era posible, y solo asistía a alguna que otra cena, para evitar ser la rarita insociable y coger mala fama.

En muchas ocasiones se había visto como la audiencia semanal de un programa que había empezado muy fuerte iba decayendo de forma lenta, o no tan lenta, e inevitable; sin embargo, lo que sucedió con *Café envenenado*, fue todo lo contrario. Sin llegar a ser baja, la audiencia del primer programa que se había emitido el domingo 23 de marzo fue un tanto decepcionante para lo que había previsto e invertido el Cartero, pero semana tras semana, más y más espectadores querían saber quién sobrevivía en el *reality show Café envenenado*.

La sexta gala, que se emitió el domingo 27 de abril, fue todo un éxito, el programa más visto de Vietnam en todo el mes. Anteriormente, en *Café envenenado,* los votos de los espectadores ya habían provocado la eliminación de tres chicas y un chico, y ese día le tocó al segundo chico abandonar el programa, y perder sus opciones de ganar el sustancioso premio y la fama que la victoria iba a conllevar.

Quedaban cinco programas y la valoración de Yoko subía sin cesar. Las encuestas decían que era la tercera en popularidad, por detrás de Quang, un joven apolíneo de veintitrés años, alto y musculoso; y de Lang, una engreída de veintiún años, no tan alta como ella, pero con más curvas, pechos grandes y una sonrisa que invitaba a la lujuria.

Las primeras semanas Yoko no estaba en la parte alta del *ranking* de popularidad, simplemente no podía concentrarse, en parte debido a la desazón que la ruptura con Salvador le había producido, y en parte por el hecho de trabajar en el programa que había causado esa ruptura. Tampoco había ayudado mucho que el Cartero la acosara constantemente.

A medida que habían pasado las semanas, había conseguido sacar fuerzas de flaqueza y meterse más en los papeles que tenía que interpretar en *Café envenenado*, y progresivamente se había ido ganando la simpatía de muchos de los espectadores por su dulzura y madurez. Los periódicos seguían el programa con interés, y este estaba

en boca de todos en la calle.

Consciente de que en el mundo audiovisual todo era muy lento en la fase de desarrollo de un proyecto, y de buscar una productora interesada o inversores que quisieran participar; y de que se tenía que aprovechar cualquier oportunidad por pequeña que esta fuera, pensó que era un buen momento para sacar partido a la popularidad que *Café envenenado* le estaba brindando. A finales de abril, fue a hacer una visita a todas las productoras a las que habían presentado el proyecto de Salvador para hacer una serie de televisión.

En Rec Studio, una de las productoras más grandes de Vietnam, volvió a hablar con el director de producción. Si en aquella primera ocasión les había dedicado dos minutos, en esta se tomó un café con Yoko y estuvieron hablando durante casi media hora tanto del programa en boga, *Café envenenado*, como del proyecto que le habían presentado hacía varias semanas.

Magic Media, la empresa de su amiga Trinh, era demasiado pequeña y producir una serie de televisión no estaba dentro de sus posibilidades, pero quería mantener la puerta abierta a una coproducción. Tal y como le había explicado su mánager, si a Magic Media le gustaba la idea, podría hacerse cargo de una parte menos costosa, como la edición de vídeo o la sonorización, si la productora o productoras principales querían reducir un poco el coste total de su inversión. A veces el riesgo económico era excesivo para una sola empresa, y dos, tres, o incluso cuatro productoras se aliaban para tirar adelante un proyecto.

Trinh reconoció que la historia le gustaba y que si tuviese la capacidad para producir la serie lo haría. No había dicho nada anteriormente porque era consciente de sus limitaciones, pero se mostró muy interesada en tener una pequeña participación si la serie acababa produciéndose. Le dijo a Yoko que dependiendo del coste podría aportar entre un 5% y un 10% del total, un porcentaje muy humilde, pero era más de lo que había conseguido hasta ese momento.

Phuoc, el dicharachero propietario de Skyfilms, la atendió con la cordialidad y deferencia con la que habría recibido a Miss Universo. A la pregunta de dónde había dejado a Salvador, Yoko contestó con una sonrisa ladina y un simple está trabajando. Al productor no le desagradó la idea de una coproducción. Visto el éxito que *Café envenenado* estaba teniendo, la posibilidad de contar con varios de los concursantes, sobre todo con alguno de los finalistas, podía ser muy bueno, no solo para despertar el interés de los productores, sino de las cadenas de televisión o de inversores privados.

—La protagonista tiene dieciocho años en la historia, y sus amigos tendrán una edad parecida.

—Tienes buena memoria —se admiró Yoko.

—Solo para lo que me interesa —reconoció Phuoc—. ¿Cuántos años tienen los concursantes de *Café envenenado*?

—Entre dieciocho y veinticinco.

—La edad perfecta. Si la ganadora de *Café envenenado* fuese la protagonista de la serie, facilitaría mucho las cosas.

—Si hay una ganadora. Podría ser un ganador —advirtió Yoko.

—Entonces la protagonista de la serie tendría que ser un chico —reflexionó Phuoc.

—Eso rompería el esquema en el que se basa todo, una familia de mujeres con una habilidad especial.

—Podría ser gay —se le ocurrió a Phuoc.

—Un chico gay es un chico gay, no una chica.

—Muy cierto.

—Además, la protagonista de la serie voy a ser yo —dijo Yoko con delicadeza, pero sin un ápice de duda en el tono de su voz.

—Hay que ser flexible.

—Soy flexible para lo que me interesa.

—Bien dicho —rio Phuoc.

Asia Studio era la productora que había despertado inicialmente las esperanzas tanto de Yoko como de Salvador. A Vy, la ayudante del departamento de desarrollo de proyectos, le había gustado mucho la historia y había intentado organizar una reunión con su jefe, pero a este, el proyecto de Salvador no le había llamado la atención, lo desestimó y la tan esperada reunión nunca se produjo.

El objetivo de Yoko era hablar en persona con el jefe, un tal Cuong, pero sus esfuerzos resultaron en vano, no se dignó a salir de su despacho ni siquiera para saludarla. Yoko se quedó un rato hablando con Vy, la ayudante, una chica joven y vital de aspecto soñador. Le pareció una persona que valía la pena y la invitó a salir con ella por la noche.

Tras una opípara cena y más cervezas de las que Vy podía beberse manteniendo la compostura, esta no tardó en expresar su descontento y frustración por trabajar bajo el yugo de Coung, al que acusó de ser un sabelotodo de nula creatividad que se limitaba a buscar proyectos parecidos a otros que ya habían tenido éxito, lo que, según Vy, mantenía a Asia Studio en una zona gris dentro de las productoras de televisión en Vietnam.

—¿Es tu jefe el propietario de Asia Studio?

—¡No! Qué va, qué más quisiera ese idiota. Solo actúa como si lo fuera, la propietaria es una mujer, la señora Nhu. No sé por qué

confía en él, a mí me parece un inútil.

—Hay gente que lo único que sabe hacer es quedar bien ante los jefes, cuando algo funciona se ponen todas las medallas, cuando algo no funciona, nunca son los responsables y culpan a los demás de lo que haya pasado —explicó Yoko.

—¡Sí, sí! Eso es lo que él hace. Siempre dice que el mérito es suyo, y cuando hay problemas nos grita como si todo fuese culpa nuestra, aunque se haya equivocado él.

—Maestros del engaño, por desgracia tenemos que convivir con ellos y sobrevivir a sus trucos, manipulaciones y mentiras.

—Ya te digo, qué vida. ¿Por qué la señora Nhu no se da cuenta? —se lamentó Vy.

—Quién sabe.

Pasaron un buen rato juntas, y Vy le dio a Yoko una tarjeta con la información de contacto de la señora Nhu, la propietaria de la productora Asia Studio. Quizá más adelante pudiese serle de utilidad.

Durante los días siguientes fue a hablar con los jefes de proyectos de TV Factory y Vietnam TV, con los que ya había tenido la oportunidad de conversar hacía unas semanas. Charló un rato con cada uno de ellos, pero no consiguió ninguna respuesta concreta sobre el proyecto de Salvador. Veían con buenos ojos la participación de Magic Media, pero ambos seguían a la expectativa de si alguna otra productora más grande, un canal de televisión, o un inversor apostaba por el proyecto.

En Saigon Shotting, una de las productoras más grandes de Vietnam, volvió a fracasar en su intento de tener una conversación con el jefe de proyectos. Como ya le había pasado anteriormente, solo pudo hablar con su ayudante, que a diferencia de Vy, era una mujer antipática de aspecto huraño. A Yoko le dio la sensación de que aquella señora había olvidado cómo se sonreía.

—Si el señor Peter se interesa en el proyecto, ya nos pondremos en contacto contigo.

—¿Peter? ¿Es inglés o estadounidense?

—Es vietnamita —gruñó con condescendencia la mujer.

—¿Por qué le llamas Peter?

—Le gusta que le llamen Peter.

—Entiendo. ¿Puedo saber su nombre vietnamita?

—No —soltó la ayudante de Peter con tanta sequedad como le fue posible.

—Gracias.

—De nada —dijo la antipática mujer a modo de despedida, sin mirarla siquiera.

La vida sigue

—Todo estaba a punto, hablé con la agencia para la que trabajo, les dije que me quitaran varias clases y buscaron a otros profesores para que diesen esas clases —explicó Donovan, su amigo estadounidense.

—Y empezaste en el otro trabajo como profesor jefe.

—No, no hubo suerte.

—¿Qué pasó? —se interesó Salvador.

—No lo he entendido del todo. Mi amigo vietnamita dijo que la empresa para suministrar profesores extranjeros a las escuelas públicas ya estaba montada.

—Pero algo falló.

—Sí —dijo con pesar Donovan pasándose la mano derecha por el pelo, que, por lo que parecía, no se había cortado desde que Salvador le había conocido en el curso de verano de la Bright International School.

—¿Y ahora qué?

—No sé. Mi amigo dijo que aún no habían sellado la licencia, que si no la sellaba no sé qué departamento, la empresa no podía operar.

—¿La empresa existe?

—Sí, pero no puede operar.

—Existe, pero no puede operar. No lo entiendo.

—Yo tampoco —reconoció el estadounidense.

—¿Puedes recuperar las clases a las que habías renunciado?

—No.

—Vaya —musitó Salvador.

—Las cosas no han ido como yo me esperaba, ahora gano mucho menos, y tampoco he conocido a nadie interesante. Me refiero a una mujer. —Salvador asintió—. Me estoy planteando volver a los Estados Unidos.

Donovan jugueteó con la taza de café vacía, se le veía mayor de lo que era, tenía la mirada perdida, el pelo descuidado, y toda la motivación y vitalidad que le había visto anteriormente había desaparecido.

—Estoy cansado, voy a pedir otro café. ¿Quieres otro? —preguntó Donovan.

—No, yo estoy bien, gracias.

Casi siempre era Salvador quien tenía que ponerse en contacto con Donovan, preguntándole cómo estaba o si quería quedar para

almorzar, tomar un café o para lo que fuera. A Salvador no le molestaba dar el primer paso, pero después de tantos meses, empezaba a cansarse de tener que ser siempre él quien tomara la iniciativa. Una relación, ya fuera de pareja o de amistad, requería de un cierto equilibrio entre ambas partes para que las cosas fluyeran.

Miró por la ventana, un sol excesivo golpeaba con furia la ciudad, gente sudorosa deambulaba con prisa por llegar a donde fuera que tuviesen que ir. Tenía la sensación de que ese mes de abril estaba siendo incluso más caluroso que el del año anterior. Ya tenía ganas de que llegara el siguiente mes y el cambio de clima.

Mayo llegó con tímidas lluvias recibidas con alegría, aunque la temperatura seguía siendo alta, asfixiante, según el criterio de su amigo Ramón, que no llevaba demasiado bien la combinación de calor y humedad. Por eso le costó un poco convencerle y sacarle de su apartamento, pero al final aceptó acompañarle a hacer un poco de turismo y visitar el Museo del Ao Dai en Saigón, que estaba en el distrito 9, a más de 20 kilómetros del hostal de Salvador, y a un poco menos del apartamento de Ramón. Huyen les dijo que se uniría a ellos cuando terminaran la visita cultural, para hacer algo más productivo, como ir a tomar café.

El Museo del Ao Dai era privado y había sido inaugurado recientemente, el veintidós de enero de ese año. A petición de Ramón, salieron de buena mañana para librarse del calor, al menos durante el trayecto de ida. Antes de las ocho ya estaban esperando a que abrieran las puertas al público, pero el horario de visitas era de ocho y media hasta las cinco y media de la tarde, y tuvieron que esperar un buen rato. Salvador parecía decidido a fotografiar todos los *ao dai* del museo, que eran muchos.

—Se los quiero enseñar a mi madre, le van a encantar.

—Con el móvil que te di no vas a hacer ninguna fotografía buena, dentro del museo no hay suficiente luz —le advirtió Ramón.

—Tienes razón, están quedando fatal.

—Toma, usa el mío, después te envío las fotos que hayas hecho.

—Gracias.

Salvador hizo varias fotografías con el teléfono de Ramón.

—¡Qué pasada! Parecen hechas con una cámara profesional. Oye, ¿cuánto dinero te costó este teléfono?

—No preguntes.

Salvador envió un mensaje a Huyen con la dirección de la cafetería en la que estaban, y cuando su amiga terminó de almorzar se unió a ellos. Como los dos estaban estudiando vietnamita, Huyen les puso a prueba. Salvador, que si aprobaba el examen que tenía en dos

meses obtendría el certificado de nivel A2, empezaba a ser capaz de responder a las preguntas más básicas, pero apenas entendía nada en una conversación real, y Ramón, que había iniciado las clases varios meses después, y ni siquiera había conseguido el primer nivel, el A1, aún no pillaba nada.

Sin embargo, las dificultades para aprender vietnamita no afectaron ni un ápice la euforia de Ramón, que hacía unos pocas semanas había terminado sus once relatos, y con eso ya había concluido el libro de historias cortas, la tarea a la que había dedicado los últimos meses.

—Ahora estoy puliendo algunos detalles, siempre hay que dedicar tiempo a hacer correcciones —explicó Ramón.

—Cuando termines pásamelo, siempre quedan erratas que se resisten a ser descubiertas —se ofreció Salvador.

—Gracias, en unos días te lo envío.

—¿Lo vas a publicar en Vietnam? —preguntó Huyen.

—No lo sé, de momento está en español y lo enviaré a editoriales en España a ver si suena la flauta.

—¡Estás más delgado!

—Sigo yendo al gimnasio, me estoy poniendo en forma, ya he perdido varios kilos.

—¡Qué bien! —Aplaudió la chica—. ¿Cuántos?

—No lo sé, no quiero obsesionarme pesándome cada semana, pero estoy más delgado, seguro, lo noto con los pantalones.

—Sabía que bajarías de peso si tenías constancia. Ahora no pares —le animó Salvador—.

—No, no, si ahora estoy lanzado, no pienso parar.

Les trajeron las bebidas que habían pedido, hacía días que no se reunían en su cafetería preferida para tomar batidos de chocolate.

—¿Te has enterado de lo de Santiago? —preguntó Ramón.

—De Santiago no sé nada si no me lo cuentas tú.

—Yo no quiero saber nada de él, pero me lo ha contado Enrique. La que ha liado.

—¿Qué ha hecho? —se interesó Huyen, que tenía el batido entre las manos y lo miraba con atención, saboreándolo antes incluso de probarlo.

—Cuando la academia de inglés inició los trámites para renovarle el permiso de trabajo de dos años, el departamento de inmigración se dio cuenta de que Santiago ha estado un año en Vietnam sin visado o tarjeta de residencia temporal.

Salvador, que estaba comiéndose la nata montada con pepitas de chocolate de la parte superior de su batido, dejó la cucharilla a un lado.

—¿Quieres decir que Santiago ha estado un año ilegalmente en

Vietnam?

—Sí, un año, y nadie se ha dado cuenta hasta que llegó la hora de renovar el permiso de trabajo.

—¿Cómo puede ser que nadie se haya dado cuenta?

—Ni idea, pero ahora tiene problemas de verdad.

—¿Le van a meter en la cárcel? —se preocupó Huyen.

—En la cárcel no —explicó Ramón—, pero los de inmigración están muy enfadados. Tiene que pagar una multa y salir del país, pero no salir para ir a Camboya y volver a entrar como hago yo cada tres meses. Le exigen que vaya a su país de origen, España, y después de un año podrá volver a Vietnam con un visado de turista.

—Buena la ha hecho. —Salvador continúo comiéndose lentamente la nata montada—. Pero no tiene sentido.

—¿El qué?

—Trabaja para una de las academias de inglés más importantes de Vietnam y tenía permiso de trabajo de dos años. Yo también lo tengo, y con el permiso de trabajo de dos años es muy fácil conseguir la tarjeta de residencia temporal de dos años.

—Eso es lo que pensábamos todos, pero él no trabaja a tiempo completo para la academia, sino a tiempo parcial, esa academia de inglés se hace cargo del permiso de trabajo y de la tarjeta de residencia temporal de los profesores que trabajan a tiempo completo, no de los que trabajan a tiempo parcial.

—Lo tuvo que hacer por sí mismo y la cagó.

—La cagó del todo.

—Sigo sin entender por qué no renovó el visado o lo que tuviese durante un año cuando caducó.

—Yo qué sé. No tendría dinero en ese momento y después se le olvidó, quién sabe.

—Hay que ser inútil —dijo con desdén Salvador.

—Como siempre has dicho, es un gilipollas y tiene lo que se merece. Ahora, por supuesto, no tiene dinero para pagar la multa, la tarjeta de crédito ya no da para más, y le han echado del trabajo.

—¿También le han echado del trabajo?

—Los de inmigración no son los únicos que están enfadados. La academia de inglés tiene una responsabilidad con los extranjeros que contrata, y también tendrá que pagar una multa. Le han echado, y le piden que pague la multa que inmigración le ha puesto a la academia.

—¿Cuántas multas tiene que pagar? —preguntó Huyen que se había perdido.

—Dos, la suya por estar un año ilegalmente en Vietnam, y la que le han puesto a la academia de inglés por culpa de Santiago —explicó Ramón.

—¿Y si no quiere pagar la multa que le han puesto a la

academia de inglés?

—Habrá más gente que le odie, supongo —aventuró Salvador.

—Además, la multa que le han puesto es la más alta posible, y el tiempo sin poder entrar en Vietnam también —continuó Ramón.

—¿Por qué? —quiso saber Huyen.

—Porque en lugar de ir a inmigración con actitud humilde a pedir perdón y buscar una solución, bebió antes de ir y se puso chulo.

—Lo de siempre, alcohol y chulería. —Salvador no pudo evitar reírse.

—Los de inmigración podían elegir cualquier cantidad para la multa entre cuatrocientos y mil dólares. Como se puso chulo le pusieron la cantidad más alta, mil dólares, y el tiempo sin poder entrar por esa infracción era de tres meses a un año, pero si cooperaba le podrían haber perdonado esa parte.

—Se puso chulo, y le han prohibido volver a entrar en Vietnam durante un año.

—Me da un poco de pena —suspiró Huyen—, no por él, que tampoco me cae bien, sino por su mujer, Hà, y por Kim, su hija. ¿Qué va a pasar ahora?

—Pasar no sé lo que va a pasar, pero que está buscando como un loco que alguien le preste dinero para pagar la multa ya está pasando. Ha tenido los cojones de enviarme un mensaje pidiéndome los mil dólares, después de lo que hizo, ¡y aún me debe más de mil euros!

»Con Enrique también lo ha intentado, pero él gana poco y aunque quisiera no se los podría dejar. No me extrañaría que se ponga en contacto contigo y te los pida —le dijo a Salvador.

—No creo. A mí nunca me ha pedido nada.

—Ahora está desesperado.

—¿Y si no consigue el dinero para pagar la multa? —preguntó Huyen.

—Si no paga la multa no podrá volver a entrar en Vietnam —sentenció Ramón.

—¿Nunca más?

—Nunca más.

—La cosa está seria —reflexionó Salvador.

El aspecto de Larry, el irlandés de treinta y ocho años de casi dos metros de altura, era aún más sombrío que el de Donovan, al que había visto hacía apenas unos días. Lo primero que le llamó la atención era que no se había afeitado. No recordaba haberle visto nunca sin afeitar, y aquello no podía significar nada bueno.

—¿Has vuelto con Duong? —preguntó Salvador.

—No, no creo que vayamos a volver. Mejor así, Saigón está

lleno de gais libertinos. No le necesito.

—¿Estás saliendo con otro?

—No, pero estoy follando con muchos, que es lo que importa.

—Y mientras salías con él, ¿también tenías sexo con otros?

—Sé que no está bien, y no me enorgullezco de ello, pero sí, tenía sexo con otros hombres. Tengo muchos admiradores, qué le voy a hacer.

Salvador no lo dudaba. Alto, esbelto, rubio, ojos azules, carácter dominante, culto… Si había algo en lo que Larry no tenía ningún problema era en encontrar chicos interesados en él.

—¿Y tú qué?

—Nada. Ni novia, ni sexo —reconoció Salvador.

—¿Qué ha pasado?

Le explicó la nefasta historia con Yoko y el programa que el Cartero había producido a partir de su proyecto, y de como no había sido capaz de estar con ella desde que la vio por televisión.

—Vaya mierda. Vivimos en un jodido mundo de mierda lleno de mal nacidos.

—Algo así.

—¿Pero tú la quieres? —preguntó Larry poniéndose serio.

—Claro que la quiero.

—¿Y ella a ti?

—Creo que sí.

—Vuelve con ella.

—No puedo.

—Ahora no puedes, por esa mierda de *reality show*, pero el programa no va a durar para siempre. Cuando termine todo será distinto, ella trabajará para otras historias, películas o teleseries, o lo que sea, y al verla ya no pensarás más en el hijo de puta del Cartero.

»Cuando le preguntes por lo que ha hecho ese día te hablará de cosas que a ti te gustan, y algún día se harán películas con tus guiones en las que ella será la protagonista. Seréis felices juntos. Ya lo verás.

—Ojalá fuese tan fácil —suspiró Salvador.

—Ten paciencia.

—Dentro de unos meses, cuando el programa termine, seguro que ya tiene a otro novio mejor que yo.

—No digas eso, tú eres un buen tipo, mejor que muchos, pero te infravaloras. No sé por qué, pero te infravaloras.

—Si tú lo dices.

—Esa chica vale la pena. Te esperará. Te está esperando y te seguirá esperando —dijo con firmeza el irlandés.

—Si ni siquiera la conoces.

—No me hace falta. Ya lo verás. Cuando la vuelvas a tener desnuda en tu cama te acordarás de lo que te digo.

—¿Te has vuelto adivino de repente?

—Mi abuela era bruja, tenía un don.

—¿Era bruja?

—Muchas veces sabía cosas que aún no habían pasado, nos las decía, y después pasaban.

—¿No se equivocaba nunca? —preguntó con incredulidad Salvador.

—A veces. Pero pocas veces. Yo no soy como ella, pero de vez en cuando me viene algo a la cabeza que después sucede.

—¿Como qué?

—Como que Donovan no se quedaría aquí en Vietnam, el día en que nos conocimos en el curso de verano me vino esa idea a la cabeza, que en menos de un año volvería a los Estados Unidos.

—Aún no se ha ido.

—Se irá.

Salvador se quedó callado durante un rato mirando los cascos vacíos de cerveza en la mesa, y reflexionando sobre lo que le había dicho sobre él y Yoko, pero pensar en ella le ponía de mal humor y volvió su atención de nuevo hacia Larry.

—¿Has encontrado trabajo?

—No, y he perdido la clase particular que tenía —suspiró Larry.

—Lo siento.

—Me enfadé con mi alumno.

—¿Por qué?

—No he venido al mundo a aguantar a adolescentes mimados.

—¿Ya no trabajas?

—Nada, cero, finito. Una mierda, como te decía.

—¿Te queda dinero? —preguntó Salvador.

—Aún me queda, pero el dinero se gasta.

—¿Qué vas a hacer?

—Follarme a todos los que pueda.

—Me refiero al trabajo.

—Ya lo sé.

Después de beber más de la cuenta con Larry, volvió a su habitación y se tumbó en la cama. Estaba desvelado y era incapaz de dormir, así que se puso a ver una película. Ya eran pasadas las tres de la madrugada cuando se dio cuenta de que tenía un mensaje de Liselot que no había leído. Le debía haber llegado mientras se emborrachaba con Larry, y no se había dado cuenta de que lo había recibido. Liselot, la guapa modelo de dieciséis años que estudiaba vietnamita con él, se había percatado de que algo iba mal hacía unos días. A regañadientes, Salvador le había explicado lo ocurrido con Yoko y el Cartero. El mensaje era claro y conciso.

Liselot:
Le he contado a mi padre lo que te ha pasado con el Cartero. Dice que intentes olvidarlo, enfrentándote a él no ganarás nada. Lo siento. Un abrazo.

Salvador leyó el mensaje un par de veces. Al menos todos estaban de acuerdo en que era mejor no hacer nada. Suspiró, dejó el teléfono a un lado y siguió mirando la película que había puesto.

Ramón y Hien

El penúltimo sábado de mayo, Ramón recibió un mensaje de Hien. La chica con la que había tenido un inolvidable encuentro estaba otra vez en Saigón, y le invitó a tomar un café.

—Estás más guapo, y más delgado.

Ramón no había perdido el tiempo, y antes de acudir a la cita con Hien había ido a la barbería a cortarse el pelo y a que le arreglasen la barba rubia que le caracterizaba.

—Ahora voy al gimnasio.

—¿Desde cuándo? —preguntó Hien, que también se había acicalado para la cita. Había elegido para la ocasión un provocador vestido rojo con zapatos de tacón a juego, y se había pintado los labios con el mismo tono de rojo.

—Desde hace unos pocos meses.

Hien le miró de arriba abajo con interés mientras sorbía zumo de naranja con una pajita. Ramón, había pedido su bebida favorita en Vietnam, un *ca phe sua da.* Creía recordar que a ella le gustaban los espacios abiertos y había dedicado bastante rato a ver fotos de cafeterías con terraza en el distrito 1. Al final la elegida había sido una que estaba muy cerca del teatro de la ópera.

—Parece que al final tu amigo, el deportista, te convenció.

—Algo así. ¿Qué te trae por Saigón, visitando a parientes y amigos?

—Mi matrimonio fue un error —declaró Hien.

—¿Qué ha pasado?

—Me he separado, ya estamos tramitando el divorcio.

—Rápida en casarte y rápida en divorciarte.

—Sí —se limitó a decir Hien encogiéndose de hombros.

—¿Tan malo era?

—¿Mi marido?

—Si te vas a divorciar…

—Mi marido no era malo, es ese país, sus costumbres, la comida, la suciedad… Nunca me gustó, nunca me pude adaptar a estar ahí.

—Y vivir con el padre de tu marido no ayudó —observó Ramón.

—Odio a ese hombre. Es un machista con mentalidad medieval, un señor feudal, un troglodita.

—¿Ha aceptado el divorcio a las buenas tu marido?

—No, le he tenido que amenazar —dijo Hien con malicia.

—¿Cómo?

—Le dije que escribiría un artículo sobre nuestro matrimonio y todo lo que he tenido que aguantar de él, de su padre y de las arcaicas costumbres de su país en una de las revistas internacionales para las que trabajo.

—Eso sería divertido. No para ellos, claro. ¿Lo harías?

—Si se tiene que hacer, se hace.

—Supongo que ha accedido.

—Más le valía.

La cafetería estaba casi vacía cuando llegaron, pero a medida que oscurecía y la temperatura se hacía más agradable empezó a llenarse. A las siete de la tarde ya no quedaba casi ninguna mesa vacía ni dentro ni en la parte de fuera. Las sillas eran de madera de buena calidad, más cómodas que las de la mayoría de cafés, y había bastantes butacas con cojines, ideales para pasarse horas leyendo, escuchando música o charlando con los amigos.

Una ráfaga de aire envolvió a Ramón con el perfume de Hien, era el mismo que llevaba la noche en que la conoció, fue a su habitación y se acostó con ella. Era un aroma floral, que le hacía pensar en ambientes bucólicos y en la primavera. Aquella noche, y la manera en la que todo había pasado no era algo que pudiese olvidar, en secreto, la seguía deseando.

—¿Y tú, has hecho algo digno de mención estos meses? ¿Te has casado? ¿Has dejado embarazada a alguna chica?

—No, mi vida no es tan emocionante como la tuya. Soy un hombre tranquilo.

—¿Tienes novia? ¿Estás viendo a alguien?

En la mente de Ramón apareció fugazmente Quy, la chica con la que había tenido una breve relación, pero que había resultado tener el pequeño inconveniente de dedicarse a la prostitución.

—No, a nadie.

—Al verte más delgado, lo primero que he pensado es que te habías enamorado locamente, y estabas intentando ponerte en forma para impresionar a la afortunada —dijo Hien con una sonrisa pícara.

—La verdad es que me estaba poniendo cada vez más gordo, ninguno de los pantalones que había traído de España me iba bien, y cuando me miraba al espejo no me sentía orgulloso de mí precisamente.

—Y tu amigo deportista te dijo lo que tenías que hacer para adelgazar.

—Al principio no le dije nada, no quería presiones.

—Empezaste a ir en secreto.

—Sí —rio Ramón—, en secreto. Pero era duro y no tenía ni idea de lo que tenía que hacer, así que hablé con mi amigo Salvador y él me ayudó con la rutina de entrenamiento y con la dieta.

—¿La dieta incluye *ca phe sua da* a diario? Lo hacen con leche condensada y lleva mucho azúcar —explicó Hien.

—Lo sé, Salvador me ha dicho que no abuse, pero que si hago deporte puedo beber uno al día, el problema del azúcar es que si no se quema se transforma en grasa.

—Te está enseñando bien.

—Nunca dice nada, pero sabe mucho del cuerpo, de entrenamientos y dietas.

—¿Estás escribiendo? —Se interesó Hien.

—Mejor que eso. Terminé todos mis cuentos y los estoy corrigiendo.

—¡Felicidades! ¿Los estás escribiendo en inglés?

—No te rías de mí, ya sabes que mi inglés no da para tanto.

—Es broma.

—Pero estoy aprendiendo vietnamita —dijo Ramón con orgullo.

—¿Cuándo empezaste?

—A principios de febrero.

—Hace casi cuatro meses.

—Pero no sé casi nada. Es muy difícil.

—No te desanimes, es como hacer deporte, lo complicado es empezar, después todo mejora —le animó Hien.

—Eso espero. ¿Te vas a quedar a vivir en Saigón?

—Sí, me gusta Saigón, aquí me inspiro y puedo escribir. En casa del padre de mi marido era imposible.

—Me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también. ¿Qué vas a hacer cuando termines de corregir los cuentos?

—Los enviaré a editoriales españolas a ver si alguna quiere publicarlos.

—¿Sabes lo que tienes que enviarles?

—No, nunca he enviado nada —reconoció Ramón.

—De España no sé nada, pero en todo el mundo debe funcionar más o menos igual. No envíes todos los cuentos sin más. Primero tienes que escribir una carta presentándote y hablando del material que les estás enviando. Tiene que ser breve, clara y concisa, no más de una página.

—Tiene sentido.

—Después tienes que adjuntar dos documentos, el de los cuentos, por supuesto, pero es muy importante que añadas otro con una sinopsis corta de cada cuento, para que en unos minutos puedan hacerse una idea de cada una de las historias sin tener que leerlas — aconsejó Hien.

—Eso no se me había ocurrido.

—La idea es que con la carta de presentación les motives a

leerse las sinopsis, y que las sinopsis despierten su interés para leer tus cuentos.

—Lo tienes todo pensado.

—Qué remedio. Lo ideal sería que tuvieses un agente literario. Pero conseguir uno tampoco es tan fácil.

—Haré lo que me has dicho, pero tampoco quiero obsesionarme, si no encuentro ninguna editorial que quiera publicar mis cuentos me autopublicaré.

Alguien tendrá que hacerlo

Mayo fue un mes extraño, el mal humor y los pensamientos negativos que habían hecho acto de presencia el primer día de marzo, cuando Yoko le dijo que el Cartero le había robado su proyecto para hacer un *reality show*, habían continuado sin interrupción a lo largo de casi tres meses, pero a nivel económico el mes de mayo había sido sensacional para Salvador.

Por algún motivo inexplicable, que quizá tuviese algo que ver con la cercanía del fin de curso y el agobio que algunos profesores sufrían en la escuela internacional, casi cada día le llamaron para sustituir a un profesor que estaba supuestamente enfermo.

Hasta entonces se había tratado de indisposiciones puntuales que normalmente duraban uno o dos días, tres como mucho, pero durante las últimas semanas el sistema inmunológico del profesorado parecía haber perdido eficacia, y mostraba síntomas de estar debilitado. El número de días que los docentes enfermos necesitaban para recuperarse se había incrementado de forma alarmante, hasta alcanzar un pico de ocho días durante los cuales un profesor de ciencias no había sido capaz de hacerse cargo de sus obligaciones laborales, debido a una gripe muy agresiva.

El viernes, Salvador estuvo haciendo números, no solo había podido ahorrar lo suficiente para contratar el seguro médico y volver a Barcelona a visitar a su familia y amigos, sino que además podría permitirse un capricho que hacía tiempo que quería, pero para el que nunca había tenido bastante dinero, un lector de libros electrónicos.

Después de pagar unos doscientos euros por el seguro médico, la salud es lo primero, se acercó a la tienda de electrodomésticos que había cerca de su hostal, y se compró el mejor lector de libros electrónicos que tenían a la venta. Contento momentáneamente como un niño que ha conseguido su helado preferido, se fue a tomar un batido de chocolate, y a estrenar el dispositivo con la lectura de una novela en formato digital que había estado reservando para esa ocasión.

Al día siguiente, el último de mayo, Salvador se encontró inesperadamente a sí mismo esperando a Santiago, que no había dejado de pedir perdón y de suplicar hasta que aceptó quedar con él, en un café en el que nunca había estado antes. Pertenecía a una de esas cadenas de cafeterías sin personalidad que proliferaban por todas partes desde hacía un tiempo. Como un virus, se expandían

conquistando nuevos territorios, ofreciendo bebidas caras que pretendían ser lo último, pero que desde su punto de vista no valían la pena.

Ya llevaba más de quince minutos esperándolo, encima tenía la desfachatez de llegar tarde. Salvador pensó que lo que debería hacer era marcharse y abandonarle a su suerte, ni siquiera tenía claro por qué había aceptado quedar con él, su idea de que Santiago era un gilipollas no había cambiado ni un ápice, pero siempre había sido un blando que se dejaba convencer con facilidad.

Mientras le daba vueltas a esos pensamientos, empezó a llover a cántaros, una verdadera tormenta tropical. Un poco de lluvia no era un problema para Salvador, pero aquello era excesivo, no solo llovía mucho, sino que repentinamente se había levantado un viento bastante fuerte, lo que haría que volver en moto al hostal no fuese precisamente divertido.

Desistió de la idea de irse, apuró el café expreso y sacó su nuevo y reluciente lector de libros digitales para continuar con la lectura de la novela que había iniciado el día anterior. Santiago se podía ir al carajo, le daba igual si acudía a la cita o no, si la recién nacida, Kim, era su hija o si le echaban de Vietnam para siempre. Qué le importaba la vida de un gilipollas, él tenía sus propios problemas.

En cuanto la deseada lectura empezó, recibió un mensaje, era de Donovan.

Donovan:
Ya está decidido, mis clases de inglés han terminado en este curso escolar, en un par de semanas me vuelvo a los Estados Unidos. A ver si nos vemos antes de que me vaya.

Salvador se disponía a contestar el mensaje de Donovan, pero en ese momento, Santiago, el grandullón de Madrid, apareció haciendo una mueca, completamente empapado. Su aspecto era tan lamentable que Salvador prefirió no decir nada sobre su tardía llegada.

—Lo siento, se me ha estropeado la moto al venir, la he tenido que dejar en un *parking* y venir andando. —Santiago había dejado un visible rastro de agua en el suelo al entrar—. Y no tenía impermeable.

—Pensaba que tu moto era nueva.

—La he tenido que vender y alquilar la más barata que he encontrado.

—Eres un desastre.

Sin comentar las palabras de Salvador, el recién llegado se sentó esperando a que alguien se acercase a atenderle. En pocos segundos, un camarero sonriente acudió con un mocho, fregó el suelo que Santiago había mojado y le preguntó qué quería tomar.

—Un *ca phe sua da.*

«Un café con leche condensada y mucho hielo, ideal para beber

con el cuerpo mojado y coger un resfriado», pensó Salvador.

Después de los saludos y preguntas de cortesía llegó el *ca phe sua da* y un incómodo silencio.

—Tú dirás —le invitó a hablar Salvador.

—Han pasado muchas cosas, y ninguna buena.

—Algo he oído.

Salvador contó someramente lo que sabía, y Santiago lo confirmó.

—Fui a inmigración bebido y perdí el control. Fue un error. Unos días después volví a ir, en esa ocasión no había bebido. Pedí perdón y les expliqué que estoy sin blanca y que no puedo pedir más dinero al banco porque ya usé todo el crédito al que tenía acceso para pagar la boda. Además, se ve que también le han puesto una multa a la academia de inglés por mi culpa y me han echado del trabajo.

—Sin dinero, sin trabajo y endeudado. No tiene buena pinta.

—Estoy jodido, realmente jodido, pero la cosa no acaba ahí —se lamentó Santiago.

—¿Qué has hecho esta vez?

—Cuando volví a inmigración, apelé a los buenos sentimientos de los agentes, les dije que estaba casado y que tenía una hija recién nacida, y resulta que no estoy legalmente casado en Vietnam.

—¿Que no estás legalmente casado?

—No, no terminamos todo el papeleo y dicen que no estoy casado.

—¿Y tu hija? —preguntó Salvador.

—Dijeron que como legalmente no estoy casado, tenía que hacer una prueba de ADN, a mí y la niña, para demostrar que es hija mía, y que si se confirmaba que era mi hija hablaríamos de lo que se podía hacer.

—¿Y?

—No es hija mía.

Un nuevo silencio incómodo hizo acto de presencia.

—Lo que decía, un completo desastre —dijo Salvador contemplando el rostro vencido de Santiago—. O sea que no estás casado en Vietnam ni tienes una hija, que sería algo que podría haberte ayudado a quedarte.

—Genial, ¿verdad? —gruñó Santiago.

—¿Qué pasó con el visado, o con la tarjeta de residencia temporal? ¿Por qué no lo renovaste?

—Lo hice a través de una agencia, los cabrones me lo hicieron mal y no me di cuenta.

—Te hicieron la tarjeta por un año en lugar de por dos —aventuró Salvador.

—Sí.

—Y no te diste cuenta.

—No, te juro que no fue culpa mía.

—¿Has hablado con los de la agencia?

—Sí, dicen que hicieron lo que yo les pedí —se quejó Santiago.

—¿No entendieron lo que les pediste?

—¡Son unos putos subnormales! Tenía un permiso de trabajo de dos años, y les pedí que me tramitaran una tarjeta de residencia temporal de dos años. Solo a un retrasado mental se le ocurre hacer la tarjeta por un año teniendo un permiso de trabajo de dos.

—No tiene mucho sentido —le dio la razón Salvador—. Y ahora los de la agencia no quieren saber nada, y tú no puedes hacer nada para arreglarlo.

—Se lo expliqué a los de inmigración, dijeron que tendría que haber comprobado las fechas, si lo hubiese hecho cuando era el momento todo esto no habría pasado.

—No les falta razón —reconoció Salvador.

—Estoy bien jodido.

—¿Y Hà?

—Otra hija de puta —se desahogó Santiago.

—Ya. ¿Pero qué vas a hacer? ¿Sigues viviendo con ella?

—No, qué va, en cuanto me enteré de que la niña no es hija mía, cogí mis cosas y me fui a una habitación de mierda.

Salvador nunca había visto a Santiago en ese estado, el *ca phe sua da* seguía delante de él y ni siquiera lo había probado. La mayor parte del hielo ya se había deshecho.

—Bebe un poco, te sentará bien.

—Sí, gracias. —Como un autómata, Santiago sorbió con la paja la mitad del café aguado—. Con el dinero que me han dado al vender la moto he comprado un billete para volver a España y he pagado la habitación. Pero…

—¿Pero?

—No es suficiente para pagar la multa de inmigración.

—¿Para qué quieres pagar la multa? Ya tienes el billete de avión, lárgate, aquí en Vietnam solo tienes problemas.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Salvador.

—Si no pago la multa no podré volver a Vietnam.

—¿Y qué?

—No podría volver a verla nunca más.

—Acabas de decir que Hà es una hija de puta y que Kim no es tu hija.

—No quiero volver a ver a Hà ni a Kim.

—¿Entonces?

—Nunca se lo he contado a nadie —dijo Santiago con pesar.

—¿El qué?

—Me da vergüenza.

—Después de la que has liado no me vengas con monsergas. Desembucha.

Santiago se terminó el café con otro largo sorbo y continuó.

—Hace unos años conocí a una chica más joven que yo en uno de esos sitios web para ligar. Chateamos durante unos pocos minutos y sin venir a cuento de nada hizo una videollamada. Me pilló por sorpresa, ninguna chica había tomado la iniciativa tan rápido y me pareció extraño, pero acepté la videollamada, después de todo siempre es bueno ver a la chica aunque no sea en persona. Hablamos un poco, me gustó y quedamos para tomar un café al día siguiente.

—¡Qué rápido! —se sorprendió Salvador.

—Todo fue muy rápido y extraño, no me había pasado nada parecido antes ni me volverá a pasar.

—Nunca se sabe.

—Hay cosas que solo pasan una vez en la vida —suspiró Santiago—. En las fotos salía muy bonita, las había hecho alguien que sabía de fotografía. —Sacó el teléfono y le enseñó la chica a Salvador.

—¿De cuándo son?

—De hace varios años. Son de su perfil en aquella página web cuando la conocí. Descargué las fotos y las he guardado.

—Las guardaste como recuerdo.

—Tengo más. Guardo todas las fotos que me envió cuando teníamos contacto, y las que tiene en sus perfiles sociales, si me gustan también las descargo y las guardo. Tengo muchas.

—A ver —Salvador tuvo que reconocer que era una chica muy guapa, con buen gusto para elegir la ropa—. Hay fotos muy buenas. Yo nunca he conseguido hacer fotografías así.

—Yo tampoco. Se las hizo un amigo fotógrafo. Creo que también estaba enamorado de ella.

—Si es como en las fotos, debe haber muchos hombres enamorados de ella. ¿Es alta?

—No, bajita y delgada. Bueno, bajita para nosotros, en Vietnam es de estatura normal.

—Tiene una sonrisa dulce. No se puede saber a través de las fotos, pero parece buena chica —comentó Salvador.

—Lo es, te lo puedo asegurar. Como te decía, quedamos al día siguiente en el distrito 1 cerca de su habitación, para que fuese conveniente para ella. Entonces yo también vivía en el distrito 1, sin saberlo vivíamos muy cerca el uno del otro, se podía ir andando de su casa a la mía en 5 o 10 minutos. La primera vez que la vi… Cuando la vi…

—¿Qué, qué pasó?

—Fue como ver a un ángel. ¿Has visto alguna vez a un ángel Salvador?

—No, ni lo veré nunca, no creo en ángeles.

—Yo tampoco, pero cuando la vi, no te lo puedo explicar de otra manera, fue como ver a un ángel.

Salvador se lo quedó mirando fijamente, intentando entender lo que le quería decir.

—En las fotos ya se ve que es muy guapa.

—Hay muchas chicas guapas, pero lo especial fue lo que me transmitió en ese momento con su mirada.

—¿Qué te transmitió? —preguntó Salvador.

—Bondad, me transmitió bondad, ternura, compasión... En cuanto la vi deseé que fuera la mujer de mi vida.

—Nunca te he tenido por un hombre sensible.

—Siempre me has tenido por un gilipollas —soltó Santiago—, como la mayoría.

—No diré que no. Te lo has ganado a pulso.

—Es el sufrimiento, la infelicidad.

—¿De qué estás hablando?

—La gente infeliz desarrolla vicios y malas costumbres, es muy difícil ser amable con los demás cuando se está sufriendo. Un tipo culto como tú deberías saber estas cosas. La gente que vive una buena vida, es más fácil que se porte bien con los demás.

—No soy psicólogo. ¿Y qué hace que te comportes… como un gilipollas en demasiadas ocasiones? —inquirió Salvador.

Santiago le mostró otra vez la primera foto que le había enseñado de la chica.

—¿Por la chica?

—Loan, se llama Loan. Sí, por la chica.

—¿Pero por qué?

—Cuando conocí a Loan no le debía dinero a nadie, apenas bebía y fumaba poco, raro era el día en que me fumaba más de cinco cigarrillos —explicó Santiago.

—Cómo ha cambiado el cuento.

—Al principio todo fue bien, durante unas pocas semanas quedamos continuamente. Nos habíamos enamorado, pero ella era muy tradicional y nunca hicimos nada, no me dejó ni que la besara. Era una chica de familia católica y quería que fuese con ella a misa. Con mi orgullo habitual me negué, yo no creo en ninguna iglesia, ni religión, ni en nada de nada.

—Te entiendo, si no crees, ¿para qué vas a ir?

—Como no quise ir con ella a la iglesia, la relación se enfrió deprisa, cada vez nos veíamos con menos frecuencia, y llegó un momento en que me empezó a evitar.

—¿Se desenamoró porque no querías ir a la iglesia con ella? ¿En serio? —preguntó Salvador.

—Para ella y su familia la iglesia era algo muy importante.

—Qué sinsentido. Dejasteis de veros porque no eres un hombre de iglesia. ¿Y así quedó la cosa?

—Sí, por desgracia sí. Yo estaba convencido de que me quería, aún lo estoy, pero sus creencias religiosas y su padre se convirtieron en un obstáculo contra el que ella no se quiso enfrentar.

—¿Su padre?

—Sí, el padre hizo todo lo posible para que dejase de verme. No quería que saliese con un chico que no fuese católico.

—Ridículo.

—Otro hijo de puta. Un hijo de puta de iglesia —se desahogó Santiago.

—¿Y ella no hizo nada? ¿No luchó por ti?

—Intentó convencerme para que fuese a la iglesia con ella.

—Eso no es luchar, es debilidad, es hacer lo que el padre dice, es obediencia.

—Nadie es perfecto.

—Ni un ángel.

Por primera vez desde que le había conocido, vio sonreír a Santiago como si fuese un niño, con inocencia y sin orgullo.

—Si estabas tan enamorado, a lo mejor tendrías que haber ido a la iglesia con ella —bromeó Salvador.

—Lo he pensado muchas veces, muchas, aunque solo hubiese sido de vez en cuando, para quedar bien, para guardar las apariencias.

—No lo decía en serio.

—Yo sí. Seguro que a la iglesia va mucha gente que en realidad no cree. No habría venido de uno.

—Pero habrías ido contra tus principios y creencias.

—Mis principios y creencias son una mierda. Al menos la habría tenido a ella.

—Visto así…

—Pero reaccioné demasiado tarde. Dejé que el tiempo pasara, pensé que recapacitaría, que me aceptaría como soy.

—No lo hizo. A lo mejor ella no estaba enamorada de ti.

—Sí lo estaba.

—¿Cómo puedes estar seguro? ¿Te dijo alguna vez que estaba enamorada de ti, o que te quería?

—No —murmuró Santiago—. Hay cosas que Loan no decía, cosas que tenía que intuir. Durante las semanas que quedamos me dijo algo que no me he podido quitar de la cabeza. Me lo dijo muchas veces. Y cuando pienso en ello, sé que me quería. Quizá haya sido la única chica que me haya querido.

—¿Qué te decía?
—«Haz que te ame». Me decía: «Haz que te ame».
—Haz que te ame —repitió lentamente Salvador— Pero eso quería decir que aún no te amaba.
—Tú no estabas ahí mirándola a los ojos cuando ella lo decía.
—No, claro que no.
—Haz que te ame, significaba te amo, sé digno de mi amor.
—Sé digno de mi amor —musitó reflexivo Salvador.
—No lo fui. No fui digno de su amor.
—Vamos, eso es injusto, o sea que si hubieses sido un hombre de iglesia podrías haber sido digno de su amor, pero como no lo eras, no fuiste digno de su amor. Lo siento, pero a mí no me parecen las palabras, o las ideas de un ángel.
—Te he dicho que vi a un ángel en ella, pude sentir su bondad, pero no era perfecta, cada uno tiene que pasar sus pruebas en la vida, ella también. Yo no fui digno de su amor porque no luché por Loan, pero ella también falló, me amaba, pero no quiso enfrentarse a su padre, no quiso ir con un hombre que no era de iglesia. Ella tampoco luchó por mí y también perdió, no fue digna del amor que soñaba.
Salvador nunca había escuchado a Santiago hablar de esa manera, durante un rato no supo qué decir.
—Y cuando la dejaste de ver todo fue mal.
—Todo, nunca lo superé, empecé a beber, a fumar más, a ir con mujeres de mala vida, a gastar más dinero del que tenía…
—Y a hablar sin respeto —completó Salvador.
—Y a hablar y a comportarme como un imbécil.
—¿Volviste a ponerte en contacto con ella?
—Sí, cada año nos vemos una o dos veces —reconoció Santiago con vergüenza.
—Qué guardado lo tenías.
—No se le he contado a nadie, a nadie. Tú eres el único.
—¿Encontró tu ángel a alguien digno de su amor?
—Sí y no.
—¿Qué significa sí y no?
—Se casó con un hombre de iglesia y tuvo dos hijos.
—Y te ve cada año una o dos veces. Peculiar —reflexionó Salvador.
—Sé que me sigue amando.
—Ahora ama a otro hombre.
—No es feliz.
—¿Cómo lo sabes?
—Lo sé —aseguró Santiago.
—Que te guste pensar que no es feliz no significa que no lo sea.
—No digo que sea una persona desgraciada, no lo es, pero no es

feliz del todo, ni lo será nunca, porque yo era el amor de su vida, ella lo sabía y yo lo sabía, pero fue una cobarde, en lugar de desafiar a su padre y decirle que amaba a un hombre que no era católico, fue débil.

»Decidió apartarme de su vida, aceptó al primer cantamañanas de iglesia que se le acercó y le propuso matrimonio, y se casó con él, con el beneplácito de su padre, un iluso de esos que se cree todas las tonterías que le dicen en la iglesia porque no es capaz de pensar por sí mismo, un tontaina que asegura que sus creencias son las correctas, y las de los otros incorrectas, un pobre hombre que ha condenado a su angelical hija a que nunca sea completamente feliz.

Salvador escuchaba en silencio. Aunque su mente inicialmente había querido llevarle la contraria y refutar todo lo que el otro creía, algo en lo profundo de su ser, por primera vez desde que había conocido a Santiago, creyó en lo que le estaba contando, y creyó que lo que el otro pensaba era cierto, que esa chica, de alguna manera inexplicable había sido el amor de su vida, y que ninguno de los dos iba a ser completamente feliz sin el otro.

En un acto de locura, porque no tenía otro nombre, Salvador renunció al merecido viaje a Barcelona para visitar a su familia y amigos, y dejó a Santiago el dinero que necesitaba para pagar la multa de inmigración, y dejar así la puerta abierta a la posibilidad de que este volviese algún día a Vietnam a ver a su amor secreto, Loan. Santiago juró una y otra vez que en cuanto las cosas mejorasen devolvería todo el dinero prestado, a él, a Ramón y a otros a los que también había tenido que pedir dinero.

Por la noche, tumbado en la cama, discutió consigo mismo si había sido sensato dejarle el dinero a Santiago, pero ya era tarde para arrepentirse, lo hecho, hecho estaba. Se dio cuenta de que no había contestado a Donovan, y le envió un mensaje diciéndole que quedarían seguro antes de que se fuese de Vietnam para volver a los Estados Unidos.

Después, su mente volvió a Santiago y quedó atrapada en la historia que le había contado, cómo un desamor le había hecho pasar de una vida bastante saludable a convertirle en un borracho que caía mal a casi todo el mundo. No pudo evitar compararse con él, y se preguntó si le esperaba algo parecido después de haber roto la relación con Yoko.

Tuvo que reconocer que había perdido varios de los buenos hábitos que había adquirido recientemente, como el de dar las gracias y sentir gratitud antes de dormirse y cuando se despertaba. Durante los tres últimos meses no lo había hecho y cada vez tenía más pensamientos funestos. En realidad, eran los mismos pensamientos que había tenido durante casi toda su vida, pero hasta que no había conseguido romper esa dinámica, no se había dado cuenta de que

había estado sumergido en una vida de negatividad mental.

Sintió un fuerte deseo de sentirse como se había sentido antes de marzo, cuando había conseguido cambiar sus hábitos mentales. Se le ocurrió que la música adecuada podría ayudarle a volver a empezar. Después de navegar durante un rato por internet, encontró algo prometedor, una lista con cincuenta canciones para levantar el ánimo recopiladas por una psicóloga que había hecho una encuesta entre sus amigos y conocidos.

Puso las canciones de la lista una tras otra. Todos los temas eran marchosos, de eso no había ninguna duda, pero ninguno era capaz de cambiar su estado de ánimo, eran simplemente eso, canciones con marcha, nada más. Una decepción siguió a otra, y así sucesivamente. De las veinticinco primeras no hubo ni una que realmente le enganchara, así que decidió continuar con la número veintiséis y pronto llegó a la última, la cincuenta, sin que hubiese conseguido nada. No iba a ser tan fácil como había pensado.

Encontró otra lista de cincuenta canciones que pretendía ayudar a la transformación anímica, y de todas ellas, la que más le gustó fue el *Here Comes the Sun* de los Beatles, que sí le pareció que tenía algo especial, algo vital y transformador. Se puso cómodo en la cama, cerró los ojos y escuchó el *Here Comes the Sun* varias veces seguidas. Tal y como la canción prometía, la luz volvió a iluminar el entristecido corazón de Salvador, después de casi tres meses viviendo en las tinieblas de la crueldad del mundo.

Animado por los Beatles, reanudó la búsqueda, quizá había algún tesoro desconocido por él esperando ser hallado. Después de medianoche, un título y un autor de los que nunca había oído hablar aparecieron ante él. *Adiemus*, de Karl Jenkins. Una vez empezó a escuchar la canción *Adiemus*, ya no pudo parar de ponerla. Intrigado por la letra, y por no haber sido capaz de identificar el idioma, buscó información sobre ese tema en internet, para su sorpresa, la letra no tenía significado alguno y la voz humana era usada como un instrumento musical más.

La canción compuesta por Karl Jenkins le transmitió un mensaje más profundo y resultó ser más transformadora que las incontables canciones que había escuchado durante los últimos años de su vida.

Here Comes the Sun había iluminado su alma de nuevo, y *Adiemus* le había devuelto la alegría. Después, el silencio fue bienvenido, y la gratitud, que había perdido durante un tiempo, afloró en su corazón otra vez. Como había conseguido hacer anteriormente, pudo volver a dar las gracias por las cosas buenas que tenía en la vida, y por aquellas que le habían acompañado a lo largo del día. Cuando los ojos se le cerraban, decidió volver a repetir esa rutina a diario, la única que había conseguido hacer que se sintiese mejor, mucho mejor,

más alegre y feliz.

Yoko y la última gala

El domingo 1 de junio era el gran día, la esperada última gala del programa más visto de Vietnam, *Café envenenado,* había llegado. Los cinco finalistas se levantaron a petición de los presentadores, un estruendoso aplauso por parte de los fans les envolvió.

Yoko, Quang, un joven apolíneo, alto y bien parecido de veintitrés años, y Lang, una chica voluptuosa un tanto altanera de veintiuno, eran los tres favoritos para hacerse con la victoria. Los otros finalistas eran Thang, un chico muy gracioso y delgado de diecinueve, y el concursante más joven y corpulento del programa, Bac, que había cumplido los dieciocho hacía unos pocos meses, aunque parecía bastante mayor de lo que era. Se hizo un silencio sepulcral en el plató mientras la mirada de todos se centraba en la gran pantalla que había al fondo del escenario, detrás de los finalistas y de los presentadores.

La tercera posición fue para Lang, la jovencita voluptuosa que estaba haciendo las delicias de algunos de los seguidores masculinos del programa con su vestido plateado, muy corto y escotado, que dejaba ver buena parte de sus generosos pechos. La segunda posición fue para Quang, el musculoso y sensual joven del que tantas se habían enamorado, y el puesto de honor en el podio de *Café envenenado* fue para Yoko, que cuando se vio a sí misma en la pantalla gigante tuvo que respirar hondo y hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar las lágrimas.

No había nada malo en llorar, pero algunas cosas estaban reservadas para hacerse en privado, y no quería que la viesen derramar lágrimas en un programa de televisión en directo. Las cámaras se centraron en Yoko, que, consciente de que no podía competir con Lang con un atuendo provocador, había elegido un elegante vestido negro con elementos decorativos dorados bordados que hacían juego con la purpurina también dorada que habían usado para maquillarla. Cuando la ola de aplausos cesó, los cinco finalistas se sentaron de nuevo.

—¿Hay alguien especial a quien le quieras dedicar esta victoria? —preguntó la chica del tándem de presentadores del programa.

Era el momento de homenajear a la persona que, siendo la más importante para que ese acontecimiento hubiese tenido lugar, era la única que no solo no había recibido nada, sino que había salido perdiendo. Yoko apenas tuvo un segundo para decidir exactamente lo que iba a decir.

—Sí, quiero dedicarle esta victoria a alguien muy especial, a mi

novio, porque sin él, yo no habría estado hoy aquí.

—¿Fue tu novio quien te convenció para participar en el programa?

—Algo así —dijo Yoko con aire misterioso y la mejor de sus sonrisas.

—¿Quién es el afortunado?

—No nos gusta hacer pública nuestra relación, preferimos la intimidad.

—Entiendo, pero al menos nos podrías decir su nombre, para saciar un poco nuestra curiosidad.

—Lo haré. Pero no hoy.

Poco después de la última gala, se hizo pública la audiencia. Había sido el programa más visto del año en Vietnam, el Cartero se sentía como un pequeño emperador. La fiesta después de la última gala tuvo lugar en una de las salas de banquetes más emblemáticas de Saigón. La lista de invitados era interminable, e incluía todo tipo de personalidades, en su mayoría relacionadas con el mundo de la televisión y el cine. Yoko fue literalmente acosada durante horas, todos querían saludarla, felicitarla, hacerle fotos y hacerse fotos con ella.

Cumplió con su papel tan bien como pudo, sonrió hasta que tuvo la sensación de que los músculos de la cara nunca iban a volver a su posición original, comió y bebió más de la cuenta, como todo el mundo, y cuando la cena celebración terminó y la fiesta se trasladó al local más selecto de Saigón ya estaba un poco ebria. A lo largo de las últimas horas había saludado a tanta gente, escuchado tantos nombres y guardado tantas tarjetas personales que ya no sabía quién era quién.

El número de galanes que se acercaron a cortejarla, ignorando voluntariamente el hecho de que hubiese dicho en público que tenía novio, también fue considerable, y ella se limitó a recordarles ese pequeño detalle a todos los que la invitaron a terminar la noche en sus aposentos.

En uno de los pocos momentos de paz, una mujer madura que debía tener más de cincuenta años se acercó a ella, vestía y se movía con elegancia, y hablaba despacio, como si quisiera asegurarse de que su interlocutor entendía exactamente lo que había dicho. Se presentó, aunque el nombre no le dijo nada al principio, la felicitó y le preguntó por su novio como tantos habían hecho antes.

—Es un hombre introvertido, no le gustan estas cosas y no queremos hacer nuestra relación pública, aún no.

Hasta entonces su respuesta había satisfecho a todo el mundo, pero aquella mujer sospechaba algo.

—A veces, aunque no tengamos pareja, es mejor tenerla de cara

a la galería. A una chica joven, atractiva y repentinamente famosa como tú, puede ahorrarle muchos problemas.

Yoko escuchó a la señora con atención, esta tenía una mirada profunda, como si sus ojos pudiesen ver cosas veladas a los demás.

—¿Ha dicho que es productora?

—Sí, quizá nos conozcas, mi empresa se llama Asia Studio, hemos producido varias series para televisión. Se puede decir que es nuestro producto estrella.

En cuanto escuchó el nombre de Asia Studio ató cabos, estaba hablando con Nhu, la señora Nhu, como se había referido a ella Vy, la ayudante del departamento de desarrollo de proyectos de Asia Studio, a la que había invitado a cenar y deliberadamente había hecho que bebiese más de la cuenta.

—Claro que os conozco, he visto varias de vuestras series, y os llevé nuestro proyecto hace pocos meses, pero al parecer no fue de vuestro interés.

Nhu se puso seria de repente.

—¿Qué proyecto?

—El que ha escrito mi novio secreto —respondió Yoko con retintín.

—¿Cuál es el título del proyecto?

—*Una familia diferente*. Es un título provisional.

—¿De qué va?

—De una familia de mujeres que tienen una habilidad especial.

Brevemente, Yoko le contó los aspectos más relevantes de la historia y la señora Nhu escuchó con plena atención.

—No he recibido ese proyecto.

—A Vy, la ayudante, le gustó e intentó organizar una reunión con un tal Coung, pero este lo desestimó y nunca llegamos a hablar con él.

—Lo que me estás contando es perturbador, yo soy quien decide los proyectos en los que Asia Studio se implica y en los que no, y Coung nunca me pasó el vuestro.

—Quizá tendría que hablar con él, para aclararlo.

—Lo haré, no te quepa la menor duda. Además, como una de las pocas mujeres productoras de Vietnam, estoy muy sensibilizada con cualquier historia donde las protagonistas sean mujeres.

—Si quiere mañana se lo puedo enviar directamente, para evitar más malentendidos.

—Por favor.

Ramón vuelve a cenar con Hien

Ramón esperó en la esquina en la que suponía que Hien iba a estar, pero seguía sin verla. Comprobó la dirección que le había dado. Estaba seguro de que ese era el sitio correcto, pero a veces encontrar una dirección en Saigón no era una tarea fácil. En algunas calles los números no estaban ordenados, y uno podía volverse loco hasta dar con el que estaba buscando. En otras, un mismo número se repetía en varias ocasiones y para mantener el orden habían añadido una letra al número. Otra de las dificultades eran los callejones que en algunas partes de la ciudad se entrelazaban sinuosamente sin lógica alguna, perderse en ellos era fácil y resultaba muy frustrante.

Volvió a mirar a su alrededor. Ni rastro de Hien. Ramón empezó a preocuparse, era muy posible que ella también estuviese esperando, y la paciencia no era una de sus virtudes, si no se encontraban pronto seguro que se iría.

Cogió el teléfono y la llamó, era el barrio de Hien, y esta lo conocía muy bien. Después de llevarse una buena bronca, le explicó cómo llegar hasta ella. Ramón intentó que le fuese a buscar, y se ganó la segunda bronca. Ante la amenaza de irse, Ramón decidió que lo mejor que podía hacer era ir a buscarla.

Hien le llevó a un restaurante difícil de encontrar del distrito 1, en una calle estrecha, oscura y húmeda. Había cuatro mesas alargadas y a cada lado dos bancos para que los clientes pudiesen sentarse. Estaba claro que la gente no iba a ese local por la comodidad ni la intimidad. A pesar del pésimo emplazamiento, estaba lleno y tuvieron que esperar un buen rato hasta que quedó sitio libre para ellos.

Ramón se preguntó qué tendría ese restaurante de especial, y por qué Hien, que se había presentado con un provocador vestido negro, y zapatos y cinturón rojos a juego con el color del pintalabios, le había llevado allí.

—¿Has comido alguna vez carne de cocodrilo?

—No, no sabía que había gente que comiese carne de cocodrilo —dijo Ramón.

—Hoy te vas a estrenar.

—¡Genial! ¿Viene acompañada de algo?

—Puedes elegir sopa, fideos y arroz.

—No sé, elige tú.

—Vamos a pedir los tres y compartimos.

—Buena idea.

Mientras esperaban la comida, Ramón estaba preocupado por si

el gusto le resultaba repulsivo, habría resultado muy embarazoso no ser capaz de comerse la carne de cocodrilo. Afortunadamente, no fue así, y disfrutó comiendo aquel manjar especial.

—¿Has hecho lo que te dije? —preguntó Hien.

—¿Sobre qué?

—Sobre los cuentos. ¿Has escrito la carta de presentación y las sinopsis?

—La carta me costó lo suyo, nunca había escrito una y me llevó horas, ahora estoy escribiendo las sinopsis de los cuentos —explicó Ramón.

—La carta es lo más importante, tradúcela al inglés y envíamela, a ver qué tal está.

—Mañana te la envío. ¿Y tú? ¿Ya te has puesto con la tercera novela?

—No —dijo con pesar Hien—, aún no he conseguido empezar, sigo sin estar inspirada. Me gustaría ir a algún sitio, necesito aire fresco a ver si me vuelve la inspiración.

—¿A dónde quieres ir?

—A la playa.

—Vung Tau está muy cerca, mi amigo Salvador fue con su amiga hace unos meses.

—Ya he ido muchas veces, está lleno de turistas, necesito algo especial.

—Tú eres la vietnamita, seguro que sabes de muchos sitios.

—Más o menos. Tampoco te creas que he ido a tantos. ¿Y tú?

—¿Y yo?

—¿No te apetece salir de Saigón durante unos días?

—Me encantaría, pero no sé a dónde ir ni tengo con quien ir —reconoció Ramón.

—Somos amigos, podemos ir juntos.

—¡Perfecto! ¿Cuándo te gustaría ir?

Hien abrió el calendario del teléfono y se lo quedó mirando con atención.

—Hoy es viernes 6 de junio. La semana que viene estoy ocupada, tengo que entregar unos artículos y es imposible que termine este fin de semana. El lunes 16 de junio me iría bien. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

A Ramón no le apetecía nada viajar durante la época de lluvias porque llovía casi cada día, y en ocasiones de forma torrencial, pero se moría de ganas de ir a cualquier sitio con Hien. Podría ser la excusa perfecta para que volviese a pasar algo con ella, no había dejado de desearla desde que la había conocido.

—Como tú no tienes que trabajar, cualquier día te parece bien —dijo Hien con una sonrisa ladina en los labios.

—¿Qué puedo decir? Me has pillado. Cualquier día me va bien, aunque a finales de junio tenemos el test.

—¿Qué test?

—El de vietnamita, Salvador tiene el test para sacarse el nivel A2, elemental, y yo el A1, principiante.

—Puedes practicar conmigo. Te hará bien.

—Gracias. ¿Pedimos algo más? Me he quedado con hambre —dijo Ramón, que había dejado vacíos todos los platos.

—Comes más que antes, pero estás más delgado.

—Estoy más delgado y como más porque voy al gimnasio. No lo sabía, pero el deporte mejora el cuerpo en muchos sentidos, por dentro y por fuera.

—Ir al gimnasio te sienta bien. ¿Alguna otra mejora que quieras comentarme?

—Estoy más fuerte y tengo más aguante en las actividades que requieren esfuerzo físico.

—Suena bien —rio con picardía Hien.

Mientras esperaban otro plato de arroz con carne de cocodrilo, continuaron discutiendo a dónde ir de viaje.

—Mi amigo Enrique me dijo que la playa en Mui Ne está muy bien, él fue el año pasado.

—Mui Ne no está mal, pero es como Vung Tau, demasiados turistas. Prefiero Phan Rang.

—Otra opción que me recomendó mi amigo es viajar en moto por el delta del río Mekong, pero no durante la época de lluvias.

—A mí la época de lluvias me da igual —dijo Hien.

—Llueve casi cada día.

—Si llueve mucho paramos y cuando deje de llover continuamos.

—Eres una aventurera.

—No lo dudes.

—Entonces, ¿quieres ir al delta del río Mekong? —preguntó Ramón.

—¿Tú quieres?

—Sí, pero me sigue preocupando un poco lo de la lluvia.

—¿Te asusta un poco de agua?

—No, claro que no.

—Entonces vamos al delta.

—Venga, vamos.

—Y entrena cada día, tienes que ponerte fuerte para el viaje.

Preparando las vacaciones

Salvador miró los tres cruasanes de chocolate y el *ca phe sua da* que Ramón tenía delante.

—Te dije que si hacías deporte podías comer dulces o tomar *ca phe sua da* de vez en cuando, porque al hacer ejercicio el cuerpo lo quemaría, ¡pero esto es una orgía! —le recriminó Salvador.

—No digas nada, estoy celebrando.

—¿El qué?

—Voy a ir de viaje con Hien por el delta del Mekong en moto.

—¡Enhorabuena! ¿Cuándo?

—Este próximo lunes no, el siguiente.

—¿El día dieciséis?

—Sí.

—Eso sí que no me lo esperaba, ¿cómo la has convencido?

—Fue idea suya. Lo de ir de viaje, lo del delta del Mekong fue idea mía.

—¿Y el marido?

—Se han separado y están tramitando el divorcio.

—Esto tiene buena pinta. ¡Ve preparado! —dijo Salvador riendo con complicidad.

—Seguro, ya está todo a punto, hasta me he comprado ropa nueva. Ramón hizo un gesto con la mano señalando la llamativa camiseta azul marino con cuello de pico y los tejanos *beige* a la moda que llevaba.

—Ya me había fijado en tu vestuario juvenil, te queda muy bien. ¿Te has comprado algo más?

—Dos camisetas más, del mismo estilo, una granate y la otra verde oscuro, y otros tejanos de color negro.

—Más combinaciones para lucir.

—Y calzoncillos —dijo Ramón.

—¿Calzoncillos?

—Sí, tres, de estos modernos. Por si triunfo.

—¿Qué quiere decir de estos modernos?

—Ya sabes, con muchos colores.

—¿Los modernos son los que tienen muchos colores? —preguntó con aire de incredulidad Salvador.

—Claro que sí.

—Yo no estaría tan seguro.

Ramón hincó el diente al primer cruasán y dio un sorbo al *ca phe sua da* mientras Salvador sujetaba la tacita con el café expreso aún

humeante.

—También podrás aprovechar y practicar con ella para el test de vietnamita.

—Sí, un golpe de suerte en todos los sentidos.

—Aunque los dos sabemos lo que de verdad quieres practicar con Hien —dijo Salvador sonriendo con malicia.

—Hay tiempo para todo. ¿Qué día es el test? Creo que a finales de mes.

—El 30 de junio.

—¿No tienes el curso de verano en la escuela internacional esos días?

—Sí, este año el curso de verano empieza el lunes 23 de junio, ya he conseguido el día libre para poder hacer el test. En la escuela internacional no tendremos clases desde el sábado 14 hasta el domingo 22, le he pedido a Ý, mi jefa en la escuela de matemáticas Numbers, que me dé fiesta el lunes 16 y el miércoles 18, y he hablado con el capitán para no dar clases a su hijo Tom el martes 17 y el jueves 19 —explicó Salvador.

—¿Y eso?

—Tengo planes.

—¿Has vuelto con Yoko? —preguntó Ramón visiblemente excitado.

—No, no. Hace semanas que no hablamos.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada —dijo Salvador quitándole importancia.

—A lo mejor podrías hablar con ella.

—No… ¿Para qué?

—¿Para volver con ella?

—No sé…

—¿No te gustaría volver con ella? —pinchó Ramón.

—Sí, claro, pero…

—¿Pero?

—Es complicado.

—Complicado, complicado. Tú eres el único complicado —criticó Ramón mordiendo otro trozo de cruasán y mirando fijamente a Salvador, que seguía contemplando la tacita de café como si no se acabase de decidir a beber.

—¿No me vas a contar esos planes que tienes que no incluyen hablar con Yoko?

—Ah, sí. Yo también quiero hacer un viaje en moto durante unos días.

—¿A dónde irás?

—Ni idea. A cualquier sitio.

—¿Irás solo?

—Sí, solo.

El Mercado An Dong fue el elegido por Huyen para ir de compras el domingo a primera hora de la tarde, después de terminar el turno en la recepción del hotel en el que trabajaba. Estaba ubicado en la calle An Duong Vuong, entre Nguyen Duy y Yet Kieu, en el distrito 5, a poco más de 3 kilómetros del hostal de Salvador. No les llevó más de 10 minutos llegar, lo que en hora punta habría sido completamente imposible.

Huyen le había dicho que el Mercado An Dong era el mejor sitio para comprar frutos secos y fruta deshidratada de Saigón. Salvador esperaba que le llevase a un pequeño mercado de barrio oculto entre estrechas callejuelas, y contempló con sorpresa el edificio de cuatro plantas que se erigía ante él.

En el piso inferior, al que se accedía bajando unas escaleras, vendían alimentos; en la primera y la segunda planta, artículos de moda, tela, ropa y accesorios; y en la tercera, una amplia variedad de artesanías que iban desde baratijas de mala calidad, hasta verdaderas obras de arte con precios consistentes con su tamaño y el tiempo que había requerido hacerlas.

Salvador intentó ir directamente a por los frutos secos que quería comprar, no le apetecía repetir la experiencia de cuando fue al Mercado Ben Thanh, en el que los vendedores le acosaron constantemente para intentar venderle algo.

—¡No seas tonto! Eso solo pasa en el mercado Ben Thanh, porque es para turistas, aquí nadie nos dirá nada.

—¿Estás segura? —preguntó Salvador poco convencido.

—¡Claro que estoy segura! He venido muchas veces.

—Pero tú eres vietnamita.

—Eso da igual.

—No, no da igual, ¿has venido alguna vez con alguien extranjero?

—Sí, vine con Sylvain —dijo con condescendencia Huyen.

—Ah. ¿Y os molestaron mucho?

—¡Nadie nos molestó!

Tal y como su amiga le había dicho, en el Mercado An Dong nadie les acosó para que les compraran algo, y la mayoría se limitaron a sonreírles cortésmente al verles pasar. Salvador no estaba demasiado interesado en la sección de telas y ropa, pero le gustó mucho toda la parte de artesanía.

—Si en lugar de vivir en la habitación de un hostal viviese en un apartamento, compraría elementos decorativos aquí.

—Y te saldría mucho más barato que en el Mercado Ben Thanh, o que en las tiendas para turistas del distrito 1.

Salvador se paraba en cada puesto y se quedaba mirando las artesanías de cerámica y las esculturas talladas en madera que más le llamaban la atención.

—Quiero irme unos días de vacaciones.

—¿A dónde? —se interesó Huyen.

—Es lo que quería preguntarte, quiero viajar en moto durante unos días, pero no sé a dónde ir.

—¿Playa o interior?

—Interior. Fui a la playa hace poco.

—¿Vas a ir solo?

—Sí —contestó Salvador lacónicamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Tienes que ir con tu novia.

—Ya no tengo novia.

—Pues ten novia otra vez.

—No, no puede ser.

—¿Por qué no?

—Es complicado.

—¡Hombres! —se enfadó Huyen, que golpeó con fuerza a Salvador en el abdomen, haciendo que este diese un respingo. Definitivamente, Huyen tenía más fuerza que la mayoría de chicas que había conocido.

—¿Alguna idea de a dónde ir?

—Podrías ir a Binh Phuoc.

—¿Dónde está?

—Cerca de Camboya.

—¿Qué hay en Binh Phuoc?

—Montañas, aire puro, vegetación.

—Suena bien —reconoció Salvador.

—Pero si vas cerca de Camboya ten cuidado, no hay cobertura en todas partes.

—Gracias por decírmelo. ¿Es tranquilo?

—Demasiado.

—¡Eso es lo que necesito!

Vacaciones en la montaña

Amaneció despejado el lunes 16 de junio, al menos en la localidad del hotel en el que se hospedaba Salvador. No había ni una sola nube en el cielo, y un sol resplandeciente se encaramó a la hora esperada por el horizonte, bañando el mundo de vida y amor. Los pájaros expresaron su gratitud cantando, jugando y revoloteando entre los árboles. Había dormido sin cerrar las cortinas, y a primera hora de la mañana la luz ya inundó la habitación. Desde la cama, pudo escuchar el trino de las pequeñas aves invitándole a levantarse.

No recordaba haber visto ninguna cafetería con aire acondicionado en Binh Long. La temperatura era muy agradable, nada que ver con el calor sofocante de Saigón, pero quería saber si en aquella pequeña localidad de la provincia de Binh Phuoc, a ciento treinta kilómetros de Saigón, había algún café con aire acondicionado.

Después de dar varias vueltas por la población, pasó por delante del Window Cafe, que para su sorpresa, sí disponía de aire acondicionado. Parecía un local agradable y entró. Todas las personas que había dentro se lo quedaron mirando, desde que había llegado a Binh Long no había visto a un solo extranjero, y cada vez que había ido a dar un paseo los lugareños se giraban y lo observaban con curiosidad. No se trataba precisamente de una destinación turística.

Miró detrás de la barra, no esperaba que tuviesen cafetera para hacer café expreso, y no la tenían, así que se conformó con un *ca phe sua da*. Encendió el ordenador, navegó por internet, leyó y escuchó música. Observó a los grupitos de vietnamitas que de tanto en tanto llegaban o se iban de la cafetería, la mayoría eran muy jóvenes, algunos de ellos adolescentes.

Salvador estaba distraído mirando a una pareja que acababa de salir, la chica era alta y delgada y vestía un *ao dai* negro con detalles rojos. Al verla le recordó a Yoko, y una repentina nostalgia le invadió. Ramón y Huyen habían intentado convencerlo para que volviese con ella. Como si fuese tan fácil. Seguro que ya estaba saliendo con otro. Lo hecho, hecho estaba.

Un joven de mirada amable que vestía una sencilla camiseta, pantalones tejanos y sandalias le despertó de su ensoñación, se había acercado a él y le habló. Teniendo en cuenta que llevaba varios días sin apenas cruzar palabra con otras personas, lo agradeció. El chico había ido a tomar algo con unas amigas. Le preguntó si quería unirse a ellos y Salvador aceptó, no le iría mal un poco de conversación.

El joven se llamaba Binh y tenía veintidós años, y las chicas de

mayor a menor eran Xuan, de veintiocho; Cam, de veinticinco, y Lanh, de veintiuno. Habían hablado con extranjeros en muy pocas ocasiones y nunca más allá de intercambiar unas pocas palabras o frases. A pesar de tener un nivel de inglés bastante limitado, le acribillaron a preguntas. Salvador tenía que hablar despacio y, en ocasiones, repetir lo que había dicho. Cuando no se entendían, Salvador intentaba usar algo de vietnamita, pero sus recursos seguían siendo muy limitados. Los diccionarios gratuitos de internet fueron indispensables para aclarar lo que estaban intentando decir.

Durante un buen rato la charla se concentró en Salvador, hasta que decidió empezar a hacer preguntas a los jóvenes vietnamitas.

—¿De qué trabajas?

—Soy policía —respondió Binh. A Salvador no le pareció que tuviese pinta de policía, quizá era una broma vietnamita.

—¿Y tú?

—Yo también —dijo riendo Cam, la chica que estaba sentada a la derecha de Binh. Era la más alta de los cuatro amigos y tenía el cuerpo más voluptuoso que había visto en Binh Long.

Salvador tampoco se imaginaba a Cam vestida de policía, pero continuó preguntando, esta vez a Lanh, la más joven del grupo, que al igual que Cam vestía una alegre y colorida camisa, tejanos y zapatos negros.

—Yo también soy policía —afirmó con una sonrisa gentil Lanh.

Definitivamente, se trataba de una broma local.

—Supongo que tú también eres policía, como Binh, Cam y Lanh.

—No —contestó Xuan, la mayor de los cuatro amigos, que llevaba gafas negras, y un vestido y zapatos también negros—, yo soy diseñadora gráfica.

Salvador preguntó si los otros tres eran policías de verdad. Lo eran. El chico policía, Binh, y la chica diseñadora, Xuan, eran hermanos; las otras dos chicas, Cam y Lanh, eran policías y también eran hermanas. De hecho, la menor, Lanh estaba a punto de graduarse, así que técnicamente aún era una aspirante a ser policía.

Salvador pasó la tarde con Binh y su hermana Xuan, y con Cam y su hermana Lanh. Como no se podía decir que estuviese muy ocupado, o tuviese algo mejor que hacer, se dejó llevar por sus nuevos amigos. Primero le invitaron a ir al hogar de las hermanas Cam y Lanh, que estaba a tres o cuatro kilómetros de la pequeña ciudad, la casa era bastante nueva, la habían construido hacía solo cuatro años. Le presentaron a su madre, y a su hermano pequeño de diecisiete años, que también iba a ser policía cuando llegara el momento, y le enseñaron fotos del padre, que en ese momento no estaba. ¿Profesión? Policía, cómo no.

Después de tomar té y charlar, fueron a la otra casa, la de Binh

y Xuan. Esta era más vieja y sencilla que la de las dos hermanas y estaba bastante más lejos de la ciudad, a casi diez kilómetros, en un área boscosa donde las carreteras, las calles y el asfalto ya no existían. Para llegar allí, habían tenido que ir por senderos de tierra sin ningún tipo de iluminación, lo bueno de vivir lejos de la pequeña ciudad era que los vecinos no suponían una molestia, la casa más cercana estaba a varios cientos de metros.

Xuan le presentó a su madre, que estaba atareada preparando una barbacoa, a su padre, que era expolicía, y a un vecino que se había unido para cenar con ellos. En ese momento recordó lo que su amiga Huyen le había dicho sobre la cobertura en la provincia de Binh Phuoc cerca de Camboya, y miró su teléfono, aún tenía cobertura, pero la señal era bastante débil.

Estaban muy cerca de la frontera con el país vecino, a unos veinte kilómetros. Mirando el mapa de internet, Salvador vio lo que parecía un lugar relevante en la zona llamado Trai giam Ton Le Chan.

—¿Qué es esto?

—Es la cárcel de la provincia de Binh Phuoc. En cada provincia hay una cárcel —le explicó Xuan, la diseñadora del vestido negro, que era la que hablaba inglés mejor.

—Y vosotros vivís casi al lado de la cárcel de Binh Phuoc.

—Sí —rio Xuan.

—¿No es peligroso? Lo digo por si se fugan algunos presos.

—Mi padre, cuando aún era policía, trabajó durante muchos años en la cárcel. Hace tiempo sí hubo varias fugas de presos, pero ahora es más segura, hace años que no se escapa nadie.

—Menos mal.

Resultó ser el cumpleaños del padre de Binh y Xuan, el expolicía, empezaron a aparecer cervezas y comida, y cuando Salvador ya estuvo lleno llegó más comida y más cerveza. El expolicía bebió mucho, más que cualquier otro de los asistentes a la cena, se puso muy rojo y se volvió locuaz de repente, hasta ese momento apenas había dicho nada. Como ya había hablado en muchas ocasiones con su mujer, sus hijos, los amigos de sus hijos y su vecino, se concentró en Salvador, que intentó hablar con él en vietnamita con éxito limitado. Xuan le ayudó traduciendo cuando la conversación no fluía, lo que sucedía cada dos por tres.

Pocos minutos antes de la medianoche, después de horas de comer y beber, las dos hermanas, Cam, la más alta y sensual, y Lanh, más esbelta y pícara, dijeron que tenían que irse. Salvador estaba tan lleno que hasta le costaba moverse y, también hay que decirlo, un poco borracho. Decidió que era un buen momento para volver al hotel. Las chicas, muy amables, se ofrecieron a acompañarle, pero Salvador declinó la oferta, teniendo cobertura, no había problema.

Durante la primera parte del trayecto siguió a las hermanas, en una encrucijada se despidió de ellas y continuó por su cuenta. En pocos minutos llegó a la primera bifurcación y se paró para consultar la ruta en el teléfono. Lamentablemente, su teléfono se había quedado sin batería y no había nada que consultar.

Salvador no podía creerse lo que estaba pasando, alguien cuidadoso y meticuloso como él, se había cerciorado varias veces de que el teléfono móvil tenía cobertura para no tener una sorpresa desagradable, pero con la fiesta de cumpleaños, las risas y las cervezas, no había prestado atención a la carga de la batería.

Miró alrededor, estaba en medio de un sendero de tierra rodeado de árboles y oscuridad, no había ninguna casa a la vista y no tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo volver al hotel.

Yoko y la propietaria

Amaneció nublado el lunes 16 de junio, aunque no se trataba de los negros nubarrones amenazadores que en tantas ocasiones acompañaban a las repentinas tormentas que azotaban Saigón durante aproximadamente seis meses y medio, desde mayo hasta noviembre. Las nubes eran grises, se las veía cansadas y resultaban casi amigables, avanzaban lentamente, como si no les importase llegar tarde a su destino.

Yoko había llegado con mucha antelación al Jardín Secreto, una de las cafeterías de Saigón que mejor creaban la sensación de no estar en una ciudad de varios millones de habitantes que no paraba de crecer, y que en los últimos veinte años había visto doblada su población. El local era muy amplio y disponía de varios espacios, tanto interiores con aire acondicionado, como exteriores. El ambiente bucólico del Jardín Secreto estaba muy conseguido. Había fuentes y cascadas de agua, estanques con peces y puentes para cruzarlos, y vegetación por todas partes: plantas, flores y pequeños árboles.

La lluvia, casi imperceptible, creaba un ambiente mágico. Yoko se había sentado en la parte de afuera, pero en uno de los lados que estaba cubierto, para no mojarse. Leyó hasta que la señora Nhu, la propietaria de Asia Studio, a la que había conocido en la fiesta después de la última gala televisada de *Café envenenado*, hizo acto de presencia. La elegante productora sabía maquillarse con moderación y elegir vestidos acordes a su edad que le sentaban muy bien. Yoko, que la había conocido en un estado de cierta embriaguez, no había podido observarla con detenimiento, y si lo había hecho no se acordaba. Al verla por segunda vez se dio cuenta de que de joven debía haber sido muy guapa, pero la edad no se apiadaba de nadie.

—Tengo que disculparme por lo sucedido, es inaceptable y no hay excusas que valgan —dijo la señora Nhu con solemnidad.

—No es culpa de usted. —Yoko le quitó importancia.

—Como propietaria de Asia Studio, yo soy la última responsable de lo que hace el personal que trabaja para mí, sobre todo si se trata de jefes de departamento, como Cuong.

—Lo que no entiendo es por qué no quiso pasarle este proyecto en concreto, la historia puede gustar más o menos, pero creo que es tan válida como cualquier otra y está presentada de forma profesional.

—Absolutamente, tienes toda la razón. Al principio yo tampoco lo entendí, porque Cuong lleva trabajando para mí muchos años. Lo peor de todo es que siempre he tenido un sexto sentido para las

personas, pero a veces no vemos lo que tenemos más cerca, o no lo queremos ver —se lamentó la productora de Asia Studio—. Cuong nunca ha tenido una relación fácil con las mujeres.

—Y una historia donde las mujeres son las protagonistas no fue de su agrado.

—Así es.

—Casi no nos conocemos, pero a mí también me dio la sensación de que es difícil ocultarle cosas a usted.

La señora Nhu sacó una copia del proyecto de Salvador y la puso sobre la mesa, pasó la mano derecha por la primera página, en la que solo había el título, *Una familia diferente,* y los nombres de Salvador y Yoko.

—Es difícil ocultarme cosas, pero todos cometemos errores. Ya había habido señales que me hicieron sospechar en el pasado, pero Cuong siempre tiene una excusa.

—¿Qué excusa le ha dado esta vez? —preguntó Yoko.

—Culpó a otra persona, como ha hecho en varias ocasiones.

—Le dijo que Vy, su ayudante, nunca le había pasado el proyecto.

—Exacto.

—Y no es la primera vez que Cuong hace algo así.

—No —reconoció la señora Nhu.

—¿Por qué nunca hizo nada al respecto?

—Todos tenemos secretos que preferimos ocultar.

Los ojos de la mujer se clavaron con intensidad en Yoko, desnudando su alma.

—¿Va a actuar ahora o va a continuar protegiéndole?

—Ya lo he hecho. Le he despedido —dijo apesadumbrada la mujer.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no antes?

—Tendría que haberlo hecho antes, mucho antes. Supongo que no me atreví. Yo también puedo ser muy buena buscando excusas si quiero.

La señora Nhu se quedó pensativa, cogió la tacita en la que le habían servido la infusión de jengibre con miel y especias, y se recostó en la butaca. Yoko aprovechó que no la estaba mirando directamente para contemplar sus facciones maduras, que mostraban sutiles signos de cansancio y tristeza.

—Después de preguntarle por lo que había pasado y de mentirme, Cuong despidió a Vy.

—Despidió a Vy por ser honesta y por hacer bien su trabajo.

—La he vuelto a contratar y me he disculpado por lo sucedido, por supuesto. He despedido a Cuong y Vy es ahora la nueva jefa del departamento de desarrollo de proyectos.

—Un poco de justicia les sentará bien a todos.

—No ha sido fácil —se lamentó la señora Nhu.

—¿Por qué? ¿Quién es Cuong?

—Es el hijo de mi difunta hermana. Era mi única hermana, y él su único hijo. Yo nunca me he casado.

—Cuong es su sobrino, lo más parecido a un hijo que ha tenido —suspiró Yoko—. Vy no dijo nada, no lo sabe.

—Nadie lo sabe, pensé que sería más saludable mantenerlo en secreto.

—No sirvió de mucho.

—Nadie es perfecto.

—Creo que le irá bien enfrentarse a la vida por sí mismo.

—Eso espero —dijo la señora Nhu esbozando una sonrisa—. Yo me he sincerado, te he contado mi secreto, ahora te toca a ti cariño.

—Ahora me toca a mí —susurró más para sí misma que para la mujer—. Es una triste historia, y aún no está resulta.

—Lo que estamos hablando hoy entre nosotras queda entre nosotras.

—Sí, queda entre nosotras.

Yoko decidió que lo mejor era desahogarse con aquella mujer que le acaba de desvelar su secreto, y contó a la señora Nhu todo lo que había sucedido con Salvador, los dos proyectos para televisión, *Café envenenado* y *Una familia diferente,* y el Cartero. La propietaria de Asia Studio escuchó en silencio, sin interrumpir en ningún momento, hasta que el relato finalizó.

—¿Aún estás enfadada con él?

—Nunca he estado enfadada con él, solo dolida y triste, muy dolida y triste. Estaba y estoy muy enfadada con el Cartero. Si ese malnacido no le hubiese robado el proyecto para hacer el *reality show,* nada de esto habría pasado y seguiríamos juntos.

—Entiendo tu malestar, y también me hago cargo de cómo se debe sentir él.

—Yo también. No ha sido fácil para ninguno de los dos.

—¿No has vuelto a quedar con él?

—Lo intenté varias veces. Cuando le llamaba no me cogía el teléfono. Le escribí varios mensajes para quedar con él, hablar y arreglar las cosas, pero no quiso que nos viésemos —explicó Yoko con un hilo de voz.

—Lo hiciste mientras duraba el programa.

—Sí. ¿Fue un error?

—Hiciste lo que tenías que hacer, y él hizo lo que le pareció más conveniente en ese momento. ¿Cuánto hace que no tienes contacto con él?

—Varias semanas.

—Ahora que el programa ha terminado, las cosas pueden ser distintas.

—Es lo que siempre le decía en los mensajes, pero él no parecía estar de acuerdo.

—No le des más vueltas a eso. Lo pasado, pasado está. Céntrate en lo que se puede hacer ahora —aconsejó la señora Nhu con firmeza.

—De acuerdo.

—Tienes que recuperarle.

—¿Pero cómo? Ya lo he intentado.

La productora dejó la mirada perdida en el vacío y pareció concentrarse mucho, como si intentase escuchar algo que solo ella podía percibir.

—Espera un poco más, a veces no hacer nada da resultados. Y si él no se mueve, nos moveremos nosotras.

La mujer dio un sorbo a la infusión de jengibre y sonrió con picardía, como si alguien le hubiese dicho algo gracioso que solo ella podía escuchar. Sin embargo, Yoko no vio a nadie, ni oyó nada.

—Tienes que recuperar a Salvador —se repitió la productora poniéndose seria y mirándola con intensidad de nuevo—. Tenemos que producir su proyecto *Una familia diferente* y hacer una buena serie de televisión.

Ramón, Hien y el viaje

Amaneció tapado el lunes 16 de junio, densos nubarrones negros observaban la ciudad de Saigón desde la distancia con actitud expectante y amenazadora. Las lluvias torrenciales de la noche habían cesado antes del amanecer en el delta del Mekong, pero el cielo seguía encapotado. La gente aprovechaba la tregua que nadie sabía cuánto duraría para ir al colegio o a trabajar, mejor llegar antes de tiempo y evitar la siguiente tormenta, que parecía inevitable.

Ramón abrió la aplicación de su teléfono móvil y consultó el parte meteorológico. La previsión para el delta del Mekong era de chubascos y tormentas durante toda la semana. Miró la pantalla con sentimientos contradictorios. Por un lado, no le apetecía nada coger la moto y recorrer el delta bajo la lluvia, por otro, se moría de ganas de ir de viaje con Hien. En ese mismo momento recibió un mensaje de ella.

Hien:
¿Ya te has levantado? Yo ya estoy lista, voy a desayunar. Por cierto, parece que va a llover durante el viaje, ja, ja. No te olvides el impermeable. Y no llegues tarde, ya sabes lo que pienso de los hombres que llegan tarde.

Se apresuró a contestar.

Ramón:
Yo también estoy preparado, a las 8:00 estaré ahí.

Eran casi las siete de la mañana, Enrique, el menudo compañero de piso de Bilbao ya se había levantado, estaba casi tan excitado como Ramón, que tenía que pasar a buscar a Hien a las ocho. El plan era ir con la motocicleta de alquiler de Ramón, que era más nueva y fiable que la de ella. Viajar los dos en una moto suponía ir con equipaje muy ligero, solo podían llevar una mochila pequeña cada uno.

Enrique, que tenía mucha más experiencia en deportes de aventura y actividades parecidas, como conducir una moto en plena tormenta, le había ayudado a equiparse. Los días anteriores habían ido de compras y Ramón había adquirido un conjunto de pantalón y chaqueta impermeables para ir en moto, unas botas, una mochila y una linterna de calidad, todas ellas capaces de resistir la lluvia, y una navaja multiusos, por lo que pudiera pasar.

El primer contratiempo llegó cuando intentó arrancar la moto y no pudo. Enrique también probó, sin éxito, y se dio cuenta de que Ramón se había dejado las luces encendidas por la noche. La batería se había descargado por completo.

—No te preocupes, usa la mía —le ofreció Enrique.

—Pero si es muy vieja, siempre te quejas de que te ha dejado tirado muchas veces.

—Sí, pero ahora está todo arreglado.

—Siempre dices eso y al cabo de unas semanas o meses te vuelve a pasar. Es mejor que llame a los que les alquilo la moto.

—Ya, pero ahora todo está bien, de verdad, no te preocupes, si llamas a los que te alquilan la moto tardarán, Hien se impacientará, se enfadará y cancelará el viaje. Y tú no quieres que cancele el viaje.

—No, no quiero.

—Venga, coge mi moto, que ahora funciona muy bien.

—¿Estás seguro? —preguntó Ramón poco convencido.

—Seguro, durante la última reparación la revisaron a fondo y ahora está como nueva.

Hien miró la moto con suspicacia.

—¿Quieres conducir durante varias horas al día por el delta del Mekong con eso?

—Es la moto de Enrique, me ha dicho que está como nueva, hace pocas semanas la revisaron a fondo y arreglaron todo lo que no estaba bien.

—Es mejor que cojamos la mía.

—La tuya también es muy vieja.

—Pero va bien —aseguró Hien.

Ramón dio un par de vueltas a la manzana con la moto de Hien.

—Casi no frena, nos podríamos matar —dijo Ramón preocupado.

—Sí que frena.

—El freno de la rueda delantera está bien, pero el de la rueda trasera, que es el que más tenemos que usar, apenas frena, mira.

—A mí me va bien así.

—Yo no quiero terminar en el hospital o en el cementerio. Aprieta el freno de la mía.

—Demasiado duro, frena de golpe. Me gusta que sea más suave —argumentó Hien.

—No es que el de tu moto sea más suave, ¡es que no frena del todo! Además, en tu moto no hay espacio para poner los pies.

—Sí hay, mira.

—Es muy pequeño e incómodo, para unos minutos no tiene importancia, pero vamos a pasar horas encima de la moto. En la mía podemos poner los dos pies perfectamente, sin tener que llevar las piernas y los pies en una postura forzada.

Después de perder casi una hora probando las dos motos y

discutiendo, al final Hien aceptó a regañadientes viajar con la vieja moto que Enrique había dejado a Ramón.

—No, no, por aquí no. No quiero ir por la carretera principal, hay mucho tráfico y no podemos disfrutar del paisaje, quiero ir por carreteras secundarias.
—Pero damos muchas vueltas.
—¿Y qué?
—Se nos hará tarde y no deberíamos viajar cuando ya ha oscurecido, es peligroso.
—Llegaremos mucho antes de que oscurezca, aún faltan muchas horas. De todos modos, con estos nubarrones es como si ya fuera de noche.
—No exageres, algo de luz hay.
—Poca cosa.
A los veinte minutos de dejar la carretera principal se levantó una brisa ligera muy agradable que les refrescó durante un rato, poco después, la brisa se tornó en ventisca, y la lluvia no tardó en hacer acto de presencia. Empezó con timidez, con un goteo irregular, pero en pocos minutos se convirtió en una lluvia fuerte que combinada con el viento hacía que el viaje de placer en moto se hubiese convertido en un constante desafío para no acabar en la cuneta de la carretera.
—Llueve mucho, y el viento es fuerte —se quejó Ramón, que en ese momento iba detrás de Hien.
—¡Sí! ¿A que es genial?
—¿No sería mejor parar y continuar cuando amaine?
—No hace falta, no hay casi nadie en la carretera. Es muy excitante.
Ramón prefirió no discutir mientras iban en la moto y se agarró con fuerza al asa de sujeción. En su humilde opinión, Hien conducía demasiado deprisa, teniendo en cuenta la lluvia intensa, el viento y la visibilidad reducida debido a las citadas condiciones climatológicas adversas.

Entre una cosa y otra, llegaron a la ciudad de Kien Tuong, perteneciente a la provincia de Long An, al atardecer. Hien no le había dicho nada anteriormente, pero quería dormir en un hotel en Camboya, cuyo puesto fronterizo estaba a solo quince kilómetros de Kien Tuong. A Ramón no le pareció mal la idea, aunque le habría gustado que se lo hubiese dicho antes.
Llegaron a la frontera y Hien consultó con un policía. Ella, por ser vietnamita, podía entrar en el país vecino sin ningún problema, pero Ramón debía pagar treinta dólares si quería ir a Camboya. No valía la pena pagar ese dinero por el capricho de dormir en un hotel

fuera de Vietnam, y decidieron volver a Kien Tuong. El policía, que parecía estar bastante aburrido y tenía ganas de hablar con alguien, les aconsejó un hotel que era limpio y estaba bien de precio.

Ramón estaba agotado, pero dio gracias por finalmente haber hecho caso a Salvador y haberse apuntado al gimnasio hacía unos meses, de no haberlo hecho, no habría soportado estar tantas horas en la moto y Hien habría pensado de él que era un enclenque.

Fueron al hotel que el policía les había recomendado y cogieron una habitación doble con dos camas, con la consiguiente decepción para Ramón, que tenía grandes expectativas puestas en aquel viaje. Tendría que encontrar la manera de asaltar el lecho de Hien. Dejaron las cosas y fueron a cenar. El tiempo había mejorado y el cielo, sin estar despejado del todo, invitaba al optimismo. Con un poco de suerte no volvería a llover hasta que estuviesen durmiendo.

Durante la cena, Hien se mostró muy servicial con Ramón, y le mostró una atención constante como nunca antes lo había hecho, le enseñó varios platos de la carta que pensaba que podrían gustarle, le explicó lo que eran y le preguntó si quería probar algún otro tipo de comida.

Después de cenar dieron un paseo que resultó ser bastante corto porque ambos estaban cansados, y prefirieron pasar la última parte del primer día de viaje en una cafetería tomando unos batidos. Hien le riñó con simpatía porque aún no había terminado las sinopsis de los once cuentos cortos que había escrito.

—Es más difícil de lo que pensaba —se defendió Ramón—, y tengo que hacerlo bien, no puedo presentar cualquier cosa a las editoriales.

—Por supuesto que no, tiene que ser perfecto.

Leyeron juntos la versión en inglés de la carta de presentación, que según Hien era lo primero y lo único, si el contenido no les seducía, que se iban a leer en las editoriales. Mientras la leían, ella le hacía comentarios, le sugería ideas que consideraba pertinentes para añadir y le indicaba las frases o palabras que le parecían innecesarias o repetitivas. Al final, Ramón consiguió una nueva versión del texto que les resultó bastante satisfactoria a ambos.

Hacia las diez de la noche, cuando la cafetería cerró, volvieron al hotel. Se ducharon por turnos, primero ella y después él. Ramón salió de la ducha con unos coloridos calzoncillos nuevos por toda indumentaria, había llegado la hora de la verdad.

Hien ya se había metido en una de las camas, la que estaba más cerca de la puerta de entrada, y había apagado la luz principal de la sencilla habitación. Ramón miró a la chica, dudó, apagó la luz del cuarto de baño y se metió en la otra cama. A los cinco minutos se arrepintió. Ese había sido el acto de un hombre inseguro, de un

pusilánime, de un perdedor. Al meterse en la cama que estaba vacía lo había complicado todo, debería haber ido directamente a la cama de ella y hacer lo que tenía que hacer.

Casi media hora después, Ramón seguía en su cama. Había dado tiempo a la cobarde posibilidad de que fuese ella la que actuase, se levantara, y se metiese en su cama, pero no había sucedido, como era de esperar. Se preguntó si ya se habría dormido, escuchó con atención, pero no obtuvo ningún indicio ni de que estuviese dormida ni de que no.

O se levantaba él y hacía algo o no iba a pasar nada esa noche, y si esa noche no pasaba nada, todo se podía complicar. Sabía perfectamente que a Hien le gustaban los hombres fuertes y decididos. ¿Qué haría un hombre fuerte y decidido? Dejaría de pensar, se levantaría y se metería en la cama con ella. Así de simple.

Le vino a la cabeza el día en el que fue con Salvador a la pagoda del distrito 2, de eso hacía más de un año. Mientras estaban sentados en un banco, su amigo le explicó que había tenido una experiencia en la que había dejado de pensar por primera vez en su vida. Salvador le había dicho que durante aproximadamente un minuto, ningún pensamiento cruzó por su cabeza, y se sintió vivo y en paz, como nunca se había sentido.

Ramón no había vuelto a tener presente la conversación hasta ese momento, se le ocurrió que quizá había un mundo por explorar en ese silencio mental, tal vez intentar decidirlo todo a través de los pensamientos y argumentos intelectuales no era la solución. En muchas ocasiones había experimentado un profundo agotamiento después de darle demasiadas vueltas a un problema, y en pocas el discurso mental constante había resuelto el conflicto que le atormentaba.

Se preguntó cómo sería dejar de pensar en lo que tenía que hacer en ese momento y simplemente dejarse llevar por lo que sentía. Intentó centrarse en sus sensaciones sin pensar en nada. Durante un par o tres de segundos, la mente quedó en silencio, y antes de que una nueva ráfaga de pensamientos lo atrapase, se levantó, fue hasta la cama de Hien y se estiró al lado de ella.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le preguntó con voz dulce.

—No, estoy desvelado.

—Yo también —dijo mientras se arrimaba a él y ponía la cabeza sobre su hombro derecho.

Ramón la acercó aún más a su cuerpo y se dio cuenta de que Hien estaba completamente desnuda.

El tiempo mejoró bastante el martes 17 de junio, como no llovió por la mañana ni las primeras horas de la tarde, aprovecharon la

benevolencia climática mientras duró para hacer un poco de turismo por la zona.

Después, Hien se paró en un pequeño garaje. A Ramón le extrañó porque la moto había respondido bien, vio que el mecánico hinchaba las ruedas, lo que era innecesario, porque las ruedas ya estaban hinchadas.

A partir de ese momento, cada irregularidad del terreno o pequeño bache se notó mucho más. Ramón comprendió que era una de las consecuencias de hinchar demasiado las ruedas de una motocicleta, pero prefirió no decir nada, no valía la pena discutir por algo así, aunque su trasero no estaba muy contento con el cambio.

Para desesperación de Ramón, que no soportaba ir en moto por la noche, sobre todo si las carreteras no estaban perfectamente iluminadas, lo que no era muy habitual en las rutas secundarias que habían estado tomando, cuando estaban cerca de la población de Long Chau, en la provincia de An Giang, ya había oscurecido.

Con el fin del día, la suerte terminó, estalló una tormenta y empezó a discutir con Hien. Ella no quería quedarse a pasar la noche en Long Chau, que era lo que a Ramón le parecía más razonable teniendo en cuenta que llovía y había oscurecido, sino que quería ir hasta la ciudad de Chau Doc, a unos veinte kilómetros de distancia, pero no quería ir por la carretera que les llevaba directamente, la DT953, se empeñaba en ir por un camino, que quizá ni estaba asfaltado, que aparecía en el mapa bordeando un río.

Al final Ramón se negó a ir por donde ella quería y Hien se negó a quedarse a dormir en Long Chau. En una especie de acuerdo intermedio, tomaron la DT953 para ir a la ciudad de Chau Doc. Fueron en silencio, bajo una lluvia inclemente que les azotaba sin cesar. Ramón ya había tenido bastante de viajar bajo la lluvia, a diferencia de a Hien, a él no le parecía excitante, sino agobiante.

Cuando llegaron a Chau Doc, la tormenta perdió fuerza y se fue disipando. Hien miró el mapa, había varios hoteles que tenían buena pinta y eligió uno con un precio razonable que se veía bastante nuevo en las fotos.

Hien entró y se puso a hablar con la recepcionista, habían acordado que Ramón se iba a quedar fuera, para evitar que el precio que les pidiesen fuese más alto, lo que lamentablemente sucedía más de lo que debiera, debido a la internacional costumbre de intentar aprovecharse de los turistas.

Ramón estaba esperando a que Hien le hiciese una señal para entrar, pero en lugar de eso, salió muy decidida.

—Este hotel no me gusta, vamos a otro.

Con una discusión había tenido suficiente, y no dijo nada. Hien buscó otro hotel y cogieron una habitación doble con dos camas, tal y

como habían hecho en Kien Tuong, la ciudad fronteriza en la que habían pasado la primera noche. Dejaron las cosas, fueron a cenar y dado que había dejado de llover, dieron un paseo por las inmediaciones.

Ramón estaba un poco preocupado, no sabía si la discusión que habían tenido en Long Chau iba a afectar a las actividades nocturnas. Al verla salir de la ducha con ropa interior blanca sexy y tumbarse encima de la cama supuso que no. No podía quitarse de la cabeza lo del otro hotel. ¿Por qué diantre no le había gustado? Con mucha delicadeza sacó el tema.

—¿Viste algo que no te gustó en el otro hotel, Hien?

—Sí.

—¿Qué viste? Cuéntame.

—En ese hotel la gente va a follar.

De todas las respuestas posibles, esa no se la esperaba.

—¿En serio? —Fue lo único que se atrevió a preguntar.

—Sí, mientras estaba dentro he visto a una pareja que bajaba las escaleras y salía del hotel. Los tienes que haber visto salir.

—Estaba distraído mirando a la gente de la calle y no me he dado cuenta —dijo Ramón a modo de disculpa.

—Habían ido a follar.

No sabía qué responder a ese comentario y no dijo nada, pero se preguntó qué tendría de especial aquella pareja. ¿Habían ido al hotel a tener sexo? Y qué si así había sido. ¿Acaso en los otros hoteles la gente no tenía sexo? Hien y él habían tenido sexo en el hotel de Kien Tuong y esperaba que tuviesen sexo en el hotel en el que estaban, era lo normal. Muy a su pesar, Ramón empezó a pensar que había algo raro en Hien, a veces hacía o decía cosas que cuanto menos se le antojaban extrañas.

Una caricia en el pecho le devolvió a la realidad.

—Dúchate y ven a la cama.

—Ahora mismo.

El astro rey brillaba majestuoso desde primera hora de la mañana, las escasas y fragmentadas nubes blanquecinas que se paseaban por el cielo mantenían la distancia entre ellas, como si temiesen desvanecerse si llegaban a tocarse. El miércoles 18 de junio no podía haber empezado mejor.

Aunque habían dormido poco, Hien insistió en que se levantasen. Le llevó a tomar café para que se espabilase y después a desayunar. Quería ir a ver un mercado que estaba en un una población fronteriza llamada Tinh Bien. A Ramón le inquietó la extraña fijación que Hien tenía con la frontera con Camboya, pero había decidido no discutir más con ella.

Llegaron pasada la hora del almuerzo, con el consiguiente peligro de quedarse sin la segunda comida del día. Para decepción de la chica, el mercado estaba cerrado, pero si no podía hacer una cosa, Hien inmediatamente pensaba en otra.

—Vamos hasta el puesto fronterizo. Está muy cerca —propuso.

—¿Para qué quieres ir? Ya fuimos ayer.

—Pero este es otro.

—Ya, ya, pero no pueden ser muy diferentes.

—Quiero hacer fotos de la frontera con Camboya, ayer me olvidé.

Tomaron la calle incorrecta y terminaron debajo del puente que cruzaba el canal que delimitaba el límite entre Vietnam y Camboya en aquella zona geográfica. Para cruzarlo tenían que dar marcha atrás unos cincuenta o cien metros, pero Hien no quiso hacerlo, aseguraba que había otro puente, y repentinamente decidió que quería cruzar por ahí. Ramón no había visto ningún otro puente en el mapa, pero no consiguió persuadirla, Hien giró hacia la derecha en busca de la construcción imaginaria. Ramón no podía dar crédito, empezaba a estar harto de ella y sus tonterías, porque si de verdad creía que había otro puente, es que tenía problemas de verdad. Después de alejarse dos kilómetros, Ramón no pudo contenerse más e instó a la chica a que parara la moto.

Hien rehizo el camino, pero seguía insistiendo en que había visto otro puente, aunque quizá estaba un poco lejos. Como era de esperar, en el puesto fronterizo no había nada por ver, y lo que sí había eran señales de prohibido grabar y hacer fotografías. Ramón se lo hizo notar en caso de que no las hubiese visto, o no las hubiese querido ver. Hien dudó, y al final decidió hacer fotos, pero desde lejos, para que no le pudiesen decir nada. En ese momento a Ramón se le ocurrió que eso era lo que hacían los niños malcriados, tenían que salirse con la suya como fuera, por disparatado que fuese lo que se les hubiera ocurrido.

Volvieron a la población, Ramón estaba hambriento, pero la mayoría de restaurantes ya estaban cerrados. Le dijo que necesitaba comer, a lo que Hien se limitó a decir que la comida era mala en Tinh Bien y que por el camino ya encontrarían algún sitio para comer.

—¿Ya habías estado aquí?

—No, es la primera vez.

Nueva discusión en la que Ramón se tuvo que poner firme como hasta entonces no lo había tenido que hacer.

—Si tú no quieres comer, me parece muy bien, no comas, yo tengo hambre, me voy a parar en el primer sitio que vea y comeré lo que tengan.

Al final pararon en uno de los pocos restaurantes que aún

estaban abiertos, la comida tenía buen aspecto y Hien se decidió a almorzar con Ramón.

El siguiente destino era Long Xuyen, la capital de la provincia de An Giang. La ruta más directa era la carretera QL91, pero Hien, como era habitual, no quería ir por la vía más rápida, sino por carreteras secundarias. Ramón también prefería una carretera que les permitiese disfrutar del paisaje, pero no siempre era posible sin perder literalmente varias horas dando rodeos. En aquella ocasión, ir por las carreteras comarcales parecía una buena opción. Mientras se dirigían a Long Xuyen, a Hien se le antojó que quería ir al océano. Había estado estudiando el mapa, y si en lugar de girar hacia la izquierda al llegar a Nui Sap para ir a Long Xuyen giraban hacia la derecha, podían ir hasta la ciudad costanera de Rach Gia, en la provincia de Kien Giang.

Lo último que le apetecía a Ramón, que ya estaba harto de la lluvia y de viajar con Hien, era desviarse para ir al océano, lo único que quería era llegar a Long Xuyen, pasar la noche ahí y al día siguiente volver a Saigón, lo que ya les llevaría unas seis horas en moto. Si iban a Rach Gia, quizá necesitasen ocho para regresar a Saigón.

El cielo tenía un aspecto amenazador, pero las nubes no acababan de decidirse a descargar. Se pararon en la población de Tri Ton a tomar algo, y discutieron la posibilidad de ir a Rach Gia o a Long Xuyen. Ramón hizo lo posible para que la conversación fuese amigable y no terminase en una pelea. Le expuso que él disfrutaba viajando con ella, pero que ir en moto cuando llovía era agotador, y cada día conducían durante varias horas. Finalmente, Hien, algo decepcionada por la corta duración de la aventura, accedió a ir hasta Long Xuyen, pernoctar ahí y al día siguiente volver a Saigón.

Mientras se tomaban un batido de mango y mangostino, Hien le contó que la población en la que estaban, Tri Ton, estaba muy cerca de Ba Chuc, lugar en que tuvo lugar la famosa masacre de Ba Chuc en el año 1978, por parte de los Jemeres rojos de Camboya, y que ese fue el detonante que hizo que Vietnam se decidiese a atacar el país vecino para acabar con el sangriento mandato de Pol Pot. Antes del ataque de los Jemeres rojos, Ba Chuc tenía una población de 3 159 habitantes. 3 157 fueros asesinados y solo 2 sobrevivieron.

En cuanto dejaron atrás Tri Ton, las discusiones sobre por dónde ir, por dónde no ir, y sobre cuál era el camino correcto continuaron. Entre discusión y discusión, la tormenta se desató y tuvieron que conducir bajo la lluvia. A medida que se acercaban a la población de Nui Sap, la lluvia arreció de tal manera, y las nubes se volvieron tan oscuras y densas, que apenas tenían visibilidad.

Ramón paró en cuanto llegaron a la pequeña localidad de Nui

Sap y vio una cafetería en la que poder resguardarse. En esa ocasión Hien no dijo nada. Tomaron jugo de coco y esperaron a que la climatología les fuese más favorable. Cuando la tormenta amainó ya había oscurecido. Con poco ánimo, recorrieron los veintitantos kilómetros que les separaban de Long Xuyen. Al menos había dejado de llover.

Ramón ya había decidido que pasase lo que pasase, al día siguiente iba a volver a Saigón. Como esa iba a ser la última noche con Hien, quiso olvidar el agobio que le había supuesto viajar con ella y buscó el mejor hotel de la ciudad para terminar con buen sabor de boca. Siendo Long Xuyen una ciudad pequeña, solo encontró un hotel de tres estrellas, que estaba ubicado en el centro de la ciudad. Como habían hecho hasta entonces, cogieron una habitación con dos camas, aunque una parte de las dos noches anteriores la habían pasado en una sola cama.

La fatiga había hecho mella en ambos, y después de ducharse y ponerse ropa seca decidieron echar un vistazo al restaurante del hotel, el menú era bastante completo y al ver los platos de varios comensales que estaban cenando en ese momento, se decidieron a cenar ahí. Hien recuperó pronto la energía, y aunque ya habían hablado de ello y Ramón había expuesto claramente que quería volver a Saigón al día siguiente, intentó convencerlo de que si se levantaban pronto por la mañana podían ir hasta la ciudad de Rach Gia, ver el océano, almorzar ahí y después regresar a Saigón. Sin embargo, Ramón no dio su brazo a torcer y le dijo que no quería ir a Rach Gia.

Las discusiones del día no tuvieron ningún efecto en las actividades nocturnas, Hien se mostró tan dispuesta, gentil y a la vez apasionada como lo había hecho en las dos noches anteriores y Ramón gozó de cada minuto en la cama con ella. Tenía la sensación de que no iba a volver a acostarse con Hien, y en esa tercera noche se quedó durmiendo con ella en la misma cama.

El jueves 19 de junio, un sol radiante les dio la bienvenida, no había ni una sola nube a la vista, una brisa ligera recorría la ciudad, pero Ramón sabía que el buen tiempo no podía durar mucho.

Se levantaron tarde y fueron los últimos a los que les sirvieron el desayuno. Después de tomar café, Ramón quería ir a visitar el Museo An Giang, el más importante de la ciudad y de la provincia, pero Hien no parecía estar por la labor, se limitó a decir que ahí no había nada que valiese la pena ver y no quiso ir. De nuevo, cuando él le preguntó si ya había estado en ese museo, la respuesta fue que no. Ramón continuó con la política de hacer lo posible por no discutir, no valía la pena, y menos el último día de viaje.

El regreso fue largo y penoso, no importaba la ruta que

eligieran, porque tarde o temprano Hien quería ir por otro camino, o carretera, o puente, o lo que fuera. Ramón había tomado la iniciativa, era él quien conducía la moto y no quería que Hien le relevase, porque se temía que les llevase al océano o cualquier otro lugar que no fuera Saigón. Estaba decidido a llegar antes del atardecer y a no parar, daba igual si llovía, hacía viento o relampagueaba, pero a pesar sus esfuerzos empezó a oscurecer mientras se acercaban a Tan An, la capital de la provincia de Long An, a cincuenta kilómetros de Saigón.

En las afueras de la ciudad tuvieron que detenerse para poner gasolina, y una de las cosas que Ramón se temía que pudiese pasar, pasó. La vieja moto de Enrique, que tan gentilmente les había prestado, no volvió a arrancar. Primero lo intentó él, hasta que harto de intentarlo dejó que Hien probara, pero ninguno de los dos fue capaz de hacer que la moto volviese a funcionar. Ramón pensaba que Hien le recriminaría haber viajado con esa moto, y no con la suya, pero no lo hizo.

El hombre de la gasolinera señaló con el dedo en dirección al centro de la ciudad, y le dijo algo a Hien en vietnamita. Había un garaje a unos cien metros. Ramón empujó la moto y no tuvieron dificultad para encontrar el taller de reparación de motos. El mecánico también trató de arrancar la moto en vano, y cuando desistió empezó a desmontarla para tratar de localizar el problema. Ni Hien ni Ramón sabían mucho de motos, y lo único que se les ocurrió fue que se habían quedado sin batería, pero cuando se lo dijeron al mecánico, este sonrió e hizo que no con la cabeza.

Lo peor que podía pasar era que tardase en arreglarla, y si la avería era muy complicada, tendrían que pasar la noche en Tan An. Si eso sucedía, estaba seguro de que Hien tendría algo que decir sobre la elección de la moto. En fin, qué podía hacer sino esperar.

—¡*OK*! —exclamó el mecánico con satisfacción.

El «*OK*» del hombre que se había estado peleando con el problema de la moto durante unos minutos, y el sonido del motor arrancando, sonaron como música celestial a los oídos Ramón.

—¿Cuál era el problema? —preguntó a Hien.

La mano sucia del mecánico les tendió la bujía que había cambiado. La vida de la encargada de producir la chispa que permitía al motor de la motocicleta funcionar había terminado. Ramón pagó con alegría la irrisoria cantidad de dos euros que les pedía, se subieron a la moto y continuaron la ruta de regreso a Saigón.

Dejaron la carretera QL1A y giraron a la derecha por Nguyen Van Linh, una ancha avenida que les llevaría hasta el distrito 7 por la vía más directa y rápida. Ramón ya pensaba que podría dejar a Hien sin más contratiempos cuando ella le pidió que dejase Nguyen Van Linh para ir por otro sitio, a lo que él contestó por enésima vez de la

misma manera, diciéndole que estaba muy cansado y que solo quería llegar a casa lo antes posible, lo que era absolutamente cierto.

Ya cerca de la habitación de Hien, en el distrito 1, esta le propuso ir a tomar algo, pero a Ramón no le apetecía. La dejó delante de su edificio y condujo hasta su apartamento en el distrito 2.

Se duchó, se cambió de ropa y se sentó en el sofá. Una sensación agridulce le invadía. Su sueño de estar con Hien se había hecho realidad, pero la verdad era que el viaje no había sido como él lo había soñado. Por decirlo de una manera simple, eran incompatibles. Ramón no podía estar con una persona que estuviera donde estuviese, siempre quisiera estar en otro sitio. Era como si Hien viviese permanentemente insatisfecha, y fuese incapaz de disfrutar del momento por mucho rato, siempre necesitaba otra cosa, y otra más, y después otra; corriendo de un lado para otro, pero sin llegar a ningún parte, siempre buscando y nunca encontrando.

El camino de la insatisfacción. El secreto de la infelicidad.

El monje

Salvador no se había dado cuenta durante la cena, pero la temperatura había bajado, y la camiseta y los pantalones cortos no eran suficientes para lidiar con el frescor nocturno de Binh Long, la pequeña localidad en la provincia de Binh Phuoc en la que había conocido a dos familias con tradición en el cuerpo de policía. Nunca había sido friolero, a diferencia de su hermana Yolanda, que iba de manga larga hasta en verano, pero una chaqueta y unos pantalones largos no le habrían ido nada mal.

Estaba en ninguna parte, rodeado de silencio, árboles y oscuridad, en un estrecho camino de tierra. Las casas distaban entre sí, y todas las que había visto estaban a oscuras. Debía ser más de medianoche y no era cuestión de ir por ahí despertando a la gente. Si al menos supiese en qué dirección estaba el núcleo urbano, podría ir probando por diferentes caminos, pero no era el caso. Se quedó un rato esperando, quizá alguien pasase por ahí y le pudiese ayudar. Su vietnamita no era fluido, pero sabía preguntar cómo ir a la Binh Long.

Los únicos ruidos que perturbaban el sepulcral silencio eran los del viento y los insectos. Se dio cuenta de que estaba esperando en vano y cambió de estrategia, conduciría hasta que viese una luz e iría hacia ella, quizá tendría suerte.

De vez en cuando encontraba una casa, pero aunque hubiese algo de iluminación en la parte exterior, el interior estaba a oscuras; al acercarse, siempre había algún perro que se ponía a ladrar de forma poco amistosa, y Salvador interpretaba eso como una invitación a largarse de ahí lo antes posible.

Después de dar muchas vueltas, se dio cuenta de que le quedaba poco combustible. Cuando la aguja del indicador de gasolina ya señalaba el área roja de la reserva, vio unas luces en lontananza. Parecían estar en lo alto de una colina y sin pensárselo dos veces se dirigió hacia ellas. Sin embargo, no fue tan fácil como creía, tomaba caminos que al principio le acercaban, pero que después le alejaban de la colina. Tuvo que regresar por donde había ido una y otra vez y no sabía cuántos kilómetros podría recorrer con el combustible que le quedaba, pero ya era tarde para desistir en su empeño.

Ascendió lentamente por un sendero, y poco a poco, a medida que se acercaba a las luces, una silueta fue tomando forma, aquello que le había atraído a lo alto de la colina no era ninguna casa, era un templo.

Salvador agradeció no ver ni escuchar a ningún perro dándole la

bienvenida a ladridos. La pagoda no era grande, pero tenía un aspecto acogedor, las luces rodeaban el recinto y brillaban con una intensidad innecesaria a esas horas de la noche, teniendo en cuenta que todos los monjes parecían estar durmiendo, o quizá estaban encendidas precisamente para ser vistas desde una larga distancia por los viajeros extraviados en busca de refugio y cobijo, como Salvador.

La puerta principal estaba cerrada, pero no con llave o pestillo, y pudo abrirla girando la manija. En cuanto lo hizo, un agradable aroma a incienso quemado le recibió. Había mucha más luz fuera que dentro y al entrar no pudo ver nada, se quedó cerca de la puerta entornada y esperó un rato, hasta que se acostumbró a la penumbra. Saludó con voz comedida, para que si había alguien cerca pudiese escucharle, pero no lo suficientemente alta como para despertar a los monjes que estaban durmiendo. Durante unos minutos repitió la operación sin éxito, hasta que al cabo de un rato, un monje apareció por uno de los pasillos.

Para su sorpresa, sus facciones no eran asiáticas, sino caucásicas. El hombre le dio la bienvenida con mucha amabilidad y le invitó a entrar. Se sentaron en uno de los bancos de la entrada y se pusieron a charlar.

Salvador le explicó cómo había llegado hasta allí, que su teléfono móvil se había quedado sin batería y que había encontrado el templo de milagro. El monje era neozelandés, se llamaba David, tenía cincuenta y cinco años, y su esposa había muerto hacía doce.

Aturdido por esa pérdida irrecuperable, se fue de Nueva Zelanda, se dedicó a viajar durante un tiempo para intentar encontrar de nuevo sentido a su vida, y cuando se cansó de ser nómada, se estableció en Corea del Sur y trabajó de profesor de inglés.

Ahí vivió durante un par de años, pero no acababa de sentirse como en casa y decidió abandonar Corea. Después de varios años intentando levantar cabeza en su nuevo destino, por culpa de algunos sucesos poco afortunados, decidió que lo mejor era volver a cambiar de país y se decantó por Vietnam. Decepcionado con la humanidad, eligió una nueva forma de vida, se apartó de la locura del mundo y se fue a vivir al monasterio que Salvador había encontrado por casualidad.

Salvador no se había contenido a la hora de beber cerveza y no tenía sueño, como le pasaba a menudo cuando ingería bebidas alcohólicas; David se había despertado para ir al cuarto de aseo y se había desvelado, le contó que le pasaba de vez en cuando, así que continuaron charlando amigablemente. El hombre neozelandés le habló de su mujer, del largo proceso de su enfermedad, de su muerte y de cómo eso le afectó profundamente e hizo que dejara el trabajo de directivo en un importante banco.

—¿No tuvisteis hijos?
—No, ella tenía algún tipo de problema que hacía muy improbable que se quedase embarazada. Probamos con la inseminación artificial, pero sus óvulos no llegaban a quedar fecundados, o si eran fecundados, morían en unos pocos días.
—Qué mala suerte.
—Habíamos empezado a informarnos sobre cómo adoptar cuando enfermó, y partir de ahí, todo fue a peor. ¿Y tú? ¿Estás casado? —se interesó David.
—No, soltero y sin compromiso.
—¿No quieres casarte?
—No es eso. Ni quiero ni dejo de querer.
—No has coincidido con la persona adecuada.
—Supongo —dijo con cierto pesar Salvador.
—No es bueno estar siempre solo, incluso los monjes budistas, que hacen voto de castidad, viven en comunidad.
—¿Cómo llevas el voto de castidad?
—Yo no he hecho el voto, vivo con los monjes, pero no soy un monje.
—No sabía que se pudiese hacer eso. Bueno, no sé casi nada sobre los monjes budistas.
—Normalmente, todos los que viven en un monasterio son monjes que han hecho los votos. Yo llegué a un acuerdo con ellos. Me dejan vivir en el monasterio, como con ellos, duermo aquí, y a cambio les doy clases de inglés.
—Un buen trato. O sea que si un día te cansas te puedes ir.
—Sí, por supuesto. Ellos también se pueden ir, no es una cárcel, para entrar y formar parte de la comunidad hay que seguir un protocolo y cumplir sus normas, pero no hay ninguna obligación de quedarse.
—Si un monje se cansa y se quiere ir, ¿se va, sin más?
—Sin más. Pero si quiere regresar tiene que volver a empezar desde el principio.
—Entiendo. Como llevas las ropas de un monje, pensé que tú también lo eras.
—En realidad no visto exactamente como ellos, pero llevo una túnica parecida a la suya por respeto y para integrarme. Tengo mi propia ropa y me la pongo cuando voy a la ciudad.
Salvador se sentía cómodo hablando con David, y siguiendo un impulso le contó su historia con Yoko, el Cartero y el programa de televisión, y cómo no había sido capaz de continuar con ella porque el sufrimiento le resultaba insoportable. No sabía por qué, pero el neozelandés le inspiraba confianza.
David le escuchaba en silencio y asentía con la cabeza de vez en

cuando. Salvador se dejó llevar en plena catarsis. No escatimó detalle alguno sobre las emociones negativas que le había suscitado el fatal acontecimiento, la frustración que sintió cuando todos le recomendaron no hacer nada porque tenía todas las de perder si decidía enfrentarse al Cartero, y la tristeza que le había generado la ausencia de Yoko en su vida.

—Te comprendo muy bien, yo tuve una experiencia parecida en el país en el que me establecí después de vivir en Corea del Sur, y antes de venir a Vietnam. Estuve ahí durante varios años. Un día, un joven al que había conocido me propuso montar una escuela de inglés entre los dos.

—¿Otro extranjero?

—No, era local. Él necesitaba a un profesor nativo para empezar a dar las clases, y yo no podía montar una escuela por mí mismo porque era extranjero, parecía beneficioso para los dos. Al menos en aquel momento.

—Pero no lo fue.

—Lo fue pare él, no para mí. Legalmente, yo no podía constar como uno de los propietarios de la escuela —se lamentó David.

—Todo estaba a su nombre.

—Todo.

—Y te quedaste sin nada.

David hizo un gesto asertivo con la cabeza y las manos.

—¿No lo viste venir?

—Lo peor de todo es que sí lo vi venir, pero nunca pude hacer nada. Recuerdo el primer día que lo vi, ya no me inspiró confianza.

—¿Y por qué aceptaste el trato? —preguntó Salvador.

—Acepté porque solo tenía que invertir tiempo, no dinero, así que las pérdidas en ningún caso podían ser catastróficas.

—No podías arruinarte.

—No. Pensé que sería una buena experiencia, y que pasara lo que pasara, aprendería algo.

—¿Lo fue?

—No, no fue una buena experiencia —reconoció David—. Cuando ya no me necesitaba fue poniendo a los demás en mi contra con mentiras y trucos. Al final se limitó a negarme el dinero que era mío.

—El dinero estaba en una cuenta corriente a su nombre.

—La escuela estaba a su nombre, y la cuenta corriente vinculada a la empresa también. No había nada que pudiese hacer en paz.

—Si hubieses ido a la policía, habrías tenido las de perder, como yo —reflexionó Salvador.

—Cansado de la situación, decidí cambiar de país y vine a Vietnam. No tenía energía para trabajar en una escuela de inglés, no

tenía energía para nada, así que busqué un lugar en el que nadie me conociese, en el que poder descansar y recuperarme.

—Me has dicho que no eres monje, pero ¿te has hecho budista?

—No sé si me he hecho budista, aunque reconozco que tienen muchas cosas interesantes, que me han hecho reflexionar.

—¿Por ejemplo?

—Hablan mucho del karma y de las deudas kármicas, que se pueden pagar en esta vida o en otras vidas. Mi socio, por ejemplo, pagó en esta vida —explicó David.

—¿Qué le pasó?

—Creyó que todo el mundo era tan amable y pacífico como yo. Le gustaba pensar que siempre era la persona más lista de la habitación.

—¿Lo era?

—Para nada. El más mentiroso, el más manipulador, el más mezquino, el más tramposo, quizá. No el más listo.

—A mucha gente le gusta pensar que son los más listos, pero el único uso que dan a su inteligencia es para aprovecharse de otras personas. Nada de lo que sentirse orgulloso —puntualizó Salvador.

—Una vez se hubo librado de mí, trazó un plan muy ambicioso para ampliar el negocio. Necesitaba mucho dinero, pero ningún banco le quería dejar esa cantidad y acudió a la mafia. Las cosas no fueron como él esperaba y cuando ya era tarde se dio cuenta de que no podría devolver el dinero a tiempo.

—¿Te lo contó él?

—No, claro que no. De algunas cosas me enteré porque durante un tiempo conservé la amistad con algunos de los que trabajaban en la escuela, y después, cuando todo terminó, el suceso apareció en los periódicos con bastantes detalles.

—Si salió en los periódicos es que no acabó bien.

—Decidió jugar su última baza para no perder la escuela, pidió dinero a la mafia de otra ciudad —contó David.

—La cosa se complica.

—No está muy claro cómo fue todo, porque a partir de ahí pasaron muchas cosas, pero parece que las deudas se le acumularon e intentó enfrentar a las mafias entre ellas para que le dejaran en paz.

—También se creía más listo que los mafiosos.

—Sí, siempre se creyó el más listo. No te voy a aburrir con detalles, al final él desapareció, y el gobierno cerró la escuela. Un tiempo después encontraron su cadáver.

—Ahora entiendo por qué salió en los periódicos. ¿Cómo murió? —preguntó Salvador.

—Por sobredosis.

—¿Era drogadicto?

—No, tenía muchos defectos, pero no ese.

—¿Entonces?

—La policía dijo que le habían torturado. Quién sabe lo que los mafiosos le hicieron.

—Cuando se cansaron de torturarlo le dieron una sobredosis.

—Es posible —dijo David.

—A lo mejor ese es el sello de esa mafia. Primero torturar y después matar por sobredosis —aventuró Salvador—. ¿Crees que el karma existe?

—Yo no sé si el karma existe o no. Antes no creía en el karma, me parecía una idea ridícula; ahora cada vez me parece menos ridícula.

—Mucha gente no recibe lo que se merece, sus crímenes quedan completamente impunes.

—¿En esta vida? Seguro, nadie te va a discutir eso. La idea del karma es que puedes engañar a las otras personas y saltarte las leyes humanas, no las leyes universales como la del karma. Lo que no pagas en una vida terrenal lo pagas en la siguiente, o en las siguientes.

—Pero nadie recuerda vidas pasadas.

—Eso no es cierto. Hay gente que dice que sí recuerda cosas de vidas anteriores —expuso David.

—Pero nadie les cree —reflexionó Salvador.

—Les llaman locos, les aturden con pastillas y a veces les encierran, para que no pongan en peligro a los demás o a ellos mismos.

—¿Tú recuerdas algo de vidas anteriores?

—No, nada.

—Yo tampoco.

—Si las recordásemos, a lo mejor no podríamos pagar las deudas kármicas —conjeturó David.

—Nunca se me había ocurrido. Pero nadie cree merecer las cosas malas que les pasan en la vida. Yo no creo que merezca que ese tipo, el Cartero, me robara mi proyecto para hacer un programa para televisión, y dudo que tú creas merecer la muerte de tu esposa, o que te robasen tu parte de la escuela.

—No, no creo que me lo merezca, pero es un hecho que muchas personas hacen cosas de las que avergonzarse. ¿Merece el Cartero ese reencarnar y que se aprovechen de él?

—Pienso que sí.

—¿Cómo puedes estar seguro de que en una vida anterior no hiciste algo parecido?

—No puedo saberlo.

—Exacto. Quizá la experiencia que has vivido te sirva para pagar una deuda kármica, y para hacerte más fuerte, más honesto y

más noble. Nadie valora más la honestidad que aquellos que han tenido que sufrir los actos deshonestos de otras personas.

—Nadie valora más la honestidad que aquellos que han tenido que sufrir los actos deshonestos de otras personas —repitió Salvador pensativo.

—Sin desafíos no hay evolución. Si no hubieses tenido que enfrentarte a problemas en tu vida, serías como un niño mimado, débil y enfermizo, que nunca ha salido de casa. El día en que cruzaras el umbral de tu hogar y te enfrentases al mundo real, no podrías soportarlo, serías incapaz de resolver ningún problema que se presentara, y tu creatividad sería nula.

Salvador se quedó reflexionando sobre las palabras de David, y durante un rato, la tranquilidad de la noche y el silencio del templo les unió.

—¿Crees que tendría que ponerme en contacto con Yoko otra vez?

—La pregunta correcta no es si yo creo que tendrías que hacer algo o dejar de hacerlo, la pregunta es: ¿Por qué te estás demorando tanto en hacer algo que quieres hacer?

—Es que tengo miedo —reconoció Salvador con timidez.

—Todos tenemos miedo. El miedo nos ayuda a protegernos de peligros reales, pero también nos sabotea dejándonos inactivos cuando no hay ningún peligro real. El miedo al tipo ese del que me has hablado, el Cartero, tiene sentido. La gente rica tiene contactos y recursos, y la gente rica que roba no tiene escrúpulos. Si no tuvo escrúpulos para robar tu proyecto, ¿por qué iba a tenerlos haciéndote daño si acudes a la policía y te conviertes en un problema para él?

—No los tendría.

—En cambio, ¿qué peligro se encierra tras el hecho de ponerte en contacto con Yoko? No se me ocurre ningún peligro real.

—Fui yo quién la apartó de mí, y si intento quedar con ella ahora…

—¿Qué? ¿La mafia vendrá a buscarte? —preguntó David riendo.

—No, claro que no.

—¿Entonces? Cuanto antes te enfrentes a ese miedo, antes desaparecerá. Nadie puede hacerlo sino tú. No hay nadie más. Si tú no lo haces, nadie lo hará.

Te echo de menos

Volvió a amanecer despejado el martes 17 de junio. Con la llegada del alba, a ambos se les empezaban a cerrar los ojos, los monjes se levantaron para hacer la primera meditación del día y David se ofreció a acompañarle al hotel.

Salvador durmió hasta el mediodía y solo se despertó porque un trueno espantoso le sobresaltó. Tardó unos segundos en situarse y reconocer la acogedora habitación del único hotel de tres estrellas que había en muchos kilómetros a la redonda. La cama le pareció demasiado cómoda para levantarse y se quedó tumbado mientras escuchaba la sinfonía que la lluvia, el viento y los truenos orquestaban.

Le dolía la cabeza y tenía mucha sed. Había vuelto a pasarse con la bebida. No toda la culpa era suya, los anfitriones no habían dejado de abrir latas de cerveza y ponérselas delante, antes, durante y después de la cena. Tenía que aprender a decir que no.

Se levantó, bebió un vaso de agua tras otro hasta que se sació, y se volvió a meter en la cama, pero los martillazos que sentía en la cabeza le obligaron a ir a la recepción a pedir algo para el dolor. Se tomó las dos pastillas que, muy amablemente, la joven y sonriente recepcionista le había dado, pero de poco sirvieron. Ese era el problema de la resaca, que recompensaba al bebedor con un dolor de cabeza inmune a los analgésicos.

Volvió a su habitación y se puso en contacto con sus nuevos amigos, les explicó brevemente la aventura de la noche anterior, y estos le dijeron que ellos también estaban resacosos, lo que, teniendo en cuenta que todos ellos estaban trabajando, les ponían en una situación peor que la de Salvador, que no tenía que hacer nada en todo el día.

La tormenta se batió en retirada y el sol volvió a lucir hasta el atardecer. Salvador pasó el día haciendo poco, y a medida que ingería comida y las horas pasaban, el dolor de cabeza fue remitiendo y se sintió mejor. Después de cenar quedó con Binh, Xuan, Cam y Lan en una cafetería, y les explicó en detalle cómo se había perdido y el afortunado encuentro del monasterio.

A las diez de la noche la cafetería en la que habían estado tomando algo cerró, los otros cuatro se fueron a sus casas y Salvador desestimó la idea de irse a dormir pronto. Como se había acostado y levantado muy tarde, no tenía nada de sueño. Volvió al hotel, dejó la moto en el aparcamiento y se fue a pasear.

Apenas se veía un alma por las calles, el silencio empezaba a apoderarse de la pequeña ciudad y lo único que quedaba abierto eran unos pocos restaurantes con algún cliente rezagado, y los karaokes, algunos de los cuales, por lo que le habían contado, no eran solo para ir a cantar. A medida que daba vueltas por Binh Long se le pasó del todo el dolor de cabeza, y los restaurantes que aún no lo habían hecho fueron cerrando uno tras otro.

Mientras paseaba, pensó en la conversación que había tenido con David, el hombre neozelandés que había conocido la noche anterior. Él sí que tenía motivos para quejarse, no solo había tenido que sobrellevar la experiencia de ver morir a su amada esposa, sino que había sido estafado por un tipo sin escrúpulos en un país extranjero. Después, su mente se centró en sus experiencias con chicas en Vietnam, primero había sido Hau, después Ngoc, que sin querer había metido al maldito Cartero en su vida, y finalmente Yoko, la adorable Yoko, con la que había sido incapaz de continuar saliendo.

También pensó en su familia, en su madre, en su hermana Yolanda y en lo que le habían contado de su padre, que había muerto cuando él tenía dos años y del que no recordaba nada. Rememoró momentos emotivos de su infancia, sus miedos, sus éxitos, que habían sido bien pocos, y sus fracasos, mucho más numerosos que sus éxitos. Pensó y pensó: en sus experiencias en Vietnam, en su amigo Ramón, en Huyen, que se había casado con un hombre francés que había conocido en Friends in Vietnam, en Enrique, en Santiago, su boda y su hija, que había resultado no ser hija suya, y siguió pensando.

Su mente saltaba de un tema a otro, de una persona a otra, sin detenerse nunca, como en tantas ocasiones había hecho. Agotado de tanto pensar, se sentó en uno de los bancos de un parque que encontró. Miró la pantalla de su teléfono, eran más de las dos de la madrugada. Buscó el contacto de Yoko. Para olvidarla, había borrado todas las conversaciones que habían tenido, pero seguía pensando en ella cada día. Durante un instante en que los pensamientos le dejaron tranquilo, estuvo a punto de enviarle un mensaje, pero la mente se despertó a tiempo y le detuvo. Enviar mensajes de madrugada no era una buena idea.

Decidió quedarse en Binh Long algunos días más. En realidad, no importaba a dónde fuese, sus problemas le perseguirían a cualquier destino, así que quedarse ahí era una opción tan buena como cualquier otra.

El miércoles y el jueves se dedicó a dar largos paseos, primero por la ciudad, y después por sus alrededores. Estar en medio de aquel paraje natural le tranquilizaba. Casi sin darse cuenta, la mente quedó sedada, el olor a vida, el sol, el viento, la lluvia, la humedad, el bosque, los caminos de tierra, el trino de los pájaros, los truenos, los

relámpagos y los insectos que había por todas partes sustituyeron al ruido mental y le devolvieron la paz que había conseguido meses atrás.

Cada día, cuando sus cuatro amigos terminaban de cenar, iba con ellos a una cafetería a tomar algo y charlar un rato; cuando ellos se iban a sus casas a dormir, seguía paseando.

Durante muchas semanas había intentado luchar contra algunos de sus pensamientos, especialmente cuando Yoko aparecía en su mente, pero no había tenido demasiado éxito.

Mientras paseaba entre árboles cuyo nombre desconocía y los pájaros cantaban con timidez al verle pasar, se dio cuenta de que luchar contra los pensamientos era inútil, enfadarse consigo mismo porque Yoko acudía a su mente, no hacía que no volviese a suceder al cabo de unos minutos, unas horas, o unos días. La verdad era que nunca llegaban a pasar días, porque pensaba en ella cada día.

Intentar luchar contra los pensamientos con pensamientos era como enfrentarse a la violencia con más violencia. Se había intentado en muchas ocasiones, pero nunca había resuelto el problema de base. Lo único que le había funcionado de verdad había sido la gratitud.

El día en que dejó a Santiago casi todo el dinero que tenía ahorrado para ir a Barcelona a visitar a su familia y a sus amigos, para que este pudiese pagar la multa de mil dólares que el departamento de inmigración le había endosado, había reanudado la rutina de gratitud y búsqueda de silencio mental antes de acostarse y al levantarse. Recordaba bien que ese día había sido 31 de mayo, hacía algo más de dos semanas, no podía decir que lo hubiese hecho todos los días sin fallar ninguno, pero casi.

Resistirse y enfadarse con las cosas de la vida que no podía controlar no le había hecho demasiado bien. Sí, mucha gente lo hacía, quizá casi todo el mundo. ¿Con qué resultado? Bastaba leer un poco sobre la historia de la humanidad para contestar a esa pregunta. Guerra tras guerra, injusticia tras injusticia.

Quejarse y lamentarse le habían conducido por el camino de la amargura y la frustración. Dar gracias y sentir gratitud había abierto una senda desconocida para él, que le había llevado a la paz y a la alegría. Durante mucho tiempo había elegido quejarse y lamentarse, la amargura y la frustración.

Decidió elegir de nuevo. Eligió dar gracias y sentir gratitud, eligió la paz y la alegría. Pronunció las palabras en voz alta y con voz firme, como si le estuviese hablando a todo el universo:

—Elijo dar gracias y sentir gratitud, elijo la paz y la alegría.

Era el mediodía del viernes 20 de junio. El sol estaba en su cenit, jirones de nubes blancas deambulaban por el cielo y los habitantes del bosque le observaban con curiosidad. Como si hubiese

apagado un televisor, los pensamientos sucumbieron, las interminables frases que se recreaban es su mente perecieron y se hizo el silencio. Se quedó muy quieto, temeroso de que cualquier movimiento por pequeño que fuera pudiese activar de nuevo la mente.

Durante varios minutos no se movió en absoluto, cuando parecía que la mente iba a producir algún pensamiento, Salvador se aferraba a algo imposible de definir para mantenerla a raya. Empezó a andar con precaución, muy despacio al principio, después, un poco más rápido. Se dio cuenta de que podía mantener aquel estado mientras andaba, y de repente se sintió exultante, lleno de paz y alegría.

A medida que el día pasaba, Salvador necesitaba menos esfuerzo para mantener la mente libre de pensamientos, y podía hacer más cosas en aquel estado, como comer, ducharse, pasear o ir en moto. De vez en cuando algún pensamiento acudía a su cabeza, pero se limitaba a no alimentarlo, y tal y como había aparecido, se desvanecía.

Después de todo, había un mundo más allá de las secuencias interminables de pensamientos, pero ese mundo no era algo en lo que se pudiese pensar, era algo que solo podía aparecer y experimentarse cuando se dejaba de pensar.

No podía recordar un día en su vida en el que hubiese sentido más paz o más alegría. El orden había sido ese, primero había experimentado una profunda paz, y después, lentamente, un tranquilo estado de alegría había aflorado desde el silencio, con una fuerza inusitada.

Leyó la invitación para ir a tomar algo después de cenar y dudó. Tenía miedo de que si iba y se ponía a hablar con sus amigos de Binh Long, aquella experiencia maravillosa terminara. Pensó en lo que tenía que hacer sin darle muchas vueltas y accedió. Que pasara lo que tuviera que pasar.

Estuvo con ellos durante más de dos horas sin preocuparse por las consecuencias, y después de pasar un agradable velada, cuando se quedó solo, fue capaz fácilmente de recuperar el estado en el que se encontraba antes de quedar con ellos. En aquel estado, era como si los problemas que tanto le habían preocupado a lo largo de su vida fueran algo secundario, sin fuerza suficiente para someterlo y arrastrarlo hacia los pensamientos negativos.

Se acostó en un silencio mental casi absoluto, se sentía tan bien que descartó la idea de dar las gracias mentalmente antes de dormirse. En ese momento sentía una conexión y una gratitud tan profunda hacia la vida, que cualquier pensamiento que quisiese añadir habría resultado superfluo e innecesario.

En paz y en silencio, se durmió.

La casa estaba completamente a oscuras. Ningún sonido enturbiaba su paz. El silencio, tan absoluto como la oscuridad, resultaba inquietante. Salvador estaba desnudo, y lo único que podía sentir era el contacto de los pies con el suelo de madera. Sabía que estaba en casa, aunque no podía ver, escuchar ni oler nada. Al principio se limitó a esperar, expectante, como si estuviese a punto de pasar algo, pero no sucedió nada.

Conocía esa casa a la perfección. En la planta baja estaba el comedor, el cuarto de estar, la cocina, un cuarto de baño, una habitación para invitados con su propio aseo y el garaje, en el que había dos coches aparcados, aunque había espacio para cuatro o cinco; en la primera planta había tres dormitorios, otro cuarto de baño, un estudio para trabajar y una amplia terraza; en el sótano podían encontrarse una biblioteca, una bodega y una sala de proyecciones; un hermoso jardín circular rodeaba la casa construida con madera, y un camino llevaba a la playa.

Se preguntó dónde estaban los demás, por qué todas las luces estaban apagadas, y por qué no podía escuchar el viento, ni los pájaros, ni los insectos del jardín. Se le ocurrió que quizá los otros todavía no habían llegado, las luces estaban apagadas porque nadie las había encendido, y el viento, los pájaros, los insectos y los animales del bosque estaban esperando a que alguien encendiese la luz.

Salvador también esperaba a que alguien entrase y encendiese la luz, pero por mucho que esperó, no acudió nadie. No sabía cuánto tiempo llevaba de pie en medio de la sala de estar sin moverse, pero empezaba a impacientarse. Quizá no iba a ir nadie, quizá nadie iba a encender la luz.

A medida que esperaba, fue tomando conciencia de que no había nadie más y de que si no lo hacía él, nadie encendería la luz.

Se dio cuenta de que moverse era muy difícil, y tuvo que poner todo su empeño y fuerza de voluntad para obligarse a ir hasta el interruptor de la lámpara que había en el centro de la sala de estar. Seguía sin ver nada, pero sabía dónde estaban ubicadas todas las cosas en aquella casa. Acercó suavemente la mano a la pared, y cuando el dedo rozó el interruptor, durante un instante tuvo miedo.

¿Qué pasaría si la luz no se encendía? ¿Tendría que pasar el resto de su vida solo en aquella silenciosa casa a oscuras?

Salvador detuvo inmediatamente la secuencia de pensamientos, pulsó el interruptor y la hermosa luz cálida de la lámpara que colgaba del techo de la sala de estar se encendió. Con inmensa alegría pudo ver que todo estaba en su sitio, tal y como debía estar, tal y como siempre había estado, esperando a que él llegase y encendiese la luz.

A través de las ventanas pudo ver los primeros instantes del día,

muy lentamente la luz disolvió la oscuridad, los árboles, las plantas y las flores del jardín recuperaron su forma y su color, y los pájaros empezaron a trinar. Supo que ese era el amanecer del resto de su vida.

Era sábado 21 de junio por la mañana. Salvador se despertó sin sobresaltos, su cuerpo no estaba bañado en sudor y su corazón no latía a un ritmo frenético. Abrió los ojos y vio la ya familiar habitación del hotel. Se quedó un rato en la cama escuchando a los pájaros cantar, los pensamientos seguían acallados, y continuaba experimentando la intensa alegría y la profunda paz que había sentido el día anterior. Se levantó, se vistió y fue a desayunar.

Aunque hizo todo lo posible por mantenerse en ese estado celestial, a medida que las horas pasaban, los pensamientos empezaron a acudir, y la intensa alegría fue disminuyendo hasta convertirse en un estado de relajado bienestar.

Después de almorzar, la experiencia sublime terminó, pero Salvador seguía sintiéndose bien. Mientras la camarera le preparaba un *ca phe sua da,* se dio cuenta de que tenía el teléfono en la mano, el avatar de Yoko estaba en la pantalla y el chat aparecía vacío porque hacía días que había borrado todas las conversaciones que había tenido con ella.

Antes de que su mente traviesa pudiese intervenir, escribió un corto mensaje desde el corazón: «Te echo de menos».

En el mismo instante, dos mensajes con el mismo contenido se cruzaron, y en cuanto envió el suyo, Salvador recibió el de Yoko.

Salvador:
Te echo de menos.

Yoko:
Te echo de menos.

Salvador se quedó paralizado durante unos segundos, dando tiempo a Yoko a escribir el siguiente.

Yoko:
Te he estado esperando.

Salvador:
Yo también.

Salvador, Yoko y la productora

Salvador se despidió de sus amigos en Binh Long, Binh, Xuan, Cam y Lanh, y en unas pocas horas estaba de vuelta en Saigón. Había estado demasiado tiempo separado de Yoko y había llegado el momento de arreglar las cosas.

La cita era en la planta cincuenta y uno del edificio más alto de Saigón, en la cafetería restaurante a la que nunca había llegado a ir con Hau. Salvador se esforzó por no pensar en nada, lo que no fue fácil, pues el miedo a lo que la chica pudiera decirle estaba constantemente a punto de superarle.

Sus temores resultaron ser infundados, y las recriminaciones que esperaba escuchar, no llegaron a existir. En cuanto le vio, Yoko le abrazó con fuerza y Salvador pudo por fin tranquilizarse. Hacía tres meses que no se veían, desde finales de marzo, y, aunque ninguno de los dos dijo nada que el otro pudiese considerar un ataque, al principio tuvieron que lidiar con una cierta incomodidad en el ambiente, pero la botella de vino tinto que Yoko pidió para amenizar la cena, dio buena cuenta de dicha incomodidad.

Una vez la botella estuvo vacía, fue más fácil explicarle a Yoko lo que había hecho durante los últimos tres meses, aunque no había mucho por contar, se había limitado a ir a trabajar, a quedar de vez en cuando con Ramón o con Huyen para tomar café y poco más. Lo único que había hecho fuera de lo habitual había sido el viaje a Binh Long, y aunque había sido una experiencia extraordinaria, no había sido algo excitante, al menos desde el punto de vista convencional.

—¿Sigues con las clases de vietnamita?

—Sí, siempre voy, bueno, excepto esta semana que me la he tomado de vacaciones.

Yoko le hizo varias preguntas sencillas y Salvador contestó tan bien como pudo.

—No está mal, mejor que hace unos meses —le animó.

—Gracias, hago lo que puedo, pero me sigue pareciendo muy difícil.

—Tu inglés también ha mejorado.

—¿De verdad?

—Sí, ahora lo pronuncias mucho mejor y suena más natural que antes.

—Ya tocaba. Llevo más de siete meses con las clases de reducción de acento —dijo Salvador.

—Todo lleva tiempo.

—Seguro. Por cierto… —Salvador hizo una pausa, indeciso sobre si realmente se sentía capaz de hablar del elefante en la habitación.

—¿Sí?

—Prohibí a mis amigos hablar de *Café envenenado,* especialmente a Huyen, que me dijo se había convertido en una adicta al programa. Tuve que cortarla y decirle que no quería saber nada, nada en absoluto, pero escuché a mis alumnas hablando y dijeron que tú fuiste la ganadora. Felicidades.

—Gracias. —Yoko sonrió, pero no sabía qué más decir, o si era mejor no decir nada y dejar que fuese Salvador quien hablase.

—No hace falta ser un genio para entender por qué no quería saber nada del programa, pero al menos la ganadora has sido tú. Te lo mereces, estoy muy orgulloso de ti.

Hizo una pausa y se quedó pensativo durante unos instantes. Yoko era plenamente consciente de lo difícil que resultaba para Salvador hablar de *Café envenenado,* en ese esfuerzo vio la puerta de la esperanza abrirse de nuevo y se emocionó. Puso su mano encima de la de Salvador, se le había hecho un nudo en la garganta, se lo quedó mirando, incapaz de decir nada, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos a pesar de todos sus esfuerzos por contenerlas.

—Aún es algo doloroso para mí —continuó Salvador—, pero es algo con lo que tengo que aprender a vivir.

—Gracias.

Fue lo único que acertó a decir mientras dos lágrimas recorrían sus mejillas. Salvador le tendió una servilleta para que pudiese secárselas. Yoko tuvo que ir al servicio a recomponerse y dejó a Salvador solo durante unos minutos.

El restaurante estaba en la planta número cincuenta y uno y las vistas de Saigón por la noche eran quizá las mejores de la ciudad. Mientras Yoko estaba en el cuarto de baño, sintió un cierto orgullo por haber sido capaz de enfrentarse a sus demonios, y hablar del programa de televisión producido a partir del proyecto que le había sido robado. Lo que le había dicho lo sentía de verdad, estaba orgulloso de ella. Yoko regresó sonriendo y se sentó.

—Lo siento, es que me he emocionado —confesó la chica.

—No hay nada que sentir.

—¿Aún quieres hacer *Una familia diferente*?

—Claro que quiero, pero después de todo lo que ha pasado…

—Ahora las cosas han cambiado.

Al día siguiente Salvador quedó con Ramón y con Huyen, esta estaba sobreexcitada, tenía novedades importantes que compartir, se iba a ir a vivir a Francia en cuanto consiguiese el visado. Salvador se

puso un poco triste, no quería que su mejor amiga en Vietnam se fuese a vivir a diez mil kilómetros de distancia, pero si eso era lo que ella quería y la iba a hacer feliz, eran buenas noticias.

Ramón estaba taciturno, les costó hacerle hablar, pero al final les contó con pocas ganas el viaje con Hien por el delta del Mekong. Desde que habían vuelto, no había hablado con ella. Se le veía realmente decepcionado y ni Salvador ni Huyen, con su optimismo desenfrenado, pudieron hacerle sonreír; Ramón había puesto demasiadas expectativas en Hien.

Salvador se había reservado para el final, les contó su pequeña aventura en Binh Long, su extraordinaria experiencia de silencio, y que la noche anterior había quedado para cenar con Yoko y todo se había arreglado.

—¿Tuviste sexo con ella anoche? —interrumpió con ímpetu Huyen.

Ramón y Salvador se quedaron mirando a su amiga fijamente.

—¿Qué? Somo amigos. Y el sexo es algo natural —se defendió Huyen.

—Después de cenar y de tomar unas copas, fuimos a dar un paseo y como se había hecho tarde se quedó en mi habitación.

—Ese es mi hombre.

—Pero esa no es la única buena noticia —dijo Salvador con aire misterioso.

Por la noche, Salvador, Yoko, la agente de Yoko, la señora Nhu, propietaria de la productora Asia Studio y Vy, la nueva jefa del departamento de desarrollo de proyectos de Asia Studio, se reunieron en un restaurante del distrito 1 famoso entre la gente de la industria audiovisual de Saigón. La ambientación era impactante, parecía que hubiesen retrocedido cincuenta o sesenta años en el tiempo.

Salvador se fijó en los detalles de la decoración, todo era perfecto: muebles de madera de calidad, cuadros y fotografías de la época, platos, boles y palillos del pasado bellamente ornamentados, y camareros vistiendo un *ao dai* que se correspondía con los que se habían usado en Saigón durante la época de los sesenta y los setenta.

Después de las debidas presentaciones y de preguntar a Salvador por su vida en España, empezaron a llegar los platos, a cuál más excelente. Había un poco de todo, sopa, verduras al vapor, arroz, tofu, varios tipos de carne y pescado, y algo de marisco. Los comensales no bebieron demasiado alcohol, quizá porque querían estar serenos para la conversación de negocios de después de la cena.

La señora Nhu, la mánager de Yoko, Yoko y Salvador, llegaron a un acuerdo. Salvador sería el jefe de guionistas y Yoko la protagonista de la serie *Una familia diferente*. Asia Studio se haría cargo de la

producción de la serie, y Magic Media, la pequeña productora de la amiga de Yoko, Trinh, tendría una pequeña participación en la serie, que ya discutirían con la interesada.

Desenlace

Una semana después, el sábado 29 de junio por la mañana, apenas sin tiempo para recuperarse de las emociones de los últimos días, Santiago se puso en contacto con él. Salvador estaba en la cama con Yoko y la primera vez que el teléfono sonó no quiso cogerlo, pero como las llamadas continuaron, al final fue la propia Yoko quien le exigió que atendiese la llamada para que dejaran de molestarles.

Santiago le volvió a dar las gracias por haberle prestado el dinero para pagar la multa de inmigración. Cuando fue a efectuar el pago, explicó a la agente de inmigración que había hecho la prueba de ADN a su supuesta hija, Kim, y que el resultado había sido negativo, la niña no era suya. La mujer simpatizó con Santiago, le dijo que era consciente de lo doloroso que eso podía ser, pero el hecho de que su matrimonio no estuviese legalmente formalizado resultaba ser una buena noticia para él, al menos Hà no podía pedirle nada.

La agente de inmigración le explicó que al haber pagado la multa podía volver a entrar en Vietnam como turista después de un año. Lo de trabajar otra vez era más complicado por los precedentes, pero le dijo que si algún día quería volver a hacerlo, se pusiese en contacto con ella, quizá podría ayudarle.

Salvador se alegró de que las cosas se hubiesen resuelto de manera civilizada, y sin que viniese a cuento de nada, le dijo que él también tenía buenas noticias, había vuelto con Yoko. Santiago se puso muy contento al escucharlo y después de unos cuantos balbuceos que no tenían mucho sentido, Santiago reconoció que las cosas no se habían resuelto del todo. Había otro problema y poco tiempo para hacerse cargo de ello, el vuelo era al día siguiente por la tarde y había otra cosa que le tenía que pedir, pero tenía que ser en persona, no por teléfono, y Yoko tenía que estar presente.

Salvador se sintió algo incómodo cuando explicó a Yoko lo último que Santiago le había dicho, pero ella no puso ningún inconveniente en quedar esa tarde y hablar de lo que fuese.

El lunes 30 de junio, Salvador pasó el test de vietnamita del nivel A2, elemental, y Ramón el del nivel A1, principiante. Al día siguiente, Salvador y Yoko firmaron el contrato con la productora Asia Studio, Salvador como jefe de guionistas y Yoko como actriz protagonista de la serie, tal y como había sido apalabrado durante la cena de hacía unos días.

El viernes 25 de julio, el curso de verano en la Bright International School llegó a su fin. Donovan le había dicho que iba a volver a su país a principios de junio, pero finalmente había decidido hacer el curso de verano para ganar algo de dinero antes de volver a los Estados Unidos. Salvador pensaba que quizá Donovan cambiaría de opinión, pero no fue así. Quedaron para cenar y tomar unas copas a modo de despedida con Larry, pero a última hora, cuando Salvador y Donovan ya estaban en el restaurante, Larry les envió un mensaje con una excusa poco creíble y no se presentó. Finalmente, el lunes 28 de julio, Donovan abandonó Vietnam y nunca regresó.

Durante varias semanas, Yoko tuvo un comportamiento un tanto extraño, al menos desde el punto de vista de Salvador, que si bien le preguntó varias veces qué le pasaba, nunca obtuvo otra respuesta que un simple: «Nada cariño, todo está bien», y otras por el estilo. Un día de septiembre, Yoko estaba viendo las noticias con una atención inusitada, de repente llamó a Salvador, que vio en la pantalla al Cartero esposado y entrando en un coche patrulla. Le habían detenido acusado de varios delitos, evasión de impuestos, contratación ilegal, acoso sexual y falsificación, entre otros. Salvador no podía salir de su asombro, y Yoko estaba exultante.

—Creo que ha llegado el momento de que la ganadora de *Café envenenado* haga público quién es el verdadero autor del exitoso *reality show*.

Durante un instante, le pasó por la cabeza la rocambolesca idea de que su chica había tenido algo que ver con la detención del Cartero, pero no, eso no podía ser, no tenía ningún sentido, Yoko era una chica pacífica que nunca se metería en problemas, ¿verdad?

En octubre, Salvador tuvo que ir al hospital a hacerse una revisión médica. Mientras estaba esperando a que le hicieran una de las pruebas, vio a Larry con Duong. Desde el plantón el día de la despedida de Donovan, ni Salvador se había puesto en contacto con Larry, ni Larry se había puesto en contacto con Salvador. A pesar de eso se saludaron cordialmente y charlaron un rato. El irlandés no tenía buen aspecto, había pasado una noche de pesadilla con tanto dolor de estómago que pensaba que se iba a morir.

Hacía unas semanas que había vuelto con Duong, su novio vietnamita, y estaba viviendo con él en casa de sus padres. Ya no tenía trabajo ni ingresos de ningún tipo, al parecer había quemado todos los puentes que le quedaban. Dijeron que tenían que quedar para tomar unas cervezas, pero el encuentro nunca tuvo lugar, y Salvador no volvió a ver a Larry ni a Duong.

A principios de noviembre hubo una cena organizada por Ramón. Salvador, Yoko, Huyen y Enrique fueron los invitados. Ninguna editorial se había interesado por sus cuentos y había decidido publicarlos por sí mismo, se sentía inspirado y hacía días que le daba vueltas a una historia para una novela.

Desde el viaje con Hien por el delta del Mekong no había vuelto a saber nada de ella. Esa había sido su última aventura con Hien, con la que perdió el contacto definitivamente.

Huyen, por su parte, había conseguido el anhelado visado para ir a vivir a Francia con Sylvain, su marido, y ya tenía el billete de avión para volar el 29 de diciembre, decía que quería pasar el fin de año con él.

Enrique tenía motivos para estar contento, había encontrado el trabajo de su vida, de profesor de *marketing* en una universidad internacional, con un salario nada despreciable de 3 000 euros al mes.

Después de la cena y de tomar unas cervezas con sus amigos, Yoko fue a la habitación de Salvador. Mientras este estaba tumbado en la cama, oyó a Yoko canturreando la misma extraña canción que había escuchado en la pagoda de Minh Dang Quang.

—¿Qué canción estabas cantando? —preguntó Salvador en cuanto Yoko salió de la ducha.

—No es una canción, es un mantra muy conocido.

—Un mantra. ¿Qué es un mantra?

—Es una palabra o frase que se repite una y otra vez, los monjes budistas cantan mantras a menudo —explicó Yoko.

—¡Sí, exacto! Mientras estaba en una pagoda del distrito 2 con Ramón, los monjes se pusieron a cantar ese mantra. ¿Cómo se llama?

—*Om mani padme hum.*

—¡Me encanta ese mantra! ¿Qué significa?

—El significado de las palabras del mantra no es tan importante como lo que el mantra te hace sentir cuando lo cantas. La cuestión no es qué significa, sino qué significa para ti.

Unos días después, Ramón fue a pasear por el parque 23 de Septiembre y se puso a hablar con una atractiva joven vietnamita que vestía un precioso *ao dai*, resultó ser Cloud, la chica que tenía 12 *ao dai* a la que Salvador había conocido hacía casi dos años en ese mismo parque. A Cloud le pareció un hombre gentil y atractivo, y no dudó en darle su número de teléfono.

El martes 25 de noviembre, Salvador y Yoko fueron a cenar con sus amigos al Bella Donna. Celebraban que el rodaje de la serie *Una familia diferente* había terminado y ocuparon toda la primera planta del pequeño restaurante, en total eran unos treinta. Salvador también

había invitado a Ý, la que había sido su jefa en la escuela de matemáticas Numbers. Con la preparación de la serie le había sido imposible continuar dando clases, y había tenido que dejar sus tres anteriores trabajos, el de profesor sustituto en la escuela internacional, el de la escuela de matemáticas Numbers, y también las clases particulares que daba a Tom, el hijo del capitán.

Enrique, uno de los presentes en la celebración, no quitó el ojo de encima a Ý, y no paró hasta que Salvador se la presentó. Después de seducirla con sus mejores chistes, consiguió una cita.

En un momento dado, el tema *Ti Amo* de Umberto Tozzi sonó en el restaurante italiano. Salvador recordó el día en que estaba cenando con Ramón ahí, en el Bella Donna. Cuando Hau le llamó por teléfono para despedirse, estaba sonando esa misma canción, *Ti Amo*. Afortunadamente, las cosas habían cambiado mucho desde entonces, y para bien. Pensó que era un buen momento, acompañado de ese tema musical romántico, para explicar algo que habían mantenido en secreto hasta ese momento.

El día en que Salvador y Yoko quedaron con Santiago, este les explicó que Hà no quería hacerse cargo de Kim, la hija que había tenido con otro hombre. Santiago estaba en una posición muy incómoda, ni podía ni quería ocuparse de una niña que ni siquiera era hija suya, y les pidió que se hiciesen cargo de ella. La petición fue un verdadero *shock* para ambos, y hablaron de ello durante varias semanas hasta tomar una decisión.

Para Yoko se convirtió en algo personal, dada su experiencia vital de haber sido abandonada por su madre tras la muerte de su padre, casi se veía obligada a hacerse cargo de Kim, la hija de Hà. Salvador decidió dejarse llevar por su decisión, si Yoko quería a la niña, él también.

Salvador se levantó y dijo a todos los congregados que Yoko y él habían decidido adoptar a la hija repudiada por Hà, los trámites habían terminado y en unos días tendrían a Kim a su cargo. Como adoptar una niña tenía cierta complejidad y no estaban casados, de cara a la ley la madre adoptiva iba a ser Yoko.

El primer día de diciembre estrenaron apartamento con dos dormitorios, uno para ellos, y otro para Kim. En pocas semanas sería Navidad y sabedora de que Salvador llevaba casi dos años sin ver a su familia, Yoko le propuso pasar las Navidades en Barcelona y volver a tiempo para estar en Saigón durante el Año Nuevo lunar. Después de todo, la madre de Salvador querría conocer a su nieta.

—Gracias.

Epílogo

Una familia diferente

Finales de verano

El primero de septiembre de aquel año cumplí los dieciocho. Recuerdo que era viernes, aunque ha pasado bastante tiempo desde entonces. No hacía demasiado calor para ser verano, estaba nublado, pero las nubes eran blancas y no amenazaba lluvia. Llevaba mucho tiempo esperando ese día, en el que sería mayor de edad y podría hacer todo lo que me viniese en gana, aunque según mi madre llevo haciéndolo toda la vida. ¡Oh! He olvidado presentarme, yo soy Estrella, una chica con una visión muy particular de la vida y un sentido del humor que no todo el mundo comparte, y esto es una pincelada sobre mi historia.

Vivía con mi madre, que se llama Isabel, y con mi abuela materna, Cristina. Una casa de mujeres. Crecí sin conocer a Sergio, mi padre, y sin escuchar nada sobre él en absoluto. Unos meses antes de hacer los dieciocho, la curiosidad me venció y me propuse encontrarlo. ¿Cómo lo hice si no le había visto nunca ni sabía nada de él? Es que soy bruja, igual que mi madre, igual que mi abuela. Pero eso ahora aún no es importante. El hecho es que fui a buscarle, me hice la encontradiza y nos hicimos amigos. Reconozco que en ocasiones había estado resentida con él, y pensaba decirle unas cuantas cosas en cuanto tuviese la oportunidad; sin embargo, cuando la tuve, no pude. En lugar de un vividor que dejaba su semilla y su responsabilidad en manos de mi desconsolada madre, me encontré con

un pobre hombre solitario, falto de cariño y autoestima.

No fue difícil convencerle para que viniese a casa el día de mi cumpleaños, sin avisar a mamá y a la abuela, para que fuera una sorpresa. Como es un hombre muy puntual, pude prepararlo todo bien.

Mamá trabaja en casa, ha habilitado un despacho y ofrece servicios de consejera espiritual, o algo así. Mientras atendía a una visita, le dije a mi abuela que teníamos que celebrar mi cumpleaños el viernes, no el domingo, que era el día en que en un principio estaba prevista la celebración.

Para desviar su atención, distraerlas y que no sospecharan nada, no hay que olvidar que tanto mi mamá como mi abuela son brujas y a veces ven o se dan cuenta de más cosas de las que debieran, les hice pensar que llevaría a mi novio y que él no podía venir el fin de semana porque tenía que trabajar. Nunca había tenido un novio, o al menos eso creían ellas, así que les hizo tanta ilusión que no pensaron en nada más.

Decidí completar la velada llevando a Blanca, una amiga que siempre ha sido especial para mí, y como se verá más adelante, yo para ella. Lo que me obligó a hacerlo fue el incontrolable deseo de ver qué cara ponía Adolfo, el novio de mi madre, si llegaba a casa con una novia, en lugar de con un novio, y la que ponía mi madre al ver a mi padre, del que nunca me había hablado. Adolfo es un hombre muy anticuado, de esos que recelan de cualquier cambio, y que si ve a dos homosexuales besándose en la tele cambia de canal.

No puedo decir que la celebración fuera un gran éxito. Aunque mi madre y Adolfo mantuvieron la compostura durante bastante rato, cuando Blanca, por iniciativa propia, me dio un beso delante de todos, la tormenta se desató y la familia acabó peleada, como en los buenos tiempos. Casi me olvido, a la cena también vino mi abuelo Serafín. En teoría sigue casado con mi abuela Cristina, pero él no vive con nosotras y cada uno hace su vida. Es un matemático loco que a los setenta años seguía diciendo que algún día ganaría el premio nobel de matemáticas. Por supuesto, no iba a conseguirlo, más que nada porque no había, ni probablemente habrá nunca, premio nobel de matemáticas. Claro que con el abuelo, a veces es difícil saber si está diciendo algo en serio o si solo bromea.

Llega el otoño

Mamá estuvo enfadada conmigo durante varios días, y Adolfo, su novio, durante varios meses. Creo que ya nació enfadado. Esa misma noche, la de la fiesta de cumpleaños, decidí desmentir que era

lesbiana. No les estaba engañando, técnicamente no lo soy, en realidad me gustan tanto los chicos como las chicas.

A mediados de septiembre empecé el grado en Filosofía con Blanca. A la única a la que le interesaba el saber filosófico era a mí. Ella lo puso como tercera opción porque solo pedían una nota de corte de cinco para entrar, Blanca no es una gran estudiante. Al principio, la carrera me parecía muy interesante, siempre he sido una mujer, vale, una chica con muchas preguntas, y esperaba que estudiando filosofía esas preguntas encontraran respuestas.

Pasaba bastante tiempo con Blanca, y no podía dejar de preguntarme si le gustaba. Teniendo en cuenta que ella sí me gustaba a mí, era una pregunta importante.

En casa las cosas volvieron a su cauce. Mamá atendía casi todo el día y casi todos los días a gente que le hacía, y aún le hace, todo tipo de preguntas y peticiones, desde las más típicas a las más inverosímiles. Ella no me contaba nada de lo que pasaba en su despacho, pero sé que muchas de las preguntas tenían que ver con el amor: ¿Tendré pareja? ¿Me dejará mi pareja? ¿Dejaré yo a mi pareja? Sí, aunque parezca mentira, hay personas que preguntan a una bruja qué harán ellos mismos. Sin comentarios.

Mi abuela, recién jubilada, hacía todo tipo de cursos y talleres. Siempre supo qué hacer con su tiempo libre. Mi abuelo estaba ocupado intentando demostrar no sé qué gran problema matemático del siglo o del milenio y no aparecía a menudo por casa. El que a veces venía era Sergio. A mamá al principio no le gustaba que viniese, incluso un día intentó echarle, pero casualmente ese día el abuelo también estaba y le recordó que la casa era suya y que él decidía quién podía estar en la casa y quién no. ¡Bien por el abuelo! Aparte de mí, es de las pocas personas en este mundo que pueden hacer callar a mi madre.

Sergio me contó que le gustaba una compañera del trabajo, Clara, pero esta no le hacía ningún caso. Llevaba meses intentando quedar con ella, y no había conseguido ni ir a tomar un café. Sí, todo un seductor. Me pidió consejo, pero es difícil aconsejar a tu propio padre en según qué cosas.

Desde hacía unos cuatro años, casi todos los viernes por la tarde venían a casa mis amigos Dante, Darío y Jaime. Son hermanos. Sí, los tres. Dante y Darío son los mayores (gemelos), se acababan de graduar en la universidad y estaban enfrentándose al desafío de encontrar su primer trabajo de verdad, y Jaime es el pequeño, dos años menor que sus hermanos y dos años mayor que yo. Los tres eran muy tímidos, ahora han mejorado bastante y solo son tímidos, y a los cuatro nos gustaba jugar.

Jugábamos a muchos juegos, ya fueran de mesa, de cartas o

videojuegos. El día de mi decimoctavo cumpleaños me regalaron, sin saber realmente lo que era, un juego de rol, y empezamos, es decir, empecé a preparar partidas. Durante la euforia inicial no me importó ser la que se ocupaba de organizarlo todo para las partidas de rol, pero meses después les exigí que ellos también prepararan algunas partidas. Las cosas no fueron como yo esperaba, y empezaron los conflictos y las discusiones.

Un día vi unos dibujos de Jaime, que estaba a punto de empezar el tercer año del grado universitario en ilustración y animación. Llevaba dos años trabajando en un proyecto de animación, pero como era tan tímido y vergonzoso, no nos había enseñado prácticamente nada ni a sus hermanos ni a mí. Yo escribía habitualmente: casi todas las noches y a veces incluso de día. Tenía un blog, y había ganado algún que otro premio literario, pero los premios para personitas menores de dieciocho años son una m…

Cuando Jaime accedió a enseñarme todo lo que había dibujado, no puede evitar fantasear con la posibilidad de hacer un videojuego o una serie de animación con los personajes que había creado, pero, ingenua de mí, no tenía ni idea de lo complicada que es eso que llaman la industria audiovisual.

Invierno

A mediados de curso, mi interés por la carrera de filosofía empezó a decaer. No es que ya no me pareciera interesante, pero resultaba claro que si quería respuestas me había equivocado de lugar. Estaba el espacio mental de las preguntas, de las preguntas sin respuesta. Me desanimé y dejé de ir a clase. Con el tiempo libre que tenía, concentré mis esfuerzos en la creación de un buen proyecto de animación para televisión. Con Jaime habíamos descartado la posibilidad de hacer un videojuego, ni que fuese uno sencillo. Ninguno de los dos sabía programar, y aunque hubiésemos sabido, era demasiado trabajo para dos jóvenes soñadores. Sin saber muy bien cómo teníamos que hacerla, empezamos a preparar una biblia (se llama así, y no tiene nada que ver con libros de religión) para presentar a las productoras de animación.

En lo que mi interés no disminuyó fue en Blanca. Un día, o mejor dicho, una noche que estábamos solas y ella se iba a quedar a dormir en casa (¿en mi dormitorio?, ¿en mi cama?), nos emborrachamos. No sé muy bien cómo fue, pero nos besamos. Cuando nos dimos cuenta, las dos nos sentimos incómodas y avergonzadas y ella se fue a su casa. Una lástima, ya casi era mía.

Voluntariamente, me he demorado en contar lo de Emilio. Es

natural, tratándose del espíritu familiar que habita la casa. Emilio era el hermano de mi abuela y murió al nacer, sí, sí, el que murió al nacer fue Emilio, no mi abuela. ¿Por qué tiene nombre si murió al nacer? Basta de preguntas.

Hace más de setenta años que está en esa casa. Quedó atrapado ahí y en ocasiones se manifiesta adoptando la forma adulta que tuvo en su anterior vida terrenal. Todo esto me lo ha contado mi abuela, que a veces habla con él. Mi madre también lo ve, pero no le hace demasiado caso, y yo siempre le he podido ver y oír, pero hacía como que no le veía ni le oía, hasta que un día primaveral se dio cuenta de que yo también podía verle y empezó a hablarme. Creedme, ver las manifestaciones de los espíritus es terrible. Te ves obligada a reconocer que o bien estás loca, o estás cuerda, pero hablándole a los muertos. No sé qué es peor.

Mi padre seguía encaprichado de la chica esa, Clara. Yo, sinceramente, no sé qué le veía. Se enteró de que Clara estaba colada por su jefe, el jefe de los dos. Ambos trabajaban en Barcelona Radio, en un programa de esos esotéricos, y el director era, y sigue siéndolo, un tal Marcelo: Un ligón casado al que su mujer había dejado por otro aún más ligón... o algo así. Es que Sergio, mi padre, nunca se ha explicado demasiado bien, la verdad. El caso es que yo creía que sabiendo que Clara estaba enamorada de Marcelo, mi padre se olvidaría de ella. No fue así. Siguió insistiendo sin resultados hasta que un día..., pero eso ahora no es importante.

Lo importante es que a mi madre le pasaba algo en aquella época. Parece ser que una de sus clientas, una tal Vanesa, que resultó ser la mujer, ¿o debería decir exmujer?, de Marcelo, el jefe de mi padre y de Clara, fue a visitarla. Se ve que había tenido algunas diferencias con un tal Umberto, un tipo que se dedicaba a hacer cosas mal vistas como trabajos y rituales de magia negra. Mi padre había entrevistado a Umberto en un programa a su cargo que se llamaba Lado Oscuro, bonito nombre, ¿verdad? El nombre del programa había sido otra de las grandes ideas de Marcelo, su jefe.

Mi padre me dijo que Umberto no parecía mal tipo, que era simpático, pero él no tiene vista con la gente. Mi madre no quiso contarme lo que pasaba, pero se ve que Umberto estaba haciendo trabajos de magia negra contra Vanesa, la clienta de mi madre, lo que la ponía en una situación difícil. Mucha gente cree que esto de la magia negra son tonterías, y creedme, en general lo son, pero no siempre, por desgracia.

Primavera

Terminé el curso dando varias alegrías a mi madre. En realidad se las di a toda la familia, pero la que se lo toma todo más a pecho siempre ha sido mi madre. En primer lugar, le comuniqué mi decisión irrevocable de dejar la carrera de filosofía por no cumplir con las expectativas creadas. Mi madre se puso a gritarme como una loca, ¡ni que hubiera sido el fin del mundo! En segundo lugar, le hice saber que yo también era bruja y que podía ver, entre otras cosas, a Emilio, el fantasma de la familia, desde que tenía uso de conciencia. Me miró con aires de superioridad y una cierta condescendencia y soltó: «Ya lo sabía». En tercer lugar, le expliqué que tenía novia. Sí, Blanca. Al final la volví a emborrachar después de cerrar mi habitación con llave y esconder la llave, y… no puedo contar los detalles buenos ahora.

Mi madre no sabía si creerme o no y frunció el entrecejo. Su novio, Adolfo, dijo las tonterías de siempre al enterarse, y mis amigos Dante, Darío y Jaime me miraron desilusionados, no sé por qué.

La gran sorpresa fue, reconozco que yo fui la primera sorprendida, que mi padre consiguió una cita con Clara, que debió hartarse de ir detrás de un hombre casado, bueno, separado, que no le hacía caso, y le dio una oportunidad a papá. Pero aquí no hay sitio para más detalles.

Jaime y yo hicimos un buen trabajo, y en junio, antes de que llegara el verano, llevamos la biblia gráfica y literaria de nuestro proyecto de dibujos animados a varias productoras de animación de Cataluña. La mayoría tenían sede en Barcelona y no nos llevó demasiado tiempo presentárselo a todas. Tuvieron el dosier durante meses y no nos dijeron nada, excepto una, que contestó enseguida y nos comunicó que no desarrollaban proyectos externos. Nuestras ilusiones se fueron apagando lentamente, a medida que el silencio de las productoras nos hacía entender que ni estaban interesadas en nuestro proyecto ni se iban a tomar la molestia de hacérnoslo saber.

Jaime y yo tuvimos que hacer muchas cosas hasta que la serie llegó a ver la luz, varios años después de que empezáramos a trabajar en el proyecto. ¡Sí, varios años! ¿Cómo pueden ser tan lentas estas cosas? Con lo impaciente que soy.

Lo más molesto de aquellos meses fue que mi madre enfermó. Como ella no soltaba prenda, hablé con mi abuela, que, aunque no ejerce como bruja, ya dije al principio de mi historia que lo es. Se confirmó que Umberto, ese tipo al que le gustaba divertirse practicando la magia negra, estaba vengándose de Vanesa (la mujer que había dejado a Marcelo, el jefe de mi padre y de Clara) porque le debía un dinero que ella consideraba que no le tenía que pagar, y estaba perjudicando a mi madre por ayudar y proteger a Vanesa.

Me sorprendió que mamá no pudiera ocuparse de Umberto por sí misma, pero mi abuela me contó que a veces, para reforzar un trabajo

o ritual, ya sea de magia blanca o negra (me pregunto si habrá magia de otros colores como el amarillo, el rojo o el azul) se recurre a la realización de rituales en los que participan varias personas o devotos con la intención de hacerlo más efectivo o duradero. En ocasiones se turnan, y cada día, uno o varios de ellos, refuerzan el trabajo o ritual para que la energía no decaiga. Por eso mamá no podía contenerlo y estaba poniéndose enferma. Sabíamos quién estaba detrás: Umberto y un grupo de satánicos del cual él era el líder. ¿Qué fuerte, no? Decidí hacerle una visita para hablar del asunto, y…

Pero ya me estoy enrollando demasiado, ¡como me pasa a menudo! Si alguien quiere saber más sobre mí y mi vida, tendrá que esperar. ¡Hasta la vista!

Estrella

Una familia diferente

R.P.I.: B-5476-10

Agradecimientos

A mis queridos amigos Óscar, Gerardo, Carlos, Menna y Charlotte, por sus comentarios, correcciones y sugerencias. A Marielle, fotógrafa, diseñadora de la portada y buena amiga, y a Arra, otra buena amiga, por hacer de modelo para la portada. A Yulia, Joseph y Chris por ayudarme a elegir las fotos de la portada del libro. Y a mi amada familia y amigos por apoyarme durante la larga travesía de más de cuatro años que ha supuesto escribir esta novela.